LA GUERRA
DE LA INDEPENDENCIA

Una nueva historia

SERIE MAYOR

Directores

JOSEP FONTANA y GONZALO PONTÓN

CHARLES ESDAILE

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

UNA NUEVA HISTORIA

CRÍTICA
BARCELONA

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright,* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, la reprografia y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos

Título original
THE PENINSULAR WAR
A new history

Traducción castellana de
ALBERTO CLAVERIA

Diseño de la colección ENRIC SATUÉ
Diseño de la cubierta JOAN BATALLE
Fotocomposicion Víctor Igual, S L

© Charles Esdaile 2002
© 2004 de la traducción castellana para España y América;
Crítica S L Diagonal, 662 664, 08034 Barcelona
e-mail editorial@ed-critica.es
http //www ed critica es
ISBN 84 8432 475 3
Deposito legal B 39 917 2003
Impreso en España
2004 - A&M Grafíc, Santa Perpetua de la Mogoda (Barcelona)

A Martin Blinkhom, quien primero me puso en el camino, y a Pilar Bravo Lledó, sin la que aún estaría en él.

PREFACIO

A *primera vista, una nueva historia de la guerra de la Independencia —la gran lucha que convulsionó la península Ibérica entre 1808 y 1814 tras su invasión por Napoleón Bonaparte— puede parecer superfina. Al fin y al cabo, tanto en Gran Bretaña como en Francia, Portugal y España se han publicado una serie de imponentes historias de esta guerra que al parecer apenas dejan sitio más que a medianías de encargo poco originales. Sin embargo, es sumamente necesaria una obra nueva. El problema reside, en parte, en que actualmente esta gran masa historiográfica se muestra muy envejecida. En tanto que «vieja» historia, escrita en gran medida en términos de batallas, campañas y grandes hombres, no contempla las nuevas corrientes de la labor histórica que llevan revolucionando nuestra comprensión del pasado al menos los últimos cincuenta años. Al mismo tiempo, la desfigura una combinación de mito nacional, prejuicio cultural y partidismo político. En Gran Bretaña, por ejemplo, el dominio de la escena por el duque de Wellington es tal, que muchas historias de la guerra de la Independencia escritas en inglés se limitan a meros recitados de sus victorias. En Francia hallamos un profundo deseo de explicar el conflicto en términos de la leyenda napoleónica. Y en España y Portugal una sucesión de liberales, neoabsolutistas, nacionalistas autoritarios y marxistas han pretendido todos someter la guerra a un desvalijamiento en beneficio propio.*
Así pues, considerada como tema per se, *esta guerra de la Independencia merece ser revisitada. Pero el enfrentamiento no puede ser entendido precisamente de este modo. Siendo un episodio histórico vital de las modernas España y Portugal, formó parte además de las más amplias guerras napoleónicas. Teniendo en cuenta este aspecto, todavía está más justificada una nueva historia de la lucha. La publicación de sucesivas obras recientes que han replanteado nuestra comprensión de Napoleón y de sus guerras da lugar a una reevaluación del papel que tuvo la guerra de la Independencia. ¿Por qué, por ejemplo, intervino el emperador en España y Portugal? ¿Por qué fue derrotado allí? Y sobre todo, ¿en qué medida contribuyó la lucha ibérica a la*

creación de la gran coalición que derrocó a Napoleón en 1814? En cuanto a España y Portugal, sigue existiendo una enorme laguna en su historiografía. Mientras que un masivo incremento del interés por la historia local ha enriquecido grandemente nuestra comprensión de asuntos como la conscripción, la guerrilla, la naturaleza de la autoridad política y las repercusiones de la reforma francesa, es poco lo que de este material se ha sintetizado incluso para público español y portugués, y hay poco material asequible para los lectores que desconocen esas lenguas. Y lo que acaso aún sea peor, las pocas obras generales sobre el tema son cada vez más antiguas y están dominadas por la fascinación por unos conceptos cuya validez, como mínimo, se pone muy seriamente en tela de juicio. Por ejemplo, una vez desautorizada la idea de que 1789 fue una revolución burguesa, ¿realmente se puede seguir utilizando el mismo lenguaje para referirse a 1808?

Finalmente, aunque no menos importante, un repaso de la historiografía de la guerra de la Independencia indica la necesidad de unificar el tratamiento militar y el político. Mientras que historiadores como Ornan ignoraban lamentablemente el contexto político de la batalla, otros como Artola han prescindido del contexto militar de la reforma. Guerra y política van de la mano. El predominio de Gran Bretaña, por ejemplo, no puede comprenderse sin una explicación sobre la naturaleza del levantamiento de 1808, la respuesta de los pueblos ibéricos a la guerra contra Napoleón y el telón de fondo social y económico sobre el que tenía lugar la lucha. Y bien, del mismo modo, ni el triunfo de los liberales españoles, ni la restauración del absolutismo español ni el lugar de la guerra de la Independencia en la historia de Iberia en su conjunto pueden entenderse sin una comprensión de las batallas y campañas del conflicto, o, más ampliamente, de la experiencia militar que proporcionaron. Siendo obvio todo esto, puede parecer un tanto sorprendente que generaciones de historiadores no hayan logrado combinar lo militar y lo civil. Aunque, en realidad, era inevitable. La comunidad académica, profundamente hostil a la historia militar y con prejuicios en su contra, ha dejado su estudio a investigadores con carencias en lo referente a las fuentes, los idiomas, el apoyo institucional y la formación intelectual precisa para ver más allá del humo y el polvo del combate. En los últimos años, las cosas han empezado a cambiar —por ejemplo, una sucesión de académicos ha transformado nuestro conocimiento de la «guerra popular» en Francia—, pero en lo que a España y Portugal se refiere, el proceso apenas se ha iniciado aún. De aquí la necesidad de una nueva historia general. De todos modos, que ésta sea más lograda que sus predecesoras es harina de otro costal.

11

Un libro cuya elaboración ha llevado unos veinte años da origen a muchas más deudas de gratitud de las que cualquier autor pueda pagar, y no son las menos importantes las contraídas con los diversos proveedores de subvenciones a la investigación: en este caso la British Academy, el Leverhulme Trust y las universidades de Southampton y de Liverpool. Quizá hayan de encabezar la lista de personas Simón Winder y Ellah Allfrey, de Penguin, sin los cuales el libro no habría visto la luz, y Martin Blinkhorn, de la Universidad de Lancaster, el primero que me orientó en dirección a la guerra de la Independencia. También recibí mucho ánimo de Christopher Allmand, y los años en que lo tuve como jefe de departamento en la Universidad de Liverpool se caracterizaron por su mucha paciencia y simpatía. Los equipos de todas las bibliotecas y archivos en que he trabajado han sido de por sí y sin excepciones amables y atentos; de todos modos, en este ámbito me gustaría dar las gracias especialmente a Christopher Woolgar, Karen Robson, Sue Donnelly y Mary Cockerill, de la Universidad de Southampton; a Ian Jackson, de la Universidad de Liverpool; a Nieves Sánchez Hidalgo, Estrella Valentín-Fernández Fernández, Inmaculada Martín Muñoz, Amalia Jiménez Morales, Ana Sanz Robles, Jesús Rodríguez Izquierdo, Maribel Baenas Pérez, Paqui Mateo Macías y Yolanda Ruiz Esteban, de la Biblioteca Nacional (Madrid); y por encima de todo, a la afable Pilar Bravo Lledó, del Archivo Histórico Nacional español, cuya insuperable generosidad en un momento de colapso tecnológico total, además de ir mucho más allá de los límites del deber, marcó el punto culminante de la calidez que de tantas personas he recibido en España. En este ámbito deseo recordar también a Leopoldo Stampa, del Ministerio de Asuntos Exteriores, Marta Requena, Concha Bocos, Rafael Anasagasti, William y Sonia Chislett, Emilio de Castro, Dolores Schilling, Jo Klepka, Enrique Mardones, Fernando Fanjul, Antonia Rodríguez, Jesús Maroto, José María Espinosa de los Monteros, Santiago Nistal y Maribel Piqueras. También merecen ser citados mis colegas investigadores Azucena Pedraz Marcos, Nuria Carmena Jiménez, Leonor Hernández Enviz, Grahame Harrison, Susan Lord, Mari-Cruz de Carlos (con quien estoy en deuda no sólo por su amistad y hospitalidad, sino también por su ayuda en lo referente a las ilustraciones) y Satoko Nakajima, cuya compañía me ha procurado tanto perspicacia como relajación. Y en el campo de la edición, le debo mucho a Lionel Leventhal, de Greenhill Books, no sólo por su gran generosidad personal, sino también por sus admirables esfuerzos por ofrecer a un amplio público la literatura memorística del período napoleónico.

Volviendo ahora a mis colegas cultivadores de la viña napoleónica, como tantas veces antes, he de rendir tributo primero a mi querido amigo y estimado colega Rory Muir, que pese a años de exposición a mis manuscritos ha prodigado una vez más todo tipo de cuidados y atenciones a la presente

obra, ilustrándome al tiempo sobre muchos aspectos del tema con los que no estoy tan familiarizado como debiera. Entre quienes también han tenido la amabilidad de darme ánimos y buenos consejos en diversas ocasiones se cuentan Neville Thompson, Alan Forrest, Jeremy Black y Michael Broers; he recibido además la hospitalidad de Don Howard, de la Florida State University, en el curso de numerosas visitas al Consortium on Revolutionary Europe y a la Strozier Library de Tallahassee. En España dos jóvenes historiadores, Arsenio García Fuentes y Jorge Sánchez Fernández, me han sido de gran ayuda, y también me han mostrado gran amabilidad Vittorio Scotti-Douglas, Paddy Griffith, John Tone, Alicia Laspra Rodríguez, Esteban Canales, Lluís Roura, Antonio Moliner Prada, Francisco Carantoña Álvarez, Antonio Carrasco Álvarez y Herminio Lafoz Rabaza. Es mucho lo que de todos ellos he aprendido, por lo que es para mí muy de lamentar no poder, por motivos de espacio, rendir el debido tributo no sólo a su labor, sino también a la de otros muchos estudiosos cuyos escritos han enriquecido la presente obra. Ni que decir tiene, de todos modos, que los errores que puedan haberse deslizado en sus páginas son sólo culpa del autor (y en ningún caso de la revisora del original, Sue Dickinson, que ha sido el mismísimo modelo de la eficacia, la paciencia y la dedicación).

Por bueno que haya sido el trato recibido de todos mis amigos del campo napoleónico, es con mi familia con quien más deudas tengo contraídas. A mi madre y a mi padre, aunque éste haya muerto, les debo más de lo que puedo expresar (incluyendo, que no es poco, el ejemplar de Ornan que me regalaron con ocasión de mi graduación). Pero por encima de todo, mi querida esposa, Alison, sigue siendo la gran mujer que hay tras este no muy gran hombre, y Andrew, Helen y María-Isabel, así como Bernadette, cuya llegada animó los últimos capítulos de este libro, son los más amados, los mejores y más cariñosos de los hijos. A todos vosotros, un abrazo.

Liverpool, 23 de marzo de 2001

Capítulo 1, LISBOA: ORÍGENES DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Cansadas, harapientas y maltrechas, las tropas francesas terminaron su ascenso. Pudieron ver, brillando en la lejanía, las aguas del amplio cauce del Tajo, y tras él las torres de Lisboa. Para alcanzar aquel lugar, junto a la localidad de Sacavém, habían soportado semanas de marchas forzadas bajo lluvias torrenciales, cruzando tierras que se contaban entre las más ásperas de la península Ibérica. Habían caído por el camino miles de camaradas y sólo quedaba un puñado de granaderos escogidos. Y lo peor era que no había servido para nada. Otra capital europea estaba a punto de caer en manos de Napoleón, es cierto, pero ante los ojos de los invasores se desvanecía su presa principal, pues el Tajo estaba lleno de velas: un gran convoy de barcos se dirigía a mar abierto. Iban en él la familia real de Portugal, la flota portuguesa, el contenido del erario y miles de ciudadanos distinguidos del país. En resumen, Napoleón había quedado frustrado.

Ahora bien, ¿por qué había intervenido en Iberia el emperador? Por lo general, sus admiradores han intentado explicarlo desde el idealismo político (el deseo de difundir los beneficios de la Revolución Francesa), la lealtad familiar (la necesidad de encontrar tronos para sus numerosos hermanos y hermanas), o la necesidad estratégica (las exigencias estratégicas de una guerra de la que él no era responsable). Mientras que para sus adversarios la respuesta se halla más bien en los sueños de conquista, el aborrecimiento de los Borbones, la insatisfacción con España como aliada y el carácter del propio emperador. Cualquiera que sea la opinión adoptada, es general la de que en el verano de 1807 Napoleón estaba en el cenit de su poder. Dueño de Holanda, Suiza, el norte de Italia y una Francia muy ampliada, en otoño de 1805 se había enfrentado a Gran Bretaña, Rusia, Austria, Suecia y Nápoles. Y sin embargo, en cuestión de meses las victorias aplastantes de Ulm y Austerlitz

(Slavkov) habían provocado la rendición de Austria; la cesión de Venecia al reino de Italia controlado por Francia, del Tirol y Vorarlberg a Baviera y del litoral dálmata a Francia; la ocupación de Nápoles; la evacuación de todas las fuerzas británicas y rusas del escenario centroeuropeo y la conversión de Prusia en un aliado *de facto*. De hecho, Rusia y Gran Bretaña habían pensado en la paz, pero ésta resultó incompatible con la ambición de Napoleón; en realidad, el comportamiento del emperador fue tan abusivo que al cabo de un año Prusia se había visto obligada a ir a la guerra en defensa de sus intereses. Completamente derrotados en Jena y Auerstädt el 14 de octubre de 1806, los ejércitos prusianos se habían rendido en su mayor parte sin presentar batalla. El emperador, que mientras tanto había ocupado Berlín a la vez que iniciaba el bloqueo continental —su gran plan para que, por motivos económicos, los británicos tuvieran que abandonar la guerra—, se propuso invadir Polonia y Prusia Oriental. Rechazado en una sangrienta batalla que terminó sin vencedor, en Eylau (Bagrationovsk) a principios de febrero de 1807, el 14 de junio obtuvo su venganza batiendo en Friedland (Pravdinsk) al principal ejército ruso y obligando a Alejandro I a pedir la paz.

Los tratados que siguieron, negociados en la famosa reunión de Napoleón y Alejandro en Tilsit (Sovetsk), conllevaban tanto una importante reorganización de Europa oriental como un gran incremento del poder de Napoleón. Dueño ya de Alemania, cuyas regiones constitutivas había reorganizado y unido en la Confederación del Rin, el emperador dirigió su atención sobre Polonia, al tiempo que arreglaba cuentas con Prusia. Así, ésta fue privada de todos sus territorios polacos, formando el grueso de dichas tierras un nuevo estado vasallo denominado el Gran Ducado de Varsovia. En cuanto a sus territorios occidentales, se convirtieron en la base del Gran Ducado de Berg y del reino de Westfalia: el primero fue otorgado a Joachim Murat, casado con Carolina, hermana pequeña de Napoleón, y el otro a su hermano pequeño, Jerónimo. Por su parte, en el tratado de Berlín se obligaba a los prusianos a pagar una fuerte indemnización y a restringir su ejército a cuarenta y dos mil hombres.

Con Prusia humillada y alemanes y polacos firmemente incorporados por igual al sistema napoleónico, aún quedaba Rusia. En Tilsit, Napoleón le había ofrecido un trato desacostumbradamente magnánimo, no sólo haciendo uso de su considerable encanto personal para cautivar al un tanto ingenuo Alejandro I, sino ahorrándole además la indignidad de una indemnización y arrojándole una tajada de la Polonia prusiana. Ahora bien, bajo las apariencias, Rusia simplemente estaba siendo utilizada con engaño como instrumento al servicio de los propósitos del emperador. De modo que Alejandro fue fácilmente convencido para que se sumara al bloqueo continental —en Rusia, como en todas partes, abundaba el resentimiento contra Gran Bretaña—, y además, aceptó apremiar a Suecia, Dinamarca y Austria a hacer lo mismo: ir

33
a la guerra contra Gran Bretaña, reconocer el asentamiento napoleónico en el resto de Europa, permitir que los franceses se hicieran con el control de las tan disputadas islas jónicas y, en general, dar carta blanca al emperador.

Napoleón, así pues, estaba en posición dominante. Rusia era amistosa, Prusia había sido batida y Austria temporalmente neutralizada. Los tronos u otros cargos apropiados habían sido otorgados en su mayor parte a los hermanos y hermanas del emperador, así como a diversos personajes relacionados con el régimen —José era rey de Nápoles y Luis lo era de Holanda; Jerónimo, de Westfalia; Murat y Carolina, duque y duquesa de Berg; Elisa, duquesa de Parma; Eugenio de Beauharnais, virrey de Italia, y el mariscal Berthier era príncipe de Neufchatel—, de modo que podía decirse que el emperador había cumplido plenamente con sus obligaciones familiares. Mientras tanto, y por los mismos medios, Napoleón había establecido una red de «cortes familiares» que podía legitimar la dinastía de los Bonaparte, ganarse la lealtad de la aristocracia y promover la cultura francesa. Gobernando a su antojo como gobernaba, también era de esperar que le fueran fieles sus gobernantes satélites, así como los príncipes supervivientes a la anterior reorganización que él mismo había llevado a cabo en Alemania.

Aparte de España —en principio un aliado íntimo, si bien en la práctica cada vez había que vigilarlo más—, el único aspecto discordante de la situación era el fracaso continuado en los intentos de derrotar a Gran Bretaña. Con todo y pese a su supremacía en el mar, ésta distaba mucho de ser inatacable. En realidad, tenía grandes problemas estratégicos. En primer lugar, sus únicos aliados eran Suecia y Sicilia (donde habían huido los reyes de Nápoles tras la ocupación de sus territorios continentales en 1806), incapaces de defenderse sin ayuda, que además se habían quedado solas para llevar a cabo las campañas militares en gran escala que Gran Bretaña requería de sus compañeros de coalición. Por el contrario, ambas necesitaban ser defendidas, cuando eran precisamente tropas lo que a Gran Bretaña le faltaban. Aunque había crecido el número de hombres que tenían en armas, eran demasiados los que estaban sirviendo en fuerzas a las que no podía pedirse que se trasladaran al extranjero. Y lo que todavía era peor, ni Gran Bretaña ni sus colonias podían verse completamente privadas de tropas regulares. Aunque los británicos se afanaban por utilizar auxiliares locales y personal extranjero, no disponían de hombres suficientes para hacer gran cosa por sí mismos. Y sus problemas no se reducían a formar un ejército de campaña respetable: aparte de los peligros de tempestades y naufragios, el transporte de incluso la más modesta fuerza expedicionaria requería gran número de embarcaciones especializadas y, además, el mero hecho de embarcar y desembarcar las tropas implicadas era una empresa de gran complejidad.

Estas dificultades eran doblemente desafortunadas, pues obligaban a

Gran Bretaña a basarse en métodos bélicos —sobre todo el bloqueo y el engrandecimiento colonial— que no podían sino despertar la enemistad de sus potenciales socios continentales, confirmando al mismo tiempo las sospechas de que los británicos estaban decididos a evitar para sí el tipo de compromiso que solicitaban a sus aliados. Tampoco los métodos bélicos en que confiaban resultaban especialmente eficaces para su precio: las ofensivas coloniales eran notoriamente costosas en vidas, mientras que el bloqueo de las costas europeas infligía a la Royal Navy un enorme desgaste. Se había obtenido alguna mejora de los recursos que Gran Bretaña precisaba —a finales de julio de 1807, las fuerzas expedicionarias que había enviado a América del Sur y a Egipto capitularon a cambio de su evacuación—, pero aun así seguían faltándole muchos pertrechos bélicos.

Los cimientos políticos del esfuerzo de guerra británico habían dejado de ser firmes. La administración Portland, en el poder desde marzo de 1807, hubo de comprometerse en la lucha más que su predecesora, la de los llamados *talents*, pero además era muy vulnerable. Entre los whigs, como Richard Sheridan, el duque de Grey y lord Holland, se consideraba que Napoleón personificaba la causa del progreso. A lo largo del decenio de 1790, cierto número de whigs —siendo Edmund Burke el más conocido, aunque también se contaba entre ellos el entonces primer ministro, lord Portland— se habían manifestado en favor de la guerra, pero este aumento se había visto contrarrestado por la incorporación de cierto número de tories desilusionados al partido de la paz. Y aunque éste seguía silenciado tras el fracaso de las conversaciones de 1806, había otros factores que obstaculizaban a la administración. El ministro de Asuntos Exteriores, George Canning, era un hombre de juicio cuestionable. Su decisión de derrotar a los franceses le impedía ver la realidad política y lo impacientaba con sus colegas más circunspectos. Para empeorar las cosas el propio Portland era anciano y estaba enfermo, y además el gobierno corría el riesgo de perder el apoyo del trono. En circunstancias normales, esto no hubiera supuesto problema alguno, pues Jorge III aborrecía a Napoleón y compartía la antipatía de sus ministros por la emancipación de los católicos, que era el principal problema interno del momento; pero, periódicamente, el rey padecía accesos de porfiria que le dejaban incapacitado por completo y planteaban la amenaza de su sustitución por el príncipe de Gales, partidario de los whigs.

Con todo, la estabilidad de Gran Bretaña no podía medirse sólo por referencia a Westminster. Igual importancia tenía el bloqueo continental. Con el paso del tiempo y forzada por las cambiantes circunstancias, Gran Bretaña fue capaz de burlar los efectos del bloqueo desarrollando nuevos mercados y estableciendo relaciones encubiertas con el continente; pero en 1807, nada hacía pensar que la situación iba a mejorar, y menos aún teniendo en cuenta

que aquel mismo año Estados Unidos cambió de actitud con vistas a una prohibición total de cualquier comercio con Gran Bretaña. Muchas industrias quedaron paralizadas por una grave crisis, afectadas tanto por una restricción de las exportaciones como por un incremento general de los precios de las materias primas. Al empeorar aún más la situación debido a la actividad de la piratería comercial francesa y a una mala cosecha, los tejedores con telares manuales de Lancashire pusieron en marcha una impresionante campaña solicitando al parlamento un salario mínimo, mientras muchos comerciantes y fabricantes del norte empezaban a formular peticiones de paz. A la par con estas demandas se produjeron otras de cambio político: en las elecciones generales de 1807, por ejemplo, Westminster, que era por entonces la localidad más representativa del país, eligió a los demagogos populares sir Francis Burdett y lord Cochrane con un programa de reforma electoral.

Así pues, Napoleón no tenía más que esperar y la victoria llegaría sola. Pero esperar era ajeno a su naturaleza, y en cualquier caso estaba obsesionado por la constante necesidad de disponer de éxitos recientes y así, como él mismo decía, asegurarse de que seguían temiéndole. En consecuencia, tan pronto como terminaron las conversaciones de Tilsit, se puso a buscar un nuevo objetivo. La elección obvia era Portugal. Había infinidad de pretextos para un ataque: no intervenía en el bloqueo continental, había dejado de abonar la indemnización que pagaba a Francia desde la guerra de las Naranjas de 1801, y permitía con frecuencia a los buques británicos avituallarse en sus costas. Había mucho que ganar: Portugal tenía colonias ricas y una flota importante. Y, a fin de cuentas, los problemas eran pocos: su ejército era mínimo y su gobernante, el príncipe regente Juan, era a todas luces un hombre de poco talento.

El resultado no se hizo esperar mucho. El 19 de julio de 1807 el emperador dio órdenes a su ministro de Exteriores, Talleyrand, para que informara a Portugal que cerrara sus puertos a los barcos británicos, detuviera a todos los súbditos de esta nacionalidad, confiscara todas sus mercancías y declarase la guerra. A los pocos días, además, dispuso que fuera concentrada en Bayona una gran fuerza para preparar una marcha sobre Lisboa. Marcha que, desde luego, sólo podía hacerse a través de España, lo que presentaba algunas dificultades. El favorito español, ex primer secretario de Estado Manuel de Godoy, que llevaba años intentando que Napoleón interviniera en Portugal, estaba encantado con las noticias. Preocupado por los rumores de que se iba a convencer a Fernando IV de Nápoles de que entregase Sicilia a José Bona-parte a cambio de las islas Baleares, consideró la cooperación como un medio de propiciar a Napoleón. Pronto se movilizaron fuerzas de ocupación en Galicia, León y Extremadura, y se ordenó al embajador de España en Lisboa que siguiera las indicaciones de su homólogo francés.

Amenazado tanto por Francia como por España, Portugal se veía ahora en una situación extremadamente peligrosa. Este país —que de forma frecuente, pero errónea, ha sido tildado de despotismo decadente, oscurantista e ineficaz— se había convertido en un auténtico modelo de despotismo ilustrado bajo la dirección del marqués de Pombal, primer secretario de José I (1750-1770). Entre las reformas clave se contaban la reorganización completa del gobierno tanto de su imperio como de la metrópoli, una gran reducción del poder de la Iglesia y la nobleza, y el establecimiento de un ejército y de un sistema de enseñanza modernos. Se habían fomentado las artes y las ciencias y se había hecho todo lo posible por estimular el desarrollo económico, por medio de la abolición de la discriminación religiosa, de la aprobación de medidas para evitar cualquier reducción de la fuerza de trabajo esclava que cultivaba las haciendas de Brasil, de la introducción de nuevos cultivos en el imperio, de la ampliación del papel de Portugal en el tráfico de esclavos o del estímulo de las exportaciones portuguesas. Hacía mucho que Pombal había desaparecido de la escena —en realidad al final de su vida había caído en desgracia—, pero su influencia le sobrevivió y permitió la prosperidad del comercio textil y vinícola. Las guerras revolucionaria y napoleónica no habían sido más que un contratiempo. Había habido guerra con Francia entre 1793 y 1797 y una breve invasión española en 1801 (véase más adelante), pero las hostilidades habían sido nominales y el comercio floreciente, mientras que el tratado de paz definitivo sólo había costado a Portugal la cesión de una pequeña parte del Alentejo y el pago de indemnizaciones a Madrid y a París.

Sin embargo, el repentino ultimátum de Napoleón significaba el desastre. Según transcurría el siglo XVIII, el oro, el azúcar y el tabaco de Brasil, que fueron hasta entonces el fundamento del bienestar de Portugal, habían empezado a agotarse o a bajar de precio. El descubrimiento de diamantes y el aumento del cultivo de algodón supusieron algún alivio, pero aun así la importancia había ido desplazándose de modo creciente hacia los productos y las manufacturas de la propia metrópoli. Puesto que Gran Bretaña compraba gran parte del vino, que era la principal exportación de Portugal, sumarse al bloqueo continental era impensable, pero tampoco podía optar por combatir con Francia y España. Aunque con posterioridad a la paz de 1801 se había hecho algún intento de reorganizar el ejército, de un total teórico de unos cuarenta y ocho mil hombres en armas, en realidad no había más que veinte mil.

En tales circunstancias, pues, la única esperanza era conciliarse con Napoleón evitando a la vez una ruptura total con Londres o dar apoyo a los británicos manteniendo al tiempo a Napoleón a distancia. Ni que decir tiene que la máxima autoridad ministerial —Antonio de Araujo de Azevedo— intentó ambas cosas. Así pues, mientras se decía a Napoleón que Portugal estaba dispuesto a declarar la guerra a Gran Bretaña y a cerrar los puertos a sus barcos,

37
Araujo rehusaba detener a sus súbditos o apoderarse de sus bienes. En cuanto a los británicos, fueron secretamente informados de que las hostilidades se limitarían a lo meramente formal, y al mismo tiempo los portugueses solicitaron su ayuda.

Como Napoleón aún no estaba preparado para la guerra —había que sacar las tropas necesarias de diversos cuarteles repartidos por toda Francia, mientras que las españolas se enfrentaban a enormes dificultades logísticas—, se dijo a Lisboa que bastaba con que detuviera a los súbditos británicos de modo provisional y secuestrara sus bienes en vez de confiscarlos. El plazo límite del 2 de septiembre se amplió un mes más. Pero resultó inútil. Debido al reciente bombardeo de Copenhague por los británicos y a que éstos se habían apoderado de la flota danesa, el emperador se sentía más inclinado que nunca a la severidad.

En Portugal, la resolución del gobierno estaba cuajando. Aunque se habían recibido noticias de que no llegaría auxilio de los británicos, informes procedentes de París indicaban que se podía sobornar al entorno de Napoleón para disuadirlo de entrar en acción. Como señal de buena fe, las baterías que protegían Lisboa de amenazas marítimas se colocaron en posición de defensa y se enviaron seis mil soldados a la fortaleza costera de Peniche, pero otra vez se respondió a Napoleón que el gobierno no actuaría en contra de sus acuerdos originales, y en París se pusieron a disposición de ciertos agentes confidenciales grandes cantidades de oro y joyas. No es evidente que una respuesta más positiva hubiera cambiado las cosas, pero Napoleón ya tenía todos los pretextos que necesitaba mientras su fuerza de intervención —el denominado Primer Cuerpo de Observación de la Gironda— se preparaba para actuar. En cuanto recibió la respuesta portuguesa, ordenó a su comandante, el general Junot, que cruzase la frontera.

Mientras sucedía todo esto, Madrid apenas había causado problemas. Por otro lado, el 29 de agosto tropas francesas habían invadido repentinamente el llamado reino de Etruria.* De todos modos, el emperador, con gran desconfianza hacia Godoy, decidió reforzar su control sobre los españoles. En consecuencia, el 25 de septiembre se puso en contacto con el representante personal de Godoy en París —un tal Eugenio Izquierdo— y redactó el tratado de Fontainebleau. En pocas palabras, Portugal se dividía en tres partes: el norte: se entregaba a los reyes de Etruria, el centro quedaba militarmente ocupado

* Etruria, originariamente el Ducado de Toscana, había sido cedida en 1801 a los Borbones en la persona de la hija mayor de Carlos IV y su consorte italiano. Pero al convertirse Etruria en un centro de contrabando y espionaje, Napoleón decidió su anexión. Al ser Portugal la única esperanza de compensación para España, la cooperación con el emperador pasó a ser lo más importante.

hasta el final de la guerra y posteriormente se dispondría según las circunstancias, y el sur se entregaba a Godoy, mientras que Napoleón se comprometía a garantizar los dominios de los Borbones españoles y a permitir que Carlos IV fuera nombrado «emperador de las dos Américas».* También se acordó el asunto de cómo sería ocupado de hecho Portugal; el plan básico era que marcharían sobre Lisboa desde León veintiocho mil soldados franceses y trece mil españoles, mientras que otros dieciséis mil españoles cruzarían la frontera desde Galicia y Extremadura. Entre tanto, se reunirían en Bayona otros cuarenta mil soldados franceses para defenderse de las incursiones británicas, si bien se acordó que estas tropas no entrarían en España sin la aprobación previa de Madrid.

El 29 de octubre de 1807, mientras se ratificaba formalmente el tratado de Fontainebleau, las tropas francesas ya se habían adentrado considerablemente en España. Los intentos de negociación de los portugueses de última hora fueron invalidados por la amenaza de que si no se rendían de inmediato, la casa de Braganza sería derrocada, y el 18 de octubre empezaron a cruzar la frontera española las primeras tropas francesas. Iba al mando el general Jean Andoche Junot, hombre de gran ímpetu y ambición, colega íntimo de Napoleón, a quien había conocido en 1793 durante el asedio de Tolón y que desde entonces se había distinguido en Italia, Egipto y Palestina, además de servir en Lisboa como embajador francés. Apodado «la Tempestad», Junot tenía puestas sus miras en la gloria —nunca había tenido un mando independiente, se había perdido las espectaculares campañas de 1805-1807 y le había sido negado el bastón de mariscal que a tantos de sus colegas había sido concedido—, y exceptuando pocos batallones compuestos por mercenarios suizos o los restos de los antiguos ejércitos hannoveriano y piamontés, los veinticinco mil hombres que mandaba pertenecían todos ellos a unidades veteranas del ejército francés.

Pese a las lluvias persistentes y abundantes que fatigaron a sus tropas y retrasaron su avance, parecía que el tratado de Fontainebleau iba a convertirse en realidad. Y sin embargo, una serie de acontecimientos acaecidos en España lo estaban convirtiendo en papel mojado. En el centro de la crisis se hallaba el detestado favorito, Manuel de Godoy; mas para comprender las tensiones de su entorno habremos de prestar alguna atención al contexto en el que tuvo la desgracia de actuar. Los detalles de la situación serán explicados en su momento; por ahora baste con señalar que el período de 1788 a 1807 había presenciado una transformación de la historia de España. En 1788

* Según las actuales provincias de Portugal, la zona norte correspondía más o menos a Minho, Douro Litoral y Alto Douro; la central a Beira Litoral, Beira Alta, Beira Baixa, Lisboa, Ribatejo y el Alto Alentejo; y la zona o menos a Minho, Douro Litoral y Alto Douro; la central a Beira Litoral, Beira Alta, Beira Baixa, Lisboa, Ribatejo y el Alto Alentejo; y la zona meridional al Baixo Alentejo y al Algarve.

39

—año en que Carlos IV sucedió en el trono a su padre, Carlos III, el gran absolutista ilustrado— este país era una potencia mundial. Formada por las Filipinas, Cuba, Puerto Rico, Trinidad, Santo Domingo, casi toda América Central y del Sur (con excepción de Brasil y las Guayanas) y gran parte de los actuales Estados Unidos, con Tejas, Atizona, Nuevo México, California y Florida, su imperio colonial le proporcionaba unos ingresos que en el período 1786-1790 alcanzaban una media de quinientos cuarenta millones de reales. Estos territorios, fabulosamente ricos en recursos —en Perú y México, por ejemplo, se extraían grandes cantidades de plata—, en los últimos treinta años habían sido explotados aún más despiadadamente: en el período 1756-1760 la media de los ingresos sólo llegaba a 304 millones de reales. Al ser éstos producto en gran parte del comercio y la inversión particulares, sólo una fracción de este dinero —quizá cien millones de reales al año— llegaba al erario público, pero incluso así España aún poseía otro rasgo de potencia mundial: una armada que en 1788 contaba con 76 buques de guerra y 51 fragatas, incluido el «Santísima Trinidad», buque de 136 cañones que era entonces el mayor del mundo. La alianza permanente con Francia por el llamado Pacto de Familia aportaba a España seguridad en Europa y apoyo contra Gran Bretaña. Finalmente, España había tenido un monarca de gran vigor y dinamismo personal en la persona de Carlos III, que ascendió al trono en 1759, decidido a sacar todo el partido de sus dominios, tanto en el propio país como en el exterior, y que no temía enfrentarse a los intereses de la Iglesia, la nobleza y la élite comercial.

Pero no todo era como parecía, pues la fachada de poder y dinamismo enmascaraban muchos problemas estructurales. Los lazos comerciales con el imperio eran extremadamente débiles, mientras que por entonces costaba tanto gobernar y defender las colonias que estaban a punto de convertirse en una sangría para el erario. La armada tenía problemas sin cuento para conseguir el personal necesario que gobernara sus buques, mientras que al ir trasladándose cada vez más el peso de la defensa del imperio a las milicias coloniales, el ejército era un mero esqueleto. De hecho, recientes operaciones militares —el asedio de Gibraltar en 1780-1782 y una serie de ataques contra los moros— no habían resultado satisfactorias. En aquel momento esto no suponía un gran problema, pues las fuerzas armadas españolas llegaban a cumplir las exigencias que se le planteaban, pero los augurios para el futuro no eran buenos: dado el constante incremento de la frustración de los criollos, por ejemplo, ¿qué ocurriría si estallaba allí una revuelta?, ¿qué sucedería si era revocado el Pacto de Familia con Francia? Y lo que aún era peor, los ingresos procedentes de las colonias eran insustituibles. Como veremos, España no estaba desprovista de desarrollo económico, pero el crecimiento era desigual, mientras que los impuestos internos chocaban con los privilegios de que gozaban

la Iglesia y la nobleza. Además, al ser gran parte del país desesperadamente pobre, no había manera de que el mercado nacional pudiera absorber los productos de la industria española. Del mismo modo que no había manera de que la industria española produjera lo suficiente para evitar que los habitantes de las colonias se dirigieran a los comerciantes y fabricantes de otros países.

Si bien no podía decirse que España estuviera en decadencia, su condición de gran potencia era, por lo menos, precaria. Y, aún peor, entre 1788 y 1808 se produjeron en el país una serie de acontecimientos que lo destrozaron, sumergiendo a las élites en la confusión y la inseguridad y a grandes sectores de la plebe en una gran miseria. Los estructuralistas afirmarán que la pérdida de las colonias era inevitable, pero aunque tal cosa fuera cierta, el hecho es que el desencadenante lo proporcionaron las guerras de 1793-1795, 1796-1802 y 1804-1808. Al mismo tiempo puede afirmarse que sin estas guerras las circunstancias hubieran sido muy distintas: España podía haber perdido su imperio, aunque probablemente en fecha algo más tardía, pero no habría sufrido el trauma y la confusión que a la postre fue su destino. Al suceder tal cosa, Godoy y Carlos IV se vieron enfrentados por un lado a una situación de desintegración cuyo precio acabarían pagando, y por otro, a un saqueador extranjero incapaz de apreciar los límites del poder español: después de Tilsit uno de los grandes errores de Napoleón fue considerar que España era un verdadero «gigante dormido» y que bastaría con dotarlo de una administración eficaz para cambiar el hundimiento de sus finanzas. De todos modos, el gobierno de Madrid ya no volvería a presidir una potencia mundial: en cuanto las riquezas del imperio español empezaran a ir al erario francés, la armada española y las milicias coloniales se convertirían en agentes del imperialismo francés.

Esto es así en lo que al contexto se refiere. Ahora bien, ¿quién era Manuel de Godoy? Oscuro vástago de la nobleza de provincias, Godoy llegó a Madrid por primera vez en 1787 como recluta de los guardias de corps, donde enseguida llamó la atención de María Luisa, esposa del futuro Carlos IV, debido a su «porte varonil». En cuanto murió Carlos III, Godoy, que había logrado ganarse los favores de la real pareja hasta el punto de alcanzar en 1792 el rango de capitán general, fue ascendido a grande de España de primera clase y nombrado Primer Secretario de Estado. Por sorprendente que pueda parecer, este último nombramiento no respondía a mero capricho. Al ser la corte el centro de un acre enfrentamiento entre facciones rivales denominadas «pelucas» y «corbatas», el rey consideró que lo más seguro era confiar el poder a un hombre que le debiera lealtad solamente a él. Pero poder no equivalía a seguridad. Fuera o no amante de la reina (y es probable que no lo fuera), difícilmente podía evitarse creer que debiera su posición a la destreza en las

41
artes amatorias. Al mismo tiempo, su ascenso irritó además a los grandes que dominaban la corte, y más aún cuando, por su nombramiento se había frustrado lo que ellos consideraban una oportunidad de invertir la marcha del creciente desgaste de su estatus.* A falta de un poder con base propia, Godoy sólo podía confiar en la continuidad del favor regio y en su propio patrocinio. Y tampoco esto era seguro —el primero podía desvanecerse en cualquier momento, mientras que, probablemente, el segundo le había procurado tantos enemigos como amigos—, pero año tras año Godoy cuidó de escribir al rey y a la reina varias veces al día para mantenerlos al tanto de todas y cada una de sus decisiones. En cuanto a su palacio, estaba constantemente atestado de

> casi todas cuantas personas eran en Madrid notables por su cuna, por sus empleos, por su riqueza o por su reputación de cualquier modo adquirida; de prelados y religiosos de cuenta en sus respectivas órdenes; de señoras bien parecidas, o preciadas de serlo, que iban allí a lucir sus galas y quizá procurar atraerse la atención del valido omnipotente, propenso a oír benigno pretensiones reforzadas por una buena cara mujeril, y aun a concederlas a trueco de cierta mala clase de favores; de galanes jóvenes que también concurrían a aquel sitio a hacer alarde de sus personas y vestidos y a buscar conquistas en amorosas empresas; de personas de dudosa reputación, o llevadas del deseo de mezclarse entre las mejores, o esperanzadas por dominar allí la caprichosa fortuna de sacar de alguna casualidad ventajas más o menos considerables.[1]

Al haber sido posteriormente tan demonizado, merece la pena prestar cierta atención a las cualidades y al carácter de Godoy. Aunque nadie pretendiera que el favorito fuese un modelo de virtud ni de genio, en modo alguno era un hombre carente de capacidades. Al revés: sus cartas muestran a un hombre de capacidad intelectual considerable, y además no era tan insensato como para creer que podía prescindir del consejo de hombres como el experto en artillería Tomás de Moría. Con frecuencia, observadores independientes también reconocieron que tenía aspectos positivos. Mientras que lady Holland era profundamente crítica y señalaba que su «única ambición ... es amasar una inmensa fortuna», y que además su «indolencia habitual y constitucional le impide la realización de cualquier gran empresa», su marido era

* Resumiendo, en marzo de 1792 el jefe de los «pelucas», el conde de Floridablanca, había sido sustituido como primer secretario de Estado por el jefe de los «corbatas», el conde de Aranda. Como los «pelucas» estaban asociados a funcionarios de origen relativamente humilde que habían sido ascendidos por la corona mediante reformas ilustradas, y los «corbatas» se relacionaban con la antigua aristocracia, el acceso de Aranda al poder parecía anunciar un desviarse de la política de Carlos III. Y del mismo modo, claro, su sustitución por Godoy —en apariencia un típico «peluca»— era un desastre para los «corbatas».

más caritativo y reconocía que «aun no siendo nunca amigo de corazón de la Iglesia», mostraba un genuino deseo «de reformar los abusos ... para mejorar la situación del pueblo español, y por encima de todo, de premiar, estimular y promover todo tipo de capacidades provechosas».[2] De modo similar, en 1807, Blanco White escribió que su patrocinio «no es siempre la recompensa de la adulación o ... servilismo», que «mostró, sin embargo, gran respeto por los hombres de talento y de letras» y que «no estaba desprovisto de esos vagos deseos de hacer el bien».[3] Y aun siendo «un hombre de estado improvisado», no era un patán:

Era de continente ... agraciado y atractivo. Aun careciendo de educación y de lecturas ... el conjunto de su comportamiento mostraba ... esa combinación de dignidad, cortesía, corrección y decoro que se supone sólo confiere el trato con buenas compañías. Parecía nacido para una elevada posición. Allí donde se hallara podía pasar en sociedad sin esfuerzo alguno por el hombre más destacado.[4]

La situación de Godoy no fue más fácil cuando, en marzo de 1793, España se vio arrastrada a la guerra con la Francia revolucionaria. Aunque de efectos menos dañinos que las siguientes, la lucha fue de lo más inquietante. Las tropas españolas pasaron hambre, mientras que la invasión del Rosellón —su principal contribución al enfrentamiento— se echó a perder por las dudas y la indecisión, y quedó empantanada ante las murallas de Perpiñán. Pero al año siguiente los españoles fueron rechazados. Una contrainvasión de Cataluña se limitó a sus márgenes septentrionales, pero para entonces el ejército estaba exhausto: a fin de cuentas, nunca había esperado tener que ir a la guerra contra Francia. En cuanto al entusiasmo popular por la guerra, hacía tiempo que había decaído (si es que en realidad había llegado a existir). En consecuencia, a principios del verano de 1795 los franceses invadieron las provincias vascas y llegaron al Ebro; terminaron entonces las hostilidades en virtud de un tratado firmado en Basilea el 22 de julio.

Durante un breve período de tiempo, Godoy fue verdaderamente popular, y un agradecido Carlos IV le premiaba con el título de príncipe de la Paz, al resultar las condiciones francesas notablemente generosas. Pero ahora era indudable que Gran Bretaña iba a amenazar al imperio español, mientras que en abril de 1796 el entonces general Bonaparte invadía Italia barriendo todo lo que encontraba y amenazando los importantes intereses matrimoniales allí establecidos por los Borbones. Al poco tiempo, era esencial una nueva alianza con Francia, que adoptó la forma del tratado de San Ildefonso del 18 de agosto de 1796. Antes de que pasaran dos meses estalló la guerra con Gran Bretaña.

De haber sido Godoy realmente el gandul de la leyenda, quizá su posición

hubiera sido mucho más fácil. Sin embargo, el enfrentamiento obligó al valido a decidirse por las reformas. Pero al actuar así, puso en peligro de inmediato el bastión principal de su gobierno, Carlos IV, que en 1788 tenía ya cuarenta años, era un hombre de inteligencia limitada cuyas principales pasiones eran la caza, coleccionar relojes y hacer bromas pesadas a sus cortesanos. Aunque no se mostraba inclinado a renunciar a las ventajas que el absolutismo ilustrado personificado por Carlos III había aportado a la monarquía española, también tenía un profundo temor a la revolución. Perfectamente consciente de que la caída de Luis XVI había empezado con una «revuelta de la aristocracia», estaba por ello obligado a ser enemigo de las reformas de Godoy, siendo al mismo tiempo sumamente susceptible a las insinuaciones de los grupos a quienes la política de los Borbones siempre habían intentado amordazar. Por último, aunque no por ello menos importante, la reforma también perjudicaría al propio monarca. Como escribía el embajador danés en enero de 1799:

> El pueblo gime bajo el peso de la miseria... mientras la reina se gasta el dinero en sus favoritos. Actualmente lo es un tal ... Mallo,* antiguo *garde du corps*, hombre carente de capacidades y de influencias.[5]

Godoy, pues, iba camino de su caída. Dicho esto, sus instintos eran *completamente* razonables. En el núcleo de su política se hallaba su insistencia: «jamás me fiaré de los franceses».[6] Como posteriormente escribió: «en lo que atañe a Francia, lo único que está claro es que los franceses nunca serán amigos más que de sus propios intereses».[7] En consecuencia, su primer objetivo era el ejército, al que estaba decidido a dotar de un sistema de reclutamiento adecuado, de un sistema de tácticas moderno y de un cuerpo de oficiales mejor preparado y libre de estorbos tan suntuosos como la Guardia Real. De modo que, a partir de 1796 se embarcó en una campaña para alcanzar tales objetivos, sólo para encontrarse con que sus esfuerzos se veían bloqueados por las protestas de poderosos intereses del medio militar, vetados por el trono u obstruidos por la oposición popular. Cuando llegó la gran crisis era poco lo que se había logrado, aparte de entretenerse con unos pocos detalles y copar los altos puestos con sus favoritos. Además, al hacerse más profundos los problemas económicos, los soldados e incluso los oficiales estaban

* En ese momento Godoy estaba fuera del gobierno, habiendo sido destituido en septiembre de 1798 debido tanto a diferencias sobre política militar como a presiones de Francia, que sospechaba con fundamento de sus intenciones. Y sin embargo, su influencia sobrevivió, Pues el nuevo ministerio, basado en los reformistas Francisco de Saavedra, Mariano Luis de Urquijo y Gaspar Melchor de Jovellanos, era en gran medida creación suya y a sugerencias suyas había sido nombrado.

hambrientos y sin paga: «Era tal la situación de las tropas que bloqueaban Gibraltar que muchos días cada compañía mandaba unos cuantos soldados a recoger hierbas y raíces silvestres para las comidas», escribió un observador, mientras que el embajador danés se lamentaba de que «no se paga a los oficiales de mar ni de tierra, y a menudo han acudido a mí capitanes pidiendo limosna».[8] De modo que, en vez de hacerse con partidarios en el ejército, Godoy se ganó el aborrecimiento de algunos oficiales, en especial de la Guardia Real (cuyas fuerzas al menos logró reducir a la mitad), el desprecio de otros y la lealtad de, prácticamente, ninguno.

Tampoco fue el ejército la única institución cuya simpatía se enajenó el régimen. El Estado, sometido a grandes presiones económicas, deseoso de conseguir alguna confianza de los burócratas carolinos, decidido a hacerse con una clientela en la jerarquía y muy influido por el pensamiento de economistas teóricos liberales como Gaspar Melchor de Jovellanos, también dedicó su atención a la Iglesia. En consecuencia, esta última se encontró con una mayor intensidad de las presiones reales del siglo anterior y con que se hacía mucho uso del control de los nombramientos eclesiásticos. Y no sólo eso, además, se hizo un intento de expropiación de las riquezas eclesiásticas: en 1808 la Iglesia ya se había visto privada de aproximadamente un 15 por 100 de sus propiedades (que eran muy considerables, pues alrededor del 20 por 100 de las tierras de cultivo estaban en manos del clero). Decir que este proceso puso a todo el personal eclesiástico en contra de Godoy sería una exageración, pues había muchos clérigos —los llamados jansenistas— partidarios de las reformas. Pese a todo, gran parte del clero llegó a detestar a Godoy, porque a los reformistas les irritaba no contar con su total apoyo, los tradicionalistas eran incapaces de disociarlo de esta desamortización y todas las opiniones se unían en condenar su forma de vida, que era desde luego de lo más escandalosa. Como si todo esto no fuera suficientemente malo, pese a haber conseguido la mano de la sobrina de Carlos IV, vivía abiertamente con su amante, Pepita Tudó, y constantemente corrían rumores de que hacía favores a cambio de sexo. El joven oficial Pedro Agustín Girón escribió:

> Su excelencia era bastante aficionado al bello sexo, y como gustarle y prestarse a sus deseos era el más seguro medio de ir a la fortuna, las mujeres tenían suma influencia, y se hallaban padres y maridos, bastante bajos, que ellos mismos las llevaban a las audiencias de aquel cristiano, pero no menos voluptuoso, visir.[9]

Como escribió un diplomático,

> La concurrencia de mujeres a la Secretaría era cosa verdaderamente escandalosa; se habían hecho los agentes generales de todos los negocios de sus

45

> familias y de las ajenas; jamás aparecían maridos, hermanos ni primos a promover solicitudes, ni tampoco muchos célibes, profanos y eclesiásticos que agitaban los intentos de su ambición; señoras y *mujeres* eran las que llevaban su voz en el Gabinete del Ministro favorito y en la antesala de la Secretaría, subdividiéndose el gran serrallo principal en otros varios serrallitos particulares pertenecientes a cada negociado.[10]

Volviendo a los ingresos, no era la Iglesia la única víctima. Con el coste en ascenso de la guerra con Gran Bretaña y el constante depreciarse de los bonos emitidos por el gobierno para financiar el enfrentamiento, la necesidad de nuevos fondos era acuciante. Y aun siendo la situación económica extremadamente mala, no parecía sensato cargar este peso sobre la masa de la población: de hecho, en 1791 ya había habido en Galicia graves desórdenes en contra de los impuestos. La época de Godoy fue un período de oportunidades para los propietarios, mas también lo fue de incremento de la presión fiscal. Así pues, a partir de 1798 los pudientes se vieron sometidos a una serie de empréstitos forzosos, mientras se dictaban nuevos impuestos sobre los criados, los caballos, las muías y los carruajes, sobre la totalidad de los ingresos procedentes de rentas y sobre la creación de nuevos mayorazgos.

Godoy, impulsado por el deseo de preparar a España para un nuevo enfrentamiento con Francia que consideraba inevitable, llevó los límites de la reforma más allá que la de los gobiernos de Carlos III. A todo esto, también los aspectos económicos, culturales y educativos que habían sido centrales para la ilustración Carolina seguían siendo gravados. La regulación de los precios se amplió a todas las manufacturas; se enviaba una nueva publicación semanal a todos los párrocos en un intento de extender el conocimiento de los métodos agrícolas modernos y de vulgarizar las obras de escritores extranjeros como Young y Bentham. Se crearon diversos centros de enseñanzas técnicas y Jovellanos contribuyó con la publicación de su *Informe de la Ley Agraria,* tratado que proponía la desamortización total. Ante estas reformas el diplomático francés Bourgoing se ponía eufórico:

> El actual momento parece ser el más favorable que se ha presentado en mucho tiempo. Un ministro en la flor de la edad a quien se someterá todo y que muestra un serio interés por el bienestar de su país; un monarca que por sus buenas costumbres y robusta constitución promete cumplir muchos años; abundancia de buenos planes [y] de hombres de genio para concebir otros nuevos ... una nación cuyo gobierno está tan organizado ... que fácilmente pueden los descontentos ... ser mantenidos en un temor reverencial ... ¡Cuántas circunstancias se dan cita en este caso para facilitar la realización de proyectos de mejora nacional![11]

Pero esta opinión era excesivamente optimista. Y no es precisamente que ilustrados como Jovellanos, que hubieran debido de ser los aliados naturales de Godoy, se apartaran de él por su condición licenciosa y venal. El favorito se enfrentaba, en el seno del gobierno, a un caballo de Troya, pues en el ministerio reformista de 1798, el rey y la reina, preocupados, insistieron en que se incluyera como ministro de Gracia y Justicia al marqués de Caballero, tradicionalista. Éste, un hombre de quien se decía que no era gracioso, justo ni caballero, dedicó los siguientes años a combatir la causa de la reforma, logrando de hecho convencer a Carlos de que destituyera a muchos de sus principales partidarios (Jovellanos fue incluso encarcelado) e intentando acabar con los jansenistas, muchos de los cuales fueron arrojados al exilio interior. Mientras tanto, fuera del gobierno, el resentimiento de la élite contra Godoy encontró un foco central en el heredero del trono, el príncipe Fernando o príncipe de Asturias. Emocionalmente mal desarrollado y descuidado por sus padres, Fernando llegó a odiar a Godoy creyendo que le había arrebatado el afecto de los reyes. Estos celos adolescentes —en 1800 Fernando tenía dieciséis años— no hubieran tenido importancia de no haber estado él rodeado de unos cuantos personajes que sentían rencor contra Godoy, especialmente el clérigo Juan de Escóiquiz, el duque del Infantado y el conde de Montijo.[*] Para empeorar las cosas, en 1801 España había sido obligada a hacer la guerra a Portugal a fin de presionar a Gran Bretaña. Temiendo acaso que otro general pudiera hacer el papel de Lafayette en Francia, Carlos puso a Godoy al mando del ejército español. La guerra de las Naranjas[**] fue victoriosa, pero surgieron tantos problemas que Godoy recibió la orden de poner en marcha las reformas militares interrumpidas en 1798 junto con el recién creado cargo de Generalísimo, cargo que combinó con el papel de eminencia gris: aunque no era ministro, seguía ocupando un lugar central en el gobierno.

Volviendo a los enemigos que tenía Godoy en la corte, el verdadero motor de la creciente conspiración en modo alguno era Fernando, sino más bien los magnates encabezados por Infantado y Montijo. Para estos hombres había un hecho que destacaba sobre todos. A lo largo del siglo XVIII, la antigua aristocracia se había visto cada vez más amenazada, bien por el crecimiento de la burocracia, bien por la creación de una nueva «nobleza de servicio», y por el desgaste de los lazos que hasta entonces habían ligado el

[*] De entre estas figuras, Escóiquiz era un jansenista que había sido nombrado tutor de Fernando sólo para ser destituido tras formular imprudentes críticas sobre el gobierno de Godoy y su política exterior; Infantado, un grande de España a quien se había privado de una valiosa propiedad para dársela a Godoy tras haber sido acusado de ejercer en ella derechos señoriales ilícitos; y Montijo, hijo de una condesa perseguida por Caballero debido a su jansenismo.

[**] Así llamada debido a que Godoy envió a María Luisa un cesto de naranjas recogidas bajo fuego enemigo en los glacis de la fortaleza de Yelves.

concepto de nobleza al del mérito militar. «De aquellos tristes tiempos —lamentaba un comentarista anónimo— surge la postración de la nobleza de España», y como posteriormente observaría el duque de Wellington:

> ¡Los grandes de España! Le doy mi palabra ... de que no valen más ... que los criados ... que tengo en mi casa. ¿Sabe que no pueden salir de Madrid sin permiso del rey, y que dicho permiso se concede pocas veces, y sólo para un par de meses? Es más: están tan envilecidos como para pensar que dejar la corte ... es la mayor de las desventuras.[12]

De hecho, en 1794 Montijo había sido enviado al exilio interior debido a su protesta por la postración de la aristocracia. Al ser el ignorante y cobarde Fernando el perfecto títere, Infantado y Montijo decidieron utilizarlo en su propio beneficio, para lo cual convencieron a Fernando de que el valido pretendía apartarlo de la sucesión, y en este aspecto les ayudó mucho el matrimonio del príncipe en octubre de 1802 con María Antonia de Nápoles, princesa que detestaba más o menos por igual a los reyes, a Godoy y a la alianza francesa. Pero, lastimosamente para España, Fernando no fue bien utilizado por sus consejeros. Escóiquiz, personaje vano y superficial poseído por una ambición sin límites, era en apariencia un rendido admirador de Napoleón falto de previsión (de hecho, más adelante el emperador diría de él que era «el verdadero autor de todos los males de España»).[13] «Hasta que fue llamado para intervenir activamente en el gobierno ... pese a no tener gran capacidad para ello», Infantado fue descrito como *«un sot*, creo que el mayor que he conocido», y «un mollera atolondrada muy dado a la lascivia», mientras que García de León y Pizarro observaba que «su cerebro era tan débil que siempre se movía en sentido opuesto a la razón y al bien».[14] En cuanto a Montijo, fue descrito como «un hombre calvo lleno de sabiduría, pero de un carácter tan frívolo y agitado que sólo podía jugar un papel en una época de gran confusión», e incluso como «uno de los peores y más turbulentos hombres que han aparecido en estos tiempos».[15]

Aunque una facción de los cortesanos y un príncipe heredero rebelde pueden proporcionar explicación suficiente para una rebelión palaciega, no pueden dar razón para los acontecimientos de la magnitud de los que entonces se produjeron. Para comprender el cataclismo que España estaba a punto de experimentar habremos de pasar, más allá de la corte, a la naciente crisis social provocada por la guerra con Gran Bretaña. Hasta 1795 España había salido relativamente bien librada de las guerras revolucionarias. Pero el enfrenta-miento con Gran Bretaña en 1796 trajo un cambio espectacular. Pese a su poderosa flota, España no pudo evitar el bloqueo de sus puertos, mientras que la extensión de sus líneas de comunicación marítimas las hacía especialmente

vulnerables a los ataques. Algún barco lograba pasar, mientras los británicos permitieron la exportación de ciertos productos, pero incluso así los resultados fueron desastrosos, pues el flujo de metales preciosos del imperio también se vio interrumpido; de ahí las dificultades económicas que contribuyeron a precipitar el ataque contra la Iglesia.

Si España hubiera estado económicamente estancada, este proceso no tenía por qué haber tenido importancia. Pero durante el reinado de Carlos III sus exportaciones se habían incrementado de modo espectacular. Al mismo tiempo, en algunas zonas la agricultura se había orientado a cultivos de venta inmediata, mientras que la industria había experimentado un modesto crecimiento. En Cataluña, por ejemplo, el campesinado cada vez se dedicaba más a la producción de vino y aguardiente, mientras que en la zona de Barcelona se había desarrollado una importante industria algodonera que a finales del decenio de 1780 empleaba a unos cien mil trabajadores. En Guadalajara, la factoría lanar —la mayor y más ambiciosa de toda una serie de establecimientos industriales creados por los sucesivos monarcas borbónicos como modelos para el futuro desarrollo— tenía en 1791 veinticuatro mil empleados. En Valencia, estimulada por la accesibilidad de la materia prima, había una industria de la seda que en su momento de mayor extensión tenía más de cuatro mil telares. En Granada había otra industria de seda que en 1798 se servía de unos dos mil telares, una industria lanar con más de setenta fabricantes y extensos cultivos de cáñamo y lino que necesitaban los astilleros de Cartagena. En Sevilla, la célebre fábrica de tabaco empleaba a más de mil quinientas personas, mientras que en Cádiz y sus alrededores la tonelería y otros oficios relacionados con el comercio colonial daban empleo a muchos artesanos. En la zona de Santander, la liberalización del comercio y la creación de varias fundiciones y astilleros causaron una bonanza económica basada en la harina, el hierro, el cuero, la madera, la elaboración de carbón y la cestería. Finalmente, además de crecer como principal centro exportador de lana y cereales de Castilla, Bilbao era el centro de una importante industria del hierro que en 1790 envió, sólo al imperio, cuatro mil toneladas de hierro manufacturado.

Desde luego, ni la industria ni la agricultura producían exclusivamente para el imperio español, ni tampoco para el mercado exportador en general: sólo el 15 por 100 de las exportaciones españolas iban al imperio, mientras que la proporción de la producción agrícola e industrial española que iba al extranjero experimentaba un descenso gradual. Con todo, no se han de minimizar los efectos de la guerra. En 1805, por ejemplo, en Cataluña el algodón sólo daba empleo a unas treinta mil personas. En otros sitios la situación aún era peor. Con frecuencia las materias primas llegaban por mar, así como gran parte del grano importado del que más o menos dependían regiones enteras del país. Además, la armada y la marina mercante creaban un mercado para

multitud de industrias dependientes de ellas, y daban trabajo a miles de arrieros, leñadores, estibadores y demás. Como los británicos patrullaban los mares sin ser molestados, el impacto de la guerra fue catastrófico, y más aún dado que no se disponía de un margen de maniobra: muchas industrias eran muy arcaicas, el mercado interno estaba en recesión y el proteccionismo de Francia era claramente hostil a las exportaciones españolas.

En descargo de Godoy ha de decirse que la alianza de España con Francia no era el único motivo de los problemas. Por el contrario, padeció además una inusual serie de desastres naturales, entre ellos un clima impropio, inundaciones, sequías, terremotos e incluso plagas de langosta. La pérdida en varias ocasiones de proporciones considerables de la cosecha y el constante aumento de la población (entre 1752 y 1797 creció aproximadamente en un 10 por 100) provocaron, primero, varias crisis de subsistencia, y segundo, una gran aceleración de la inflación que ya afectaba a España desde 1780. Y por si todo esto no fuera bastante, amplias zonas de España se vieron afectadas por terribles epidemias de malaria y fiebre amarilla.

Todos estos desastres castigaron a un país que ya era presa de una grave tensión. Como era de esperar, los problemas agrícolas fueron a más. En la cordillera Cantábrica, por ejemplo, el principal problema eran las dificultades de acceso a los bosques que cubrían las montañas. Éstos, vitales para el campesinado como fuente de alimentos y de pastos, estuvieron durante cierto tiempo bajo una creciente amenaza. Por una parte las industrias surgidas a lo largo del litoral consumían cada vez más madera (en la década de 1790 había que traer la madera de lugares tan distantes como Burgos). Por otra, especialmente en el País Vasco, los elementos más ricos del campesinado —no siendo ésta la palabra adecuada en este contexto— estaban en una situación cada vez más próspera a expensas de los campesinos más pobres. En consecuencia, eran roturadas y labradas grandes extensiones de tierra hasta entonces utilizadas como pastos comunales, mientras que muchos minifundistas no tenían más opción que la venta. Al verse también muchos ayuntamientos obligados a vender las tierras comunales, en los primeros años del siglo XIX apareció un poderoso grupo de medianos e incluso grandes propietarios que iban a monopolizar rápidamente los últimos vestigios de la democracia rural vasca pues en todas las provincias vascas habían sobrevivido las asambleas relacionadas con sus fueros tradicionales.

En otros lugares del país el problema era más bien económico. En toda España los campesinos estaban obligados a pagar a la Iglesia los acostumbrados diezmos y primicias. Además de estos impuestos eclesiásticos existían los derechos pagaderos del sistema feudal. Fuera el señor feudal el monarca, un gran absentista, un miembro de la pequeña nobleza de provincias, un monasterio o convento, un obispado, una de las cuatro órdenes militares

medievales o incluso una corporación municipal, gran número de aldeas, pueblos e incluso ciudades españolas estaban sujetas a tales obligaciones. Los detalles variaban de un lugar a otro, pero por lo general al señor había que pagarle hasta la cuarta parte del total de la producción en concepto de arrendamiento de la tierra y otros pagos y débitos diversos, disfrutaba de una serie de monopolios sobre actividades como la molienda y la panificación, controlaba la administración local y dirigía sus propios tribunales, lo que le permitía explotar los bienes comunes en beneficio propio y poner tasas a las actividades agrícolas más básicas. Tampoco eran los señores los únicos pudientes, al estar la mayor parte de España dominada por una poderosa clase de rentistas compuesta por abogados, funcionarios, comerciantes y demás que arrendaban las tierras de los señores, para subarrendarlas a su vez con gran provecho a campesinos minifundistas o cultivarlas con ejércitos de labradores sin tierras. Por otra parte, la usura y la especulación eran negocios secundarios de estos hombres. Todo lo cual estaba sujeto a fuertes impuestos, de modo que el pueblo quedaba sometido a una desconcertante variedad de impuestos, tasas y monopolios.

Para empeorar las cosas, el campo español era además desesperadamente pobre. Sólo en unas pocas zonas, como partes de Navarra y Cataluña, la vida era soportable. En todo el resto, el panorama era uniformemente horrible. En Galicia, por ejemplo, la tierra estaba subdividida en reducidas parcelas que resultaban demasiado pequeñas para mantener a una familia. En Castilla la Vieja y La Mancha las explotaciones agrícolas eran de mayores dimensiones, si bien pesaban sobre ellas la pobreza del suelo, la escasez de lluvias y los arrendamientos exorbitantes. En Extremadura y Andalucía la modalidad de explotación agrícola clásica era la gran propiedad dedicada a viñedos, cereales u olivos cultivados por labradores sin tierras que sólo tenían posibilidad de trabajar durante una parte del año. De resultas de ello, la guerra y los desastres naturales significaban la total indigencia, catástrofe que intensificaba el daño causado a la caridad de la Iglesia por la desamortización. Merece la pena señalar en este aspecto que un decreto del 15 de septiembre de 1803 daba carta blanca a quienes compraban tierras de la Iglesia para subir las rentas a su gusto. Hospitales, asilos y orfanatos estaban atestados hasta desbordarse; muchos campesinos perdieron sus minifundios; labradores desesperados acudían con sus familias a las ciudades en busca de trabajo, sólo para encontrarse con que no tenían más opción que engrosar la creciente multitud de mendigos, ladrones y prostitutas; miles de estibadores, arrieros, artesanos y trabajadores a domicilio perdieron su empleo y los campos estaban aterrorizados por grupos de bandidos y jornaleros desesperados que no hallaban modo de encontrar trabajo. Mientras tanto, los pudientes tenían posibilidades de ampliar sus propiedades a precios de ganga en la medida en que podían

comprar tierras de la Iglesia con bonos del estado depreciados, de evitar los peores efectos de la tributación, de minimizar o librarse de los apremios del estado, de aumentar los arrendamientos y de dedicarse a la especulación de cereales al por mayor.

Hasta el momento hemos tratado de la crisis del antiguo régimen sobre todo en sus aspectos social y económico. Y aunque éstos fueran importantes, tenía además una dimensión política e ideológica. Consideremos, por ejemplo, la cuestión del ejército, que era ampliamente detestado. En primer lugar, era la primera línea de defensa contra actividades como los disturbios, el contrabando y el bandidaje. En segundo lugar suponía una carga económica: cada vez que se trasladaban los regimientos, estaban autorizados a requisar todos los carros y muías que necesitaran, y además el pueblo tenía que pagar el coste del alojamiento de los soldados aposentados en sus casas. En tercer lugar, tanto oficiales como soldados tenían fama de adoptar comportamientos intimidatorios para con la sociedad civil, a lo que se añadían los perjuicios causados por la presencia de gran número de mercenarios extranjeros y de desertores. Y en cuarto lugar estaba el recuerdo constante de la amenaza del servicio militar obligatorio, que en su inmensa mayoría afectaba casi exclusivamente a los pobres.*

Si el ejército era causa constante de irritación, aún lo era más la política cultural del régimen. Hablando claramente, tanto Carlos III como Carlos IV estaban animados a civilizar masas. Lo que hacía falta para combatir el atraso español era estimular la educación y la higiene, extender la ilustración, eliminar la corrupción e inculcar una nueva ética del trabajo. De aquí el apoyo del régimen a las Sociedades de Amigos del País, el interés por la educación popular, la aversión a las corridas de toros, la construcción de nuevos cementerios fuera de las zonas habitadas y la decisión de purificar el catolicismo español de muchas de las tradiciones populares que lo adulteraban. Cuanto más, mejor, pero el asunto también tenía su cara oscura. Algunos de sus aspectos eran simplemente ridículos, por ejemplo el intento de sustituir tanto la zarzuela como el teatro clásico del Siglo de Oro por un nuevo teatro «ilustrado», y aún más la insistencia en que la plebe prescindiera de su vestimenta tradicional; la capa típica de los hombres de la clase baja, que cubría por entero el cuerpo, se consideraba ideal para ocultar los puñales de los bandidos. Pero había otros qué eran de lo más siniestro, pues esa misma política incluía

* El sistema formal de reclutamiento, denominado sorteo, era tan impopular que, tras un breve experimento en el decenio de 1770, el régimen había decidido no hacer nunca uso de él excepto en tiempo de guerra (situación que Godoy estaba desesperado por cambiar). De todos modos, el pueblo seguía expuesto a la constante amenaza de las «levas», el reclutamiento obligado de vagabundos e indigentes.

la censura de la caridad, la denuncia de todo tipo de fiestas y entretenimientos populares, el deseo de erradicar todas las manifestaciones de la cultura popular (estaban mal vistas hasta las canciones y villancicos populares) y la criminalización de la pobreza. Subyacía a todo esto un terror al pueblo común, al «populacho» (el pueblo llano), que era casi palpable: ignorante, salvaje, brutal, irracional y vicioso, había que someterlo a una dieta de trabajo constante y se le privaba de dar cualquier salida a sus emociones.

Todo esto era peligrosamente provocativo. Para una población como la de la España del siglo XVIII, los diversos rituales y celebraciones comunales tan detestados por los ilustrados eran la sustancia de la vida. Interrupciones apreciadas en una ronda inacabable de trabajos penosos y aburridos, eran además manifestaciones vitales de su identidad. Para Carlos III y los distintos reformadores eclesiásticos a quienes protegió, ceremonias tradicionales como el entierro de la sardina en Murcia eran muestra de la ignorancia y la superstición más oscuras, mientras que para las localidades implicadas eran el jugo vital de la comunidad y fuente de gran parte del orgullo local. El caso es que si les eran suprimidos, el pueblo se vería privado del auxilio sobrenatural, única protección contra el infortunio, temor que no podía sino intensificarse dada la creciente tendencia de los predicadores tradicionalistas a afirmar que los males de España procedían del castigo divino de Godoy. A todo esto se sumaba la cuestión de la xenofobia, y especialmente de la francofobia. En muchos lugares de España la rivalidad económica, la presencia de una amplia comunidad francesa, el recuerdo popular de la guerra de Sucesión española y, más recientemente, la propaganda antirrevolucionaria asociada a la guerra de 1793-1795, habían causado un considerable sentimiento antifrancés. Sin embargo, con el «petimetre» —el joven que imitaba el vestir y las maneras francesas y salpicaba su habla de galicismos para buscar favores y mostrar su superioridad— convertido en un personaje bastante común y la presentación de la ilustración por los clérigos tradicionalistas como una conjura satánica, ¿qué suponía a ojos del pueblo la política cultural de los Borbones sino el afrancesamiento y la destrucción de la propia identidad española? Dado que las primeras manifestaciones del reformismo borbónico habían contribuido a causar graves desórdenes en 1766, al continuar imponiéndolo en la España de la década de 1790, Godoy estaba jugando con fuego; de hecho, de entre todas sus medidas probablemente no hubo ninguna más impopular que la prohibición de las corridas de toros en 1805.

No es de sorprender que en 1800 España estuviera en estado de efervescencia. Hubo revueltas campesinas en Galicia y Asturias en 1790-1791, en Galicia en 1798, en Valencia en 1801 y en Bilbao en 1804. Desórdenes relacionados con el pan en Segovia, Madrid y muchos pueblos de La Mancha, mientras que muchos municipios intentaron un enfrentamiento legal contra

sus señores. En cuanto a las demandas de la Iglesia, muchos campesinos declaraban una producción inferior a la real o se libraban de los diezmos introduciendo nuevos cultivos no específicamente sujetos a ellos. Finalmente, hubo mucha resistencia a las reformas políticas y sociales del régimen. En las provincias vascas, por ejemplo, los notables, ultrajados por los intentos de Godoy de seguir reduciendo gradualmente los fueros de acuerdo con las medidas centralizadoras de Carlos III, procedieron a una feroz campaña de obstrucción y propaganda. En toda España la población urbana y los campesinos obligados a ver que sus seres queridos eran enterrados en cementerios municipales de nueva construcción, recuperaban sus cadáveres por la noche para intentar devolverlos a la protección de los antiguos enterramientos. Concretamente en Madrid, el creciente afrancesamiento de la corte topó con los jactanciosos majos —tenderos, artesanos, taberneros y labradores que, junto con sus mujeres, se vestían exagerando el estilo tradicional y disfrutaban provocando reyertas con los «petimetres».

Volviendo a la política nacional, la existencia de este complejo tejido de resentimiento, resistencia, hambre y desesperación fue lo que permitió que la facción anti-Godoy de la corte llegara al pueblo; además, el hecho de que se hubiera puesto de moda entre los nobles mezclarse disfrazados con la multitud madrileña, proporcionaba a los conspiradores un modo ideal de extender los rumores. Así, al morir tempranamente María Antonia de Nápoles, se ex tendió el rumor de que había sido envenenada; es más, se decía que Godoy intrigaba para hacerse con el trono, y los conspiradores distribuyeron una serie de caricaturas insultantes referidas a las supuestas relaciones de Godoy con la reina, mientras que se presentaba a Fernando como el inocente injuriado que libraría a España de todos sus males.

Por eficaz que fuera esta propaganda, no hay motivo para suponer que en aquel momento España se enfrentara a algo más grave que los desórdenes de 1766 (cuando la violencia de las turbas derribó a un primer ministro impopular). Lo que hacía diferente la situación era la aún más precaria situación internacional. En este aspecto es innegable que los objetivos de Godoy fueron desastrosamente erróneos. En vez de mejorar las posibilidades de recuperarse como potencia, España se vio gravemente debilitada. Por un lado, al quedar el gobierno privado de gran parte de los ingresos procedentes de América, poca cosa hubiera podido hacer Godoy para reforzar al ejército español aunque sus planes hubieran encontrado menos oposición. Por otro lado, incluso la fuerza militar de la que España disponía se vio menguada al sufrir su flota una serie de graves derrotas y al ser invadido Portugal en 1801. En marzo de 1802, se firmó la paz con Gran Bretaña al dictado de los franceses —el precio fue la pérdida de Trinidad—, pero en poco más de un año Gran Bretaña y Francia volvían a estar en guerra. Godoy, consciente de los peligros de

un nuevo enfrentamiento, hizo frenéticos esfuerzos por mantener la neutralidad, pero lo más que pudo lograr fue convencer a Napoleón de que permitiera a España sustituir los compromisos establecidos en el tratado de San Ildefonso por el pago de seis millones de francos al mes. Este acuerdo, pese a lo oneroso (para reunir el dinero necesario el gobierno tuvo que suscribir un empréstito exorbitante en el mercado de París), tampoco alcanzó los objetivos previstos: basándose en que España seguía en realidad aliada a Francia, Gran Bretaña volvió a declarar la guerra en octubre de 1804. El resultado fue una vuelta a la desorganización económica y, sobre todo, la catastrófica derrota de Trafalgar el 21 de octubre de 1805, en la que quedó destruido el grueso del poder naval que aún le quedaba a España.

Trafalgar no fue el golpe mortal de la leyenda. En realidad, antes de que se disparase el primer cañón España ya había dejado de ser una potencia naval. Aunque tenía buques en abundancia, ya no disponía de medios para equiparlos, preparación y experiencia para gobernarlos, ni recursos para construir otros (lo más importante de la construcción naval había cesado en 1797). Tampoco hay que exagerar el trauma que supuso la batalla. Contando los muchos ahogados al padecer sus destrozados barcos la terrible tormenta que sobrevino tras la batalla, las bajas francoespañolas acaso ascendieran a unos catorce mil hombres, de los que al menos cinco mil eran españoles. Para las comunidades litorales de donde procedían los marinos españoles supuso, desde luego, todo un golpe, pero a nivel popular el impacto no fue gran cosa. Excepción hecha de los que perdieron familiares en la batalla, ni siquiera a las clases educadas afectó mucho. España aún tenía muchos barcos de guerra y no había motivos para pensar que la derrota fuera especialmente importante. Para poetas como Quintana, que escribió muchas odas a la batalla, el tema no era la muerte de un imperio, sino la de los héroes. Existía el acuerdo general de que la flota había combatido con honor, y el gobierno reforzó esta impresión acordando ascensos a los supervivientes y mejorando las pensiones de las viudas de los caídos.

Con todo, la derrota seguía siendo dolorosa, pues se consideraba que la flota se había hecho a la mar por orden de una Francia que no estaba preparada para la defensa de los intereses españoles. Además, Napoleón desairaba constantemente a Madrid. Con la verdadera razón de ser de la alianza en los fondos de Trafalgar, el imperio español directamente amenazado (además de subvencionar a revolucionarios como Francisco Miranda, Gran Bretaña había ocupado Montevideo y Buenos Aires) y su propia popularidad otra vez en descenso, Godoy empezó a buscar una nueva salida. Animado por los acercamientos amistosos de Rusia, en otoño de 1806, Godoy se encontró con lo que parecía ser una oportunidad perfecta: la guerra entre Francia y Prusia. Al considerarse por aquel entonces que el ejército prusiano era el mejor de Europa,

55
Godoy lanzó de inmediato una proclama llamando a España a las armas. De ahí que cuando Napoleón batió a los prusianos en Jena y en Auerstádt fuera grande la consternación en Madrid. Desesperado por librarse de las iras de Napoleón, Godoy afirmó que sus medidas no se habían dirigido contra Francia, sino contra los británicos —su proclama, astutamente redactada, no concretaba contra quién se suponía que estaba combatiendo España—, felicitó a Napoleón por sus victorias y aceptó sumarse al bloqueo continental y enviar una división de catorce mil hombres para que se sumase a la *grande armée.* Mandada por el marqués de la Romana, fue a Dinamarca como parte de la ayuda enviada, cuando en compañía de Rusia, atacó a Suecia en febrero de 1808.

Con la firma del tratado de Fontainebleau la salvación parecía estar al alcance de la mano, pero en realidad la presencia de los ejércitos franceses coincidió con un espectacular deterioro de la situación. Los conspiradores fernandinos, además de hacer todo lo posible por dañar la reputación del valido y hacerse de inmediato con los resortes del poder a la muerte de Carlos IV, decidieron garantizar en 1807 la sucesión de Fernando casándolo con algún miembro de la familia de Bonaparte (no les desalentó la juventud de las únicas candidatas posibles). Se iniciaron negociaciones secretas con el embajador francés, en el curso de las cuales convencieron a Fernando de que escribiera una carta a Napoleón solicitando abiertamente su protección. Pero, Carlos y María Luisa, informados de que había una conspiración en marcha, en un dramático enfrentamiento que tuvo lugar el 27 de octubre en el palacio real del Escorial, confinaron al príncipe en sus habitaciones y ordenaron que éstas fueran registradas. Al parecer sus papeles sólo revelaron que detestaba a Godoy, a quien quería encarcelar, y que había tenido algún tipo de comunicación con Napoleón. En cualquier caso los reyes decidieron que había estado intrigando para derrocarlos. Forzado a reconocer que tales eran sus planes, finalmente Fernando fue perdonado, pero aquellos a quienes reconoció como sus colaboradores —Escóiquiz, Infantado, Montijo y otros— fueron detenidos y, tras fracasar un intento de someterlos a un juicio espectacular, enviados al exilio interior.

Para Godoy todo esto supuso una catástrofe, al creer la opinión general (completamente equivocada) que el asunto había sido una audaz intentona de eliminar a Fernando, desterrar a Escóiquiz y además un monstruoso abuso de justicia. Pero aún más desastroso fue que este asunto convenció a Napoleón de la necesidad, o acaso de la posibilidad, de una intervención. Que se tratara de lo primero o de lo segundo es cosa difícil de afirmar. El emperador se percató de que no podía confiar en Godoy y quedó descontento de la actitud de España como aliado, pero a partir de entonces no manifestó ningún propósito de intervenir en sus asuntos. Sin embargo, difícilmente pudo serle ajena

la idea de que podía transformar aquélla en otra monarquía familiar: era algo de lo que se venía hablando por lo menos desde 1804, mientras que el audaz Murat, deseoso de un trono, promovía activamente la idea. En este aspecto, fuera cual fuese la verdad, el asunto empezaba a ponerse en marcha. Acusado por Carlos IV de complicidad con la conspiración de Fernando, el emperador anunció que el príncipe estaba bajo su protección y prohibió que se hiciera mención alguna de Francia en relación con Fernando y sus cómplices. El 13 de noviembre dio orden de que los veinticinco mil hombres que mantenía en Bayona como reserva —el Segundo Cuerpo de Observación de la Gironda— cruzara la frontera y entrara en el norte de España. Mientras tanto se concentraron nuevas tropas —el Cuerpo de Observación de las Costas del Océano y la División de Observación de los Pirineos Occidentales— en Burdeos y San Jean de Pied-du-Port a las órdenes de los mariscales Moncey y Bessiéres y se instalaron arsenales en Bayona y Perpiñán, además se hicieron grandes esfuerzos por obtener cuanta información fuera posible sobre las fuerzas armadas, las fortalezas, las carreteras y la situación política españolas.

Así pues, el enfrentamiento del Escorial condujo directamente a la intervención francesa, lo que no significa necesariamente que Napoleón pretendiera derrocar a los Borbones. Pero, como dijo el mariscal Bessiéres a uno de sus ayudantes, mientras Napoleón estuviera en el poder, ningún trono europeo sería ocupado por un Borbón.[16] Tampoco el estado español había hecho gran cosa por rehabilitarse a ojos del emperador. Como de costumbre, la movilización fue muy lenta, y pronto llegaron al emperador noticias de que las tropas de Junot, que se estaban concentrando en la frontera portuguesa, pasaban hambre.[*] Pese a todo no hay pruebas de que antes de finales de 1807 planeara un cambio de dinastía. En cualquier caso, en enero de 1808 Napoleón aún pensaba en una alianza matrimonial: al encontrarse en Mantua con su hermano Luciano, con el que estaba enemistado, le convenció de que enviara a París como novia para Fernando a su hija Carlota, la única Bonaparte soltera disponible.

Si bien indeciso, Napoleón mantenía abiertas sus opciones, y aún animaron más sus preparativos las noticias de que habían llegado a Gibraltar desde Sicilia unos efectivos británicos de siete mil soldados. Por esta razón los veinticinco mil hombres del Segundo Cuerpo de Observación de la Gironda,

[*] Se ignoró el hecho de que esto fuera culpa del propio Napoleón: el plan original había sido penetrar en Portugal por León, pero la errónea creencia de que resultaría más rápido marchar por Abrantes había conducido a Napoleón a mandar a Junot al árido valle del Tajo. Al no darse un aviso previo de este cambio, los españoles no pudieron hacer los preparativos correspondientes, y por eso las tropas pasaron hambre.

57
al mando del general Pierre Dupont, se trasladaron de Vitoria a Valladolid, donde estaban en una posición ideal para avanzar sobre Madrid, mientras se enviaba al Cuerpo de Observación de las Costas del Océano y a la División de Observación de los Pirineos Occidentales para reemplazarlo en Navarra y las provincias vascas, y se movilizaba en Perpiñán otra nueva unidad, la División de Observación de los Pirineos Orientales. Sin contar las fuerzas de Junot, había ya en España más de cincuenta mil soldados franceses, y aún se concentraban más en las fronteras. De modo que no es de extrañar que Godoy empezara a sentirse seriamente alarmado.

Pero antes de considerar los siguientes acontecimientos hemos de volver a Portugal, donde don Juan y Araujo habían acordado aceptar de inmediato todas las demandas de Napoleón, pidiendo solamente una garantía para la dinastía de los Braganza. Pese a todo, sus esfuerzos no darían fruto. Napoleón, a quien preocupaba que los británicos enviaran un ejército a Lisboa, ordenó a Junot que acelerase su avance (de ahí su movimiento hacia el valle del Tajo). Exhaustos por la dificultosa marcha que habían tenido que hacer para alcanzar el Tajo, al cruzar la frontera el 19 de noviembre sus tropas se vieron ante un simple sendero que atravesaba un desierto de montes y matorrales escasamente poblado. Lo que sucedió a continuación fue sin lugar a dudas una prueba terrible, como testimonia el relato del general Foy:

> El ejército padeció un mal tiempo constante. En Portugal las lluvias otoñales son verdaderos diluvios ... Las columnas de infantería se veían desarticuladas veinte veces al día al cruzar los ríos ... crecidos. Los soldados se rezagaban sin orden ni concierto, y al dejar de estar cohesionados por los lazos de la disciplina y la ausencia de sus jefes, perdieron la apariencia de un ejército para convertirse en una mezcolanza de personas sueltas exasperadas por el agotamiento.[17]

Conducidas a un ritmo implacable de más de treinta kilómetros diarios, cuando Junot llegó a una carretera mejor en Abrantes, más de la mitad de sus tropas habían caído enfermas o se habían entregado al merodeo, además de haber tenido que abandonar la mayor parte de sus cañones. De hecho, la situación era tan desesperada que el comandante francés tuvo que convertir las compañías de élite de sus dos primeras divisiones en batallones provisionales; y fue con estos hombres, menos de mil quinientos, con quienes finalmente entró en Lisboa el 30 de noviembre.

Mientras tanto, a los españoles las cosas no les habían ido mucho mejor. Según Thiébault, «la división española del general Caraffa perdió de hambre o de cansancio, ahogados en torrentes o caídos en precipicios, a mil setecientos o mil ochocientos hombres».[18] Aun siendo esto probablemente una exageración,

es evidente que la confusión fue considerable. Como recordaba Girón del primer día de marcha:

> Parecía imposible que aquella corta y fácil marcha hubiera sido dirigida por militares; las unidades se perdieron, los soldados se dispersaron y en una palabra el desorden y la confusión llegaron a tal punto que puedo asegurar que no he visto cosa igual ni aun después de las derrotas más completas.[19]

Una vez más esto era un triste augurio para el estado borbónico, que además no era probable que pasara inadvertido a Napoleón. Y más aún teniendo en cuenta que España cada vez adquiría mayor importancia para sus planes estratégicos. Las operaciones que planeaba en el Mediterráneo —la conquista de Sicilia, el socorro de la asediada guarnición de Corfú y la invasión de Egipto— hacían muy valiosa la ayuda naval española, y ello pese a que la armada española se hallaba en condiciones lamentables. Reducida a unos quince buques de guerra en buenas condiciones, la mayoría de éstos necesitaban muchas reparaciones, mientras que las tripulaciones, los repuestos y el abastecimiento eran extremadamente escasos. Sólo con enormes dificultades pudieron zarpar de Cartagena seis buques con el objetivo de unirse en Tolón a la escuadra francesa. Todo esto, desde luego, desagradó mucho a Napoleón, y más aún en tanto que no había modo de disuadirle de que, gracias a su imperio americano, España nadaba en dinero. El motivo de que este potencial no pudiera hacerse real era sencillo: los españoles eran corruptos; los españoles eran ineficaces; los españoles eran incompetentes; de modo que lo que hacía falta era la mano fuerte de Francia.

Sin embargo, la mano fuerte de Francia había fracasado en Portugal. El rey don Juan tuvo que intentar colmar a París, pero también había de tener cuidado de mantener en vigor sus lazos con los británicos, que habían prometido ayudar a la familia real a huir a Brasil. De modo que los preparativos para la fuga pronto estuvieron en marcha. El 29 de noviembre zarpó un convoy de ocho buques de guerra, cuatro fragatas y veinticuatro mercantes que se internó en el Atlántico, donde se unió a la escuadra británica enviada unas semanas antes para bloquear el Tajo. Iban en él no sólo la familia real completa, sino también la totalidad del tesoro y los archivos nacionales, muchas obras de arte y gran número de nobles, la burocracia y los más ricos habitantes de Lisboa, llevándose quizás la mitad del dinero en circulación en el país. También se pusieron a salvo la comunidad mercantil británica y gran parte de sus mercancías.

Volviendo a Lisboa, la entrada de los invasores difícilmente podía ser triunfal, pues los pocos hombres que acompañaban al frustrado Junot no parecían sino los restos de un ejército derrotado: estaban tan exhaustos que muchos

de ellos no podían llevar sus propios mosquetes. Algunas unidades habían quedado reducidas a un décimo de sus efectivos, cuando hacía menos de tres semanas el comandante francés podía contar con diez mil hombres. «Es difícil de creer —escribió Thiébault— el estado en que nos hallábamos. Nuestros ropajes habían perdido forma y color; yo no me había cambiado de ropa desde Abrantes. Los pies se salían de las botas.»[20] Con ayuda de los españoles el país fue gradualmente sometido a ocupación militar, instalándose guarniciones en ciudades como Oporto, Setúbal, Faro, Almeida y Elvas. Entretanto se hizo un esfuerzo por intimidar a la plebe; se confiscaron las propiedades de todos los que habían huido a Brasil, así como gran cantidad de objetos de plata de la Iglesia y todas las tierras de la familia real. Se impuso una multa de cien millones de francos. El ejército fue transformado en una nueva Legión Portuguesa (sería destruida en Rusia en 1812) y enviado a cumplir funciones de guarnición en Alemania. En cuanto a la regencia que don Juan había dejado tras de sí, fue abolida y sustituida por un nuevo «consejo de gobierno», y finalmente el 1 de enero de 1808 se proclamó el derrocamiento de la dinastía de Braganza.

Como pasaba habitualmente con las conquistas de Francia, el pillaje y la explotación se disfrazaron de reforma y benevolencia. Junot había entrado en Lisboa proclamando que sus habitantes nada tenían que temer e hizo repetidos esfuerzos por garantizar que sus tropas se comportaran de modo razonable, prohibiéndoles, por ejemplo, que frecuentaran tabernas después de las siete de la tarde. Además, pronto se publicó la versión traducida de un discurso recientemente dedicado por Napoleón al clero de Milán, en el que afirmaba ser amigo fiel de la Iglesia católica. Los británicos, se decía, habían encarcelado a don Juan, mientras que todas las medidas de Junot se disfrazaban como actos de gracia y de favor (tal fue el caso, por ejemplo, de la abolición del ejército) y se prometieron numerosas mejoras de la enseñanza y las obras públicas. Mientras tanto se ponía en marcha un cambio político, social y económico del tipo que caracterizaba al resto del imperio napoleónico: se nombró a un *corregedor-mór* al mando de la administración de cada provincia, a la manera de los prefectos franceses; se iniciaron deliberaciones sobre una constitución; se suprimieron muchos conventos y monasterios, y en nombre del orden público se persiguió a mendigos y vendedores callejeros.

Junot —cuyos esfuerzos habían sido recompensados por Napoleón con el título de duque de Abrantes— contaba con cierto número de colaboradores. Figuraban entre ellos, desde luego, muchos representantes de la comunidad francesa allí residente. Como la mayoría se dedicaba al comercio, recibió con agrado el eclipse de sus rivales británicos y proporcionó al comandante francés gran número de funcionarios, que se unieron no sólo a cada uno de los nuevos *corregedores,* sino también a los ministros nombrados

por Junot al frente de los diversos ramos de la administración. De todos modos, no faltaron auxiliares portugueses. Deslumbrados por el sueño de compartir la gloria de la *grande armée*, por ejemplo, muchos oficiales del ejército se presentaron voluntarios a la nueva Legión Portuguesa, mientras que, como sucedía en otros estados, la nobleza, la burocracia y las clases cultas y comerciales proporcionaron muchos partidarios a los franceses. Al pedir la Iglesia sumisión al nuevo régimen, Junot no tuvo dificultades para cubrir los puestos de la administración o tampoco para reunir una delegación que en abril de 1808 viajó a Francia para solicitar a Napoleón que diera el trono al comandante francés.

Si bien las clases educadas ayudaron a los franceses, la situación en modo alguno era tan halagüeña como Junot pretendía dar a entender. Por el contrario, desde los inicios de la ocupación francesa hubo un grado considerable de violencia e intranquilidad. Que su sentido fuera abiertamente político no está claro, mientras que la aparición de un número creciente de carteles y octavillas eran un claro mensaje de lealtad a los Braganza. No se puede asegurar lo mismo de las luchas que enseguida empezaron a producirse entre la soldadesca francesa y elementos de la plebe. Ni sobre el hecho de que las carreteras fueran cada vez más peligrosas: con la economía en situación caótica, la magistratura falta de personal y el pueblo sometido a un serio aumento tributario, era inevitable un incremento de la ilegalidad. Como indica Foy, al entrar en Lisboa los franceses encontraron «enjambres de bandidos y vagabundos» que habían «salido de sus madrigueras» causando «escenas de desorden como las que presenció [la capital] tras el terremoto de 1755».[21] En cuanto al hecho de que hubiera desertado casi un tercio de la Legión Portuguesa al cruzar la frontera con España, esta elevada proporción de deserciones no era nada nuevo. La violencia con que reaccionaban los franceses —según Foy, se ejecutó a un habitante de Mafra simplemente por «lanzar invectivas contra el ejército francés»—[22] estimuló inevitablemente las tendencias xenófobas. Al mismo tiempo se contaban entre los colaboracionistas muchos hombres que se habían beneficiado de las reformas de Pombal, que concentraron la producción de vino en pocas manos, arruinando en el proceso a muchos campesinos. Las circunstancias de la llegada de Junot tampoco sirvieron de ayuda, pues en tal ocasión los portugueses no vieron en ellos a «héroes de una especie superior, gigantes, semidioses», sino a meros hombres, e incluso a hombres «que apenas tenían fuerza para guardar el paso ... y nada más que armas de fuego herrumbrosas y cartuchos empapados en agua».[23]

Aunque los franceses instituyeron elaboradas celebraciones y festividades, las multitudes que atraían difícilmente podían considerarse prueba de la popularidad del gobierno de Junot. Los hechos acaecidos en España bastaron para convertir la intranquilidad en rebelión. Napoleón insistió aquí en la regeneración,

pero dudaba acerca del procedimiento para alcanzarla. En aquel momento disponía aún de libertad para deponer a Carlos IV y sustituirlo por Fernando, de quien sabía que no sólo era sumamente complaciente, sino que además era muy amado por el pueblo. ¿Por qué, entonces, no se embarcó en un plan tan claro? La respuesta es sencilla: España parecía hallarse en un estado de profunda desintegración; su ejército estaba mal preparado para la guerra; y los distintos agentes que había enviado al otro lado de los Pirineos le decían constantemente que allí reinaba una disposición general a aceptar cualquier solución que se pretendiera imponer. Los Borbones españoles no eran de fiar, y no había motivo para creer que un régimen encabezado por Fernando VII fuera a ser más eficaz que otro encabezado por Carlos IV. Se notaba que Luciano no estaba dispuesto a consentir el matrimonio de Carlota y Fernando. Por último, teniendo cada vez más tropas en España, sencillamente no parecía haber razón para que no se resolviera el problema de un modo radical que al mismo tiempo fortaleciese su prestigio, garantizase que España fuera transformada y diera origen a otro trono para su familia. ¿Quién, a fin de cuentas, podía frustrar tal plan? El ejército español era decrépito, y según su experiencia una revuelta popular era una amenaza menor que podía aceptarse y eliminarse sobre la marcha. Cuando Fouché le advirtió de que España podía no resultar un objetivo fácil, estalló:

> ¿De qué estáis hablando? En España, toda persona de juicio desprecia al gobierno; el príncipe de la Paz ... es un sinvergüenza que me abrirá personalmente las puertas de España. En cuanto a la chusma ... unos cuantos cañonazos la dispersarán.[24]

A la hora de la verdad Napoleón mantuvo abiertas sus opciones. «Murat me aseguró en 1814 —escribió lord Holland— que no tenía instrucciones ... No se le había comunicado ni una palabra sobre el objeto de su expedición»,[25] pero para entonces la dinastía de los Borbones estaba amenazada. Lo que explica la carta que envió el 2 de febrero de 1808 a Alejandro I de Rusia sugiriéndole el envío a Constantinopla de cincuenta mil soldados franceses y rusos desde sus respectivas bases en lo que hoy es Croacia y Rumania, con la intención de repartirse el imperio otomano, y neutralizar así las objeciones de Rusia al golpe que suponía la expulsión de los Borbones para el equilibrio del poder.

En cualquier caso, empezaban a producirse progresos. Apoyadas ahora por grandes refuerzos, entre el 9 y el 12 de febrero las divisiones de los Pirineos Orientales y Occidentales cruzaron la frontera por Navarra y Cataluña, ocuparon Pamplona y Barcelona y se apoderaron de las ciudadelas que dominaban las dos ciudades. El gobierno español, ahora profundamente alarmado,

llevaba cierto tiempo exigiendo una explicación de la conducta de Francia, solicitando al mismo tiempo la realización del prometido reparto de Portugal y pidiendo una novia Bonaparte para Fernando. El emperador había respondido a todas estas comunicaciones con una mezcla de desdén y ofuscación, mientras seguía afirmando sus intenciones amistosas. A la vista de las pruebas cada vez más evidentes de la duplicidad francesa, Godoy ordenó volver a España a las tropas españolas que estaban en Portugal (la mayoría se separaron de las que estaban en Lisboa, y de éstas, la mayor parte fueron desarmadas e internadas). El 24 de febrero se produjo otro golpe. En un largo escrito, Napoleón acusó a España de desunión y de mala fe y anunció que dejaba de considerarse comprometido por el tratado de Fontainebleau. Si bien ahora se prometía a España la totalidad de Portugal, la concesión estaba condicionada a la cesión de todos los territorios comprendidos entre el río Ebro y los Pirineos y a la firma con Francia de una alianza permanente e ilimitada.

El objetivo de esta medida no está muy claro, pero parece la explicación más probable que Napoleón esperase al mismo tiempo justificar su conducta y provocar una resistencia de los españoles que le diera el pretexto necesario para derrocar la monarquía. De ser así había obtenido un éxito indudable, pues Carlos IV acordó con Godoy y sus otros consejeros iniciar los preparativos para huir a América pasando por Sevilla. La corte ya se había trasladado al palacio de Aranjuez, a orillas del Tajo, al sur de Madrid, donde quedaba bien situada para dicho traslado; pero para ganar tiempo, el favorito ordenó además que la guardia real se trasladase allí desde sus cuarteles madrileños, y a la vez envió diversas tropas españolas a guarnecer la línea del Tajo. A las guarniciones instaladas en la zona ocupada por los franceses se les dio orden de no oponer resistencia y se envió una respuesta conciliatoria a las exigencias de Napoleón; con todo, nada podía ocultar el hecho de que la guerra era inminente. Godoy, abatido, se quejó: «Yo ... estoy en tal estado con lo que pasa ... que me gustaría ponerme ... un saco, y esconderme en un rincón».[26]

Mientras tanto, los franceses, volvían a estar en marcha. El 20 de febrero Joachim Murat había sido puesto al mando de los sesenta mil soldados franceses ahora destacados en España, y el 2 de marzo se le ordenó acuartelarse en Vitoria, donde pronto recibió la ayuda de un destacamento de seis mil hombres de la Guardia Imperial. El 6 de marzo los franceses ocuparon la plaza fuerte de San Sebastián, y al día siguiente Murat recibía instrucciones de mandar las fuerzas de Dupont y de Moncey hacia el sur en dirección a Madrid, cuya ocupación, comunicada al lugarteniente del emperador, iría seguida del envío de Godoy y de la familia real a una reunión con Napoleón en Burgos o en Bayona. Aunque aún se hicieron esfuerzos poco entusiastas por convencer a los españoles de que todo iba bien —la marcha sobre Madrid, por ejemplo, fue explicada como un modo de asegurar a Cádiz contra los

británicos instalados en Gibraltar o de enviar tropas al norte de África—, ya se estaba actuando a las claras. Como escribió Napoleón a Murat. «Espero que no haya guerra, lo quiero de todo corazón. Si tomo tantas precauciones se debe a que tengo la costumbre de no dejar nada al azar. Si hubiera guerra, su posición sería muy buena».[27]

Así pues, la trampa estaba a punto de cerrarse, pero nuevos hechos intervinieron en los acontecimientos. Para Fernando y sus partidarios, los llamados fernandinos, la guerra que ahora amenazaba era impensable. En primer lugar, seguían convencidos de que el emperador tenía intención de poner a Fernando en el trono, o por lo menos de librarse de Godoy, y en segundo lugar creían —con bastante acierto— que la guerra llevaría a la derrota y el derrocamiento de toda la dinastía. Fernando, aterrorizado por lo que pudiera pasar, convocó a Montijo y le ordenó organizar un levantamiento que se pudiera presentar al emperador como un hecho consumado en la forma no sólo de un cambio a un nuevo régimen, sino también de una nueva monarquía completamente dispuesta a ponerse a merced de Napoleón y a cumplir su voluntad hasta en los menores detalles. En pocas palabras, Fernando hubiera sido rey, pero hubiera pasado a la historia no como «el deseado», sino como «el afrancesado».

Fomentar la rebelión apenas presentaba dificultades. A lo largo de la Península era general la convicción de que los franceses no harían sino rescatar a Fernando de las garras de Godoy. «Nuestras tropas —escribió Lejeune— han sido bienvenidas en España ... y el pueblo leal, que ... nos recibió como a hermanos, esperaba con impaciencia el día en que el emperador ... quitase al odiado ministro.»[28] Aprovechando la ignorancia sobre sus planes, los franceses no hicieron nada por ahogar tales esperanzas:

> Los franceses ... ignoraban cuál era el trabajo que estaban destinados a realizar, pero puesto que no oían de sus anfitriones nada más que maldiciones contra los autores de las desgracias del país, se sumaron a la indignación pública y .. dijeron a su vez que el ejército había entrado en España solamente para hacer justicia contra un malvado.[29]

Tampoco había adquirido por entonces Napoleón las cualidades demoníacas que pronto tendría a ojos de la mayoría de los españoles. De hecho, era ampliamente admirado por las clases ilustradas —el propio emperador comentaría posteriormente que el régimen «nunca le temió» y «le consideraba un defensor de la realeza»,[30] mientras que el «populacho», influido por la vaga idea de que el emperador había salvado a la Iglesia de los revolucionarios, seguía con gusto a sus dirigentes—. Como escribió Foy, «era evidente que el reinado de Napoleón había borrado por completo la antipatía de la católica España

por la nueva Francia».[31] Sin embargo, bajo la superficie se gestaban problemas de gravedad. Robert Brindle, un joven seminarista inglés escribió:

> Los soldados estaban alojados en casas particulares y causaban la miseria y la desgracia de las familias. Pocos tenían el valor de poner en tela de juicio su derecho a quedarse con aquello que codiciaran. Si querían formular alguna queja tenían que presentarla a un oficial francés, con el resultado de insultos o agravios adicionales.[32]

En aquellos momentos no había en Aranjuez más tropas que la Guardia Real, cuyo aristocrático cuerpo de oficiales en ningún momento había olvidado el bajo origen de Godoy ni el hecho de que hubiera reducido a la mitad a dicha unidad militar. Por otra parte, la prosperidad de toda la población de Aranjuez dependía de la corte, que por entonces había sido muy aumentada por las hordas de cortesanos y criados que viajaban con la familia real en sus migraciones estacionales de un palacio a otro. Al mismo tiempo se daba la circunstancia de que muchas de las localidades de los alrededores de Madrid eran feudos de los dirigentes fernandinos, que podían ser animados a pasar a la acción por medios económicos. Con todo, era probable que ni siquiera fueran necesarios dichos medios económicos. Como la plebe tenía una confianza patética en la supuesta protección del monarca, las noticias de que el rey se proponía abandonarles, causó miedo, así como furia la idea de que Godoy se librara de su suerte. Montijo, disfrazado de «tío Pedro», en muy pocos días consiguió concentrar una gran multitud en torno al palacio de Aranjuez, poniendo al rojo vivo el odio de los guardias contra Godoy. Parece que inicialmente el plan para desencadenar la rebelión había de ponerse en marcha sólo con la partida de la familia real, pero debido a las vacilaciones del rey Carlos tal hecho no llegó a producirse. De todos modos, al final no se necesitó el desencadenante. Pedro Cevallos, secretario de Estado, informó al secretario del Consejo de Castilla de que «hacia la una de la madrugada [del 18 de marzo] se produjo un choque entre algunos húsares y guardias de corps, tras lo cual se reunieron muchos soldados y civiles, espantados por los rumores de que el rey, la reina y la familia real se iban».[33] Dichos húsares eran miembros de la recién creada guardia personal de Godoy —«tropa de brillantes uniformes, mirada con envidia por sus compañeros, y con odio por el pueblo»[34]—, y la violencia con que fueron atacados dio motivo para tres días de disturbios. Los desórdenes no afectaron solamente a Aranjuez. En Madrid, por ejemplo:

> Apenas cayó la noche, una furiosa turba invadió la casa de don Diego, hermano menor del favorito ... Después de romper las puertas de la casa y de encontrarla desierta, empezaron a tirar por las ventanas todo el rico mobiliario del

> interior ... hasta que se formó una enorme pila de mesas, camas, armarios y pianos, a la que se prendió fuego ... Cuando la plebe terminó de disfrutar de esta espléndida y riquísima hoguera ... se dirigieron a la casa del príncipe Branciforte, cuñado de Godoy. Pero ya los alguaciles habían colocado una tabla en la puerta de su casa ... anunciando que las propiedades del favorito y de sus parientes próximos habían sido confiscadas ... Esto bastó para apartar a los amotinados del objeto de su furia y ... se contentaron con pasar toda la noche por las calles ... bebiendo a costa de los taberneros ... [Al día siguiente] grupos de mujeres con cántaros de vino lograron sacar de sus cuarteles a toda la guarnición de Madrid y ... los soldados mezclados con el pueblo, llevaban en sus fusiles los ramos de palma benditos que se colocan en las ventanas como protección contra el rayo.[35]

En Toledo se ahorcó un busto de Godoy; en Sanlúcar de Barrameda fue arrasado un jardín botánico creado por él, y por último, y esto más importante, en Zaragoza los estudiantes universitarios, radicalizados por las recientes medidas que habían ampliado en tres meses el año académico, obligaron a sus profesores a atrincherarse en el claustro de la Universidad y se apoderaron del retrato del valido que colgaba en el aula magna. Lo pusieron en una barricada y luego lo arrastraron por las calles hasta el Coso, calle ancha que servía de «plaza mayor». Allí, escribió uno de los cabecillas, «se hizo tal hoguera que las llamas subían más altas que los tejados, y después de bien escupido y pateado el Excelentísimo ... fue arrojado a las llamas».[36]

De vuelta en Aranjuez, los reyes estaban aterrorizados. El grueso de la guardia se hallaba en estado de rebelión y el favorito se había escondido en el ático de su propio palacio después de que las turbas entraran por la puerta principal. Carlos IV aceptó rápidamente el arresto de Godoy, pese a lo cual siguieron produciéndose desórdenes dirigidos por Montijo. Carlos y María Luisa, informados por un jefe militar de que sólo Fernando gozaría de la lealtad de las tropas, acabaron por derrumbarse, y el 19 de marzo por la mañana abdicaron, poniendo la corona en manos de su hijo. Mientras tanto Godoy, obligado por la sed a salir de su escondite, se libró por poco del linchamiento y fue sometido a un riguroso arresto.

Debido a su dimensión popular es indudable el significado del llamado motín de Aranjuez. Aunque inspirada por elementos ajenos a sus filas, una unidad del ejército —la Guardia Real en este caso— quiso imponer sus opiniones al estamento político «pronunciándose» contra el régimen. Desafiados por esta llamada a las armas, Godoy y sus reales protectores se encontraron con que tenían pocos defensores. La práctica totalidad del cuerpo de oficiales estaba disgustada por el hecho de que las reformas del favorito no hubieran producido mejora alguna en su situación, y las órdenes de éste de resistirse a los franceses habían sido en gran medida desobedecidas; la mayor parte de la

alta nobleza y de la Iglesia le eran hostiles; los círculos reformistas hacía mucho que no tenían confianza alguna en las credenciales políticas de Godoy; y el pueblo llano se hallaba en un estado de franca rebelión. En cuanto a Fernando, fue recibido como un salvador al ser conducido a Madrid el 24 de marzo, según cuenta Alcalá Galiano:

> En verdad, en las diferentes escenas que he visto de entusiasmo popular, ninguna ... igualó a la que voy hablando en este instante. Los vivas eran altos, repetidos y dados con animoso gesto y ojos llorosos de placer: los pañuelos ondeaban en las calles y en los balcones, movidos por manos trémulas de gozo ... y ni por un momento disminuía el estruendo atronador del alegre vocerío, sin que un instante desmayase la pasión.[37]

A pesar de la popularidad de que gozaba el nuevo rey, su seguridad no estaba en modo alguno garantizada. Murat había ocupado la ciudad el día antes, y pese a los intentos de Fernando —por procedimientos cada vez más abyectos— de ganarse los favores de Francia, se negó a reconocerlo; peor aún, Carlos IV se dejó convencer para arrepentirse de su abdicación y apelar a la ayuda de Napoleón. El emperador, con los dos rivales implorando abiertamente su mediación, estaba en una situación ideal para manipular a su gusto la situación. Convocó tanto a Carlos y María Luisa como a Fernando a reunirse con él en Bayona para conferenciar. Como favor a los antiguos reyes, Godoy fue liberado de su cautiverio y rápidamente puesto a salvo en Francia. Napoleón, con todos los protagonistas del drama en su presencia, hizo explotar la esperada bomba: los dos reyes rivales tenían que renunciar al trono y ponerlo en manos del emperador. Carlos no opuso resistencia a esta exigencia y el 5 de mayo, tras algunas jornadas de disputas poco edificantes, fue vencida la débil resistencia que Fernando estaba dispuesto a ofrecer y el trono fue formalmente cedido a Napoleón a cambio de generosas pensiones para la familia real y de garantías de integridad territorial y religiosa para la propia España.

Con toda la Península ya subyugada en apariencia, Napoleón parecía haber alcanzado completamente su objetivo. Pero aun habiendo partido los Borbones a un exilio decoroso —Carlos, María Luisa y Godoy a Italia y Fernando, su hermano Carlos y su tío Antonio al castillo de Talleyrand en Valençay—, la Península estaba en actividad. Ahora bien, ¿por qué había actuado así Napoleón? Nada mejor para una respuesta que recurrir al propio Napoleón:

> El viejo rey y la reina ... en el momento del acontecimiento eran objeto del odio y el desprecio de sus súbditos. El Príncipe de Asturias conspiró contra ellos ... y enseguida se convirtió en la esperanza de la nación. De todos modos la nación estaba madura para grandes cambios ... allí yo era muy popular; en

67

> esta situación ... decidí aprovechar aquella ocasión única para librarme de esa rama de los Borbones, proseguir con mi propia dinastía el sistema de familia de Luis XIV y unir España a los destinos de Francia.[38]

Esta preocupación por la razón de estado figura también en otras fuentes. Como dijo a Roederer, por ejemplo:

> Es preciso que España sea francesa; para Francia he conquistado España, con su sangre, con sus brazos, con su oro. Soy francés con toda mi devoción ... Nada hago que no sea por deber y por afección a Francia. He destronado a los Borbones sólo porque conviene a Francia y asegura mi dinastía. No busco sino la gloria y la fuerza de Francia ... Míos son los derechos de conquista; no importa el título de quien gobierne: rey de España, virrey, gobernador general, España debe ser francesa.[39]

Ahora bien, dejando esto de lado, la clave era el oportunismo. No había movido a Napoleón un deseo altruista de difundir los beneficios de la libertad y la ilustración ni una gigantesca combinación estratégica, así como tampoco una irresistible lealtad de clan que hizo de la creación de cortes de familia la pieza central de la política exterior francesa. Ciertamente estaban presentes en su pensamiento factores estratégicos, ideológicos e históricos, pero lo que en última instancia importaba era, primero, el carácter del emperador, y segundo, la fuerza de las circunstancias. El emperador, siempre deseoso de dar muestra de sus proezas, de imponer su sello en la política y de demostrar su competencia diplomática, se hallaba ante una situación en que parecía no haber obstáculo alguno entre él y un golpe que era el más audaz que hasta entonces hubiera intentado. Nunca había estado tan equivocado.

Capítulo 2, MADRID: LAS INSURRECCIONES IBÉRICAS, MAYO-JUNIO DE 1808

«Los hombres se arrodillaron unos junto a otros en la templada noche primaveral. Uno de ellos, un fraile, se inclinó hacia adelante rezando. Se alzaban ante ellos las figuras oscuras del piquete, sus capotes débilmente iluminados por la luz de la luna. A una voz de mando, una docena de mosquetes apuntaron a los prisioneros. En ese momento se produjo un movimiento repentino. Un hombre, irguiéndose al frente del grupo, levantó los brazos bien altos, miró de frente a quienes iban a matarle y abrió la boca por última vez. Demasiado tarde: la descarga se produjo y las balas de los mosquetes derribaron a las víctimas agrupadas. Acaso el oficial que estaba al mando del piquete se preguntara qué había estado a punto de gritar ese individuo: ¿una acusación, una súplica de clemencia, un grito de desafío? Nunca lo sabría, y quizá tampoco le interesara. En torno al palacio real que se levantaba oscuro a sus espaldas contra el amanecer y a lo largo de las callejuelas que conducían al centro de la ciudad yacían los muertos del combate de la víspera y aún tenía que haber otras ejecuciones. Era el 3 de mayo de 1808.»

Esta instantánea inmortalizada por Goya de las ejecuciones que de resultas del dramático levantamiento del 2 de mayo tuvieron lugar en la Montaña del Príncipe Pío, en las afueras de Madrid, tenía un significado estremecedor. La acusada ambigüedad de su personaje central es una impresionante metáfora de la respuesta del pueblo español a la invasión napoleónica, que fue, como veremos, mucho más compleja de cómo por lo general ha sido descrita. En cualquier caso, las matanzas del 2 y el 3 de mayo tuvieron repercusiones dramáticas en toda España y fueron un anuncio tanto de la guerra como de la revolución.

El levantamiento del 2 de mayo en modo alguno fue inesperado. Desde el motín de Aranjuez, España se hallaba en un estado de agitación: los ataques

a los godoystas eran frecuentes, mientras que el no reconocimiento explícito de Fernando por los franceses causó gran descontento, y concretamente dio origen a la sospecha de que pretendían reponer al favorito. Consecuencia de ello fue que los que no estaban satisfechos con la situación tardaron poco en manifestarse. En Vitoria, por ejemplo, una multitud airada hizo un intento a la desesperada de evitar la marcha del rey hacia la frontera francesa, y en Madrid la protesta contra la abdicación de Carlos IV produjo graves desórdenes cuando se hizo pública. Por otra parte, el 12 de abril un capitán llamado Mottet fue asesinado en la localidad madrileña de Carabanchel Alto por el sacerdote en cuya casa había sido alojado, mientras que en Burgos se producía un verdadero precedente del Dos de Mayo:

> Iba yo a dibujar ... el precioso bajorrelieve que hay a la entrada del puente cuando oí el grito «¡Muerte a los franceses!» y varios disparos de mosquete. Corrí tan rápidamente como pude al abrigo de la plaza mayor, donde se hallaban nuestras tropas sobre las armas y preparadas para el combate ... Perdimos algunos hombres en el tiroteo, pero al dispararnos ... la multitud, que cargó contra nosotros a la carrera, se le acabó la munición ... mientras que nuestras repetidas descargas ... enseguida barrieron de la plaza a quienes nos atacaban.[1]

Era inevitable una conflagración, y más aún en Madrid, con sus bandas de majos y majas levantiscos y xenófobos. El futuro disidente José María Blanco y Crespo (más conocido por su *nom d'exil*, Joseph Blanco White) captó el ambiente de la ciudad:

> Con poca discreción empezaron a discutirse en público los planes más violentos para acabar con la división francesa acuartelada de Madrid ... Se pensó en distribuir entre los espectadores que se solían colocar detrás de la caballería, unas picas cortas dotadas en sus puntas de unas afiladas cuchillas en forma de media luna. A una señal convenida este grupo se lanzaría a desjarretar los caballos, en tanto que otros atacarían a la infantería con puñales. No sólo era inútil sino peligroso poner objeciones a planes tan absurdos y visionarios.[2]

A principios de mayo corrió por las calles el rumor de que la Junta de Gobierno —el consejo de regencia que Fernando había dejado tras de sí— era objeto de presiones para que enviase a Bayona a los restantes miembros de la familia real. El 1 de mayo se produjeron en Aranjuez desórdenes graves, y la aparición al día siguiente de dos carruajes ante el palacio real fue suficiente para congregar a una nutrida multitud. A la vista de Francisco de Paula, el más joven de los hijos de Carlos IV, esta multitud se lanzó frenética contra un ayudante de campo del mariscal Murat, llamado Auguste Lagrange, que se había acercado para analizar la situación. Entonces Murat, sabiendo perfectamente

lo que sucedía —su cuartel general estaba a pocos centenares de metros—, pasó a la acción. Movilizó a las tropas disponibles más cercanas —un destacamento de la Guardia Imperial que había recibido como escolta personal— y les ordenó despejar el lugar. Poco después resonaba una descarga atronadora: diez españoles caían heridos o muertos sobre el adoquinado y los supervivientes de la multitud se dispersaban a todo correr en busca de refugio.

A los pocos minutos de sonar los cañonazos, las calles estaban llenas de ciudadanos desconcertados e iracundos. Blandiendo las armas de todo tipo que pudieron conseguir, cayeron rápidamente sobre los infortunados franceses que pudieron coger en la ciudad (que eran muy pocos, pues casi la totalidad de los diez mil hombres de Murat estaban acampados a campo raso en los alrededores). Antonio Alcalá Galiano transmite algunas impresiones del ambiente que reinaba en la ciudad:

> Estaba yo vistiéndome para salir a la calle con la inquietud natural en aquellas horas, cuando entró azorada mi madre, y sólo me dijo las palabras: *ya ha empezado.* No se necesitaba decir de lo que estaba hablando ... Al momento, vistiéndome de cualquier modo, estaba en la calle ... Oíanse entre tanto algunos tiros a lo lejos ... Íbanse juntando cuadrillas tan ridículamente armadas, que era una locura en ellas pretender habérselas con soldados franceses. A una de ellas, capitaneada por un muchacho como artesano ... me agregué yo, y fuimos hacia la calle de Fuencarral. Pero unos insistían en que fuésemos a los cuarteles a juntarnos con la tropa y con ella pelear en orden, y otros querían que embistiésemos con los franceses desde luego ... En suma, era la cuestión entre el ejército regular y las guerrillas.[3]

A Alcalá Galiano, que tenía entonces diecinueve años, enseguida le desagradó la naturaleza desordenada de sus compañeros y se volvió a casa. Es lo mejor que podía haber hecho. Los insurrectos que había en el exterior del palacio no eran enemigos de consideración para los hombres de la guardia de Murat y rápidamente los pusieron en fuga. De todos modos, la rebelión estaba condenada al fracaso, pues al poco entraban en la ciudad columnas de tropas francesas desde todas direcciones. No hay mejor fuente que Blanco White para describir las escenas que se produjeron:

> La columna principal llegó a la calle Mayor, donde las casas de cuatro o cinco pisos facilitaban a los vecinos la mejor manera de descargar su furia sobre los soldados franceses sin exponerse a sus armas. Los que tenían mosquetes los disparaban desde las ventanas, y los demás arrojaban sobre los soldados tejas, ladrillos y muebles pesados.[4]

En su avance por las calles principales, los invasores hicieron retroceder a las multitudes hacia la plaza central, conocida como Puerta del Sol. Atacados al mismo tiempo desde varias direcciones tanto por la infantería como por la caballería, los defensores que aún no se habían escabullido fueron arrollados. Tras lo cual no quedó más que un pequeño grupo de soldados y civiles que habían tomado el control del principal parque de artillería del ejército, encabezados por dos jóvenes oficiales llamados Daoiz y Velarde; pero también estos héroes fueron barridos tras una lucha valerosa. A las dos de la tarde todo estaba tranquilo. Unos doscientos españoles yacían muertos, habían sido heridos quizá otros tantos, y trescientos más, la mayoría apresados durante la lucha, fueron ejecutados por la noche. En cuanto a los ocupantes, sus pérdidas fueron de 31 muertos y 114 heridos.

Así terminó la célebre revuelta del Dos de Mayo. Tal como habían acaecido estos tumultos no fueron especialmente impresionantes, si bien habían de tener profundos efectos sobre lo que había de llegar. En primer lugar la lucha estaba llena de imágenes de heroísmo popular y de brutalidad francesa: muchos de los insurrectos habían luchado prácticamente con las manos desnudas. Entre los muertos se contaron algunas mujeres, siendo la más célebre una joven llamada Manuela Malasaña, muerta de un disparo en el parque de artillería; y se rumoreaba que incluso la posesión de una tijeras era suficiente para merecer la pena de muerte. Como reconoce Foy,

> entre los que fueron condenados figuraban hombres que no habían luchado y cuyo único delito era ser portadores de cuchillos grandes u otros instrumentos cortantes. Fueron ejecutados sin los auxilios de un cura ... circunstancia que aún exasperaba más a un pueblo religioso.[5]

En segundo lugar corrió la voz de que se había tratado de un intento premeditado de masacrar a toda la población de Madrid. Y en tercero, la rebelión desacreditó en gran medida el aparato político de la España borbónica en bloque.

Este proceso es tan importante que debe ser analizado con cierto detenimiento. Al partir hacia Bayona, Fernando dejaba tras de sí una estructura de gobierno encabezada por la Junta de Gobierno. Inicialmente presidida por el infante don Antonio, tío de Fernando, estaba formada por los secretarios de estado nombrados por el nuevo rey en los cinco ministerios —Asuntos Exteriores, Guerra, Hacienda, Marina y Gracia y Justicia— que desde el reinado de Carlos III constituían el núcleo de la administración española. En incómoda coexistencia con los departamentos presididos por estos cinco funcionarios se encontraban los organismos por medio de los cuales se había gobernado España hasta la creación de aquéllos; destacaban los consejos de Castilla, Indias, Guerra, Marina, Hacienda, Órdenes Militares y la Inquisición. Esta duplicidad se perpetuaba al descender en la escala, pues España

estaba doblemente dividida en treinta y dos provincias, encabezada cada una por un funcionario de Hacienda denominado intendente, y catorce regiones militares, encabezada cada una por un virrey, capitán general o comandante general.* Las ciudades más importantes estaban controladas por poderosos magistrados llamados «corregidores», y también hay que mencionar a los distintos tribunales de justicia y consejos de administración regionales, los más destacados de los cuales eran las cancillerías de Granada y Valladolid y las audiencias de Galicia, Sevilla, Aragón, Cataluña, Asturias y Extremadura. En el breve plazo en que Fernando ocupó el trono antes de partir hacia Bayona apenas hubo ocasión de hacer cambios de cierta entidad en los miles de funcionarios y oficiales del ejército que formaban la jefatura de este sistema. Se habían encontrado nuevos responsables para todos los ministerios; el duque del Infantado había sido nombrado presidente del Consejo de Castilla; a un antiguo enemigo de Godoy, el duro y experimentado Gregorio García de la Cuesta, se le había nombrado capitán general de Castilla la Vieja; y unos pocos funcionarios habían sido expulsados de sus cargos por la furia popular. Por lo demás, el sistema no había experimentado cambio alguno.

En aquel ambiente el hecho de que la administración siguiera inundada de godoysmo no podía dejar de hacerla sumamente sospechosa. Había otros problemas que añadían leña al fuego. El más importante era que la administración de las provincias estaba de hecho encabezada por el ejército, pues los capitanes generales presidían las cancillerías y audiencias y tenían un destacado papel en sus deliberaciones; los intendentes, responsables de sus suministros, estaban estrechamente ligados al ejército, iban de uniforme y recibían los mismos honores que los oficiales veteranos. Además, eran muchos los corregidores que, siendo oficiales, eran al mismo tiempo gobernadores militares —de hecho, capitanes generales en miniatura— de las ciudades para las que habían sido nombrados. Al ocupar tradicionalmente los generales veteranos muchos cargos estatales y gozar el cuerpo de oficiales de gran número de privilegios fiscales y legales conocidos como «el fuero militar», la genuina apariencia de España era la de una monarquía militar. Así pues, con razón podía escribir Jacob que «el poder de que gozaba el gobernador de Cádiz ... era tan considerable que más parecía la autoridad de un individuo soberano que la del delegado del rey de España», o Swinburne que el marqués de la Mina «gobernaba Cataluña ... más como un soberano independiente que como un súbdito investido de una autoridad delegada».[6]

* Las regiones militares eran Galicia, Asturias, Navarra, Castilla la Vieja, Aragón, Cataluña, Extremadura, Castilla la Nueva, Valencia y Murcia, Sevilla, Granada, el Campo de Gibraltar, las islas Baleares y las Canarias.

No era casual que así fuese: habiendo llegado al trono por la fuerza, los Borbones estaban íntimamente unidos al ejército, y además, como a todos los absolutistas del siglo XVIII, éste les había resultado sumamente útil en su constante lucha por minar la independencia de las órdenes privilegiadas. Sin embargo, en ciertos aspectos los resultados eran contraproducentes. Ciertamente, el ejército borbónico había tenido un destacado papel en la subordinación de la nobleza y en el debilitamiento de los privilegios provinciales pues la ampliación del reclutamiento a regiones como Navarra y Cataluña había sido un destacado instrumento centralizador, pero los privilegios concedidos al cuerpo de oficiales suponía que se produjeran roces considerables. Los oficiales podían evitar en gran parte los tribunales ordinarios civiles y eclesiásticos, imponían la justicia militar a la mayoría de los que tenían pleitos con ellos y ocupaban por lo general el primer lugar en una sociedad obsesionada por el estatus: además de gozar de precedencia en todas las celebraciones civiles y religiosas, tenían derecho a llevar uniforme y espada, y en el sistema del cortejo,* por lo general, se les reconocía el derecho a escoger. Como escribió Townsend, «los principales "cortejos" de las ciudades grandes son los canónigos de las catedrales, si bien donde viven militares son ellos quienes eligen, dejando las sobras para la Iglesia».[7] Como el siglo XVIII había sido un período de creciente prosperidad en que el comercio con América había aportado grandes riquezas a muchas familias, muchos notables de la ciudad empezaron a sentir envidia y deseaban compartir su buena fortuna sobre todo porque un buen número de oficiales adoptaba una postura de lo más arrogante. Fue un símbolo de estos celos el hecho de que apareciera una moda de caballeros que imitaba los uniformes de los oficiales, «indumentaria —escribió Blanco White— sin que un español de buena cuna no se atreverá a presentarse en público».[8] También se apreciaba la progresiva creencia de que un ejército estable era una carga económica, un peligro para la moral pública —se consideraba a los soldados como borrachos, enfermos y patanes brutales que corrompían todo aquello con lo que entraban en contacto— y una fuente interminable de provocaciones al «populacho». Además, con el aumento de la hostilidad oficial contra todas las modalidades de regionalismo en Asturias, Navarra y las tres provincias vascas,** no podía olvidarse el papel del ejército en el aplastamiento del autogobierno catalán a principios del siglo XVIII.

* Lástima que el espacio no permita un estudio sobre esta fascinante costumbre, que puede ser descrita como una forma institucionalizada de adulterio según la cual mujeres casadas seleccionaban a varones atractivos (incluidos eclesiásticos) para que fueran sus escoltas-acompañantes-amantes y se presentaban abiertamente en sociedad con ellos.

** Los señoríos vascos eran Vizcaya, Guipúzcoa y Álava. Junto con Asturias y Navarra, en 1808 aún tenían asambleas medievales dominadas por los pudientes locales.

75

Se hubiera quitado mucho hierro a la situación de haber disfrutado además los civiles más notables de un razonable nivel de acceso al cuerpo de oficiales, y en especial a sus grados altos. Mas no había sido así. A no ser que el aspirante estuviera dispuesto a servir en rangos y filas durante un largo y difícil aprendizaje con la esperanza de alcanzar algún día el grado de sargento, teniendo así acceso a la hipotética posibilidad de ascender entre las filas, el único medio de llegar a ser oficial era buscarse un puesto como cadete. Los aspirantes a cadetes tenían que demostrar ser de origen noble, si bien esto no era en sí un gran problema, pues la mayoría de los interesados eran hijosdalgo. A finales del siglo XVIII, aproximadamente el 5 por 100 de la población podía afirmar su nobleza, incluidas muchas familias que eran el núcleo de lo que llegaría a ser la burguesía española. El asunto era más bien qué sucedía después de entrar en el cuerpo de oficiales. Con excepción de la artillería, en que tradicionalmente se ascendía por veteranía, lo que importaba era el favor, y especialmente el favor de la corte. Aunque sería erróneo suponer que todos los oficiales por encima de cierto grado pertenecían a la nobleza, no por ello el resultado dejaba de ser una situación de desigualdad considerable, ya que hombres jóvenes de las familias más favorecidas podían ser generales con veintitantos años, mientras que otros servían como perpetuos subalternos. Por otra parte, los ascensos aún eran más lentos debido, primero, al hecho de que había demasiados oficiales; segundo, a que muchos oficiales eran recompensados con «grados», que de hecho les daban precedencia para las vacantes cuando estuvieran disponibles; y tercero, que los oficiales no competían sólo con colegas de sus mismas unidades, siendo muy común que al ascender fueran transferidos de una unidad a otra.

Todo esto, que era irritante para los civiles más destacados deseosos de reforzar la posición de sus familias con el acceso a la condición militar —asunto que los problemas y las oportunidades generados por las guerras con Francia hicieron aún más acuciante—, todavía lo era más para los muchos oficiales que se hallaban bloqueados en los rangos inferiores de los regimientos.* Teniendo prohibido casarse hasta llegar al grado de capitán y limitados a vegetar en míseras ciudades de provincias, se veían obligados a contemplar cómo sus más afortunados compañeros se colocaban en Madrid en cómodos puestos o conseguían prolongados permisos de ausencia. Para añadir el insulto a la ofensa, los oficiales subalternos estaban mal pagados y les afectaba mucho la vertiginosa inflación que experimentaba España desde antes de 1792.

* El cuerpo de oficiales de la guardia real —reservado a la nobleza con título o a quienes tenían contactos en la corte— era con mucho el mejor; en él, no sólo los ascensos eran más rápidos, sino que además en los Guardias de Corps los soldados de caballería eran considerados alféreces, los capitanes como brigadieres y los coroneles, mariscales de campo.

«De algún tiempo a esta parte ha llegado a tal extremo la carestía —se quejaban— que no puede subsistir el oficial con el haber que se le considera.»[9]

El ejército, así, se hallaba profundamente dividido, pero no era éste el último de los problemas que acosaban al cuerpo político. Aparte de las dificultades en parte semejantes que acuciaban al funcionariado en general, los años previos a 1808 habían visto la aparición de una facción aristocrática y eclesiástica dedicada a dar marcha atrás a las reformas introducidas con el paso de los años por la monarquía borbónica. Para este grupo, Aranjuez había representado un gran triunfo, y como es natural les preocupaba perpetuar su influencia y erradicar al mismo tiempo a todos aquellos a quienes se pudiera considerar aliados de la reforma o partidarios de Godoy. En el extremo opuesto de la escala se hallaba una corriente de opinión muy distinta. Una variable camarilla de nobles, académicos, eclesiásticos, funcionarios y empresarios, hombres que no miraban hacia atrás sino hacia adelante y que favorecían una intensificación de la reforma y, en concreto, una mayor desamortización. Aunque aún estaban lejos de ser conscientemente revolucionarios, deseaban interpretar su papel en los asuntos públicos y se mostraban dispuestos a dirigirlos en una dirección que cuadrase con sus objetivos.

Además de existir una diversidad de grupos de interés que de un modo u otro padecían el orden político o intentaban enfrentarse a él, el panorama aún se complica más por el hecho de que el carácter arbitrario de la administración española en general y del régimen de Godoy en particular hacía que el país estuviera lleno de personas agraviadas real o imaginariamente por las autoridades. Tratábase de comerciantes que habían quebrado o habían sido encarcelados por fraude, de eclesiásticos a los que se les hubiera negado un beneficio o de hombres jóvenes defraudados en su búsqueda de una posición. Todos ellos tenían motivos para actuar si se presentaba cualquier oportunidad de venganza.

Y fue precisamente esta oportunidad la que ahora se presentaba. Volviendo a las autoridades, el breve período que separó la llegada de los franceses a Madrid de la salida de Fernando para Bayona se había caracterizado por un intento de ganarse a Napoleón. Se habían hecho todos los esfuerzos posibles por mantener el orden y tranquilizar al populacho, y sólo cuando fue innegable que las cosas irían mal, la Junta de Gobierno actuó de modo más obstructivo. Para entonces, el hecho de que Fernando estuviera en poder de los franceses dificultó que la Junta hiciera algo más que adoptar tácticas dilatorias y presentar protestas inútiles: de hecho, el primer mensaje enviado desde Bayona por el nuevo rey ordenaba —y muy concretamente— no hacer nada que pudiera poner en peligro su seguridad. La Junta, presa de profundo desconcierto, solicitó instrucciones más claras y mientras tanto decretó la formación de una comisión de generales y burócratas que pudiera ocupar su

lugar si fuera detenida, pero su dubitativo avance hacia una ruptura con los franceses aún no había llegado demasiado lejos cuando estalló la rebelión en Madrid.

Así pues, el Dos de Mayo dejó a las autoridades en una posición prácticamente insostenible. Habiendo hecho hasta el momento todo lo posible por mantener el orden —en Aranjuez incluso se habían enfrentado a los invasores con ayuda de tropas españolas—, daban ahora la impresión de haber sido un partido no sólo para maniobrar contra la monarquía borbónica, sino también para lo que estaba siendo ampliamente presentado como una masacre premeditada. Con la Junta esforzándose denodadamente por lograr que el populacho estuviera tranquilo, se había abierto el camino a un ajuste de cuentas masivo. Para comprender lo que sucedió a continuación es importante darse cuenta de que España no estaba ocupada en su totalidad. Por el contrario, aunque hubiera en ese momento en el país unos noventa mil soldados franceses, estaban concentrados en su mayor parte en un eje que, saliendo de Toledo, pasaba por Madrid, Aranda de Duero, Burgos, Vitoria, Pamplona y San Sebastián hasta la frontera francesa de Irún. De modo que la región de alrededor de Madrid y Toledo estaba tomada por el Segundo Cuerpo de Observación de la Gironda y el Cuerpo de Observación de las Costas del Océano, al mando de Dupont y Moncey; la propia capital, por el destacamento de la Guardia Imperial afecto a Murat; y Burgos, Álava, el norte de Navarra y Guipúzcoa por el Cuerpo de Observación de los Pirineos Occidentales al mando del mariscal Bessiéres. Por lo demás, exceptuando Barcelona y Figueras, que estaban guarnecidas por el recién creado Cuerpo de Obervación de los Pirineos Orientales al mando del general Duhesme, España estaba completamente libre de ocupación y, lo que es más, en posesión de unas fuerzas armadas considerables. Es cierto que algunas de las fuerzas españolas estaban aún en Portugal, mientras que otras se hallaban situadas en zonas controladas por los franceses, o en Dinamarca bajo el mando del marqués de la Romana; aun así, había al menos cien mil hombres preparados para la acción.

Pero los números no lo eran todo. El ejército de 1808 padecía de numerosos defectos. Formado a partir de una mezcla de desertores y mercenarios, voluntarios y delincuentes, vagabundos y trabajadores sin empleo que, reclutados como levas, servían durante ocho años, el ejército estaba compuesto por dos regimientos de infantería de la guardia, dos regimientos de caballería de la guardia, treinta y nueve regimientos de infantería de línea, seis regimientos de infantería suiza, doce regimientos de infantería ligera, cuarenta y tres regimientos de milicias provinciales, doce regimientos de caballería pesada, ocho regimientos de dragones, cuatro regimientos de caballería ligera, cuatro regimientos de artillería y un único regimiento de zapadores y minadores.

Para explicar las repetidas derrotas de España en la guerra, tradicionalmente se ha echado gran parte de la culpa al cuerpo de oficiales. Pero tuvieron mayor importancia ciertos defectos en la organización del ejército.

El primero, y más notable, era la cuestión de la caballería. Aunque siempre había sido una destacada fuerza de ataque en las guerras napoleónicas, en España era aún más importante debido a las extensas llanuras que cubren gran parte del país. Pero en los años previos a 1808 diversos problemas —entre otros, la escasez causada por haber construido una armada durante mucho tiempo a expensas del ejército y la carencia de buenos caballos, que luego se comentará más detenidamente— habían conducido a que se permitiera que la caballería constituyese una proporción del ejército menor que en cualquier otro país; los veintiséis regimientos de que constaba además de andar escasos de hombres, como el resto del ejército, tenían más o menos la mitad de los dieciocho mil caballos que necesitaban. Como si esto no fuera suficiente, siglos de cría mular habían arruinado la calidad y reducido el número de las monturas disponibles. Aunque se clasificase como ligera o pesada, dragones o cazadores, de línea o de élite, era improbable que la caballería española tuviera importancia alguna en el campo de batalla.

Siendo más fuertes que la caballería, la artillería y la infantería también tenían sus propios problemas. Así, la artillería, aunque estuviera bien adiestrada y equipada con el sistema francés de morteros y piezas de campaña Gribeauval —considerado el mejor del mundo—, estaba afectada por el problema de falta de animales. Exceptuando el caso de la artillería montada —que era algo mejor que la caballería—, los tiros precisos para trasladar las piezas sólo se reclutaban por medio de la movilización, y la carencia de caballos acentuaba la tendencia a formar los tiros a base de mulas y bueyes, ambos lentos y de manejo difícil. Al no haber cuerpos de cocheros de artillería, los tiros habían de ser conducidos por civiles que estaban muy dispuestos a desaparecer con sus animales tan pronto como amenazara algún peligro. En cuanto a la infantería, estaba organizada según un sistema obsoleto que separaba la infantería ligera de la infantería de línea, de forma que rara vez habría, en el lugar y el momento adecuados, el número preciso de soldados entrenados para el combate en escaramuza.* Pese a todo esto, el ejército de 1808 no era peor que otras fuerzas de aquella época: en realidad muchas de sus dificultades procedían de la situación militar y política que

* De acuerdo con las distinciones surgidas en la segunda mitad del siglo XVIII, todos los soldados de a pie eran definidos como infantes «de línea» o «ligeros», combatiendo en teoría los primeros hombro con hombro en las tradicionales formaciones «de orden cerrado» y los segundos dispersados en «orden abierto». En las fuerzas de Napoleón todos los batallones de infantería disponían de compañías especiales entrenadas para combatir como escaramuzadores.

surgió cuando finalmente estalló la guerra. ¿Cómo se llegó a la guerra? En este punto hemos de volver a las secuelas del Dos de Mayo. Sorprendidos y desconcertados por lo que había sucedido, nutridos grupos de refugiados abandonaron enseguida la capital yéndose a provincias, y fue así como se extendió por todo el país el relato del levantamiento. De modo aún más espectacular, un encuentro casual de dos funcionarios en la localidad de Móstoles, a 19 kilómetros al sur de Madrid, originó un llamamiento general a las armas que se transmitió rápidamente por Extremadura y Andalucía occidental.

De modo que, en cuestión de días, la mayor parte de España tenía conocimiento del Dos de Mayo. De haberse tratado del movimiento espontáneo ensalzado por la tradición, el país se habría levantado en armas de inmediato, pero no ocurrió nada parecido. Hubo ciertos desórdenes, y entre los lugares afectados por éstos se contaron Ciudad Rodrigo, Córdoba y Oviedo, pero a la plebe seguía interesándole poco más que quitar a los supuestos partidarios de Godoy y prepararse contra un ataque por sorpresa. En cualquier caso, lo cierto es que todos los intentos de levantar una rebelión contra los franceses fracasaron: en Extremadura el capitán general en funciones, el conde de la Torre del Fresno, y el comandante de la división española retirada por Godoy del Alentejo, el marqués del Socorro, llamaron al pueblo a las armas sólo para ser completamente ignorados; un intento de hacer lo mismo por parte de los estamentos medievales de Asturias provocó desórdenes; y los planes del capitán general del Campo de Gibraltar, Francisco Javier Castaños, de declarar la guerra a la cabeza de sus nueve mil hombres, fueron abandonados después de que un desilusionado marqués del Socorro, que se había refugiado en Cádiz en vez de hacerse cargo de sus obligaciones como capitán general de Sevilla, le aconsejara mantenerse quieto.

Aparte de Socorro, Torre del Fresno y Castaños, las autoridades permanecieron inactivas. Aunque desconcertadas por Bayona y el Dos de Mayo, no estaban preparadas para encabezar una guerra contra los franceses, arguyendo que sus únicos resultados serían, en primer lugar, un baño de sangre, y en segundo, una intolerable amenaza contra el orden social. Aunque hiciera falta cierto tiempo antes de reaccionar —de ahí el plazo transcurrido hasta que finalmente el caldero rompió a hervir—, para los numerosos grupos que estaban fuera de la sociedad, y de la política española, aquello fue un regalo del cielo. Al poco tiempo se reunían fuerzas diversas por toda España para la organización de un levantamiento, aunque algunas de las células conspiradoras que surgieron actuaban más bien en el vacío. En cualquier caso, en todas partes el plan consistía en «pronunciarse» contra los franceses y esperar que el resto del país aceptara la dirección de

los conspiradores. De hecho, sólo es posible reconstruir la génesis de la rebelión en Valencia, Oviedo, Sevilla, Zaragoza y Tenerife.

Empezando por Valencia, surgió allí un grupo de conspiradores formado por Vicente, Manuel y Mariano Bertrán de Lis, todos ellos dirigentes de una poderosa familia de comerciantes con importantes intereses en el comercio de cereales, varios funcionarios subalternos, un médico y un clérigo. Mientras que en Oviedo tomó la dirección un grupo en el que se contaban el presidente de la Diputación provincial, dos canónigos de la catedral, cierto número de funcionarios de categoría media y varias personalidades destacadas que llegarían a ser líderes liberales (los más importantes eran Agustín Argüelles y el conde de Toreno). En Sevilla, las figuras principales fueron un comerciante fracasado llamado Nicolás Tap y Núñez, que acababa de ser liberado de la cárcel y acusaba a Godoy de su encarcelamiento, un grande de España llamado conde de Tilly y dos funcionarios del cabildo catedralicio. En Zaragoza tenemos a José Palafox, destacado noble del país con un cargo en la guardia personal del rey y fuertes lazos con el partido de la reacción aristocrática, a varios nobles locales, al respetado comerciante Lorenzo Calvo de Rozas y a los oficiales que mandaban la representación zaragozana del «resguardo» (asamblea políglota de fuerzas locales de seguridad). Y en Tenerife, el jefe fue el adjunto del capitán general, Carlos O'Donnell, hombre ambicioso y descontento que había concebido un profundo odio por su superior, que vio en la rebelión el mejor medio de evitar acusaciones de godoyismo y que no tuvo dificultades para ganarse a cierto número de oficiales de la guarnición y de notables del lugar con inclinación por los altos cargos.

Así pues, se mire por donde se mire, vemos lo mismo. Creyendo tener al alcance de la mano una oportunidad de acercarse a sus objetivos sectoriales, vengar sus afrentas u obtener mayor prominencia, descontentos y disidentes de todo tipo se reunieron para urdir una insurrección. Para alcanzar tal objetivo trastornaron al «populacho». En Sevilla se gastaron diez mil reales en sobornar a la guarnición y pagar los servicios de una banda de matones que pudieran actuar como animadores de Tap y Tilly. En Valencia hubo una fuerza de ataque de quinientos campesinos reclutados en la notoriamente turbulenta huerta que rodeaba la ciudad. En Oviedo se reclutó una fuerza semejante de voluntarios que cobraban cuatro reales al día. En Zaragoza los conspiradores se pusieron en comunicación con Mariano Cerezo y Jorge Ibort, ambos labradores de considerable influencia sobre el «populacho» (no está claro por qué hubo de ser así, pero cabe la posibilidad de que tuvieran relaciones con bandidos o contrabandistas). Y en Tenerife se encontraron los intermediarios en un fraile agustino deshonrado y en un bandido muy conocido. También aquí se desembolsó dinero con liberalidad para pagar a la multitud.

81

Desde el principio el objetivo del levantamiento no fue meramente resistir a los franceses, sino provocar además cambios en el cuerpo político. Con las autoridades predicando sumisión y el «populacho» en continua agitación, lo único que faltaba era el catalizador adecuado, y gracias a Napoleón éste no tardó en hacer acto de presencia. Aun habiendo logrado destronar a la dinastía borbónica, el emperador todavía no había anunciado sus planes para el trono. En este aspecto, las cosas se habían desarrollado con lentitud, pero el fracaso final de sus intentos de casar a Fernando con la hija de su enemistado hermano, Luciano (cuya oposición trató de vencer por todos los medios), junto con el motín de Aranjuez, convencieron a Napoleón de que era esencial una acción drástica, y de resultas de ello escribió el 27 de marzo a su hermano pequeño, Luis, ofreciéndole la corona. Aun sabiendo perfectamente que el objetivo de esta oferta era apartarlo de su base de poder holandesa, la respuesta de Luis, hombre de juicio independiente, fue negativa. Entonces Napoleón se dirigió a Jerónimo, el más joven de sus hermanos, pero también éste, instalado hacía poco como rey del nuevo estado alemán de Westfalia, rechazó mudarse. Dada la imposibilidad de que fuera Luciano, sólo quedaba su hermano mayor, José, y el 10 de mayo se le ordenó presentarse de inmediato.

José, cabeza ostensible del clan Bonaparte y rey de Nápoles desde 1806, era un personaje acomodaticio que tenía un temor reverencial a su imperial hermano y era a la vez suficientemente vanidoso como para disfrutar de la idea de ser rey de España. Por tanto, el 23 de mayo salió de su capital. Mientras tanto Napoleón, seguro de obtener su acuerdo, podía anunciar finalmente el destino de España. La abdicación de Carlos IV y Fernando VII llevaban implícito el reconocimiento del derecho a disponer del trono a su voluntad imperial. En consecuencia, se ordenó a Murat hacer que la Junta de Gobierno pidiese al emperador el nombramiento de José para el trono y que escogiese a ciento cincuenta personajes destacados que pudieran participar en una conferencia sobre el futuro de España en Bayona. A los diez días el propio emperador emitió una grandilocuente proclama prometiendo poner remedio a los males del país, redactar una constitución y darle un gobernante tan sabio y benévolo como él mismo.

A finales de mayo y sin haberse mencionado aún el nombre de José Bonaparte, toda España se hallaba en estado de rebelión. A este respecto, lo que verdaderamente contaba era la destitución de Fernando VII. Habiendo sido ensalzado como paradigma de la virtud, la sensibilidad y la generosidad, que sólo deseaba ver a su pueblo feliz y próspero, para miles y miles de componentes del «populacho», el «rey deseado» representaba su única esperanza de salvación. Se vincularon a su persona visiones de paz, justicia y libertad que eran tan utópicas como ajenas a la verdadera naturaleza de Fernando y a las opiniones de los promotores de su causa. Pese al Dos de Mayo,

hasta el último momento las reacciones populares fueron contenidas por el desconocimiento, la inseguridad, la perplejidad y la confianza de que todo se arreglase, pero el 20 de mayo la gaceta oficial anunció formalmente que Fernando había abdicado. Aquello era el fin. Todas las esperanzas de mejora quedaron barridas y, lo que es más, barridas de resultas de lo que parecía ser una traición de los godoystas que aún ocupaban el ejército, la armada y la administración civil. Al circular rumores descabellados de que los españoles jóvenes serían objeto de conscripción *en masse* por los franceses, las células de conspiradores surgidas en la estela del Dos de Mayo quedaron provistas de la noche a la mañana de las multitudes que necesitaban para hacer su revolución.

Mientras las noticias de la abdicación de Fernando provocaban levantamientos en toda España, los detalles de lo que había sucedido variaban espectacularmente de un sitio a otro. En el revoltijo de historias diferentes se distinguían tres modelos básicos. Según el primero, y probablemente el más común, la llegada de la gaceta del 20 de mayo con noticias de insurrección en otros lugares de España, o de emisarios revolucionarios de ciudades cercanas, dieron lugar a manifestaciones populares masivas —fruto del pánico, de la histeria colectiva y de la protesta social incipiente— que condujeron a su vez a la formación de nuevos órganos de autoridad política, siendo el papel de los conspiradores en estos aspectos esencialmente reaccionario y esto donde tenían alguna presencia: en cierto número de casos no se han encontrado pruebas de conspiración. Para el segundo, bastante menos nutrido, células de conspiradores tomaron la iniciativa por sí mismas precipitando una crisis e imponiendo sus propias soluciones políticas. Para el tercero, las propias autoridades legítimas enarbolaron la bandera de la rebelión y nombraron a otros elementos del orden antiguo para que les ayudasen a dirigirla. De todos modos, dentro de estos tres patrones básicos aún queda mucho espacio para matizar. Una pregunta se impone: ¿en qué medida lograron las autoridades de la España borbónica hacerse con el control de la revolución? Es de interés más inmediato saber en qué medida el «populacho» pudo satisfacer la sed de sangre por los hechos acaecidos en la localidad de Almaraz, donde, según contaba Blanco White, la multitud le dijo al alcalde mayor que «querían matar a alguien; que en Trujillo habían matado a una persona y a otras dos en Badajoz, y también en Mérida, por lo que no querían ser menos y deseaban matar a un traidor».[10]

Veamos el primer modelo. Entre los casos más destacables de la primera oleada de levantamientos —los que tuvieron lugar sin conocimiento de que hubiera rebelión en otros lugares— se cuentan Cartagena y Valencia (23 de mayo), Zaragoza y Murcia (24 de mayo) y León (27 de mayo). En Cartagena se dio a la gente escarapelas rojas —la enseña tradicional de la monarquía

borbónica— y la guarnición salió en apoyo del levantamiento, mientras se detenía al capitán general (en este caso un oficial naval, al ser Cartagena capital de uno de los tres departamentos navales de España) y al gobernador militar y se instalaba una junta provincial bajo el mando de un destacado almirante. Mientras tanto en Zaragoza, donde Palafox había estado escondido en una finca a las afueras de la ciudad perteneciente a su familia, los agentes de los conspiradores pudieron manipular fácilmente a las multitudes de modo que le llamaran para que las dirigiese, tras lo cual se despachó una comisión para que lo trajera de vuelta a la ciudad, se encarceló al capitán general y se instituyó *de facto* como dictador al joven oficial de la guardia. Que todo el asunto estuvo preparado desde el principio lo confirma el tono de las memorias de Palafox. Escritas en tercera persona, cuentan cómo estaba él meditando en lo que era mejor hacer cuando repentinamente oyó a «una multitud de paisanos armados» que se dirigían hacia su escondite. Por un momento creyó estar perdido, pero «cuál fue su sorpresa cuando, llegados ya aquellos hombres, cercan la casa, se informan de que allí estaba Palafox y descargando al aire sus escopetas se felicitan con algazara del hallazgo». Enseguida las cosas marcharon bien:

> Entéranle estos hombres del objeto, lloran, se afligen todos juntos bañados en lágrimas por la suerte fatal de su rey; declaran su firme resolución de vengar tan atroz perfidia ... y de sacrificar cuanto tienen antes que consentir en reconocer al usurpador. No podía contestar Palafox con la agitación, el placer, y la ternura de que estaba poseído, no podía negarse a las vehementes instancias con que le pedían estos honrados patriotas que se pusiese a su cabeza y les dirigiese en la empresa nobilísima de ... libertar la patria.[11]

En Valencia, en contraste, los conspiradores se encontraron con dificultades algo mayores. Como escribió uno de sus dirigentes:

> el pueblo, sin ideas fijas, caminaba en grandes masas por todos los barrios de la ciudad, gritando: «¡Mueran los traidores!» «¡Muera Napoleón!» «¡Viva Fernando VII, y nuestra religión y patria!». Caminaba a manera como las olas del mar, sin objeto y sin concierto; todo era confusión y desorden; el pueblo no tenía un director que le guiase; cada uno decía un rumor, y ninguno se entendía, aunque todos se hallaban animados por los mismos sentimientos, y conspiraban al mismo fin.[12]

Cogidos por sorpresa al parecer, tuvieron ciertas dificultades para hacerse con el control de las multitudes, y finalmente sólo lo lograron al precio de admitir en sus filas a cierto número de aventureros desvergonzados. Alarmados por la actitud amenazadora del «populacho», apenas tuvieron más opción

que aceptar la asimilación del viejo orden por el nuevo, al estar la junta provincial que se creó para la ocasión formada no sólo por los conspiradores, sino también por el capitán general, el intendente, cierto número de funcionarios veteranos de la administración militar y de hacienda y todo el consejo municipal. Finalmente, en Murcia y en León, donde no hubo conspiraciones, las multitudes llenaron las plazas mayores aullando por la sangre de los traidores, denunciando la desamortización —asunto de especial relevancia en León— y pidiendo la proclamación de Fernando VII Los manifestantes fueron tan radicales como los de otros lugares, pero al no tener quien los dirigiera estaban confusos y carentes de objetivo, con el resultado de que a las autoridades les bastó para hacerse con el control de la situación proclamar su lealtad a Fernando VII y crear juntas provinciales que no eran en realidad sino un conglomerado de los órganos de poder político y social existentes. En cuanto al espíritu que les animaba, apenas tiene nada que ver con la leyenda:

> En el pueblo de esta villa se ha observado que fermenta el mismo espíritu de insurrección y furor que en otras ciudades ha tenido tristes efectos, y que más de una vez se ha visto empezar a levantarse ... con peligro ... de algunos particulares, contra quienes se ha alzado la voz sobre motivos o falsos o vagos e imaginarios, y en todo caso nulos, para justificar semejantes levantamientos ... Esto ... movió al ayuntamiento de esta villa con otras personas sensatas ... a pensar en prevenir los males gravísimos que de ello se podrían originar, y, creyendo que en las actuales circunstancias ... no bastaría la justicia ordinaria para aplacar esta fermentación ni contenerla ... tuvieron por conveniente convocar ... las personas de más representación y recomendación y ... juntos determinar lo que convendría disponer.[13]

Este modelo de desórdenes espontáneos, de los que se habían apoderado con más o menos éxito elementos desafectos o que habían sido embaucados y contenidos por el antiguo orden, fue muy común y se repitió en Granada, Santander, Valladolid, Ciudad Rodrigo, Cádiz, La Coruña y Badajoz. A diferencia de esto, sólo en contadas ocasiones hubo de ser azuzada la multitud por los agentes de la conspiración para que pasase a la acción. En este sentido, los únicos casos claros son Oviedo (25 de mayo) y Sevilla (26 de mayo), donde la rebelión se produjo durante la primera oleada de levantamientos. Sobre los acontecimientos en la primera de estas dos ciudades hay una descripción muy clara escrita por Ramón Álvarez Valdés, que los presenció siendo estudiante universitario:

> En la noche de la fijación del edicto [20 de mayo] mandando entregar las armas dentro del término de 24 horas, se reúnen con Ponte, Busto, Ballesteros,

> Merconchino, Lastra, Toral, Argüelles, Cifuentes, Argüelles Cabezada, y el vizconde de Matarrosa, que acababa de llegar de la corte. Ardiendo todos en patriotismo e indignación ... resuelven a echar el pecho afuera y a saltar a la arena sin más pérdida de tiempo que el indispensable para reunir el mayor número posible de paisanos ... pagando con cuatro reales diarios ... se desprenden generosamente de cuanto dinero tienen ... que recogen por partes iguales Ponte, Argüelles, Cifuentes y Merconchini. Salen éstos sobre la marcha en diferentes direcciones ... Contando Busto* con que ... ya lo tenía todo arreglado en la fábrica de armas con el comisario Silva, dos maestros examinadores y otros armeros en la buena causa interesados. Era el plan apoderarse de la fábrica y de los fusiles que en ella había; armar a la gente y dividirla en tres columnas, dirigirse éstas a la plaza Mayor por diferentes puntos.[14]

Pasaron tres días sin que un Busto cada vez más nervioso tuviera ni idea de cómo les iban las cosas a sus colegas. Mas, para alivio suyo, a última hora de la tarde del 24 de mayo se presentó Ponte con la noticia de que él solo disponía de dos mil campesinos a la espera en las afueras de la ciudad, y de que sus tres compañeros no estaban lejos. A continuación los acontecimientos se sucedieron con rapidez:

> Convenidos Busto y Ponte en las operaciones, marcha éste a unir su columna de paisanos ... y muy silenciosamente se dirigen por las afueras de la ciudad para caer en la fábrica de armas ... Avisa entretanto el mismo Busto al comisario Silva ... y franqueada la fábrica sin detención ... se arma muy en breve. Divídese enseguida en tres grupos a las órdenes el primero de don Gregorio Piquero; el segundo a las de Merconchini, y a las de Ramón de Llano Ponte el tercero. La primera columna va a sorprender la Casa Regencia,** las otras dos en su auxilio por diferentes direcciones a reunirse en la plaza mayor frente a aquel edificio ... A las once de la noche sale Piquero ... se pone a la cabeza de la columna, adelantándose con una partida de los más dispuestos y ... sorprende la guardia de La Llave.[15]

No hubo resistencia. Un La Llave aterrorizado se rindió, y al filo de la medianoche sonaron las campanas de la catedral para proclamar la rebelión. Entonces la población, que hasta el momento no había intervenido en los acontecimientos, se unió en tropel corriendo por las calles, si bien nada puede ocultar el hecho de que lo sucedido había sido ni más ni menos que un golpe de estado.

---

* El líder de la conspiración, José García del Busto, que ocupaba por entonces el puesto de procurador general de la Diputación asturiana. La citada fábrica de armas era uno de los ocho talleres de mosquetes que había en España.

** Residencia del comandante general, un tal Juan Crisóstomo de la Llave.

En cuanto a las juntas provinciales resultantes de tales acontecimientos, para nadie es una sorpresa descubrir que contenían a muchos descontentos y disidentes entre los que se cuentan el conde de Tilly en Sevilla y los liberales Toreno y Flórez Estrada en Oviedo. No fue tal el caso, desde luego, de las juntas en que funcionó el tercer modelo, casos entre los que se cuentan Ronda, Segovia, Córdoba, Jaén, Lérida, Santa Cruz de Tenerife, Palma de Mallorca y el cuartel general de Castaños en San Roque, donde, sin haber tenido que enfrentarse a motines o subversiones, el antiguo régimen se mantenía completamente intacto. Refiriéndose a los acontecimientos de su propia guarnición, por ejemplo, el por entonces teniente coronel Pedro Agustín Girón no pudo ser más claro en lo que a su naturaleza se refiere:

> Hízose sentir en Ronda la fermentación de toda Andalucía, y el 1.° de junio recibió aquel ayuntamiento oficios de la Junta Suprema creada en Sevilla, y formando otra en el acto, compuesta de aquél, las autoridades y algunos sujetos notables, nos convocaron para las seis de la tarde de aquel día.[16]

Como consecuencia de esta oleada de levantamientos más bien confusa y heterogénea, a principios de junio de 1808 amplias zonas de España se hallaban en un estado de abierta rebelión. Rebelión no significa revolución. La mayor parte de las ciudades de cierta entidad tenían entonces administraciones de emergencia —fueron dos excepciones Cádiz, donde el consejo municipal se mantuvo en el poder, y Zaragoza, que dependía exclusivamente de Palafox—, pero las juntas resultantes difícilmente constituyeron la revolución burguesa de la leyenda marxista. En Murcia, por ejemplo, la junta estaba formada por el obispo, el archidiácono, dos priores, siete miembros del antiguo ayuntamiento, dos de los magistrados de la ciudad, cinco elementos destacados de la aristocracia local, incluido el conde de Floridablanca, primer secretario de Estado de Carlos III, y cinco oficiales navales en activo o retirados, todos ellos de alto rango. Mientras que en Ciudad Rodrigo tenemos a nueve oficiales de servicio, incluido el representante del gobierno de anteguerra, y a los comandantes de todas las unidades que formaban la guarnición; cinco oficiales retirados, dos de los cuales eran brigadieres y un antiguo regidor perpetuo; un noble local con una posición en la corte; el intendente; dos funcionarios de los antiguos consejos, el obispo y otros diecisiete miembros del clero local. Es cierto que en algunas de las juntas figuraban hombres situados en la vanguardia del liberalismo español, pero en muy pocos casos tales personajes tuvieron influencia. En cuanto a los intrusos que habían llegado hasta los pasillos del poder, en muchos casos sólo buscaban los beneficios de estar allí, y con

harta frecuencia no disfrutaron de su éxito más que unos días; tanto Tap como Rico, por ejemplo, pronto se vieron arrestados bajo acusaciones inventadas. Completamente ausente el «populacho» —las «tribunas populares» ocasionales que se encuentran eran un monopolio de los notables locales—, lo más que puede decirse es que se produjo una alteración del equilibrio del poder en la que el ejército especialmente perdió gran parte de su ascendiente.

No quiere con ello decirse que la situación en la España patriótica fuera de completa armonía. En muchas juntas, hombres que por sus creencias podían identificarse como liberales se sentaron codo con codo con representantes tanto del reformismo borbónico como de la oposición social y política por él provocada, sin que el levantamiento hubiera puesto fin a los persistentes celos personales y rivalidades familiares. Si era probable el enfrentamiento en las mismas filas de la mayoría de las juntas, más allá de éstas la situación aún era peor. Ciudades como Zaragoza, Sevilla y Valencia no contagiaron necesariamente su lealtad a todas las poblaciones de su esfera de influencia. Por poner un ejemplo, la pequeña localidad aragonesa de Molina era en teoría un señorío independiente, por lo que rechazaba el gobierno de Zaragoza y no parece que se adhiriera al levantamiento hasta el 18 de junio. En tales casos, lo lógico era que prevaleciesen las principales ciudades, pero ¿qué hacer en Galicia, que estaba dividida en siete provincias distintas y tenía por lo menos dos posibles capitales, o en este sentido en Castilla la Nueva y Cataluña, donde Madrid y Barcelona estaban en lucha con los franceses? También era probable que causara problemas la posición del ejército, caso de Castilla la Vieja, donde una combinación de costumbre, temor a la multitud y la fuerza de carácter de Cuesta había convencido a las juntas locales de que aceptaran su mandato. Y, finalmente, seguía pendiente el asunto de la formación de un nuevo gobierno central, por más que a la Junta de Sevilla le hubiera gustado considerar zanjada la cuestión como consecuencia de su adopción del título de Suprema Junta de España y las Indias.

Mientras que los nuevos modelos de autoridad eran sumamente turbios, había algunas cosas más claras. La primera y más importante era que las élites —tanto si habían acaudillado la rebelión como si simplemente habían intentado adueñarse de su liderazgo, y tanto si deseaban seguir adelante, como intensificar o dar marcha atrás en el proceso de reforma política, social y económica que se había apoderado de España desde 1759—, estaban de acuerdo en reconocer que el «populacho» mantenía una actitud peligrosa. De hecho, en muchos lugares del país la rebelión había ido acompañada de violencias considerables y se habían producido cientos de asesinatos. Lo cierto es que casi todos fueron civiles franceses —en su mayoría comerciantes y sus familias—

que se habían visto atrapados en territorio rebelde.* Con todo, muchos de los muertos eran españoles, y, lo que es más, representantes de la propiedad, el poder y la autoridad. Acusadas de traición, las autoridades borbónicas eran blanco fácil para los agitadores fernandinos, los soldados amotinados o simplemente las multitudes airadas dispuestas a exigir venganza del antiguo régimen. Entre los muertos se contaban varios generales (Torre del Fresno en Badajoz, Socorro en Cádiz, Filanghieri en Galicia, Borja en Cartagena y Cevallos en Valladolid); los gobernadores de Tortosa, Castellón de la Plana, Ciudad Rodrigo y Villafranca del Panadés; el administrador de correos de Ciudad Rodrigo; los corregidores de Vélez-Málaga, Jaén y Madrigal; el procurador mayor de Sevilla; el clérigo local de Tortosa y una serie de individuos particulares, desde el cuñado de Godoy, Pedro Trujillo, pasando por hombres relacionados de un modo u otro con su política, hasta destacados personajes como un tal Bernabé Portillo, terrateniente que había experimentado en la zona de Málaga la introducción del cultivo del algodón. También fueron asesinadas, en uno o dos casos, las viudas e incluso los hijos de los hombres afectados. Ni siquiera suponía protección adherirse a la revuelta: tanto Filanghieri como Cevallos murieron tras haberlo hecho, mientras que en Santa Cruz de Tenerife, el capitán general —el marqués de Casa Cagigal— aun habiéndose manifestado a favor de Fernando VII, fue eliminado por O'Donnell.

Estas escenas presenciadas en Ciudad Rodrigo son semejantes a las que acompañaban a los asesinatos:

> Eran las tres de la tarde, cuando de improviso se notó en las calles y plazas un extraordinario bullicio y amontonamiento de gentes que bien pronto degeneró en un declarado tumulto, y, rotos todos los diques de la subordinación y decoro, clamaban sin cesar, «Muera el gobernador y demás traidores». La junta atendiendo a todo ... [pidió] al señor obispo ... que enviasen sujetos cuya persuasión hiciese a los revoltosos que desistiesen de su atroz proyecto ... pero el alboroto, la gritería y el estrecharse la multitud una contra otra ... no permitía se escuchasen sus voces ... Todo fue inútil, y ... a poco más de las cuatro no existían el gobernador, un ayudante de la plaza, un comerciante francés y el encargado de postas.[17]

Aún es más gráfico el relato de Robert Brindle, encerrado en su seminario de Valladolid:

* En la que fue, con mucho, la peor de este tipo de atrocidades, trescientos treinta hombres, mujeres y niños fueron masacrados en Valencia por una banda de asesinos encabezada por un fraile llamado Baltasar Calvo, a quien se había negado un puesto en la junta provincial y que, al parecer, esperaba aterrorizar a las nuevas autoridades para que cambiaran de idea.

> La multitud ... desfilaba por las calles ... con escopetas de caza, blandiendo ganchos y otras armas cualesquiera que pudieran procurarse. Por aquel entonces era capitán general de la provincia el general Cuesta. Aun siendo un sincero patriota y un oficial hábil, le resultó imposible evitar que el populacho cometiera los más graves ultrajes. Don Francisco Cevallos, gobernador de Segovia, habiendo sido forzado a evacuar su alcázar, hubo de refugiarse en Valladolid. Y parece que esta plaza se hallaba en el peor estado posible de defensa ... Mas tan pronto como hubo entrado en Valladolid fue acusado de traición, y en pocos momentos el pobre hombre fue literalmente despedazado. El capitán general fue espectador de este horrendo espectáculo, pero no sólo no pudo reprimir la violencia de la muchedumbre, sino que se formuló contra él la misma acusación y se levantó una horca para su ejecución. [18]

Pero los problemas no se limitaban al asesinato de supuestos traidores. Por el contrario, el «populacho» inició además una abierta protesta social, y la situación empeoró aún más cuando los personajes de siempre ocuparon los nuevos órganos de gobierno local. Los campesinos arrendatarios protestaron contra las rentas altas; los trabajadores agrícolas intentaron ocupar las tierras o pidieron mejores salarios; y se registró una negativa ampliamente extendida a pagar el diezmo. Abundan los ejemplos de aquella inquietud, pero quizá el más espectacular procede de Castellón de la Plana. Pues allí,

> en la tarde del día 19 de junio [de 1808] se reunió ... una porción de hombres revolucionarios que, levantando el grito por las calles de «¡Viva el rey, patria y religión! ¡Mueran los traidores!», perturbaron la pública tranquilidad, cometiendo el horroroso atentado de asesinar cruelmente a su gobernador, el coronel don Pedro Lobo y al labrador Félix de Jiménez, siguiéndose a estos execrables excesos el de atentar contra la vida y persona del comisario de Guerra y Marina, don José Ramón de Santi ... Cometieron a más los insurgentes el atentado de allanar el convento de religiosas capuchinas y extrajeron a la fuerza todos los presos de las cárceles públicas.[19]

Con gran frecuencia, el desencadenante de tales desórdenes remitía a la guerra. En Pontevedra, por ejemplo, se contaba que de un momento a otro la gente del pueblo iba a ser vendida a los franceses, se los llevarían esposados; en Santiago, que tropas enemigas estaban desembarcando en la costa; en Ribadeo, que había un espía francés en la ciudad; y en Ronda, que se habían hecho preparativos para un período de terror de estilo francés. En palabras de Girón:

> Mi mujer permaneció en Ronda durante esta primera parte de la campaña, y no dejó de sufrir algún sobresalto de las injusticias populares, pues ... un día fue asaltada mi casa por una turba de vagos que, a pesar de sus súplicas, la alianaron

> toda bajo el pretexto de que yo tenía ocultas armas y una guillotina, siendo el resultado de esta patriótica visita el que se llevasen todas las escopetas y armas blancas de mi uso...[20]

De todos modos, tal actitud ha de ser adecuadamente valorada. Aunque algunos de los amotinados actuaban de buena fe, la impresión general era de rebelión agraria. Como lamentaba el conde de Noroña refiriéndose a Galicia, «bajo la superficie arde un espíritu de insurrección».[21]

Así pues, desde los inicios, las nuevas autoridades se enfrentaban a un grave problema de orden público. Aun moviéndoles la necesidad militar, sus esfuerzos por formar nuevos ejércitos también estaban destinados a frenar a las multitudes. En cualquier caso, la movilización se puso en marcha de inmediato. En toda España se hicieron llamamientos públicos a los voluntarios y se ordenó la conscripción de gran cantidad de hombres de entre dieciséis y cuarenta años, lo que se sumó a un intento de unir al pueblo para la lucha. Su ofensiva propagandística, de variadísimas formas —hubo periódicos, poemas, odas, baladas, viñetas, folletos, obras de teatro, carteles, proclamas, llamamientos patrióticos, vidas de Napoleón, denuncias de Godoy, e incluso falsas gacetas francesas— y atizada por las nuevas autoridades, elementos poderosos de la Iglesia y centenares de particulares movidos por el idealismo o la ambición, era en sus aspectos principales bastante simple. Se decía que durante la mayor parte del reinado de Carlos IV, España había estado dominada por un favorito venal e incompetente, un hombre inepto, descaradamente entregado a todos los vicios y cuyo gobierno era responsable de una guerra contra Francia mal dirigida, un oneroso tratado de paz, el desprestigio de la hacienda y una serie de desgracias vergonzosas.[22] Habiéndola llevado al borde de la ruina, y tras haber conspirado para apoderarse del trono, Godoy finalmente había entregado el país a Francia en un intento vano de salvar el pellejo y evitar que subiera al trono el mejor de los reyes posibles. Mientras tanto, había surgido en Francia la persona de Napoleón Bonaparte, un aventurero cruel y cínico que usurpó el trono, enredó a su país en interminables guerras de conquista, hizo uso de la falsedad y el engaño como parte integral de su política, esclavizó a media Europa y pretendía instalarse como un verdadero Dios sobre la tierra. Melchor Andario expresaba en un folleto que Bonaparte no tenía igual en la historia de las grandes revoluciones políticas: era un monstruo vomitado por las iras celestiales para inundar el mundo de crímenes y calamidades y sus actos recordaban los vicios de Calígula y las crueldades de Nerón.[23] El *Juicio Imparcial, Cristiano* y *Político sobre el Pérfido Carácter del Emperador de los Franceses* decía aún con mayor claridad de él que era como Atila, el más terrible castigo de una divinidad airada, un monstruo que ansiaba

tener la tierra entera entre sus garras para robar, destruir y aniquilarlo todo.[24]

El emperador, decidido a erradicar las libertades de un pueblo cuyo espíritu independiente ofendía a su megalomanía tanto como su riqueza estimulaba su avidez, aprovechó la oportunidad que le había ofrecido la estupidez de Godoy y ahora intentaba esclavizar a los españoles —se afirmó repetidamente que uno de los principales objetivos de Napoleón era la conscripción de hombres españoles para servir en sus infelices legiones—, aprovechando para, de paso, proporcionar otro trono a su insaciable familia. España, pues, se enfrentaba a la mayor amenaza que jamás había experimentado contra su libertad, su religión —se habló mucho de que Napoleón (supuestamente, claro está) había liberado a los judíos, había legalizado el divorcio y había coqueteado públicamente con el islam durante su estancia en Egipto— y su prosperidad, además de haber sido cruelmente privada de la nueva edad dorada que, según se pensaba, habría traído Fernando VII.

A pesar de las dificultades que tenía España, nada tenía que temer. En consecuencia, tras haber detallado largamente las iniquidades de Napoleón y Godoy, por no hablar de las virtudes del rey deseado, los propagandistas dieron en ridiculizar la idea de que Napoleón era un genio militar y manifestaron desdén por sus ejércitos. Éstos, formados por míseros esclavos, no podrían resistir frente a una nación unida en el entusiasmo por una causa justa y santa. Y de que la nación estaba unida no había la menor duda, desde luego: por doquier se presentaban miles de voluntarios y todo tipo de donativos desbordaban a las nuevas autoridades. España tenía fuerzas armadas poderosas y excelentes fortalezas, además de que podía recurrir al apoyo de Gran Bretaña —como veremos, no hacía mucho que los insurrectos habían obtenido la ayuda de Londres—, así como de un imperio que era fuente de ilimitados suministros de oro y plata. Y el heroísmo español podía inspirar al resto de Europa para que a su vez rompiera sus cadenas. Cabía esperar, además, que los franceses quedaran tan horrorizados ante la locura napoleónica de haber invadido España que ellos mismos se libraran del tirano.

Como descubriremos, a largo plazo se hizo oídos sordos a estas exhortaciones. Y sin embargo, por diversas razones hubo inicialmente una riada de voluntarios. La situación económica española era tan precaria que el ofrecimiento de una paga ya era suficiente para conseguir un buen número de reclutas, a lo que se añadía el hecho de que el levantamiento había coincidido de pleno con uno de los períodos más flojos del año agrícola: la temporada que va de la siembra a la cosecha. Terratenientes, comerciantes y maestros artesanos no sólo podían quedar como patriotas convocando a gran número de reclutas, sino que además disponían de muchos medios para obligar a tomar las armas a los grupos que dependían económicamente de ellos. Finalmente,

apenas se tenía idea de lo que iba a suceder: el temor a los franceses, por ejemplo, era fácil de superar cuando parecía que lo único que se exigía de un soldado eran algunos días de guardia en las murallas de su propia población. Mientras algunos voluntarios se unían al ejército regular, la mayor parte de los hombres que se presentaron fueron alistados en nuevas unidades que no sólo estaban mucho mejor pagadas, sino que eran consideradas básicamente como milicias locales.

A todo esto, la movilización de la plebe implicaba la formación de un nuevo ejército. En amplias regiones de España —Extremadura, Aragón y Castilla la Vieja— las tropas de veteranos eran escasas y estaban alejadas entre sí, y los insurrectos apenas contaban con el apoyo del «resguardo», diversas unidades acantonadas* y cierto número de oficiales y hombres que habían huido de zonas ocupadas por los franceses. En otros sitios las cosas estaban mejor: tanto Andalucía como Valencia y Galicia tenían importantes guarniciones, por ejemplo, pero incluso así la voluntad de patrocinio garantizaba la creación de muchos regimientos nuevos. Ahora bien, tales unidades, llenas de reclutas bisoños, tenían que ser mandadas en su mayor parte por hombres carentes de experiencia militar, con lo cual su aspecto era poco amenazador. Para ver un buen ejemplo del espectáculo que daban tales tropas, nada mejor que leer la descripción que hace Girón de las fuerzas formadas en Córdoba:

> A media legua corta de la ciudad vimos venir por el camino una multitud de jinetes, y a poco descubrimos que era el general Echávarri seguido de una numerosa turba de gente mal montada y peor armada que llamaba su caballería ... y pasaban de mil doscientos, la mayor parte en caballos, los otros en mulos; monturas de todo género, o algunos sin ella; armas de varios siglos desde la daga al espadín; tal era la confusa ordenación de aquella gente que, pasada, quedó en el camino abandonado un caballo con silla...[25]

El nuevo ejército, además de tener una organización defectuosa presentaba problemas en su composición. Si bien la infantería podía improvisarse con cierta rapidez, con caballería y con los artilleros no se podía hacer lo mismo. No sólo hacía falta mucho más tiempo para su entrenamiento, sino que además la caballería y la artillería exigían recursos que en muchos casos las nuevas autoridades no tenían. En alguna ocasión había cañones disponibles, pero el alquiler de animales de tiro era muy caro y además había una desesperante escasez de caballos. Se formaron algunos nuevos escuadrones montados —el más famoso fue el puñado de garrochistas que luchó en Bailén bajo el nombre

* Además de sus tropas veteranas, España tenía numerosas compañías de milicia urbana, inválidos y artillería de plaza.

de Lanceros de Jerez y Utrera—, pero la inmensa mayoría de las nuevas tropas forzosamente habían de ser de infantería. En muchos casos se pudo disponer de mosquetes y bayonetas, pero las existencias de uniformes eran insuficientes y además era imposible proporcionar algo más que una pequeña proporción de tiendas, mantas y demás equipo necesario para el servicio en campaña.

Las nuevas levas, pobremente organizadas y mal equipadas, eran sumamente indisciplinadas y muy dadas al alboroto y al amotinamiento: incluso los intentos de enseñarles los rudimentos de la instrucción militar tropezaban frecuentemente con resistencia violenta. Tampoco estaban dispuestos a servir fuera de su región de origen, y eso si estuvieran dispuestos a servir y, desde luego, no eran todos: a los pocos días fueron muchas las juntas que se vieron obligadas a enfrentarse al problema de la deserción. Menos mal, sin embargo, que había disponibles cuarenta mil soldados regulares en Andalucía, nueve mil en Levante y veinte mil en Galicia, mientras que Canarias, las Baleares y el enclave africano de Ceuta tenían guarniciones suficientes que, en caso de necesidad, podían ser trasladadas a la Península. Además, en algunas otras regiones también había pequeñas fuerzas disponibles, y estaban llegando muchos soldados de las zonas dominadas por el enemigo: especialmente en Barcelona, los franceses permitieron a los soldados españoles que así lo deseaban dirigirse a la zona patriótica, y hubo varios casos de regimientos completos que, sencillamente, abandonaron sus puestos y se dirigieron hacia el ejército español más cercano. También estaban implicadas las fuerzas españolas en Portugal. La división enviada al Alentejo, inicialmente de veinticinco mil hombres, ya había sido retirada por Godoy, que dejó a nueve mil hombres en Lisboa y sus alrededores mandados por Caraffa y a otros seis mil en Oporto bajo el mando de Belesta. Con excepción de unos pocos atrevidos que hicieron una salida y, contra toda previsión, llegaron hasta Badajoz, los hombres de Caraffa fueron desarmados y encarcelados. Pero no hubo nadie que impidiera a Belesta hacer exactamente lo que le diera la gana, y tan pronto como llegaron las noticias del levantamiento, marchó a Lugo para unirse a las tropas gallegas.

Mientras tanto, empezaba a aparecer una rudimentaria estructura militar formada tanto por reclutas de leva como por soldados regulares, en la forma de ejércitos de campaña con base en Asturias, Galicia, Castilla la Vieja, Extremadura, Andalucía, Levante y, aunque algo retrasada, Cataluña. Los acuerdos políticos también fueron adquiriendo gradualmente un aspecto más racional: en Galicia, por ejemplo, las juntas independientes que se habían formado en cada una de las ciudades principales nombraron rápidamente a un gobernador regional en La Coruña, mientras las juntas de León y Asturias eran invitadas a enviar diputados a unas «Cortes del norte» suprarregionales. Al mismo tiempo, en muchas ciudades se concedió importancia a la instalación

de un gobierno nacional. Sin embargo, las juntas, primero de Asturias y después de La Coruña, se habían puesto en contacto con Londres, sus emisarios habían sido recibidos con aclamaciones y, como veremos, se les prometió una variada ayuda.

Todo esto, desde luego, amenazaba con problemas. Tranquilizado no sólo por los mensajes tranquilizadores que seguía recibiendo del mariscal Murat, sino también por su desprecio a los españoles, el emperador no consideró el levantamiento con especial alarma. El 19 de julio dijo a Talleyrand:

> Todos estos pequeños acontecimientos han sido calmados por la actitud adoptada por los habitantes destacados ... del reino; y ... la llegada del rey acabará de disipar los problemas, de iluminar los espíritus y de restablecer la tranquilidad por doquiera.[26]

Dicho esto, de todos modos, cabe afirmar que no había perdido un ápice de su vigor. Como escribió al mariscal Bessiéres:

> Una vez os hayáis adueñado de Santander de viva fuerza es preciso que le impongáis una contribución de dos millones [de francos], que secuestréis los bienes del obispo ... que desarméis la ciudad y el campo y que hagáis algunos escarmientos severos. Una vez sometidas Santander y Zaragoza habréis de marchar hacia León y Asturias ... En una guerra de este tipo nunca hay que realizar un movimiento retrógrado.[27]

El entusiasmo de Napoleón se fortaleció con la creencia de que los nuevos regímenes que estaba implantando de un extremo a otro de Europa los instalaba, en el mejor de los casos, con un sensato «puñado de balas». De hecho, ya el 16 de abril había comentado en un informe sobre el norte de España: «que el mariscal Bessiéres ... caiga sobre la comarca o el pueblo que sea insurrecto o que haya maltratado a soldados o a correos ... Un castigo terrible por campaña ... es suficiente».[28] Pero, particularmente en España, añadía un entusiasmo especial a la empresa la convicción del emperador, fuera real o simulada, de que la rebelión era obra de la Iglesia; hay, por ejemplo, cierto regocijo en las palabras que dirigió a una delegación de clérigos al poco de su llegada a España en noviembre de 1808. Dijo: *«Messieurs les moines,* si se os ocurre intervenir en nuestros asuntos militares, os prometo que os haré cortar las orejas».[29]

Así pues, tras el estallido de la rebelión, en cuestión de días, tanto en Castilla la Vieja como en la Nueva, en Aragón y en Cataluña, columnas francesas se dirigían contra las fuerzas insurrectas más cercanas. Sin embargo, serían de hecho los españoles quienes dispararían primero. El 5 de junio dos escuadrones de dragones franceses al mando del capitán Bouzat fueron atacados por insurrectos en la entrada norte del puerto de Despeñaperros, en Sierra Morena, y obligados a retirarse a la cercana localidad de Almuradiel, dejando algunos muertos tras de sí. España estaba en guerra.

Capítulo 3, BAILÉN: CAMPAÑA DE VERANO DE 1808

En el campo de batalla sólo los lamentos de los heridos rompían el silencio de aquella tarde de mediados de verano. A lo largo de la carretera que se dirigía hacia las posiciones españolas yacían esparcidos los cuerpos de las últimas reservas francesas —un batallón de marineros* que había hecho un heroico esfuerzo final por romper el cerco—, mientras lo que quedaba de los restos del ejército vagaba por entre las escasas sombras de los bosquecillos de olivos y encinas que cubrían la ladera de la sierra por la que habían subido aquella mañana temprano. Las tropas, completamente exhaustas y atormentadas por el calor y por la sed, no podían seguir luchando. El comandante francés, herido en la cadera mientras se lanzaba a la cabeza de la última carga, al oír repentinamente el crepitar de la mosquetería procedente del puente, por donde habían pasado sus tropas camino del campo de batalla, supo que había perdido la partida. De modo que llamó a un ayudante de confianza y le despachó en dirección a las líneas españolas con instrucciones para negociar una tregua.

Cuatro días más tarde, dieciocho mil prisioneros marchaban a la cautividad, en la que sería llamada la capitulación de Bailén. España estaba muy contenta, Gran Bretaña exultante, Francia consternada y Napoleón ultrajado. Era la mayor derrota sufrida hasta el momento por el imperio napoleónico y, lo que es más, le había sido infligida por un enemigo por el que el emperador no había mostrado más que desprecio. ¿Qué era lo que no había funcionado?

* De hecho esta unidad, que muchas veces se conoce como infantería de marina, estaba formada por barqueros que habían sido reclutados para cruzar al otro lado del Canal a Napoleón y a su estado mayor en el curso de la invasión de Gran Bretaña que se planeó en el período 1803-1805.

Para responder a esta pregunta hemos de considerar primero el papel desempeñado por el propio emperador. En el núcleo del problema se hallaba su persistente negativa a aceptar la posibilidad de tener que enfrentarse en España a una oposición seria. Ciertamente, se esperaban levantamientos populares —en realidad casi iban a ser bienvenidos—, pero la convicción de Napoleón de que el ejército español permanecería neutral o se pondría activamente a sus órdenes se había mantenido. Con tal objeto se había instruido a Murat para que hiciera todo lo posible por ganarse su fidelidad:

> Tomad el mando de las tropas españolas; tomad unos cuantos buenos sargentos y hacedlos subtenientes; haced que fraternicen con las tropas francesas ... Supongo que el sueldo y las ordenanzas francesas son mejores que el sueldo y las ordenanzas españolas; declarad que a partir del 1.º de junio las tropas españolas serán tratadas como las francesas.[1]

Y todavía el 3 de junio escribía al mariscal Bessiéres como si los españoles estuvieran voluntariamente a su mando:

> Un batallón de Guardias Walonas o de Guardias españoles debe ser puesto bajo vuestro mando; de ser así podéis escribir al capitán general de la Cuesta , que tome el batallón bajo sus órdenes y lo dirija adonde sea necesario para la tranquilidad del país.[2]

De resultas de estas ilusiones, el primer ejército de España era notablemente débil en términos numéricos y estaba compuesto, además, en gran medida, por fuerzas de segunda línea, poco amenazadoras —sumaba noventa mil hombres, aunque en realidad estaba poderosamente incrementado por los ciento catorce mil soldados de tropas regulares de que disponían los insurrectos, aparte cualesquiera otros que pudieran levantar—. Así pues, con una masa de conscriptos recientes debido a la combinación del acuerdo de Tilsit y de su decisión de llamar con antelación a las «clases» conscriptas de 1808 y 1809, Napoleón había decidido hacer uso de ellos para formar, tanto unidades de seguridad interior para perseguir a los desertores —las llamadas «legiones de reserva»—, como regimientos «provisionales» de infantería y de caballería que en caso de necesidad no carecerían del *esprit de corps* ni del sólido núcleo de veteranos que había permitido a los ejércitos franceses asimilar sin dificultad en Alemania y en Polonia a gran número de conscriptos. Al estar tan a mano —la *grande armée* estaba todavía acantonada en Prusia—, serían sobre todo estas tropas las enviadas a España, aunque muchas de ellas apenas estaban mejor entrenadas que los reclutas con quienes acabarían luchando. En realidad, casi todas las unidades regulares contenían gran número de reclutas bisoños, por estar la infantería francesa bajo un amplio proceso de reorganización

en virtud del cual ascendería de dos a cuatro el número de batallones de campaña de cada regimiento. Además incrementaban estas fuerzas cierto número de unidades extranjeras. Algunas de ellas procedían de los ejércitos regulares de los estados satélite y, en consecuencia, eran dignas de una fe relativa, pues alrededor de la mitad de sus hombres eran mercenarios, prisioneros de guerra que habían preferido seguir reclutados bajo Napoleón que enfrentarse a un prolongado encarcelamiento, desertores que huían de sus patronos o miembros pertenecientes a las desaparecidas fuerzas armadas de estados como Portugal. Estos hombres eran, a todas luces, poco de fiar y su presencia a duras penas sugiere que la guerra fuera considerada como una posibilidad cierta. En gran parte puede decirse lo mismo, si no más, de los dos batallones de la Guardia Municipal de París que habían aparecido también en el orden de batalla francés; la explicación más probable de su presencia allí puede ser el deseo de Napoleón de que su capital se bañara en el reflejo de la gloria de lo que él consideraba sería un mero paseo.

De los escritos del general Foy surge una pintura del Ejército francés de España especialmente desalentadora:

> Las tropas ... no tenían la consistencia ni el vigor que se requieren para las altas empresas; estaban formadas por los desechos de los grandes ejércitos que mantenían una no menguada presencia en Europa. Los oficiales eran de dos tipos, unos procedentes de los cuarteles que estaban esperando ser licenciados o puestos a media paga ... y otros muy jóvenes, recién salidos de la escuela, cuya inexperiencia hacía necesario que fueran guiados por buenos ejemplos. La mayoría de los oficiales ya habían sido nombrados y para los nuevos puestos no quedaban demasiados candidatos. La caballería constaba solamente de soldados y caballos jóvenes. La infantería no estaba formada por elementos homogéneos; algún batallón sólo tenía cuatro o seis compañías, mientras que otros ... tenían ocho o diez. Más tarde se crearon las legiones de reserva y ... regimientos suplementarios, y luego vinieron los «regimientos de marcha», en los que se amontonaban mezclados los olvidados ... destacamentos, los desertores devueltos y los hombres de los hospitales. Ningún espíritu de cuerpo ... daba vida a estas agregaciones, formadas hoy para ser disueltas mañana ... Desconocidos entre sí y desconocidos para sus oficiales, cuyos nombres ni siquiera sabían, poco atendidos, mal mantenidos e irregularmente pagados, su existencia era fluctuante y precaria, como la de los efímeros cuerpos de que formaban parte.[3]

En cuanto al entrenamiento de la mayoría de ellos, presentaba exactamente el nivel que era de esperar:

> El 15 de marzo hicimos maniobras en una planicie cerca de la ciudad [Valladolid] y allí fue muerto el general de división Malher por una baqueta que un

> soldado había dejado imprudentemente en el cañón de su fusil. Se inspeccionaron las armas de inmediato para descubrir al culpable ... en la línea de donde salió el disparo faltaban dieciocho baquetas.[4]

Los generales que habían sido enviados a España eran de lo más sugerentes. Así, los cuatro comandantes de cuerpo, Dupont, Duhesme y Bessiéres carecían de experiencia de mando superior a una división, mientras que Moncey era famoso por su prudencia. Sólo Duhesme y Bessiéres eran mariscales, y ambos debían su promoción más a la política que a las proezas marciales (el primero era un antiguo colega de Napoleón de sus campañas en Italia y el segundo un republicano que al parecer había recibido su bastón de mariscal sólo como consecuencia de la necesidad de reconciliar a los partidarios del general Moreau, caído en desgracia). Todas las verdaderas estrellas del alto mando francés estaban ausentes, mientras que Murat —al menos eso se dijo— había caído enfermo y se volvía a casa, dejando a los franceses sin más comandante en jefe que la lejana figura del propio Napoleón; es cierto que estaba el representante de Murat, Savary, pero se le permitía tan poca independencia que en cualquier caso era más un cortesano que un soldado del frente.

Si bien todo esto era descorazonador, los franceses disfrutaban al menos de una posición sólida. Mientras los españoles se hallaban dispersos por el país en media docena de masas separadas, los franceses estaban agrupados en torno a Madrid, Burgos y Barcelona. Napoleón, percatándose de esta ventaja, decidió atacar a los insurrectos antes de que tuvieran a sus fuerzas preparadas para la acción. Así pues, en su marcha para hacerse con Sevilla y Cádiz (el 23 de mayo, sin más dilaciones), se ordenó a Dupont la conquista de Andalucía con la primera de sus tres divisiones de infantería, su única división de caballería, los infortunados *marins* y una nueva brigada compuesta por dos regimientos de infantería suiza que había sido captada en Madrid. De vuelta en la capital, Moncey recibió órdenes de marchar a Valencia con una división de infantería y una brigada de caballería. Mientras tanto, más al norte, desde su base de Burgos, Bessiéres tenía que atacar simultáneamente Zaragoza y Santander, mientras que de Duhesme, aislado en Cataluña y con sólo trece mil hombres, se esperaba que conservara Barcelona y mantuviera abiertas sus comunicaciones con Francia, además de enviar fuerzas para someter Lérida y Tarragona y dirigirse a continuación para unirse al ataque contra Zaragoza y Valencia.*

* Pueden ser de utilidad en este punto unas palabras sobre la organización francesa. Las unidades más pequeñas eran el batallón de infantería y el escuadrón de caballería, el primero con unos seiscientos hombres y el segundo con unos cien. Cuatro batallones o cuatro escuadrones formaban un regimiento; dos o tres regimientos, una brigada; dos o tres brigadas, junto con una batería de artillería a pie o a caballo, una división; y tres o cuatro divisiones, junto con alguna artillería extra, un cuerpo de ejército. Cada cuerpo del primer «Ejército de España» tenía una división de caballería, pero en otoño de 1808 ésta fue reducida a una única brigada, siendo agrupado el grueso de la caballería en una reserva de seis divisiones.

99

Es evidente que semejante plan pecaba gravemente de exceso de confianza, pero al principio todo parecía ir bastante bien. Dada la disposición de las fuerzas españolas, los primeros insurrectos con que tropezaron los franceses necesariamente eran en su mayoría más reclutas improvisados que tropas regulares, y no resultaron ser enemigo suficiente ni siquiera para el poco amenazador Ejército de España. Así pues, el 6 de junio tropas del cuerpo de Bessiéres atacaron las localidades insurrectas de Logroño y Torquemada, defendidas sólo por un puñado de civiles armados, mientras que el 7 de junio le llegó su turno a Segovia, si bien esta vez sus habitantes estaban reforzados por los cañones y los cadetes de la academia de artillería situada en su alcázar. También el 7 de junio derrotó Dupont a un pequeño destacamento de fuerzas regulares apoyado por una masa de reclutas en las afueras de Córdoba, que a continuación fue saqueada sin piedad, mientras que el 8 de junio tropas procedentes de Zaragoza tomaron la ciudad de Tudela enfrentándose a un intento por defenderla de sus habitantes y de cierto número de reclutas enviados desde Zaragoza bajo el mando del hermano de Palafox, el marqués de Lazan. El 12 de junio, Cuesta fue derrotado en Cabezón cuando intentaba defender los accesos de Valladolid, y el 13 y el 14 de junio Palafox fue derrotado en Mallén y a continuación en Alagón, donde fue levemente herido. Finalmente, con algún retraso debido a que algunas de sus fuerzas habían sido llamadas para contribuir a la derrota de Cuesta, el 21 de junio otras dos columnas francesas tomaron al asalto los pasos de las montañas cántabras que conducen a Santander.

En estas acciones citadas, los acontecimientos seguían un patrón común. Los reclutas bisoños nerviosos e incontrolados que formaban el grueso de las fuerzas españolas resultaban incapaces de maniobrar en presencia del enemigo, y además muchos de ellos apenas sabían hacer uso de sus armas de fuego, pues en ocasiones no habían sido provistos de mosquetes hasta el día anterior a su entrada en acción; satisfechos con disparar a los franceses en la medida en que se mantuvieran a una distancia segura, en cuanto apreciaban un movimiento ofensivo del adversario huían llenos de pánico lanzando sus armas, acusando de traición a sus comandantes y dejando que las escasas tropas regulares implicadas se las arreglaran por sí mismas lo mejor posible. Pero los reclutas, una vez puestos en fuga, invariablemente quedaban expuestos a la caballería francesa, que se lanzaba entre ellos con terribles efectos, sableándolos sin compasión y haciendo cientos de prisioneros. A todo esto, las bajas francesas en ningún caso superaban la media docena. Resultó característica la experiencia de Girón en Alcolea:

> Después de habernos hecho bastante fuego de cañón ... los enemigos atacaron la cabeza del puente ... y faltando las municiones en el pequeño destacamento apostado en el atrincheramiento del puente, hubo de ceder el terreno y retirarse ... los batallones de granaderos ... y el medio batallón de [el regimiento de] Campomayor ... respondieron al fuego del enemigo aunque con mucha desventaja ... Detúvose al enemigo bastante tiempo ... los enemigos, como era de esperar de su número y calidad, hicieron lo necesario para forzar el paso del puente ... hubimos de retirarnos ... En el puente no apareció ninguno de los que hubieran debido hallarse en la acción, ni el general Echávarri, ni ningún otro de los que habían hecho tanto ruido en Córdoba; los batallones de paisanos que estaban con nosotros huyeron ... a los primeros disparos de cañón.[5]

Así pues, cuanto más lejos mejor. Se habían administrado severos castigos a los insurrectos, mientras que entre las ciudades principales que habían caído en manos de los franceses se contaban no sólo Córdoba y Segovia sino también Valladolid y Santander. Pero no todo era lo que parecía. De hecho, el 6 de junio los franceses ya experimentaron en Cataluña un embarazoso contratiempo. Las tropas reunidas por Duhesme para marchar sobre Lérida y Zaragoza sólo ascendían a tres mil doscientos hombres, todos ellos soldados italianos procedentes de Nápoles y del reino de Italia. Los españoles no podían disponer de modo inmediato más que de un regimiento de infantería de línea muy debilitado y de un puñado de escapados de Barcelona. De todos modos, a diferencia de otras partes de España, Cataluña tenía otras fuerzas en las que poder confiar. Pues, al igual que Galicia y las provincias vascas, contaba con los servicios de una guardia nacional irregular conocida en este caso particular como el somatén. Organizado por circunscripciones y controlado por las autoridades civiles, podía ser convocado en caso de invasión y había obtenido mucha experiencia en combatir a los franceses durante la invasión de 1794-1795. Tan pronto como la columna de Lérida salió de Barcelona, un enjambre de irregulares empezó a reunirse a su cola. Los italianos, al mando del general Schwartz, al principio avanzaron a buen ritmo por la carretera Barcelona-Lérida, pero el 6 de junio fueron atacados en el desfiladero del Bruc. Convencido de estar siendo acometido por tropas regulares —los somatenes, escondidos entre los árboles y las peñas, iban acompañados por dos jóvenes tambores que serían posteriormente fusionados en la única figura del legendario «Tambor del Bruc»—, Schwartz decidió retirarse; quedaron sus mandos tan desmoralizados que en un momento dado perdieron toda cohesión y se disolvieron en un «sauve qui peut». Entonces Duhesme, seriamente alarmado, envió órdenes a las tropas que había mandado hacia el sur para que volvieran a la capital, y el 11 de junio todas sus fuerzas estaban de vuelta en Barcelona.

Las tareas del Cuerpo de Observación de los Pirineos Orientales aún no

habían tocado fin. Duhesme, decidido ahora a concentrarse en proteger sus comunicaciones con la frontera francesa, que no tenían más defensa que un único batallón dejado en Figueras para conservar su fortaleza, se encaminó hacia Gerona aprovechando la ocasión para aterrorizar a los somatenes y saquear muchos pueblos y ciudades a lo largo de su camino. Sin embargo, la ciudad estaba bien fortificada y tenía una adecuada guarnición de infantes y artilleros. Atacada el 20 de junio, rechazó dos asaltos y obligó a los invasores a volverse a Barcelona. Se encontraron entonces con que la capital había sido bloqueada por los somatenes de las zonas costeras, pero pronto les obligaron a retirarse. De todos modos, Duhesme no podía hacer más. Reconociendo esto, Napoleón envió a la frontera una división de refresco al mando del general Reille, pero todo lo que pudo hacer fue mantener abierta la carretera hasta Figueras; consecuencia de ello fue que en el futuro la situación se deslizaría hacia un punto muerto.

Tampoco fue Cataluña la única región en que se detuvieron los franceses. En Aragón, el comandante de una fuerza de seis mil franceses que se dirigían a Zaragoza, Charles Lefebvre-Desnouettes, había decidido lanzarse a por la ciudad. A primera vista, parecía bastante fácil, pues dejando aparte el pobre comportamiento de los reclutas aragoneses en el valle del Ebro, sólo estaba protegida por sus viejas murallas medievales y apenas disponía de artillería. Lo cierto es que incluso Palafox creyó que no podrían conservarla y la abandonó a sus propios recursos con el pretexto de que necesitaba organizar una fuerza de auxilio fuera de la ciudad. Pero con lo que no contaba nadie era con el «populacho». Aun sin deseos de unirse al ejército regular y en la práctica no muy interesado en la guerra, lucharía frecuentemente con ferocidad llegado el momento de defender sus propias casas, pues estaban en juego no sólo su vida y su corazón, sino también poderosas nociones de comunidad y orgullo local. A todo esto, los habitantes de Zaragoza se habían radicalizado especialmente debido a los acontecimientos del motín de Aranjuez, tenían cierta tradición de sentimientos antifranceses y poseían una inmensa fe en la Virgen del Pilar. Gracias al jactancioso Palafox, cuya mediocre capacidad como general fue en cierto modo compensada por su genio para la propaganda, estaban además seguros de la victoria. Fortalecidos por la habitual dispersión de tropas regulares, varios miles de sus habitantes se alinearon en los muros de Zaragoza dispuestos a dar lo mejor de sí mismos.

Cuando aparecieron los franceses ante la ciudad, el 15 de junio, estaban metiéndose en un avispero. Cubiertas por unos cuantos cañones de campaña, las columnas cargaron contra varias puertas y penetraron en los muros por varios puntos, pero en el proceso sufrieron muchas bajas y no lograron reducir a los defensores, que, parapetados tras los muros, en los tejados o en conventos convertidos en fortalezas, luchaban en condiciones casi perfectas. Al cabo de varias horas, los atacantes se vieron obligados a retroceder en desorden.

No fueron muy lejos: acamparon en la planicie que hay al oeste de la ciudad y llamaron en su auxilio a Bessiéres; en la noche del 23 al 24 de junio derrotaron por completo a Palafox, que intentaba de modo casi enloquecido rechazarlos en Épila. Pero aquello no fue en ningún caso un inicio favorable, y además pronto se repetiría por tercera vez.

Los franceses, batidos en Zaragoza y en Gerona, aún tenían tropas en marcha camino de Valencia. Adonde tuvieron la suerte de llegar: dado que las tropas de Moncey estaban formadas casi enteramente por reclutas bisoños, y Levante disponía de una guarnición considerable. En resumen, había muchas posibilidades de que los franceses fueran derrotados en el camino, pese a lo cual Moncey se las arregló para engañar al comandante español, el inepto conde de Cervellon, y llegó a Valencia por una carretera guardada por muy pocas tropas, barriéndolas con facilidad. El 26 de junio Moncey se presentó ante la ciudad y seleccionó a una fuerza formada por tropas regulares y reclutas a la que envió en un intento de hacerles penetrar por San Onofre. Pero los españoles escaparon más o menos indemnes, protegidos por los diques de riego, los vallados de cactus y los frutales de que estaba cubierta la región. Es más, cuando al día siguiente Moncey intentó un asalto, se encontró con que las defensas —una muralla aún más débil que la de Zaragoza— habían sido muy reforzadas, que se había inundado parte de la zona y que los defensores —una mezcla de reclutas y civiles voluntarios— eran entusiastas y decididos. Una vez más se hizo todo lo posible, pero a la caída de la noche Moncey había perdido más de mil de sus ocho mil hombres, por lo que no le quedó más opción que retirarse.

Esta serie de reveses suavizó mucho el impacto del éxito inicial de Napoleón: los fecundos propagandistas de la España patriótica empezaban ya a afirmar que el heroico pueblo español había derrotado a los veteranos de Austerlitz y Jena. En este momento, nada podía haber sido más molesto para el emperador. Como hemos visto, habiendo decidido por fin destronar a los Borbones, Napoleón había tomado medidas tanto para legitimar sus acciones como para hacerse con las élites españolas convocando en Bayona una conferencia de 47 personajes destacados nombrados por la Junta de Gobierno, veinte párrocos nombrados por los obispos españoles y 83 representantes electos de los municipios, universidades, cámaras de comercio y corporaciones locales. En cualquier caso, no llegaron a establecerse normas sobre cómo habían de efectuarse las elecciones, y además el levantamiento las hizo inútiles. De hecho, en Bayona se reunieron menos de cien diputados, y un considerable número de los que habían sido invitados a asistir enviaron excusas, desaparecieron durante la marcha o, simplemente, se negaron a acudir. Con todo, entre los que asistieron se contaban el arzobispo de Burgos, el inquisidor general y destacados grandes de España como el príncipe de Castelfranco,

el duque de Fernán Núñez, el duque del Infantado, el duque del Parque y el conde de Orgaz; los ministros Miguel José de Azanza y Gonzalo O'Farrill; varios representantes del Consejo de Castilla y otros tantos estadistas, funcionarios y hombres de letras, incluidos los antiguos ministros Mariano Luis de Urquijo y Francisco Cabarrús.

Inicialmente parece haberse pretendido que este grupo solicitara formalmente a Napoleón el beneficio de José Bonaparte como rey de España, pero al no lograrse reunir en Bayona ni siquiera un esqueleto de aquel grupo de diputados, el emperador decidió no esperar y el 6 de junio José fue proclamado «rey de España y de las Indias». Así las cosas, la principal tarea de la asamblea resultó ser más bien el debate sobre la nueva constitución de la que Napoleón había prometido públicamente que España gozaría. A mediados de mayo se había enviado un borrador a la Junta de Gobierno y al Consejo de Castilla, pero estos organismos habían cambiado de rumbo ante los masivos cambios del estado y de la sociedad que anunciaban las ideas de Napoleón. El emperador, reconociendo que no podía actuar enfrentándose a la oposición concertada de las élites, se echó atrás de buen grado y elaboró un nuevo documento que, en algunos aspectos, se enfrentaba a las críticas que se habían formulado al original. Así pues, se habían volatilizado ideas como el reclutamiento general, la libertad de conciencia y la libertad de propiedad, y la nueva constitución representaba más bien un compromiso entre los modelos rivales de la Francia napoleónica y la España borbónica. Es más, al iniciarse finalmente el congreso el 15 de junio, se permitió a los diputados debatirla en cierta medida e incluso presentar cierto número de enmiendas.

La Constitución de Bayona, promulgada finalmente el 7 de julio, mostraba a un Napoleón dispuesto a un compromiso con el antiguo régimen con vistas a allanar el camino a su hermano. A primera vista, apenas se diferenciaba del modelo de reforma ya establecido en otros sitios, como por ejemplo, en el nuevo estado alemán de Westfalia. Se previo, así pues, un gabinete, ministerios modernos, un Consejo de Estado y unas Cortes bicamerales con poderes muy limitados, elegidas en parte por nombramiento real y en parte por elección indirecta. También se contemplaban la abolición de la tortura, la separación de los ingresos de la Corona y del Estado, la anulación de todas las barreras aduaneras internas y de la detención arbitraria, la igualdad ante la ley —lo que implicaba, desde luego, el final de todos los privilegios de nacimiento y condición— y la libertad de movimientos, de empleo y de ocupación. Pero por otra parte se hacían concesiones. Se reconocían específicamente tanto la institución del mayorazgo como los fueros de las provincias vascas, si bien se preveía una reforma posterior. Se prohibía la práctica de todas las creencias ajenas al catolicismo y se daba a las nuevas Cortes un aire tradicional dividiendo la cámara baja en tres estados (el clero, la nobleza y el pueblo).

Apoyado por semejante mezcolanza de lo viejo y lo nuevo, se esperaba que José obtuviera la lealtad tanto de los antiguos burócratas carolinos como de la nueva generación de liberales, y al mismo tiempo se evitaba en la medida de lo posible excluir a la oposición tradicionalista. De todos modos, antes de que pudiera probarse el experimento, el nuevo rey —que había llegado a Bayona al día siguiente de su proclamación y que desde entonces había encantado a todo el mundo con la calidez de su personalidad— tenía que ir primero a su capital. Pero habían surgido problemas considerables que afectaban a este viaje: pese a la victoria de Cabezón, los franceses no habían podido mantener una guarnición en Valladolid por mucho tiempo. Sin tropa suficiente para cubrir un puesto tan aislado, se habían visto obligados a dirigirse más hacia el este para cubrir la ruta directa de Madrid a Burgos y a la frontera francesa. Estableciendo un nuevo cuartel general en León, Cuesta había empezado a organizar rápidamente un nuevo ejército teniendo por base las fuerzas derrotadas en Cabezón, los reclutas bisoños que pudo obtener en aquella parte del país y un único regimiento de reclutas que le fue enviado a regañadientes por la Junta de Asturias. Así pues, provisto de unos nueve mil hombres, el general empezó a presionar a la Junta de Galicia para que ordenase a su considerable ejército regular que le ayudara a dar un nuevo golpe a los franceses. La Junta, interesada en reforzar su reputación, se mostró deseosa de ayudarle. El nuevo comandante de las fuerzas gallegas era Joaquín Blake, nieto de un jacobita escocés que estuvo al servicio de España. Blake, un oficial prudente y relativamente joven —en el momento del levantamiento era un mero brigadier—, hubiera preferido no arriesgar todavía su ejército en combate, y al no disponer apenas de caballería, era perfectamente consciente de los peligros de operar en las llanuras de Castilla. De todos modos, a finales de la primera semana de julio, el ejército de Galicia estaba en marcha.

Lo que pasó a continuación fue un presagio del futuro. Aunque para tener alguna esperanza de éxito los españoles habían de golpear, rápidamente, con todas sus fuerzas, de hecho el indeciso Blake se movió muy lentamente dejando tras de sí dos de sus cuatro divisiones de infantería para cubrir la retirada (para ser justo hay que decir que también se le había ordenado asegurarse de que Galicia quedara adecuadamente protegida). De modo que el 13 de julio los dos ejércitos —pues Blake había insistido además en mantener su ejército separado del de Cuesta*— sólo habían avanzado hasta la localidad de Medina de Rioseco.

* La Junta de Galicia había enviado instrucciones escritas a Blake en las que se decía que desconfiara de Cuesta debido a la actitud poco clara que tuvo el general en el mes de mayo de no unirse inmediatamente a la rebelión. Se le indicaba que actuara con independencia y que no estuviera sometido a los criterios del general. Se le insistía en que su misión primordial era defender Galicia, por lo que Blake dejaba atrás una división y otra no llegó a tiempo a la batalla según parece, para que luego quedara disponible para lo que se le ordenaba.

Y lo que era aún peor: con apenas seiscientos hombres de caballería, era poco o nada lo que sabían los comandantes españoles sobre los movimientos del enemigo, a quien suponían concentrándose en la zona de Valladolid.

Pero, desastrosamente para ellos, no podían haber estado más errados. Los franceses, que sólo habían dejado un pequeño destacamento para proteger sus comunicaciones con Madrid, se habían alarmado un tanto ante la ofensiva española. Sin embargo, mientras el mariscal Bessiéres reunía tantos hombres como podía, se envió al norte de Madrid un destacamento de la Guardia Imperial y una división de reserva, y, lo que es más, otra venía desde la frontera francesa, compuesta casi enteramente por tropas veteranas. Incluso cuando le hubieron llegado estas tropas, el mariscal sólo tenía un total de trece mil setecientos hombres, pero apenas temía el enfrentamiento con el mucho mayor número de españoles de que podían disponer Cuesta y Blake, siendo al mismo tiempo muy consciente de que su señor esperaba de él que pusiera fin a la amenaza que pendía sobre la carretera de Madrid (para entonces José no sólo había entrado en España, sino que había llegado hasta Burgos). Gracias a un oficial emprendedor llamado Rigny[6] estaba bien informado, de modo que el 13 de julio salió hacia Medina de Rioseco.*

Mientras tanto, en esta localidad, Blake y Cuesta habían dispuesto sus fuerzas en posiciones defensivas mirando a Valladolid. Pero desgraciadamente para ellos Bessiéres no venía desde allí, sino desde el noreste, pues el comandante francés había escogido Palencia como lugar de concentración. Y, aún peor, no descubrieron su error hasta que el enemigo estuvo casi sobre ellos. Con Bessiéres dirigiéndose hacia su flanco izquierdo y su retaguardia se imponía un cambio de posiciones, pero el hecho de que aún fuera de noche impidió la buena realización de los movimientos y los dos ejércitos terminaron dispersos a lo largo de varios kilómetros de terreno desigual en tres fragmentos separados que ni siquiera estaban a la vista uno del otro. Así pues, al entablarse combate el 14 de julio, el resultado en ningún momento ofreció dudas. Atacadas por el flanco, la vanguardia y la Primera División del ejército de Galicia fueron dispersadas por una espectacular carga de caballería, mientras que la Cuarta División de la misma unidad era aplastada al intentar recuperar el

* Merece la pena contar las aventuras de Rigny. Sorprendido por el levantamiento en Santander, adonde había sido enviado para detener a un oficial británico del que se informaba que estaba en la región, había evitado que lo apresaran haciéndose pasar por el mismísimo hombre a quien tenía que capturar, volviendo a continuación hasta Burgos, donde obtuvo abundante información y fue agasajado a su paso con viandas y vinos por las autoridades patrióticas. Como cabe imaginar, su consternación fue enorme cuando finalmente se le descubrió: «La presencia de Rigny junto al mariscal producía un efecto cómico sobre los infortunados españoles, que reconocieron en él al supuesto oficial británico con quien tan libremente habían departido sobre sus propósitos hostiles».

contacto con sus compañeros. Disponemos de una gráfica descripción de la escena debida a un oficial español del estado mayor llamado Juan Moscoso:

> Las columnas francesas avanzaron poco a poco en buen orden y cubiertas de una ostentosa muralla de caballería. Se separaron al fin y se dirigieron una por la falda de la colina de nuestra izquierda y la otra hacia el centro y derecha ... infinitos oficiales y soldados voluntarios de los cuerpos se distinguieron; pero el desorden se introduce ya casi a un mismo tiempo en toda la línea ... Un cuerpo de caballería enemiga sube por la izquierda a la meseta; los conscriptos se atropellan sobre los veteranos y los arrastran en su confusión. ¡Qué espectáculo! ¡Qué desesperación! Los oficiales, abandonados casi enteramente de sus compañías, vagaban por el campo espada en mano sin poder reunir a sus aturdidas gentes; algunos de ellos vimos perecer de los tiros de sus mismos soldados que disparaban sus fusiles al aire ... al cabo de poco tiempo, y a pesar del valor ... de los comandantes y oficiales ... era ya imposible restablecer el orden y hacerlos volver a sus formaciones.[7]

Para obtener un punto de vista francés sobre la carga de caballería podemos dirigirnos a Émile de Saint-Hilaire, que cabalgaba en la segunda línea francesa:

> Llegamos demasiado tarde; el asunto prácticamente había terminado, sólo resistía, hacia la izquierda, un regimiento español de infantería formado en cuadro que todavía permanecía en buen orden. Pensé que el choque sería terrible, pero a la primera carga todos aquellos *barbes noires* huyeron en desbandada sin hacer un disparo, y santiguándose con mucha gesticulación se dieron la vuelta y escaparon a todo correr encomendando su alma a la Santísima Virgen. Les perseguimos sable en alto hasta el final de la meseta ... pero un muro de cinco pies que impedía ver un profundo barranco nos detuvo y se convirtió en refugio de los que huían ... Mas hubo un hecho que rehabilitó a nuestros ojos a los españoles: Viendo que iba a ser sableado un joven tambor se detiene y agita su chacó gritando «Viva el emperador» en un intento de salvar su vida. Al oír este grito un oficial de su regimiento que ya había pasado el muro ... lo cruzó de nuevo ... y corrió hacia él indignado ... gritando, «Muerte a todos los traidores», sólo para caer a su vez muerto, destrozado por muchas heridas.[8]

Cuesta, que estaba a la izquierda con todos sus aliados del ejército de Galicia completamente batidos, no pudo sino retirarse. También Blake escapó, pero los españoles contabilizaron al menos un millar de muertos o heridos, mil doscientos prisioneros y perdieron trece cañones.

A primera hora del día, las pérdidas francesas habían sido mínimas: quizá cuatrocientos hombres. Pero afortunadamente para los españoles, que de otro modo hubieran sido destruidos casi por completo, no se les persiguió, y en su lugar, los vencedores saquearon Medina de Rioseco en una orgía de

asesinatos, violaciones y pillaje (muchas de sus monjas, por ejemplo, fueron conducidas a la mayor iglesia del lugar, donde las violaron decenas de soldados). Además era un día de calor abrasador, y con el nunca muy abundante río Sequillo casi agostado, los franceses estaban escasos de agua. De hecho, según Foy los soldados se quejaban: «Los españoles han cortado el río».[9] A todo esto los generales españoles, acusándose mutuamente de la derrota, se separaron en Benavente; Blake se dirigió a Galicia, y Cuesta, en principio, emprendió el camino hacia León. Perseguido hasta esta ciudad por Bessiéres, envió su infantería a la seguridad de Asturias, mientras él mismo cabalgaba con la escasa caballería regular que había servido con él desde el inicio de las hostilidades hacia la aún no ocupada Salamanca.

La victoria era incompleta. Y sin embargo, Napoleón estaba encantado. En una carta a su hermano José afirmaba: «Es una gran victoria. Es el acontecimiento más importante de la guerra de España y da un color decisivo de la situación».[10] Dispersada la amenaza española, José entraba en Madrid el 20 de julio. De todos modos, la recepción que se le hizo no auguraba nada bueno. Citemos a un oficial médico francés acantonado en la ciudad:

> La guarnición estaba sobre las armas y todos los franceses salieron a recibirle. El pueblo español no hizo lo mismo; no se veía a nadie por las calles, puertas y ventanas estaban cerradas. Algunos curiosos asomaban la punta de la nariz para ver el paso del cortejo; pero enseguida se retiraban, temerosos de ser vistos por compatriotas indiscretos. Se había ordenado poner colgaduras en las casas; los que cumplieron los reglamentos de la autoridad lo hicieron de modo insultante, colgando de sus ventanas trapos sucios.[11]

En realidad, para dar veracidad al acontecimiento se había preparado una multitud, y el mismo observador señalaba que «faquines o aguadores, verdaderos *lazzaroni* a quienes se había emborrachado y pagado, rodeaban el carro triunfal del rey José y gritaban como posesos: ¡Viva el rey!».[12] Mas todo era en vano. Citando al conde Miot de Melito, amigo íntimo y consejero de José, «el silencio y la actitud desdeñosa de los habitantes de Madrid ... fueron aún más notorios por haberse intentado en esta ocasión dar más solemnidad a la ceremonia».[13] Pero esto no era todo: el nuevo ejército español que había empezado a formar José sobre la base de los prisioneros de Medina de Rioseco había desertado en su mayor parte incluso antes de llegar a la capital, mientras que el partido de José también había sido abandonado por muchos de los dignatarios que se habían unido a él en Bayona.

Es preciso señalar en este punto que, pese a los cuentos de rostros ceñudos y amenazas musitadas, por no mencionar ocasionales comportamientos de desafío, la actitud del «populacho» de Madrid era a todas luces de indiferencia más que de resistencia a ultranza. Pese a todo, el «rey intruso» estaba

profundamente alarmado. También en Bayona había estado preocupado, pero sus temores se habían disipado. Como escribió Miot sobre su llegada:

> El emperador salió a cierta distancia de Bayona al encuentro de su hermano, a quien colmó de muestras de interés y de afecto. Se hizo preciso taparle los ojos en lo referente a los peligros del papel que se le iba a hacer interpretar, a fin de que sólo se percatara de los aspectos brillantes. Al llegar a Bayona, José se vio rodeado de todas las seducciones y grandezas de la realeza. Recibió allí el apresurado acatamiento de los grandes de España, de los representantes de la junta y de los más destacados personajes que habían seguido a la antigua corte ... Al mismo tiempo se había echado un velo sobre todo lo que en España sucedía. No llegaba ninguna noticia segura o se desmentían con denuedo las que se colaban por entre los obstáculos puestos a su circulación.[14]

Todas las preocupaciones de José reaparecían ahora junto con la venganza, pero, como en tantas ocasiones había de suceder en el futuro, no tenía fuerza ni valor para rechazar su nuevo papel. Así pues, instalado en su capital, empezó a internarse en los vericuetos de la realeza. Se estableció formalmente un nuevo gobierno formado por nueve ministros nombrados en Bayona, y también el Consejo de Estado que exigía la Constitución de Bayona; se creó una gaceta; se promulgó una amnistía de todos los insurrectos que hicieran entrega de sus armas y juraran lealtad al nuevo monarca; en palacio se realizaban audiencias y ceremonias diversas; y el 25 de julio José era formalmente aclamado como rey de España. A todo esto se hicieron infinidad de esfuerzos por infundir un ambiente de celebración: se iluminaron los edificios públicos y se ofreció a la población corridas de toros gratuitas y fuegos de artificio (que parecieron ser bien recibidos). No es sorprendente que la conciliación estuviera tan a la orden del día: el agnóstico José asistía a diario a la santa misa y hacía todo lo posible por asegurarse de que las tropas francesas no maltrataran a la plebe, pues al rey le habían sorprendido sinceramente las noticias del saqueo de Medina de Rioseco.

De todos modos, como el propio José reconocía, hubiera sido preciso conquistar España para que ésta le aceptara. Sin embargo, y pese al constante optimismo de Napoleón —el emperador contestaba a todas las cartas pesimistas de su hermano diciéndole que todo iría bien—, las cosas no funcionaban según lo planeado. Incluso mientras entraba en Madrid el «rey intruso», las armas de su imperial hermano experimentaban una completa humillación en Andalucía. Pero antes de fijarnos en los acontecimientos del sur hemos de volver a Aragón. Como hemos visto, el 15 de junio Zaragoza había logrado evitar con éxito un intento de tomar la ciudad al asalto. Los atacantes, muy desconcertados, se habían retirado a poca distancia en espera de refuerzos mientras el marqués de Lazan, que había sustituido a Palafox al dejar éste la ciudad, intentaba reforzar las murallas frenéticamente y prepararse para el

nuevo asalto que sabía inevitable. Pronto llegó a los franceses, con bastante seguridad, un suministro constante de tropas de refresco y artillería pesada, y el 28 de junio se reanudaron las operaciones contra la ciudad bajo el mando de un nuevo comandante llamado Verdier. Fue entonces cuando, aturdidos los defensores por una catastrófica explosión en su principal polvorín, los invasores expulsaron a los españoles de las alturas que dominaban la ciudad por el sur. Una vez realizado este movimiento preliminar, el 2 de julio por la mañana atacaron las murallas tres mil soldados, pero se encontraron con que los defensores, reforzados para entonces por un regimiento de infantería de línea de Cataluña y muy animados por la reaparición repentina de José Palafox, aguantaron con firmeza y opusieron una resistencia desesperada. Es más, pese a ciertos momentos de crisis, otra vez los invasores fueron rechazados con graves pérdidas, y su derrota fue acompañada por la aparición de uno de los grandes personajes populares representativos de la furia española en la persona de Agustina de Aragón —más exactamente Agustina Zaragoza Doménech—, una muchacha catalana que evitó sin ayuda de nadie que una posición clave cayera en manos del enemigo al recoger la mecha de un artillero moribundo (al parecer su amante) y disparar un cañón ante el mismísimo rostro de los franceses que avanzaban.

Verdier, muy desanimado, se resignó a emprender operaciones de asedio convencionales. En consecuencia, se excavó ante las murallas un complejo sistema de trincheras que gradualmente se fue ampliando y aproximando a fin de proporcionar cobertura a una fuerza de asalto; al mismo tiempo los atacantes organizaban también en la orilla norte del Ebro una fuerza suficientemente capacitada para cortar el paso a los refuerzos y suministros que entre tanto pudieran alcanzar la ciudad por dicha carretera.* Pese a una serie de salidas lograron también apoderarse de algunos de los puestos avanzados que los españoles habían logrado conservar extramuros en monasterios como el de los Capuchinos. Mientras tanto, en el interior de la ciudad, Palafox y sus subordinados hacían todo lo posible por mantener la moral de la población. Hubo abundancia de ceremonias religiosas —el 25 de julio, por ejemplo, se celebró con especial fervor la festividad de Santiago— mientras las imprentas seguían lanzando una mezcolanza de insolencias y bravatas. Con todo, era imposible ocultar que se preparaba un nuevo ataque, y el 31 de julio por la noche empezó el bombardeo de la ciudad. Instalados sesenta cañones, sectores

* Zaragoza, ciudad de dimensiones considerables para España, se halla en la orilla sur del río Ebro, que en este lugar corre más o menos en dirección oeste-este. Estaba unida a la orilla norte por un único puente, en cuyo extremo había dos monasterios y un puñado de casas. De todos modos, inicialmente esta zona no había sido molestada, pues los franceses sólo disponían de las tropas necesarias para atacar el frente meridional de la ciudad.

enteros de las endebles defensas de la ciudad fueron barridos, y el 4 de agosto por la tarde los franceses atacaron de nuevo. Esta vez no hubo errores: las columnas de asalto, protegidas hasta el último momento por sus trincheras, lograron introducirse por varias brechas y se situaron en las ruinas de edificios como la iglesia de Santa Engracia.

Llegado este momento, los franceses podían esperar nuevamente que la ciudad se rindiese; pero los defensores se mantuvieron tan desafiantes como siempre. De modo que, frente a esta furiosa oposición, los atacantes se vieron obligados a abrirse camino hacia el corazón de la ciudad metro a metro. De haber podido seguir avanzando, hubieran logrado el triunfo: a última hora de la tarde muchos de los defensores flaqueaban, mientras la llegada de noticias de que los franceses habían llegado a la amplia vía pública central conocida como el Coso desencadenaba gran pánico y hacía que Palafox abandonara de nuevo la ciudad. Sin embargo, las tropas de asalto estaban sumamente mermadas, muy desordenadas y cada vez más cansadas y sedientas, de modo que un puñado de españoles logró iniciar un contraataque que hizo retroceder a la vanguardia enemiga. Puesto que otros defensores se deslizaban por entre las estrechas callejas de la ciudad para atacar sus flancos y retaguardia, los franceses no pudieron seguir avanzando, por lo que al terminar el día se vieron confinados en un estrecho saliente que iba desde las murallas hasta un punto no lejano del Coso.

Es difícil decir qué pudo haber ocurrido a continuación: las tropas de Verdier no se hallaban, ciertamente, en condiciones de hacer mucho más, pero también los españoles estaban demasiado desorganizados para cualquier acción que no se limitara a soportar un continuo tiroteo y hacer momentáneas carreras hasta una u otra de las posiciones francesas. Mientras tanto había reaparecido Palafox al otro lado del Ebro con un convoy de refuerzos y municiones, si bien parece improbable que estas tropas improvisadas fueran capaces de expulsar a los franceses. En pocas palabras —detalle interesante vista la hipérbole que envuelve desde entonces la defensa de Zaragoza—, unas tropas de refuerzo podían haber salvado la situación de Verdier. Mas por motivos que aclararemos más adelante, dicha ayuda no había de llegar.

Vayamos ahora a la campaña de Bailén. Por diversas causas Dupont no había avanzado más allá de Córdoba. El 10 de junio, Cádiz perdió gran parte de su importancia inmediata al verse obligados a rendirse los restos de la flota francesa derrotada en Trafalgar tras un breve cañoneo. A todo esto, el comandante francés había intuido la concentración de la guarnición española pese a estar también sin comunicaciones con Madrid. Tan pronto como estalló la insurrección, la población de Castilla la Nueva y de Andalucía oriental se había lanzado sobre cualquier francés a su alcance. Correos, inválidos, convoys, partidas de forrajeros e incluso un general y su esposa fueron atacados

y asesinados, ocasionalmente en circunstancias de la más repulsiva crueldad. Especialmente penosa fue una escena que tuvo lugar en Manzanares, donde se masacró a todo un hospital:

> Bajé a los ... jardines: allí mi mirada topó con el más horrible espectáculo. Una cincuentena de cadáveres ... nos permitió juzgar la barbarie de aquellos cobardes asesinos. Unos habían muerto a golpes, otros tenían la cabeza abierta a hachazos, y varios habían sido ... introducidos con vida en calderas de aceite hirviendo: los miembros de estas víctimas infortunadas se habían contraído tanto ... que un hombre de cinco pies y medio de estatura parecía de menos de tres.[15]

En cuanto a los refuerzos urgentemente enviados desde Madrid —la segunda división de Dupont—, fueron atacados repetidas veces a lo largo del camino por grupos de campesinos armados, muy especialmente en Valdepeñas, donde es famoso que el «populacho» levantó barricadas en las calles y se defendió con aceite hirviendo, escopetas de caza, herramientas agrícolas, cuchillos e incluso utensilios de cocina.

Dupont, muy inquieto, se alarmó lo suficiente como para interrumpir primero su marcha a Córdoba y retroceder después, el 16 de junio, hasta Andújar. A continuación, manteniendo desde aquí el contacto con la división que le había sido enviada desde Madrid (estaba al mando del general Vedel y se le había encomendado conservar la localidad de Bailén), se detuvo a la espera de acontecimientos mientras enviaba una expedición de castigo a saquear Jaén, la capital insurrecta más cercana. Por qué Dupont se detuvo en Andújar es una incógnita, pues estaba claro que había abandonado toda esperanza de subyugar Andalucía y hubiera sido más aconsejable volver a Castilla la Nueva. Pero el comandante francés, un veterano duro y experimentado que había ganado gran fama en la campaña de Austerlitz, albergaba esperanzas de conseguir el bastón de mariscal, por lo que era reticente a admitir en público su fracaso; al mismo tiempo, como muchos generales de Napoleón, sencillamente no estaba acostumbrado a la carga que suponía el mando independiente y le aterrorizaba la cólera de su señor. Sin embargo, aunque protegido por el río Guadalquivir, que al correr de este a oeste quedaba al sur de las posiciones de sus tropas, sus diecisiete mil hombres no sólo habían dejado de suponer una amenaza, sino que habían pasado a estar amenazados por un ejército de al menos treinta y tres mil españoles, una gran mayoría de los cuales eran tropas regulares. Además, perdido el miedo tras la reciente visita francesa, bandas irregulares mandadas por agentes de la Junta de Jaén ponían en peligro sus comunicaciones. Y, lo que era peor, sus hombres caían enfermos en gran número, quedando dispersos entre Andújar y Bailén; la única buena noticia era que desde Madrid se le enviaba en ese momento una tercera división. Al mando de Jacques Gobert, llegó a Bailén el 7 de julio y se le encomendó

la vigilancia de la carretera entre Bailén y La Carolina, con el resultado de que Dupont tenía ahora unos veinte mil soldados al sur de Sierra Morena (es sintomático de la naturaleza un tanto improvisada de la respuesta francesa al levantamiento que esta tercera división no procediera del propio cuerpo de Dupont, del que aún quedaba una división en Madrid, sino del de Moncey).

El merecido castigo no tardó en llegar. Bajo el mando del general Castaños, el Ejército español de Andalucía, con cuatro divisiones, se había situado en una posición a pocos kilómetros al sur de Andújar y había elaborado un plan de ataque. Resumiéndolo, mientras parte del ejército español fijaba a Dupont en Andújar, dos divisiones cruzarían el río al sur de Bailén para situarse a sus espaldas, al mismo tiempo que otra fuerza compuesta en su mayor parte por reclutas bisoños se acercaba a las fuerzas francesas por el oeste para después atacarlas desde el norte. Finalmente, otros dos mil reclutas se situarían en torno al flanco oriental de Dupont e intentarían bloquear su retirada por Sierra Morena. Desde el punto de vista de cualquier doctrina militar normal esto era una insensatez. Como Castaños ignoraba que Dupont hubiera recibido refuerzos, los españoles corrían el riesgo de ser completamente derrotados, pues Dupont podía haber reunido sus fuerzas fácilmente para golpear de modo sucesivo a los distintos destacamentos españoles. Aun manteniéndose Castaños tan pasivo como este plan requería, ninguna de las dos fuerzas principales españolas era lo suficientemente fuerte para derrotar por una parte a Dupont o, por la otra, a Vedel y a Gobert.

Mas por una vez la fortuna favoreció a los españoles. Las operaciones se iniciaron el 14 de julio al aparecer en el embarcadero cerca de Mengíbar, en la orilla sur del Guadalquivir, la división del general Reding, que atacó el puesto avanzado francés allí estacionado. La reacción de los franceses no fue gran cosa: Vedel envió a la carrera a la mayoría de sus hombres en ayuda del destacamento encargado de vigilar el río. Pero el 15 de julio Castaños hizo una finta contra Andújar. Sorprendido por la demostración española, Dupont envió órdenes a Vedel para que le mandara ayuda. Al actuar así denotaba claramente que bastaba con que su subordinado le enviase una brigada y que después debería seguir vigilando el río; pero, confundido por la actitud considerablemente débil de Reding, Vedel dejó sólo dos batallones junto al río y marchó hacia Andújar con su división casi entera.

Se iniciaba así un encadenamiento de desgracias. Al amanecer del 16 de julio Reding volvió a frustrar las expectativas de Vedel dirigiéndose de nuevo a Mengíbar. El destacamento de Vedel pidió ayuda, pero sólo recibió el apoyo de unos pocos batallones de la división de Gobert, de resultas de lo cual cuatro mil soldados franceses quedaron enfrentados a más de nueve mil españoles. Los franceses, tras adoptar posiciones defensivas al otro lado del río Gaudiel, afluente del Guadalquivir, combatieron con bravura hasta que

Gobert fue muerto y sus hombres puestos en fuga. Quizá creyendo que al avanzar corría hacia su derrota, Reding retrocedió cruzando el río, de modo que cuando Dupont tuvo noticia de la derrota de Gobert, sucedió lo mismo que había pasado al marchar Vedel para reunirse con él en Andújar.

Aunque Dupont no conociera esto, tenía ahora reunidas bajo su mando directo a una parte importante de sus fuerzas. En consecuencia se le presentaban dos posibilidades: atacar a Castaños o marchar contra Reding. Ambas acciones ofrecían excelentes oportunidades de éxito —Dupont superaba a Castaños en hombres por dos a uno y a Reding por tres a dos—, mas no sabiendo cuántas tropas tenía enfrente, el general francés era remiso a dirigirse al sur cruzando el Guadalquivir y al mismo tiempo se resistía a dejar su principal base andaluza. En vez de mantener unido a su ejército, cedió un poco de caballería a la división de Vedel y le ordenó derrotar a Reding mientras él seguía ocupando Andújar.

A continuación tuvo lugar otro extraño error. El 17 de julio Vedel marchó hacia Bailén como se le había ordenado, y lo único que encontró fue que en la zona no había soldados españoles. Vedel, confundido por informes sobre lejanas fuerzas españolas situadas en el este —en realidad no se trataba de las tropas de Reding, sino de la columna enviada para bloquear los pasos de Sierra Morena—, llegó a la conclusión de que los vencedores del Gaudiel habían marchado por la carretera hacia las montañas, y en consecuencia se lanzó a su persecución. Tras pasar la noche en Guarromán, al día siguiente llegó a La Carolina, donde sintió el alivio de reunir las tropas derrotadas el 16 de julio, que se habían retirado allí en vez de volver a Andújar.

Todo esto suponía una grave falta de juicio por parte de Vedel, y más aún considerando que tenía caballería más que suficiente para averiguar cuál era la verdadera situación. De modo que se acercaba un poco más hacia el desastre. Habiendo dedicado Reding el día anterior a dar un descanso a sus hombres al otro lado del Guadalquivir, se le unió una segunda división mandada por Coupigny y el 18 de julio volvió a cruzar el río con intención de arrebatar Bailén a las tropas francesas que suponía ocupaban el lugar. Pero al llegar ante la ciudad, al igual que Vedel antes que él, se la encontró vacía, y en consecuencia hizo preparativos de campaña para marchar contra Dupont.

De vuelta en Andújar, Dupont había llegado finalmente a la conclusión de que algo había funcionado muy mal. Aún no se había materializado el ataque de Castaños y ya era evidente que tenía a sus espaldas gran número de tropas españolas (aunque no en Bailén: todo lo que sabía Dupont indicaba que los intrusos estaban no sólo mucho más al este, sino además separados de sus propias fuerzas por Vedel). Al llegar noticias de que Vedel había marchado hacia los pasos de montaña, finalmente a última hora de la tarde del 17 de julio decidió evacuar Andújar en beneficio de Bailén. De todos modos, poner

en movimiento al ejército no era cosa fácil —independientemente de cualquier otra cosa, el saqueo de Córdoba lo había cargado con una enorme cantidad de botín de muy diversas características—, y a las fuerzas de Dupont salir aún les costó otras 24 horas. Incluso entonces el avance era muy lento, y las dimensiones del tren de impedimenta francés impidieron que la vanguardia de Dupont llegara a las cercanías de Bailén hasta poco antes del anochecer. Y lo que aún era peor, Dupont en modo alguno estaba preparado para el combate; es más, creyendo que el único peligro procedía de Castaños, había situado sus mejores tropas en la retaguardia de la columna, encomendando la vanguardia a una de sus míseras «Legiones de Reserva».

Los exploradores franceses, avanzando penosamente en la oscuridad, cruzaron el río Rumblar, afluente del Guadalquivir, y empezaron a caminar por una serie de montes bajos dispuestos de norte a sur a un kilómetro y medio al oeste de Bailén para encontrarse con un nutrido tiroteo a su paso junto a los olivares y encinares que cubrían la zona. Aun creyendo firmemente que Dupont seguía en Andújar, Reding y Coupigny habían situado algunos piquetes en los montes, y estos hombres habían abierto fuego. Cogidos por sorpresa, los piquetes españoles fueron batidos rápidamente, pero de todos modos el fuego alertó a las fuerzas españolas de que eran objeto de un ataque, por lo que se apresuraron a adoptar posiciones de combate. En el extremo sur de lo que vino a ser la línea española, unas pocas tropas subieron al monte llamado Haza Walona, mientras que el ala derecha era situada en un espolón saliente llamado Cerro Valentín; pero aparte de esto se hallaban situadas al nivel más bajo algo al oeste de Bailén.*

Mientras los españoles se instalaban en sus posiciones, los igualmente sorprendidos franceses luchaban a su vez por desplegarse. A la vez que su infantería de cabeza se organizaba en columnas de ataque en las alturas situadas por encima de los españoles, Dupont organizó a sus mejores unidades de caballería, y en un intento de ganar tiempo una de dichas brigadas procedió de inmediato a atacar el centro español. Los jinetes, rechazados con algunas pérdidas, retrocedieron, mientras las dos baterías de cañones de cuatro libras, que era la única artillería que hasta el momento habían conseguido llevar consigo los franceses, abrían fuego contra el enemigo. Pero los cañones franceses, demasiado escasos y faltos de potencia para ser verdaderamente eficaces, fueron superados por sus adversarios españoles, que eran en su mayoría de calibre muy superior. Ciertamente, a lo largo de la batalla los cañones españoles debieron de causar una gran impresión: «se portó tan bien nuestra artillería —escribió

* Los lectores de habla inglesa observarán que este informe sobre la posición española difiere considerablemente del proporcionado por Omán, quien afirma que los españoles estaban situados en las alturas. Pero no hay pruebas de que así fuera.

un participante en la batalla— que casi no desperdiciaron un tiro».[16] Cuando finalmente la infantería de cabeza francesa —la Cuarta Legión de Reserva y un batallón de tropas suizas de Napoleón— se lanzó al ataque hacia las siete de la mañana, se enfrentaban a una misión imposible. Formados en cuatro columnas de batallón con una brigada de caballería en cada flanco, fueron tiroteados, destrozados y obligados a retirarse. Dupont, muy superado en número y buscando desesperadamente abrir brecha —Reding tenía unos diecisiete mil hombres frente a sus once mil—, trajo tropas de refresco y volvió a intentarlo, sólo para cosechar un nuevo fracaso. La caballería francesa desalojó a los españoles del monte Haza Walona y rechazó una fuerza que avanzaba por la otra ala, pero su infantería fue primero destrozada por el fuego de artillería y a continuación puesta en fuga por una exitosa carga de caballería.

Reding, viendo que los franceses se retiraban en desorden, ordenó el avance de más tropas por su derecha, y a los pocos minutos éstas habían flanqueado la izquierda de los franceses. Dupont, muy alarmado, lanzó a una brigada de infantería de refresco, aparte de su caballería cada vez más exhausta, y tras una cruenta lucha los intrusos fueron expulsados. Por otra parte, un segundo ataque de la infantería que había avanzado al iniciarse la jornada fue repelido con facilidad, y su retirada hubo de ser protegida por otra carga de caballería. Dupont, desesperado, lanzó entonces sus últimas reservas —el batallón de Marinos de la Guardia y los cuatro batallones de «suizos españoles» que habían sido puestos bajo su mando cuando salió de Madrid— y, con ayuda de algunas otras tropas que aún conservaban un orden razonable, preparó un último asalto contra el centro enemigo. Pero, una vez más, la artillería española abrió grandes huecos en las filas francesas y el propio Dupont fue herido en la cadera. Parecía que la caballería y los marinos habían alcanzado la línea del frente español, pero eran demasiado pocos para impresionarles y hubieron de retroceder. En cuanto a los suizos, en su mayor parte se pasaron enseguida a sus antiguos camaradas.

Con todas las tropas a su mando consumidas y agotadas, Dupont había sido completamente batido (aunque se diría que él mismo había sido autor de su derrota, pues pese a la ventaja numérica de los españoles pudo haberles cortado el camino, pero había empeñado todas sus fuerzas en un único ataque). Al mismo tiempo, no sólo carecía de noticias de Vedel, a cuyas actividades pronto volveremos, sino que además los españoles cerraban su retaguardia. Así pues, aunque Castaños había sido sumamente lento en su descubrimiento del abandono de Andújar por los franceses y aún más lento en su respuesta, una de las dos divisiones que había llevado consigo finalmente se acercó al río Rumblar, mientras la columna de flanqueo que había sido enviada a rodear a los franceses por el norte aparecía repentinamente en las cercanías del mal protegido tren de impedimenta de Dupont. El comandante francés, sin otra alternativa, envió a Reding una solicitud de armisticio, cosa que este

último concedió encantado (no sólo sus propias fuerzas estaban exhaustas, sino que además él sabía tan poco sobre el paradero de Vedel como Dupont, y, lo que aún era peor, podía temer que estuviese a punto de caer sobre su propia retaguardia). De todos modos, Reding no tenía autoridad para negociar los términos de una capitulación, por lo que hubo de enviar una representación mixta en busca de Castaños.

Estaban en aquel momento a mitad de una ardiente tarde de verano («El calor era cada vez más terrible —recordaba Girón—; hubo momentos en que yo mismo creí sofocarme»),[17] y cabía suponer que Vedel había tenido tiempo suficiente para recorrer los 26 kilómetros que había desde La Carolina. De haberlo hecho con prontitud, el resultado del encuentro hubiera sido muy distinto, pues además de su propia división Vedel tenía bajo su mando la del difunto Gobert, lo que hacía un total de casi nueve mil hombres. Al principio todo fue bastante bien: habiéndose percatado el día anterior de que había cometido un grave error, Vedel decidió inmediatamente volver a Bailén, y a las cinco de la mañana del 19 de julio había salido de La Carolina con sus tropas. Pero la marcha no avanzaba con rapidez —a la columna le costó unas cinco horas recorrer los trece primeros kilómetros— y Vedel se detuvo en Guarromán para que sus hombres descansaran y comieran un rancho caliente. No volvió a ponerse en marcha hasta las dos de la tarde, y ello pese a que a lo lejos se oía claramente el ruido del combate. Para entonces, desde luego, el cañoneo se había extinguido, desvaneciéndose así la ligera sensación de urgencia que Vedel desplegaría más tarde, de modo que aún pasaron otras tres horas hasta que finalmente llegó a la vista de la reducida fuerza que Reding había situado para vigilar su propia retaguardia.

Nunca se ha explicado satisfactoriamente el porqué de la actuación de Vedel. En cualquier caso, tanto si le movió el desprecio por los españoles, un deseo de no fatigar en exceso a sus tropas o incluso el desagrado de Dupont, el mal estaba hecho. Ignorando las protestas españolas de que se había acordado un armisticio, Vedel lanzó un vigoroso ataque contra las escasas tropas que tenía frente a sí, logrando hacer mil prisioneros. Lo cierto es que no desistió hasta llegarle una orden directa de Dupont, y su división vivaqueó retrocediendo un poco por la carretera.

Terminaba así un día de confusión y carnicería. Unos dos mil hombres de las tropas de Dupont yacían muertos o heridos en el campo de batalla y quizá otros ochocientos habían cambiado de bando. En cuanto a los supervivientes, estaban desprovistos de comida y agua y se hallaban profundamente desmoralizados y completamente faltos de cohesión, además de verse amenazados por gran numero de tropas de refresco. Pese a la llegada de Vedel, Dupont apenas podía hacer otra cosa que obtener las mejores condiciones posibles. Siguieron varios días de negociaciones complicadas, si bien el 23 de julio

rindieron sus armas 17.635 hombres. Se cuenta que Dupont, tendiendo su espada a Castaños dijo: «General, podéis estar orgulloso de esta jornada; es notable porque hasta ahora yo, que he estado en más de veinte, nunca he perdido una batalla campal». Mas la respuesta fue inmediata: «Aún es más notable porque en mi vida había estado yo en una».[18] Poco después se unían a sus filas batallones que habían sido destacados a Santa Cruz de Múdela y a Manzanares para proteger la carretera de Madrid. En teoría, tanto oficiales como soldados serían repatriados a Francia por mar, permitiéndose a los primeros conservar su equipaje personal (cláusula que dio origen a acusaciones de que Dupont se había rendido con el único objeto de salvaguardar su botín).

Pocos de los hombres capturados en Bailén volverían a Francia: injuriados y maltratados desde el principio, se les negó la repatriación, fueron confinados en viejos pontones en el puerto de Cádiz y finalmente evacuados a la árida isla de Cabrera, en las Baleares, donde la mitad murieron de hambre. Pero a Dupont, a Vedel y a un número reducido de altos oficiales se les permitió volver a su país por mar. Ni que decir tiene que se les recibió de modo sumamente desagradable. El emperador, incapaz de concebir que un ejército francés sufriera un fracaso a manos españolas, incapaz de admitir sus propios errores en el manejo de la situación, furioso con sus subordinados del generalato y convencido de que la rendición sólo se debía al deseo de conservar los despojos de la guerra, replicó con una diatriba de proporciones espectaculares. «En toda la historia del mundo —bramó— nada ha habido tan necio, tan inepto, tan cobarde ... Se aprecia perfectamente por el propio despacho del general Dupont que todo lo sucedido es resultado de la incompetencia más inconcebible.»[19] En consecuencia fueron arrestados Dupont, Vedel y otros varios oficiales (en principio tenían que haber sido sometidos a consejo de guerra, pero de hecho el único que sufrió este destino fue Dupont, y además por razones de estado no pareció preciso hacerlo hasta 1812). De todos modos, ni todo el furor de Napoleón podía deshacer el daño. Aturdido por lo que había sucedido, el 1 de agosto José, que no tenía en Madrid más que veintitrés mil hombres y actuaba bajo la impresión de que estaban a punto de caer sobre él miles de españoles sedientos de venganza, evacuó la capital y retrocedió por Castilla la Vieja, ordenando a Verdier abandonar el sitio de Zaragoza y a Bessiéres retirarse de León, con lo que el ejército francés entero se refugiaba al otro lado del Ebro.

Como si todo esto no fuera suficiente, para entonces Duhesme también había padecido nuevos infortunios. En lo que a los acontecimientos en esta zona se refiere, habíamos dejado a una división de refresco concentrada en la frontera al mando de Reille, mientras el propio Duhesme se lamía las heridas en Barcelona. Siendo completamente obvio que no podía intentarse nada más hasta que Gerona fuera tomada, el 10 de julio Duhesme salió una vez más

hacia dicha ciudad con el grueso de sus fuerzas, habiendo enviado previamente un mensaje a Reille para que intentara encontrarse allí con él. El 24 de julio ya se habían reunido ante la ciudad trece mil soldados franceses (si bien tuvieron muchos problemas con los somatenes) y pronto se iniciaron las operaciones de asedio. Pero éstas en modo alguno fueron bien dirigidas, además de ser obstaculizadas por la naturaleza del terreno y otras dificultades, mientras que la guarnición había sido reforzada a última hora por un regimiento enviado desde las Baleares. De modo que el avance fue sumamente lento, y mientras tanto la ausencia del grueso de las fuerzas de Duhesme en Barcelona garantizó a los españoles la posibilidad de embarcar la considerable guarnición de las islas Baleares para enviarla a Tarragona, que se convirtió entonces en capital de la insurrección catalana (el antiguo capitán general de Baleares, Juan Miguel de Vives, al tiempo que desembarcaba en la costa catalana con sus hombres, tomaba el mando de todas las operaciones en la provincia). Ayudadas por los somatenes locales, estas fuerzas se enfrentaban ahora a los tres mil quinientos hombres que Duhesme había dejado en Barcelona, sometida a un estrecho bloqueo; mientras tanto se enviaba un puñado de tropas regulares al mando de un brigadier, el conde de Caldagués, para ayudar a la plebe de los barrios que rodeaban Gerona a hostigar a Reille y a Duhesme.

A Caldagués, hombre de acción sobre todo, se le unieron muchos somatenes y enseguida convenció a los defensores de Gerona de que intentaran un movimiento espectacular. De modo que el 16 de agosto casi todas las tropas regulares de la guarnición atacaron repentinamente las fortificaciones de las alturas que dominaban la ciudad por el este, mientras Caldagués aparecía tras ellas. Los franceses, totalmente cogidos por sorpresa, fueron derrotados y obligados a abandonar sus posiciones. Sus bajas habían sido relativamente escasas, pero incluso si lograban ahora que Caldagués se retirase, su número, sencillamente, no era suficiente para asediar Gerona y a la vez evitar futuras intentonas de ayuda. Más que arriesgarse a un desastre, sus comandantes prefirieron retirarse, y en consecuencia aquella misma noche Duhesme se puso en marcha hacia Barcelona y Reille hacia Figueras. Este último avanzaba con cierta facilidad, pero la citada carretera corría primero por un país de ásperos montes y luego a lo largo de la costa, de resultas de lo cual fue hostigado no sólo por los somatenes, sino también por una fragata británica que había en la zona. Así pues, la retirada se convirtió en derrota, y Duhesme sólo pudo seguir adelante abandonando toda su artillería y su impedimenta y cruzando las montañas por caminos de herradura. Ciertamente había logrado la salvación —Vives no intentó detenerle y se mantuvo en la ciudad—, mas ahora sólo podía aspirar a aguantar hasta que le llegara ayuda.

Terminaba así la primera campaña de la guerra. Dejando de lado la situación de Portugal, a donde volveremos en el capítulo siguiente, José, Bessiéres,

Moncey y Verdier estaban agrupados en torno a las ciudades de Miranda de Ebro y Logroño; Duhesme se hallaba bloqueado en Barcelona; y Reille aislado en Figueras, siendo la única buena noticia que en Vizcaya había sido aplastada sin piedad una insurrección tardía por medio del envío de una expedición de castigo. No sólo habían sido muertos o apresados miles de soldados franceses, sino que además el Bruc, Gerona, Zaragoza, Valencia y sobre todo Bailén se habían convertido en materia de leyenda, y la cada vez mayor legión de propagandistas de la España patriótica se apresuraba a sacar provecho de ello y a glorificar el heroísmo del pueblo español. Ni que decir tiene que a lo largo del proceso un gran desprecio cayó sobre Napoleón, a quien se representaba popularmente como un personaje sometido al terror más abyecto. En cuanto al infortunado José, su gusto por las mujeres había sido rápidamente observado, y con ocasión de su retirada hacia el Ebro se rumoreó que él y su estado mayor habían vaciado las bodegas de una mansión brevemente ocupada por ellos en Calahorra, de resultas de lo cual enseguida se le acusó de ser un borracho —costumbre especialmente insultante a ojos españoles— y un mujeriego. De aquí sus motes de Tío Copas, el Rey de Copas, Pepe Botella y, menos claramente, Pepino (un evidente juego de palabras sobre Pepe, pues «pepino» tiene además ciertas connotaciones fálicas).

De modo que no es sorprendente que Napoleón estuviera furioso. Al haber basado su política española en una serie de errores y cálculos equivocados, el imperio se había visto gravemente comprometido. Por ello, en Alemania los nacionalistas comparaban a Palafox con Arminius (el jefe teutón que en el año 9 d.C. había barrido a un ejército romano); en Prusia, los que proponían una nueva guerra afirmaban que no había motivo para que sus campesinos no siguieran el ejemplo de los españoles; y en Austria, un partido de la guerra soñaba con fomentar en el recién perdido Tirol un levantamiento a la manera de los españoles. Aunque José se quejara de que la guerra no podía ganarse y de que los españoles nunca aceptarían su reinado, pronto le llegaría el desquite.

Había pocas posibilidades de que los españoles fueran capaces de resistir el mazazo que estaba a punto de caer sobre ellos. Pese a toda la palabrería sobre el heroico pueblo español que había derrotado a los veteranos de la *grande armée,* las fuerzas francesas consistían en su mayor parte en una masa mal organizada de reclutas bisoños y su impacto sobre la resistencia popular era limitado. Civiles armados habían luchado con gran valor en defensa de las ciudades españolas asediadas, pero excepto donde el terreno que ocupaban era tan fuerte como para resultar casi inaccesible, en campo abierto habían probado su total desventaja. También se produjeron problemas cuando lucharon en forma de guerrilla. En Cataluña, por ejemplo, los somatenes pudieron resultar aptos para hostigar a los franceses, pero también eran poco de fiar y les desagradaba notoriamente el servicio fuera de sus propias regiones,

además de ser, como veremos, muy proclives al pillaje. En cuanto a las victorias de España, había que considerarlas en la perspectiva adecuada: Zaragoza, Valencia y Gerona hubieran caído de haber tenido más tropas los franceses; en Bailén, más que ganar los españoles, habían perdido los franceses; y la del Bruc había sido una mera escaramuza. Especialmente instructivas son, en este aspecto, las opiniones de Wellington sobre Bailén:

> Creo que a nadie sorprendió el resultado de Bailén tanto como al propio Castaños ... posteriormente conocí a Dupont... un hombre muy capaz, pero se asustó y no entendía a los españoles. En un momento posterior de la guerra los franceses hubieran marchado contra los españoles en vez de capitular ante ellos. Su general hubiera dicho: «Retirez vous, coquins»[20]

Y finalmente, mas no por ello menos importante, está perfectamente claro que con una o dos excepciones el peso del combate había recaído de hecho sobre el ejército regular. Si España había de sobrevivir, no tenía más que una esperanza, que era conseguir no sólo considerable ayuda extranjera, sino además tropas mucho más numerosas y más eficazmente armadas que las que de hecho tenía a su disposición. Al haber amortiguado tal mensaje la victoria de Bailén, el futuro era poco prometedor.

Capítulo 4, VIMEIRO: LA LIBERACIÓN DE PORTUGAL, AGOSTO DE 1808

Era 15 de junio de 1808. La Cámara de los Comunes se hallaba atestada y con un ambiente alborotado. La semana anterior Londres había debatido febrilmente sobre la extraordinaria noticia procedente de España de que la provincia septentrional de Asturias se había levantado en rebelión contra el ogro corso, y era cosa sabida que el tema del día por fin iba a debatirse en Westminster. Richard Brinsley Sheridan, célebre dramaturgo whig, preparó un gran discurso para la ocasión, pero otros asuntos retrasaron el acto, y cuando finalmente hubo de levantarse para hablar, por desgracia se hallaba tan borracho que estaba incapacitado para emitir un discurso coherente. De todos modos, el ministro de Asuntos Exteriores, George Canning, conocedor de que ponía por las nubes el heroísmo de España y proponía que Gran Bretaña corriera en su ayuda, sabía perfectamente como responderle. Prometiendo «toda ayuda posible», proclamaba que el gobierno «actuaría según el principio de que cualquier nación de Europa que se alce con la decisión de oponerse ... al enemigo común ... se convierte de inmediato en nuestro aliado esencial».[1]

Este intercambio parlamentario marca el inicio de la implicación británica en la guerra peninsular y, al mismo tiempo, un cambio considerable de su fortuna en la lucha contra Napoleón. De aquí saldría su compromiso en una campaña prolongada en el continente europeo y el término de la situación en que podía ser acusada, con palabras de Sheridan, de no estar haciendo más que «gastar pólvora en salvas». Aunque sólo fuera por casualidad, Gran Bretaña podía interpretar ahora un papel de gran potencia militar, así como de gran potencia naval, y librarse de las acusaciones de actuar sólo en beneficio de sus propios intereses y de luchar hasta la muerte del último austríaco. A todo esto, tanto en el país como en el extranjero el gobierno británico contaba

con importantes ventajas. Al ser tan escasamente comprendidos los complejos orígenes de la rebelión española, parecía que el pueblo hubiera rechazado a Napoleón y todas sus obras. Como el emperador había seguido haciendo uso de la retórica de la Revolución Francesa, tanto los radicales del país como los «jacobinos» extranjeros se habían sentido inclinados a unirse a su causa; pero ahora era la propia Gran Bretaña quien se veía inmersa en la lucha por la libertad. Es cierto que la oposición de tales fuentes nunca se acalló por completo, pero Gran Bretaña, y con ella todos los adversarios de Napoleón, habían cobrado repentinamente una nueva legitimidad moral.

Aunque la proporción de las citadas ventajas aún no era plenamente apreciada, el entusiasmo de la administración Portland era perfectamente comprensible. Gran Bretaña estaba experimentando considerables problemas políticos y económicos, y además la ocupación de Portugal había interrumpido una importante salida para su comercio. A todo esto, el ataque que había lanzado contra la América española el 5 de julio de 1807 había llegado a un fin carente de gloria con la capitulación en Buenos Aires de todo el ejército británico, mientras Suecia, el principal aliado que le quedaba, acababa de ser atacada por Rusia. El año 1807 había sido un éxito en Dinamarca, pero en términos generales la situación no era de las que gustaban a Canning ni al secretario de la Guerra y de las Colonias, lord Castlereagh, ambos deseosos de asestar un verdadero golpe a los franceses y cada vez más preocupados por las críticas de que eran objeto en la prensa y en el parlamento. Se había hecho algún esfuerzo por ayudar a Suecia —en abril se había enviado a Goteborg una tropa de diez mil hombres mandada por sir John Moore—, pero el principal centro de atención era ahora Iberia y sus colonias. En Gibraltar se había reunido una división de cinco mil hombres al mando de sir Brent Spencer con órdenes de atacar Lisboa, Ceuta o Mahón. Mientras tanto, estaban preparados en Cork trece mil hombres para desembarcar en tierras de lo que hoy es Venezuela, con la esperanza de que esto precipitara una rebelión general.

Así pues, España ya era por entonces un importante centro de interés para la administración Portland, y más aún desde que el pasado mes de mayo se habían recibido del gobernador de Gibraltar, sir Hew Dalrymple, que estuvo en contacto con Castaños, noticias de que en el sur de España la rebelión era posible. Sin embargo, el primer acontecimiento llegó de Asturias, pues tan pronto como ésta se rebeló embarcaron para Inglaterra dos emisarios: el vizconde de Matarrosa (que pronto había de ser conde de Toreno) y un académico llamado Andrés Ángel de la Vega. El resultado fue una tremenda agitación. *The Times* y otros periódicos destacados pidieron que se ayudara a Asturias de inmediato, mientras que diversos hombres de letras caían en éxtasis ante el heroísmo de España. Entretanto, los diputados asturianos eran invitados a muchos banquetes y recibían la hospitalidad de algunas de las grandes familias

del reino, creciendo aún más la agitación con la publicación de numerosos folletos y caricaturas. Para captar algo del ambiente del momento basta con leer cartas particulares de la época. Por ejemplo:

> Qué magnífica serie de acontecimientos están sucediendo ante nosotros en España ... No alcanzo a describirte el interés que siento por la causa española. Excede cualquier cosa, salvo quizá lo que sentí en los primeros momentos de la Revolución Francesa. Ojalá los españoles obtengan la libertad total y se eleve a Dios la admiración de la humanidad ante el abismo en que la han puesto los franceses.[2]

Es verdad que en ciertos sectores había dudas: Jorge III, por ejemplo, dudaba, y uno o dos ministros eran claramente hostiles. De todos modos, la inactividad era poco probable: hombres de las creencias políticas más dispares estaban tremendamente emocionados por el levantamiento asturiano sencillamente porque era una oportunidad demasiado buena para perderla. De modo que, sin esperar más, el 2 de julio llegaban a Gijón 34 cañones, doce mil espadas y grandes cantidades de munición, mientras que desde Inglaterra se enviaban cien mil libras esterlinas en moneda española (de mucho menor provecho resultaron las armas capturadas a la armada española, que debido a la reconciliación fueron devueltas desde la Torre de Londres).* Mientras tanto, se enviaba a Oviedo una misión militar formada por tres hombres para establecer qué más se necesitaba. Pero el entusiasmo de la administración Portland iba más allá. Aunque la delegación asturiana, a la que pronto se unirían otras de Galicia y de Sevilla, no había pedido tropas, pronto se consideró la posibilidad de enviar un ejército británico. En lo que a esto se refiere hubo menos reservas de lo normal. Reformas recientes del reclutamiento del ejército —principalmente la autorización de que se presentasen para el servicio en el frente cuerpos voluntarios formados por miembros de la milicia— ofrecían la esperanza de un suministro constante de hombres de refresco; la necesidad de prepararse contra la invasión francesa se había visto muy reducida; y había fuerzas disponibles para entrar en acción de inmediato: las tropas de Spencer, la división que se había reunido en Cork y un par de brigadas que habían sido preparadas para la invasión del puerto de Boulogne. Los transportes necesarios, igualmente vitales, también estaban disponibles, pues en los últimos años había tenido lugar un proceso de reforma que prometía

* Las referencias a la ayuda económica enviada a España se complican por la amplia variedad de monedas españolas y las distintas palabras utilizadas para denominarlas. Resumiendo, la unidad contable básica era el real de plata, de los que entraban alrededor de cien en una libra; veinte reales eran un peso o dólar, y la cantidad enviada a Asturias ascendía de hecho a quinientos mil dólares.

mejorar la reputación de combatividad del ejército, hasta entonces un tanto dudosa. Aunque la mayor parte de las tropas seguían reclutándose entre «la hez de la tierra» —los pobres de la ciudad y del campo, los desertores enemigos y los prisioneros de guerra—, en muchos regimientos los azotes estaban siendo sustituidos por un sistema disciplinario más humano, al tiempo que se desarrollaba un sistema de tácticas de infantería que llegaría a ser el mejor de Europa. Era fácil reunir un ejército de aceptable calidad; ahora bien, ¿por qué estaba luchando Gran Bretaña? El debate sobre los objetivos bélicos de Gran Bretaña en las guerras francesas se ha centrado con frecuencia en afirmaciones que resultan extremadamente partidistas. Por una parte, se ha afirmado que Gran Bretaña se afanaba por liberar a Europa de la tiranía, y por otra que luchaba para frenar el avance de la Revolución Francesa y eliminar al mismo tiempo el reto económico de una Francia en los umbrales de su propia revolución industrial. Por supuesto, la verdad es mucho más compleja. Gran Bretaña, de modo no más altruista que cualquiera de las demás potencias, no pretendía ciertamente liberar a todo el continente del control francés. En cuanto al *ancien régime*, hacía mucho que Gran Bretaña había abandonado cualquier pretensión de estar luchando por una restauración de los Borbones. Dada la competencia industrial y comercial de Francia, que era una preocupación más crónica que momentánea, el hecho era que sólo con que aceptase ciertas condiciones, Napoleón tenía poco que temer de Gran Bretaña. Tales condiciones habían sido decididas con ocasión del tratado de Amiens, en 1802. Francia tendría sus fronteras naturales en el Rin, a pesar de que eso suponía que se quedara con Bélgica y parte de Holanda. Además, serían devueltas la mayoría de sus colonias, si no todas, mientras que en principio, si España o cualquier otro país quería establecer una alianza con París, nada se lo impediría. Y, por encima de todo, Napoleón podría seguir gobernando Francia. Ahora bien, lo intolerable era la idea de que, sencillamente, pudiera pisotear los principios del legitimismo y del derecho internacional. El acuerdo firmado en Amiens no había sido respetado y desde entonces Estado tras Estado habían sido anexionados a Francia o transformados en satélites gobernados por Bonaparte. De modo que, al combatir a Francia, Gran Bretaña intentaba limitar el poder de Napoleón, y en Iberia, concretamente, no tenía más objetivo que restaurar en sus respectivos tronos a los Borbones y a los Braganza. Aunque, desde luego, esto no era todo. Desde el principio se había reconocido que la amistad con España y Portugal, y especialmente el acceso a sus imperios americanos, conllevaba la posibilidad de inmensos beneficios comerciales. Pero, a fin de cuentas, la intervención napoleónica en Iberia simbolizaba todo aquello contra lo que luchaba Gran Bretaña: aunque en la Península no se hubiera producido una insurrección, una retirada al otro lado de los Pirineos hubiera tenido gran peso en las condiciones británicas para un acuerdo de paz.

125

¿Adónde, pues, había que mandar al ejército británico? España no estaba dispuesta a recibir tropas, pero a finales de junio se presentaron en Portugal nuevas posibilidades. Aunque Portugal había sido ocupado sin resistencia, la presencia de las tropas de Napoleón, como hemos visto, había dado origen a una considerable inquietud. En verano de 1808 Portugal se había visto muy afectada por las privaciones, pues la actividad económica se hallaba sometida en gran medida a un compás de espera y era grande el número de criados que se habían quedado sin trabajo debido a la huida de muchos miembros de las clases acaudaladas. En consecuencia, era inevitable que la rebelión española desestabilizase la posición francesa. Las primeras que se movilizaron fueron las provincias montañosas de Tras-os-Montes y Entre Douro e Minho, que habían quedado desguarnecidas al retirarse de Oporto el 6 de junio las tropas españolas. El propio Oporto no se movilizó —aunque se constituyó una junta al mando del gobernador, Luis de Oliveira, que se limitó a intentar mantener el orden mientras secretamente pedía ayuda a Junot—, pero el 6 de junio el pueblo se apoderó de Chaves, a la que siguieron en rápida sucesión Braga, Vila Pouca, Bragança y Melgaço. No está claro que este movimiento llegara a ser algo más que una *jacquerie* glorificada. En ciudades como Bragança y Vila Nova de Foz Coa se tildó a los propietarios de traidores, judíos, herejes e incluso de brujos, mientras que en Arcos de Val de Vez la ciudad entera fue saqueada, los archivos quemados, se fijó el precio de los alimentos básicos, se prohibió la exportación de pan y el cobro de las deudas fue suspendido, y además se puso fin al servicio militar obligatorio, a los diezmos, a los pagos a la Iglesia en concepto de bautizos, matrimonios y funerales y a todas las obligaciones feudales. De todos modos, según el movimiento se extendía por el país —el 16 de junio llegó al Algarve, el 18 de junio a Oporto y el 24 de junio al Alentejo y a Beira—, las personalidades locales se apresuraron a hacerse con el control de la situación, ayudándoles mucho en esta tarea el hecho de que en algunas zonas no hubiera ningún desorden. En Oporto, por ejemplo:

> El populacho sólo quería que apareciese alguien que lo llamara a levantarse contra el gobierno de entonces. En cuanto lo encontró, el grito de «Viva o Principe!» se extendió como un reguero de pólvora. Se reunieron centenares de personas con gran confusión y violencia. La multitud encaminó sus pasos hacia los almacenes. Cerraduras y llaves no fueron impedimento ... y todos los que quisieron se hicieron con armas ... La ciudad, como cabe suponer, seguía en estado de gran ebullición ... pero en cualquier caso este ardor es bueno. Lo verdaderamente extraordinario es que en esos días de tumulto y confusión no tuviera lugar ningún accidente. Era muy natural temer que alguna persona malintencionada se aprovechara de aquellos momentos para satisfacer sus resentimientos particulares por medio del asesinato.[3]

Fuera cual fuese la naturaleza de la rebelión, ésta se abrió paso de inmediato. Colaboracionistas y franceses fueron cercados rápidamente, los destacamentos franceses fueron atacados (por ejemplo, en Faro y Mezao Frío), se estableció contacto con los británicos y surgieron nuevas fuerzas armadas sobre una base de veteranos del antiguo ejército, voluntarios civiles, las unidades de la milicia provincial de la zona insurrecta* y la *ordenança*, que era una guardia nacional irregular muy parecida al somatén catalán. En realidad, incluso hubo un nuevo gobierno nacional: la junta que se había creado en Oporto bajo la dirección del arzobispo Antonio de Sao José de Castro, que obtuvo rápidamente la alianza del resto del país.

En cuanto a Junot, tenía problemas. Sólo en Lisboa y en alguna otra ciudad —Abrantes, Almeida, Elvas, Alcoutim y Vila Real do Santo Antonio— tenían los franceses una presencia considerable, si bien muchas de estas guarniciones corrían el grave peligro de ser vencidas por el hambre. En cualquier momento podían desembarcar tropas británicas en algún punto de la costa. Lisboa estaba inquieta y alborotada. Junot tenía que cargar con varios miles de prisioneros españoles. Todas las comunicaciones con España habían sido cortadas y la poderosa flota rusa que estaba anclada en el Tajo no prestaría ayuda alguna.** ¿Qué había que hacer? Se consideró en cierta medida la posibilidad de marchar a España, pero Junot no estaba dispuesto a abandonar sus dominios y temía la reacción de Napoleón si se retiraba sin combatir. La alternativa evidente era concentrarse en torno a Lisboa, pero resultó sumamente difícil comunicarse con los comandantes de los diversos destacamentos aislados, pues muchos correos cayeron en emboscadas y fueron asesinados. Con todo, a mediados de julio, la mayoría de dichos destacamentos habían llegado a la capital, y las únicas tropas que habían quedado atrás eran las guarniciones de Elvas y Almeida. En su retirada, los franceses habían infligido una gran mortandad a los insurrectos: paralelamente a la enorme carnicería —el general Loison se jactaba de haber matado en pocos días a cuatro mil insurrectos—, Beja y Guarda habían sido saqueadas y muchos pueblos incendiados.

Pero el terror no remedió nada. Lisboa, por ejemplo, ya había experimentado un notable pánico durante las grandes festividades del Corpus Christi: «Mientras la procesión avanzaba se levantó un gran tumulto ... Hubo brazos y piernas rotos. Pobres damas ... arrastrando sus ropas desgarradas pedían

* La milicia, formada por 48 regimientos, era, como en España, una fuerza de conscriptos a tiempo parcial que se movilizaba en tiempo de guerra.

** Esta fuerza, expulsada el otoño anterior de su base en el mar Egeo según las condiciones del tratado de Tilsit, se dirigía de vuelta a su país por el Atlántico, pero se había detenido en Lisboa por temor a un ataque británico. Mas, para desgracia de Junot, su comandante, Dimitn Senyavin, era hostil a la alianza de Alejandro con Francia, y en consecuencia se negó a desembarcar las tropas y cañones que el general francés le mendigaba.

ayuda a gritos; otras se desmayaban».[4] No está claro que esto fuese fruto de un complot para asesinar a Junot, como alegaron los franceses, pero el alboroto, lejos de menguar, creció. Citando a Laure, esposa de Junot:

> Hacía algunos meses los frailes y curas portugueses habían intentado apoderarse del ánimo del pueblo a base de milagros, y también se anunció la vuelta del rey don Sebastián, muerto en África hacía trescientos años. Estas necedades difundidas por los frailes exaltaron el ánimo del populacho, que se dirigió a los lugares más altos de Lisboa para ver mejor la llegada del rey-mesías, la multitud se congregó en torno a la estatua de José I, que, se decía, había dado dos vueltas sobre su pedestal. El resultado de estas vilezas fue el asesinato de varios franceses.[5]

Si bien no faltaron algunos episodios divertidos —«fue por entonces cuando una gallina milagrosa puso un huevo también milagroso ... llevaba en relieve las palabras "¡muerte a los franceses!"»—,[6] en Portugal y en España la guerra empezaba a mostrar un salvajismo que la distinguiría de casi todos los demás conflictos europeos de aquella época. Es fácil entender porqué sucedió tal cosa. Al nivel más elemental, a los invasores les asustaban el pueblo, la aspereza del terreno y la aplastante sensación de aislamiento. De ahí que buscaran la seguridad en el reinado del terror, que era, en cualquier caso, una herramienta habitual de la política de ocupación francesa. A todo esto, los franceses estaban convencidos de ser representantes de la más alta expresión de la cultura y la civilización europeas: así como a lo largo del siglo XVIII Francia había estado a la cabeza del arte, la literatura, la arquitectura y la filosofía política, la revolución había demostrado el valor y la inteligencia superior de sus habitantes. Aunque se consideraban a sí mismos liberadores, los ejércitos franceses mostraban una arrogancia que sólo servía para empeorar los vicios —embriaguez, vandalismo, libertinaje y saqueo— tan propios de todos los ejércitos de la época; además, en la Península las cosas empeoraron al considerar los franceses a sus habitantes poco menos que salvajes. Esto se debía en parte a las primitivas condiciones de vida características de España y Portugal, en parte a su terrible pobreza y en parte a la importancia de la Iglesia católica, siendo los ejércitos franceses refugio del anticlericalismo que distinguió a la revolución. Fuera por su superstición, por su amor a las corridas de toros o por su disposición a implicarse en las más sanguinarias atrocidades, lo cierto es que sus habitantes parecían indeseables. Dado que además podía argüirse que éstos violaban las leyes de la guerra —civiles que entablaban combate armado con renuncia expresa a dar cuartel— y que se hallaban con frecuencia en rebeldía contra la totalidad del orden social, difícilmente podían esperar un trato amable; además, cada nuevo acto de represión encendía su ira y estimulaba nuevos actos de barbarie.

A pesar de que un horror se acumulaba sobre otro, la situación en Portugal se mantenía en tablas: Junot, aunque ordenaba salidas contra los insurrectos —tanto Leiria como Évora fueron saqueadas y sus defensores masacrados—, no disponía de la fuerza necesaria para aplastar la rebelión. Al mismo tiempo los insurrectos, faltos de armas, munición y tropas entrenadas, no podían albergar esperanzas de expulsar a los franceses de su reducto central (de hecho, apenas podían combatir con ellos, la mayor parte de sus reclutas armados de horcas no estaban dispuestos a servir militarmente más allá de los límites de su propia región). Fue la intervención británica lo que hizo decantar la balanza.

Inicialmente Portugal no se contaba entre los objetivos de la administración Portland. Aunque sólo fuera por el enorme interés de Asturias, España era, sin lugar a dudas, el destino preferido por el gobierno para el envío de sus tropas. Y sin embargo, ningún español solicitó tropas británicas, pues los antecedentes de Gran Bretaña de apoderarse de territorio español convertían cualquier desembarco británico en un asunto sumamente delicado. Con la Junta de Oporto —ahora bajo el nuevo nombre de Junta do Supremo Governo— pidiendo ayuda y la perspectiva tanto de neutralizar la flota rusa de Senyavin como de asegurar el puerto de Lisboa, Londres no tardó mucho en decidir que la división de Cork navegara hacia el Tajo, aunque también se autorizó a su comandante a realizar operaciones en España si se presentaba la ocasión.

La extraordinaria libertad de acción concedida al comandante británico por su gobierno da testimonio de la confianza en él depositada; y es aquí donde encontramos por primera vez la figura del futuro duque de Wellington, sir Arthur Wellesley. Nacido en Dublín el 1 de mayo de 1769, tercer hijo de una familia profundamente enraizada en la aristocracia angloirlandesa, Wellesley fue educado en Eton y en Francia, y en marzo de 1787 ingresó en el ejército británico como alférez. El joven oficial, dotado de dinero, protección y entrega, no tuvo dificultades para ascender: en septiembre de 1793 era teniente coronel, además de miembro del parlamento irlandés. Enviado a luchar a Francia en las campañas de Flandes y Holanda de 1793-1795, le disgustó tanto la mala administración que presenció que, en un momento dado, consideró la posibilidad de hacer carrera como funcionario civil, pero al no obtener el necesario nombramiento pronto abandonó esta idea en beneficio de la de servir en la India con su regimiento. Un año después de su llegada al subcontinente indio, donde su hermano, lord Mornington (que pronto sería marqués de Wellesley), acababa de ser nombrado gobernador general de los extensos territorios británicos, estalló la guerra con el estado indio de Mysore, y en enero de 1799 Wellesley, de hecho, estaba en campaña como comandante de cuerpo.

129

Wellesley, que tenía bastantes deudas, estaba deseoso de ir a la guerra. Sea como sea, en la India hizo su fortuna. Tras tener un papel destacado en la toma de Seringapatam fue nombrado gobernador de Mysore y dedicó dos años a derribar a diversos adversarios del gobierno británico, hasta que recibió el mando del ejército enviado contra la Confederación Mahratha. Ya con el grado de *major general* (equivalente al mariscal de campo español), en otoño de 1803 obtuvo destacadas victorias en Assaye y Argaon y en primavera de 1805 volvía triunfante a Inglaterra, donde fue elegido para la Cámara de los Comunes. Comandante de una brigada del ejército enviado en 1807 a asediar Copenhague, Wellington fue nombrado luego por la administración Portland secretario de estado para Irlanda y en 1808 ya se había ganado la amistad y el respeto tanto de Canning como de Castlereagh, además de ser nombrado teniente general. Siendo lógica su elección para la expedición a Venezuela, no se intentó apartarle de este mando cuando se tomó la decisión de enviarle a la Península. Pero tan pronto como Wellesley zarpó de Cork, el 12 de julio llegaron noticias de Portugal según las cuales la guarnición francesa allí era mucho mayor de lo que inicialmente se había informado. De modo que harían falta más tropas, por lo que el gobierno decidió reforzar su contingente inicial con las tropas de Spencer y Moore (se había apreciado claramente que los españoles no tenían intención ninguna de permitir al primero de ellos guarnecer Cádiz tal como inicialmente se propusiera el gobierno; en cuanto al segundo, al haberse roto las relaciones con los suecos, navegaba, disgustado, camino de Inglaterra). Dado que además se disponía en Inglaterra de algunas otras tropas, el total de la fuerza ascendería a unos cuarenta mil hombres, lo que significaba que Wellesley tendría que renunciar al mando: al ser aún muy joven, era inaceptable para el duque de York —comandante en jefe— como responsable de un ejército de las dimensiones que el gobierno preveía ahora. En consecuencia, y probablemente por motivos políticos, se ofreció el mando a lord Chatham, veterano general que tenía en la administración Portland el cargo de intendente general de armamento. Al no poder Chatham salir de inmediato para Portugal, se nombró comandante provisional a sir Hew Dalrymple, a quien se dio como adjunto al muy apreciado y tratable, así como sumamente experimentado aunque no muy brillante, sir Harry Burrard.

El gobierno recibió duras críticas por todo esto, pero en realidad tenía entre manos otro problema de mayor gravedad: el duque de York quería ese mando. Desde las operaciones de Flandes en 1793-1795, el duque no había disfrutado de la confianza del parlamento ni del público, pese a lo cual sólo podía ser relegado en beneficio de un general de rango muy superior. De ahí la elección de Chatham, quien además era considerado el sustituto más probable del más viejo e ineficaz duque de Portland. ¿De dónde, pues, la necesidad de Dalrymple y Burrard? Los admiradores de sir John Moore habían

sugerido que sería suficiente semejante propuesta para impedir que su héroe obtuviera el mando. En cierto modo la idea no es tan inverosímil, pues Moore no era el modelo de la leyenda, sino más bien un hombre de carácter muy difícil, desdeñoso con los políticos, impaciente con el poder civil y convencido de que se le había escatimado la gloria a la que tenía derecho. Terco, vanidoso y muy excitable, era además muy proclive a la intriga y a la queja y disponía de sólidos lazos con los whigs, si bien parece que desagradaba particularmente a Canning. Pero, a fin de cuentas, nada de esto afectó a la opinión del gobierno. Aparte de que no hubiera motivos para tener mala opinión de Chatham, Dalrymple y Burrard, Dalrymple especialmente disponía de un conocimiento de primera mano de la Península superior al de cualquier otro oficial del ejército británico y de buenas relaciones con Castaños, además de haber manejado muy bien la situación; también Burrard podía aportar algunas cualidades útiles, aunque sólo fuera su talento para templar gaitas.

¿Qué pasaba entonces con Wellesley? Habiendo descubierto su sustitución sólo algunos días antes de que llegaran sus tropas a Portugal, se sentía sumamente agraviado, si bien simuló una fría dignidad y se comprometió a no enfrentarse al enemigo precipitadamente con la esperanza de obtener la gloria personal. Y sin embargo, esto era precisamente lo que le estaban animando a hacer. Castlereagh, incapaz de mantenerle en el mando, intuyó que podía presionar en este sentido a base de operaciones en el breve plazo que le quedaba hasta que Dalrymple o Burrard llegaran a Portugal, mientras se decía al primero con toda claridad que tendría que ceder a Wellesley en las operaciones el papel más destacado posible. En ciertos aspectos es éste un apoyo sorprendente, pues en la práctica Wellesley apenas era más simpático que Moore. Aunque fuera hombre ostentoso y de bravatas, su mezcla de timidez, arrogancia intelectual y altivez aristocrática le confería un porte en el mejor de los casos seco y distante, y en el peor intolerante con las fragilidades humanas y capaz de grandes injusticias. Aún menos atractiva era su costumbre de buscar cabezas de turco para sus frustraciones de una manera poco realista, siendo además aficionado a la horca, los azotes y el castigo público, desdeñoso con las nociones de democracia y progreso político, obsesionado por el concepto del orden e inclinado a considerar a la multitud —y por extensión a sus soldados— con una mezcla de temor, desprecio y aversión. Todos sus defectos no podían ocultar el hecho fundamental de que era un genio militar. Como se había apreciado con ocasión de sus éxitos en la India, su gélido comportamiento reflejaba un distanciamiento que le permitía adelantarse siempre al enemigo, sacar el mejor partido posible de cualquier terreno y aprovechar al máximo los puntos fuertes de sus propias tropas. También contribuían a ello su habilidad logística y su atención por los detalles. Acaso no fuera apreciado, pero inspiraba gran respeto y confianza.

131

Habiendo zarpado de Cork el 12 de julio, Wellesley se destacó del resto de su convoy para dirigirse a La Coruña a entrevistarse con las autoridades insurgentes. Supo por ellas que en el norte de España no necesitarían a sus tropas ni serían bienvenidas: la Junta estaba atestada de noticias de imaginarias victorias españolas e insistía en que la situación estaba perfectamente dominada. Wellesley, habiendo recibido información segura de la rebelión del norte de Portugal, decidió, en consecuencia, probar suerte allí. Al mostrarse la Junta de Oporto muy deseosa de la ayuda británica —padecía escasez tanto de hombres como de armas—, el 1 de agosto la división de Wellesley desembarcaba en la bahía de Mondego, a medio camino entre Oporto y Lisboa, donde a los pocos días se le unieron las fuerzas de sir Brent Spencer. Para entonces Wellesley había recibido órdenes que le subordinaban a Dalrymple y a Burrard, si bien permaneció al mando hasta la llegada de éstos. Fiel a su compromiso de no actuar con precipitación, dedicó casi una semana a preparar sus fuerzas para la campaña —necesitaba sobre todo hacerse con gran número de animales de tiro, mulas de carga y carros para la impedimenta—, si bien el 9 de agosto se puso en marcha en dirección sur con unos catorce mil hombres organizados en seis brigadas. Sólo llevaba consigo tres de las cinco baterías de artillería disponibles, habiendo dejado atrás por falta de caballos las otras dos junto con un tercio del único regimiento de caballería confiado a su mando.

La superación de tales dificultades logísticas era una muestra de uno de los mayores problemas a que había de enfrentarse Wellesley en España y Portugal. Otro problema parejo era el de sus relaciones con las autoridades locales. La Junta de Oporto y su comandante militar, Bernardino Freiré, proporcionaron a sus fuerzas un número considerable de mulos y carros, si bien formularon al mismo tiempo exageradas peticiones de armas y suministros y pretendieron apoderarse de las vituallas destinadas a los británicos. En cualquier caso, tales problemas pasaron de momento a segundo término ante la necesidad de combatir a los franceses. Con veintiséis mil hombres en vez de los dieciocho mil estimados por los británicos, Junot disponía de tropas suficientes para pasar a la ofensiva. Así pues, mientras se enviaba una pequeña división mandada por el general Delaborde a frenar el ataque británico, el comandante francés organizó una poderosa fuerza de choque. Se dejaron muchas tropas acuarteladas en Lisboa, pero incluso así pronto fueron reunidos trece mil hombres para atacar a los británicos, que avanzaban sin pausa hacia el sur paralelos a la costa. Ya se habían hecho los primeros disparos de la campaña británica en la Península: el 15 de agosto una avanzadilla de fusileros había chocado en Óbidos con un puesto avanzado francés; dos días después, Delaborde adoptó una posición defensiva junto a la localidad de Rolica con la intención de iniciar una acción dilatoria. En el siguiente combate se

forzó sin dificultad al general francés a abandonar su posición, pero la otra columna enviada contra la segunda posición atacó de forma prematura, de modo que antes de lograr expulsar a Delaborde del campo de batalla los británicos tuvieron casi quinientas bajas. La lucha había sido enconada:

> Nos acercamos rápidamente al campo de batalla, teniendo dificultades al principio para mantener la formación. Las alturas en que se había situado el enemigo eran demasiado empinadas para intentar subirlas directamente. Entonces nuestros oficiales descubrieron ciertas grietas o aberturas creadas ... por la lluvia, por donde nos introdujimos ... mientras el enemigo nos disparaba constantemente ... Nuestro coronel nos ordenó cargar; así lo hicimos, pero fui herido en la rodilla y no pude continuar avanzando ... El capitán Culley ... fue herido en ambas piernas. El sargento Hill... fue ... herido en la cabeza.[7]

Rolica, por tanto, fue un mero sondeo, si bien dio motivos de reflexión. En palabras de un soldado llegado a la Península algo más tarde:

> La enemistad personal con Napoleón y los fuertes prejuicios partidistas de los ingleses eran tan grandes que allí se creyeron de inmediato los cuentos más absurdos sobre la falta de orden y de valentía de sus tropas, de modo que muchos miembros del ejército inglés creyeron que su presencia sería suficiente para poner en fuga a los franceses. La valentía que encontraron en su ataque ... fue toda una sorpresa.[8]

Mucho más seria fue la batalla que tuvo lugar el 21 de agosto en la localidad costera de Vimeiro. Wellesley había descendido hasta el mar para recoger dos brigadas de refuerzo, y fue allí donde Junot decidió atacarle con la esperanza de bloquear y destruir a su ejército. Mas no lo lograría. En el momento del ataque francés, los refuerzos ya habían desembarcado y Wellesley había dispuesto sus tropas en distintas alturas que dominaban Vimeiro y quedaban parcialmente protegidas por un profundo barranco. Era una buena posición. En palabras de un participante:

> El pueblo de Vimeiro está situado en un valle ... en el extremo oriental de una elevada cadena montañosa que se extiende en dirección oeste hasta el mar. Frente al pueblo hay un monte menos elevado en lo alto del cual hay una planicie de extensión considerable ... A la izquierda hay otra serie de alturas agrestes en dirección este y terminadas por la derecha en un profundo barranco.[9]

En 1808 un ejército británico a la defensiva era cosa seria, y se habían adoptado diversas medidas con vistas a frustrar los ataques franceses. Éstos fueron considerablemente variados, si bien tenían como rasgo común el uso de una sólida pantalla de escaramuzadores, infantes que luchaban dispersos

en orden abierto de modo que podían cubrirse y disponer de tiempo para cargar y disparar. Estos hombres podían infligir graves pérdidas a una fuerza defensiva y sembrar la confusión tomando como blanco a los oficiales más importantes, si bien era muy difícil combinarlos con las tropas tradicionales de orden cerrado. Habiéndose percatado de ello, los británicos aumentaron mucho el número de escaramuzadores que podían desplegar. Así pues, en 1808 cada batallón de infantes de la Guardia Real y de la infantería de línea tenía una compañía ligera específicamente entrenada para la escaramuza, y cada compañía «central» disponía de cierto número de tiradores especializados. Había además varios batallones armados con rifles en vez de mosquetes, así como dos regimientos de infantería ligera que, teóricamente, podían combatir por entero en orden abierto.* El sistema aún no había sido desarrollado sistemáticamente en toda su amplitud, pero la idea básica ya había surtido efecto: se enfrentaría a los ataques franceses una poderosa fuerza de escaramuzadores que podía mantener a las tropas ligeras alejadas de la línea de defensa y frenar el ataque, exponiendo así durante un período más prolongado a los atacantes a un fuego artillero de largo alcance (no es que los británicos fueran más fuertes en este aspecto: por razones logísticas, hasta un momento posterior de la guerra tuvieron menos cañones y mucho más ligeros que los de los franceses).

Pero esto no era todo. Aun siendo fuerte, valerosa y bien adiestrada, de ninguna pantalla de escaramuzadores podía esperarse que aguantara ilimitadamente. Así pues, antes o después los franceses se pondrían al alcance de los mosquetes de los defensores, quienes invariablemente estarían dispuestos en una línea compuesta de dos filas (pese a las apreciaciones erróneas en sentido contrario, los británicos también se servían en ocasiones de formaciones en columna, del mismo modo que los franceses utilizaban la línea alguna vez, si bien en el ejército británico era muy raro organizar una defensa que no fuera la lineal). Según los relatos tradicionales, los atacantes caían bajo el fuego de los mosquetes y la infantería británica disparaba descarga tras descarga hasta que los franceses tenían que detenerse y se veían obligados a huir; aunque entonces la técnica preferida consistía más bien en disparar una única descarga, vitorear y cargar a continuación a la bayoneta. A fin de cuentas el resultado era el mismo: la infantería británica había desarrollado una serie de

* La mayor parte de los regimientos de infantería británicos tenían uno o dos batallones, cada uno de los cuales constaba de diez compañías (una de granaderos, ocho de centro y una ligera de unidades de línea). Como en todos los demás ejércitos, la mayoría de los hombres estaban armados con mosquetes de avancarga, con llave de pedernal y de cañón liso que en masa eran mortíferos, si bien como armas de fuego individuales resultaban de lo más ineficaces. En contraste, los rifles eran más lentos para disparar, pero gracias a técnicas de carga especiales y a los cañones rayados eran mucho más eficaces y tenían mayor alcance.

procedimientos que, asociados al aprovechamiento habitual por Wellesley de las laderas opuestas de las colinas para ocultar sus tropas hasta el último minuto, hacía de ella un enemigo sumamente peligroso.

Junot, superado en número, probablemente no tenía más esperanza que confiarlo todo a un único ataque en masa, pese a lo cual escogió dividir sus fuerzas, mandando parte de sus tropas a rodear la posición británica por el este mientras él mismo atacaba el flanco izquierdo de Wellesley, situado en la localidad de Vimeiro. Para llegar hasta allí, los franceses tenían que conquistar primero la montaña aislada situada frente al pueblo. De todos modos, este objetivo, cubierto de viñas y pinos y defendido por algunas de las mejores tropas de Moore, incluidos todos sus fusileros y su infantería ligera, resultaba difícil. En palabras de un oficial de fusileros:

> La noche anterior a la batalla yo formaba parte de un piquete de unos doscientos fusileros ... Estábamos apostados en un gran pinar ... Hacia las ocho de la mañana ... una nube de tropas ligeras apoyada por una fuerte columna de infantería penetró en el bosque y, atacando a los piquetes con gran ímpetu, nos obligó a retroceder para buscar el apoyo del regimiento 97. Tan pronto como hubimos despejado el espacio delantero del 97 ... este regimiento hizo un fuego tan bien dirigido que debilitó la resolución de la columna enemiga, que renunció a acercarse ... a ellos. Más o menos a la vez el segundo batallón del 52 avanzó por el bosque y atacó a los franceses por el flanco poniéndolos en fuga. Mientras se presionaba a los piquetes me uní a mi propia brigada, que estaba a la izquierda del 97. Aquí la situación empezaba a adoptar un aspecto peligroso. Algunas espesas masas de infantería, precedidas por un enjambre de tropas ligeras, avanzaban con gran decisión ... Pese al mortífero fuego que hacían ante sí varios cientos de fusileros, siguieron avanzando ... hasta ser recibidos por el antiguo regimiento número 15 con una destructora descarga, a la que siguió inmediatamente una brillante ... carga a la bayoneta que hizo caer ... a esta columna en la mayor de las confusiones.[10]

Se rechazaron fácilmente dos ataques de este modo y los franceses experimentaron grandes bajas: «distinguí la caída de callejones perfectamente definidos a través de sus filas según avanzaban ... y nos precipitamos sobre ellos como una granizada de plomo».[11] Al mismo tiempo, un intento desesperado de rodear la montaña puso en fuga a unas cuantas unidades que se mantenían en reserva, siendo completada la confusión de los franceses por una repentina carga del puñado de dragones de Wellesley (aunque, con un error característico de la caballería británica a lo largo de aquella guerra: avanzaron de modo desordenado y cabalgaron hasta quedar en mitad de la posición francesa, donde fueron a su vez aplastados por la caballería de reserva de Junot).

Así pues, mientras los defensores de Vimeiro y de su montaña aguantaban

a pie firme, Wellesley había enviado la mayor parte de las tropas que le quedaban a su retaguardia para contrarrestar el giro de Junot. Al subir a las alturas por dos puntos diferentes de la retaguardia izquierda del comandante británico, las tropas implicadas —sólo dos brigadas— se metieron por entre un número muy superior de ingleses, siendo derrotados tras una cruenta lucha cuyo elemento más notable volvió a ser más el uso de las tácticas británicas de choque que la densidad del fuego. Los británicos, con escasez de tropas montadas, no pudieron explotar todas las ventajas de su éxito, pero incluso así fueron muertos, heridos o apresados más de dos mil franceses, además Junot perdió aproximadamente la mitad de sus cañones.

Vimeiro, defendida al moderado precio de setecientas veinte bajas, fue un éxito notable que resultó sumamente indicativo tanto de las habilidades de Wellesley en el puesto de general como del potencial de la infantería británica. Sin embargo, para contrariedad de Wellesley, se echó a perder un triunfo mucho mayor. Los franceses estaban en total desorden y Junot, cuyo comportamiento durante la acción había sido tan extraño que se diría que el que dirigía las cargas estaba borracho o había sufrido una insolación, se hallaba en un estado de colapso moral. De haberse ordenado un avance general, el resultado hubiera sido un desastre completo. Pero el buen momento de Wellesley había pasado, pues habían llegado los refuerzos acompañados por sir Harry Burrard. El desembarco no se inició hasta el final de la acción y Burrard no intentó intervenir en el rechazo de Junot; pero un avance era cosa diferente, y pese a las súplicas de Wellesley se negó a aprobar el menor movimiento de avance en la creencia, primero, que Wellesley era un comandante a todas luces temerario que había ascendido sólo gracias a sus contactos políticos, y segundo, que los franceses estaban recibiendo refuerzos.

Gracias a Burrard, Junot pudo retirarse en buen orden. Con todo, la situación francesa seguía siendo sumamente grave: su ejército había sido duramente tocado; se sabía que los británicos esperaban nuevos refuerzos; las fuerzas insurgentes se acercaban; y la muchedumbre lisboeta estaba inquieta y agitada. Aunque los británicos siguieron sin moverse, el 22 de agosto Junot decidió intentar una capitulación en condiciones tales que los franceses pudieran volver a su país por mar. No es evidente que en realidad Junot esperase poder defenderse con argumentos fútiles, pero el hecho es que su estratagema tuvo un éxito sorprendente. Al día siguiente de la batalla también se presentó Dalrymple. Desconfiando de Wellesley y airado por las condiciones de su acuerdo, estaba además desanimado por los problemas de transporte de su ejército, se inclinaba a subestimar los efectos de Vimeiro y estaba convencido de que los franceses resistirían. Fue entonces cuando Dalrymple puso su veto a la marcha sobre Lisboa propuesta por Wellesley —marcha que ocasionalmente

suponía una buena oportunidad de apoderarse del ejército vencido de Junot— y celebró con cierto alivio la llegada de los emisarios franceses (según madame Junot, el general enviado para iniciar las negociaciones llegó a oír cómo Dalrymple susurraba a Burrard: «Nuestra situación no es muy buena, escuchémosle»).[12] Tras una prolongada serie de discusiones se aceptaron todos los puntos principales de las propuestas francesas. Junot y sus hombres embarcarían en buques británicos rumbo a un puerto francés y se les permitiría irse sin tener que abandonar sus armas ni siquiera formalmente, autorizándoseles además a llevarse sus cañones, su equipaje y sus efectos personales. A sus ayudantes y colaboradores civiles —tanto franceses como portugueses— se les garantizaba la vida, la libertad y las propiedades y se les permitía embarcarse con Junot si tal era su deseo. La capitulación incluía no sólo al ejército de campaña de Junot y a la guarnición de Lisboa, sino también a las fuerzas que estaban en posesión de Almeida y Elvas. Lo único que tuvieron que prometer a cambio los franceses fue dejar intactas las fortificaciones que ocupaban, abandonar los cañones que habían arrebatado al ejército portugués y liberar a todos sus prisioneros.

Estas condiciones, conocidas como la Convención de Cintra, provocaron considerables controversias. Los portugueses, que ya estaban dolidos por el hecho de que se hubiera consentido a los franceses un armisticio que no incluía referencia alguna a sus propios representantes, se enfurecieron por la generosidad de las condiciones concedidas a Junot, y las cosas aún empeoraron al interpretar los franceses que los «efectos personales» incluían un variado botín y al adoptar por lo general una actitud arrogante. Por ejemplo:

> Pasé a Lisboa ... donde vi al ejército francés ... Era una visión extraordinaria, pues tenían los estandartes desplegados en la plaza de Belem con tanta *sangfroid* como si fueran ellos el ejército victorioso y hubieran impuesto los acuerdos.[13]

Además de estas cuestiones, también los aspectos militares del acuerdo eran discutibles. No se intentó estipular que las tropas de Junot no pudieran volver a ser utilizadas en España o Portugal, por ejemplo, ni se insistió en que fueran privados al menos de sus tan necesarios caballos y animales de tiro.

En pocas palabras, Cintra fue un grave contratiempo: pese a los intentos frenéticos de obligar a los franceses a restituir su botín, los portugueses estaban furiosos; Porter, por ejemplo, escribió cómo «se miraban unos a otros como si no supieran si bajo sus pies había estallado una mina o uno de sus viejos terremotos»; y Warre que «la muchedumbre hubiera ... destruido las casas de cualquiera relacionado con los franceses, e incluso ahora, si se

encuentra ... a un desertor o espía francés, es suficiente con el grito de "el francés" para que, de no haber cerca un inglés, sea asesinado».[14] Tampoco el ejército estaba mucho mejor considerado: según Morley la convención «aplastó toda esperanza y marchitó cualquier laurel».[15] Y sin embargo apenas había dudas de que, en principio, era defendible. De hecho, a raíz de los errores de Dalrymple y Burrard, observadores sensatos reconocieron que la situación era claramente halagüeña. Como escribió Leach:

> El aspecto ... de los asuntos cambió por completo ... al imponerse la bandera de la tregua. El enemigo estaba entonces en posesión de todas las posiciones defendibles entre nosotros y Lisboa, excepción hecha de la ciudadela y de los distintos fuertes próximos a la capital. Esto hubiera permitido al general Junot retrasar el enfrentamiento durante largo tiempo, siendo así que la jugada de los británicos era a todas luces liquidar a sus adversarios lo antes posible ... debido no sólo a lo tardío de la estación, sino a que la presencia de nuestro ejército en España sería deseable.[16]

Sin embargo, no era así como se veía el acuerdo en Inglaterra. A raíz de Bailén se esperaban grandes victorias, y las primeras noticias que llegaron dieron la desafortunada impresión de que Junot se había rendido por completo. El resultado fue una lluvia de protestas. Del rey abajo prácticamente todos los sectores de la opinión pública estaban horrorizados por la oportunidad que parecía haberse perdido, y el 21 de septiembre Dalrymple fue llamado a Londres para dar cuenta de su conducta (mientras que a Burrard se le permitió de momento quedarse en Portugal como responsable del mando, aunque también él hubo de volver una vez que llegó Moore para sustituirle). A todo esto, pocos días antes Wellesley, también disgustado, tuvo que embarcarse para Inglaterra con el pretexto de que su representante en el cargo de secretario de estado para Irlanda había muerto.

A la vista del furor despertado pudo pensarse que aquello sería el fin de la carrera de Wellesley. Por ejemplo, el poeta William Wordsworth, denunciando encarnizadamente la convención, escribió que era «profundamente indigno del puesto en que había sido situado», que «se había magnificado a sí mismo y sus éxitos» y que «aquí había un hombre que, no teniendo ningún sentimiento de compañerismo para con el pueblo al que se le había encargado ayudar, no podía saber en qué consistía su fuerza y en consecuencia no podía hacerse cargo de él».[17] Empeoraba las cosas que Dalrymple hubiera hecho todo lo posible por dar a entender que la convención era en gran parte responsabilidad de Wellesley, mientras que los muchos enemigos del clan Wellesley estaban decididos a aprovechar la situación tanto como pudieran. Con todo, incluso estando disgustados, Castlereagh y Canning, que aún estaba peor dispuesto, apoyaron su causa, y además fue cálidamente recibido por

Jorge III. En cuanto a la comisión de investigación decidida por el gobierno, el informe que emitió el 22 de diciembre puede considerarse una completa exoneración. En consecuencia, Wellesley sobrevivió a la crisis en condiciones suficientemente buenas como para tener esperanzas de verse al mando de otro ejército. No fue tal el caso de Dalrymple y Burrard, a quienes se castigó con elogios tan vagos que se evidenció que nunca volvería a ofrecérseles un mando; además, el primero de ellos fue severamente reprendido por el gobierno.

A pesar de la controversia, el asunto de Cintra no puso en peligro la continuidad de la intervención británica en la Península. En lo que a la situación allí se refería, el 18 de septiembre se había embarcado en dirección a Francia el grueso de las fuerzas francesas en Portugal sin más excepción que las guarniciones de Almeida y Elvas, que, bloqueadas de un lado por fuerzas portuguesas y del otro por las españolas, tuvieron que ser rescatadas por destacamentos de tropas británicas. También se trató el asunto de la escuadra rusa, rendida en condiciones tales que sus hombres fueron devueltos a Rusia y sus barcos confinados en Gran Bretaña. Mientras tanto se había ocupado Lisboa con escenas de regocijo general:

> Al tiempo, cuando ... la bandera nacional portuguesa volvió a ondear en la ciudadela ... hubo tal combinación de vivas, cohetes, voltear de campanas, cánticos, bailes, gritos, llantos, risas ... abrazos en las calles ... como para hacer imposible cualquier intento de descripción.[18]

El control estaba en manos de una nueva regencia formada por tres miembros del consejo original que había dejado tras de sí don Juan, dos representantes de una lista de posibles sustitutos preparada por el príncipe y dos representantes del movimiento de resistencia portugués, entre ellos el obispo de Oporto. En cuanto al ejército británico, había sido engrosado por las tropas de sir John Moore, que además había sustituido a Dalrymple (quien el 3 de octubre había salido para Londres).

Una vez pacificado Portugal, los británicos pudieron volver a dedicar su atención a España. Los contactos con el nuevo gobierno español habían acordado que un ejército británico sería ahora bienvenido, pero el otoño había traído consigo un cambio de las actitudes británicas respecto a la Península. Por una parte, Cintra había desmontado el consenso político de junio de 1808, pues liberales y radicales eran naturalmente proclives a hacer uso de él como medio para derrocar a la administración Portland. Por otra, el gobierno estaba cada vez más irritado con los españoles sobre todo debido a las solicitudes de las misiones españolas enviadas a Londres, cada vez con más inoportunas demandas. Los británicos habían respondido a estas peticiones con generosidad

considerable —sólo los asturianos recibieron trescientas cincuenta mil libras en metálico, nueve mil camisas, diez mil pares de zapatos, seis mil mochilas, veintiséis cañones, veinte mil mosquetes, catorce mil picas, doce mil espadas, mil seiscientas pistolas, mil ochenta barriles de pólvora, 2.752.155 cartuchos de mosquete, dieciocho mil seiscientas cargas de artillería y dos mil quinientas ollas de campaña, mientras que la cantidad total de dinero enviada a las diversas juntas ascendía a un millón cien mil libras—, pero los distintos oficiales de enlace y misiones militares que mandaron a la Península o que habían logrado ser agregados a los ejércitos españoles habían empezado a dar noticias muy alarmantes. Aunque a las distintas juntas que encabezaban la rebelión española no se les podía reprochar nada en lo referente a su compromiso con la lucha, se notaba demasiado su tendencia a considerarla con miras muy estrechas, siendo su única preocupación la protección de sus propias provincias. Así pues, con frecuencia mantenían en su territorio todas las levas que lograban reclutar, mientras que en muchos casos intentaban además apoderarse de fuerzas del ejército regular que se hallaran en el interior de sus límites. En cuanto a la ayuda solicitada por los británicos, también estaba siendo acaparada para su uso por las provincias en que había desembarcado. Para empeorar las cosas, las juntas experimentaban considerables dificultades para organizar cualquier modalidad de esfuerzo de guerra e imponer su autoridad.

De haber sido los españoles más sinceros en sus informes sobre lo que estaba sucediendo, la situación hubiera sido más aceptable, pero era evidente que vivían en un mundo de fantasía o eran culpables de engaño deliberado. Bailén, ciertamente, había sido una gran victoria, pero, como hemos visto, no había tenido continuidad: las diversas autoridades españolas estaban acremente enfrentadas entre sí, acababa de empezar a tomar forma un nuevo gobierno central y no había ningún comandante en jefe. En consecuencia, la lectura de los informes de los oficiales de enlace británicos era dramática. Citando a Phillip Roche, por ejemplo, las juntas provinciales estaban «no sólo riñendo unas con otras por privilegios y preeminencias inútiles, sino ... dedicaban gran parte de su tiempo a discusiones de lo más fútiles», mientras que para William Parker Carroll, las juntas «sólo se regían por medidas políticas de concepción estrecha y miras cortas, sin ampliar sus puntos de vista más allá de los confines de sus regiones respectivas».[19] Del mismo modo, desde Sevilla William Cox se quejaba: «Los recientes éxitos de su ejército, el ostentoso recibimiento del conquistador y las pomposas celebraciones de sus victorias son circunstancias que ... han tendido mucho a disminuir la idea concebida por esta junta sobre su supuesta superioridad».[20] Todavía peor:

> Esta junta ha mostrado signos demasiado evidentes de un deseo de engrandecerse a sí misma y una falta de inclinación a conceder dichas ayudas a otras provincias que han tenido en su poder a fin de no dar pie a justificadas sospechas de que la lealtad y el patriotismo que pregonaban se habían mezclado en ocasiones con indignas consideraciones de interés propio y beneficio personal. A diario promulgan ascensos en el ejército sin prestar atención a los méritos y conceden empleos ... de los que en realidad no tienen derecho a disponer.[21]

Aunque confiar en los españoles era, a todas luces, poco aconsejable, surgía la pregunta de qué había de hacerse con la fuerza expedicionaria británica. Al haber sido desde el inicio de la guerra Galicia, Asturias y las provincias vascas objeto de las atenciones del gobierno, era de lo más natural que se propusieran ahora como posible teatro de operaciones, y más aún considerando que los asturianos solicitaban el envío de una gran fuerza de caballería. Por muchos motivos esto no era posible ni deseable, y sólo era algo menos irreal el plan favorito de Castlereagh de hacer un rápido desembarco en Bilbao con vistas a cortar la retirada de los franceses desde Madrid. De todos modos, la fuga de los franceses hasta el Ebro fue tan rápida que el plan del primer secretario de Estado quedó desfasado en el tiempo casi tan pronto como fue confiado al papel, y llegó a acordarse que el ejército sería concentrado en los límites de Galicia y León para que contribuyera a la expulsión de los franceses de España. Pero el significado exacto de esta contribución a la expulsión de los franceses quedaba confiado a la discreción de su comandante en jefe, y en este aspecto fue una desgracia que sir John Moore fuese el hombre que pasara a ocupar tal puesto.

Moore, uno de los héroes de la versión británica tradicional de la guerra de la Independencia, ha sido objeto de un trato invariablemente favorable a manos de sus cronistas. Sin embargo, como ya hemos visto, la historia presentaba otro aspecto. Moore era una persona de carácter difícil y con relaciones sumamente precarias con el gobierno, al que acusaba de los infortunios e indignidades que había padecido en el curso de su abortada misión en Suecia.* Irritado posteriormente por diversas circunstancias —le pareció, por ejemplo, que se le había tratado de cualquier manera a su vuelta de Suecia y le sentó mal que el mando español no le fuera concedido directamente—, despreciaba además abiertamente los planes militares de Castlereagh, juzgándolos «plausibles absurdos verbales» y «una especie de galimatías».[22] Gustaba al ministro tan poco como el ministro le gustaba a él, por lo que no deja de ser sorprendente que obtuviera el mando; mas no podía hacerse otra cosa, al no estar todavía Chatham preparado para salir a la palestra.

* Los acontecimientos de Suecia dan de sí para desarrollar un complejo relato; en pocas palabras, terminaron al verse obligado Moore a huir de Estocolmo disfrazado.

141

Aunque las diferencias de Moore con el gobierno tendrían una desgraciada influencia en la siguiente campaña, la administración Portland estaba haciendo todo lo posible por asegurarse el éxito. Una de sus mayores preocupaciones era unir a la España patriótica bajo una única autoridad política y militar. Ya el 20 de agosto de 1808 urgía Castlereagh a Dalrymple a dar los pasos precisos para asegurar el nombramiento de un comandante en jefe, y el fracaso de los españoles en la cumplimentación de tal nombramiento no sólo causó protestas formales, sino incluso sugerencias de que había que convencer a los generales españoles para que actuaran de acuerdo con un plan común elaborado por los británicos. En cuanto al asunto de la autoridad política, la estrechez de miras de las juntas provinciales se contrarrestó con amenazas de retirarles el apoyo, y el mismo día que se ordenó a Dalrymple presionar para que se nombrase a un comandante en jefe español, se informó a los representantes de las juntas en Londres de que no se entregarían nuevas ayudas hasta que sus jefes hubieran formado un nuevo gobierno central.

En qué medida la presión de los británicos pretendía que la formación del organismo —la Junta Suprema Central— cumpliera tal demanda no está claro, pero, al menos en un aspecto, los británicos lograron realizar una contribución sustancial a la causa española. Hay que recordar que en 1807 se había enviado una fuerza española considerable en ayuda de la *grande armée.* Este cuerpo, tras tomar parte en el asedio del fuerte sueco de Stralsund, había sido acuartelado en Dinamarca, que ahora estaba en guerra tanto con Gran Bretaña como con Suecia. Parecía haber poco riesgo de que aquellos catorce mil hombres, dispersos por el archipiélago danés, lejos de su país y separados por considerables tropas holandesas, francesas y danesas, causaran grandes problemas; pero para asegurarse del todo, se hicieron los mayores esfuerzos por estimular su lealtad al emperador y evitar que se enterasen de los acontecimientos de España. De modo que su comandante, el marqués de La Romana, no fue finalmente informado del entronamiento de José Bonaparte hasta el 24 de junio. Lo que entonces sucedió es materia de diversas conjeturas, pero llegó a convencerse a La Romana de que buscara la ayuda de la escuadra británica que bloqueaba la costa belga, y tras una cuidadosa planificación se acordó que todas las tropas de su división se rebelarían y buscarían un refugio seguro desde el que ser evacuadas. Las cosas no funcionaron enteramente según tales planes —varias unidades fueron desarmadas u obligadas a rendirse—, pero entre el 7 y el 11 de agosto se concentró a nueve mil hombres en la isla de Langeland. Se produjo algún retraso, pero los españoles se hallaron suficientemente seguros y el 21 de agosto embarcaron en buques británicos y zarparon para desembarcar finalmente el 11 de octubre en Santander.

Así terminaba el papel de los británicos en lo que puede definirse, en líneas generales, como el período heroico de la guerra de la Independencia.

Se habían suministrado a los insurrectos españoles y portugueses ingentes cantidades de ayuda material y económica; Portugal había sido liberado con un coste mínimo; el ejército había dado pruebas considerables de su eficacia táctica; se había alcanzado un plan razonable en lo referente al apoyo que habrían de recibir los ejércitos españoles en los nuevos combates, que parecía probable que tuviesen lugar antes de terminar el año; y el grueso de la división de La Romana había sido rescatado de Dinamarca. Al mismo tiempo, Gran Bretaña había sido capaz de actuar con rapidez y eficacia, logrando obtener una influencia considerable tanto en Portugal como en España: por ejemplo, ¿no habían aceptado ambos países en apariencia las exigencias británicas de establecer nuevos gobiernos centrales? En resumen, el gobierno británico podía sentirse muy satisfecho: Cintra pudo ser tanto un disgusto como una molestia, pero su general favorito y de mayor confianza había salido del empeño, si no intacto, sí al menos no tan dañado como para impedir que fuera utilizado en el futuro, y parecía haber pocas dudas de que pronto se suavizarían las reacciones que esto había causado entre Gran Bretaña y Portugal.

En la práctica, sin embargo, la situación no era, en modo alguno, tan halagüeña. El envío a Portugal de tantas tropas había supuesto un plazo de tiempo considerable hasta que pudieran iniciarse las operaciones en España. Había, además, graves problemas con los españoles: el repentino interés por las tropas británicas, por ejemplo, conllevaba el deseo no sólo de recibir ayuda, sino también de ejercer el mando sobre ellas. Del mismo modo empezaba a surgir entre los británicos un deseo de ampliar su influencia en España o incluso de imponer sus propias soluciones políticas. Con el ejército británico en manos de un oficial que además de ser sumamente ambicioso estaba profundamente frustrado, se hallaba en malas relaciones con el ministro, era notoriamente sospechoso para los representantes del gobierno en el extranjero y se hallaba poseído por un temperamento difícil, era indudable que habría problemas, y más aún considerando la tormenta que se preparaba al otro lado del Ebro.

Capítulo 5, SOMOSIERRA: LA VENGANZA DE NAPOLEÓN, NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1808

La línea de las montañas se perfilaba en la niebla, con las cimas sumidas en las nubes. La carretera desaparecía ante el ejército francés por una profunda hendidura entre los montes, cuyas altísimas laderas estaban cubiertas de matas y rocas. Desde el desfiladero llegaba el sonido de intensos combates y daba la impresión de que el avance se había interrumpido. Cabalgando desfiladero adentro a la cabeza de su estado mayor, el emperador contemplaba la escena con su telescopio. Dirigiéndose a uno de sus ayudantes ordenó que el escuadrón de caballería ligera polaca que servía en su guardia personal despejara el camino. Muy sorprendidos, varios oficiales del entorno del emperador protestaron alegando que era una labor imposible, pero Napoleón estaba decidido: los polacos cargarían. Habiéndose unido a ellos el ayudante que había llevado el funesto mensaje, pocos momentos después cabalgaban con estruendo hacia las posiciones españolas. En cuestión de segundos, los jinetes, alcanzados por el fuego de dieciséis cañones, perdieron la mitad de sus efectivos y tuvieron que retirarse. Pero tras habérseles sumado el general Montbrun volvieron a la carga, esta vez con éxito. Los ayudantes de artillería mataron a un hombre, el resto de los españoles huyeron y los franceses pudieron proseguir su marcha. Al no quedar entre el emperador y Madrid tropas ni posiciones que defender, la guerra casi parecía haber terminado.

El combate librado en el puerto de Somosierra el 30 de noviembre de 1808 marcaba la culminación de una campaña espectacular en que el ejército francés había vengado Bailén con creces. Mientras los ejércitos españoles eran barridos, el emperador llegaba a las puertas de Madrid. En el núcleo de esta situación, se ha afirmado con frecuencia, estaba la influencia de Bailén. Por doquier hombres de letras, sacerdotes y buscadores de cargos de la España

patriótica seguían produciendo material impreso para legitimar el levantamiento contra Napoleón, proponer sus propias soluciones a los problemas de España, despertar el entusiasmo popular por la lucha u obtener el favor oficial. Además de periódicos y folletos que aparecían por todas partes con relatos sumamente pintorescos sobre la lucha, salían a modo de complemento cientos de proclamas y poemas. Toda esta literatura era portadora de un mismo mensaje: el heroísmo español había triunfado sobre los «conquistadores del mundo». Se afirmaba que Napoleón se debatía entre el terror y el remordimiento, se inventaban victorias donde no las había habido, las derrotas españolas eran minimizadas o incluso enteramente negadas, y se prestaba la mayor credibilidad a todo tipo de rumores insensatos. En todo esto tenía un papel considerable el antimilitarismo, que había llegado a ser un rasgo común del medio intelectual español. Cabe citar como ejemplo en este sentido la enorme atención que concitaron los famosos garrochistas que habían combatido en Bailén. Estos cuidadores de reses bravas provistos de lanzas o garrochas, un simple puñado de hombres, habían tenido un papel menor en el combate, pese a lo cual eran los héroes del momento.

Para una relación del animado ambiente que reinaba por entonces, prestemos atención a Robert Brindle, del English College:

> Los vítores resonaban por doquier y apenas había español que no imaginara ya a sus tropas a las puertas de París y a Bonaparte tambaleándose en su trono. El entusiasmo era tal que si alguien temiera otra reacción por parte de los franceses, hubiera sido considerado un traidor por expresar tales temores. Esta situación se prolongó dos o tres meses más, durante los cuales no se permitió que llegara a nuestros oídos ninguna noticia desagradable ... Depositábamos una gran confianza en el ejército español y ... como durante cierto tiempo no habíamos oído más canción que la de la victoria, no estábamos dispuestos a cambiar de melodía.[1]

Los resultados fueron de lo más desafortunados. A los españoles, nunca entusiasmados por ir a la guerra, se les dijo que, efectivamente, no tendrían que hacerlo, y las autoridades estaban convencidas de que podían ignorar la situación en vez de forzar al máximo el reclutamiento. A todo esto, se había producido un ambiente que no podía sino estimular la decisión de explotar el levantamiento en interés propio. Así, muchas personalidades locales mostraron con bastante desvergüenza su corrupción y desgobierno. Aun pudiéndose encontrar otros ejemplos —la formación de nuevos regimientos sin más motivo que proporcionar nombramientos a parientes, clientes y todo tipo de partidarios—, donde más se apreció fue en lo referente al reclutamiento. De ahí que sean numerosos los informes sobre la protección prestada a pudientes, familiares, amigos, socios y parientes y sobre la aceptación de sobornos —en

Granada, el precio de la exención era de entre trescientos y cuatrocientos reales—, mientras abundaban todo tipo de negocios sucios. En palabras de un memorial, por ejemplo, «en este pueblo [Vivero] se han [quedado] los poderosos y los hombres de influencia exonerados de un gravamen que es general. Unos se eximen por caballeros, otros por empleados, y otros porque ejercen funciones públicas».[2] Del mismo modo, «a la mitad de los que se han alistado los dejan libres, unos por dineros, otros por empeños, y otros con mil trampas y enredos».[3] Finalmente, «en muchas provincias no se ha llenado el cupo todavía ... ni se llenará, porque los principales, que debían haber ofrecido los primeros a sus hijos, se eximen por hidalgos ... En la provincia de Cuenca todos los pueblos están llenos de mozos pero con dinero o empeños todos se vuelven a sus casas y los que no quieren no van».[4]

Con dinero incluso era posible jugar a ser soldado sin tener que padecer las fatigas de la vida de campaña. Especialmente importantes fueron en este aspecto los numerosos cuerpos de «voluntarios distinguidos» que surgieron por doquier en la España patriótica. Pues a cambio de pagar el coste del uniforme y el equipo, los hombres podían alistarse en unidades cuyos únicos servicios eran montar guardia en las murallas de la ciudad, inyectar cierta dosis de pompa militar a la vida civil, añadir cierto lustre a las nuevas autoridades y conservar los privilegios de las clases adineradas. No es de extrañar que estas unidades pronto adquirieran mala fama. Los Voluntarios Distinguidos de Cádiz —fuerza que posteriormente los liberales, deseosos de hallar un modelo para un nuevo ejército, pondrían por las nubes— fueron calificados de «Batallones de Cupido» formados por «una multitud de hombres infames y de malas costumbres ... sin mérito y sin subordinación al verdadero objeto para que fueron creadas sus armas».[5] En cuanto a la guardia personal de la Junta Central —denominada con grandilocuencia Voluntarios de Honor de la Universidad de Toledo—, se escribió:

> Siquiera que en parte remedie algo ... quitar de esta ciudad ... a estos soldados que llaman los [habitantes] Estudiantes de Toledo. No sabe su majestad el daño, el perjuicio, la ruina que están causando en esta ciudad. Es un asombro contar de eso. No queda casada que por causa de ellos no se indisponga con su marido, viuda que no desaloja su casa y familia por acogerse a ellos, doncella que no abandona su padre y honor inducida por ellos. Es un asombro el escándalo que están dando. No tienen rey ni religión. Para ellos no hay día ni noche. Lo mismo andan de día que de noche ... gastando dinero en las tabernas.[6]

Los ricos, reacios a la hora de ofrecer a sus hijos, también se mostraron parsimoniosos cuando se trató de sus riquezas. Dando con frecuencia poco voluntariamente, procuraban más bien forzar a sus familiares dependientes y a los socialmente inferiores a hacer donaciones, asegurándose al tiempo de

que el coste de la guerra corriera de un modo u otro por cuenta de la plebe. Desde luego, las juntas, en general, eran acusadas de corrupción: de la Junta de Granada se decía que había robado por lo menos cinco millones de reales, mientras que de la Junta de Córdoba se escribió que estaba «derrochando en cenas ... lo que los pobres vecinos dan para el ejército».[7] Gran parte del dinero conseguido por ellas procedía de sobornos —el secretario de la Junta de Galicia, por ejemplo, fue acusado de haber conseguido de este modo hasta un millón seiscientos mil reales—, pero también hay informes de juntas dedicadas a un programa de desamortización en que se produjo la venta de tierras comunales propiedad de la Iglesia.

El asunto en su conjunto no podía ser más desgraciado. Si la plebe se había apoderado de las calles en mayo de 1808, lo había hecho en el mejor de los casos para su propia protección (se creyó firmemente que el Dos de Mayo había sido el resultado de un intento premeditado de masacrar a los ciudadanos de Madrid). Más allá de esto, lo que les importaba era vengarse de sus superiores sociales, y concretamente de todos aquellos grupos que se habían enriquecido con Godoy: muy pronto, advertía un autor, «serán dueños del poder soberano los pobres; éstos exterminarían a los ricos y a los franceses».[8] Aunque el ascenso al trono de Fernando VII había sido recibido con gran emoción, y su destronamiento con desánimo, esto no suponía que el pueblo sintiera devoción por el nuevo monarca *per se*. Por el contrario, como apreció en los campesinos españoles un oficial británico, «si se les dejara vivir en paz, les causaría la mayor indiferencia que su rey fuera José, Fernando o el fantasma de don Quijote».[9] Habiéndoles sido presentado Fernando como una especie de «príncipe encantador» que arreglaría todas las cosas y les conduciría a una edad dorada de paz y prosperidad, la verdadera lealtad del pueblo se aplicaba más bien a una España en que ya no estuvieran sujetos a las exigencias de la Iglesia, del Estado y del «señor». Aun estando bastante dispuestos a amotinarse contra el godoyismo, no deseaban combatir a los franceses, y menos aún por haber sido siempre especialmente detestado el servicio militar. Aunque la propaganda patriótica intentara acentuar la brutalidad de la *grande armée* o la avidez de poder que tenía Napoleón, no se disimulaba que seguían al mando «los de siempre», ni la ira por tal motivo de la plebe.

> La Junta ... de Ciudad Real... no está hecha por ... el pueblo ... Son Godoys traidores, egoístas y ladrones. Se juntaron para que las gentes ... no tocasen su dinero. En Infantes, Manzanares y Madridejos hay papeles originales que descubren ... las injusticias ... que hacen ... La provincia se ha escandalizado y todos saben que son unos picaros malvados.[10]

147

Ausentes los franceses de la mayor parte de España e insistiendo la propaganda patriótica en que la victoria era un resultado inevitable, las consecuencias eran fáciles de predecir. Ciertamente seguían llegando voluntarios, pero en número menor de lo que por lo general se indicó, mientras que el alistamiento experimentaba la notoria influencia del pago de sustanciosas primas, de las presiones de los amos o terratenientes y de ser el principio del verano, momento en que muchos jornaleros no podían encontrar trabajo. Ya el 31 de mayo de 1808 la Junta de Sevilla se quejaba de que muchos reclutas estaban poco dispuestos a servir, y posteriormente de que también el ejército regular estaba experimentando muchas deserciones. Mientras tanto, tan pronto como los nuevos regimientos formados de resultas del levantamiento se enfrentaron a la perspectiva de que los mandaran a la lucha contra los franceses, las tropas empezaron a desertar en tropel. También abundaban los que esquivaron el reclutamiento: «Al estar por entonces los hombres casados exentos del pago de las contribuciones requeridas para ser llamados a filas —observaba el oficial británico John Patterson—, todos los jóvenes de los alrededores se casaron a fin de evitar los reclutamientos de la Junta».[11]

De modo que la España patriótica empezaba a experimentar exactamente los mismos problemas apreciables en la Francia revolucionaria y napoleónica. Gran número de hombres huyeron de sus casas a las montañas, las ciudades, las provincias vecinas e incluso a otros países. «Esta ciudad —se quejaba la Junta de Santiago— oye de los mozos que van al ejército muchas quejas en referencia a que considerable porción de ellos, para no ser alistados, huyen al reino de Portugal.»[12] * En todas partes estos hombres se juntaban con grupos que vivían ya al margen de la sociedad. Dichos hombres, a los que se sumaban muchos huidos de los ejércitos españoles, apenas tenían otra opción que dedicarse al bandidaje. «Por experiencia me consta —escribió un anónimo memorialista gallego—, no se puede transitar de una casa a otra por la multitud de ladrones desertores que cubren los caminos.»[13] Tampoco es que fuera Galicia la única región afectada. Desde las proximidades de Cádiz informó un agente del gobierno de que toda la región estaba atestada de «malos españoles que o por deserción o huyendo de los alistamientos se vuelven precisamente ladrones y malhechores, robando a los caminantes ... saqueando las casas de campo y a los que viven ... con más inhumanidad que los ... franceses».[14]

Un problema que había de perseguir a los aliados a lo largo de la guerra,

* De todos modos, los hombres afectados no escaparon: faltos de medios de vida, muchos de ellos reaparecieron alistados en las unidades de voluntarios posteriormente reclutadas en Oporto por el aventurero británico sir Robert Wilson (véase más adelante).

el colapso del orden en la zona patriótica, resultaba exacerbado por la parálisis económica. Según la lucha se extendía por el país, quedaban desarticuladas tanto las rutas comerciales como los centros industriales. Por ejemplo, los molinos de harina de alrededor de Santander que servían al mercado colonial ya no pudieron confiar en un suministro constante de grano de las regiones cerealistas de Castilla la Vieja. Para empeorar las cosas, el sector comercial fue con frecuencia objeto de ataques directos. Incluso comerciantes españoles se vieron frecuentemente atacados bajo la sospecha de ser afrancesados, y, como hemos visto, un considerable número de empresarios franceses instalados por doquier en España se vieron en grave peligro. El horror de la masacre de Valencia tiene carácter de excepción, mas no fue un caso único: por ejemplo, también en La Coruña tuvieron lugar graves desórdenes. Fueron asesinados muchos hombres de negocios, y además la guerra supuso una crisis del crédito de tales dimensiones que familias de banqueros, como los hermanos Dutari de Madrid, vieron hundirse sus beneficios. La guerra tampoco aportó nuevas oportunidades: si bien los británicos levantaron su bloqueo naval, no intentaron controlar el flujo de contrabando hacia América del Sur y aprovecharon su nueva amistad con España para realizar más penetraciones en su mercado interior. Si en 1808 se estimaba que el contrabando en Gibraltar equivalía a 13 millones de reales anuales, en 1812 eran ya 65 millones. A todo esto la industria algodonera catalana, cuyo centro se hallaba en una zona controlada por los franceses, no pudo enviar sus mercancías a América ni obtener los correspondientes suministros de materias primas ni incluso, al estar protegida por el sistema continental, vender sus productos en Francia. En cuanto a los patriotas, faltos tanto de algodón catalán como, en menor medida, de aguardiente, ni siquiera podían esperar que se mantuviera el suministro de mercancías a América anterior a la guerra, al caer enseguida las exportaciones transatlánticas alrededor de un 60 por 100.

La miseria estaba garantizada, pero no todos los evadidos de quintas huyeron de sus casas, ya que esto conllevaba muchos peligros y desventajas. Por poner un solo un ejemplo, en noviembre de 1808 la Junta de Mondoñedo informó de haber detenido a «varios padres de los que sabemos con bastante probabilidad tienen ocultos a los hijos».[15] Además, en la mayoría de las localidades había muchos elementos directamente interesados en oponer resistencia a las nuevas autoridades, de modo que levas como las que pudieron hacerse para reclutamiento daban origen a violentas protestas. Tampoco ayudaba, primero, que los motines siempre pudieran ser disimulados bajo una apariencia de entusiasmo patriótico; segundo, que las personalidades locales que no habían logrado conseguir lo que consideraban un grado razonable de poder e influencia estuvieran manipulando a la multitud; y tercero, que numerosos buscacargos y aventureros que se habían apuntado al levantamiento

como medio de abrirse camino en la vida no tuvieran nada que perder azuzando un tumulto. No es de sorprender, pues, que el motín fuera un peligro constante. En Galicia fue frecuente que los «sorteos» se vieran interrumpidos por multitudes airadas. En Valencia hubo que dispersar a varios regimientos de reclutas después de que los intentos de reducir su excesiva paga —al principio más del doble que la del ejército regular— fuera causa de un motín. En Oviedo, el recién reclutado regimiento de Castropol tuvo una intervención decisiva en el motín que estalló el 19 de junio. En Madrid la liberación de la ciudad tras la batalla de Bailén fue afeada por las peleas, el pillaje y el asesinato. Así, el comandante de las fuerzas que habían entrado en la ciudad, el general Llamas, se libró por poco de morir a manos de sus propios soldados; la ciudad fue despojada de los almacenes que los franceses habían dejado tras de sí, y el intendente anterior a la guerra, Luis Vigury, murió a manos de una multitud que arrastró su cuerpo por las calles.

La respuesta inicial de los pudientes, perfectamente conscientes de lo muy vulnerables que eran, fue una combinación del palo y la zanahoria. Las figuras con especial influencia sobre la multitud fueron elogiadas, se les concedieron pensiones o encontraron puestos de tipo decorativo, y el propio «populacho» era halagado y festejado. Además, de vez en cuando se arrojaba dinero a la multitud, se organizaban corridas de toros gratuitas o los pobres festejaban a expensas del erario. Pero el impulso principal de la respuesta fue represivo. La propaganda de las nuevas autoridades, por ejemplo, contenía una serie de mensajes más o menos modificados que expresaban la actitud que se esperaba del «populacho», y al mismo tiempo se hacían intentos desesperados de mantener los servicios de tropas regulares, por pequeñas que fueran. También apareció rápidamente una variedad de rudimentarias comisiones de seguridad, fuerzas policiales y patrullas antibandidos, por no mencionar la riada de ordenanzas que se proponían regular y controlar cada movimiento del «populacho». Se prohibieron las armas de fuego, se impuso a los cabezas de familia que se ocuparan de que los familiares a su cargo no alterasen la paz, se prohibió a la gente reunirse en las calles, se ordenó a los taberneros que no permitiesen a sus clientes retrasarse con sus bebidas o dedicarse al juego o la embriaguez, se restringieron muchas formas de diversión pública, se prohibieron los viajes a no ser que estuvieran confirmados por un permiso, se impusieron severas restricciones al alquiler de habitaciones, y se amenazó a vagabundos, mendigos, buhoneros y prostitutas con penas de cárcel, trabajos forzosos o pasar a la propiedad pública. Como si esto no fuera suficiente, se hicieron llamamientos en pro de un régimen general de plegaria y penitencia —abundaron sobre todo procesiones, ceremonias y otras funciones—, mientras se educaba específicamente al «populacho» en el respeto de la jerarquía social y en la adopción de una adecuada actitud de respeto hacia sus superiores.

Para el «populacho», desde luego, todo esto era una decepción grave. Aún peor, las nuevas reglas amenazaban con restringir muchas fuentes de ingresos importantes. Como las juntas también empezaban a aprovechar la situación en beneficio de los intereses de los pudientes en los aspectos social y económico —en Asturias, por ejemplo, se abolió un sistema de control de las rentas que databa de tiempos de Carlos III—, lo único que los esfuerzos del «populacho» lograron imponer fue un círculo vicioso de alienación, desórdenes y represión. Como pronto fue perfectamente obvio para las juntas que, sencillamente, no disponían de medios para mantener el orden frente a la rebelión general, no pudo evitarse que hubiera desinterés en motivar al «populacho». Las quintas, si bien ofrecían ciertas ventajas, conllevaban igualmente la amenaza del desorden, mientras que la opinión educada siempre las había asociado a la escasez de trabajo, a la embriaguez, a la sexualidad licenciosa y a las enfermedades venéreas. No es de extrañar, pues, que en muchos lugares de España se intentara limitar el número de reclutas enviados al ejército o asegurarse de que la mayor parte de la carga cayera sobre grupos impopulares. Fueron muchas las localidades costeras que intentaron librarse aduciendo que sus hombres estaban permanentemente inscritos al servicio de la armada y en consecuencia exentos del servicio militar en tierra, mientras que en Andalucía eran víctimas comunes los trabajadores gallegos emigrantes que podían ser enrolados como vagabundos. También se alegaba no poder encontrar hombres o que todos los disponibles eran necesarios para la defensa de sus casas o para ayudar a apresar a bandidos y desertores.

Así pues, desde el punto de vista militar, tras la retirada francesa el panorama español al sur del Ebro era deprimente. Los observadores británicos estaban sorprendidos. En palabras del comisario Schaumann, por ejemplo:

> Cuanto más ve uno a los españoles, más se desanima. Todo lo que tan estrepitosamente se ha cantado en los periódicos sobre su entusiasmo, sus grandes ejércitos y la inmensa afluencia a ellos son sencillamente mentiras. Incluso parece muchas veces que España ni siquiera quisiera defenderse a sí misma. En todas las aldeas, pueblos y ciudades, la población ... gandulea a centenares, totalmente apáticos, indiferentes, pesimistas y sumidos en su holgazanería. ¿Es ésta la osada, patriótica e impetuosa raza sobre la que tan altisonantemente ha desvariado la prensa?[16]

Pese a ser populosas, León y las dos Castillas no reclutaron más que algunos miles de hombres, mientras que la Junta de Sevilla se vio obligada a indultar a bandidos, contrabandistas y desertores para alistarlos. Entretanto, en Cataluña fracasaron los intentos de formar un nuevo ejército de voluntarios basado en los somatenes, y además éstos se hicieron famosos más tarde por los saqueos tanto contra amigos como contra enemigos. Es cierto que en

noviembre se habían reunido quizá unos cien mil hombres de refresco, pero aún así no es una cifra impresionante comparada, por ejemplo, con el esfuerzo hecho por Francia en 1793-1794.

Si todos y cada uno de los soldados españoles disponibles hubieran sido enviados en rápida persecución de los franceses, aún podía haberse conseguido algo; pero la escasez de soldados y la quiebra de lo que como mucho había sido un sistema azaroso de reclutamiento no eran los únicos problemas que se presentaban en lo referente a la movilización. La situación de los suministros y del equipamiento era desesperada. Pese a la abundante ayuda recibida de los británicos, a muchas tropas les faltaban armas, ropa y calzado, mientras que otras pronto empezaron a pasar hambre. Mucho más dañinas eran, sin embargo, la ambición y la rivalidad de las juntas. Además de que muchas de las nuevas autoridades tenían ante la guerra una gran estrechez de miras, algunos se inclinaban por sus propios y nimios objetivos geoestratégicos. Ejemplo destacado de ello fue la Junta de Sevilla. Habiéndose otorgado a sí misma el título de Suprema Junta de España y las Indias en los inicios del levantamiento y tras obtener la, en cierto modo ingenua, lealtad de Castaños, esta corporación se había lanzado a una campaña sin rival de engrandecimiento. Después de que le fuera negado el liderazgo nacional a que aspiraba, estaba decidida por lo menos a subyugar a Andalucía, y por poco pudo evitarse que enviara tropas contra la Junta de Granada cuando ésta pretendió afirmar su independencia. No contenta con esto, la Junta de Sevilla empezó a soñar con la anexión del sur de Portugal e intentó conservar en Andalucía el ejército de Castaños en vez de dejarle seguir a los franceses en su retirada. Menos ambiciosas en su objetivo, pero igualmente desafortunadas, fueron las actividades del comandante de las fuerzas de la Junta de Badajoz, el general José Galluzo, que durante todo un mes se negó a reconocer la Convención de Cintra y estrechó el bloqueo que había impuesto sobre Elvas, en poder de los franceses.

En otros lugares las cosas no iban mucho mejor. Si bien la Junta de Valencia envió rápidamente a Madrid y Zaragoza divisiones al mando de Llamas y Saint March, las juntas de Jaén y de Granada intentaron recuperar las tropas que habían enviado al ejército de Castaños, mientras que las juntas de Galicia y Asturias eran muy reacias a permitir que sus tropas avanzaran más allá de sus fronteras. Finalmente, mas no por ello menos importante, Cuesta estaba decidido a preservar la independencia de los pocos miles de reclutas que había logrado reunir en Salamanca a modo de ejército de Castilla, por lo que no era nada proclive a permitirles hacer avances por temor a que su escasez numérica supusiera que quedasen inevitablemente subordinados a otro general.

La consecuencia de tal comportamiento no era difícil de prever. Después

de Bailén, a José Bonaparte le aterrorizaba que los españoles cayeran sobre él desde todas partes; pero no sucedió nada parecido. Madrid fue evacuada por los franceses el 1 de agosto, aunque hacía casi catorce días que habían llegado a la ciudad algunas tropas patrióticas, que no eran más que la división enviada desde Valencia. Castaños no se presentó hasta el 23 de agosto, acompañado también por una sola división, al haber sido retenidas por la Junta de Sevilla las otras tres que estaban igualmente a su mando. Como es natural, el problema de la concentración de la autoridad se halla relacionado con todo esto. Aún tenía que surgir un gobierno central, y hasta que tal cosa sucediera no había esperanzas de que se nombrara a un comandante en jefe. Entre los generales se llegó a hablar de ponerse de acuerdo por lo menos sobre el candidato para esa función, pero las divisiones en sus filas eran tales que incluso esto quedó en agua de borrajas. De hecho, Cuesta y Blake eran enemigos desde Medina de Rioseco; Palafox consideraba a Castaños un obstáculo para sus planes de terminar la revolución iniciada en Aranjuez; Castaños desconfiaba tanto de Cuesta como de Palafox; y el joven e imprudente duque del Infantado era despreciado por todos y cada uno de ellos, y no sólo por haberse unido momentáneamente a la causa de José Bonaparte. En consecuencia, una conferencia celebrada el 5 de septiembre sólo pudo acordar un vago plan de campaña que requería que Blake entrara en Vizcaya y Palafox en Navarra, siendo el objetivo rodear a los franceses, de los que se suponía que se hallaban hambrientos, eran víctima de enfermedades y estaban desmoralizados.

Los obstáculos que impedían un avance general fueron gradualmente superados y a finales de septiembre el ejército de Galicia, una división asturiana mandada por Acevedo, el ejército de Castilla, dos divisiones del ejército de Andalucía y los valencianos de Saint March y Llamas habían llegado al Ebro, mientras se realizaban con éxito incursiones contra Bilbao y Sangüesa. Pero las dos divisiones restantes del ejército de Andalucía se habían retrasado tanto que sólo ahora estaban llegando a Madrid, mientras que el ejército de Extremadura ni siquiera había salido de su provincia de origen. Al parecer, la campaña había pasado a segundo lugar en beneficio de la política, y especialmente de la formación de un nuevo gobierno central. La necesidad de semejante organismo había sido reconocida desde el principio, pero el asunto no se planteó con carácter práctico hasta la liberación de Madrid, y con razón de más, dado que el Consejo de Castilla —corporación que desde el mes de mayo había tenido un papel directivo en la colaboración con los invasores— intentaba presentarse a sí mismo como el gobierno adecuado.

¿Qué había que hacer? Para varios analistas de tendencias muy diversas, la solución evidente era el nombramiento de una regencia, pero no había acuerdo en cuanto a quién había de ejercer tal función, y menos aún acerca de

quién había de decidir la identidad del regente o regentes. No era difícil relacionar tales planes, planteados por personajes como José Palafox, con la ambición personal y la persecución de sus objetivos sectoriales de la Iglesia y la aristocracia, mientras que a los civiles destacados del núcleo de las juntas provinciales no les gustaría ver el poder en manos de algún general, como parecía probable. Exactamente igual de problemática era la formación de unas Cortes que pudieran nombrar un gobierno, pues no había asamblea nacional de ningún tipo ni idea alguna sobre cómo formar una o cuánto tiempo requeriría la realización de tal esquema. A falta de algo mejor, no parecía haber más opción para las diversas autoridades provinciales que crear un consejo central —de hecho una Junta Central— que pudiera funcionar como gobierno provisional.

Sin embargo, en cuanto esta propuesta recibió la aceptación general surgieron nuevos problemas. Pese a haberse acordado rápidamente que la nueva corporación se reuniría en algún lugar neutral —tras algunas deliberaciones la elección recayó sobre Aranjuez— y que a cada una de las juntas u otras autoridades competentes les serían asignados dos representantes, había muchas cuestiones que no estaban claras. ¿Cuál era, por ejemplo, la relación que había de existir entre la Junta Central y las corporaciones provinciales de las que procedía? ¿Cuál era, a largo plazo, el papel de la Junta Central? En cuanto a ésta, ¿qué corporaciones habían de estar representadas en sus filas? Al haber en estos planteamientos pocos terrenos comunes, era inevitable que casi todas las soluciones fueran controvertidas. A todo esto, ¿qué nueva Junta se atrevía a enfrentarse a la amarga hostilidad de destacados elementos del campo patriótico? Para la facción palafoxista —la avanzadilla de todos los que deseaban hacer retroceder el reloj de la reforma borbónica— su sola formación era una derrota tanto personal como política, mientras que muchos representantes de la antigua administración borbónica estaban igualmente insatisfechos por el modo en que el Consejo de Castilla había sido apartado.

El más destacado de entre estos elementos desafectos era el general Cuesta, duro e intransigente, que estaba enfrentado no sólo con Blake, sino también con las autoridades civiles que habían surgido en sus dominios, pues la Junta de León había aprovechado que hubiera tenido que acudir a las fronteras de Galicia después de Medina de Rioseco para sacudir su autoridad. Persuadido y ayudado por Infantado, había intentado convencer a Castaños de la necesidad de que un grupo de generales se hiciera con el poder o al menos de establecer la independencia, por no decir supremacía, del poder militar. Pero el vencedor de Bailén era demasiado juicioso (o acaso más bien demasiado prudente) para admitir decisión tan temeraria. En cualquier caso, Cuesta aún estaba en condiciones de causar problemas. De modo que, a principios de septiembre, la Junta de León escogió en las personas de su antiguo presidente,

Antonio Valdés —almirante que había sido ministro de Marina—, y del vizconde de Quintanilla, a dos representantes para que asistieran en su nombre a la Junta Central. Mas para llegar a Madrid desde Ponferrada tenían que cruzar territorio controlado por Cuesta, que enseguida los encarceló en el alcázar de Segovia, dando orden al mismo tiempo de que fueran nombrados dos sustitutos por la Cancillería de Valladolid, a la que consideraba única fuente legítima de autoridad política en su capitanía general. Tenía Cuesta alguna razón para su enojo, pero al hacer tal cosa mostraba sencillamente los límites del poder militar. Castaños no le apoyaría —al contrario, le acusó de exponerse a una anarquía militar que, tras verter torrentes de sangre, les haría caer en manos del enemigo—,[17] por lo que el general no tuvo más remedio que entregar a los prisioneros, renunciar al mando y viajar a Aranjuez para dar cuenta de su conducta.

Debido a la victoria, a la Junta le habían salido muchos enemigos, por lo que se trataba de un triunfo de doble filo, si bien la España patriótica al menos obtenía una administración nueva. La Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, compuesta por representantes de Aragón, Asturias, las islas Canarias, Castilla la Vieja, Cataluña, Córdoba, Extremadura, Galicia, Granada, Jaén, León, Madrid, las islas Baleares, Murcia, Navarra, Sevilla, Toledo y Valencia, se instaló solemnemente el 25 de septiembre en el palacio real de Aranjuez. Una vez reunidos, los delegados convocaron rápidamente un consejo de ministros, se dividieron ellos mismos en cinco subcomisiones —una por cada uno de los antiguos ministerios— y crearon una secretaría y una Junta General de Guerra separada, siendo la función de este último organismo aconsejar a la Junta en los asuntos militares y coordinar los movimientos de los ejércitos. Sin embargo no eran proclives a nombrar a un comandante en jefe, papel que además de recordar la posición de Godoy como «generalísimo», era una referencia tanto al cesarismo como a la afirmación de la primacía del ejército en la gobernación de España. Acaso de modo aún más fundamental, para horror de muchos de sus progenitores, una combinación de lógica y de ambición personal llevó a la Junta a reclamar el poder soberano y a rechazar específicamente la idea de ser meros representantes al servicio de las juntas provinciales.

Así pues, puede decirse que Aranjuez presenció una segunda revolución. Ahora bien, ¿en qué sentido cabe interpretar esta revolución? Según muchos historiadores españoles, la Junta Central fue una herramienta de una revolución burguesa clásica en la que un viejo orden feudal era destronado por una nueva clase media. Esto es una exageración: nada había de revolucionario en los 35 grandes de España, oficiales del ejército, concejales de ciudades, eclesiásticos y burócratas que formaron parte de ella en un momento u otro, mientras que el largo manifiesto que publicó el 10 de noviembre era ambiguo, prometiendo

por una parte reformas pero hablando por otra de la restauración de la antigua constitución española. Con todo, pese a ciertas medidas que sugieren un orden del día más tradicionalista —suspendió la venta de las propiedades del clero, derogó la expulsión de los jesuitas de 1767 y nombró a un nuevo inquisidor general—, difícilmente podía *no* seguir adelante con las reformas. No sólo la totalidad de sus figuras principales —el primer presidente, conde de Floridablanca; su secretario, Martín de Garay, y el escritor y economista asturiano Gaspar Melchor de Jovellanos— estaban relacionadas con el absolutismo ilustrado de Carlos III y Carlos IV, sino que además no podía librarse del recuerdo, al parecer completamente negativo, de Godoy —con las facilidades prestadas por él, Napoleón había subvertido el estado borbónico—, de la creciente amenaza del orden social y de las exigencias del esfuerzo bélico.

Que de todo esto saliera algo espectacular ya es harina de otro costal. Es indudable que los pocos radicales conocidos asociados a la Junta Central —el más destacado, el dramaturgo y periodista Manuel José Quintana— se hacían la idea de una revolución liberal al estilo de la que sería aprobada por las Cortes de Cádiz a partir de 1810. Además, agrupándose en torno a Garay —hombre de capacidad considerable que al parecer fue rápidamente captado por sus ideas— formaron un grupo de presión que se conoció como la «junta chica» e hicieron cuanto pudieron por proponer sus opiniones a debate. Pero éstas no fueron apoyadas ni siquiera por Jovellanos, sólido representante de la educación científica, el liberalismo económico y la desamortización, que en pago a sus desvelos había sido encarcelado por la Inquisición entre 1800 y 1808. Tampoco estas opiniones fueron muy respetadas por los hombres de opiniones ilustradas. Lord Holland, por ejemplo, escribió que la «junta chica» «estaba formada por hombres jóvenes con más ardor e imaginación que experiencia o prudencia, que habían bebido sus nociones de libertad en las fuentes de los enciclopedistas franceses, y no en ... las necesidades inmediatas de su propio país».[18] En cualquier caso, antes o después se hubiera tenido que abandonar la ambigüedad característica del manifiesto del 10 de noviembre, al desatarse la cólera tanto de carolinos como de tradicionalistas. Puesto que en 1809 se promulgaron decretos que unificaban en una única corporación todos los antiguos consejos y que ponían fin, al menos en principio, a los impuestos sobre los beneficios industriales y comerciales denominados alcabalas, cientos y millones, es justo decir que la Junta Central no descuidó las reformas. Lo que está más claro es que no descuidaba la guerra. Muy al contrario, la Junta ordenó una quinta suficiente para reclutar un ejército de quinientos cincuenta mil hombres, confirmó el principio de conscripción universal ya introducido por muchas de las juntas provinciales, trató de conseguir en Marruecos gran número de caballos, decretó la creación de lo que llegó a ser una Guardia Nacional —las llamadas «milicias honradas»—, impuso

diversas «contribuciones de guerra» de emergencia y forzó empréstitos estimuló la producción de armas y equipo y ordenó a las juntas provinciales abrir suscripciones públicas para vestir al ejército.

Los observadores británicos juzgaban al nuevo gobierno con gran severidad. Por ejemplo:

> La Junta Central, desde luego, no ha cumplido ni está cumpliendo con su deber. Ha sacrificado el interés público a sus propios planes particulares de ambición y ventaja. Esto es lo que piensa la gente, y como no se forme de inmediato un gobierno más enérgico, el pueblo intervendrá.[19]

Y citando de nuevo al mismo observador:

> El gobierno no hace nada. Son insensibles al peligro y descuidan las necesarias precauciones ... Dedican más a pequeñeces y desatinos absurdos referentes a su propio rango y estatuto que a las grandes medidas nacionales.[20]

No faltaban buena voluntad ni energía. Mucho más problemática era la cuestión de cómo habían de hacerse cumplir las órdenes de la Junta. En este aspecto, sus agentes principales eran las juntas provinciales; éstas descubrieron repentinamente que la central estaba suponiendo una grave amenaza a su autoridad e independencia (aparte, tan pronto como se formó el nuevo gobierno, los británicos habían interrumpido toda su ayuda a la Junta Central). Además, al mismo tiempo la Junta estaba siendo saboteada por enemigos de sus propias filas —sobre todo por los partidarios de José Palafox— y por la constante oposición del Consejo de Castilla, que afirmaba acertadamente que el nuevo gobierno era ilegítimo. Si «la gente» pensó algo fue debido a una campaña de rumores. Sólo una semana después de iniciarse la existencia de la Junta escribía el diplomático británico Charles Vaughan:

> De la Junta Central en ocasiones ... se habla con desprecio, y no sé si atribuir esto al mal carácter de algunos de sus miembros o a la envidia por la creciente influencia del pueblo. El pueblo ejerciendo el poder de la Corona es cosa que se representa como ridícula, y hay quejas por la lentitud de sus gestiones.[21]

Incluso de haber sido más inmediata la cooperación, a nivel local subsistía aún el problema de la inquietud popular o, por decirlo de otro modo, el deseo de las clases acaudaladas de no llevar demasiado lejos al «populacho». Si en otoño de 1808 la Junta Central fracasaba en su más acuciante obligación, también se preguntarían si otra administración lo hubiera podido hacer mejor.

Desde el punto de vista de la Junta Central, la salida era obvia. El logro de una victoria militar espectacular le garantizaría el respeto de sus subordinados,

tranquilizaría al mismo tiempo a los británicos y aseguraría la continuidad de su apoyo. Sin embargo, a la vista de los numerosos defectos de sus tropas, semejante perspectiva era improbable. Habían desaparecido, al menos en su mayoría, las multitudes desordenadas de civiles armados de las primeras semanas de la guerra, pero lo cierto es que también había desaparecido el antiguo ejército borbónico, cuyos regimientos habían perdido muchos veteranos debido por una parte a la deserción y por otra a haber sido inundados por nuevos reclutas. Quizá sea típica la división valenciana del general Llamas (cuyas tropas habían atacado a ciegas en Madrid, en agosto), que según la descripción de Alcalá Galiano vestían «los holgados zaragüelles y traían la manta al hombro; y en la cabeza ... mal peinadas y sucias melenas, sombrero redondo con escarapela patriótica, cintas con lemas y muchas estampitas con imágenes de la Virgen y de los santos», y «en general, el aspecto era singular, con algo de ridículo y mucho de feroz».[22] Por doquier se imponían la inexperiencia, la escasez de comida, ropas y equipo militar y una carencia desesperada de caballería y artillería. De las fuerzas gallegas se escribió que «es imposible describir el aspecto lamentable de este ejército, carente de todo y formado por una mezcla de campesinos con sus diferentes vestimentas», y del ejército de Castilla que era «en su totalidad una mísera masa campesina sin ropas, sin organización y con pocos oficiales merecedores de tal nombre».[23]

Con tiempo y buena suerte podían haberse remediado muchos de estos defectos, pero venía a complicar las cosas la calidad del cuerpo de oficiales, con muy mala fama. Un ejemplo típico puede ser el de un tal Antonio Terán. Capitán del regimiento de infantería de León, acusado de ser «indigno y cobarde para obtener las dos charreteras», se informó de que vivía en Lugo con «una prostituta adúltera» cuyo marido estaba en América.[24] Mientras que desde Valencia llegaban informes de un consejo de guerra contra «don Mariano Usel, coronel del regimiento de la Fe ... por la mala organización de dicho cuerpo, inversión de caudales y otros hechos ... contra algunos oficiales ... del regimiento de Tuna ... por sus excesos, ninguna subordinación, desacatos a las justicias y asesinato de varios franceses [en Murviedro]».[25] Sería tentador atribuir enteramente la culpa de esta situación al influjo de los nuevos oficiales ingresados en el ejército en 1808, pues, efectivamente, muchas de las autoridades insurrectas habían repartido nombramientos entre amigos y familiares dependientes sin tener en cuenta para nada su capacidad. Cuando al año siguiente se encargó al Consejo Supremo de Guerra la tarea de estudiar las derrotas españolas, éste llegó a la conclusión de que aquella riada de nombramientos había tenido efectos gravísimos y propuso la anulación de todos los nombramientos promulgados desde 1808. Sin embargo, esta explicación del problema es demasiado simple. Muchos de los hombres puestos al mando

de los nuevos regimientos en realidad habían sido sacados de la masa de oficiales retirados y en excedencia anterior a 1808, y no era precisamente fuera del ejército donde existía el problema. Citando a Francisco Javier de Cabanés, oficial del ejército regular que fue quizá el mejor analista militar que produjo España en la guerra de la Independencia, «en aquellos momentos de efervescencia [se refiere al levantamiento] se ascendió a algunos militares ... de los grados subalternos, promoviéndose a muchos ineptos, indignos de los nuevos cargos».[26]

En cualquier caso, los informes de mala conducta del cuerpo de oficiales son tan comunes que es imposible considerar que el problema se limitaba a algunos grupos. Aparte de la cuestión de la incompetencia, el absentismo era común. En vez de padecer las miserias del servicio activo, muchos oficiales aprovechaban cualquier pretexto para viajar a ciudades como Cádiz, Sevilla y La Coruña, en cuyos refugios, como hizo Terán, vivían lo mejor que podían, empeorando la situación el estilo caballeresco con que muchos generales nombraban como ayudantes suyos a oficiales de servicio. En el campo de batalla muchos oficiales mostraban la cobardía más abyecta. El problema llegó a ser tan grave que la Junta Central se vio obligada a ordenar que todos los oficiales de infantería por debajo de cierto grado fueran privados de sus caballos. La indisciplina se combinaba con la falta de liderazgo. Se hacía uso, por ejemplo, de un número excesivo de asistentes, con el resultado de que se apartaba del frente de combate a muchas tropas. Los uniformes de fantasía ajenos a las ordenanzas estaban a la orden del día —«De haberse reunido a cien mil hombres de los distintos ejércitos europeos, los oficiales no hubieran exhibido mayor variedad indumentaria ... Todos parecen llevar ropas según ... su propia fantasía, y bastante sería que vistiesen como militares»—,[27] El juego y la prostitución estaban muy extendidos.

> El militar que se abandona brutalmente a los comprados halagos de prostitutas, al exceso del vino ... o a la funesta distracción del juego que le degrada, jamás abrigará en su pecho aquellos sublimes y enérgicos sentimientos ... de un patriota. Aunque nuestros ejércitos adolecen poco o mucho de todas estas enfermedades morales, que destruyen en sus individuos el entusiasmo militar, la más general ... es el juego. Embebidos en ella una gran parte de nuestros oficiales, descuidan sus obligaciones ... ocupan en ella las horas que debían emplear en instruirse, ofrecen un ejemplo perjudicial al soldado, se degradan a veces en los términos más bajos ... miran cualquiera otra cosa que no sea ganar o perder con la más estúpida indiferencia.[28]

Para todos y cada uno era esencial llevar enormes impedimentas, y en el caso de los oficiales superiores, asistentes, barberos, cocineros y ayudas de

cámara, mientras que la corrupción estaba tan extendida que incluía la falsificación de estadillos de tropas o la requisa de los tan necesarios transportes. Había, desde luego, muchas excepciones a la norma, pero con este tipo de oficiales cualquier mejora era difícil. Se estimulaba, como consecuencia, la deserción, y más aún debido a que con excesiva frecuencia los soldados vestían ropas que se parecían a las de los civiles, y también los rezagados eran un problema constante. Tampoco se daba mucho la firmeza en el campo de batalla. Aunque ocasionalmente capaces del más acendrado heroísmo, muchas tropas españolas eran propicias a ataques de pánico que podían conducir a regimientos enteros —e incluso en un caso a un ejército entero— a abandonar el campo de batalla a los primeros disparos. No es difícil entender por qué sucedía tal cosa. Según un oficial británico:

> A las multitudes les producía entusiasmo llevar armas, pero el no saber utilizarlas ... les ponía en el campo de batalla en gravísimo riesgo, produciendo confusión tanto la carencia de conocimientos militares de sus jefes como su falta de firmeza ... Aunque en algunos casos he observado que la ... nueva milicia ... ha actuado contra el enemigo con decisión y resistencia características, tal cosa siempre ha sucedido en ... pasos difíciles, en bosques o allí donde el conocimiento del país les favorecía especialmente. En casi todos los casos en que se ha confiado en los resultados favorables de una acción general ... la consecuencia ha sido un fracaso.[29]

Incluso cuando los españoles estaban en su propio terreno (y tal era el caso con frecuencia, especialmente cuando se hallaban en sólidas posiciones defensivas), el nivel de instrucción era por lo general tan pobre, debido a la falta de tiempo, que eran incapaces de realizar nada que fuera más allá de maniobras elementales. Así, las unidades podían defenderse o avanzar contra el enemigo con decisión, pero incluso entonces por lo general sus formaciones se deshacían, y cuando se les pedía que cambiaran el frente o que formaran en cuadro, por lo general caían en un desorden inextricable. Una vez puestos en fuga, apenas había esperanzas de volver a reunirlos: «Todos los hombres luchan ardorosamente ... pero, como es de esperar en reclutas tan bisoños, una vez dispersados, su confusión es grande».[30]

Para la clase de problemas que sufría el ejército, estas deficiencias resultaban fatales. Incluso en combates de infantería era probable que los españoles fueran superados. La notoria carencia de escaramuzadores de los primeros días de la guerra fue remediada poco a poco, pero la falta de entrenamiento y de confianza hacía que los *tirailleurs* franceses, superiores en número, invariablemente lograsen hacer retroceder a sus equivalentes españoles e infligieran graves pérdidas a las filas inmóviles situadas tras ellos. La escasez de artillería acentuaba la debilidad de la infantería. Debido a factores logísticos,

siempre sucedía que se llevaban muy pocos cañones al campo de batalla, y al parecer los que había rara vez se concentraban a fin de obtener el máximo efecto. Pero lo peor de todo era el problema de la caballería. Demasiado pequeña, incluso en el antiguo ejército, por razones obvias su número no podía incrementarse como en el caso de la infantería, e incluso las unidades que se las arreglaban para llegar al campo de batalla estaban invariablemente menguadas y condicionadas por la pobre calidad de sus caballos. En un choque directo con la caballería francesa, la española siempre era superada, con el resultado de que tendía a dar la vuelta y huir. Al escapar, inevitablemente dejaban descubierta a su infantería, que una y otra vez se veía atropellada por una riada de caballos que aparecían súbitamente en sus flancos o a sus espaldas. Como lamentaba el general Francisco Copons, «el gran arma de que se valen los enemigos es la caballería y a ésta es preciso oponerle la misma con ventajas. No es posible por el estado en que nos hallamos, pero es forzoso aproximarse en lo que se pueda».[31]

La inferioridad táctica de los ejércitos españoles se veía exacerbada por la baja calidad de sus mandos. Quizá pocos generales podían sacar gran partido de fuerzas como las que la España patriótica llevaba al campo de batalla, dándose además el caso de que unas tropas mejores podían haber facilitado la aparición de talentos que en tales circunstancias permanecían ocultos. Al mismo tiempo escaseaban los generales que mostrasen gran valor físico, obtuvieran fama por la hábil defensa de algunas fortalezas o demostrasen ser competentes subordinados o jefes de división. En cualquier caso, el panorama seguía siendo de lo más crudo. Los generales españoles, faltos de la ayuda de unos cuarteles generales atestados muchas veces de jóvenes de la nobleza bien relacionados, que apenas sabían cómo cumplir sus responsabilidades, ignoraban con excesiva frecuencia las intenciones del enemigo, no lograban destacar patrullas adecuadas, ocupaban posiciones vulnerables, adoptaban disposiciones poco prácticas, fracasaban en su reacción a las maniobras hostiles o permitían que sus fuerzas fueran derrotadas por completo. De hecho, algunas situaciones se producían de modo tan monótono que llegaron a suscitar ciertos comentarios por parte del enemigo:

> Preveían el resultado del combate en función de sus propios deseos ardientes de ... destruir al enemigo; ignorando el arte de la maniobra ... se situaban en líneas largas y poco profundas, en llanuras donde la superioridad de nuestras tácticas y de nuestra caballería necesariamente había de concedernos ventaja. Este orden de combate, inadecuado incluso para tropas bien dirigidas, privaba a los españoles de la capacidad de ... concentrarse para resistir a nuestras masas.[32]

161

Así pues, en 1808 y en los siguientes años era probable que cualquier ejército español que saliera en campaña fuese derrotado, pero aún empeoraba la situación el hecho de que aunque inevitable, la derrota fuese muy grave. En las zonas montañosas, las cosas podían no ir demasiado mal, pero gran parte de España estaba formada por planicies onduladas carentes de bosques, poblaciones y cercados. «Mi ruta desde Astorga —escribió un oficial británico que viajaba por Castilla la Vieja— corría por un vasto espacio abierto que tenía a cada lado entre cinco y veinte millas o más sin un solo accidente del terreno que permitiera a un cuerpo de infantería descubrir a un enemigo que estuviera sobre sus pasos o cubrir su propia retirada.»[33] En semejante terreno, un ejército superior en caballería podía infligir a un adversario derrotado un estrago tremendo, haciendo probable no sólo que éste tuviera miles de bajas, sino que además perdiera todos sus cañones e impedimenta. En España, en particular, podía contarse con que cientos de soldados aprovecharían una derrota para intentar volver a casa o para alinearse con algún grupo de guerrilleros o partida de bandidos.

En resumen, probablemente las operaciones militares fueran costosos asuntos que agotasen al límite los recursos de los patriotas. Aún empeoraba más las cosas una situación estratégica sumamente desfavorable para la causa española. La primera reunión de la Junta General de Guerra de la Junta Central (organismo formado por Castaños, el conde de Montijo, el marqués de Castelar —alto oficial de la Guardia Real— y un almirante llamado Ciscar) había confirmado el plan de campaña elaborado en la conferencia del 5 de septiembre, y acordó con buenos motivos una importante reorganización de las fuerzas patrióticas. Las tropas de Galicia, Asturias y, cuando llegaron, las de La Romana, formarían el ejército de la Izquierda; las de Castaños, Llamas, Cuesta y Galluzo, el ejército del Centro; las de Palafox y Saint March junto con otra división valenciana mandada por O'Neill, el ejército de Reserva; y las fuerzas de Cataluña, reforzadas por una división enviada desde Zaragoza y otra enviada desde Granada, el ejército de la Derecha. De modo muy significativo dada la presencia de Montijo, que era no sólo un cabecilla del motín de Aranjuez sino además persona relacionada con la familia Palafox, se acordó que todos los conscriptos serían enviados al frente a través del ejército de Reserva.* Y sin embargo, el ataque planeado no era fruto de realidades militares, sino de las rimbombantes efusiones de la prensa popular, de la influencia perniciosa de Bailén y de la precaria situación de la Junta Central. Prácticamente era una insensatez. Los ejércitos de la

* Es evidente que esta medida beneficiaba a los palafoxistas. Canalizados todos los nuevos reclutas hacia el ejército del propio Palafox, el comandante aragonés podría privar a sus rivales de hombres nuevos, al tiempo que construía la base de su propio poder.

Izquierda y de Reserva estaban separados por un gran vacío que se suponía sería ocupado por los ausentes británicos y por el ejército de Extremadura, mientras que la extensión de los flancos españoles a Vizcaya y Navarra había obligado a los ochenta mil soldados que ya habían alcanzado el frente a una disposición en forma de una enorme media luna. Esto permitió que los sesenta y cinco mil hombres a quienes los españoles intentaban rodear pudieran maniobrar en líneas interiores. De hecho, una súbita ofensiva francesa ya había batido al antiguo ejército de Castilla en Logroño y aislado en Lerín a parte de una de las divisiones andaluzas de Castaños. Siendo la mayoría de las tropas españolas de calidad mediocre y padeciendo una acentuada carencia de alimentos y ropas de invierno, nos proporciona una triste descripción de su situación Juan Manuel Sarasa, joven recluta del regimiento de infantería de Zamora que había huido de Dinamarca con las fuerzas de La Romana:

> Estuvimos acampados quince días en el Berrón; los tres primeros no se dio ración de ninguna especie hasta la tarde en que llegaron algunos ganados. Tal era nuestro hambre que sin dar lugar a desollarlos se cortaban trozos como se podía, se arrimaban a las hogueras, pero aún no se habían calentado, cuando palpitantes los devorábamos. En los quince días no se nos dio ración de pan. Yo compré uno por cien reales ... y para comerme [lo] ... fue preciso esconderme de mis camaradas.[34]

Bien podía escribir Whittingham, oficial de enlace británico:

> Temo el resultado de esta acción. Los franceses están concentrados y nosotros nos hallamos bastante dispersos. Sus tropas son homogéneas; las nuestras, unas buenas y otras malas. Ellos tienen la ventaja de la unidad de mando; nosotros estamos dirigidos por tres generales totalmente independientes entre sí.[35]

Esta situación, que ya era mala, se agravaría mucho más. A finales de la primera semana de noviembre, el centro aliado todavía estaba ocupado por dos divisiones del ejército de Extremadura solamente. Y, por si no fuera suficiente, las intrigas hicieron peor este retraso. Ya desde Bailén, la preeminencia de Castaños había sido un motivo tanto de cólera como de malestar para la facción centrada en torno a José Palafox, pues Castaños era representante del absolutismo ilustrado y al tiempo adversario feroz de un gobierno militar. En consecuencia, apartarlo pronto del mando se convirtió en el objetivo principal, ya que los partidarios de Palafox se hallaban bien situados para lograrlo. Además de rechazar la presencia de Montijo, el comandante aragonés había logrado para su hermano menor, Francisco, un puesto en la Junta Central.

El resultado de ello fue que Jackson escribió enseguida que «Castaños es actualmente muy impopular en Madrid y es tal el estado de la opinión pública ... que, como no tenga éxito, no puedo responder de su vida».[36] De hecho, no mucho después se envió al ejército del Centro una comisión especial formada por Francisco Palafox, Montijo y el marqués de Coupigny, el oficial que mandó una de las divisiones que en Bailén había cortado el camino a Dupont y que experimentaba desde entonces amargos celos de su antiguo comandante.

El resultado de esta misión era bastante predecible, pero antes de ocuparnos de él hemos de considerar a los franceses. Como hemos visto, Bailén había molestado y enfurecido a Napoleón. Lejos de ordenar la evacuación de la Península, como los españoles esperaban, decidió acudir a España en persona. Intentó en varias ocasiones interrumpir la retirada de José; trasladó hacia España a unos ciento treinta mil hombres de la *grande armée,* incluyendo la Guardia Imperial, cuatro cuerpos del ejército y cuatro divisiones de caballería pesada. Pidió nuevos refuerzos de Nápoles, del Reino de Italia y de la Confederación del Rin; ordenó nuevas levas en Francia; ofreció la paz a Gran Bretaña a cambio del reconocimiento de José Bonaparte y se aseguró la retaguardia sancionando la anexión por Rusia de Finlandia, Moldavia y Valaquia y amenazando con destruir completamente Austria y Prusia si se interponían en su camino. En cualquier caso, tenía que asegurar España. Lo cierto es que se había convertido en la verdadera piedra de toque de la política exterior de Napoleón. Por ello, el emperador estaba dispuesto a poner en peligro la paz interior (el número de conscriptos que ahora necesitaba era tan elevado que no tenía más opción que llamar a ochenta mil hombres nuevos de las ya vacías quintas de 1806-1809, así como disponer de sesenta mil de la de 1810). Por ello tenía que ofrecer a los británicos una paz que les hubiera dejado en posesión de prácticamente todas las colonias francesas del mundo; y una vez más, iba a permitir a Rusia fortalecer en gran medida su posición en el este. La verdad es que Napoleón apenas tenía otra opción. Guiado por encima de todo por cuestiones de prestigio personal, no podía echarse atrás por temor a quebrantar todo lo que había tejido en la Europa continental, animando así a Austria, Rusia y Prusia a buscar la venganza y a los estados *Rheinbund* a buscar refugio en otro sitio. Pero en este aspecto hemos de evitar juzgar sus actos a toro pasado. Sabemos, desde luego, que la guerra de España había de causar a Napoleón problemas incalculables, mas no había ocurrido nada que alterase el desprecio de Napoleón por las capacidades españolas, mientras que las fuerzas que los británicos podían enviar a España eran tan pequeñas para lo que él estaba acostumbrado que apenas cabía duda de que, sencillamente, podrían barrerlas. En resumen, se consideraba una campaña relámpago en que los franceses barrerían toda la Península y dejarían

al emperador las manos libres para derrotar a los británicos e intimidar a Europa.

Por enérgica que fuera la respuesta del emperador, antes de que las primeras fuerzas que había destacado de la *grande armée* cruzaran la frontera española, octubre ya estaría muy avanzado. Pero una vez que lo hicieran, el éxito parecía asegurado. En primer lugar, las fuerzas francesas ya no eran la improvisada mezcla del primer ejército de España. Seguían presentes muchas unidades de esta fuerza, pero ahora sus soldados eran veteranos experimentados, mientras que todos los antiguos «regimientos provisionales» y «legiones de reserva» habían sido reorganizados en forma de regimientos de línea ordinarios. En cuanto a las tropas de Alemania, aun estando dominadas por fuertes contingentes de veteranos, se habían visto obligadas a absorber a gran número de reclutas bisoños. Además, cabía esperar que con los recién llegados vinieran las estructuras y técnicas que tanto éxito habían conferido por doquier a la *grande armée.* El grueso de las fuerzas francesas se había concentrado en Navarra y las provincias vascas bajo el mando del propio Napoleón. Organizado en siete cuerpos de ejército, un cuerpo de caballería y una reserva general cuyo componente más destacado era la Guardia Imperial, el ejército estaba además mucho mejor dirigido que antes. Entre los generales enviados a España se contaban Ney, Victor, Lefebvre, Mortier, Soult y Lannes. A diferencia de lo sucedido en verano, había también un plan general que consideraba una ofensiva masiva contra el centro español, seguida de un avance sobre Madrid y movimientos envolventes contra cada una de las aisladas alas españolas. A todo esto, aún venían detrás más tropas, incluido el cuerpo que con Junot había sido repatriado de Portugal.

El nuevo ejército de España, seguro de su superioridad estratégica, tenía también la certeza de ser impresionante en el campo de batalla. Compuestas con frecuencia por formaciones creadas deprisa y con poco entrenamiento, las primeras tropas francesas en España sólo ocasionalmente habían sido capaces de combatir de la manera que tantas victorias les había valido por doquier. Ahora las fuerzas de Napoleón estarían capacitadas para mostrar todo su virtuosismo táctico. Especialmente destacada en este sentido era su fuerza de choque. Agrupadas en reservas a nivel de cuerpo y de ejército, primero se utilizarían cañones pesados de doce libras para ablandar el objetivo. Una vez debilitados los defensores, se enviaría la infantería para abrir una brecha en sus líneas. En los relatos británicos tradicionales se ha acentuado especialmente la idea de que, sencillamente, densas columnas de tropas francesas precedidas por unos pocos escaramuzadores se lanzaban sobre el enemigo en un intento de abrir brecha en él sólo por la fuerza de su ímpetu. Sin embargo, era evidente que había un amplio abanico de variantes al respecto. Por ejemplo, podían realizarse ataques solamente en línea o en una combinación de línea y

columna, mientras que había otro método consistente en formar una densa pantalla de escaramuzadores y hacer retroceder poco a poco al enemigo. También cuando se confiaba en tácticas de choque podían emplearse diferentes métodos. Desde luego, uno de ellos consistía en reunir brigadas, divisiones o incluso cuerpos enteros en masas gigantescas tan compactas que su única esperanza de victoria era mantenerse en movimiento. Sería más frecuente que batallones individuales se desplegaran de modo que si chocaban con el enemigo pudieran rehacer sus líneas, igual que las brigadas y divisiones a que pertenecían se dispondrían de manera que permitiesen libertad de maniobra y, especialmente, el uso de las reservas. La clave era la flexibilidad, mientras que si las situaciones eran adecuadamente manejadas, la infantería podía confiar en el apoyo cercano tanto de la artillería como de la caballería. Una vez abierta la brecha, siempre podía consolidar la victoria la reserva de caballería del ejército: distintas formaciones de dragones y de coraceros cuya tarea era cargar por el hueco abierto en las líneas enemigas, barrer cualquier oposición que quedara y convertir la derrota en desbandada.

La capacidad para concentrar enormes recursos contra un único sector de las líneas enemigas y realizar ataques de fuerza y efectos imponentes muy probablemente tendría especial eficacia contra un adversario tan difícil de manejar y tan mal entrenado como los españoles, tal y como lo había tenido en campañas anteriores. Con todo, no era éste el único factor que había conducido a Napoleón a una victoria tras otra. Igualmente vital era la gran flexibilidad aportada al ejército francés por su organización en un sistema de brigadas, divisiones y cuerpos. Mas lo cierto es que en 1808 ésta ya no era la ventaja que unos años antes supusiera —otros ejércitos habían empezado a apreciar sus beneficios y sus rudimentos estaban en uso tanto entre los británicos como entre los españoles—; con todo, las fuerzas de Napoleón desarrollaron este sistema mejor que cualquier otro, y tanto en el campo de batalla como fuera de él sus virtudes seguían siendo indudables.

De todos modos, la eficacia del sistema militar francés no se limitaba sólo a cómo podía utilizar a sus soldados. Igualmente impresionante era la capacidad de Napoleón para socializar a los hombres que caían en sus garras. Pues ni en Francia ni en el resto del imperio napoleónico era la conscripción más popular o equitativa que en España. Una vez reclutados los hombres jóvenes en el ejército, se encontraban con que habían pasado a formar parte de una máquina capaz de convencerles de que aceptaran su suerte. Es indudable que, en parte, esto era resultado de la necesidad —a cientos de millas de su casa, los conscriptos generalmente se lo pensarían dos veces antes de escapar—, pero además el ejército promovía tanto un sentimiento de separación de la sociedad civil como fuertes lazos de camaradería y espíritu de cuerpo. En este sentido era un factor especialmente importante el modo en que Napoleón había

estimulado cuidadosamente la competencia entre las distintas unidades, siendo además la emulación importante para la motivación del soldado individual. Si bien la idea de que todos los tambores llevaban en su mochila un bastón de mariscal era un mito, ciertamente el soldado individual podía aspirar a formas más humildes de promoción y ascenso. El traslado a una de las compañías de élite de un batallón, un puesto en la Guardia Imperial, la concesión de la Legión de Honor —prácticamente la única condecoración asequible a todos los rangos del ejército— o una carrera de oficial joven eran posibilidades reales, mientras que incluso el mero hecho de un servicio prolongado concedía al soldado derecho a galones de colores en la manga. En cuanto a todas las prohibiciones oficiales, el pillaje y otras formas más graves de mala conducta eran ampliamente toleradas, y los soldados no eran golpeados o azotados como en otros ejércitos. Añádase a todo esto la capacidad de Napoleón para recordar a cada uno de los soldados y su extraordinario carisma personal, y se apreciará que la moral tendría que ser notablemente alta. Así pues, estaba a punto de caer sobre los españoles divididos, inferiores en número y mal alimentados, una maquinaria militar de dimensiones verdaderamente pavorosas. Y sin embargo, no carecía de defectos. Lo que guiaba a sus componentes en última instancia no era el amor al país, sino la ambición personal. Y mientras que el más bajo de sus soldados podía albergar esperanzas de botín, una condición más elevada y mayor paga, el más alto podía ascender en la jerarquía y el más preciado tenía el incentivo de haber llegado a tal posición. Los mariscales que dirigían los ejércitos franceses en España eran soldados de talento considerable, pero como personas tenían muchos defectos. Al igual que su señor (el emperador), eran poco más que aventureros que no vacilaban en librarse de aquello o de aquellos que supusieran un obstáculo. Republicanos a principios del decenio de 1790, servían ahora al hombre que había liquidado la República, del mismo modo que en 1814 ofrecerían sus servicios a los Borbones, en mayo de 1815 se alinearían tras el llamado «imperio liberal» y en julio de 1815 volverían a convertirse en realistas. De hecho, para salvarse hubieran dado alegremente la vida de un amigo: cuando Ney fue ejecutado por los Borbones en 1815, firmaron su orden de muerte nada menos que otros cinco mariscales. De origen mixto —unos eran nobles que probablemente también con el *ancien régime* hubieran llegado a generales y otros plebeyos a quienes éstos hubieran condenado a la oscuridad—, todos ellos habían hecho fortuna uniendo su estrella a la de Napoleón. Se habían vertido sobre ellos títulos, propiedades y pensiones, y aún estaban deseosos de más. Al llegar Murat a rey de Nápoles se habían vuelto insaciables. Y, como pretendía Napoleón, la ambición alimentaba la rivalidad y estimulaba la envidia, siendo célebre el mariscalato por sus enemistades y sus odios. Mientras el emperador estuviera personalmente al mando de la

grande armée, como de hecho ahora lo estaba, el problema quedaba bajo control, pues por lo general el deseo de los mariscales de agradar a su señor era más fuerte que la voluntad de hundir a sus rivales. Pero si se retiraba el emperador, las cosas serían muy distintas. En la historia de las guerras napoleónicas no había sucedido tal cosa hasta el momento. Pero España y Portugal pronto verían que el emperador las dejaba en manos de sus comandantes para volver a París. No es éste el lugar adecuado para extenderse sobre el caos que de ello resultó, pero dado que se comportaban como sátrapas independientes, encontraban motivos de todo tipo para no cooperar entre sí, se quedaban con hombres y dinero no destinados a ellos, saqueaban sus territorios sin piedad e ignoraban la autoridad del infortunado José. Era lo único que cabía esperar.

En realidad, incluso estando presente el emperador las cosas podían empeorar, lo que no libraría a los españoles de la catástrofe total. Según los grandes planes de Napoleón, no había que molestar para nada a las fuerzas que se enfrentaban con las tropas que él había situado en las provincias vascas y en Navarra, hasta que los franceses se abrieran camino hasta Burgos y se enviasen tropas para rodearlas. Sin embargo, en el flanco derecho francés, el cuerpo del mariscal Lefebvre se enfrentó al ejército del general Blake, que se había establecido en una fuerte posición en la localidad de Amorebieta, algunos kilómetros al sureste de Bilbao. Lefebvre, ávido de gloria, no pudo resistirse a la tentación de actuar por su cuenta y el 29 de octubre pasó al ataque. La batalla que tuvo lugar, librada con niebla densa y llovizna, no fue en modo alguno una victoria para los franceses —«el Primer Regimiento de Cataluña ... recibió el ataque con la mayor frialdad y sostuvo por pelotones un fuego muy regular, manteniendo su posición contra un enemigo que casi le quintuplicaba en número ... Las tropas más veteranas no podían haber desplegado más firmeza militar o más *sangfroid* en acción»—,[37] pero fue suficiente para incomodar a Blake, que procedió a evacuar Bilbao y a retirarse en dirección suroeste hacia las fuentes del Ebro. Hubo a continuación varios días de maniobras confusas mientras Lefebvre y su vecino, Victor, intentaban atrapar a Blake, pero en conjunto fueron los españoles los que más se beneficiaron del encuentro, mientras el ejército de la Izquierda quedaba al final en una posición mucho menos expuesta que al principio.

De modo que el plan de Napoleón se había malogrado desde el primer momento. Irritado por la impetuosidad de Lefebvre, el emperador no tenía intenciones de mantenerse inactivo. El 6 de noviembre llegó a Vitoria y cuatro días después se iniciaron operaciones activas con un ataque a las posiciones españolas cercanas a Burgos. Al hallarse éstas ocupadas solamente por dos divisiones del antiguo ejército de Extremadura, el resultado fue inevitable. Los españoles, atacados en una llanura abierta al este de la localidad de Gamonal, fueron vencidos casi de inmediato por una carga de caballería masiva

y huyeron atemorizados, dejando que los invasores saquearan Burgos a placer. Se contó un mínimo de tres mil bajas, así como la totalidad de los cañones y la impedimenta de los españoles, mientras que las pérdidas de los franceses no ascendieron a más de cien hombres. Tomada Burgos, Napoleón era libre para proseguir su plan general: el 11 de noviembre considerables fuerzas francesas se encaminaban por una parte al norte, hacia Reinosa, y por otra hacia Aranda, al sur.

Los españoles, con la amenaza de un desastre, tuvieron más suerte de la que merecían. Hacia el norte, el ejército de la Izquierda ocupó el 10 de noviembre una fuerte posición defensiva en Espinosa de los Monteros, donde se unió a él la infantería de la división del marqués de La Romana (la caballería había sido enviada a conseguir caballos nuevos). Sin embargo, aun estando sus tropas bien situadas, Blake no se hallaba en estado de combatir: muchos de sus hombres habían huido, habían caído enfermos o habían quedado atrás; no disponía de caballería; todos los cañones de su ejército menos seis habían sido enviados a la retaguardia; el clima era pésimo y los soldados padecían escasez de alimentos, tiendas, mantas y capotes. Tenía inmediatamente ante sí al cuerpo de ejército del mariscal Victor, mientras que el del mariscal Lefebvre se dirigía hacia el sur para envolver su flanco derecho. La prudencia dictaba una retirada inmediata, pero en vez de hacer tal cosa, quizá por temor al castigo si no lograba llegar a entablar combate, Blake se quedó quieto, de resultas de lo cual fue atacado por Victor el 10 de noviembre. En el campo de batalla el número de soldados era más o menos el mismo —veintiún mil franceses contra veintitrés mil españoles—, por lo que ha de decirse en beneficio de Blake que todos y cada uno de los ataques lanzados por las tropas de Victor fueron rechazados a lo largo de un día de furiosos combates. Como recordaba uno de los defensores:

> No bien acabamos de tomar posición cuando acometió el enemigo con grande ímpetu, pero su arrogancia se estrelló ante el valor y serenidad de la división que, dejando acercarse al enemigo hasta diez pasos, de cada descarga venía a tierra una columna entera. El enemigo repitió varias cargas con nuevas columnas, pero siempre ... se retiró, dejando a nuestro frente montones de cadáveres.[38]

En tales circunstancias mejor hubiera sido retirarse de noche, pues los atacantes habían pasado a la acción de modo poco sistemático, y además se habían concentrado en la sección del frente defendida por la veterana división rescatada de Dinamarca, que era probablemente la mejor unidad de todo el ejército español. Con todo, temiendo que una retirada frente al enemigo no pudiera conducirle sino al desastre, Blake se aferró a la esperanza de infligirle

un castigo suficientemente grave como para poder retirarse sin obstáculos. Mas tal cosa no sucedería: al volver a atacar los invasores al día siguiente, lo hicieron de modo mucho más cauto y coordinado, escogiendo como blanco la débil división asturiana de Acevedo y haciendo uso más de su potencia de fuego que de los ataques en columna. Durante cierto tiempo la lucha fue intensa. Un participante escribió: «Cuando [los españoles] me vieron, se dispusieron al combate y desde su flanco derecho enviaron gran número de *tirailleurs* a hostigar nuestra izquierda aprovechando un muro que la flanqueaba. Siete cañones pequeños llevados a lomos de mulo y una batería situada en la delantera de su línea empezaron a lanzarnos metralla hiriéndonos a algunos hombres enseguida».[39] Pero el combate a base de escaramuzas era en gran medida una especialidad francesa, y habiendo caído su jefe y muchos otros oficiales a manos de francotiradores, los asturianos pronto fueron puestos en fuga. El resto del ejército, atacado de frente y por el flanco, no tardó en retroceder. Entre los últimos que retrocedieron se contaban los hombres de La Romana.

> Y como a nuestra retaguardia se hallaba el río a poca distancia ... no había más medio que pasarlo ... a nado ... Pasado el río teníamos que subir una pendiente ... expuestos al horroroso fuego que desde la otra [orilla] nos hacía el enemigo. En este corto tiempo ... recibí siete balazos, siendo tan afortunado que ni siquiera me resultó un rasguño. Al observar en la ropa el efecto de las balas, elevé la vista al cielo y di gracias al Todopoderoso.[40]

Al caer la noche, los españoles se dirigían al oeste en dirección a Reinosa, mas encontraron su camino bloqueado por el mariscal Soult, quien, a la cabeza del cuerpo que hasta entonces Bessiéres había dirigido hacia el norte de Burgos, cortaba la retirada a Blake para acabar de apoderarse de su artillería e impedimenta según se retiraba hacia el oeste a lo largo de las estribaciones meridionales de la cordillera Cantábrica. Con Víctor y Lefebvre atacando también a los maltrechos restos del ejército de Blake, reducido ahora por las bajas y las deserciones a unos doce mil hombres nada más, sólo una cosa podía hacerse. De modo que, abandonándolo todo, Blake huyó hacia el norte en dirección al mar para después volver sobre sus pasos hacia el suroeste en dirección a la ciudad de León. Pero esta retirada, realizada bajo una lluvia y una nieve incesantes a través de algunos de los montes más altos de España, acabó con el ejército de la Izquierda como fuerza de combate. A duras penas llegaron a la capital leonesa la mitad de sus cuarenta mil hombres, e incluso quienes lo lograron se hallaban sin dinero, hambrientos, afligidos por las enfermedades y faltos de armamento y munición. La Romana, a quien se había ordenado ponerse al mando, escribió en un comunicado del 9 de

diciembre que había logrado reunir veinte mil hombres, pero no podía hacer ningún movimiento contra el enemigo por falta de caballería y de munición para los mosquetes. Las tropas habían perdido muchas armas en la retirada, había unidades que no tenían ollas para preparar el rancho, en los cofres del ejército no quedaba ni un real y se debía a los soldados la paga de un mes. Además no se había pagado a los propietarios de los animales de carga y de tiro, que trabajaban de muy mala gana.[41]

Aparte de Blake, el otro objetivo principal de Napoleón era la gran concentración de tropas españolas situadas en las márgenes meridional y oriental de Navarra. La noticia de la ruptura de los franceses en Burgos debió de llegar al ejército del Centro y a la parte del ejército de Reserva que no se necesitaba para la defensa de Zaragoza cuando se replegaba en dirección a Madrid, pero no se divulgó nada. Por el contrario, se malgastó más de una semana en agrias disputas entre Castaños y Palafox, a la vez que se enturbiaban aún más las aguas debido a la intervención de la comisión enviada por la Junta Central al cuartel general de aquéllos. Al avanzar los franceses hacia ellos tanto desde Vitoria como desde Aranda, desde donde había ordenado Napoleón al mariscal Ney que se dirigiera hacia el este para cogerlos por la retaguardia, los dos comandantes españoles acordaron concentrar sus fuerzas a lo largo de una línea que corría en dirección sur desde el Ebro a la altura de Tudela hasta las estribaciones septentrionales de la sierra del Moncayo a la altura de Tarazona. Incluso en las mejores condiciones esta línea hubiera sido demasiado extensa para ser sostenida por los cuarenta y cinco mil hombres que llegaron a reunir, mientras que tampoco los defensores lograron mantener una vigilancia adecuada. De hecho, al atacar los franceses el 23 de noviembre por la mañana, muchos de los españoles, y en especial los del ejército de Reserva, aún estaban ocupando posiciones, mientras que otros ni siquiera consiguieron reaccionar. Los franceses, concentrando la inmensa mayoría de sus fuerzas contra la derecha española, rompieron su línea con poca o ninguna dificultad. Lo único que salvó a los españoles del desastre total fue el hecho de que Ney no consiguiera presentarse hasta el 26 de noviembre, por la sencilla razón de que tuvo que cubrir una distancia excesivamente larga para tener posibilidad alguna de llevar a cabo las intenciones del emperador. Aun estando brutalmente mermadas —un noble prusiano que luchaba con los franceses describe su línea de retirada diciendo que estaba «sembrada de cadáveres»—,[42] las dos divisiones del ejército de Reserva que estuvieron presentes en el campo de batalla lograron llegar a Zaragoza sin demasiadas dificultades, uniéndose a ellas en su retirada la mayor parte de la división valenciana inicialmente mandada por Llamas. En cuanto a las divisiones andaluzas del ejército del Centro, en su momento se reagruparon en Calatayud, desde donde, muy hostigadas por las

tropas francesas que las perseguían y por los estragos del hambre, la enfermedad y el clima invernal, se retiraron hacia el sur en dirección a Castilla la Nueva.

Al moverse de este modo hacia el sur, Castaños había alimentado ilusas esperanzas de salvar Madrid, pero tenía pocas posibilidades de llegar a la capital antes que los franceses, e incluso de haber llegado a tiempo, sus veinte mil fugitivos exhaustos y medio muertos de hambre apenas hubieran cambiado las cosas. Pero Napoleón no corría riesgos: incluso antes de haber luchado en Tudela, cuarenta y cinco mil de sus hombres se dirigían hacia la capital. Madrid, protegida por sólo doce mil veteranos de Bailén cuyos batallones aún no habían salido hacia el frente y carente de fortificaciones, era un blanco fácil. Como se ha señalado al principio de este capítulo, se hizo una intentona de detener a los invasores en el puerto de Somosierra, pero también fue una chapuza y varios millares de defensores acabaron atrapados en la vertiente norte de los montes no quedándoles más opción que huir a Segovia, donde también habían hallado refugio los nueve mil supervivientes de Gamonal. Habiendo forzado el paso de montaña el 30 de noviembre, los franceses tenían Madrid a su merced, pues a las tropas que habían defendido el puerto les ordenó su comandante, San Juan, retirarse hacia El Escorial. Con el emperador a las puertas de la capital, el pueblo se echó a la calle exigiendo que se intentase defender la ciudad. Las autoridades, aterrorizadas por el «populacho», cedieron, crearon una junta de defensa provista de las armas de que pudo disponerse y ordenaron la construcción de barricadas y fosos. Durante un breve período la actividad fue febril:

> La capital presentaba un espectáculo grandioso; de ambos sexos corrían a trabajar con sus manos y con sus instrumentos de desempedrar las calles ... era increíble la docilidad y celo de la población ... a la simple voz de cualquiera se arrojaban por los balcones cuantos utensilios de hierro y cobre había en las casas y todo objeto de lana o algodón; aquéllos para metralla y éstos para tacos. Se cubrían de colchones los balcones ... Se tapaban las bocacalles con ... muebles de toda especie.[43]

Por muy desafiante que fuera el «populacho», su poderío real era muy reducido. Muchas de las fortificaciones fueron erróneamente planificadas y realizadas y dañó al plan en su conjunto la incapacidad de no asegurar adecuadamente las alturas que dominaban la ciudad. En cuanto a los hipotéticos defensores, pocos estaban convenientemente armados, además de mostrar su habitual tendencia al desorden: pretextando que parte de los cartuchos de mosquete que les habían sido entregados estaban cargados con arena, lincharon a uno de los miembros de la Junta.

Así pues, no es nada sorprendente que la Junta de Defensa enviase desesperadas

solicitudes de ayuda. Pero los supervivientes de Gamonal y Somosierra no estaban en condiciones de ser de gran ayuda, y las tropas de Castaños y Moore aún estaban demasiado lejos. Todavía se habría podido evitar la efusión de sangre —Napoleón, deseoso de no comprometer a José más allá de lo imprescindible, ofreció repetidamente a las autoridades condiciones razonables—, pero era tal la excitación de la población que éstas no se atrevieron a aceptarlas. En consecuencia, el 3 de diciembre el emperador dio orden de que se hiciera una demostración contra la ciudad. El resultado fue de lo más predecible. Muchos de los que habían recibido armas no aparecieron en las barricadas en ningún momento, y quienes lo hicieron «gritaron "¡Victoria o muerte!" y huyeron».[44] Sólo el hecho de que Napoleón no lanzase el ataque hasta haberse apoderado de las alturas dominantes de lo que es hoy el parque del Retiro salvó a la ciudad de ser ocupada de buenas a primeras y la rendición no se pospuso más allá de unas pocas horas: una vez intimidado el «populacho», al día siguiente la Junta de Defensa capitulaba, si bien no antes de que la mayoría de las tropas regulares de la ciudad se dirigiesen precipitadamente hacia el Tajo. Al haberse levantado muchos adoquines para la construcción de fortificaciones, la población «no obtuvo más que la molestia de tener que pavimentar de nuevo sus calles principales».[45]

Como era de esperar, la caída de Madrid causó un colapso general en las posiciones españolas del centro del país. Lo poco que quedaba del ejército del Centro —a lo largo de la retirada desde Tudela había perdido la mitad de sus hombres— estaba el 2 de diciembre en Guadalajara. Sus castigados restos, mandados ahora por Manuel La Peña —Castaños había recibido un despacho ordenándole volver a Aranjuez para hacerse cargo de sus obligaciones como presidente de la comisión militar consejera de la Junta Central—, habían intentado llegar a Madrid dando un rodeo que les condujo a una localidad situada a pocos kilómetros al sur de la capital. Al saber que ésta había caído, marcharon hacia el este llegando a Cuenca, donde Infantado se hizo cargo del mando. A todo esto, sus sufrimientos habían sido terribles. Parafraseando a su nuevo comandante:

> vi a un ejército destruido y a unas tropas sumamente castigadas. Unos iban descalzos y otros semidesnudos y todos estaban hambrientos. Los había que llevaban ocho días sin pan y murieron muchos en las carreteras y en las montañas. Parecían más cadáveres que hombres dispuestos a la defensa de su patria.[46]

En cuanto a las fuerzas de Segovia, habían pedido a voces una marcha sobre la capital para luego echarse atrás y huir hacia el Tajo. Llegaron a reunirse en Talavera junto con unas pocas tropas que habían huido de Madrid y Somosierra, lincharon a continuación a San Juan —al parecer su delito consistía

en haber sido comandante de la guardia personal de Godoy— y por fin puso algún orden en ellas Galluzo, que acababa de ser rehabilitado por la Junta Central. En cuanto a este último organismo, acompañado por una multitud de civiles desesperados —según una estimación huyeron de Madrid al menos catorce mil personas—, había evacuado Aranjuez el 1 de diciembre dirigiéndose primero a Extremadura y finalmente a Sevilla, adonde llegó el 17 de diciembre. Mas a lo largo del camino el panorama era completamente caótico:

> Los carros de municiones, los cañones volcados, los tiros al aire, los pelotones de tropa de todos los colores, presentaban en todo su horror el espectáculo de una dispersión ... No puede imaginarse cuadro más extraordinario: se veían llegar grupos de cien, doscientos y más soldados mandados por un sargento o cabo, todos de diferentes armas; los oficiales solían venir de seis en seis con sus asistentes, aislados de sus cuerpos, que no existían ... El alboroto y el desorden eran espantosos y anunciaban una catástrofe horrenda.[47]

La gran ofensiva en el centro del país no había sido el único desastre que afligió a los españoles. También en Cataluña los franceses habían pasado al ataque. Como hemos visto, en agosto de 1808 los invasores habían topado con problemas considerables en dicha provincia, al quedar bloqueadas la mitad de sus tropas en Barcelona y el resto situadas en las cercanías de Figueras. Al planear su contraataque en España, Napoleón no se había olvidado de ellas. Por el contrario, con diversas unidades francesas e italianas se formaron tres nuevas divisiones para ayudarles. Así pues, en el frente catalán se presentaron más de dieciocho mil hombres de refuerzo, cuyo mando se entregó esta vez al experto y capacitado mariscal Gouvion Saint-Cyr. La Junta Central, quizá consciente de la extrema dificultad de formar un nuevo ejército regular en Cataluña, donde por motivos históricos la conscripción era especialmente detestada, había decidido el envío de refuerzos propios —con tal objeto se tomó una división de Palafox, así como otra formada en Granada bajo el mando de Reding con una mezcla de reclutas bisoños y tropas cogidas a Castaños, mientras se pedía a los británicos que enviaran allí las tropas españolas que habían liberado en Lisboa—; aún había de pasar algún tiempo para que algunas de estas tropas pudieran llegar. De modo que pronto estuvo también amenazado el frente catalán. El ejército de la Derecha, mandado ahora por el capitán general de Baleares, Juan Miguel de Vives, permanecía inactivo, y en consecuencia se permitió a Saint-Cyr pasar a la ofensiva. Las operaciones se iniciaron a principios de noviembre con un ataque a Rosas, cuyo excelente puerto hacía de ella una base adecuada para embarcaciones dispuestas a aprovisionar por mar a Barcelona. Asediada el 7 de noviembre, fue defendida con decisión, pero el 5 de diciembre se abrió una brecha en sus murallas y los defensores hubieron de rendirse. Tocaba ahora auxiliar a Barcelona

y en consecuencia el 11 de diciembre un considerable número de soldados se encaminó hacia el sur. Al dirigirse a Barcelona Saint-Cyr corría un riesgo, pues los españoles tenían una gran superioridad numérica y hubieran podido rodearle con facilidad. Sin embargo, en aquella ocasión dejaron demasiadas fuerzas para vigilar Barcelona. El 16 de diciembre los franceses, enfrentados a menos de diez mil hombres, obtuvieron una victoria en Cardedeu, uniéndose al día siguiente a Duhesme. Aún se hallaban en las cercanías por lo menos dieciocho mil soldados españoles, pero, situados tras el río Llobregat junto a Molins de Rey, al amanecer del 21 de diciembre fueron atacados, superados en táctica y puestos en fuga, perdiendo la totalidad de sus cañones e impedimenta.

Terminaba así la gran contraofensiva francesa. Madrid, Burgos, Santander y Bilbao habían sido ocupadas de nuevo; Barcelona había sido auxiliada; se había tomado Rosas; y se habían logrado importantes victorias en Gamonal, Espinosa, Tudela, Somosierra, Cardedeu y Molins de Rey. Los ejércitos de la Izquierda y la Derecha habían sido puestos en fuga, el ejército del Centro escindido en tres (los supervivientes de Gamonal, Somosierra y Madrid, las divisiones andaluzas de Castaños en Cuenca, y los valencianos que se habían refugiado con Palafox) y el ejército de Reserva sitiado en Zaragoza. A todo esto habían muerto, herido o desaparecido miles de hombres; cientos de cañones y una cantidad incalculable de provisiones habían caído en manos de los franceses, y el nuevo gobierno estaba en fuga. Además, el «populacho», enfrentado al desastre, no se había mostrado muy combativo. En Valladolid, por ejemplo:

> Todo era ahora ir y venir y confusión. Se decía que los franceses estaban a las puertas de la ciudad ... Hombres, mujeres y niños vagaban lanzando los más lamentables llantos y el terror y el desánimo se pintaban en sus semblantes .. Las puertas de los conventos de monjas fueron abiertas por orden del obispo y muchas damas venerables que durante cincuenta años no habían pisado suelo profano se veían ahora obligadas a abandonar las sepulturas que para sí mismas habían preparado.[48]

Todo esto era previsible. Una vez decidido Napoleón a vengar Bailén, nada pudo impedir la derrota. Dicho esto, pese a todo hubiera podido evitarse semejante desastre. En este aspecto se ha dado mucha importancia al desgraciado papel que supuestamente tuvo el éxito inicial de los patriotas al fomentar una especie de confianza excesiva, pero también se ha exagerado mucho. De mucha mayor influencia fue, primero, el descontento del pueblo; segundo, el miedo de la oligarquía al desorden; y tercero, las maquinaciones de personajes como Palafox. En resumen, el problema a que se enfrentaba la España patriótica en el invierno de 1808 era tanto político como militar, pues si se

le permitía recuperarse sin molestarla, al final la resistencia continuada sólo sería posible si se pudieran superar los intereses personales y restaurar el orden. Estando el ejército español hecho jirones, tales objetivos parecían inalcanzables. De hecho, tan pronto como cayó Madrid, las tropas francesas habían empezado a dirigirse al sur y al oeste. Durante un breve período de tiempo todo estuvo en equilibrio, pero aún quedaba una fuerza que no había sido afectada por el desastre. Siendo su presencia casi desconocida para los franceses, el ejército británico estaba por fin preparado para actuar y, lo que es más, para golpear.

Capítulo 6, LA CORUÑA: CAMPAÑA DE SIR JOHN MOORE, DICIEMBRE DE 1808-ENERO DE 1809

El pueblo de Portsmouth miraba horrorizado el espectáculo que tenía lugar en el puerto. La fuerza expedicionaria británica había vuelto, pero no hubo un gran desfile por las calles, pompa, colorido ni relatos victoriosos. Lo que allí podía verse parecían los restos de un ejército. Muchos de los soldados, con los uniformes rotos y gastados, estaban evidentemente enfermos o heridos, aparte de que todos estuvieran sucios, macilentos y exhaustos. En cuanto a los caballos, no había ni uno, la caballería marchaba a pie con un aire especialmente disgustado. A todo esto ya se sabía que su comandante había muerto en un momento en que la victoria se hacía cada minuto más dudosa, y circulaban oscuras historias de traición, incompetencia y perfidia. ¿Qué había fallado?

La respuesta es compleja y tiene muchas facetas, si bien la situación parecía bastante clara. El ejército británico había sido ignominiosamente expulsado de la península Ibérica, y en el proceso había sufrido muchas bajas. Las fuerzas españolas estaban deshechas, se había puesto en peligro la alianza con la España patriótica. Portugal se había vuelto vulnerable a una invasión inmediata que no parecía tener muchas posibilidades de parar. La administración Portland se había desestabilizado y había quedado completamente expuesta a los ataques de una oposición cada vez más intratable. Para coronarlo todo, Napoleón se jactaba de una gran victoria, acusaba a Gran Bretaña de traición y se regodeaba con la imposición de una serie de reformas que le permitían seguir presentándose como héroe y libertador. A la vista de lo que había pasado, todo ello era de lo más sorprendente. Desde luego, la Convención de Cintra había sido una molestia, pero nadie había dudado de la capacidad de las tropas, mientras que el carácter difícil de sir John Moore y sus diferencias con el ministro no eran suficientemente conocidas como para empañar su

reputación de oficial decidido, emprendedor y gran promesa. La influencia de Bailén y el flujo constante de propaganda que producía la España patriótica eran tales que se seguían alimentando grandes esperanzas. En este aspecto, las cosas aún habían empeorado debido al logrado rescate, por parte de los británicos de la división de La Romana en Dinamarca, pues al estar formada por tropas veteranas que no se habían visto sumergidas por el torbellino de los acontecimientos de España, daban una impresión del ejército español completamente errónea.

La posibilidad de la catástrofe siempre había estado muy presente. Con un pueblo hostil a la conscripción, unas autoridades demasiado débiles para imponer sus órdenes, el mundo de la política dominado por las envidias personales, las diferencias ideológicas o los particularismos provinciales, y el ejército acosado por múltiples problemas, en ningún momento hubo posibilidades de que éste resistiera una contraofensiva. De modo que lo más que el ejército de sir John Moore podía haber hecho era reducir la escala del desastre. Los cuarenta mil soldados del comandante británico, apostados en las cercanías de Burgos —que era la posición que los españoles querían que ocupasen—, al menos tendrían una oportunidad de ver correr a los franceses, y en especial de evitar una ruptura como la de Gamonal, dando en consecuencia a Castaños y a Blake una oportunidad de abandonar sus expuestas posiciones de modo mucho más ordenado. Ciertamente se seguiría una retirada en dirección a Portugal, pero sin lugar a dudas marcharían tantas tropas francesas en persecución de Moore que los españoles podrían defender la línea de la sierra de Guadarrama y, en consecuencia, conservar Madrid. Sin duda, a la larga se hubiera perdido la ciudad, pero probablemente un número importante de tropas españolas escaparían más allá del Tajo y podría evitarse el pánico y la desintegración que caracterizaron a la campaña de noviembre y diciembre de 1808. Desde luego, también eran posibles otros escenarios —los británicos eran tan inferiores en número que fácilmente podían ser aniquilados en una batalla decisiva en algún punto de Castilla la Vieja—, pero a fin de cuentas cabe afirmar que era de lamentar el hecho de que Moore no lograra presentarse en el Ebro.

Ya hemos comentado los orígenes de la presencia en España del ejército británico. Como hemos visto, en agosto de 1808 se había acordado concentrarlo en las fronteras de Galicia y León —una apartada comarca a salvo de cualquier ataque francés— y se había elaborado un plan de campaña junto con los españoles. Aunque era suficientemente razonable en opinión de Londres, Moore consideraba este plan de modo muy distinto. Habiendo tenido que librar del bloqueo las guarniciones de Elvas y Almeida, las tropas británicas estaban ahora dispersas en grandes extensiones del centro de Portugal, de modo que sólo llevarlas a la zona que les había sido asignada necesitaba

179
un tiempo considerable, y más aún teniendo en cuenta que el único modo practicable de hacerlo era encaminar todas las fuerzas hacia La Coruña (como de hecho establecían claramente sus órdenes, que no fueron enviadas hasta el 25 de septiembre). En consecuencia, y actuando estrictamente por iniciativa propia, decidió que su punto de concentración no sería la comarca aislada y empobrecida de Ponferrada, sino la ciudad de Salamanca, pensando que sir David Baird podría trasladar su división desde La Coruña en menos tiempo del que a él le costaría hacer que sus tropas cruzasen la frontera de Portugal. Todo esto era perfectamente comprensible —Moore opinaba que un desembarco produciría «la pérdida de un cuerpo», mientras que «una marcha, bien dirigida, haría mucho bien a este ejército»—[1] siempre que el cambio no chocara abiertamente con el espíritu de las instrucciones del gobierno, y en circunstancias normales hubiera acelerado la intervención británica (por más que incluso así los británicos no podrían estar listos en Salamanca para entrar en acción, como muy pronto, hasta principios de noviembre). Aunque también ha de decirse que Moore despreciaba la capacidad del gobierno para el pensamiento estratégico y estaba ávido de gloria militar. Y, lo que aún era peor, no logró conseguir un poco más de tiempo: al final el ejército no estuvo reunido hasta la primera semana de diciembre. El retraso fue motivado en parte por factores ajenos a Moore: las carencias estructurales del ejército británico, la pereza mostrada por Dalrymple antes de su partida, una desesperada falta de dinero en metálico, errores de la burocracia británica, las dificultades para conseguir transportes adecuados y la actitud obstruccionista de la Junta de Galicia. También hay que tener presente el complejo problema de las carreteras que en sus marchas por España siguió el ejército inglés. Resumiendo, mientras el grueso de la infantería marchaba desde Lisboa en dirección noreste hacia Salamanca, pasando por Beira, la artillería, la caballería y algunos otros infantes fueron puestos bajo el mando del competente sir John Hope y se les ordenó seguir la carretera principal Lisboa-Madrid, que discurre por el Alentejo, atraviesa Extremadura y pasa el valle del Tajo. Esta decisión no merece el desprecio con que a veces se ha considerado: tenía en cuenta la estación, el estado de las distintas carreteras y los acuartelamientos en el interior de Portugal de las diferentes unidades del ejército británico. Mas para que los británicos entraran rápidamente en acción era preciso que Hope hallara un camino por el que cruzar los accidentados montes que separan el valle del Tajo de León: era lógico que sin su caballería y sus cañones, Moore no pudiera entrar en acción. Pese a que había al menos dos carreteras que seguían la misma dirección, Hope no lo logró. Nunca se han explicado los motivos, pero el resultado fue que este cuerpo acabó dando un enorme rodeo. Tras marchar a lo largo del valle del Tajo, al llegar al oeste de Madrid giró en dirección norte y tomó la carretera principal de la capital hacia el

noroeste para volverse luego atrás y recorrer una distancia considerable hacia la frontera portuguesa.

Fuera cual fuese el motivo, en definitiva, el ejército británico estuvo expuesto durante cierto tiempo a una completa derrota en las llanuras de la meseta si hubieran atacado los franceses, como de hecho hicieron, cuando podría haber estado cómodamente instalado en la seguridad de los montes de Galicia. Quizá esto pueda perdonársele a Moore; pero no su comportamiento durante el tiempo que pasó en Salamanca, adonde había llegado el 13 de noviembre. Por si las noticias de Gamonal y Espinosa no eran suficientemente malas, aún se hizo más evidente que el nuevo gobierno carecía de medios para imponer su autoridad, que no había nadie con quien Moore pudiera elaborar un plan de campaña, que las posibilidades de que el ejército británico fuera regularmente abastecido con las cantidades de vituallas adecuadas eran sumamente escasas, que el entusiasmo del pueblo por la guerra brillaba por su ausencia y que aún pasaría bastante tiempo hasta que pudiera unírsele Baird, cuyas tropas se hallaban en aquel momento dispersas por el norte a lo largo de la mayor parte del centenar de kilómetros de carretera que hay entre Lugo y Astorga. Matizar que esto era un obstáculo inoportuno era un modo suave de decirlo, y Moore hubiera sido un insensato de no haberse alarmado profundamente. Como lamentaba:

> De haber tenido con anterioridad una idea de la debilidad de los ejércitos españoles, del estado de indefensión del país, de la patente apatía del pueblo y de la imbecilidad egoísta del gobierno, sin lugar a dudas no hubiera tenido prisa por entrar en España o por haberme acercado al escenario de la acción hasta que estuviera reunido el ejército ... No parece haber un ejército, generales, ni un gobierno. Es incalculable la fuerza de todo un pueblo decidido y entusiasmado si hay las personas con habilidad para dirigirlo, pero hasta el momento nada de esto ha sucedido ... Aquí sólo contamos con nosotros mismos ... en total ignorancia de los planes y deseos del gobierno español. Por lo que he podido saber, la Junta ... es incapaz de elaborar plan alguno o de llegar a una decisión firme.[2]

Hay que decir también que Moore decidió quedarse el tiempo suficiente para que Baird y Hope pudieran reunirse con él, pero que decidiera permanecer en Salamanca no significaba que ello le hiciera feliz. A finales de noviembre recibía regularmente desesperadas solicitudes tanto del embajador británico —un protegido de la gente de Canning, llamado John Hookham Frere, que compartía el desagrado general de los ministros por Moore y depositaba una confianza ilimitada en el entusiasmo de los españoles— como de la propia Junta Central para que hiciera algo en ayuda de la causa patriótica. Por lo que sabía, a Moore le parecía que la retórica optimista con que Frere

y la Junta cubrían sus llamadas no se apoyaba en los hechos, mientras que su propia capacidad real de hacer algo seguía siendo tan limitada como antes: el 28 de noviembre ninguna de las tropas de Baird había llegado a Astorga, mientras que sir John Hope estaba aún a unos 110 kilómetros al sur. Temeroso del desastre por no tener caballería ni artillería, intentó entonces reescribir la historia.

> Se les ha alentado en Inglaterra con la falsa información transmitida por los oficiales enviados a los distintos ejércitos españoles, que no tuvieron el buen juicio ni la honradez para decir la verdad, de modo que lord Castlereagh sabe muy poco de la situación en que aquí nos hallamos.[3]

El resultado era que «este ejército fue enviado demasiado lejos», cuando en realidad, como escribió a Baird, tenía que haber ido a Andalucía:

> Sé que habíais de desembarcar en Cádiz, y yo había de encontraros en Sevilla, donde se podía haber unido y equipado al ejército, pero las órdenes fueron otras, y nuestra función es hacer todos los esfuerzos ... por obedecer nuestras órdenes ... en la medida en que esté a nuestro alcance.[4]

Aún empeora más este fárrago de falsedades, cuyo grado de deshonestidad es ciertamente pasmoso, el hecho de que Moore siempre hubiera reconocido que corría un riesgo al ignorar las instrucciones que tenía. Como había escrito estando aún en Portugal: «Si se mantiene a los franceses ... a cierta distancia al otro lado del Ebro, entonces todo irá bien, pero si ... toman la ofensiva y consiguen hacer retroceder a los españoles antes de que podamos reunirnos, nuestra posición no será tan agradable».[5] Ahora bien, si se hallaba en un «terrible apuro» era en gran medida porque se había metido en él. De todos modos, Moore tenía buenas razones para quejarse. No era justo, por ejemplo, que entre la población nadie pareciera deseoso de servir en el ejército. Aún era peor el hecho de que en muchos casos les fueran abiertamente hostiles. En Ciudad Rodrigo, por ejemplo, casi tuvo lugar «algo así como una conmoción ... como consecuencia de haber pedido nuestros soldados un poco de sal a las personas en cuyas casas habían sido alojados», y aún peor, «un oficial del setenta y nueve tuvo la mala fortuna de verse complicado en una discusión y, al cruzar una callejuela oscura, fue bárbaramente asesinado por manos desconocidas».[6] De modo semejante, en Alcántara «nos recibieron ... con tal falta de hospitalidad que se diría que ignorasen que éramos amigos».[7] El comisario Augustus Schaumann resume la queja generalizada:

> Aquí la gente tiene la descarada indiferencia de mirar a las tropas inglesas como si fuesen animales exóticos que hubieran venido a enzarzarse en un combate particular con los franceses; y ahora que están aquí, lo único que los elegantes caballeros españoles tienen que hacer es observarnos sin sacar las manos

> de los bolsillos. No nos consideran en modo alguno como aliados dispuestos a dar su sangre por España; nos miran, sencillamente, como herejes. Y cuando nos dan alojamiento ya es mucho que nos ofrezcan un vaso de agua.[8]

La gota que colmó el vaso fueron las noticias llegadas de Tudela el 28 de noviembre. Moore, arguyendo que no había sido enviado a España para combatir él solo con todo el ejército francés, decidió retirarse y preparó a sus tropas para la partida ordenando al tiempo a Baird marchar hacia La Coruña y a Hope encaminarse directamente a Portugal.

Pero casi inmediatamente la situación cambió, pues Moore se enteró, primero, de que al recibir el mando de todas las fuerzas españolas en el noroeste español, La Romana había conseguido reunir en León los restos del ejército de la Izquierda, y segundo, de que Madrid estaba haciendo una seria intentona de defenderse. Al no dar señal los franceses de dirigirse hacia el oeste, Moore decidió que retirarse le haría caer en desgracia, y más aún considerando que había vuelto a tener a su disposición un ejército formado por todas las armas, al estar ahora Hope, en Alba de Tormes a sólo 24 kilómetros de distancia. En consecuencia, el 5 de diciembre corrigió sus órdenes anteriores. Entonces escribió:

> Madrid todavía resiste. Es la primera muestra de entusiasmo que se ha observado; hay posibilidades de que su ejemplo sea seguido ... Contando con esta posibilidad, he ... tomado medidas para operar nuestra unión mientras los franceses están completamente ocupados con Madrid. Nuestro empeño es no abandonar la causa mientras haya esperanza.[9]

Esta decisión, aun no habiendo llegado a tiempo para evitar un enfrentamiento violento entre Moore y Frere (quien pecó de necedad, todo hay que decirlo), cambió por completo la dirección de la campaña. Pues el comandante británico había optado por atacar en dirección este internándose por Castilla la Vieja con la esperanza de que esto impulsara al emperador a apartarse de Madrid. Naturalmente, en plazo muy breve llegaron noticias de que la capital había caído, pese a lo cual seguía vigente la lógica de que un ataque por Castilla la Vieja evitaría sin duda que los franceses marchasen a Portugal o Andalucía. A todo esto Moore, que había salido de Salamanca el 11 de diciembre, vio reforzada su decisión por la llegada a su cuartel general de un despacho capturado de Berthier a Soult en que se informaba a éste del paradero del resto del ejército francés y se le ordenaba lanzar una ofensiva en dirección oeste desde su actual posición a orillas del río Carrión, a unos 65 kilómetros al este de León. Al estar en Santander una de las tres divisiones de infantería de Soult y en el valle del Tajo su brigada de caballería, parecía casi seguro poder arrollarle antes de que recibiera ayuda, pues el mariscal se hallaba muy lejos del apoyo más cercano, y era evidente que los franceses no tenían ni idea de que los británicos andaban cerca. Originalmente el plan

consistía en ocupar Valladolid, mas ahora Moore ordenó a sus hombres seguir marchando hacia el norte a fin de entrar en contacto directo tanto con Baird como con La Romana. De resultas de la huida de los españoles de Espinosa de los Monteros, el contacto con ellos no fue muy estimulante, mientras que la unión con Baird supuso que para el 20 de diciembre estuvieran concentrados en Mayorga más de veinticinco mil soldados británicos. Aunque ahora Soult ya había descubierto la amenaza británica al tiempo que recibía el refuerzo de toda una división de caballería procedente de Valladolid, seguía siendo muy vulnerable. El 21 de diciembre una de sus brigadas de caballería fue atacada y derrotada en Sahagún de Campos por dos regimientos de húsares británicos.

La caballería británica, criticada con frecuencia por «galopar con cualquier excusa», se distinguió en Sahagún. El terreno, cubierto de viñas, era impracticable para la caballería, y los franceses habían tomado posiciones tras una profunda zanja. En palabras de uno de los participantes británicos:

> Tan pronto como el enemigo hubo formado en orden de batalla, vitorearon con gran bravura y de inmediato empezaron a disparar. Entonces el Decimoquinto se detuvo, se adelantó para formar en la línea, lanzó sus propios vítores y avanzó. La distancia entre ambos bandos era de unas cuatrocientas yardas, pero la recorrimos con tal rapidez que sólo tuvieron tiempo de disparar unos cuantos tiros antes de que cayéramos sobre ellos ... el choque fue terrible: caballos y hombres fueron derribados y de toda la extensión de su frente surgió un grito de terror mezclado con juramentos, quejas y peticiones de clemencia. Nuestros hombres, aunque sorprendidos en lo más profundo de sus filas, avanzaron hasta abrirse camino a través de su columna. En muchos sitios los cuerpos de los caídos formaban un confuso montón de hombres y caballos ... Todos los que presenciaron el avance del Decimoquinto reconocieron que en una revista nunca se realizaron con semejante corrección los movimientos tanto de columna como de línea.[10]

Con el resto del ejército a punto de ocupar Sahagún, Soult parecía estar abocado a un golpe aplastante, pero Moore decidió que sus hombres tenían que descansar 48 horas, de modo que hasta el atardecer del 23 de diciembre el ejército no se puso en marcha para atacar a los franceses, que estaban a la espera en Carrión de los Condes. Pero tan pronto como fueron enviadas las órdenes de avance, llegaron del sur noticias importantes: un informe según el cual estaban entrando por la sierra de Guadarrama en las llanuras de Castilla la Vieja abundantes tropas francesas. En pocas palabras, la partida había empezado: Napoleón había descubierto por fin la presencia del ejército británico y se dirigía al norte para destruirlo. Había llegado el momento de retirarse, se despacharon nuevas órdenes y, para su consternación, las tropas británicas se vieron detenidas y obligadas a volver atrás.

Aunque las sorprendidas tropas no lo sabían, ahora su destino era el mar. De todos modos, antes de considerar los acontecimientos que a continuación se produjeron, nos fijaremos en los hechos acaecidos en el campo francés tras la ocupación de Madrid. En el momento de la caída de la capital y algún tiempo después, Napoleón y sus fuerzas no tenían información alguna de que el ejército británico aún intervenía en la campaña. De modo que, al no haber avanzado ninguna tropa francesa al oeste de la línea Valladolid-Ávila, sólo tenían una vaga impresión de la presencia británica en España, pues era idea que dichas fuerzas huían en aquel momento camino de Lisboa. En consecuencia se enviaron tropas a localidades como Talavera, Toledo, Ocaña y Tarancón, mas no en dirección a Salamanca. Esto presagiaba, desde luego, un movimiento hacia Portugal y Andalucía; pero a todo esto Napoleón tenía otras muchas cosas *in mente*. La primera y la más importante era el dominio político de España, siendo en este aspecto el primer acto del emperador anunciar o bien que iba a ocupar personalmente el trono español, o bien que dividía el país en cierto número de regiones militares mandadas por gobernadores franceses. Pero en cualquier caso todo esto eran meras añagazas. Lo que verdaderamente quería Napoleón, además de un pretexto para parecer magnánimo, era una muestra de reconocimiento. La obtuvo: invitados a jurar lealtad a José Bonaparte por el Santísimo Sacramento en ceremonias celebradas el 13 de diciembre en iglesias de la capital, los dignatarios civiles y eclesiásticos de la ciudad, así como miles de ciudadanos, cumplieron el imperial deseo, tras lo cual fue debidamente anunciado que iba a favorecer la recuperación de su trono por «el rey intruso».

Durante cierto tiempo la restauración de José sería puramente formal. Napoleón consideraba que en la Constitución de Bayona se había visto obligado a hacer cierto número de concesiones humillantes a la opinión tradicionalista española, y ahora estaba decidido a asegurarse de que su nuevo estado vasallo se igualaría al resto del imperio mucho más estrictamente. Pero Napoleón sabía que era improbable que José, deseoso de conciliarse a la opinión española y de ser aceptado como monarca, siguiera adelante con los cambios que él deseaba introducir. En consecuencia, y para gran disgusto del rey José, éste se vio confinado en el palacio del Pardo, mientras su imperial hermano ordenaba a su gusto las cosas en los que llegaron a conocerse como los «decretos de Chamartín» (la localidad en que Napoleón tenía su cuartel general). Dichos decretos abolieron de un solo golpe los monopolios, las barreras arancelarias internas, las obligaciones y derechos feudales de las jurisdicciones particulares, disolvieron dos tercios de las comunidades religiosas de España, abrieron el camino para la vuelta de frailes y monjas a la vida civil, abolieron la Inquisición, y pusieron a la venta todas las propiedades de las instituciones religiosas suprimidas. Al mismo tiempo, y pese a la constante pretensión de

moderación, a la reforma vino a sumarse la proscripción. La capitulación había garantizado la vida, la libertad y las propiedades de todos los que se sometieran al emperador, pero bajo el pretexto de que aquélla había sido violada por la huida de ciertas tropas regulares que había en la ciudad al ser ésta atacada, el gobernante francés la declaró nula y sin valor y procedió a realizar gran número de detenciones, incluyéndose entre los afectados varios miembros de la Junta de Defensa, el presidente del Consejo de Castilla, varios nobles que habían desertado de las filas de José tras haber jurado lealtad a su causa y todo el Consejo de la Inquisición. Por lo tanto, y dado que muchos de los detenidos perdieron sus propiedades, que se planeaban otras muchas confiscaciones y que todos los bienes afectados fueron puestos a la venta de inmediato, la escala del ataque a la estructura social tradicional se vio muy incrementada.

A José le pareció muy mal casi todo. Aparte de que las iniciativas de Napoleón amenazaban de diversas maneras con hacerle perder las simpatías del pueblo, los decretos de Chamartín ni siquiera se habían promulgado en su nombre. Con la impresión de que su posición había quedado en falso, esgrimió la posibilidad de abdicar. Pero el problema era que José no era hombre capaz de llevar a cabo semejante amenaza. Por una parte estaba tan dominado por su hermano pequeño que romper con él le planteaba dificultades psicológicas casi insuperables, mientras que por otra era adicto al lujo, a la opulencia, y estaba muy enamorado de la idea de ser rey. Napoleón, excelente juez de la naturaleza humana, era perfectamente consciente de ello, y en consecuencia aprovechó esta renuncia de José para ofrecerle diversos puestos inferiores a cambio del trono español. Al producir el resultado deseado, el emperador pasó del palo a la zanahoria e invitó a su hermano a acompañarle en una breve visita a la capital, halagándole con promesas de apoyo y comprensión.

Tras la caída de Madrid, durante dos semanas todo pareció ir bien. Mas lo cierto es que Napoleón vivía de ilusiones. Que la plebe se hubiera mostrado no sólo hostil a la conscripción, sino también —al menos en su mayor parte— reticente a tomar las armas en defensa de sus propios hogares, no suponía que la ocupación francesa no fuera a tropezar con resistencia alguna. Por el contrario, en el invierno de 1808 se produjo el verdadero nacimiento de la guerrilla: la lucha irregular que iba a acosar durante el resto de la guerra a la zona de ocupación francesa. Este fenómeno, mucho más complejo de lo que parece a primera vista, se explicará en el capítulo 10. Baste de momento decir que el territorio que tan rápidamente habían dominado los invasores se convirtió en guarida de diversas bandas de merodeadores. Estos hombres, que eran por entonces en su mayor parte poco más que grupos de bandidos formados por una combinación de proscritos, desertores, huidos de la recluta y campesinos

despojados, enseguida empezaron a causar graves problemas a los franceses, pese a que en la mayoría de los casos no les movía el patriotismo, sino la necesidad. Ya había habido problemas incluso antes de la caída de Madrid: Marbot, enviado por Lannes a Napoleón con un despacho a finales de noviembre, encontró en su camino los cuerpos de varios franceses asesinados, entre ellos un oficial de caballería clavado a la puerta de un establo boca abajo y con una hoguera bajo la cabeza, y en dos ocasiones fue atacado por partidas de guerrilleros.

Moore estaba dirigiendo sus operaciones con una información segura de las posiciones e intenciones del enemigo, y ello en gran parte gracias a la captura por las guerrillas de gran número de correos franceses. Soult no fue informado de los avances de Moore hasta el 15 de diciembre, y tampoco Napoleón lo supo hasta cuatro días más tarde. Pero una vez llegaron las noticias, el emperador actuó con gran rapidez y determinación. Aunque se había decidido por una ofensiva contra Lisboa, para lo cual ya había enviado a la caballería en dirección oeste siguiendo el Tajo, la parte principal de su ejército seguía aún en las proximidades de Madrid. Podía disponer inmediatamente de unos cuarenta mil hombres, incluyendo la Guardia Imperial, la Guardia Real del rey José (una reducida fuerza de desertores extranjeros y prisioneros de guerra), el cuerpo de ejército del mariscal Ney y dos divisiones de infantería pertenecientes a los cuerpos de Lefebvre y Victor. Más allá, en un arco que iba de Talavera a Guadalajara, se hallaban las restantes tropas de Victor y Lefebvre —en ambos casos dos divisiones de infantería y una brigada de caballería—, una brigada de caballería ligera destacada del cuerpo de ejército del mariscal Soult, tres divisiones de dragones y la división de infantería independiente del general Desolles. Al ser estas tropas más que suficientes para enfrentarse a los restos de los ejércitos españoles, se ordenó a la totalidad de las reservas centrales —excepción hecha de la Guardia de José— marchar en dirección a Valladolid con la esperanza de cortar las comunicaciones de los británicos con Portugal. Es más, se enviaron mensajes a una división de dragones que había sido enviada a defender Ávila, a otra que había llegado a Burgos y al cuerpo de ejército del general Junot, que se extendía desde esta ciudad hasta la frontera francesa, para que se unieran o reforzasen al asediado Soult.

Pese al hecho de tener ahora frente a sí a ochenta mil hombres, en realidad Moore apenas corría peligro. Pues el avance francés se veía frenado por las desastrosas condiciones climáticas. En la sierra de Guadarrama, por ejemplo, las tropas padecieron una terrible ventisca:

> Al siguiente día, una furiosa tempestad de nieve con un terrible vendaval hizo casi impracticable el paso de las montañas. Hombres y caballos caían por

> los precipicios. Los batallones que habían tomado la delantera empezaron a retroceder, pero Napoleón estaba decidido a alcanzar a los ingleses costara lo que costase. Entonces ... ordenó que los miembros de cada sección se cogieran de los brazos entre sí. La caballería desmontó e hizo lo mismo. Lo mismo hizo el estado mayor, quedando el emperador entre Lannes y Duroc ... y así, pese al viento, la nieve y el hielo, avanzamos, aunque nos costó cuatro horas llegar a la cima.[11]

Mientras tanto, más al norte, aunque la nieve se convertía en lluvia «las carreteras estaban impracticables: sólo en Polonia y en Champagne habíamos encontrado semejantes barrizales».[12] Todo esto causó enormes sufrimientos a los franceses. Coignet, por ejemplo, recuerda haber vadeado un río helado del que salió con las piernas «rojas como langostas», y Chlapowski escribió: «caballos y hombres se hunden profundamente en el barro ... me dijeron que algunos soldados que no podían seguir ... se quitaron la vida por temor a caer en manos de los grupos de guerrillas españolas que erraban por el país».[13]

Pero aparte de las cuestiones climáticas, Moore había avanzado tanto hacia el norte que era improbable que pudiera cortarle el paso una fuerza procedente de Madrid. De modo que la única oportunidad del emperador era coger a su adversario por sorpresa; pero Moore, plenamente consciente del peligro, corrió hacia el oeste tan pronto como supo que Napoleón estaba en marcha, además de haber pedido hacía tiempo el envío de sus buques de transporte de Lisboa a La Coruña. Es cierto que una acción vigorosa por parte de Soult hubiera podido frenar a Moore lo suficiente como para permitir a las fuerzas de Napoleón ponerse tras sus pasos; pero el mariscal decidió esperar la llegada del primero de los refuerzos que se le enviaban desde Burgos, tras lo cual su avance se vio frenado por las densas lluvias y por una serie de hábiles combates realizados por la caballería británica para cubrir la retirada.

De modo que el 27 de diciembre todo el ejército de Moore había alcanzado una seguridad relativa en la ribera occidental del Esla, entre Benavente y Valencia de Don Juan, y puede decirse que al día siguiente empezó la larga marcha que llegaría a conocerse en los anales del ejército británico como «la retirada de La Coruña». La parte principal de las fuerzas de Moore, con la retaguardia cubierta por la caballería y la infantería ligera, que logró capturar al general Lefebvre Desnouettes en una feroz escaramuza a las puertas de Benavente, avanzó en dirección noroeste hacia Astorga. En dicha ciudad se unió a los restos del ejército de la Izquierda, que se había visto obligado a evacuar las posiciones ocupadas junto a León debido al avance desde Carrión de las tropas de Soult tras haber sufrido un duro revés en Mansilla de los Mulos. Aunque no fuera culpa de los españoles, que tenían todas las demás líneas de retirada cerradas por la nieve o por el enemigo, este encuentro con sus aliados no

gustó nada a Moore, que por motivos logísticos pidió a La Romana que se retirase no en dirección oeste hacia Astorga, sino en dirección norte hacia Oviedo. Pero, como él temía, el resultado fue caótico, y el ejército de la Izquierda quedaba ahora en peor situación que nunca. Un soldado escribió: «me resulta imposible describirlo ... Más parecía una gran cantidad de campesinos expulsados de sus hogares, hambrientos y faltos de todo que un ejército regular. La enfermedad hacía en ellos tremendos estragos».[14] Citando a Gordon, «esta fuerza española ascendía a unos seis mil hombres en las más lamentables condiciones. Todos ellos iban mal vestidos; muchos carecían de zapatos y de armas; una fiebre pestilente hacía estragos entre ellos; llevaban varios días sin pan y no tenían prácticamente un céntimo».[15] Así pues, desesperados por la falta de comida, cayeron tanto sobre la ciudad como sobre las caravanas de la impedimenta británica, de resultas de lo cual se produjo un libertinaje general que pronto se extendió incluso entre los casacas rojas ingleses.

Para muchos oficiales británicos todo esto supuso una enorme conmoción. «Cuál no sería nuestra sorpresa —escribió Cadell— al ver a semejantes tropas en lugar del excelente ejército del que tantas veces habíamos oído hablar y que iba a unirse a nosotros.»[16] Mas también es cierto que los ejércitos aliados se habían reunido y disponían de una línea de retirada segura, además de tener considerables cantidades de armas, munición, vituallas y ropa, así como una excelente posición defensiva: la propia ciudad estaba fortificada y podía defenderse como una fortificación avanzada, mientras que sus fuerzas principales eran dueñas de los pasos por los que discurría la carretera principal a La Coruña en dirección noroeste. No se intentó resistir, y el 30 de diciembre ambos ejércitos estaban camino de La Coruña. Cómo se llegó a tal situación es tema que ha generado muchas controversias, y el episodio en su conjunto causó una crisis en las relaciones entre británicos y españoles. Parte del problema era, sin duda, de orden logístico —no se podía proporcionar suministros indefinidamente a la posición de Astorga—, pero su origen estaba en que, tanto en el aspecto personal como en el político, Moore había decidido no correr más riesgos con su ejército. A todo esto se añadía el hecho de que no sólo las tropas de La Romana se hallaban en un estado que les impedía combatir, sino que también en el ejército británico se había relajado la disciplina. Los problemas habían empezado unos días antes, al pasar el ejército por Benavente. Indignadas por la rápida retirada de los españoles, las tropas británicas alojadas en el castillo arrasaron sin consideraciones sus magníficas estancias, mientras la soldadesca y sus mujeres caían sobre las bodegas de la ciudad, lanzándose a la primera de lo que había de llegar a ser una serie de borracheras masivas. A todo esto la confusión se vio incrementada por la decisión de deshacerse de algunas de las vituallas del ejército, ocasión en que la tropa aún se hizo con más alcohol.

189

Así pues, probablemente la retirada decidida por Moore era bastante sensata en términos militares, si bien en otros aspectos resultaba desastrosa. Tras no haber logrado presentarse a tiempo para la contraofensiva de Napoleón y haber permitido luego que Madrid cayera sin disparar un tiro, los británicos daban ahora la impresión de estar abandonando España por completo. En cualquier caso, La Romana estaba furioso, pues muchos de los suministros almacenados en Astorga estaban destinados a su ejército, y además Moore le había prometido que, en principio, defendería la ciudad. Mas lo peor aún estaba por llegar. Al retroceder los británicos, la embriaguez, la fatiga extrema —en una ocasión Moore obligó a sus hombres a marchar sin descanso durante 36 horas—, el hambre y el descontento causaron un desorden general. Todos los afectados, carentes de medios de supervivencia, no tenían más opción que dedicarse al pillaje; pero mientras que algunos seguían al ejército a trancas y barrancas y, aun no estando dispuestos a tratar con especial amabilidad a la población civil, se limitaban a apoderarse de lo que necesitaban, muchos otros veían la situación como una magnífica oportunidad para entregarse a los vicios más reprochables. En consecuencia, si bien algunos batallones se mantuvieron unidos con bastante eficacia, el paso del ejército dejó tras de sí una estela de incendios, rapiñas, violaciones y asesinatos. Hay infinidad de relatos de los desórdenes que se produjeron durante aquella retirada. Típica de los horrores infligidos a la población civil es la escena que vio Gordon el 1 de enero de 1809:

> Por la tarde cruzamos un pueblo grande que había sido completamente arrasado por el fuego. Sus desdichados habitantes estaban sentados entre los míseros objetos de su propiedad que habían logrado salvar de las llamas y contemplaban con silenciosa desesperación las ruinas de sus casas. Los cuerpos de varios españoles muertos de hambre o por enfermedad o que habían perecido debido a las inclemencias del tiempo yacían esparcidos, lo que se añadía al horror de la escena. El pueblo había sido incendiado por elementos de nuestra infantería.[17]

Porter confirma estas escenas, y escribe: «Los pobres campesinos fueron víctimas del pillaje e infinidad de personas sin vivienda y carentes de todo se dirigían a los oficiales según iban llegando implorándoles una compensación que estaba fuera de su alcance proporcionarles».[18] Pero quizá lo peor de todo fue el destino de Bembibre. Según Blakeney:

> Bembibre mostraba todas las señales de un lugar recién arrasado y saqueado. Todas las puertas y ventanas estaban rotas, todas las cerraduras y cerrojos forzados. Ríos de vino corrían por las casas y por las calles, donde yacían grotescos grupos de soldados ... mujeres, niños, españoles fugitivos y arrieros, todos

> al parecer exánimes ... y el vino que rebosaba por sus labios y por sus narices causaba la impresión de deberse a heridas de armas de fuego ... La música cuadraba a la perfección: rugidos salvajes que eran muestra de hilaridad se mezclaban con gemidos exhalados por labios febriles que vomitaban el vino del día anterior; la obscenidad era un deporte público.[19]

Marchando bajo la lluvia y la nieve casi constantes, incluso las tropas que se mantenían en torno a las banderas presentaban un aspecto lamentable. Los arrieros españoles desertaban, los carros eran abandonados uno tras otro, e incluso hubo que tirar a un barranco los fondos en metálico de los cuarteles generales. La carretera se hallaba atestada de hombres y caballos muertos y de equipo de todo tipo abandonado, y los montones de suministros en llamas añadían a la situación la apariencia de una derrota. En cuanto a los soldados, la experiencia de Stephen Morley fue de lo más característico:

> No teníamos un suministro de ropa y de comida adecuados y nuestros pies estaban lastimosamente llagados por falta de zapatos; en realidad, eran muchos los que iban descalzos ... Las pobres mujeres eran dignas de la mayor piedad. Una de ellas ... que no tenía para cubrirse más que sus ropas hechas jirones ... dio a luz a un niño ... La carretera estaba cubierta en su totalidad de hombres que no podían avanzar ... La disciplina se había olvidado, nadie mandaba y nadie obedecía ... Al ver que salía humo de un gran edificio apartado de la carretera, me arrastré más que caminé hacia él. Era una especie de establo atestado de nuestros hombres que habían encendido una hoguera. Encontré un rincón libre y, poniéndome la cartuchera bajo la cabeza, caí en un profundo sueño ... Cuando desperté me dijeron que el ejército ... se había ido.[20]

Al llegar los franceses, Morley, al igual que muchos otros como él, cayó prisionero. Pero el grupo en que fue incluido opuso una feroz resistencia, y uno de los pocos aspectos brillantes de la retirada fue el modo en que bandas de rezagados se reunieron repetidamente para oponer, aunque fuera a la desesperada, una «última resistencia». El más célebre de tales incidentes tuvo lugar cerca de Betanzos en los últimos momentos de la retirada, cuando un sargento llamado William Newman reunió a un centenar de hombres que se enfrentaron a un grupo de la caballería francesa.

Así pues, el espíritu combativo de las tropas no se había quebrantado. De todos modos esta retirada sigue siendo un funesto capítulo de la historia del ejército británico. Prestemos atención, por ejemplo, al relato del marqués de La Romana:

> Los ingleses se han apoderado ... de las acémilas destinadas a nuestro ejército ... de las mulas de tiro que arrastraban la artillería y municiones, de los bueyes

> que tiraban los carros de equipajes, han insultado y maltratado... a nuestros oficiales ... han robado todas las mulas de los ... vecinos de Benavente y pueblos de Campos, dejando multitud de carros abandonados en los caminos, unos despeñados y otros hechos pedazos en el intento. Han matado y consumido sin necesidad los bueyes de los carros y no han pagado su importe. Han asesinado tres alcaldes y a otros vecinos. Han derramado el vino de las bodegas después de beber el que han querido, sin pagarlo. No han satisfecho los carros y caballerías que han empleado en transportar sus inmensos equipajes y a sus mujeres. Los comisarios se han negado a dar en varios pueblos recibos de los víveres que les han suministrado las justicias; a otros les han rebajado arbitrariamente las cantidades que han querido, en una palabra, los franceses mismos no podían haber destinado agentes más poderosos para conciliar el odio a los ingleses que el ejército del mando del general sir John Moore.[21]

Con todo, si bien los españoles se formaron una opinión claramente negativa de sus aliados, también es cierta la recíproca. Desde el momento en que las tropas británicas entraron en España, su desilusión había ido creciendo ante la falta de disposición de la población para alistarse en el ejército regular, por no mencionar la dejadez y la incompetencia que, según descubrieron, eran las principales características de las autoridades españolas. Además, a estas dudas se añadían historias de doblez y de traición —no había, al parecer, otra explicación de la caída de Madrid—, mientras que el mísero estado de las fuerzas de La Romana a duras penas podía inspirar confianza en la capacidad de resistencia española. De todos modos, para ser justos hay que señalar que el comportamiento de estas tropas no fue mucho mejor que el de las británicas; de ello da testimonio la experiencia del párroco de la localidad de San Andrés del Rabanedo tras la batalla de Mansilla de los Mulos:

> Se encontraban muertos y moribundos en los caminos, en las casas ... de tal modo que los quejidos y clamores de los unos con la fetidez y suciedad de los otros, formaban el aspecto más horrible que jamás se ha visto hasta entonces ... A todo esto, se siguieron los robos, los insultos, los atropellamientos de los que, acosados por el hambre o por la costumbre de robar, acometían por los caminos y en las mismas casas violentamente. Viéndome salir de una necesidad natural, unos cuantos, dispersos, fueron a registrar los excrementos, creyendo que había ido a esconder allí dinero ... No se podía dar un paso sin exponerse a todo género de vejaciones.[22]

Además, según proseguía la retirada, empezaron a circular relatos de hostilidad e incluso de asesinato, registrándose también una gran ira debido al total fracaso de la plebe para ofrecer resistencia de ningún tipo. En palabras de Schaumann:

> La apatía con que los habitantes de este país montañoso ... han presenciado nuestras miserias es repugnante. Se les veía alejados de nosotros en nutridas hordas armadas, en las montañas ... cuando ... nos hubieran sido de la mayor utilidad cubriéndonos la retirada. Pero estos patriotas de pacotilla ... no nos prestaron ayuda e incluso tuvieron buen cuidado de apartar de nuestro camino todo el ganado y todas las vituallas ... y además asesinaron y desvalijaron a nuestros propios hombres caídos a derecha e izquierda a lo largo de la carretera.[23]

Con todo, y pese a que se estaban sembrando las semillas de graves desavenencias en las relaciones angloespañolas, los ejércitos aliados al menos sobrevivían. El ejército de la Izquierda logró alcanzar la seguridad de las ásperas montañas de la frontera norte de Portugal, y los intentos franceses de introducirse en Cacabellos y Constantino en la retaguardia británica fueron rechazados con facilidad. En cuanto al enemigo, no sólo hubo de emplear muchas tropas en la persecución del ejército de Moore, sino que además el propio emperador decidió volver a Francia tras llegar a la conclusión de que su presencia ya no era necesaria. De hecho, las perspectivas mejoraron tanto que Moore les plantó cara con todas sus fuerzas en una posición sumamente fuerte, en las proximidades de Lugo, e incluso decidió volver de nuevo a la carretera al renunciar los franceses a un ataque inmediato. También en la marcha de Lugo a La Coruña se produjo una situación caótica —el clima seguía siendo atroz y los hombres aún estaban más exhaustos y propensos al motín que antes—, si bien, excepción hecha de dos brigadas destacadas en la fase inicial de la marcha de la columna principal para hacerse con Vigo, el 12 de enero el ejército había llegado al mar.

Pero en La Coruña Moore se enfrentó a nuevos problemas al descubrir que sus barcos se habían retrasado. Aun siendo mínimo su retraso —pues de hecho se presentaron el 14 de enero—, fue suficiente para que los franceses se acercaran a una inquietante distancia de la ciudad. El embarque de las tropas se inició entre escenas de destrucción general —La Coruña y sus alrededores estaban atestados de vituallas y municiones de todo tipo, muchas de las cuales hubieron de ser incendiadas o voladas—. Durante el embarque, quince mil infantes y algunos cañones fueron enviados a ocupar las alturas que dominaban la ciudad y su espacioso puerto desde el sur y el suroeste. En esta posición tuvo lugar el 16 de enero de 1809 la batalla de La Coruña. Pese a los graves problemas de los que ellos mismos eran responsables, los franceses, dirigidos por el mariscal Soult, pudieron reunir quizá hasta dieciséis mil hombres, incluyendo abundantes caballería y artillería. El comandante francés, al apreciar lo que le pareció un punto débil en la línea británica, lanzó contra él el grueso de sus tropas en un intento de dividir en dos a los defensores y de arrinconar contra la orilla del mar a su centro y a su izquierda. Pero los británicos, aun padeciendo un fuerte bombardeo, retiraron todas las tropas

193
que habían alcanzado las alturas y en un feroz contraataque se apoderaron de la localidad de Elvina, y ello pese a haber sido Moore fatalmente herido por un proyectil de artillería mientras dirigía los movimientos de unas tropas de reserva (murió aquella misma noche y fue enterrado al día siguiente en las murallas del sur de La Coruña). La caballería francesa no pudo cargar debido a los muros de piedra, las peñas y la maleza que cubrían toda la zona, de modo que, al llegar la batalla a su fin, los británicos seguían dueños del campo.

Con esta acción bélica en pequeña escala —el total de bajas no superó los dos mil hombres— terminaba la campaña. Pese a los disparos de largo alcance de la artillería, al final de la jornada del 17 de enero la mayor parte de las tropas británicas habían sido embarcadas y puestas a salvo, y al día siguiente toda la armada largó velas camino de Inglaterra. Aquel mismo día, algo más tarde, el gobernador de La Coruña, comprensiblemente desmoralizado, se rindió. Así pues, a primera vista la intervención británica había terminado entre la humillación y el desastre. Es cierto que en La Coruña se había infligido un revés a los franceses. Pero de todos modos sir John Moore había muerto, la quinta parte de su ejército había desaparecido, había varios miles de enfermos o heridos y la retirada había tenido toda la apariencia de una derrota; aunque el ejército había salvado todos sus cañones, había perdido gran parte de su bagaje y se había visto obligado a matar a casi todos los caballos que lograra llevar hasta La Coruña. Además, en las tempestades invernales del golfo de Vizcaya y del canal de la Mancha se perdieron varios cientos más de hombres. A todo ello hay que añadir la pérdida o destrucción de enormes cantidades de material, incluyendo como más espectacular cuatro mil barriles de pólvora volados el 13 de enero en una gran explosión, por no hablar de la ocupación de la región más poblada de toda España, con ciudades tan importantes como Lugo y La Coruña. Aún peor que las pérdidas físicas sufridas por la causa aliada fue el enorme daño que padecieron las relaciones angloespañolas. La opinión española, engañada por los periodistas propagandísticos que habían afirmado con gran seguridad que el ejército de Moore era mucho mayor de lo que en realidad era y que habían presentado Sahagún como una gran victoria, se sintió genuinamente sorprendida por la marcha de los británicos. Los airados informes del marqués de La Romana y otros observadores echaron leña al fuego; el marqués acusaba a las claras a Moore de traición y mala fe. Si bien gran parte de estas críticas eran injustas, también es cierto que el comportamiento del ejército británico había contribuido singularmente a ellas. Siempre se había temido que la presencia de tropas británicas en España produjera diversos problemas de orden cultural: la embriaguez habitual de muchos de sus hombres fue muy mal vista, mientras que la hostilidad protestante contra el papismo hacía que tanto los oficiales como las tropas no siempre

estuvieran dispuestos a tratar con respeto a la Iglesia católica. Con todo, los excesos de la retirada fueron mucho más allá de los roces y la falta de respeto, y de hecho gran parte de las tropas británicas se comportaron tan mal como el enemigo.

Ni que decir tiene que el asunto afectó a ambas partes. Los veteranos británicos de la campaña tenían la impresión de haber entrado en España de buena fe y solamente encontraron un país sin entusiasmo por la lucha, carente de un liderazgo competente y sin ejércitos adecuados; y un país, además, en que en lugar de ser bienvenidos y recibir ayuda habían sido desde el principio expuestos a los peligros, engañados y tratados como intrusos. Las habladurías se aferraron en algunos aspectos a la idea de que la gente común tenía buen ánimo, pero que el desprecio por la élite gobernante era prácticamente universal; las decisiones de varias figuras públicas tampoco contribuyeron a mejorar la situación, como sucedió, por ejemplo, con el jefe de la defensa de Madrid y antiguo gobernador de Cádiz, Tomás de Moría, cuando optó por pasarse al enemigo. De tanta doblez se dedujo que el ejército británico había sido traicionado y que España —que era considerada como mínimo primitiva, atrasada y supersticiosa— no merecía que se combatiese por ella.

Como si todo esto no fuera suficiente, la campaña también produjo agitación en Inglaterra. En el gobierno, un Canning enfurecido fue impulsado en una dirección que amenazaba con un completo desastre. La guerra, consideraba, iba muy mal, y además ahora parecía probable que empeorase todavía más. Convencido aún de que la península Ibérica tenía un enorme potencial estratégico, se sintió profundamente alarmado por cómo las experiencias del ejército británico habían producido una extendida desilusión respecto de la causa patriótica no sólo en la opinión pública, sino incluso en algunos de sus colegas. Aún más lamentable fue el modo en que la oposición aprovechó la campaña para utilizarla a modo de garrote con que golpear al gobierno: un whig tras otro fueron exigiendo la publicación de la correspondencia oficial, presionaron para que se crease un comité parlamentario de investigación o, sencillamente, «pusieron como un trapo» prácticamente todos los aspectos de la política gubernamental en lo que a España se refiere. Aunque en un momento dado la tormenta amainó, Canning estaba profundamente disgustado por la defensa un tanto mortecina que formularon sus colegas ministros, muy afligidos por el modo en que las críticas se habían centrado en Frere, y entre ellos prevaleció la firme creencia de que tenía que haberse hecho algo. Al haber otros muchos problemas que también contribuían a aumentar las desavenencias —entre ellos la reaparición de las presiones en pro de la reforma política, así como la impaciencia y el carácter voluble de Canning—, en la primavera de 1809 el secretario de Exteriores planeaba una importante

195
reestructuración del gabinete. Canning creía sinceramente que actuando así podía establecer un ministerio más fuerte, capaz de capitalizar el considerable apoyo del parlamento a la administración y de combatir más eficazmente en la guerra. Tampoco podía acusársele de haber actuado movido por el rencor o por ambiciones personales: por ejemplo, aun opinando que Castlereagh era frío, reservado e ineficaz, Canning no pretendía librarse de él; y los distintos planes que ocasionalmente presentó en ningún caso mejoraban sus posibilidades de llegar a primer ministro. Con todo, ha de señalarse que su comportamiento fue, en el mejor de los casos, equivocado; y en el peor, irresponsable: probablemente podía encontrarse un primer ministro mejor que Portland, si bien con el riesgo de un importante conflicto en el seno del partido gobernante, mientras que la situación estratégica en modo alguno era tan calamitosa como Canning temía. Puede afirmarse perfectamente que Moore, lejos de traicionar su confianza, al atacar las comunicaciones de Napoleón había atraído hacia sí, en dirección al norte de España, a gran parte de las fuerzas del emperador. Se ha afirmado con frecuencia que al hacer tal cosa evitó la toma de Lisboa y de Cádiz, con la consecuencia de arrebatar así a Napoleón su única oportunidad de obtener una victoria rápida. Aunque quizá esto sea ir demasiado lejos, es cierto que permitió a los castigados ejércitos españoles un valioso respiro, dando ocasión a la Junta Central para restaurar un mínimo de orden. En consecuencia, desde su punto más bajo en diciembre de 1808 la causa patriótica se había recuperado, y así los británicos no se vieron obligados a abandonar España del todo, como de otro modo era fácil que hubiera sucedido.

En cuanto a los restos dispersos del ejército del Centro, la situación era bastante mala. A finales de diciembre, los extremeños de Galluzo fueron expulsados de su base en el puente de Almaraz, a orillas del Tajo, por el cuerpo del ejército del mariscal Lefebvre, que les persiguió hasta la mitad de camino de Badajoz; evitaron ser destruidos sólo gracias a que el mariscal no entendió las órdenes que tenía y en el último momento retrocedió cruzando el Tajo, marchó a través de la escarpada sierra de Gredos y ocupó Ávila. Incluso entonces sus soldados se hallaban diseminados por el país, y Lorenzo Calvo de Rozas escribió que en el valle del Tajo «muchos soldados de infantería y caballería dispersos» estaban «incomodando a todos los pueblos».[24] Mientras tanto tenían lugar hechos de mayor importancia en La Mancha, donde Infantado, a quien los franceses no habían molestado, se había dedicado a reorganizar en Cuenca los elementos andaluces del ejército del Centro. A mediados de diciembre habían sido reunidos unos veinte mil hombres e Infantado decidió intentar un *coup de main* enviando hacia el oeste a la mitad de sus fuerzas mandadas por el general Francisco Javier Venegas para que atacase a la pantalla de caballería francesa que se había situado al sur del Tajo. Pero por

diversos motivos el plan falló, y entonces Infantado decidió traer al resto de sus tropas y acordó con Venegas un encuentro en la localidad de Uclés. Pero el duque era, en el mejor de los casos, un comandante lento y se enfrentaba a muchos problemas logísticos. En consecuencia fue rebasado por los franceses, que habían respondido a la amenaza enviando a tantos hombres como pudieron para aplastar a Venegas.

El 13 de enero de 1809 tuvo lugar la batalla de Uclés. Los hombres de Venegas se habían instalado en posiciones defensivas en la larga sierra orientada hacia el oeste tras la cual está situada la ciudad. Pero los franceses, mandados por el mariscal Victor, mostraron estar a la altura de aquel reto y rodearon rápidamente el extremo meridional de la línea española, que cedió y huyó. Al no haber sido estacionadas reservas tras la posición de Venegas, no había posibilidades de reparar el daño y pronto la totalidad del ejército español empezó a retroceder. Como el centro y la derecha habían conservado el orden, los defensores aún tenían ocasión de llevar a cabo una retirada ordenada, mas no fue así: el mariscal Victor había conducido una columna de flanqueo describiendo un largo rodeo en torno al flanco norte de la posición y ahora se presentaba en el momento exacto en la retaguardia española. El resultado fue un desastre. Citando a un testigo francés, «varios miles de españoles se vieron obligados a abandonar sus armas. El terror se apoderó de todo su ejército y los distintos cuerpos que lo componían huyeron precipitadamente en todas las direcciones».[25] Varias unidades se mantuvieron en buen orden e intentaron salir del cerco, aunque también ellas, como cuenta Girón, se vieron pronto en apuros:

> Dispuesto todo en brevísimos instantes, hice tocar ataque en toda la columna, que empezó a marchar hacia el enemigo ... Aquél venía ya muy inmediato a nosotros y ... rompió un fuego vivísimo sobre el frente y flancos de la columna. El batallón de su cabeza a pesar de mis órdenes precisas de que no disparase un tiro, empezó a responder vivamente, y, considerando que así estábamos perdidos, corrí al frente de aquel batallón para mandar seguir el ataque a la bayoneta, pero este cuerpo cedía ya por su gran pérdida y se echaba sobre el batallón que le seguía, y en mis esfuerzos para detenerlos y volver a llevarlos a la carga, recibió dos balazos de fusil el caballo que montaba ... El fuego que recibíamos venía de tres direcciones distintas y era muy inmediato y terrible; las tropas se marcharon y formaron una masa que no sabía adonde dirigirse para librarse del peligro; varios soldados empezaron a gritar, «¡Capitulación! ¡Capitulación!» y pusieron pañuelos y camisas sobre sus bayonetas.[26]

En total fueron apresados más de diez mil hombres, y lograron escapar del cerco y reunirse con Infantado menos de tres mil. Entre los supervivientes se contaba Girón, que espoleó a su caballo moribundo y galopó de firme,

197
arreglándoselas entre tanto para distanciarse de una partida de caballería francesa. A continuación el duque, a quien quedaban menos de ocho mil hombres, huyó en dirección este con los franceses pegados a sus talones. Perseguidos por los franceses nada menos que hasta Cuenca, perdieron gran parte de la artillería y los bagajes en una escaramuza en Tórtola; a continuación dejaron de perseguirle y, dirigiéndose hacia el sur, se apresuró a alcanzar el abrigo de Sierra Morena y, tras esta, de Andalucía.

Aun siendo grave el castigo infligido a Galluzo e Infantado, en modo alguno era el único daño recibido por la causa patriótica. Lejos de allí, en el noreste, el ejército de Reserva estaba todavía concentrado en Zaragoza, donde hay que recordar que se le habían unido dos divisiones valencianas inicialmente asignadas a Castaños. Mientras la mayoría de las tropas francesas de los alrededores se dedicaban a perseguir al ejército del Centro, Palafox y sus hombres pudieron respirar en paz durante algunas semanas. Pero los franceses no se habían olvidado de ellos, y mientras el cuerpo de ejército del mariscal Moncey mantenía bajo observación a las fuerzas aragonesas, Napoleón envió órdenes para que éste fuera reforzado por el cuerpo de ejército del mariscal Mortier, con la intención de asediar la ciudad tan pronto como tales refuerzos llegaran.

En resumen, una vez extraídas las unidades precisas para proteger las líneas de comunicación de los atacantes, quedarían disponibles para el asedio unos cuarenta mil hombres que contaban con el apoyo de una caravana de sesenta cañones pesados y abundancia de municiones y material de ingenieros (en este sentido eran especialmente valiosos los elementos del puente de pontones que harían falta si había que sitiar Zaragoza con seguridad o con esperanza de éxito). Dados los hechos acaecidos en el sitio precedente era perfectamente comprensible este despliegue de precauciones, necesario por el hecho de no ser ya la capital aragonesa un objetivo fácil. Todo lo contrario, pues Palafox, mientras seguía animando a los defensores con un cúmulo de extravagancias, exageraciones y bravatas, había acumulado en la ciudad treinta y cuatro mil hombres, sin contar con el número indeterminado de civiles armados que también participarían en el combate. La mayor parte de estos hombres eran reclutas bisoños, si bien al menos habían recibido algún entrenamiento. Se les había organizado en regimientos y cabía esperar de ellos que lucharan mucho mejor tras las fortificaciones que en campo abierto. También disponían de cañones, armas y munición en abundancia, mientras que las fortificaciones medievales de la ciudad habían quedado ocultas tras una línea de fortificaciones de tierra y de trincheras que corrían entre los diversos conventos y monasterios situados justamente en el exterior de las murallas, y que habían sido transformados sin excepción en reductos fortificados improvisados. También estaba mejor protegido el monte Torrero, así como el

barrio de San Lázaro, situado al otro lado del Ebro. En el interior de la ciudad se habían levantado barricadas en las calles, las puertas y ventanas estaban bloqueadas, se habían dispuesto aspilleras en las murallas y las casas estaban comunicadas entre sí por medio de túneles y pasadizos. Finalmente, la población mostraba a las claras estar decidida a defenderse.

> Era tal el espíritu de la población que los días 27 y 28 los trabajos no cesaron en ningún momento ni de día ni de noche, y todos y cada uno de los habitantes fuera cual fuese su clase trabajaron en las baterías ... Las señoras se habían alistado por su cuenta, así como cientos de mujeres de clase baja, formando compañías a fin de suministrar a las baterías durante el sitio provisiones y demás.[27]

Dada la general falta de interés de la plebe por la guerra, es difícil no poner en tela de juicio esta impresión. Pero lo cierto es que meses de demagogia, el orgullo ligado a la Virgen del Pilar de Zaragoza como centro de devoción y peregrinación, la fe religiosa y las tradiciones antirrevolucionarias introducidas por los muchos clérigos franceses huidos a Aragón en el decenio de 1790 habían tenido algún efecto. Al mismo tiempo, investigaciones realizadas en Gran Bretaña y en Francia sugieren que las poblaciones urbanas por lo general se inclinaban más por el patriotismo que las rurales, aunque no estuvieran sometidas a ataques directos. En este aspecto no iremos demasiado lejos: hubo desertores incluso en Zaragoza, y Marbot atribuye el colapso de la resistencia que tuvo lugar al final del sitio a un acto de generosidad del mariscal Lannes, que convenció a los defensores de que sus vidas podían salvarse. Tampoco pueden ignorarse por completo las constantes referencias francesas al uso masivo del terror para obligar a las tropas a combatir. De todos modos, el segundo sitio de Zaragoza se convirtió en algo horroroso. Al tardar algún tiempo en llegar los refuerzos necesarios para el asedio, las operaciones no se iniciaron hasta el 21 de diciembre. No obstante, una vez iniciadas se prosiguieron con presteza. Como la vez anterior, el monte Torrero fue tomado el primer día de combate, y a finales de año la ciudad había sido estrechamente bloqueada a ambas orillas del río, se había tendido un puente de pontones sobre el Ebro y se habían hecho avances considerables en las trincheras y en los emplazamientos artilleros de los atacantes. Éstos, muy presionados por la llegada de órdenes que comunicaban el envío de una división para proteger las carretera directa Zaragoza-Madrid, por no mencionar los estragos de las enfermedades, podían haberse visto seriamente obstaculizados de haber utilizado Palafox todas sus tropas excedentes para asaltar un sector concreto de su frente; mas al parecer este plan nunca llegó a considerarse, y las salidas que se realizaron consistieron en correrías suicidas de algunos puñados de hombres.

199

Aunque hizo todo lo que pudo por alentar la defensa, lo cierto es que Palafox era, en el mejor de los casos, un comandante mediocre. Tras encontrarse con él por primera vez, Girón confesó su sorpresa ante su «absoluta nulidad».[28] Aún más notorio es el caso del oficial que mandaba su artillería, Luis de Villaba, que condenaba sus planes absurdos y engreídos y lamentaba que todas las reglas y doctrinas de la guerra que podían haberles llevado a la victoria hubieran sido pisoteadas e ignoradas.[29] De hecho, ya había cometido un error grave. Al acumular tantos hombres en el interior de Zaragoza había actuado en función más de sus deseos de grandeza que de cualquier comprensión de la situación estratégica. Hasta el momento a Aragón no le habían faltado tropas, y el resultado fue que había pocas oportunidades de actuar contra los flancos y la retaguardia de los sitiadores y menos aún de organizar una fuerza de socorro. Claro que en oposición a esto puede decirse que dejar tropas en el exterior de la ciudad era, sencillamente, exponerlas a una repetición del desastre de Épila del verano anterior; mas esto no se tiene en cuenta como resultado de las decisiones de Palafox. De modo que Zaragoza se vio obligada a albergar a muchos más hombres de los que necesitaba para su defensa, y además su población, ya bastante crecida de por sí, se había visto aumentada por gran número de refugiados. A consecuencia de ser los edificios de la ciudad insuficientes para albergar a tantas personas, las reservas de la ciudad se veían sometidas a exigencias crecientes, se producía el hacinamiento e inevitablemente aparecieron las enfermedades. Como escribe Marbot, «los campesinos ... habían entrado en la ciudad con sus mujeres, sus hijos e incluso su ganado y ... vivían junto con sus animales en las más lamentables condiciones de suciedad».[30] De modo que muy pronto la ciudad fue víctima de una epidemia de tifus tan grave que a los diez días había quedado fuera de combate un tercio de la guarnición.

Pronto se añadieron a las miserias de la enfermedad las del bombardeo, pues el 10 de enero los franceses terminaron de instalar la totalidad de su artillería de sitio, y las baterías quedaron provistas de cañones y munición. Tan pronto como abrieron fuego, causaron terribles daños en el frente español, logrando además tomar el monasterio de San José, tácticamente importante, que había sido transformado en una fortificación adelantada que protegía la totalidad de los flancos oriental y suroriental de la ciudad. Las operaciones de excavación y bombardeo prosiguieron durante una noche más hasta quedar todo preparado para un asalto contra las propias murallas. Y el 27 de enero el mariscal Lannes, enviado por Napoleón para tomar el mando de los sitiadores, ordenó a sus hombres tomar la ciudad al asalto.

Habiendo abierto brecha los atacantes en distintos puntos del sector de las murallas escogido para el asalto, podía haberse esperado en aquel momento que los defensores pensaran en rendirse. Pero Palafox rechazó todas las ofertas

de Lannes mientras sus seguidores seguían dispuestos al combate. En consecuencia, el ataque francés encontró una resistencia desesperada:

> El asalto principal, realizado el 27 de enero, fue uno de los días más sangrientos del sitio. Nuestras baterías habían concentrado su fuego con vistas a ampliar las brechas desde el amanecer. A las nueve en punto avanzaron las unidades designadas para el ataque ... De todos los ataques realizados por la derecha sólo uno obtuvo un éxito parcial: el de la brecha de la batería de Palafox. El... asalto a la casa González, en el que tomé parte, fue un completo fracaso. Nosotros ... logramos entrar en el edificio a duras penas, pero topamos con un fuego tan nutrido ... que tuvimos que retroceder apresuradamente. El comandante Beyer ... fue gravemente herido y el capitán de mi compañía ... cayó en manos enemigas.[31]

Pese a su elevado número de bajas, los atacantes lograron instalar un reducto en el interior de los muros, pero, como en el anterior sitio, tampoco entonces se rendirían los defensores. Por el contrario, como en un adelanto de batallas que en el futuro combatirían los franceses, tuvieron que avanzar por la ciudad de casa en casa, haciendo agujeros en los muros contiguos y matando metódicamente a los defensores de cada estancia. Los españoles se retiraron, entre escenas de valor desesperado, combatiendo, realizando numerosos contraataques y cavando minas bajo muchas posiciones francesas; pero, aunque cada vez más exhaustos, los hombres de Lannes prosiguieron su avance palmo a palmo. El combate pasó al interior de la tierra, pues bajo ella se encontraron las minas y las contraminas, y equipos de mineros rivales se atacaron con picos y palas. El 10 de febrero las cosas llegaron a su momento más temible con un asalto por los franceses del convento fortificado de San Francisco, que se vio precedido por la explosión de una bomba de tres mil libras:

> A las tres de la tarde ... Breuille prendió fuego a la carga y la terrible explosión lanzó por el aire a gran altura buena parte del convento y del claustro. Apenas habían llegado al profundo ... cráter abierto por la mina los montones de restos que caían, cuando ... los hombres se lanzaron al interior del convento y cargaron a la bayoneta contra el enemigo en retirada ... Esperábamos que los españoles quedaran intimidados por la magnitud del desastre ... pero nuestro ataque inesperado simplemente incrementó su furia. Pelearon por el terreno pulgada a pulgada ... Tuvimos que perseguirlos hasta por los tejados ... y los que estábamos abajo vimos a muchos lanzarse desde lo alto ... antes que entregarse a sus conquistadores ... Nunca hubo en guerra alguna ... una escena más terrible que la que aquellas ruinas presentaban ... Aquellos ... contornos ... se volvieron horrorosos por la cantidad de restos humanos mutilados de que estaban sembrados. No se podía dar un paso sin tropezar con algún miembro ... manos o trozos de brazos.[32]

201

Mientras tanto, en el exterior de la ciudad, pese a la considerable actividad partisana se reunieron o pusieron en marcha sin dificultad diversas fuerzas de auxilio improvisadas. El final se produjo el 18 de febrero, en forma de un nuevo ataque francés que invadió toda la orilla izquierda del Ebro. Reducidos los defensores a raciones de hambre, expuestos constantemente a una lluvia de proyectiles de mortero y de obús, diezmados por el tifus y cada vez con menos capacidad para rechazar a los franceses, hasta el propio Palafox, que estaba gravemente herido, se percató de que todo estaba perdido. Finalmente callaron los cañones el 20 de febrero, veinticuatro días después del primer asalto a las brechas.

Terminaba así la defensa de Zaragoza. La ciudad, mal dirigida y sin esperanza alguna de auxilio, en ningún momento tuvo posibilidades. Con todo, y pese a los errores garrafales de Palafox, la resistencia desesperada opuesta por el ejército de Reserva y sus asociados civiles constituyó una gesta épica que tuvo un destacado papel al contrarrestar los efectos negativos de los meses anteriores y hacer mucho más difícil para los británicos el abandono de la causa aliada. Las pruebas, sin duda alguna, eran impresionantes: gran parte de la ciudad estaba convertida en ruinas y sólo un tercio de la guarnición se mantenía en pie; a los veinticuatro mil muertos que había tenido se sumaban treinta mil civiles. La derrota había sido heroica, pero las derrotas heroicas no ganan las guerras. Sir John Moore había proporcionado a la Junta Central ocasión de enderezar su destino. Que esto llegara a hacerse con éxito es otro asunto.

Capítulo 7, OPORTO: LA CONQUISTA FRUSTRADA, ENERO-JUNIO DE 1809

El pánico se apoderó de las calles escalonadas que bajaban hacia el río. Hombres, mujeres y niños huían de sus casas ladera abajo llevándose lo que podían. Se mezclaban a la masa atemorizada soldados, hombres de la milicia y animales de carga también aterrorizados, mientras columnas de caballería en fuga cabalgaban por entre la multitud espantada, atropellando bajo sus cascos a muchos desgraciados. Aquella masa de gente que huía a la desesperada —los soldados franceses empezaban a aparecer tras ellos— corrió atropelladamente hacia el único puente de la ciudad, hasta que los que iban delante se percataron de repente de que tenían ante sí un vacío. Sus gritos no produjeron efecto alguno. Los que aún estaban en los muelles, al recibir disparos por detrás empujaron a los que se hallaban delante, echándolos al agua. Jóvenes y viejos se ahogaron entre gritos de pánico, mientras tras ellos aún se dirigían hacia el puente más fugitivos, que murieron aplastados o fueron accidentalmente alcanzados por el fuego de la artillería portuguesa, que disparaba desde la otra orilla.

Estas escenas, que tuvieron lugar el 29 de marzo de 1809 con ocasión de la caída de Oporto, marcaban el momento más dramático de la realización del plan de operaciones trazado por Napoleón para sus generales en vísperas de su vuelta a París en enero de 1809. Desde sus posiciones en Galicia y en torno a Madrid, Soult y Víctor tenían que conquistar Portugal mientras las fuerzas francesas que se habían quedado en los territorios ocupados aplastaban los bastiones de resistencia que quedaran en dichas zonas. Finalmente, restaurada la paz en la mitad norte de la Península se invadirían Andalucía y Levante, con lo que el conflicto llegaría a su fin. A juicio del emperador, nada impedía que se terminase la guerra con la llegada del verano, y en el campo patriótico, tanto en España como en Portugal, era tal la confusión que apenas

puede dudarse de que estuviera en lo cierto. Y sin embargo el tema constante de los meses siguientes es la historia de cómo casi se vio interrumpido el intento francés de conquistar la Península. Pese a la abundancia de victorias, al llegar el verano de 1809 los invasores apenas habían avanzado más que hacía seis meses. A primera vista semejante situación parece un tanto sorprendente, pues en las primeras semanas de 1809 los españoles se veían en lo que parecía ser la más apurada de las situaciones, los ingleses jugaban con la idea de abandonar y los portugueses no estaban en situación de enfrentarse a la invasión. ¿Por qué, entonces, se retrasó esta némesis?

La tradicional respuesta británica a esta pregunta es sencilla. Se afirma que en la campaña de diciembre de 1808 y enero de 1809 sir John Moore arrastró a tantos invasores tras de sí que los franceses se vieron obligados a suspender las operaciones ofensivas en otros frentes. Mientras tanto surgió la resistencia de la guerrilla, que fijó a muchas tropas francesas y disminuyó en gran medida tales ataques, mientras que los británicos prestaban ayuda a los españoles, capacitándolos así para rehacer sus ejércitos. Esto es verdad, pero sólo es una parte de la verdad. La misma relevancia tuvieron las autoridades españolas, ocupadas como estaban en una lucha constante por reconstruir el poder y la credibilidad del estado, en dotar de más eficacia a sus ejércitos de campaña y en estimular la resistencia popular. Su éxito en la consecución de estos objetivos no fue completo —de hecho, parte de lo que hicieron resultó a fin de cuentas contraproducente—, mas pese a todo su historia no puede ignorarse.

Obligada a huir de su sede inicial, considerada responsable de una serie de derrotas catastróficas cuya única explicación, dadas las bravatas características de la propaganda española, parecía ser la traición generalizada y privada de su presidente —Floridablanca se estaba muriendo aquejado de bronquitis—, la Junta Central se hallaba sin duda en una situación desesperada cuando, a finales de 1808, se instaló en Sevilla, su nueva capital. Y, lo que era peor, todo tipo de descontentos aprovechaban la confusión para perseguir sus propios objetivos: por ejemplo, la Junta de Sevilla había vuelto a lanzar su exigencia de ser el gobierno supremo, mientras que Montijo hizo una osada tentativa de obtener el puesto de capitán general de Andalucía. Por ello la Junta, apenas se vio a salvo, promulgó un decreto que propinaba un duro golpe a las pretensiones de las juntas provinciales. Este documento, aunque redactado en un lenguaje halagador, las subordinaba con claridad a la Junta Central, les negaba autoridad legislativa y militar, las privaba de gran parte de la importancia que a sí mismas se habían conferido, las despojaba de mucha capacidad de patrocinio, les ordenaba enviar regularmente informes sobre sus gestiones y limitaba su actividad a asuntos como el reclutamiento, las requisas, los impuestos y la propaganda. A todo esto, y sólo para asegurarse de que se ponía en su sitio a las juntas provinciales, se envió a doce miembros de la

Junta y a cierto número de agentes especiales para que actuaran como comisionados a la manera de los *représentants en mission* de la Revolución francesa. De hecho, en la zona noroccidental, sin comunicación ninguna con Sevilla, incluso se restableció la autoridad del ejército como parte de la restauración del poder central: a La Romana, en tanto que comandante del ejército de la Izquierda, se le confirió además el puesto de virrey de Castilla la Vieja, León, Asturias y Galicia.

Aunque las relaciones entre las juntas central y provinciales no eran el único punto de la agenda del gobierno. Había además que restaurar el orden en lo referente tanto al esfuerzo de guerra como al conjunto de la sociedad. Identificando acertadamente la creación desordenada de nuevos regimientos como uno de los principales problemas que agobiaban al ejército, la Junta prohibió la formación de cualquier otro cuerpo hasta que todas la unidades existentes hubieran sido completadas y adecuadamente equipadas. Preocupada también por el creciente número de oficiales, mandó que se investigaran las comisiones aprobadas por las nuevas autoridades y llegó a ordenar la supresión de muchas de ellas. Finalmente se confirmaron las órdenes formuladas el otoño anterior por la Junta para terminar con la exención de la nobleza del servicio militar obligatorio. Además, se prohibió a las juntas provinciales proseguir la práctica, que en algunas provincias se había incrementado, de eximir a quien así lo desease contra la entrega de uno o más caballos con sus sillas. Toda resistencia fue firmemente vencida. Ejemplo de ello es Murcia, donde las autoridades locales habían aprovechado un brote de fiebre amarilla como pretexto para quedarse con sus reclutas a modo de ejército particular:

> No conviniendo se formen nuevos cuerpos sino que se completen y rehagan los antiguos que están faltos de soldados y tienen muchos oficiales que están disfrutando sus sueldos ... en el preciso término de ocho días se pongan en camino [desde Murcia] por divisiones los alistados en la inteligencia de que la Junta Suprema quiere que vuestra excelencia manifieste el estado que tiene en ésa la reunión de alistados según el cupo de ese reino y su remisión a los ayuntamientos hasta el día y en lo sucesivo.[1]

Tuvo un destacado papel en todo ello la comisión asesora de la Junta, formada por generales, que, reconstituida en Sevilla, hizo milagros para resolver los centenares de asuntos sometidos a su consideración (pese a lo sorprendente de algunas de sus decisiones, entre ellas su rechazo de propuestas para la creación de un estado mayor).

Pero igual importancia revestía la cuestión de la ley y el orden. Pues en el campo había infinidad de huidos de la recluta y de bandidos, y muchas localidades se habían convertido en guarida no precisamente de hombres que

huían de la conscripción, sino de bastantes vagabundos y refugiados, pocos de los cuales disponían de medios de subsistencia. La inquietud, mientras tanto, no había disminuido. Lérida, por ejemplo, vivió un espectacular levantamiento en el curso del cual un aventurero soliviantó a una multitud airada, asesinó a varios dignatarios locales y se apoderó de la ciudadela del lugar. Por intentar la evacuación de Tarragona tras la batalla de Molins de Rey, la Junta de Cataluña casi fue linchada. En Jerez, tomaron la localidad centenares de jornaleros que querían acabar con el reclutamiento. En Murcia, las disputas de la élite gobernante, combinadas con la ira y el resentimiento populares, causaron un levantamiento en el curso del cual se derrocó a la junta provincial y se asaltó al obispado. En Ribadeo, el marqués de Sargadelos, industrial con un largo historial de enfrentamientos con la población local, fue asesinado por iracundos habitantes del lugar. Y en Don Benito hubo todo un levantamiento rural:

> La villa de Don Benito ... se halla en un estado deplorable desde que unos cuantos malintencionados de los cargueros, jornaleros y algunos artesanos, a quienes su estupidez y miserables principios inclina siempre a lo peor, atropellaron con furia ... el ayuntamiento, en el momento del alistamiento de mozos para la defensa de la patria, sin que hubiese otro motivo que el que ellos mismos manifestaban en sus gritos y algazara, pidiendo tierras y diciendo que sólo la gente que no tiene nada que perder debería ir a la guerra. A este atentado, que terminó con la precipitada huida ... [de] individuos del ayuntamiento, a quienes de lo contrario hubieran quitado las vidas, pues se preparaban a ello con navajas y puñales, han seguido otros varios que tienen puestos en la mayor consternación a los demás honrados vecinos, insultados de continuo ... por aquellos malintencionados que cada vez se van precipitando más ... se están apropiando de propia autoridad las dehesas que algunos otros de sus convecinos arrendaban ... se han entrado arándolas y roturándolas tumultuosamente y amenazando que el que se oponga le han de quitar la vida.[2]

Aun siendo muchos de estos acontecimientos fomentados por elementos ambiciosos o por poderosas facciones locales que no habían logrado obtener lo que consideraban sus justos merecimientos, precisaban de una respuesta clara. En consecuencia, al tiempo que se adjudicaban comisiones a diversos solicitantes que afirmaban ser capaces de resolver el problema del bandidaje en sus propias localidades creando cuerpos de seguridad de uno u otro tipo, se introducían nuevas normas «de policía». En Cádiz, por ejemplo, a instigación del marqués de Villel, representante de la Junta Central, se ordenó dar cuenta a la Inquisición de todos los francmasones. Se ordenó, además, que se confiscaran de inmediato todos los libros y folletos de naturaleza irreligiosa o inmoral; que en lo sucesivo los negocios y el comercio se caracterizaran por

la equidad y el cumplimento de los acuerdos, que se encarcelara a vagabundos, prostitutas y borrachos, que se retirara a los niños de las calles y se les educara de manera adecuada, que los teatros no representaran ninguna obra indecorosa, indecente o provocadora, que todas las clases de la sociedad se abstuvieran del lujo y del boato excesivo, que se evitasen o se renunciara a todo enfrentamiento y rivalidad, y, finalmente, que la ciudad entera se entregase a una oración y una penitencia constantes. A todo esto se ponía en marcha la propia Junta Central: por ejemplo, el 3 de enero de 1809 se promulgaron medidas draconianas contra la deserción; el 14 de enero se creó en Sevilla un «tribunal extraordinario de seguridad pública», y el 19 de febrero se dictaron nuevas órdenes según las cuales todas las armas que estuvieran en manos de civiles habían de entregarse de inmediato.

La cuestión de la resistencia popular estaba estrechamente relacionada con la de la ley y el orden. Cuando podían actuar libremente, le daban la bienvenida: de ahí las instrucciones emitidas, que ordenaban a todas las ciudades y pueblos de España abrir aspilleras en sus casas y cerrar sus calles con barricadas con la esperanza de emular las hazañas de Zaragoza, y además las comisiones enviaron a muchos elementos de entre los que se presentaron voluntarios a formar grupos de guerrilleros o milicias populares. De ahí también el famoso decreto del «corso terrestre» del 25 de febrero de 1809, según el cual cualquier cantidad de dinero u otros valores que se hallara en manos de los franceses o de sus colaboradores se convertía en propiedad de quienes se apoderasen de ella. Tampoco había razón para poner en duda que la resistencia irregular estaba causando muchos problemas a los franceses. De hecho, desde el principio de la guerra los somatenes catalanes, más tarde complementados por unas milicias algo más permanentes, los denominados «miqueletes», habían estado obstaculizando todos y cada uno de los movimientos de los franceses. En Aragón, Navarra y las dos Castillas empezaban también a surgir bandas de irregulares. La situación más dramática de todas era la de Galicia. A lo largo del verano y el otoño de 1808 esta región de población elevada y densa había mostrado ser difícil de movilizar, produciéndose escasez de voluntarios y una considerable resistencia al reclutamiento. Y sin embargo, al igual que Cataluña, Galicia tenía una Guardia Nacional rudimentaria, llamada en este caso la «alarma». Al estar todos los varones adultos inscritos en este cuerpo, que tenía además sus propios oficiales y estaba organizado en compañías correspondientes a circunscripciones, la llegada de los franceses no dejaría de despertar alguna reacción. Ciertamente los británicos apenas habían recibido apoyo, siendo en ocasiones incluso atacados, pero esto no significa que las requisas, el pillaje y los malos tratos que por lo general acompañaban a la ocupación francesa pudieron ser tolerados. Y con el clero local —fuerza de influencia considerable dada la amplitud de las propiedades

eclesiásticas en Galicia— haciendo todo lo que estaba a su alcance para apoyar una insurrección, pronto la provincia estuvo en armas. Para disponer de un buen informe del inicio de la lucha en una zona concreta, fijémonos en el *Semanario Político, Histórico y Literario de La Coruña:*

> El 25 de enero ... el general Fornier entró en Mondoñedo con setecientos hombres de caballería. Al día siguiente destacó a la villa de Ribadeo ciento cincuenta de ellos, que a su llegada exigieron de todas las aldeas de alrededor, pan, carne, vino, huevos, paja, cebada y leña ... amenazaban con todo género de penas, que se hacían creíbles por los robos y otras iniquidades que ya cometieran en los caminos de su tránsito ... Esto movió a algunos honrados y distinguidos patriotas, a persuadir a los paisanos que se resistiesen a contribuir con las raciones que se les exigían ... y dentro de 24 horas estuvieron reunidas las parroquias de Cógela, Balboa, Sante, Villaosende, Cedofeita y Vidal, que eligieron por caudillo a don Melchor Díaz de la Rocha. El 29 del mismo mes, y por mandato del referido caudillo, se presentaron muy de mañana trescientos veinte paisanos armados con escopetas, hoces y chuzos, doscientos para defender desde las alturas del puente el camino que va de Mondoñedo a Ribadeo, y los otros el de Quintalonga ... En el mismo día los doscientos paisanos que defendían el camino de Nuestra Señora del Puente, atacaron a un grupo de franceses que se dirigían de Ribadeo a Mondoñedo: en esta acción fueron muertos cinco franceses ... sin que nuestros paisanos amparados por las tapias y vallas padeciesen algo de la caballería enemiga. El 20 acometió el enemigo por la derecha de Quintalonga, y fue rechazado por los ciento veinte paisanos que defendían dicho punto ... Con estos felices sucesos se ensayaban, y animaban nuestros paisanos, y crecía su número considerablemente.[3]

Al ser Galicia una región sumamente montañosa y cubierta de bosques y matorrales, por lo general resultaba imposible capturar a los responsables de tales hechos antes de que desaparecieran, y a los prisioneros se les daba muerte en circunstancias de la más repugnante crueldad. Los franceses cada vez estaban más frustrados y enfurecidos, de modo que las represalias, que eran su respuesta habitual a la resistencia popular, siguieron produciéndose, e incluso con más vigor de lo usual: eran incendiados y arrasados un pueblo tras otro y se masacraba a sus habitantes. Fue característico el destino de la localidad costera de Corcubión:

> Remamos con rapidez hacia la bahía, pero apenas habíamos doblado la punta ... de entrada del puerto cuando vimos ... que desde ambos lados del valle entraban soldados franceses en el infortunado pueblo. Muchos de sus habitantes corrieron a los botes de pesca de la playa y, abordándolos desordenadamente, se internaron en las aguas. Según remábamos hacia el puerto encontramos a cientos de estas pobres gentes, medio vestidas, gritando y luchando

> a brazo partido para ponerse fuera del alcance de los disparos. Otros escapaban por las laderas de los montes en dirección a la bahía, con la esperanza de ser recogidos por botes en la orilla o de ... esconderse ... entre las rocas. Muchísimos de estos fugitivos fueron alcanzados ... por el fuego del enemigo ... Aquellas infortunadas gentes estaban tan completamente cercadas que la fuga era casi imposible. El horror y la confusión de este espectáculo estremecedor se veía incrementado por el incendio de la ciudad, en cuyas calles tenían lugar actos aún más atroces.[4]

Semejantes tácticas, acompañadas por todo tipo de crueldades —en Fontaneira, por ejemplo, a una mujer capturada en la calle se le mutilaron los pechos—, resultaron catastróficas, por una parte debido a que alimentaban deseos de venganza y por otra a que dejaron a muchos hombres sin más medios de subsistencia que el pillaje. Y, lo que aún era peor, tampoco la sumisión suponía protección. Como lamentaba uno de los ayudantes de campo del mariscal Ney:

> No es una campaña lo que estamos haciendo, es una devastación por bandidos militarizados, y nosotros [los oficiales], que lamentamos la situación y nos enfrentamos a los soldados para contenerlos, somos asesinos ... Las ciudades quemadas en parte, los rebaños y los caballos exterminados o robados, todas las herramientas agrícolas ... quemadas por ser más seca su madera y más rápido quemar los muebles que talar los árboles; todas las iglesias saqueadas y profanadas: esto es lo que queda de su reino.[5]

Por espectacular que fuera la insurrección de Galicia, una observación más detenida muestra que las cosas en modo alguno eran tan sencillas como al principio parecían. En ningún sitio fue esto tan claro como en Cataluña. A los somatenes, que estaban a su vez hambrientos y resentidos, se les habían unido aventureros de carácter y motivación dudosos, desertores del ejército regular y una mezcla de bandidos, contrabandistas y delincuentes de poca monta. Ciertamente no presentaban un bonito aspecto. Citemos a un oficial enviado a Cataluña junto con la división destacada desde Andalucía en otoño de 1808:

> Cada día aborrezco más y más a estas gentes: ellos no tienen otro Dios que el dinero; por él venderán su patria, su padre, sus santos y todo cuanto puedan ... Todo el ejército levantado hoy en Cataluña es una banda de ladrones que a título de somatenes entran en los pueblos casi a manera de los franceses y asolan todas las casas y las roban con más habilidad que ellos.[6]

Además de ser peligrosos tanto para amigos como para enemigos, no se podía confiar en los somatenes. Por ejemplo, el *représentant en mission* de la

Junta Central en la provincia se quejaba de que «no es gente con la que pueda contarse más que unos pocos días», y Charles Doyle de que «hay que utilizarlos rápidamente o dejarán de estar disponibles».[7] En cualquier caso, el más aceptable de todos era Joaquín Blake, que, como veremos, pronto se haría con el mando catalán:

> Vengan enhorabuena todos los somatenes ... que vuestra Excelencia me ofrezca, pero traigan víveres consigo para que no aumenten la miseria ya que han de aumentar la confusión. No hace mucho tiempo que al brigadier Casamayor le desaparecieron unos dos mil de esos paisanos armados al oír tocar la generala ... y hace muy pocas noches que se le fugaron tres mil o cuatro mil al teniente coronel don Juan Claros. Venga, vuelvo a decir para hacer una prueba de su constancia, pero nada confío en ella ni sobre la resolución de esta gente para atacar al enemigo.[8]

La enorme complejidad de los problemas relacionados con la resistencia irregular no habían de mostrarse con claridad hasta mucho más tarde, y será estudiada en otro lugar. Tampoco consideraremos aquí los diversos modos en que las «partidas» y otras formas de resistencia irregular empezaron a socavar el esfuerzo de guerra español. Baste con decir que incluso en tan temprana fecha, desde cualquier punto de vista había buenos motivos para desear la imposición de un mayor grado de orden. Así pues, como primer paso en esta dirección, el 28 de diciembre de 1808 la Junta promulgó una serie de instrucciones para la organización de bandas de guerrilleros que establecían con toda claridad que no se permitiría unirse a ellas a hombres huidos del ejército regular o que evitasen el reclutamiento, que no tenían que llegar a ser demasiado grandes, que cada banda había de estar mandada por un jefe reconocido que recibiría automáticamente un nombramiento de oficial regular y que todas las guerrillas estarían sujetas a la autoridad del comandante militar local. Mientras tanto, en Galicia se puso a oficiales del ejército al mando de zonas concretas y se les animó a encuadrar a los insurrectos en unidades regulares, mientras se enviaba a representantes del gobierno a distintas partes de Aragón y de Castilla la Vieja con instrucciones para estimular la resistencia popular y subordinar las bandas a su autoridad.

Ahora bien, el problema de los esfuerzos por restaurar el orden e imponer la autoridad del gobierno es que probablemente resultarían contraproducentes. Por ejemplo, tanto las juntas provinciales como los cabecillas insurrectos estaban profundamente ofendidos por los intentos de la Junta Central de reducir su autoridad militar y política, y con frecuencia opusieron resistencia. Especialmente llamativa es en este aspecto la situación que se produjo en Asturias, donde el provincialismo exagerado de la Junta se combinó con las inclinaciones reaccionarias del marqués de La Romana para causar un golpe:

el marqués acudió a Oviedo, derribó a sus gobernantes e instaló una nueva corporación de su gusto. Pueden discutirse los pros y los contras de este golpe, si bien hay pruebas considerables de que lo que motivaba a La Romana no eran consideraciones militares, sino más bien el odio a la revolución: al haberse convertido la Universidad de Oviedo en los últimos años en un centro de pensamiento progresista, la Junta de Asturias estaba dominada por personajes como Álvaro Flórez Estrada, el futuro escritor liberal. Pero incluso aceptando las quejas británicas de que la Junta no había logrado apoyar su esfuerzo bélico, no es evidente que el golpe consiguiera nada. En palabras del conde de Toreno, que fue miembro de la primera junta, «Romana nombró otra junta en su lugar; pero el arbitrario tratamiento cometido con la anterior disgustó a los más, y desarticuló, por decirlo así, el orden y el buen gobierno en el Principado».[9] La nueva junta, consciente de esta falta de popularidad, apenas se reunió y durante el resto de 1809 Asturias estuvo de hecho carente de gobierno.

Las personalidades que controlaban las juntas estaban insatisfechas, y también lo estaba el pueblo en mayor medida, debido a que las diversas patrullas antibandidaje que se formaron tendían ellas mismas a la actividad delictiva al proporcionar a los clientes de los caciques locales medios para evitar el servicio militar y al comportarse por lo general de la manera más arbitraria. Por citar una de las muchas notas anónimas enviadas a la Junta Central:

> Los comisionados puestos para la persecución y exterminio de los forajidos y malhechores han sido hasta el presente los que han infectado con robos y contrabandos los pueblos de su comisión, prendiendo a unos, soltando a otros, a unos ofreciéndoles acomodos y a otros amenazándoles de suerte que cualquier persona sensata se horroriza a la vista de tanta iniquidad.[10]

Como consecuencia de todo esto, posteriormente se produjeron desórdenes, el peor de los cuales fue el que tuvo lugar en Cádiz el 22 de febrero de 1809. Estos desórdenes, un asunto complejo, estaban causados por el descontento popular referente a Villel y por los intentos de estimular el reclutamiento. También eran importantes el odio a los funcionarios de aduanas —«Estos empleados que sin otra renta que su sueldo se enriquecen ... que mantienen toda clase de lujo sin privarse de nada»—[11] y las crecientes dificultades económicas:

> Toda la atención de la junta se centraba en el número de la población que vive en Cádiz ... Ha crecido mucho, y ... Cádiz no es pueblo capaz de asimilar de pronto un incremento de población ... entonces la carestía será inmediata,

> recayendo imperiosamente sobre el pobre ... para quien la menor subida de los precios de lo más necesario es una sentencia de muerte.[12]

Pero el núcleo del problema lo constituía la milicia urbana, los Voluntarios Distinguidos de Cádiz. Esta fuerza, al saber que iba a trasladarse a la ciudad un batallón formado por desertores extranjeros y antiguos prisioneros de guerra, llegó a la conclusión de que había que enviarlos al frente. En muy poco tiempo corrieron rumores de que la traición era inminente y una multitud enfurecida, de la que formaban parte muchos de los voluntarios, se apoderó de la ciudad, asesinó al detestado jefe de la guardia aduanera y asedió a Villel en su alojamiento.

La Junta Central, enfrentada a estos desórdenes, replicó con cierto número de prudentes concesiones: se prometió a los voluntarios gaditanos que nunca tendrían que servir fuera de la ciudad, se suspendió la recluta en la ciudad y la comisión local de policía se disolvió momentáneamente. Al mismo tiempo se dijo con toda claridad que no se tolerarían nuevos desórdenes. El alcalde mayor de Cádiz promulgó un decreto prohibiendo todas las reuniones de más de cinco personas, ordenando la detención de todos los menores a quienes se hallara a solas en las calles y amenazando a las mujeres que no se comportasen de modo decoroso con la pena de confinamiento solitario. —Pues se consideraba a esta parte de la sociedad especialmente proclive al desasosiego y al desorden debido a sus «indiscretas persuasiones y falta de talento»—. El 3 de marzo la Junta Central promulgó un decreto que establecía castigos draconianos contra los implicados en desórdenes públicos.

Con tales medidas se podía controlar a la multitud, pero quedaba otro problema al que había que plantar cara. Muchos generales se oponían vigorosamente a la dirección que la revolución había tomado, por ser profundamente legitimistas —Cuesta, que en aquella confusión había sido nombrado por la Junta de Extremadura para hacerse cargo del nuevo ejército que estaba formándose con los fugitivos de Gamonal y Somosierra, y La Romana—, o por estar deseosos de perseguir los objetivos de la conspiración aristocrática que se había visto interrumpida por el derrocamiento de Fernando VII —Infantado, Francisco Palafox y Montijo—. También se detecta cierto grado de celos y ambiciones personales; tal fue, por ejemplo, el caso de Cuesta, que aún estaba dolido por la pérdida del mando de Castilla en el otoño anterior, y el de Infantado, profundamente herido por haberse visto privado del mando del ejército del Centro después de Uclés. El resultado fueron diversas intrigas en las que los distintos generales hacían planes entre sí y con otros descontentos, lo que incluye muy especialmente a la Junta de Sevilla, con el fin de preparar la caída de la Junta Central. En el noroeste, por ejemplo, La Romana se declaró independiente de la autoridad de la Junta, mientras que Montijo

y Francisco Palafox llegaron incluso a instigar un levantamiento en Granada, en abril de 1809, que fue enseguida aplastado: «la Junta [de Granada] obligó a hacer estallar un artefacto ante cierto número de espectadores en la Plaza Nueva; y obligó a la caballería ... y la infantería ... a tomar las bocacalles ... arrolló la casa del conde de Montijo»,[13] pero incluso así la Junta difícilmente podía sentirse satisfecha. Los defectos de la situación eran evidentes y su nuevo presidente, el marqués de Astorga, quedó en ridículo. En palabras de lord Holland, «el... marqués de Astorga era el hombre más pequeño que jamás he visto en sociedad, y más bajo que muchos enanos exhibidos en las ferias ... se hacía acompañar por guardias como si fuera un personaje regio. Le llamaban "el rey chico"».[14] En consecuencia, «actualmente su popularidad ha desaparecido por completo y es universal el deseo de que sea destituido y se nombre para sucederle a una persona o a un pequeño consejo de regencia».[15] Estando así las cosas era esencial para la Junta Central asegurarse el apoyo de los británicos, en quienes seguían poniendo las más exageradas esperanzas (por ejemplo, se informó por entonces de que la pequeña guarnición británica que se había quedado en Lisboa al mando de sir John Cradock estaba formada por setenta mil hombres). Sin embargo, tras los hechos de La Coruña las relaciones con Londres habían ido de mal en peor. El 14 de enero de 1809 Canning y el embajador español en Londres, Juan Ruiz de Apodaca, habían firmado un tratado de paz, amistad y alianza definitivo por el que Gran Bretaña se comprometía a ayudar a España con todos los medios de que disponía y se prohibía a ésta hacer una paz separada con Francia o reconocer a cualquier monarca que no fuera Fernando VII. Pero lo que en Londres se entendía por ayudar a España era distinto de lo que se entendía en Sevilla. Lo que en realidad querían los españoles eran hombres y dinero, pero la administración Portland tenía poco efectivo para gastos, y los acontecimientos producidos en torno a la retirada de Moore hacían de lo más problemático el envío de otro ejército. En consecuencia, se rechazaron todas las solicitudes de ayuda económica y se condicionó el envío de tropas a la admisión en Cádiz de una guarnición británica, a modo de gesto de buena fe.

Esto no hubiera sido aceptable para ningún gobierno español. No lejos de Cádiz, en el litoral, se hallaba la perpetua fuente de resentimiento que suponía Gibraltar, y los británicos no habían entregado Menorca, que estuvo en sus manos durante gran parte del siglo XVIII, hasta 1802. Tampoco era la retirada de La Coruña la mejor plataforma desde donde plantear semejante demanda. Con todo podía haberse evitado una disputa, pero los acontecimientos producidos complicaron la situación. Convencido de que Cádiz estaba a punto de ser tomada por los franceses, un oficial de enlace con exceso de celo llamado sir George Smith se tomó la molestia de implorar a Cradock el envío de tropas para ocupar la ciudad. Cradock obedeció, y cuando Frere presentó

a principios de febrero la petición del gobierno, de hecho estaba presente en Cádiz una fuerza británica, por lo que la Junta Central llegó a la conclusión de que sus aliados planeaban un desembarco con su permiso o sin él. En tales circunstancias sólo cabía una respuesta, pero incluso así el incidente fortaleció aún más el sentimiento británico contra los españoles. Como escribió un soldado británico:

> ¿Quién hubiera pensado que los ... españoles ... se negarían a admitir en Cádiz a nuestro ejército? Y sin embargo tal fue su respuesta a nuestro generoso comportamiento y sobre nosotros cayó el peso de padecer la mortificación de esta negativa.[16]

Dejando de lado estas dificultades, aún había otros problemas que obstaculizaban el aumento de la ayuda británica. Por ejemplo, hubo algunos observadores británicos que no estaban disgustados con el trato que se había dado al gobierno español, con los acuerdos a que se había llegado para el mando de los ejércitos españoles o con la preparación, organización y comportamiento general de las tropas españolas. Lo más espinoso era la relación establecida entre los subsidios británicos, el libre comercio y la América española. Canning, al planteársele las siempre crecientes solicitudes de ayuda, respondió afirmando que la capacidad británica para su concesión estaría condicionada a que Gran Bretaña obtuviera acceso tanto a la plata americana como al comercio colonial, sugiriendo al mismo tiempo la necesidad de una reforma de las relaciones entre la metrópoli y las colonias. Tales demandas en modo alguno eran altruistas —Gran Bretaña obtendría enormes beneficios—, mas lo cierto es que para el esfuerzo de guerra británico eran esenciales más dinero y nuevos mercados. Con todo, una vez más, ningún gobierno español podía aceptar tales peticiones y menos aún la maltrecha Junta Central, que sabía perfectamente que cualquier concesión de este tipo proporcionaría excelentes argumentos a sus enemigos.

¿Cómo, pues, iba a recuperar la Junta Central la confianza británica, tan vital para sus perspectivas políticas, económicas y militares? ¿Cómo, además, iba a enfrentarse a sus enemigos internos, a exigir el cumplimento de sus decretos y a restaurar el orden en la sociedad española? En tales circunstancias, su única esperanza era una combinación de halagos y reconvenciones. El 12 de marzo de 1809 el secretario general de la Junta Central, Martín de Garay, envió a Canning un largo informe en que cargaba las tintas sobre el heroísmo del pueblo español y protestaba porque Gran Bretaña no había logrado dar a la causa patriótica todo el apoyo posible, reconociendo al mismo que un aumento de la ayuda supondría sustanciosas concesiones. A todo esto habría otras posibilidades con vistas a la reforma política: se declaró

que las colonias americanas eran parte integrante del estado español y se les concedió derecho de representación en la Junta Central, mientras que el 22 de mayo de 1809 se anunciaba que en el plazo de un año se reunirían nuevas Cortes y se formuló una petición general de propuestas para su organización y actividades. Además siguieron haciéndose esfuerzos desesperados por estimular el apoyo a la guerra, y la Junta patrocinó un concurso nacional de odas a la heroica Zaragoza, celebrándose numerosas ceremonias para conmemorar el primer aniversario del Dos de Mayo. Pero, en última instancia, la única respuesta efectiva era la victoria militar y, por extensión, la adopción de una estrategia ofensiva.*

Si la Junta Central volvió a estar preparada para el combate, se debió al respiro que a tal efecto le proporcionó la campaña de Moore combinada con la defensa de Zaragoza y con la llegada de abundante ayuda exterior: en mayo de 1809 los británicos habían suministrado a los españoles 155 piezas de artillería, al menos doscientos mil mosquetes y más de noventa mil uniformes completos, mientras que habían empezado a llegar de América las contribuciones patrióticas, que en diciembre del mismo año ascendían a 284 millones de reales. ¿Y qué pasaba con los franceses? Napoleón, como hemos visto, les había encomendado la conquista de Portugal y la eliminación de la resistencia en Cataluña como primeros pasos de una campaña que a finales de año se suponía tenía que haber liquidado toda oposición en la Península. Pero al elaborar este plan el emperador había pecado de exceso de optimismo. Al ser necesarias poderosas fuerzas para defender los territorios ocupados por los franceses, sólo se podía utilizar para operaciones ofensivas un volumen de tropas limitado. Las únicas tropas disponibles para la invasión de Portugal eran los cuerpos de ejército del mariscal Soult y del mariscal Víctor, así como ciertas unidades adicionales de caballería. La apuesta de Napoleón se basaba en una ausencia total de resistencia: en lo que a los españoles y a los portugueses se refiere, era tan desdeñoso como siempre, y no tenía conciencia ninguna de que los británicos aún disponían de tropas en Lisboa. Pero aún había otro fallo en su pensamiento. Dado que ante la conquista francesa la población de la mayor parte del resto de Europa se había mantenido tranquila, apenas le parecía necesario proteger sus líneas de comunicación. Pero en España las cosas no eran así, y los invasores aún estaban rodeados de ejércitos regulares. Así pues, a cada paso que avanzaban los franceses tenían que ir dejando hombres para asegurar las recientes conquistas y protegerlas de contraataques. No

* Hay que señalar en beneficio de la Junta que los generales estaban tan dispuestos a la batalla como los políticos, de lo que da fe una reunión de la comisión militar consejera de la Junta el 4 de marzo de 1809 en que se decidió específicamente que el objetivo principal de la estrategia española había de ser la inmediata liberación de Madrid.

obstante, argumentando que los ejércitos españoles no suponían una amenaza y que la resistencia popular era un fenómeno fácil de aplastar, Napoleón retiró de la Península cierta cantidad de tropas.

Los seis primeros meses de 1809, lejos de anunciar el final de la guerra, fueron para los franceses un período de intensas frustraciones. Las cosas les fueron mal desde el principio. Se suponía que en el oeste, Soult estaría en Lisboa el 10 de febrero. Y sin embargo, cuando ocupó La Coruña, El Ferrol y Vigo (que se rindieron sin combate), trasladó la responsabilidad de controlar Galicia al cuerpo de ejército del mariscal Ney, que había llegado tras él desde Castilla, reagrupó sus maltrechas fuerzas —su propio cuerpo de ejército y dos divisiones de caballería añadidas— y concentró en Tuy, en la frontera portuguesa, a los hombres que estaban en condiciones de combatir, ya habían pasado tres días de la fecha. Pero en la frontera el camino estaba cerrado, pues la carretera del sur que cruzaba el Miño estaba controlada por la fortaleza de Valença, cuyo gobernador se negó en redondo a rendirse. Tras un intento abortado de realizar un cruce con barcos, el ejército tuvo que buscar otro punto de cruce. Éste fue hallado en Orense, a ochenta kilómetros tierra adentro; pero cayeron enfermos o fueron muertos muchos hombres, perdiéndose además tantos caballos que resultó necesario enviar de vuelta a Tuy todos los bagajes y armas pesadas con una nutrida guardia. Mientras tanto, en Orense aún se perdió más tiempo intentando hacerse con nuevas vituallas, encontrar el ejército de La Romana, que se ocultaba en las montañas al este de la ciudad, y dominar la insurrección. De modo que finalmente Soult no cruzó la frontera hasta el 9 de marzo de 1809. Llevaba consigo menos de veintidós mil hombres, sólo veinte cañones, ligeros todos ellos, y unos limitados suministros de municiones y vituallas, dado que los franceses tenían que contentarse con lo que pudieran transportar en recuas de mulas.

Por débil que fuera Soult, aún eran más débiles los defensores. El pueblo portugués no mostraba entusiasmo alguno ante la perspectiva del servicio militar y era muy dado a manifestaciones de descontento (a principios de febrero hubo en Lisboa desórdenes graves); las personalidades locales temían la venganza popular; y las nuevas autoridades se hallaban enfrentadas entre sí. Se habían trazado planes para ampliar de algún modo el ejército, que incluiría una apreciable fuerza de infantería ligera, los *caçadores;* estos hombres, procedentes del antiguo ejército, habían sido movilizados e incrementados con unos veinticinco mil reclutas; y se había pedido a Gran Bretaña que enviase un comandante en jefe que pudiera dirigir las operaciones. De todos modos, aunque rápidamente se dispuso de dicho oficial en la persona de William Beresford —un general de división capaz y experimentado que había servido a las órdenes de Moore en 1808 y de quien se sabía que era amigo de Wellesley—, escaseaba el suministro de uniformes, armas, equipamiento,

transporte, animales de tiro y caballos de monta. En cuanto al entrenamiento, era de lo más deficiente, y la mayoría de los oficiales del antiguo ejército se habían unido a la Legión Portuguesa de Junot. Beresford, plenamente consciente de la bisoñez de sus reemplazos, había solicitado de inmediato oficiales británicos, si bien pasarían muchos meses hasta que esta solución diera algún fruto.

El resultado fue una escena lamentable. Muchos regimientos del ejército regular aún no habían sido completados y la totalidad de la fuerza todavía estaba dispersa a lo largo y ancho del país en sus diferentes distritos de reclutamiento regimental. Había además 48 regimientos de la milicia, si bien en muchos casos carecían de armas —a muchos hubo que darles picas— y en cualquier caso su adiestramiento era aún peor que el del ejército regular. Finalmente hay que mencionar también a la *Ordenança* o Guardia Nacional. Formada y armada a la manera de los somatenes y las alarmas, se suponía que, como éstos, tenían que actuar en caso de invasión. Organizados como bandas de guerrilleros podían haber sido de alguna ayuda, pero no podían enfrentarse a un ejército, y los intentos de tenerlos de modo permanente sobre las armas habían causado no pocos desórdenes. Lisboa estaba bien defendida por dieciséis mil soldados británicos mandados por Cradock y Almeida junto con la Legión Leal Lusitana —una pequeña fuerza de voluntarios creada por el aventurero británico sir Robert Wilson—, pero nada más. De modo que bien podía ser pesimista Harriet Slessor:

> La población del país declara que combatirá ... Están deseosos de creer ... que son capaces de lograr maravillas. Pero dejemos que se presente un formidable ejército francés ... [y] confusión, desánimo y aturdimiento llevarán probablemente a su aniquilación por millares.[17]

En principio las fuerzas de Soult sólo se enfrentaban a los doce mil hombres que formaban los regimientos de línea, la milicia y la *Ordenança* de la provincia de Tras-os-Montes. Estas fuerzas, al mando de Francisco da Silveira, pronto estuvieron en plena retirada entre escenas de desorden y amotinamiento, y a los dos días de cruzar la frontera, Soult había tomado la fortaleza fronteriza de Chaves. Soult, volviéndose al oeste, avanzó contra una masa de unos veinticinco mil hombres de la *Ordenança* mandados por el general Bernardino Freiré a quienes se había movilizado para cortar en Braga el mejor camino de Chaves a Oporto. Alcanzar a estas fuerzas resultó un asunto arduo —los franceses fueron hostigados en cada una de las etapas de su camino—, pero el 20 de marzo los franceses atacaron. Fue un combate corto. A los *ordenanças,* que habían tomado posiciones en unas alturas a unos cuantos kilómetros al este de Braga, se les había sumado un puñado de

soldados regulares y de la milicia y habían construido cierto número de reductos provistos de cañones. Pero los defensores se hallaban en un desesperanzador estado de confusión —de hecho, el 17 de marzo Freiré, había sido asesinado por un grupo de campesinos armados que habían intentado escapar a su autoridad— y eran demasiado pocos. El resultado era inevitable y a los pocos minutos los portugueses corrían dispersos y aterrorizados ante la caballería de Soult.

Oporto, a todo esto, se hallaba en un estado de enorme confusión. Gobernada titularmente por su obispo, que había vuelto de Lisboa para reclamar su antiguo feudo, en la práctica se hallaba en manos del «populacho». Bandas de *ordenanças* rondaban por las calles persiguiendo a cualquiera a quien considerasen sospechoso de traición y asesinando a las personalidades locales relacionadas con el régimen anterior a la guerra, además de lo cual hubo una terrible masacre en la cárcel. Aunque los accesos del norte de la ciudad habían sido bloqueados por terraplenes, zanjas y empalizadas, las posibilidades de una defensa eficaz eran pocas. Atacados el 29 de marzo por la mañana, a las dos horas huían aterrorizados los treinta mil defensores. De aquí el desastre que hemos descrito. La ciudad, construida en la terraza de una ladera a orillas del río Duero, era una trampa mortal. Miles de fugitivos fueron derribados por los franceses mientras que otros eran pisoteados o morían atropellados. Mientras tanto, en los muelles los barcos estaban atestados y hombres, mujeres y niños se habían arrojado al agua. Las peores escenas, con diferencia, tuvieron lugar en el único puente que cruzaba el río. Formado por pontones, fue hundiéndose gradualmente bajo el peso de la multitud, quedando en su parte central un hueco al que centenares, si no miles, de soldados y civiles se vieron empujados por los que venían detrás. Bigarré, ayudante de campo de José, provisionalmente asignado al cuartel general del mariscal Soult, fue testigo horrorizado de ello:

> Imaginad a doce o quince mil almas amontonadas a orillas de un río cruzado por un puente de barcas, parte de esta masa ... empujándose para cruzar por el puente, cuyo centro estaba hundido en el río. Imaginad a esos desgraciados precipitándose en ese abismo que no descubren hasta haber llegado a él. Imaginad cómo los extermina la metralla de los cañones portugueses situados en las alturas de la orilla izquierda del Duero ... y las bayonetas de los franceses en los talones.[18]

En otros lugares, muchos defensores fueron masacrados mientras intentaban rendirse, y hubo además mucho pillaje y rapiña. Doscientos hombres de la milicia, encerrados en el obispado, lucharon hasta la muerte; pero al caer la noche todo había terminado: yacían muertos unos ocho mil hombres, mujeres y niños, siendo las pérdidas francesas inferiores a quinientos; en el botín se

incluían doscientos cañones, enormes reservas de alimentos y municiones y vino para cargar treinta barcos.

Aun siendo ésta una gran victoria, los franceses no podían seguir avanzando. Las tropas, agobiadas por emboscadas constantes, expuestas a las más terribles represalias y sin posibilidad de forrajear, se hallaban exhaustas, desmoralizadas y cada vez más ingobernables. En cuanto a sus comandantes, se encontraban privados de noticias y obligados a llevar a cabo iniciativas —ejecuciones en masa y destrucción de pueblos enteros— que sólo despertaban resentimiento contra ellos. Y en cuanto a Soult, no había conquistado nada. Se había tomado Oporto y se habían dejado mínimas guarniciones en Braga y en uno o dos sitios más, pero los portugueses habían hecho el vacío a su alrededor y se habían distanciado de él por completo. Estaba muy claro que hasta que no cruzaran la frontera las tropas que se suponía acudían en ayuda de Soult, no había nada que intentar. El pueblo en armas, si bien no había impedido la invasión de Portugal, por lo menos había estorbado su éxito.

¿Y qué pasaba con las fuerzas a las que Napoleón había ordenado ayudar a Soult? Formadas por las unidades del mariscal Victor y alguna caballería añadida, para ser de alguna ayuda tendrían que combatir al ejército español de Extremadura y tomar las importantes fortalezas de Badajoz y Elvas; tendrían que desafiar los intransitables baldíos del valle del Tajo y tomar Abrantes; o asaltar Ciudad Rodrigo y Almeida. En consecuencia, podía dudarse de que llegaran muy lejos, y de hecho ni siquiera alcanzaron la frontera. Un intento de sondear el frente septentrional fue abandonado después de que Wilson lograra engañar a las fuerzas que se le enfrentaban haciéndoles creer que se encontraban ante un gran ejército, mientras que el siguiente plan de Victor —una marcha sobre Badajoz— fue impedido por la aparición repentina del ejército de Extremadura de Cuesta, que atacó en Medellín a las tropas del mariscal el 29 de marzo de acuerdo con las tendencias del propio Cuesta —era un comandante especialmente duro y agresivo— y la necesidad que la Junta Central tenía de una poderosa contraofensiva.

Tradicionalmente se ha censurado a Cuesta por su dirección de la batalla, mas lo cierto es que su generalato no careció, en modo alguno, de sensatez. El campo de batalla era una planicie abierta y la caballería española era superada en número y en calidad. En cuanto a los franceses, habían tomado posiciones entre el río Guadiana y un afluente suyo, el Ortiga, que se vertía en él procedente del sur, estando situada Medellín en la confluencia de ambos. Enfrentado a esta situación, Cuesta desplegó su infantería en líneas de seis hombres de profundidad, en consecuencia con mucha más capacidad para resistir una carga de caballería.* En cuanto a la

* Aquí hay un aspecto dudoso Oman indica que la infantería de Cuesta estaba formada de cuatro en fondo, pero esto es sin duda un error: en todos los ejércitos menos en el británico la formación básica era una línea de tres en fondo, mientras que en las formaciones con más profundidad ésta era siempre múltiplo de aquella cifra (en el ejército español de anteguerra, por ejemplo, una columna de compañías tenía doce filas). De todos

caballería, fue dividida en pequeños destacamentos situados en ambos flancos y en el centro con el evidente objetivo de apoyarlos en todo momento con la infantería, y en consecuencia estorbar a sus contrapartidas francesas, que eran superiores. Los flancos de esta formación quedaban protegidos por el Ortiga y el Guadiana, mientras que su parte frontal estaba cubierta por una densa línea de tiradores y por los treinta cañones de Cuesta; estos últimos habían sido arrastrados junto con la infantería para proporcionar apoyo cercano.

Sería fútil pretender que esta disposición carecía de defectos. Así, la línea española se estrechaba mucho al principio por la necesidad de que sus flancos se apoyaran en ambos ríos, mientras que sus distintas unidades tendrían que haber puesto atención en mantener en todo momento su alineamiento, por temor a que, de otra forma, la caballería francesa llenara el hueco y arrollara a las tropas por ambos lados. Y sin embargo, no era un problema insoluble. Victor, superado en número en una proporción de cuatro a tres, no fue capaz de rechazar a los españoles, y al avanzar éstos en un campo de batalla cada vez más estrecho, podían engrosar su formación. De modo que durante cierto tiempo pareció que Cuesta obtendría una victoria. «La infantería española —escribió sir George Jackson— se comportó noblemente. Pese a que gran número de ellos carecían de calzado e incluso casi de ropa, avanzaron con una frialdad y una decisión propias de tropas veteranas.»[19] «La artillería francesa, más pesada, más numerosa y mejor servida, fue gravemente tocada», pero, sorprendentemente, dos regimientos de dragones que cargaron contra los españoles fueron «rechazados con pérdidas», mientras que los tiradores españoles eran «tan numerosos y osados que con frecuencia obligaron a los nuestros [es decir, a sus equivalentes franceses] a reintegrarse a sus filas».[20] Pero la victoria no tendría lugar. Al ordenarse cargar a parte de la caballería francesa, la caballería que se había asignado al ala derecha española fue cogida por sorpresa en un rápido movimiento de un escuadrón de húsares enemigo. Lo que pasó a continuación ya era muy habitual.

Nuestros húsares que se habían mantenido gravemente silenciosos ante las amenazas e injurias del enemigo, cubrieron entonces con un solo grito formidable

---

modos, los relatos de testigos presenciales que tenemos apenas nos ayudan más allá de la indicación de que la infantería combatió en línea. Pero una línea de seis en fondo por lo menos tiene sentido. Pudo organizarse sin dificultades (formando cada compañía con doble profundidad), cubriendo las necesidades del momento, e incluso cuadra con la afirmación de Omán de que iban de cuatro en fondo si se supone que trabajaba con una fuente que se refería a las líneas de doble profundidad y que olvidaba que en el servicio español esto hubiera producido dos líneas más que en el de Wellington.

los agudos sones de la trompeta. Los lanceros españoles se detuvieron, mudos de terror, y enseguida, poniéndose en fuga atropellaron e hicieron huir a su vez a los escuadrones que venían detrás de ellos. Nuestros húsares se mezclaron con ellos y les atacaron a sablazos sin hallar resistencia.[21]

También en el otro flanco se produjo el desastre. Como escribió Cuesta:

> Ya la izquierda llegaba a medio tiro de pistola de la primera batería enemiga, y avanzaba a la bayoneta a tomarla, logrando que la abandonasen los enemigos que la defendían cuando una fuerte división de caballería enemiga, protegida de otra de infantería, cargó para recobrarla. Nuestra infantería no se detuvo, y seguía su marcha al paso de ataque, cuando los regimientos de caballería de Almansa, del Infante y dos escuadrones de cazadores imperiales de Toledo, flaquean, no cargan a la caballería e infantería enemiga, abandonan a la nuestra retirándose al galope, y dejan por consiguiente, en libertad al enemigo de atacarla en todas direcciones. Yo me hallaba sobre el costado derecho de la línea de la izquierda cuando advertí la retirada de los tres referidos cuerpos de caballería; parto acelerado para contenerla; envío a mis ayudantes y cuantos jefes y oficiales del Estado Mayor me seguían a contener tal desorden y hacer entrar en su deber estos cuerpos de caballería dirigiéndome yo también al mismo paraje. Vi pasar el cuadro más interesante que puede presentarse a un general. El cuerpo de granaderos de infantería, que con el mayor arrojo iba cerrado en masa a apoderarse de la batería con un comandante el coronel Zayas a su cabeza, a la vista del abandono en que la dejaba la caballería teniendo ya encima la enemiga, gritaba a la nuestra sin perder su formación: «¿Qué es esto? Alto la caballería. Volvamos a ellos que son nuestros». Pero todo fue inútil, pues no fue posible contenerla, resultando que el enemigo rompiese la infantería por todos sus costados y lograse su desunión.[22]

Con la División de Dragones del general Latour-Maubourg arrollando las divisiones de infantería de Henestrosa y Del Parque; las fuerzas de Cuesta se vieron reducidas en cuestión de minutos a una muchedumbre de fugitivos: «En unos instantes el ejército que estaba ante nosotros desapareció como desaparecen las nubes arrastradas por el viento. Los españoles arrojaron sus armas y huyeron; los cañonazos cesaron y la totalidad de nuestro ejército se lanzó en persecución del enemigo».[23] Como era terreno abierto, el resultado fue desastroso. Los españoles que huían fueron derribados o tomados prisioneros en gran número, además de lo cual perdieron veinte cañones y gran parte de su bagaje. Al final de la jornada las bajas alcanzaban la cifra de diez mil muertos, y muchos otros, que se habían dispersado por la zona, nunca volverían. En cuanto al propio Cuesta, es tal el oprobio sobre él lanzado por autores británicos que considero esencial un apunte personal, pues se expuso personalmente sin lugar a dudas al mayor peligro. A su lado cayó mutilado de un

cañonazo uno de su ayudas de campo, y él mismo fue herido en el pie. Finalmente, mientras intentaba agrupar a unos fugitivos, fue literalmente derribado. Recogido tanto por amigos como por enemigos, se vio entre los franceses y sólo le salvó de la muerte el valor de dos de sus sobrinos, que obligaron a retroceder a sus atacantes y, con ayuda del oficial observador británico, Benjamin D'Urban, «lo sacó de entre las patas de los caballos magullado y casi inconsciente».[24]

Afortunadamente para los españoles, la capacidad francesa para explotar el éxito de Medellín resultó limitada. Victor, alterado por un combate más duro de lo que esperaba y muy preocupado por los informes sobre la creación de milicias locales a la manera de los somatenes, decidió interrumpir su marcha hasta haber recibido noticias de Soult, de cuyos avances seguía sin saber nada. Mejores resultados hubiera obtenido Victor de haber pedido apoyo procedente de la zona de Madrid; pero esto era imposible, pues dichas tropas estaban muy ocupadas vigilando al ejército del Centro. Éste, reconstituido en Sierra Morena al mando del conde de Cartaojal, acababa de ser derrotado en Ciudad Real tras un intento abortado de sorprender a las fuerzas que guardaban los accesos meridionales de Madrid, pese a lo cual seguía siendo un ejército, por lo que no podía ser ignorado.

De modo que, a finales de marzo, la parte más importante de los planes de Napoleón para la conquista de la Península de hecho ya se había atascado. ¿Y en cuanto a la pacificación de los territorios ocupados? En el norte era prioritario someter Galicia, que pese a los denodados esfuerzos del mariscal Ney, resultó imposible terminar allí con la rebelión. Contando con sólo diecisiete mil hombres, desde el principio había tenido que abandonar cualquier esperanza de controlar toda la provincia, por lo que decidió dominar solamente ciudades importantes como Villafranca, Lugo, Santiago, El Ferrol y La Coruña, mientras dividía el resto de sus fuerzas en columnas móviles que mantenían abiertas las comunicaciones entre sus distintas bases y hacían salidas en todas las direcciones para perseguir a los alarmas, quemar pueblos, coger rehenes e infligir terribles atrocidades al infortunado pueblo. Con todo, rara vez los insurgentes eran capturados por las columnas francesas, a las que con frecuencia causaban numerosas bajas; y cada acto de castigo o de represalia daba origen a nuevos insurgentes. Y, lo que aún era peor, los franceses perdían terreno. Las ciudades ocupadas por las tropas de Ney, protegidas del bloqueo gracias a sus columnas móviles, estaban a salvo, pero en el suroeste la situación de Tuy y Vigo era muy distinta. Estas dos ciudades, defendidas por inválidos y otras tropas que había ido dejando Soult y faltas de toda comunicación con Ney, habían sido rápidamente sitiadas en un intento de someterlas por hambre. Finalmente, los defensores de Tuy fueron evacuados por tropas enviadas por Soult desde Oporto; pero el 27 de marzo Vigo se rindio

al desembarcar los británicos unos cuantos cañones navales y derribar la puerta principal.

En relación con las suposiciones que suelen formularse en lo referente a la naturaleza de la llamada «pequeña guerra», es importante señalar la identidad de las fuerzas que asediaron Vigo. Aun no tratándose de tropas del antiguo ejército regular, tampoco eran una multitud de campesinos armados. Por el contrario, su núcleo estaba formado por la División del Miño, fuerza formada por cinco regimientos de reclutas bisoños organizados por oficiales del ejército regular, que actuaba por orden de La Romana y la Junta Central. Estos hombres, procedentes de la recluta, uniformados y adiestrados para combatir en las formaciones propias de la época, eran soldados, aunque al principio no fueran especialmente buenos. No podía ser de otra manera: los civiles armados, carentes de medios de subsistencia, sólo podían mantenerse apartados de sus hogares unos pocos días. Y aunque no hubiera sido tal el caso, sigue habiendo razones para poner en duda la idea de una guerra del pueblo gallego. Los franceses contaban con que allí donde fuesen encontrarían oposición, pero bastaba con que abandonasen una zona para que ésta quedara tranquila durante semanas. Se podía inducir a multitudes de campesinos, con la perspectiva de una paga, a hacer instrucción unas cuantas horas cada semana, pero dedicar la mayor parte del tiempo a combatir no se contaba entre sus intenciones. Como escribe Hall:

> Al llegar al campamento ... encontramos al ejército patriótico maniobrando por divisiones ... Al acercarnos nosotros se ordenó un descanso general y los que tenían mosquetes se presentaron tan bien como pudieron, mientras quienes no los tenían hicieron los movimientos igualmente bien con sus picas o bastones, que les hacían parecer escitas, y con las hoces ... Bajo nuestros auspicios los campesinos seguían acudiendo de los campos contiguos ... aunque a duras penas podíamos avituallar a una vigésima parte de los patriotas armados ... Y esta pequeña fracción, al no tener oficiales ni estar disciplinada u organizada de manera alguna, verdaderamente parecía formada por niños que jugaban a ser soldados.[25]

Incluso cuando se hizo la llamada al combate, la alarma no dio mucho de sí en la lucha:

> Al llegar las tropas enemigas al pie de la colina ... la infantería francesa se sentó a descansar en la hierba con toda tranquilidad ... Ahora era el momento ... para lanzarse contra los cansados invasores, y ... se ordenó a los patriotas avanzar al ataque, pero ... se prefirió no confiar en el efecto de la carrera monte abajo y ... en hacer uso de la bayoneta en vez del fuego de su mosquetería. Al darse estas órdenes hubo un gran griterío de «¡Viva, viva!» y los españoles se lanzaron a la carga con un estilo digno de los tiempos del Cid Campeador. Pero

> esto sólo duró hasta que llegaron un par de cañonazos de las tropas francesas, ante lo cual ... los patriotas se detuvieron e iniciaron un vigoroso fuego contra el enemigo ... Me avergüenza decir... que en aquel momento pude observar que más de la mitad de ellos se habían echado atrás ... mientras que los restantes se limitaban ... a disparar sus piezas en dirección al lejano enemigo ... sin hacer el menor daño a sus adversarios ... Al llegar los franceses al alcance de los disparos de sus mosquetes, adelantaron algunos tiradores que empezaron a hacer fuego sobre los españoles. Apenas hace falta añadir que la mayor parte de las por entonces tristemente reducidas fuerzas de los patriotas volvieron sobre sus talones.[26]

Afortunadamente para los españoles, Galicia podía contar con algo más que las quintas de bisoños y las desorganizadas guardias nacionales, pues disponía del maltrecho ejército de la Izquierda. Esta fuerza, que mantenía unida el marqués de La Romana en las cercanías de la frontera portuguesa, se hallaba en un penoso estado: a principios de febrero carecían de armas tres mil de sus diez mil hombres. Pero al presentarse Soult, el marqués se había apartado hábilmente de su camino (ello le costó el apelativo de marqués de las Romerías). Una vez libre para atacar al enemigo incluso llegó a pasar a la ofensiva y lanzó un ataque por sorpresa contra la ciudad de Villafranca del Bierzo, que de modo un tanto sorprendente era el único punto en manos de los franceses entre Lugo y Astorga. Como la guarnición se vio obligada a rendirse rápidamente, el mensaje era obvio: Ney estaba perdiendo el control de la situación.

Hasta mayo, los franceses no pudieron hacer nada al respecto. No habiendo tenido noticias de la provincia desde hacía meses, José dio orden de que se dirigieran hacia la frontera siete mil soldados al mando del general Kellermann. Al encontrarse en Lugo, Ney y Kellermann decidieron asegurarse primero de que la guarnición de Asturias —la principal fuerza española en la zona— no estuviera en condiciones de intervenir a favor de los insurgentes. En consecuencia, abandonando todas las operaciones ofensivas en Galicia, Ney concentró una de sus dos divisiones en Lugo, mientras Kellermann volvía a León y enviaba un mensaje al gobernador de Santander, el general Bonnet, pidiéndole su colaboración. De modo que a mediados de mayo entraban en Asturias tres fuerzas distintas. Las fuerzas españolas, cogidas por sorpresa y desplegadas en destacamentos dispersos a lo largo de la frontera, se vieron arrolladas y huyeron en todas las direcciones, con lo que la entrada en Oviedo se produjo el 20 de mayo. No hubo resistencia:

> Como a las once de la mañana del 18 de mayo tocan a rebato las campanas de la catedral y demás iglesias en señal de alarma. El marqués de Santa Cruz recorre las calles de la ciudad excitando al vecindario a que tome las armas en defensa de la patria; y hace lo mismo el canónigo don Pedro de Nava ... Empúñanlas

> algunos vecinos; mas viendo que ningún militar se pone a la cabeza; que nadie trata de organizarlos; que no se toman otras disposiciones que tocar a rebato las campanas, exhortar y predicar; que todo es confusión y desorden ... desmayan y desisten del propósito ... La consternación y el espanto se retratan en el semblante de sus habitantes. Atónitos y despavoridos se retiran a las aldeas y concejos inmediatos ... Se inundan los caminos de ancianos y jóvenes de ambos sexos, de padres de familia, y de tiernas criaturas. Cada uno procura salvar lo que tiene, y sacar lo que puede para sostenerse en la huida.[27]

Aunque Ney emitió una proclama prometiendo a la población que serían bien tratados, la sumisión no ahorró sufrimientos a la ciudad:

> Con el pretexto de haberse hecho fuego a sus tropas a la entrada en la ciudad, se les da orden para saquearla ... Durante el saqueo cometen los nuevos vándalos tales excesos y brutalidades que sólo el mentarlos horroriza. Ni a cálculo se puede sujetar el daño que en casi todos los edificios hace la soldadesca desenfrenada para descubrir los objetos de su pillaje; los muebles preciosos que destruye, y el importe de los efectos, alhajas y dinero que saquea.[28]

A primera vista la pérdida de Oviedo pareció a los españoles una gran humillación: La Romana, por ejemplo, sorprendido en medio de su purga de las autoridades asturianas, tuvo que huir en un barco de pesca, y eso que la ciudad había sido el símbolo mismo del levantamiento. En la práctica, la única consecuencia fue dejar a los franceses excesivamente extendidos entre Galicia y Santander, provincias ambas que presenciaban ahora graves reveses. En Galicia, el general Mahy atacó por el norte con el ejército de la Izquierda y bloqueó Lugo, mientras la División del Miño marchaba hacia Santiago y ocupaba la ciudad tras derrotar a su guarnición en feroz combate. Mientras tanto también fue tomada Santander, sorprendida por una división de las fuerzas asturianas que esquivó a los invasores y se deslizó por entre las montañas. De modo que, en cuestión de días, Ney y Bonet recorrían el camino que habían hecho en dirección contraria, dejando a Kellermann sin más opción que evacuar Asturias, que a finales de junio volvía a estar en manos españolas.

A todo esto Cataluña resultó tan difícil de subyugar como Galicia y Asturias; en aquélla, lo prioritario era conquistar la desafiante plaza de Gerona, bloqueando para ello, como se hizo, la carretera principal entre Barcelona y la frontera, lo que dejaba a los somatenes de la mitad norte de la provincia una base segura y un lugar de refugio. En consecuencia, en enero de 1809 se ordenó a las fuerzas estacionadas bajo el mando del general Reille en la zona fronteriza avanzar hacia ésta lo antes posible, e incluso se les envió, a modo de refuerzo, algunas tropas alemanas. El emperador había previsto que el asedio empezara no más tarde de mediados de febrero, pero a Reille el encargo

no le entusiasmaba especialmente, y además necesitó cierto tiempo para reunir los suministros, el material de asedio y la artillería pesada que harían falta; mientras tanto los franceses seguían siendo hostigados por la incesante resistencia irregular. Se hubiera conseguido mucho más si Saint-Cyr hubiera podido marchar en ayuda de Reille desde la cercana Barcelona, pero durante cierto tiempo fue imposible debido a una nueva ofensiva española. Los franceses habían sido demasiado débiles para sacar todas las consecuencias de su victoria de Molins de Rey, y Barcelona había sido rápidamente cercada de nuevo por una nube de somatenes. De resultas de ello, el ejército de la Derecha —al mando ahora de Teodoro Reding, el oficial suizo que había bloqueado la escapatoria de Dupont en Bailén—, se vio en condiciones de recuperar su cohesión (a la abundancia de vituallas asegurada por el hecho de hallarse destacado en una de las regiones agrícolas más ricas de toda España se añadía una división de refuerzo que le había sido enviada desde Andalucía). Al parecer, Reding hubiera preferido sencillamente mantener la existencia del ejército y desgastar a los franceses con correrías y emboscadas; pero el pueblo del lugar exigía acción, y el general español pronto se vio acusado de traición y cobardía. De modo que a principios de febrero, el ejército de la Derecha estaba en movimiento intentando rodear a los elementos más adelantados de las fuerzas de Saint-Cyr. Pero el plan, en todo momento arriesgado, falló, y una serie de complejas maniobras hizo que Reding fuera aislado de su base de Tarragona por el comandante francés. Entablada la batalla al noroeste de Valls al amanecer del 25 de febrero, los españoles intentaron cortarles el paso. Los franceses, que al principio sólo tenían seis mil hombres, se vieron obligados a retroceder constantemente —Doyle dijo que los hombres de Reding eran «quizá las mejores tropas que había en España»—[29] y a mediodía se hallaban en tal desorden que parecían haber perdido la batalla. De haber avanzado, Reding hubiera obtenido la victoria que tanto necesitaba, pero en aquel momento decidió que a sus hombres les convenía un descanso y retrocedió a unas alturas situadas a tres kilómetros al oeste del campo de batalla inicial. Saint-Cyr, que enseguida había recibido sólidos refuerzos, se lanzó al ataque. Formando sus dos divisiones en poderosas columnas de las dimensiones de una brigada, lo que hacía muy difícil los cambios de formación, su intención era básicamente poner en fuga a los españoles contando sólo con el miedo. En este aspecto su éxito fue completo: ante el poco efecto que tuvieron varias andanadas de mosquetería sobre las masas que avanzaban, los defensores dieron la vuelta y corrieron. Reding, que ya había sido herido cuatro veces y había visto caer junto a sí a dos de sus ayudantes de campo en combate cuerpo a cuerpo, fue alcanzado mortalmente. Muy pronto todo había terminado —tres mil españoles entre muertos, heridos o capturados, además de perder toda su artillería y bagajes—, y sin embargo el efecto de la ofensiva

había permitido a los defensores de Gerona ganar al menos un mes (pues los franceses no entraron en la ciudad hasta principios de mayo).

Pero los problemas de los franceses no acabaron aquí. También en Aragón experimentaron pronto graves dificultades. Tras la caída de Zaragoza, los dos cuerpos de ejército empleados en el sitio —los de Mortier y Junot—* habían continuado separados en dirección este y sur, ocupando una población tras otra y siguiendo adelante hasta las fronteras de Cataluña y Valencia. Los españoles se veían impotentes ante tal avance —pues era poco lo que podían hacer incluso en el campo de la resistencia popular—, pero lejos de allí, en París, Napoleón estaba ahora cada vez más preocupado por la situación en Alemania, donde era evidente que Austria planeaba atacar al emperador. De resultas de ello, y para consternación del rey José, se ordenó que el cuerpo de ejército de Mortier evacuara sus posiciones y se dirigiera a Bayona. El cuerpo de ejército de Junot, al que se confiaba todo Aragón, no podía hacerse cargo de tanto, y menos aún teniendo en cuenta que una de sus brigadas de infantería había sido destacada para escoltar a la larga columna de prisioneros españoles enviada a la frontera tras la rendición de Palafox. Muy animadas, las fuerzas irregulares que habían empezado a aparecer en los lugares más remotos de la provincia actuaron, infligiendo a los invasores no pocos reveses. Amén de esto, las posibilidades de eliminar a los irregulares se vieron anuladas por la aparición de otro ejército de campaña español, el Segundo Ejército de la Derecha, una nueva fuerza reunida bajo el políticamente seguro Blake a partir de una división del antiguo ejército de Reserva que no fue capturada en el asedio.

En Valencia y Murcia se habían hecho enormes esfuerzos por elevar hasta nueve mil el número de hombres que integraban la fuerza de Blake, que a mediados de mayo cruzó la frontera y ocupó Alcañiz. Esta noticia fue funesta para los franceses, cuyas fuerzas en Aragón ascendían sólo a diez mil hombres y cuya moral estaba, además, baja. En cuanto a su comandante, tenían mejor suerte, pues el voluble y cada vez más excéntrico Junot había sido sustituido por el general Suchet, un jefe con carácter que hasta el momento había mandado una división del cuerpo de ejército que ahora recibía en herencia. En cualquier caso, tuvo que apresurarse a remediar la crisis que se produjo. Debilitando sus guarniciones todo lo posible, Suchet logró reunir ocho mil hombres con los que el 23 de mayo corrió a enfrentarse a Blake en Alcañiz. Pero los españoles habían ocupado una posición defensiva muy fuerte cuyo rasgo principal era una línea de alturas rocosas, por lo que Suchet

* Aquí son necesarias algunas aclaraciones. Junot había vuelto a España con el cuerpo de ejército que había llevado a Portugal. Pero, posteriormente, esta fuerza se había unido al cuerpo de ejército de Soult, tras lo cual Junot recibió el cuerpo de ejército del mariscal Moncey, que había sido destituido como consecuencia de la lentitud de las operaciones de Zaragoza.

tuvo que perder mucho tiempo averiguando el estado de las líneas enemigas antes de decidirse a atacar. Finalmente, a media tarde surgió de las posiciones francesas una poderosa columna de infantería que se dirigió contra el centro español. Los atacantes, avanzando monte arriba bajo un denso fuego, primero se vieron obligados a detenerse y luego a retirarse en gran desorden, tras lo cual un Suchet muy disgustado, que había perdido a unos ochocientos hombres, ordenó a los demás resguardarse en Zaragoza. En cuanto a su ánimo, estaba más bajo que nunca:

La falta de éxito de este ataque fue equivalente a una derrota total a ojos de las tropas, que ya eran proclives al miedo y al abatimiento ... Ya nos habíamos separado casi cinco leguas de los españoles cuando de la Primera División ... se apoderó un pánico repentino. Los soldados, aterrorizados, imaginaron que tenían al enemigo pegado a los talones. A favor de la oscuridad la alarma se extendió rápidamente; se dispararon entre sí y empezaron a escapar en la mayor confusión.[30]

Blake, animado por este éxito —la primera victoria de los patriotas desde Bailén—, esperó refuerzos durante unos días para dirigirse a continuación en dirección oeste en un intento de amenazar las comunicaciones de Suchet y de obligarle a librar una segunda batalla en condiciones adversas. La estrategia era buena —y reconocer a las claras que los españoles tenían más posibilidades de vencer en encuentros bélicos, forzaba a los franceses a atacar a posiciones que anulaban sus ventajas en el campo de batalla— y pronto produjo el efecto deseado. El 14 de junio Suchet, que había dedicado el período inmediatamente anterior a reunir sus tropas a la desesperada, salió una vez más de Zaragoza. Pero, desgraciadamente para los españoles, Blake había destacado a muchos hombres para que cuidasen de sus propias comunicaciones (a diferencia del exceso de confianza que caracterizaba a bastantes generales españoles, el fallo dominante de Blake era la duda, el titubeo). La batalla que tuvo lugar el 15 de junio en María fue una lucha enconada. En palabras de uno de los oficiales de Suchet:

> Los españoles mostraban una determinación considerable y estaban ganando terreno ... A mediodía empezó a faltarnos la munición, que pronto estuvo prácticamente agotada. Un sol ardiente se levantó sobre nuestras cabezas y nos sentíamos morir de calor y de sed. Recuerdo claramente ... [que] uno de mis camaradas ... me ofrecía su cantimplora cuando fue alcanzada por una bala que la hizo estallar en sus manos.[31]

Y sin embargo, por culpa de Blake se perdió la batalla. Los franceses, ayudados por una violenta tormenta que cegó a sus adversarios, lograron romper el ala derecha española y obligaron al resto del ejército a retroceder.

Blake, ya sin la oportunidad de liberar Zaragoza, hubiera hecho mejor en retroceder y unirse a los partisanos para obligar a Suchet a darle caza. Pero en vez de ello, temeroso de las consecuencias populares o políticas, a unos kilómetros al sur de Belchite se volvió para combatir. El resultado fue un desastre. Suchet había logrado reunir abundantes refuerzos y el terreno en modo alguno era tan difícil como en Alcañiz y en María; pese a todo, nadie pudo predecir lo que sucedió a continuación. En palabras del oficial de enlace británico, Charles Doyle:

> Aún no hacía cinco minutos que se había iniciado el cañoneo cuando cayó entre nosotros una granada del enemigo que provocó una gran explosión. Instantáneamente la consternación y la confusión lo invadieron todo, las tropas, empavorecidas, corrieron ... La caballería enemiga aprovechó la alarma y entrando por la brecha abierta en la línea, sembró el terror. El ejército entero se dispersó y la retirada fue muy precipitada. ¡El general Blake y algunos otros ... oficiales se quedaron literalmente solos en el campo de batalla![32]

Blake, humillado, atribuyó este insólito caso a un puñado de «manzanas podridas». Su informe decía lo siguiente: la fortuna pudo habérsenos mostrado contraria hasta el punto de ser derrotados, pero nunca hubiera esperado que tropas bajo mi mando huyeran sin combatir. No creo que sea éste el lugar adecuado para exponer la causa de estas desbandadas, desgraciadamente tan comunes en nuestros ejércitos; pero he de decir al menos que el mal ejemplo de unos pocos individuos puede desmoralizar a un ejército sin que su comandante se percate de ello.[33] Pero la verdad era mucho menos halagüeña para él, pues lo cierto es que sus hombres se habían visto desmoralizados por la derrota, el mal tiempo y por una creciente falta de confianza en Blake, que era, en todos los sentidos, un individuo sin color y absolutamente falto de carisma. Y el hecho de que perdiera su ejército es inamovible. Aunque fueron pocos los hombres muertos o cogidos prisioneros —las únicas tropas que entraron en combate fueron un batallón que formó un reducto en la plaza principal de la localidad—, el Segundo Ejército de la Derecha ya no existía, pues al menos la mitad de los supervivientes habían aprovechado la oportunidad para desaparecer.

Pero la eliminación del ejército de Blake no supuso el fin de los problemas de Suchet, y el comandante francés hubo de pagar un alto precio por las victorias de María y de Belchite. Así pues, en ausencia de un enemigo más poderoso que unas pocas guarniciones reducidas, oficiales del ejército como Felipe Perena y Ramón Gayan reunieron en las fronteras orientales de Aragón fuerzas irregulares, aislaron Zaragoza y Jaca y cortaron la carretera de Madrid. Además había partidas activas en el suroeste de la provincia colocadas por diversas juntas surgidas en localidades tan aisladas como Molina y

Teruel. Con insurgentes de mayor entidad había muchas más posibilidades de éxito —Jaca, en particular, fue defendida por una pequeña fuerza de guardias nacionales reticentes—, y debido a ello en los meses siguientes Suchet se vio obligado a interrumpir las campañas para realizar una serie de operaciones punitivas dentro de su territorio. Se obtuvo un gran éxito, pero incluso así las fuerzas francesas se veían sometidas a una fuerte presión. En palabras de Heinrich von Brandt:

> Era una verdadera batalla de tira y afloja entre los partisanos y nosotros, ellos estaban allí donde nosotros no nos hallábamos, desaparecían en cuanto nos acercábamos, se nos escapaban y reaparecían a nuestras espaldas Como la mayor parte de la gente de la región estaba de su parte, inevitablemente tenían todas las ventajas. Debíamos estar constantemente alerta, día y noche, para que no nos cogieran por sorpresa y nos arriesgásemos a perder la vida o el honor.[34]

Así pues, a principios de verano de 1809, tras varios meses de combates, los franceses apenas podían mostrar más ganancias que el valle del Tajo, una franja especialmente árida y pobre de Extremadura central y un poco del norte de Portugal. Al pedírseles al mismo tiempo que conservaran los territorios que tenían a finales de 1808, que rechazaran a los ejércitos españoles y que conquistaran Portugal, sencillamente se les había pedido mucho más de lo que podían hacer. Sólo de habérseles enviado desde Francia refuerzos masivos hubieran tenido posibilidades de cumplir su objetivo. Pero con la guerra desatada en Austria, no se podía prescindir de un solo hombre para enviarlo en ayuda del rey José. En realidad, costó grandes esfuerzos convencer a Napoleón para que no se llevara de la Península un buen número de tropas (como hemos visto, con tal objeto se sacó de sus posiciones en Aragón al cuerpo de ejército de Mortier, pero llegado el momento el emperador cedió y le permitió trasladarse a Castilla la Vieja, donde su presencia era el factor clave para permitir a los franceses marchar sobre Asturias). En consecuencia, hubo de interrumpirse la gran ofensiva planeada por Napoleón en enero de 1809. En Galicia, Aragón, Navarra y el norte de La Mancha, con cierta periodicidad columnas francesas se introducían profundamente en las montañas para devastar ciudades y pueblos en donde se habían instalado juntas insurrectas o bandas de guerrilleros, mientras que en Cataluña acababan de iniciarse en Gerona las operaciones de sitio; pero lo cierto era que la iniciativa había pasado a los aliados.

Si los franceses se hubieran percatado no sólo de que ya no podían avanzar más, sino además de que su excesiva extensión era un error, a largo plazo la marcha triunfal sobre Lisboa, Sevilla y Valencia contemplada por Napoleón no hubiera sido imposible. Por el contrario, para la causa de los patriotas

de momento el desquite sólo se había pospuesto. No sólo la derrota de Austria, que era fácil de prever, permitiría al emperador enviar considerables refuerzos a la Península e incluso volver él mismo, sino que, además, las tácticas expoliadoras de la Junta Central conllevaban un terrible precio. Militarmente hablando, la mejor estrategia que España podía adoptar se basaba en la defensa de los extensos territorios en manos de los patriotas: el sur y el oeste de Cataluña, Levante, Andalucía, Extremadura, el oeste de León, el sur de Galicia y Asturias. Las fuerzas españolas, protegidas por montañas y fortalezas, hubieran sido una amenaza de erradicación costosa y prolongada, siendo su mera existencia suficiente para evitar que los franceses concentraran todas sus fuerzas contra las guerrillas. Mientras tanto se podía haber ganado tiempo para eliminar la resistencia a la conscripción, acumular ejércitos mucho mayores y perfeccionar el entrenamiento y la disciplina. Sin embargo, como hemos visto, por motivos políticos y diplomáticos no podía optarse por una estrategia defensiva. Y sin embargo, al avanzar los españoles perdían mucho más de lo que ganaban. Como las batallas que de ello se seguían se libraban en el terreno abierto de la meseta, las notorias carencias de sus ejércitos quedaban más que nunca al descubierto y, aún peor, en peligro, en una situación en que los franceses disfrutaban de una posición central, mientras que los españoles operaban en las líneas exteriores. Todo esto estimulaba la deserción, y las bajas eran tantas que la harapienta causa patriótica, sencillamente, no podía soportarlas. En pocas palabras, liberar España era sangrarla mortalmente.

Capítulo 8, TALAVERA: CAÍDA DE LA JUNTA CENTRAL, JULIO DE 1809-ENERO DE 1810

Las líneas de la infantería británica estaban expuestas al abrasador sol estival. El humo de la hierba ardiendo se les metía en los ojos, pero apenas los ocultaba del enemigo. A lo lejos, ochenta piezas de artillería les lanzaban aullantes proyectiles de cañón que arrasaban a una fila de defensores o pasaban sobre sus cabezas sin causar daño. Un puñado de cañones de los defensores devolvían el fuego, pero eran muy pocos para que su acción se apreciara, y lo único que podía hacer la tropa era aferrarse al terreno con la esperanza de que pasara la tormenta. Súbitamente se percataron, con enorme alivio, de que las baterías enemigas habían dejado de disparar y de que las oscuras masas de tropas situadas frente a ellos estaban en movimiento. A través del espacio que les separaba se oían los ondulantes redobles del *pas de charge*. De los tiradores alineados en el frente británico partían disparos, pero aquellos hombres pronto empezaron a retroceder, pues su número era demasiado pequeño para causar ninguna impresión a la formación que iba a caer sobre ellos. Sin embargo, las tropas sabían exactamente qué hacer, y una única andanada disparada en el último momento barrió filas enteras de hombres. Pero los defensores no estaban acabados: enarbolando las bayonetas, se lanzaron adelante con grandes gritos e hicieron correr a los enemigos en busca de seguridad.

Este episodio, basado en el rechazo de las divisiones de Lapisse y Rey[*] en la batalla de Talavera del 28 de julio de 1809, tipifica una imagen de la guerra de la Independencia que sigue siendo querida por los corazones británicos.

[*] Los relatos británicos se refieren a esta última como la División de Sebastián. Pero, aunque inicialmente hubiera estado al mando de este oficial, durante los hechos de Talavera la mandaba el general Rey, al haber sido Sebastiani ascendido al mando del cuerpo del que formaba parte.

Y sin embargo en 1809 no era paradigma de la actitud británica en la guerra ni del propio conflicto. En realidad Talavera, excepción hecha de La Coruña, fue la única ocasión en ese año que las tropas británicas tuvieron que enfrentarse, en una batalla cuidadosamente preparada, a un ataque francés en gran escala; pero a la victoria siguieron una nueva retirada y nuevos reveses. De lo que realmente era ejemplo Talavera, era del fracaso, tanto para desarrollar métodos eficaces de cooperación entre los aliados como en la reforma de los ejércitos españoles; del fracaso en la consolidación de la autoridad de la Junta Central, o del fracaso en cambiar las actitudes populares respecto de la guerra. En consecuencia, pese a un verano y un otoño de duros combates, las esperanzas de recuperación de los aliados habían resultado vanas.

Sin embargo, cuando se libró la batalla de Talavera, a muchos observadores debió de parecerles que la causa aliada estaba bien encaminada. Sólo en Cataluña estaban todavía los franceses a la ofensiva, e incluso allí habían tropezado con problemas, pues su primer objetivo —Gerona— estaba provisto de obras de defensa impresionantes, de una amplia guarnición de tropas regulares y de un gobernador dotado de gran profesionalidad, valor y recursos en la persona de Mariano Álvarez de Castro, de sesenta años. Para irritación de Napoleón —que reaccionó sustituyendo a Saint-Cyr por el mariscal Augereau y a Reille por el general Verdier, antiguo adversario de Palafox—, por diversos motivos las operaciones contra esta plaza fortificada no se iniciaron hasta el 24 de mayo, y en lo sucesivo fueron sumamente lentas. En realidad, los franceses no estuvieron en situación de lanzar un asalto hasta principios de julio, pero su objetivo —la gran ciudadela que coronaba las alturas que dominaban la ciudad— se mantenía desafiante, de modo que dos intentos de conquistarlo fueron rechazados con graves pérdidas.

Aun habiendo retraso, éste carecía de importancia en comparación con los acontecimientos que tenían lugar en otras zonas, pues sugerían que los franceses no sólo se encontraban ante obstáculos infranqueables, sino que estaban en retirada. En junio, como hemos visto, los invasores habían tenido que evacuar sus efímeras conquistas en Asturias; pero los acontecimientos más espectaculares, con mucho, habían acaecido en Portugal y en Galicia. En Portugal se había interrumpido la invasión francesa después de la toma de Oporto, tras la cual Soult había sido eficazmente acorralado en un pequeño territorio en torno a la ciudad (lo que no le disuadió de seguir alimentando sus sueños de una monarquía lusitana). Tampoco había pasado mucho tiempo cuando los británicos volvieron a presentarse, el 2 de abril, ya que la administración Portland había decidido incrementar sus fuerzas en Portugal en treinta mil hombres y ponerlos bajo el mando de sir Arthur Wellesley con orden de expulsar del país a los franceses.

235

Esta decisión era fruto de diversos factores, entre los que se contaban la resolución de Canning de mantener el compromiso de Gran Bretaña con la Península, la negativa de la Junta Central a permitir el acceso de los británicos a Cádiz, la determinación de los amigos de Wellesley de ver su favor restaurado y la presentación por el propio Wellesley de un informe largo y anticipador en el que argumentaba: primero, que la mera presencia en Portugal de un ejército británico evitaría que los franceses sometieran a los españoles; segundo, que podía ponerse a Portugal en un estado de defensa tal que los franceses en ningún momento fueran capaces de conquistar el país con una fuerza inferior a cien mil hombres; y tercero, que un ejército portugués reestructurado podía aumentar la fuerza de choque británica lo suficiente como para que ésta pensara en liberar España. Con todo, sólo puede decirse como cosa cierta que el 22 de abril de 1809 tuvo lugar la llegada a Lisboa de sir Arthur Wellesley, encargado de atacar inmediatamente a Soult, propósito que vinieron a estimular las noticias de que las fuerzas del «Rey Nicholas», como llamaban al mariscal, estaban insatisfechas (en pocas palabras, estaba en marcha una intriga —la llamada conspiración de Argenten— para derribar a Soult y pasar sus hombres a los aliados).

A principios de mayo diecisiete mil soldados británicos y once mil portugueses estaban preparados para atacar Oporto bajo el mando de Wellesley, mientras que más al este, Beresford marchaba en dirección norte con una columna de flanqueo a la que se había encomendado la tarea de mantener a Soult aislado de España. El resultado fue una victoria muy sonada. Soult se vio obligado a evacuar Oporto el 12 de mayo tras un cruce del río por sorpresa, en el curso del cual una reducida partida de soldados británicos se apoderó de un gran monasterio en los suburbios orientales de la ciudad, y tuvo que rechazar una serie de asaltos a la desesperada. Después, Soult ordenó a sus hombres encaminarse hacia León. Pero tampoco fue éste el final de sus problemas, pues Beresford, reforzado por el ejército portugués que Silveira había conseguido formar al este de Oporto, logró bloquear la línea de marcha prevista por el mariscal francés. Éste, ante la amenaza de un segundo Bailén, abandonó su artillería y su bagaje y se precipitó en dirección norte por un escabroso sendero de montaña que conducía a Galicia. Hostigado por enemigos desde todos lados, empapado por una lluvia incesante y obstaculizado por algunos de los terrenos más agrestes de Portugal, en varias ocasiones estuvo a punto de ser atrapado, si bien alcanzó la frontera el 18 de mayo tras haber perdido cuatro mil hombres.

No ha de permitirse que este somero relato del combate disimule el hecho de que la ocupación francesa del norte de Portugal había resultado un triste episodio. Por ejemplo, un oficial inglés que se había alojado en Oporto en 1808, al volver a la casa en que residiera la halló en un estado desastroso:

> Presenciar la destrucción ocasionada en aquella hermosa residencia era verdaderamente lamentable ... las finas balaustradas rotas; las arañas y los espejos estaban hechos añicos; todos los bienes muebles habían desaparecido y los restantes se habían quemado o destruido por capricho; los selectos cuadros estaban mutilados y las paredes eran más propias de un barracón francés que de la morada de un *fidalgo* portugués debido a las pinturas obscenas que en ellas se habían pintarrajeado. El precioso jardín había sido completamente saqueado; los encantadores paseos y las fragantes enramadas habían sido arrancadas y demolidas; y las fuentes destrozadas.[1]

El mismo observador cuenta el caso de un caballero portugués a quien había volado la cabeza un oficial francés la víspera misma de la retirada de Soult «por no entregar a una de sus hijas para satisfacer la abominable lujuria de aquel detestable asesino».[2] Tampoco iban mucho mejor las cosas fuera de Oporto:

> A mediodía ... pasé por un campamento en que habían vivaqueado los franceses. De las casas de un pueblo vecino se habían sacado todos los muebles e incluso la vajilla para llevarlos al campamento. Las camas y los colchones yacían en hileras sobre el barro. Los cajones de los diversos muebles habían sido utilizados como pesebres. Los armarios roperos habían sido transformados en armazones para camas y en techos para las cabañas. Las sillas, las escaleras y los marcos de las ventanas se habían utilizado como combustible para las cocinas ... Todos los crucifijos y estatuas de santos de la carretera habían sido derribados de sus pedestales y los cepillos para los pobres situados frente a ellos violentados y saqueados, mientras que los altares y capillas habían sido arruinados y mancillados en su totalidad. En las iglesias ni siquiera se habían respetado las sepulturas y los santuarios habían sido desvalijados. Candelabros de altar, brazos y piernas de apóstoles y santos, ropajes destrozados, cálices, libros de oraciones y demás yacían en las proximidades mezclados con paja e inmundicias.[3]

No es de extrañar, pues, que los británicos se encontraran con que los franceses rezagados habían sido clavados en las puertas de los establos, castrados y con los genitales metidos en la boca, ni que las multitudes de campesinos iracundos exigieran que se les dejara asesinar a los muchos prisioneros caídos en manos de los británicos. Tampoco era Galicia un lugar seguro, pero en ella los insurgentes podían hacer poco más que hostigar a las columnas en retirada, mientras que tanto el ejército de la Izquierda como la División del Miño se hallaban lejos, atacando Santiago y Lugo. En consecuencia, al detenerse en la frontera las fuerzas angloportuguesas, la maltrecha comandancia de Soult pudo avanzar en dirección norte hacia Lugo (de donde se habían retirado los españoles). Así pues ¿qué había que hacer ahora? Soult

era firme partidario de dirigirse a León, desde donde podía amenazar Portugal otra vez además de reequipar a sus hombres con las armas, ropas y calzado que tanto necesitaban. Por el contrario, Ney quería que los franceses se concentraran en Galicia, pues consideraba que ahora podrían aplastarla de una vez por todas, al poder reunir entre los dos mariscales unos treinta y dos mil hombres. Soult, deseoso de obtener todo el socorro que Ney pudiera proporcionar a sus mermadas fuerzas, siguió este último plan y simuló marchar contra los españoles, si bien en el fondo nunca tuvo la menor intención de ayudar a su colega en el mando, y de hecho procedió inmediatamente a evacuar Galicia con el pretexto de que sus hombres no estaban en condiciones de seguir operando. Mientras tanto, el 7 de junio Ney se precipitó contra la División del Miño, y fue rechazado con graves pérdidas en el puente de Sampayo. Pocos días después, al descubrir la falsedad de Soult, «el bravo entre los bravos», comprensiblemente, tiró a su vez la toalla: así pues, en menos de un mes Galicia quedó libre.

Terminaba de este modo una campaña que había costado al imperio, además de considerables molestias —la prensa patriótica estuvo atiborrada durante meses de historias sobre el heroísmo de los insurrectos—, las vidas de miles de soldados. A todo esto, había cierto número de lecciones que, mostradas como en un microcosmos, Napoleón hubiera debido tener presentes. Por entusiastas que fueran los insurrectos —y hay muestras claras de que al menos parte de los alarmas estaban más interesados en el saqueo y en las venganzas particulares que en combatir a los franceses—, probablemente hubieran sido derrotados, si bien ello hubiera supuesto mucho tiempo y hubiera requerido abandonar tentativas de avance en otros puntos o una introducción masiva de tropas de refresco en la Península. Como puso de manifiesto aún más claramente la invasión de Portugal por Soult, cada kilómetro cuadrado de territorio conquistado requeriría una sólida guarnición. Igualmente, la presencia de ejércitos enemigos —elemento vital— hacía que fueran necesarias aún más tropas. Al plantearse los franceses una tarea imposible, tanto su fuerza de voluntad como su moral estaban socavadas. A todo esto, la ira y la frustración crecientes estimulaban todo tipo de atrocidades e intensificaban los rigores de la política de ocupación, ya de por sí muy brutales. De modo que la victoria hubiera supuesto mucho más tiempo, dinero y hombres de lo que Napoleón jamás hubiera previsto. También era evidente la probabilidad de nuevas demoras, a no ser que el emperador estuviera dispuesto a adoptar una estructura del mando bastante diferente de aquella con la que había dotado a sus ejércitos en enero de 1809. En teoría, se había nombrado a José lugarteniente del emperador en España, pero durante la estancia de Napoleón en el país su autoridad se había visto seriamente debilitada, y además en el aspecto militar era una nulidad, por lo que todos los comandantes franceses tendían a ignorarlo.

Como el lejano control desde París no ofrecía solución, las crudas rivalidades que frecuentemente dividían a los mariscales provocaron un completo caos. Incluso cuando los comandantes franceses estaban dispuestos a cooperar, rara vez podían mantenerse en contacto. Surgía de aquí otro problema: que los grandes movimientos, que permitían rodear y cercar los ejércitos enemigos, característicos de las campañas de Napoleón, no eran posibles en España. Incluso en la gran contraofensiva de noviembre-diciembre de 1808, los esfuerzos del emperador en este aspecto no funcionaron satisfactoriamente, y con el consiguiente crecimiento de la resistencia popular tales combinaciones llegaron a ser casi imposibles.

Ignoramos en qué medida era Napoleón consciente de estos problemas tras la evacuación del norte de Portugal y de Galicia. Lo cierto es que decidió, en primer lugar, que había que enviar a España enormes refuerzos tan pronto como fuera posible (en el momento en que Austria fue derrotada), y en segundo lugar que los ejércitos franceses habían de concentrarse nuevamente en la destrucción de los británicos, y con tal objeto se dio a Soult el control no sólo de su propio cuerpo de ejército, sino también los de Ney y Mortier. Y sin embargo, en el futuro inmediato las fuerzas *in situ* eran las suyas, de modo que por lo menos en el sur y en el oeste de España la iniciativa estratégica seguía en manos de los aliados. En este sentido, la situación de estos últimos parecía más prometedora. En Portugal, los británicos habían recibido varios millares de soldados de refresco y estaban ahora concentrándose para atacar a Victor, mientras sus aliados portugueses mantenían la vigilancia en la frontera con León. Estando los españoles capacitados para aportar el ejército de Extremadura, que había sido reconstruido hasta alcanzar unos treinta y seis mil hombres, y el ejército del Centro, de veintitrés mil hombres, no parecía imposible una gran victoria.

Y sin embargo el éxito iba a resultar difícil de obtener. En primer lugar, a mediados de junio Victor por falta de alimentos tuvo que evacuar sus expuestas posiciones al sur del Tajo y retroceder hacia Madrid. Sin inmutarse, Wellesley y Cuesta elaboraron el plan de un avance concéntrico sobre la propia capital. Ahora bien, considerando que cualquier operación sobre las líneas exteriores depende por completo de la cooperación, la confianza y la coordinación, hay que tener en cuenta que en verano de 1809 eran cualidades que estaban ausentes en España central. Cuesta y Wellesley, por ejemplo, eran ambos personalidades acusadas que sin lugar a dudas se indispondrían. A la Junta Central, Cuesta le aterrorizaba y sospechaba que los británicos estaban de acuerdo en secreto con uno o más de los distintos grupos que conspiraban para derribarla (en este aspecto fue lamentable, primero, que el destacado oficial de enlace británico, Charles Doyle, fuera íntimo de Francisco Palafox y segundo, que La Romana gozara en gran medida de la aprobación

británica). Por otro lado, Cuesta creía que los británicos planeaban su sustitución por el mucho más manejable duque de Alburquerque, Francisco Javier Venegas, comandante del ejército del Centro, que era enemigo de Cuesta y un instrumento al servicio de la Junta Central. Finalmente, Cuesta, Venegas y otros muchos españoles influyentes podían sentirse alarmados por los rumores de que Wellesley iba a ser nombrado comandante en jefe de los aliados.

Probablemente, la mayor parte de estas informaciones carecía de importancia fuera de los rangos superiores de los ejércitos aliados. Pero lo último que se necesitaba como fuente de fricción eran rumores de luchas por el poder en las alturas. Para los españoles esto revivía tristes recuerdos de rapiñas y pillajes. Incluso antes de que el ejército británico dejara Portugal, se apreciaba claramente que su comportamiento apenas había cambiado. Se informó de que varios soldados que cometieron abusos de uno u otro tipo habían sido asesinados por el «populacho», mientras que, como lamentaba Wellington, «el ejército se comporta terriblemente mal. Son una chusma que, del mismo modo que el ejército de sir J. Moore no podía sino fracasar, no puede alcanzar el éxito ... Saquean por doquier».[4] Incluso más chocantes que los meros robos eran las durísimas brutalidades de que hacían gala muchos de los soldados, muestra de lo cual es, por ejemplo, el comportamiento de un soldado llamado John Clapham, que, buscando leña inmediatamente después de haber entrado el ejército en España, entró en una iglesia y sacó un ataúd de su sepultura, dejando el cuerpo tirado en el suelo.

Tal comportamiento probablemente era inevitable. Según escribió Sherer, los soldados, apartados del resto de la sociedad durante años y expuestos a peligros y privaciones sin cuento, se volvían brutales y se tomaban la revancha contra el mundo civil:

> He visto a hombres comunes albergados en el palacio vacío de un aristócrata ... y he observado en su comportamiento un alegre apetito de golpear y destruir ... Mas el origen de esto no es la crueldad. No, en tal caso un soldado se siente alzado por unos momentos por encima de su condición baja y común, mientras que el desaparecido propietario de la arrogante mansión ... aparece humilde a sus ojos.[5]

Fuera cual fuese la causa, el fenómeno era ciertamente inquietante. Citando a Thomas Browne,

> los [soldados comunes] cada día me parecen más feroces y menos aptos para reintegrarse a las obligaciones de los ciudadanos, y en ocasiones considero que si se les diera rienda suelta en Inglaterra una vez restaurada la paz, el país quedaría atestado de rateros y merodeadores de todo tipo.[6]

Y sin embargo, el problema no se limitaba sólo al pillaje y al vandalismo. También era notorio un complejo de superioridad tan sorprendente como el que se apreciaba en el ejército francés. Desde el preciso instante en que desembarcaron en Lisboa, los británicos sintieron que eran seres superiores. La capital portuguesa les causó un horror generalizado; Bell dijo de ella que era «la ciudad más asquerosa que jamás he visto» y Bragge observó que «al echar pie a tierra el hedor casi te desmaya».[7] No es de extrañar que el efecto de tales puntos de vista condujera a las comparaciones más desfavorables. Citando a Porten

> Ni la alocada imaginación de Dean Swift pudo imaginar la escena que se presentó: por todas partes se apreciaba un caos de cochambre, pobreza y desdicha. Los harapos y la desnudez parecían la condición natural de todas y cada una de las personas que se me acercaban ... No se puede encontrar ni una posada en que pasar la noche sin sufrir tormentos infernales ... intenté alojarme en una, pero si se me hubiera dado a escoger entre pasar las horas nocturnas en el tugurio más miserable de Inglaterra o instalarme en tal lugar, hubiera preferido lo primero. Resultaría imposible hallar en toda Gran Bretaña una habitación tan desastrosa, mal amueblada, asquerosa e infestada de parásitos, y sin embargo era el principal hotel de la ciudad.[8]

El cambio de país, o en este caso, pasar a España, apenas ofrecía diferencias. Simmons, por ejemplo, al escribir sobre la zona situada entre Almeida y Ciudad Rodrigo, se quejaba:

> Nuestros actuales alojamientos son verdaderamente miserables; por doquier hay montañas espléndidas, el pueblo es sumamente mísero, la ropa insuficiente para cubrirse y positivamente un nivel por encima de los salvajes ... por la mañana salen de sus míseras cabañas y puede vérseles sentados en el suelo formando corros ... espulgándose mutuamente las cabezas.[9]

«Positivamente sólo un nivel por encima de los salvajes». De aquí surgieron multitud de males. Con semejantes actitudes, mezcla de ignorancia de las costumbres populares y de insatisfacción tanto respecto de los españoles como de los portugueses, en 1808 el desprecio se hallaba ampliamente extendido. De modo que para Simmons los portugueses «no merecían comentarios», mientras que para Donaldson los españoles eran «una raza de mentalidad celosa, vengativa y cobarde, groseramente ignorante y supersticiosa».[10] En consecuencia son legión los ejemplos del trato descortés, rudo y arbitrario para con los civiles. Simmons, por ejemplo, que viajaba camino de Lisboa para volver con los suyos tras haber sido herido, no comenta nada sobre cómo impuso a un campesino portugués que condujera su coche, y como después hizo

que su criado golpeara al pobre hombre cuando el traqueteo del carro le molestó en las heridas; ni Kincaid sobre el robo de comida a refugiados portugueses hambrientos; ni Lawrence del robo a campesinos españoles que habían entrado en el campamento a venderles vino. Menos seria y más gratuita es la historia de un soldado irlandés llamado Dennis, que, al ver que se acercaba una procesión religiosa con el santísimo sacramento, quiso evitar tener que arrodillarse en la suciedad de una calle lisboeta:

> Finalmente se le ocurrió una idea afortunada. Arrebató el sombrero de las manos de un portugués que se había arrodillado ante él, se arrodilló sobre el sombrero y presenció la ceremonia con la mayor seriedad ... El dueño del sombrero no se movió hasta que la procesión hubo pasado, y entonces, sin darle tiempo a hablar, Dennis puso el sombrero sobre la cabeza de su propietario y se fue.[11]

Por lo general el cuerpo de oficiales no solía actuar de modo tan insultante, pero esto no bastaba para remediar la situación. Pues:

> En algunas ocasiones disfrutamos de gran hospitalidad por parte del pueblo, si bien estas ocasiones escasearon, por ser los españoles un pueblo altivo y distante, y sin lugar a dudas nuestros oficiales no hicieron esfuerzos por su parte por vencer esta reserva ... Lo cual es un error fatal... Si los oficiales del ejército británico hubieran reflexionado sobre el efecto que su conducta había de tener sobre el pueblo de una nación diferente ... sin duda hubieran adoptado la decisión de cambiar de tono ... Es un hecho singular, y lo considero degradante, que la proporción de conquistas femeninas de los oficiales franceses ... ¡fuera cinco veces superior a la nuestra! ¿A qué se debe esto? El oficial británico tiene la ventaja de su apariencia; su exterior está lejos del de un francés; su fortuna, en términos generales, es diez veces mayor. Pero ¿de qué sirve todo esto si éste se acomoda a las costumbres ... de aquellos entre quienes se ve arrojado, mientras que el otro ... se aferra a sus costumbres nacionales, se pavonea de ellas y no sólo desprecia, sino que permite que se note que desprecia, todo lo que se encuentra fuera de su propio país?[12]

La arrogancia, además, se combinaba y alimentaba con el anticatolicismo. Muchos de los soldados, como los irlandeses, eran católicos, pero los oficiales del ejército británico eran sólidamente anglicanos, y además cierto número de unidades experimentaban un aumento del metodismo entre la tropa, particularmente entre los suboficiales. Se consideraba al catolicismo culpable del atraso de España y Portugal, y la condena de muchos aspectos de la fe y la práctica católicas era universal. De las estatuas, por ejemplo, se afirmaba que estimulaban la idolatría y la pereza de los mendigos. Especial desagrado despertaba el gran número de clérigos que se encontraban por doquier; Patterson, por ejemplo, cuenta que los frailes «viven ... en un estado de zángana indolencia ...

sostenidos por la multitud engañada y gozando de un amplio suministro con abundancia de exquisiteces».[13] Pero lo que mayor interés despertaba era la institución del convento. Nada podía convencer a los oficiales del ejército de que las «hermosas reclusas» y las «encantadoras consagradas» no habían sido encarceladas en contra de su voluntad, por lo que se produjo una denuncia general de lo que Swabey llamaba «la crueldad de enclaustrar a la infortunada juventud inmadura en esas diabólicas celdas».[14] El resultado fue toda una cosecha de incidentes. El 23.° Ligero de Dragones montó una procesión burlesca con falso obispo incluido; Kincaid cuenta cómo se atacaba o se arrojaban bolas de nieve a los frailes; y hay numerosos relatos de oficiales que acudían en tropel a los conventos e intentaban establecer relaciones con las monjas. Se ignora si llegaron a tener éxito (aunque, desde luego, hay casos en que se afirma), pero en ocasiones se tomaron medidas más enérgicas.

> Nuestro médico ... se puso tan alegre que se dirigió a un convento para liberar a las monjas cual galante caballero. Muchas de las lindas señoritas que allí conoció estaban dispuestas para la libertad, pero los astutos sacerdotes acudieron al rescate. Hubo una conmoción, desde luego, y algunos oficiales de la guardia de los bagajes ... reunieron sus fuerzas y se sumaron al doctor. Casi habían forzado una de las entradas cuando el segundo comandante recibió una herida en la cabeza y cayó escaleras abajo. El doctor convocó a sus tropas para hacerse cargo del herido ... y los santos sacerdotes escaparon, satisfechos de haber preservado a las doncellas de ojos siniestros de las manos de semejantes herejes.[15]

De modo que era difícil que los españoles congeniaran con sus compañeros británicos. Ni que decir tiene que estos últimos no se llevaron mejor impresión. Los recuerdos británicos de la traición española en la campaña de sir John Moore tenían tanta fuerza como los recuerdos españoles de la mala conducta de los británicos. Es célebre que tanto a oficiales como a soldados les alteraba ver a Cuesta y a su ejército. Cuesta, convaleciente aún tras haber sido herido y pisoteado en Medellín, fue descrito como un «hombre anciano y enfermo hasta el punto de que necesita ayuda para subirse al caballo» y un «conjunto deforme de orgullo, ignorancia y traición».[16] En cuanto a sus tropas, movían a risa:

> En comparación con el hombre que teníamos delante, el desastroso regimiento de Falstaff hubiera hecho honor a cualquier fuerza. Eran indisciplinados y estaban mal armados y ... casi desnudos. Puedo asegurar al lector que con la mayor dificultad podíamos evitar que la risa asomara a nuestros rostros cuando oficiales con codos y rodillas al aire pasaron majestuosamente llevando viejas espadas oxidadas que no servían para nada. Cientos de hombres de aspecto extraordinariamente altanero vestían casacas de diferentes colores, mientras que

> sus calzones daban testimonio indudable de las dificultades que experimentaban sus portadores para mantener los harapos sujetos a las piernas.[17]

Añádase a todo esto el efecto del puro azar —el hecho, por ejemplo, de que el valle del Tajo fuese una región pobre que ya había sido completamente saqueada— y se comprobará que las relaciones habían de ser malas. Y esto se notaba. En líneas generales, el plan aliado consistía en que, mientras Venegas evitaba que las tropas de La Mancha y de Madrid —el cuerpo de ejército originalmente mandado por el mariscal Augereau y dirigido ahora por el general Sebastiani y la pequeña reserva del rey José— se dirigieran al oeste, Wellesley y Cuesta unirían sus fuerzas en el valle del Tajo para derrotar a Victor, tras lo cual José y Sebastiani tendrían que retirarse. Sebastiani y José, desde luego, podían ignorar a Venegas y unirse a Victor o Victor ignorar a Wellesley y unirse a José y a Sebastiani, pero ninguna de estas posibilidades era especialmente preocupante, pues ambas pondrían a la capital en peligro de ser tomada planteando a los aliados muy pocos problemas. En pocas palabras, pasara lo que pasase, Madrid había de caer, infligiendo en el proceso un fuerte golpe a Napoleón.

Pero este plan no funcionó en ninguno de sus aspectos. Dirigiéndose contra Victor, situado al este de Talavera de la Reina en una fuerte posición tras el río Alberche, Wellesley y Cuesta acordaron atacarle el 23 de julio; pero los españoles no avanzaron en el tiempo acordado. Al resultar de ello que Victor pudiera escapar sano y salvo, Wellesley se enfureció. No está claro por qué el general español se negó a avanzar, aunque la explicación más probable es que sospechara que estaban conduciéndole a una trampa. Era una sospecha infundada, pero incluso así había buenas razones militares para creer que un ataque frontal como el planeado era insensato. Como llegó a reconocer Wellesley, «las posibilidades apenas jugaban a favor nuestro».[18] Pero no era éste el problema, pues la queja principal de los británicos era que Cuesta había omitido informarles de su cambio de planes. Ya el 17 de junio el comandante británico se había quejado de que Cuesta era «tan obstinado como ha de serlo cualquier caballero a la cabeza de un ejército», pero ahora la situación se había vuelto imposible: «A cada día que pasa —escribió Wellesley— el general Cuesta me parece cada vez más intratable. Es imposible negociar con él y de lo más inseguro que triunfe cualquier operación en la que se halle implicado».[19]

En consecuencia, Wellesley, temiendo por la seguridad de su ejército, interrumpió su avance. Pero también era importante la cuestión logística. Wellesley había aceptado pasar a la ofensiva sólo con la condición de que los españoles le proporcionaran los suministros y transportes adecuados. Esto era esencial —en aquel momento al ejército británico le faltaba la caravana de

bagajes permanente de años anteriores, y en consecuencia tenía que vivir de lo que consiguiera en el país—, mas pese a la buena voluntad por parte de los españoles, el valle del Tajo era incapaz de atender a las necesidades del ejército. Estaba a punto de llegar algo de comida, pero no se encontraron carros, y los comisarios de algunas unidades se vieron obligados a apoderarse de los convoys que llegaban con alimentos para los españoles. En consecuencia, aunque Cuesta hubiera sido menos intratable, es evidente que los británicos no habrían avanzado más allá del Alberche. Como dijo Wellesley a Castlereagh, «no he sido capaz de seguir al enemigo como me hubiera gustado debido a ... haberme resultado imposible conseguir en España ni una mula ni un carro».[20]

Incapaz de convencer a Wellesley, Cuesta decidió de todos modos avanzar en dirección este, y sólo el 25 de julio se encontró de modo inesperado no precisamente ante Victor, sino también ante Sebastiani y José. ¿Qué había funcionado mal? La respuesta era Venegas, que no sólo había avanzado de un modo muy dilatorio, sino que además se había desviado entreteniéndose en inútiles demostraciones contra Toledo (ciudad casi inexpugnable para tropas procedentes del sur). No está claro cuál fue el motivo de semejante conducta; una posibilidad es que, por despecho, decidiera sabotear las operaciones de Cuesta; otra, que hubiera recibido de la Junta Central órdenes secretas de retrasarse; y otra, que tuviera las manos atadas por un absurdo plan tramado por un aventurero llamado Domingo Soriano para obtener la detención del rey José y la rendición de gran parte del ejército francés. Sea cual fuera la explicación, el resultado fue que José y Sebastiani lograron unirse a Victor. De modo que pronto hubo unos cuarenta y seis mil hombres enfrentados a los ejércitos aliados. Pero no eran precisamente estas tropas aquellas con las que Wellesley y Cuesta se verían obligados a combatir. En León, Soult se había dedicado a dar descanso y a equipar de nuevo a su castigado cuerpo de ejército, mientras que Ney acababa de evacuar Galicia. También disponían del cuerpo de ejército del mariscal Mortier, instalado algo más lejos, al sureste de Castilla la Vieja. Estando Wellesley en el valle del Tajo era una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla, y también estas tropas se pusieron pronto en movimiento.

El puñado de tropas que Wellesley y Cuesta habían apostado para cuidar de su flanco y de su retaguardia no sería capaz de contener a la masa que estaba a punto de caer sobre ellas, éste es, probablemente, el motivo de que Wellesley decidiera detenerse en el Alberche. Sin embargo seguía corriendo cierto peligro, pues existía una posibilidad muy real de que Cuesta fuera arrollado por José, Victor y Sebastiani cuando el 26 de julio avanzaron hacia el oeste. Pero afortunadamente para los aliados, una combinación de buena suerte y torpeza francesa permitió a Cuesta librarse de la trampa, con

el resultado de que el 27 de julio por la mañana los españoles volvían a estar en contacto con las fuerzas británicas. Al ser la línea del Alberche imposible de defender por diversas razones, los aliados retrocedieron un poco hasta una posición defensiva escogida para ellos por Wellesley y cubierta por la división británica del general Mackenzie. Pero estas tropas no se hallaban tan alerta o tan bien situadas como podían haberlo estado, y los campos en torno a su cuartel general —una importante granja llamada la Casa de Salinas— estaban cubiertos de manchas de olivares, pinos y encinares. Deseoso de ver qué sucedía, Wellesley cabalgó hasta este edificio y subió a la torre, que era su punto más destacado, cuando repentinamente surgió del monte bajo un enjambre de infantería francesa que atacó a las tropas de Mackenzie. En la lucha, el comandante en jefe británico estuvo a punto de caer o ser apresado —corriendo para salvar la vida, logró salir del patio principal justo antes de que por el otro extremo entraran los franceses— y se produjeron más de cuatrocientas bajas, si bien logró reunirse con su división y conducirla a lugar seguro en la principal línea aliada.

Acompañados por un cañoneo constante, ambos ejércitos empezaron a desplegarse para la batalla. Los franceses, avanzando desde el este en un país cubierto por el mismo tipo de monte bajo que tanto había estorbado a Mackenzie en la Casa de Salinas, ocuparon una posición que desde una colina baja denominada el Cerro de Cascajal corría en dirección sur cruzando la planicie que se extiende hasta el Tajo. Su derecha y su centro, estacionados en el límite de los olivares a través de los cuales habían llegado los franceses, tenían un campo de tiro excelente y podían enfrentarse a los aliados a campo abierto, si bien su izquierda no estaba tan bien definida, pues los olivares, pinos y encinares cubrían toda la posición y se extendían en un gran cinturón que rodeaba la localidad de Talavera y se fundía con la posición ocupada por los aliados.

El terreno no era especialmente favorable para los franceses, pero tampoco ayudaba del todo a los aliados. En la mayor parte de su extensión, el emplazamiento estaba delimitado por un riachuelo, el Portiña, que sólo constituía un obstáculo allí donde corría por un estrecho barranco entre el Cascajal y una altura algo más elevada y escalonada que se alargaba más o menos de este a oeste, conocida como el Cerro de Medellín, y que formaba la izquierda aliada. Inmediatamente antes de los matorrales que cubrían el extremo meridional del campo de batalla, la posición estaba dominada por una loma aislada llamada el Pajar de Vergara; pero por lo demás la posición no tenía más protección que el Cerro de Medellín. También suponían cierta ayuda los bosquecillos y los vallados que ocupaban el espacio entre el Pajar y el Tajo, pero si bien perjudicaban las cargas de caballería y los bombardeos artilleros, exponían al mismo tiempo a sus defensores al peligro de ser tomados por sorpresa, escondían sus

cañones y les hacían muy difícil maniobrar. A todo esto, la mayor parte del centro y de la izquierda eran sumamente vulnerables al fuego de cañón: excepción hecha del Cerro de Medellín, no se podía contar con el tipo de laderas opuestas de las que tanto provecho sabía sacar Wellesley.

La posición aliada, defendida por los británicos, comprendía desde el Cerro de Medellín hasta el Pajar de Vergara, y por los españoles desde éste hasta el Tajo, y era bastante mediocre. Como de costumbre, el ejército español tenía demasiadas tropas bisoñas: de hecho, en un célebre incidente que se produjo cuando las fuerzas estaban formando sus líneas, cuatro batallones huyeron al oír el sonido de sus propios mosquetes tras haber disparado una andanada a unos elementos de caballería francesa que habían aparecido a lo lejos. En definitiva, los aliados estaban completamente superados en artillería: entre José, Victor y Sebastiani habían llevado al campo de batalla ochenta cañones, y Wellesley y Cuesta sólo 55. Los franceses eran inferiores en número, es cierto —Wellington y Cuesta pudieron oponer cincuenta y tres mil hombres a sus cuarenta y seis mil—, pero la ventaja más bien pequeña que esto suponía quedó completamente anulada por el hecho de que, como atacantes, pudieron concentrar el grueso de sus fuerzas sólo contra los británicos o contra los españoles, y entre tanto, intentaban contener al resto de la formación aliada con un mero grupo de caballería.

Si bien el objetivo del ataque que a continuación tuvo lugar pudo haber sido tanto los británicos como los españoles, por diversas razones fueron los primeros quienes lo sufrieron. Al menos en este aspecto, los aliados tuvieron suerte. Los británicos, mucho mejor adiestrados que los españoles y con más moral debido a sus victorias en Portugal, pudieron confiar en el genio táctico de Wellesley, pues las semanas transcurridas desde la campaña de Oporto habían permitido la organización del ejército en divisiones permanentes y la incorporación de por lo menos una compañía de fusileros a cada brigada de infantería a fin de darles una capacidad de escaramuza más efectiva. Pero el mariscal Victor —el único de los tres comandantes franceses que en ese momento se hallaba en el campo de batalla— nunca se había enfrentado en combate a los británicos. Decidido a obtener para sí la mayor parte de la gloria, ni siquiera esperó a que llegasen todas las tropas francesas. Poco antes de que hubiera caído la noche, la división del general Ruffin avanzó contra el Cerro de Medellín. Los defensores, situados al parecer en un lugar inadecuado, fueron cogidos por sorpresa y las faldas de la montaña cubiertas de monte bajo y de cantos rodados pronto se convirtieron en escenario de una confusa acción bélica nocturna. Sir Rowland Hill, el muy popular y jovial comandante de división, casi fue capturado mientras cabalgaba monte arriba para averiguar qué sucedía, y los franceses sólo pudieron ser desalojados tras un feroz combate.

247

En consecuencia, por dificultoso que resultase, el ataque nocturno contra el Cerro de Medellín había sido un fracaso. Pero aunque los defensores ya habían sido alertados del peligro, Victor no había terminado. A las cinco de la mañana, la concentración de baterías de la artillería francesa abrió fuego sobre las tropas de Wellington. Las tropas de Ruffin, cubiertas por el terrible cañoneo, volvieron a avanzar cruzando el Portiña. Formadas en tres columnas de regimiento, pronto empezaron a subir la pendiente de la ribera opuesta, hostigados solamente por el fuego de los tiradores de Hill (el humo de los cañones era tan denso que los ocultaba por completo). Pero en lo alto de la ladera les esperaban cuatro mil infantes británicos. Así pues, tan pronto como los hombres de Ruffin surgieron de entre el humo fueron alcanzados por una descarga mortal que prácticamente barrió sus primeras filas. Tras un breve intercambio de disparos, los siete batallones de Hill cargaron contra sus agobiados enemigos y al poco toda la división de Ruffin huía en desbandada.

En el campo francés este rechazo causó gran consternación. Sabiendo que Soult se dirigía contra las líneas de comunicaciones de Wellington, tanto José como Sebastiani y el consejero principal del rey, el mariscal Jourdan, se habían opuesto a un ataque, pero finalmente se vieron obligados por Victor, comandante impetuoso, mariscal desde hacía sólo dos años y que era presa de una especie de complejo de inferioridad (antiguo soldado raso de intelecto limitado, era objeto de infinidad de chistes). De ahí que Victor, buscando la victoria a la desesperada, siguiera persiguiendo la destrucción de Wellesley. Tras muchas disputas, esta bravata consumió la jornada —a José le atemorizaba la idea de lo que haría Napoleón si permitían huir a los británicos, y acababa de oír que Soult tendría más dificultades para llegar al valle del Tajo de lo que se había esperado—, con lo que se iniciaron los preparativos para otro asalto. Uno de los más importantes fue un potente bombardeo que causó graves pérdidas. Schaumann, por ejemplo, describe que vio a un artillero «volar alto y cruzar los aires con brazos y piernas abiertas como un sapo», y Morley cómo una bala ya sin fuerza le alcanzaba en la cadera en el mismo momento en que otra le entraba por la boca a un hombre llamado Shaw que había dormido a su lado. Más gráficas son las memorias de Andrew Pearson:

> En el momento en que mi compañía entraba en línea me dijo el capitán que cerrara las filas por la derecha, y ... entonces una bala de cañón pasó a través de los cuerpos del primer y último hombres de la fila, matándolos a ambos. Yo fui herido en el pecho por uno de sus mosquetes y me desvanecí unos minutos ... Un sargento que me ayudaba se tambaleó repentinamente y cayó, siendo derribado unas seis yardas hacia atrás. Corrí hacia él y le pregunté si creía haber sido mortalmente alcanzado; me replicó que la bala estaba en su mochila.

> Entonces la examiné ... y metiendo en ella la mano, saqué una bala de doce libras.[21]

Mientras los comandantes franceses discutían entre sí, el Portiña presenciaba escenas que habían de convertirse en características de las relaciones entre los ejércitos británico y francés en la guerra de la Independencia. El único lugar con agua en un campo de batalla azotado por el calor veraniego español se había convertido en un imán para ambos bandos en los momentos de respiro del combate. De modo que a lo largo de su curso, los enemigos se encontraban haciendo acopio de agua en los mismos charcos estancados, compartiendo la comida, el vino y el tabaco e intentando hablar entre sí. Un participante en la batalla escribió:

> El agua del arroyo, que por la mañana estaba clara y buena, era ahora un charco de sangre colmado de muertos y moribundos. Al no haber otra alternativa, nos veíamos obligados a cerrar los ojos y a beber del arroyo ensangrentado. Las tropas francesas estaban igualmente necesitadas y ... acudían a millares ... para hacer lo mismo que nosotros. Y en lugar de mirar ceñudamente a nuestros enemigos, nos dábamos las manos con ellos del modo más amistoso.[22]

Era una escena extraordinaria, y además según avanzaba la guerra cada vez había de ser más común. Escandalizados por la crueldad de españoles y portugueses, unidos por la profesionalidad y las fatigas y profundamente ajenos a la sociedad en que se hallaban, era natural que británicos y franceses sintieran que tenían algo en común. En consecuencia, según pasaba el tiempo apareció un código no escrito que establecía todo tipo de normas y convenciones. No se hacía fuego contra los centinelas, se evitaba disparar innecesariamente, se salvaba y socorría a los heridos, se trataba con respeto a los prisioneros y las fuentes de alimentos y de agua que quedaban en tierra de nadie se compartían con el otro bando. Son lugares comunes las historias de oficiales intercambiándose cartas para amigos apresados, pidiendo periódicos enemigos o incluso cenando con los del otro bando, mientras que era frecuente encontrar a soldados rasos buscando comida y botín codo con codo. El oficial británico llegado a las líneas francesas tan borracho que tenía que ser devuelto a las suyas por cuatro soldados enemigos y el centinela francés a quien se descubría cumpliendo las obligaciones de un inglés probablemente son apócrifos, pero aun así el fenómeno fue ampliamente observado incluso por españoles y portugueses, para quienes resultaba considerablemente ofensivo.

Desgraciadamente la confraternización no podía durar siempre. El bombardeo francés se reanudó y a las dos de la tarde todo estaba preparado. Mientras dos de las tres unidades de infantería de Victor —las de Ruffin y

249
Villatte— amenazaban el Cerro de Medellín avanzando por el largo valle de orientación oeste que flanqueaba su ladera norte, las dos que Sebastiani había llevado al campo de batalla —las de Leval y Rey—junto con la tercera división de Victor —la de Lapisse— se lanzaron contra el centro aliado. El resultado fue la crisis sangrienta de un día ya de por sí sangriento.

Al norte del Cerro de Medellín, Wellesley apenas fue puesto a prueba, pues, anticipándose al movimiento de los franceses, había enviado a la mayor parte de su caballería al valle, donde fue reforzada por un gran contingente de fuerzas españolas enviadas por Cuesta a petición propia. Los franceses, avanzando un poco, se percataron de que una de las dos brigadas de caballería británicas enviadas para interceptarlos cabalgaba hacia ellos, por lo que se detuvieron y formaron en cuadro. La caballería —una combinación de dragones ligeros británicos y alemanes— cargó intrépidamente; el resultado fue un desastre. Según los relatos británicos, los jinetes se encontraron inesperadamente con una zanja escondida y cayeron en ella en revuelta confusión. Esto podía ser una invención pero lo cierto es que la carga fracasó. Al llegar a los cuadros franceses, jadeante y desordenada, la caballería británica no tenía posibilidades de romperlos y la mayor parte de los jinetes les rodeó dando vueltas a su alrededor, dejando que un remanente suicida fuera valle abajo. Afortunadamente para los aliados, se habían enviado al valle otras muchas tropas, por lo que Ruffin y Villatte decidieron que la discreción era la mejor parte del valor.

Mucho más importante era la situación en el centro, donde un fuerte bombardeo había precedido al ataque. Formados unos junto a otros con Leval a la izquierda, Rey en el centro y Lapisse a la derecha, los franceses adelantaron en líneas de columnas de batallón (la primera, formada por tropas holandesas y alemanas, en una única línea, y la segunda y la tercera con una línea de apoyo). Precedidas por sus tiradores, las columnas avanzaron, pero entonces se vieron sometidas a un potente fuego artillero, al haber sido reforzado el Pajar de Vergara con cierto número de cañones españoles. A lo largo de todo el frente el resultado final era el mismo. En la derecha británica, la división del general Campbell, con el apoyo de algunos batallones españoles que también se sumaron al ataque, chocó con los franceses en una rápida sucesión de descargas, los detuvieron y a continuación les obligaron a retroceder con una briosa carga a la bayoneta que capturó una batería de artillería ligera que estaba subiendo para proporcionar apoyo cercano. Sin embargo, las divisiones de Lapisse y Rey, que se dirigían contra la división de choque del general Sherbrooke, se vieron sometidas a tácticas bastante diferentes. Se les permitió acercarse hasta unos cuarenta y cinco metros, y entonces recibieron una única descarga e inmediatamente una carga de los casacas rojas. Los franceses, con bajas terribles, dieron la vuelta y huyeron,

pero en este momento las cosas volvieron a torcerse. En palabras de Andrew Pearson:

> Ya no podíamos quedamos allí mucho más, de modo que, levantándonos de un salto, lanzamos el conocido grito británico y cargamos. Era un movimiento para el que no estaban preparados y enseguida rompimos sus primeras filas, tras lo cual retrocedieron de inmediato hacia las densas columnas de su retaguardia.[23]

Las tropas de Sherbrooke, afectadas por largas horas de inmovilidad bajo el fuego artillero, corrieron tras los fugitivos, sólo para caer directamente en manos de su apoyo. Desordenados, superados en número y fatigados, fueron puestos inmediatamente en fuga, con muchísimas pérdidas. Los franceses, muy animados, los persiguieron, pero las únicas reservas que los británicos habían dejado en el centro avanzaron para formar una nueva línea, y al mismo tiempo Wellesley, desde su posición ventajosa en el Cerro de Medellín, lanzó ladera abajo a un único batallón para unirse a ellas. Estas tropas, permitiendo retirarse a través de sus filas a los hombres de Sherbrooke, se enfrentaron a Lapisse y Rey, con quienes entablaron un denso fuego tras el cual hubo un alto. Se produjo a continuación un prolongado intercambio de disparos en que ambas partes sufrieron graves pérdidas, si bien los franceses, atacados tanto por la caballería como por la infantería británicas, en un momento dado no pudieron seguir resistiendo y se retiraron.

Fue, según la frase utilizada por Wellington en Waterloo, casi un milagro. El centro estaba exhausto. Escribió Schaumann:

> Un tirador alemán apostado ... con el rostro casi negro por el sol, el polvo, la pólvora y el sudor ... se dejó caer en tierra completamente exhausto asegurándome que había disparado sesenta cartuchos. Tenía la lengua pegada al paladar por la sed. Ya no podía seguir luchando y apenas quedaban vivos diez hombres de su compañía.[24]

Habían muerto dos comandantes de brigada y habían caído tantos hombres que «en la retaguardia se formó una línea de caballería española ... para que la nuestra pareciera una fuerza mayor».[25] En su marcha hacia el campo de batalla, la División Ligera tropezó con multitud de fugitivos británicos y españoles que afirmaban que la batalla estaba perdida; la propia ciudad de Talavera se hallaba en un estado caótico:

> Los españoles ... lanzados en masa a través de la ciudad y mezclados con enormes cantidades de bagajes bloqueaban las calles ... vi este tumulto y confusión espantosos desde mi ventana. Incluso la población huía con sus enseres.[26]

251

Aunque la batalla aún no había terminado, pues al retirarse los restos de las divisiones de Lapisse y Rey, Leval se puso en marcha otra vez. Pero las tropas que avanzaban, hostigadas por el fuego de artillería que provenía del Pajar, nuevamente se vieron obligadas a detenerse ante los mosquetes de los defensores, y el ataque fue definitivamente parado por una parte de las fuerzas de Cuesta, que salieron resueltamente y atacaron el flanco izquierdo francés; el punto culminante de esta hazaña fue una animosa carga de caballería española que además de infligir muchas bajas barrió lo que quedaba de la artillería divisionaria de Leval. Para los franceses aquello era el fin. Era muy poca la infantería —las únicas tropas que podían ser de alguna eficacia contra la posición aliada— que todavía estaba fresca; más de siete mil hombres habían muerto o habían sido heridos; se habían capturado 17 cañones y el ejército entero estaba profundamente desmoralizado. Victor, desesperado por obtener la victoria, pidió que la batalla continuase; pero José, Sebastiani y Jourdan se le impusieron señalando que los aliados aún estaban intactos y que incluso existía el peligro de que contraatacasen. En consecuencia, aunque los disparos prosiguieron durante algunas horas, a medianoche todo el ejército francés se hallaba en retirada entre gritos de «A Bayonne! A Bayonne!».

Dejaban tras de sí a unos adversarios muy tocados. Más de cinco mil soldados británicos habían muerto o resultaron heridos —la cuarta parte de sus fuerzas—, así como varios centenares de españoles. «Casi todos los componentes de mi estado mayor habían sido alcanzados o habían perdido sus monturas —escribió Wellesley—, y no sé cómo pude yo librarme. Al final de la acción fui alcanzado en el hombro, aunque no herido, y mi casaca quedó agujereada.»[27] Para más horror, muchos de los heridos habían muerto quemados en incendios de la vegetación iniciados por telas de combustión lenta. Faltaba el agua y la comida y las tropas estaban completamente exhaustas, siendo además necesario dedicar bastante tiempo a reunir a los heridos supervivientes. El 29 de julio llegaron refuerzos importantes: los primeros elementos de la que se convirtió en la célebre División Ligera, y no parecía haber motivos para pensar que en los próximos días el ejército del Centro no obligara a los franceses a retirarse. Pero aunque Wellesley y Cuesta no lo supieran, la situación estaba a punto de cambiar de modo espectacular. En aquel momento llegaron noticias de que un gran destacamento de tropas francesas había forzado los pasos que separaban el valle del Tajo de Castilla la Vieja y León, ocupando el importante cruce de carreteras de Plasencia, a unos 150 kilómetros al oeste. Los comandantes aliados, creyendo que se trataba de tropas en cantidad muy inferior a la real, decidieron que les atacara Wellesley con su ejército mientras Cuesta seguía ocupando Talavera. Dado que en Plasencia se estaban concentrando cincuenta mil hombres,

el desastre amenazaba; pero no fue la primera vez que los aliados se salvaron gracias a su superioridad en la vigilancia del enemigo. Así, un grupo de guerrilleros interceptó y entregó a Cuesta una carta de José a Soult que permitía deducir cuál era la situación verdadera; Cuesta se la envió de inmediato a Wellesley. Este último, al recibir el documento en el último momento, interrumpió su avance y se apresuró a cruzar el Tajo por Puente del Arzobispo. En Oropesa se le unió Cuesta, que acababa de abandonar Talavera a toda prisa para juntarse con él. El general español estaba deseoso de atacar a los franceses, pero Wellesley insistió en retirarse al otro lado del río. Así pues, al anochecer del 4 de agosto el ejército británico estaba a salvo en la ribera sur, donde un día después se les unieron de bastante mala gana los españoles.

Situados los principales ejércitos aliados al sur del Tajo, donde tomaron posiciones controlando el Puente de Almaraz, las grandes esperanzas que había despertado la campaña llegaron a su fin. Sobre todo en Madrid, esto causó gran disgusto. Como rememoraba José Clemente Carnicero, residente en la ciudad, que en 1814 incorporó sus recuerdos de la ocupación francesa a uno de los primeros intentos españoles de escribir una historia general de la guerra de la Independencia:

> Vino a mi cuarto un amigo, y, viéndome con la serenidad acostumbrada, al instante dijo, «¡Cómo! ¿Y usted con tanta flema? ¿Pues que no sabe que las gentes andarán a bandadas por las calles llenas de gozo ... porque el rey José se ha rendido con todo su ejército, y ya somos españoles otra vez, y que nuestras tropas entran esta tarde ... a tomar posesión del palacio?». «La novedad —repliqué— no puede ser más grande ... pero ... mira que no sea añagaza para probar nuestra voluntad, y luego sorprendernos en la emboscada.» «Mírelo usted como quiera —replicó—, que yo me ratifico en lo dicho, y así venga conmigo y véalo por sus propios ojos.» Recorrimos varias calles ... y en todas veía comprobado lo dicho por mi amigo. En una, había grandes corros de gentes confraternizando con franceses desarmados. En otras andaban varias cuadrillas de hombres, chicos y mujeres dándose el parabién de tan feliz acontecimiento. Por unas salían a esperar ... a nuestras tropas las mozuelas de los barrios bajos con sus panderos para recibirlos y festejarlos. Por otras, se decía que habían entrado tantos y cuántos soldados. Unos añadían que el general Castaños estaba ya en palacio con una guardia de alabarderos; otros que ... ya habían llegado los ingleses ... y todos en fin parece que convenían en la sustancia y realidad del caso.[28]

Aun siendo un falso amanecer, por lo menos la vista de los heridos franceses proporcionaba algún consuelo:

253

> Si bien era motivo de piedad para algunos madrileños, los más compasivos, para otros era causa de la mayor satisfacción el ver ... a cada paso entrar cuadrillas enteras de carros ... cargados de miserables heridos, cuáles sin piernas o brazos, cuáles con ellos rotos; a unos dando por los dolores los más lastimeros gritos, y a otros en la agonía o suspirando la muerte por único consuelo. Fue tan excesivo el número de estas víctimas que para abrigarlas y ponerlas en cura no fueron bastante ni las muchas, largas y espaciosísimas salas del hospital general ... o de las mujeres ... del magnífico convento de San Francisco ... los carros permanecían a la puerta de los hospitales por muchas horas.[29]

Con todo, la lucha estaba lejos de haber terminado. El 8 de agosto la poderosa retaguardia que Cuesta había dejado en Puente del Arzobispo se vio envuelta en un ataque por sorpresa que infligió graves pérdidas a los españoles y les costó la mayor parte de los cañones capturados el 28 de julio, pues Wellesley se los había entregado a Cuesta considerando que al general español le vendrían mejor que a él mismo. Aún fue peor que, tras pasar las últimas dos semanas sin hacer otra cosa que demostraciones contra Toledo y los accesos meridionales de Madrid, el 11 de agosto el ejército del Centro fue completamente derrotado en Almonacid por José y Sebastiani. Los orígenes de esta acción bélica están rodeados de misterio, pues es evidente que Venegas podía haber avanzado fácilmente hasta Sierra Morena. Pero seis días antes de la batalla, tres de sus divisiones fueron atacadas en sus posiciones de Aranjuez. No fue una verdadera batalla —los franceses se limitaron a intentar el cruce del Tajo—, pero Venegas, que no estaba presente en el campo, fue llevado a error por sus subordinados y creyó que habían obtenido una destacada victoria. Era indudable que estaba de lo más satisfecho:

> Ni un soldado dejó de manejarse con la mayor serenidad y firmeza, y los que se retiraban conduciendo heridos, volvían con apresuramiento a ocupar sus filas luego que dejaban a sus camaradas en el hospital. La disciplina y el entrenamiento de los campamentos de Santa Elena han producido efectos maravillosos, y estas tropas formadas en sólo cuatro o cinco meses hacen marchas y contramarchas sin que un individuo se equivoque.[30]

En consecuencia, en vez de retirarse retrocedió sólo hasta la localidad de Almonacid de Toledo, donde dispuso a sus hombres en torno a dos alturas prominentes, la más septentrional de las cuales estaba coronada por un castillo medieval. Pero era una posición muy mala: como lamentaba Girón, «nuestra disposición era mala, o más bien no era ninguna; las tropas estaban situadas allí a la buena de Dios, y ni una sola disposición anunció un plan, una idea, una inspiración».[31] De modo que cuando los franceses atacaron no podían sino vencer. Y más aún teniendo en cuenta que eran dirigidos «con

audacia y vigor».[32] Barriendo el flanco izquierdo español, que había quedado «completamente en el aire», subieron rápidamente a la más meridional de las dos alturas. Como comandante de la división española más amenazada por el avance francés, el observador mejor situado para contar lo que pasó es el general Girón:

> Los enemigos, que desde muy pronto habían dejado conocer su intención de hacer su verdadero ataque por nuestra izquierda, lo habían empezado a hostilizar desde el primer momento con el mayor empeño ... Unas unidades nuestras se batían sin desventaja en el llano a la otra parte de las alturas, y creyendo deber sostenerlas, empecé a marchar a la cabeza del primer batallón de Guardias Españolas, mas las otras empezaron a retroceder ... en el mayor desorden, viéndome precisado a desplegar ... para contener al enemigo ... y no considerando posible contener yo solo en el llano ... la fuerza que se acercaba a atacarme, marché ... para volver a entrar en las alturas que había dejado, mas, cuando llegaba a la mitad de la altura, las tropas que peleaban a mi derecha ... cedieron su terreno en confusión y se retiraron desbandadas, lo que me obligó a meterme en medio de ellas para ... volverlas a su formación, ocupando de nuevo la cima de la posición, mas todo fue, por desgracia, inútil. Los enemigos se presentaron en la cuesta de la altura y rompieron su fuego de fusil sobre nosotros que hice contestar por los batallones de Guardias y Écija, pero la masa desordenada de la otra división se echó sobre mis batallones y destruyeron su formación ... por lo que, pasado algún tiempo, juzgué preciso ... retirarme ... Los enemigos, ocupadas las alturas de la izquierda, nos habían tomado ya su flanco y marchaban por el llano para cortarnos la retirada.[33]

Los españoles, cercados por las dos alturas, eran incapaces de maniobra y muy pronto estuvieron en franca retirada. La lucha había sido feroz —los franceses reconocieron unas dos mil bajas—, pero pese a todo José podía sentirse satisfecho.

Con esta batalla innecesaria llegaba a su fin la campaña de Talavera. Afortunadamente para los aliados, los franceses no estaban en condiciones de explotar su éxito. Al igual que con anterioridad les sucediera, simplemente les faltaba la fuerza precisa para presentarse en Portugal (como de hecho deseaba Soult que se hiciera), Andalucía, Extremadura o Levante sin debilitar peligrosamente su dominio del núcleo territorial castellano, que ya estaba experimentando un considerable aumento de la actividad guerrillera, mientras que ellos estaban muy necesitados de descanso. Siendo tal la situación, del mismo modo las relaciones angloespañolas habían descendido a su nivel más bajo. Entre los oficiales y soldados del ejército británico circulaban todo tipo de historias sobre la crueldad, la hostilidad y la indiferencia de los españoles, situación que no se vio mejorada por el abandono en Talavera por parte de

Cuesta, debido a la falta de transporte, de un gran contingente de heridos británicos que se habían dejado a su cargo. Siendo la escasez de alimentos aún mayor tras la batalla que antes, Mackinnon, por ejemplo, escribió:

> En muchos sitios los magistrados mostraban señales evidentes de hostilidad y en modo alguno se inclinaban a ayudarnos; a los infortunados hombres que se habían sacrificado por salvar a España, la gente del país los trataba en todas partes con inhumanidad y abandono ... en ocasiones me vi obligado a hacer uso de la violencia para evitar que los hombres pasaran hambre.[34]

Todavía peor era la impresión de George Simmons:

> Los habitantes de los pueblos proporcionaron al ejército francés cierta cantidad de artículos, mientras que nuestro ejército estaba casi hambriento ... Nuestros amigos españoles infestaban las carreteras por miles y asaltaban a los campesinos que transportaban pan y hortalizas para vendérnoslos.[35]

La amargura era intensa. Pese a la confusión presenciada por Schaumann, en Talavera los españoles habían combatido bien, pero esto no evitó que Wood escribiera:

> Había unos treinta mil de nuestros aliados ... en línea con nosotros, pero ellos ... no habían sido atacados ni comprometidos durante el conflicto. Al hallarse mi batallón en la derecha de la línea ... pude percatarme plenamente de su actividad. Ciertamente disparaban, pero no pude ver a qué disparaban ni tampoco vi posteriormente a muchas de sus tropas muertas en el campo de batalla.[36]

En realidad los españoles, lejos de ver reconocidos sus esfuerzos, eran acusados de cobardía y de beneficiarse de los frutos del heroísmo británico. De hecho, muchos oficiales expresaron su total desesperanza. «Estoy convencido de que no puede hacerse nada bueno por ese pueblo», se quejaba Rice Jones, oficial de ingenieros.

> Hoy el general Catlin Crauford se ha unido a nosotros con siete u ocho regimientos de refresco, aunque es imposible decir con qué objeto. Empezamos a sospechar que los ministros están lo suficientemente locos como para pensar en seguir apoyando a los aliados que hemos encontrado en este país.[37]

Pero Rice Jones no tenía por qué preocuparse. A corto plazo había pocas oportunidades de obtener más cooperación. Wellesley estaba tan furioso como cualquiera de sus hombres. El primer problema era la comida:

> Desde el 22 del mes pasado ... las tropas no han recibido ración de pan más de diez días; algunos días no han recibido nada, y otros sólo carne ... La caballería ... no ha recibido, en el mismo tiempo, más que tres entregas regulares de forraje ... Durante gran parte de este período ... los ejércitos españoles han recibido a diario sus raciones regulares ... La consecuencia de estas privaciones ha sido la pérdida de muchos caballos de la caballería y de la artillería... Por tal motivo, en nuestro ejército se han incrementado de modo considerable las enfermedades ... hay pocos ... oficiales o soldados del ejército que ... no estén más o menos enfermos de disentería.[38]

Por encima de éste se hallaba el problema del ejército español:

> En la batalla de Talavera ... algunas unidades arrojaron sus armas y se retiraron corriendo en mi presencia sin haber sido atacados ni estar bajo la amenaza de un ataque, sino más bien atemorizados, creo, por sus propios disparos ... Al escapar aquellos miserables soldados saqueaban todo lo que encontraban, y en su huida de Talavera saquearon el bagaje del ejército británico ... He descubierto a base de investigación y de experiencia que los casos de mal comportamiento de las tropas españolas son tan numerosos, y los de su buen comportamiento tan escasos, que debo concluir que se trata de tropas de las que en modo alguno hemos de depender.[39]

En cuanto a lo que había que hacer a continuación, no albergaba duda alguna. Basándose en el hecho de que sus órdenes establecían como principal prioridad la defensa de Portugal, Wellesley abandonó a los españoles y se dirigió a Badajoz, donde esperaba dar a su ejército alimentación y descanso en el fértil valle del Guadiana.

Reforzó su decisión la reacción de Londres tras la batalla de Talavera. En cuanto al propio Wellesley, el gobierno estaba encantado con él y le recompensó con el título de vizconde de Wellington. Pero había varios factores que indicaban la necesidad de ser prudentes. Sin duda, la oposición acusaría al nuevo par del reino de haber juzgado erróneamente, y ya circulaban rumores de que había combatido en Talavera sin más motivo que la obtención de un título. Habían surgido una serie de escándalos relacionados con el abuso del patrocinio cuyos protagonistas principales eran nada menos que el duque de York y lord Castlereagh. Y en círculos privados había cierta insatisfacción en lo que se refiere a Wellington, como le llamaremos a partir de ahora: considerado excesivamente seguro de sí mismo, además había provocado numerosas ofensas en una serie de cartas de tono intransigente en que censuraba al gobierno por no haberle enviado suficiente dinero. En consecuencia, la cooperación directa con los ejércitos españoles dependía del establecimiento de un sistema seguro de suministro, de la admisión de una guarnición británica en Cádiz, del nombramiento de Wellington como comandante en jefe de los ejércitos españoles y de

la destitución del general Cuesta. Al ser improbable, como reconocía el gabinete, que los españoles aceptaran tales condiciones, se deducía que Wellington quedara en lo sucesivo confinado a Portugal.

Volviendo a la situación en la Península, el punto fuerte de la alianza angloespañola era ahora el hermano mayor de Wellington, Richard, marqués de Wellesley, que acababa de sustituir a Frere como embajador británico. Los motivos de este cambio están bastante claros. Frere, hombre romántico profundamente comprometido con la causa española, se había convertido en objetivo destacado de las críticas de la oposición y no se podía confiar en que adoptara la firmeza que ahora parecía necesaria. A diferencia de éste, Wellesley era una figura veterana con gran experiencia de quien se esperaban grandes cosas, un viejo amigo de Canning, un partidario entusiasta de la guerra en la Península y un socio natural de Wellington. Pero, pese a todas sus capacidades, su nombramiento era inoportuno. Mientras llegaba a la Junta Central la mala noticia de que los ejércitos británicos dejarían de ser un factor en sus planes, se esperaba además de él que estimulase la reforma militar, política y administrativa y que obtuviera al mismo tiempo una serie de concesiones referentes a asuntos como la exportación de especias de las colonias americanas. A todo esto, apenas hubo llegado a Sevilla se vio obstaculizado por la retirada de su hermano desde el Tajo. Los españoles, disgustados con Wellington incluso desde antes de la campaña de Talavera —les parecía, por ejemplo, que los británicos no se habían esforzado lo suficiente en la persecución de Soult tras la victoria de Oporto y que, posteriormente, en vez de recibir el apoyo de Wellington para vigilar la frontera de Tras-os-Montes, el ejército portugués debía haber invadido León o Galicia—, se sintieron ultrajados. Pero, afortunadamente para la causa aliada, Wellesley se dio cuenta de que los británicos necesitaban a los españoles más de lo que sus superiores políticos estaban dispuestos a admitir. En consecuencia, mientras se abstenía de presionar a favor de las exigencias británicas más extremadas, intentó desesperadamente arrancar a la Junta promesas de un tipo que pudiera interrumpir la retirada a Portugal, realizando al mismo tiempo una excelente defensa de la conducta de su hermano.

Durante cierto tiempo la situación se mantuvo equilibrada, pero finalmente Wellington aceptó que en el futuro su ejército se mantendría en la zona de Badajoz. En este aspecto, pues, Wellesley hizo mucho bien, aunque en otros resultó ser más torpe. Como muchos observadores británicos, tenía una idea fija de la Junta Central:

> La Junta Central Suprema no es una representación adecuada de la corona, de la aristocracia ni del pueblo, ni dispone de ninguna cualidad aprovechable propia de un consejo ejecutivo o de una asamblea deliberadora, si bien combina

> muchos defectos que tienden a obstaculizar tanto la deliberación como la acción ... Omitiendo cualquier asunto referente a la disposición de la Junta, es evidente que carece de cualquier capacidad de energía o actividad [o de] cualquier grado de autoridad o de fuerza, que no concita el apoyo popular o la buena voluntad [y] que su extraña y anómala formación reúne los inconvenientes contradictorios de cualquier forma de gobierno conocida sin poseer las ventajas de ninguna ... No es un instrumento con poder suficiente para cumplimentar los objetivos para los que fue creada ni puede hacerse con la fuerza o la influencia suficientes para llevar a la acción los recursos del país y el espíritu del pueblo con un grado de vigor y presteza que pueda... rechazar a un invasor extranjero.[40]

Consecuencia de ello, Wellesley pronto solicitó a la Junta diversas reformas urgentes. Algunas de ellas eran meramente tópicas o irritantes —por ejemplo, la Junta no necesitaba que nadie le indicara la necesidad de introducir mejoras en el estado del ejército español—, mientras que otras amenazaban con desestabilizar la alianza o la ponían directamente en manos de quienes se oponían a la Junta. Así pues, las sugerencias de que habían de hacerse concesiones a las colonias americanas sólo podían suponer cambios de política tarifaría que favorecieran a Gran Bretaña, mientras que las solicitudes de una regencia estimulaban naturalmente las ambiciones de Infantado, Francisco Palafox y La Romana. De hecho, en septiembre Palafox e Infantado se pusieron en contacto con Wellesley buscando su apoyo para dar un golpe; Palafox había denunciado abiertamente a la Junta Central y había pedido precisamente una corporación como la que estaba solicitando Wellesley. No menos ruidosos eran los antiguos consejos del estado borbónico, que desde julio se habían fusionado en un único organismo. En consecuencia la Junta, percatándose de que los británicos aún los necesitaban, no cedió más terreno que lo indispensable para obtener el acuerdo formal de subsidios por el que se habían estado esforzando. Estando en marcha iniciativas para la convocatoria de nuevas Cortes, lo único que se hizo fue poner el poder ejecutivo en manos de una comisión rotatoria formada por siete de sus propios miembros. Pero para Wellesley no era suficiente, y las noticias de su disensión animaron a La Romana a hacer público un manifiesto extremadamente provocador en que amenazaba con dejar de formar parte de la Junta —anteriormente había ocupado un puesto por Valencia—, a no ser que ésta fuera reformada de inmediato, lo que para él significaba que debía ser nombrado único regente.

En consecuencia, cualquier hecho positivo que pudiera haber llevado a cabo Wellesley desestabilizaría a la Junta Central. Sin embargo, el 11 de noviembre partió hacia Gran Bretaña, pues había sido llamado para ser secretario de Exteriores (en un desenlace espectacular en el curso del cual Canning y Castlereagh se enfrentaron en duelo, los planes del primero habían dado origen tanto a un nuevo gabinete encabezado por el respetado Spencer Perceval

como a su propia partida hacia el destierro político). Mientras tanto, en España el descontento político, la necesidad de recuperar la confianza británica, la inminente caída de Gerona —pese a su desesperada resistencia y a cierta ayuda recibida del exterior— y el peligro de que la Península se viera de un momento a otro inundada de tropas enemigas liberadas por la derrota de Austria obligaban a la Junta a preparar una nueva ofensiva.

Pese a la radical negativa de Wellington a intervenir en la campaña, a finales de otoño tanto los ejércitos de la Izquierda como del Centro se desplazaron al centro de España. De estos dos ejércitos, poderosamente reforzados de una parte por Asturias y de otra por Extremadura y provistos de nuevos comandantes en las personas del duque del Parque y de Juan Carlos Areizaga, se esperaba que convergieran en Madrid. Les apoyaba un reducido ejército de Extremadura bajo el mando del duque de Alburquerque (el 12 de agosto Cuesta había sido obligado a pasar el mando del mismo a causa de un amago de parálisis), siendo el papel de esta fuerza hacer desde el oeste una finta contra la capital. Las operaciones se iniciaron bastante pronto. A mediados de octubre, Del Parque avanzó con cuarenta mil hombres desde su base de Astorga, ocupando una fuerte posición defensiva en Tamames. Colocados en una sierra aún más segura que la posición ocupada en Alcañiz por los hombres de Blake, no podían haber estado mejor situados. De modo que las tropas francesas más cercanas, superadas en número de dos a uno, se vieron obligadas a retirarse con muchas bajas al atacar el 18 de octubre, y a los pocos días Del Parque estaba en Salamanca. En cuanto a Alburquerque, en la primera semana de noviembre cruzó el Tajo con diez mil hombres, mientras Areizaga avanzaba desde Sierra Morena hacia el norte con otros cincuenta y cinco mil.

Pero una vez más las cosas se torcieron. Una acción decisiva hubiera valido una gran victoria a Areizaga, pero en el momento de la verdad titubeó, permitiendo a los franceses entablar batalla a su gusto en Ocaña el 19 de noviembre. Areizaga, con capacidad para desplegar más de cincuenta mil hombres contra menos de treinta y cuatro mil por parte del enemigo, seguía teniendo la ventaja de la superioridad numérica, pero su posición era espantosa: sus fuerzas estaban formadas en dos líneas a lo largo de una planicie abierta y con el flanco derecho completamente «en el aire». Las tropas, agotadas por marchas y contramarchas incesantes, estaban muy desmoralizadas, siendo su calidad peor que nunca. De hecho, el día anterior la caballería había sido puesta en fuga por una fuerza de caballería francesa mucho menor con las habituales escenas de pánico y desorden. El 19 de noviembre se produjo el resultado inevitable. Durante un breve espacio de tiempo la infantería española combatió bastante bien, deteniendo e incluso haciendo retroceder a las columnas que el enemigo —esencialmente los cuerpos de ejército de Mortier y Sebastiani junto con la reserva personal de José y algunos elementos de caballería añadidos—

enviaba contra ellos. Sin embargo, en la derecha española sus cinco mil soldados de caballería fueron puestos en fuga casi en un momento por cuatro brigadas de caballería francesa, que procedieron a continuación a volverse a la derecha para lanzarse contra el flanco y la retaguardia de la infantería. Inmediatamente, la totalidad del ejército, tomado por sorpresa, se disolvió en el caos. Divisiones enteras arrojaron las armas mientras el resto de las tropas se dispersaban en todas las direcciones. Unas pocas tropas de la izquierda se mantuvieron en buen orden y realizaron una valiente acción de contención, pero aun así las bajas de Areizaga ascendieron a más de dieciocho mil hombres, esto es, un tercio de su ejército. Se perdieron además cincuenta de sus sesenta cañones y grandes cantidades de armas, munición y suministros, mientras que diez mil de los fugitivos, en vez de volver a sus banderas desertaron. En comparación, las pérdidas francesas sólo ascendieron a tres centenares.

Pero tampoco fue este el final de las calamidades que afligían a la causa española. Lejos de allí, en el norte, Del Parque había marchado en noviembre en dirección este en un intento de aislar de Madrid a las tropas enemigas que aún permanecían en la región, habiendo retrocedido éstas al otro lado del Duero. Al conocer en Medina del Campo las desventuras de Areizaga, rápidamente dio la vuelta y se dirigió hacia el oeste, sólo para verse enfrentado el 28 de noviembre en Alba de Tormes a la vanguardia de las tropas enviadas en su persecución. Éstas, compuestas en su totalidad por caballería, normalmente no hubieran sido capaces de atacar, pero los españoles, acampados al otro lado del río Tormes, habían sido cogidos por sorpresa. Así pues, los invasores, dirigidos por Francois Kellermann, célebre por su ferocidad, cargaron con enorme violencia. Aunque era un truco, funcionó: las tres divisiones españolas situadas en el lado inadecuado del río fueron puestas en fuga y perdieron tres mil hombres y nueve cañones; además la desbandada que tuvo lugar a continuación supuso la desaparición de un inmenso número de desertores.

Así pues, a finales de noviembre la España patriota se hallaba en un estado lamentable. En Cataluña, como hemos visto, Gerona estaba en las últimas; los dos mayores ejércitos de España dispersados; y el ejército británico estaba preparándose para dejar el Guadiana (Wellington, disgustado por lo que consideraba la estupidez de la Junta, estaba convencido de que una marcha francesa contra Lisboa ya no podría retrasarse). Para empeorar las cosas se recibieron informes de inteligencia según los cuales grandes ejércitos de refresco estaban cruzando la frontera francesa. De modo que, vencida Austria, Napoleón había ordenado inmediatamente que numerosos refuerzos se dirigieran a España. Estaban formados por el cuerpo de ejército de Junot de la *grande armée,*[*] dos divisiones de la Joven Guardia, una división de infantería

[*] Fuerza que no hay que confundir con el cuerpo de ejército original de Junot, que había sido disuelto en diciembre de 1808, ni con las tropas ahora mandadas por Suchet: era una unidad nueva compuesta en su mayor parte por nuevos batallones de hombres reclutados en la primavera de 1809 para servir contra Austria.

alemana, una nueva fuerza de policía montada que se había formado con el objetivo concreto de combatir a las guerrillas, un puñado de regimientos sueltos que hasta el momento no habían logrado hallar una sede permanente y una masa de reclutas y refuerzos destinados a las unidades que ya estaban en España, ascendiendo el total a unos ciento treinta y ocho mil hombres. Y, como si todo esto no fuera suficiente, se rumoreaba además que el propio emperador volvería a dirigir las operaciones.

Napoleón, distraído por su decisión de tomar nueva esposa en la persona de la gran duquesa María Luisa de Austria, no se presentó, pero incluso así a la Junta Central se le había acabado el tiempo.

Privada de los últimos vestigios de la presencia militar británica, sus propios ejércitos estaban siendo diezmados por la enfermedad y la deserción. De hecho, en Año Nuevo Del Parque vio su fuerza reducida a sólo diez mil hombres, y todo lo que quedaba para defender Andalucía eran alrededor de cuarenta mil hombres compuestos por el minúsculo ejército de Extremadura, que habían logrado escapar sin contratiempos, y los restos del ejército del Centro. E incluso los hombres que quedaban no eran de confianza:

> Estos pueblos están llenos de dispersos y fugitivos, y de día en día aumenta el número que desertan ... Para paliar su escandalosa deserción, vienen mintiendo que los tienen «muertos de hambre», y que hasta sus mismos oficiales les dicen que huyan ... No creí nada de esto ... viéndose partidas ... de [hasta] 93 hombres ... Si en algún pueblo les han salido hombres de la milicia al encuentro ... han ... muerto algunos.[41]

Con excepción de Badajoz, tampoco dejaban tras de sí fortalezas en que los defensores pudieran refugiarse. Y finalmente, mas no por ello menos importante, el 11 de diciembre también Gerona había caído víctima del hambre: para entonces habían muerto dos terceras partes de la guarnición y la mitad de la población (pero también habían muerto unos catorce mil de los atacantes y el asedio, además de haber neutralizado durante seis meses a las fuerzas francesas en Cataluña, había vuelto a permitir a los españoles reducir a Barcelona a un estado de semihambruna).

La Junta, animada por el hecho de que los franceses en principio no habían dado muestras de avance, intentó frenéticamente mejorar sus límites. Se dieron órdenes para la elección de diputados a las nuevas Cortes, cuya apertura se anunció para el 1 de marzo de 1810. Se anunció una leva de otros cien mil hombres y se abolieron todas las exenciones del servicio militar que quedaban.

Se publicaron nuevos edictos contra la deserción. Se hicieron nuevas requisas de los cálices de la Iglesia, de las vajillas de plata, de las joyas personales y de los caballos y animales de tiro. Se decretó una «contribución extraordinaria» que ascendía a ciertos ingresos impositivos. Se inició la fortificación de los pasos de montaña que cruzaban Sierra Morena. Finalmente, se encarceló a Palafox y Montijo, y en un intento de quitarse de encima a La Romana se le nombró para la capitanía general de Valencia.

Sin embargo, la energía sola no era suficiente. Si bien no podía dudarse de la buena voluntad de la Junta, muchas de sus medidas estaban mal concebidas o eran completamente impracticables, y en cualquier caso se dispuso de muy poco tiempo para que fueran efectivas. Al mismo tiempo muchas personalidades locales eran desafectas, y aun si hubiera habido más voluntad, apenas se disponía de medios para imponer los decretos del gobierno; el problema de la deserción y el bandidaje era tan grande que había amplias zonas rurales completamente fuera de control. A todo esto, tanto los notables como el populacho mostraban poco entusiasmo por el sacrificio patriótico: fueron muy pocas las riquezas particulares ofrecidas, y en Jaén un intento de movilizar a la guardia local creada tras el levantamiento no consiguió ni a un solo hombre.

Pero la falta de entusiasmo no era el único problema de la Junta. Por el contrario, ahora se apreciaba el verdadero valor de la estrategia ofensiva que se había impuesto a la España patriota. Aunque el pueblo se hubiera agrupado a millares en torno a las banderas, tampoco se le hubiera podido armar ni equipar. Los arsenales y almacenes españoles ya se habían vaciado por la necesidad de equipar partiendo de cero a un ejército tras otro, y ahora no quedaba nada. Y como si las cosas no estuvieran ya suficientemente mal, los franceses escogieron ese momento para avanzar sobre Sevilla. Se ha venido afirmando tradicionalmente que esta decisión descuidaba la evidente necesidad de eliminar el ejército de Wellington antes de hacer cualquier otra cosa y que además dejaba a los franceses a merced de un eventual contraataque británico. Pero este tipo de argumentos son de corto alcance. Para derrotar a Wellington los franceses primero tenían que acabar con la resistencia española, lo que suponía a su vez derrotar a todos y cada uno de los ejércitos de campaña españoles y apoderarse de todas y cada una de las fortalezas españolas. Puesto que los inmensos refuerzos que empezaban a afluir a través de los Pirineos prometían ser más que suficientes para contener a Wellington, era lógica una marcha sobre Sevilla, que además respondía a diversos imperativos políticos. El gobierno de José dispondría de más dinero; y, como veremos, para el hermano del emperador éste era un problema constante. José, de quien se reían y a quien desdeñaban tanto españoles como franceses, finalmente sería tomado en serio. Y finalmente el rey, deseoso de ser amado,

intentaría ganarse a la opinión española mostrando su benevolencia y su magnanimidad.

Dígase lo que se diga de José, no estaba equivocado al prever la victoria. Los defensores, dispersos a lo largo de toda Sierra Morena, no tenían posibilidades de detener la riada que se les vino encima el 19 de enero de 1810. En total, se dirigían hacia el sur para atacar las posiciones españolas unos sesenta mil soldados franceses: los cuerpos de ejército de Victor, Mortier y Sebastiani junto con otras unidades. Arrollados por todas partes, los hombres de Areizaga huyeron hacia el este y hacia el sur dejando caer en manos del enemigo una ciudad tras otra. El resultado fue la revolución. El 23 de enero la Junta Central, abandonando los esfuerzos del último momento de hacer de Sevilla otra Zaragoza, decidió huir a Cádiz en busca de su propia salvación. Sus muchos enemigos, ante semejante oportunidad de tomarse la revancha, se pusieron a trabajar con un propósito. La multitud, convencida por agitadores diversos de que la Junta era culpable de traición —de hecho, durante semanas habían circulado folletos que acusaban a sus miembros de ser favoritos de Godoy o agentes de los franceses—, se apoderó de las calles y liberó a Palafox y a Montijo, que se unieron a continuación a la Junta de Sevilla para proclamarse a sí mismos como gobierno de España. También estaba en la intriga La Romana, que en ningún momento había partido hacia Valencia y a quien se premiaba ahora con el mando del ejército de la Izquierda.

Pero el nuevo régimen tendría corta vida. Sólo disponía de un pequeño número de tropas regulares; en la plebe apenas se podía confiar; y las fortificaciones de la ciudad eran de tierra. Habiendo decidido no quedarse a esperar a los franceses, le llegó a su vez el momento de escapar. La multitud, animada por abundantes procesiones religiosas y por tumultos, mantuvo al principio una actitud de desafío, pero el 31 de enero, en cuanto los franceses aparecieron ante las murallas, la resistencia se hundió y sin combate alguno una delegación de funcionarios locales presentó la rendición. Perdidas del mismo modo Jaén, Córdoba y Granada, la única muestra de resistencia se produjo en Málaga, donde el pueblo derrocó a las autoridades locales sólo para que los franceses tomaran la ciudad y ejecutaran a los jefes de la insurrección.

Excepción hecha de algunas localidades del oeste y del sur, ya sólo quedaba Cádiz, que se había salvado casi de milagro. Aunque cierto número de sus elementos habían sido atacados y detenidos por el camino, el 28 de enero los últimos integrantes de la Junta Central habían logrado llegar a esta ciudad, y al día siguiente entregaron el poder a una regencia de cinco hombres encabezada por el general Castaños. En aquella situación, la nueva capital no tenía más protección que los Voluntarios Distinguidos de Cádiz, engreídos y satisfechos de sí mismos, pero en el último momento les llegó la ayuda del ejército de Extremadura. Alburquerque, situado en el extremo izquierdo de la

línea española, había previsto el posible curso de los acontecimientos, y, por tanto, se dirigió al sur sin tardanza. Habiendo recogido por el camino a unos cuantos extraviados, el 3 de febrero llegó a Cádiz, de modo que cuando dos días después los franceses conminaron a la ciudad a rendirse, recibieron una respuesta desafiante.

Lo que había de convertirse en el sitio de Cádiz se iniciaba al terminar la guerra de la Junta Central. Esta corporación, vencida y humillada, ya no existía, pero su historial en modo alguno era para avergonzarse, y además al nombrar a sus propios sustitutos frustró en definitiva los esfuerzos por establecer un régimen cuyo objetivo principal fuera la restauración de la posición de las clases privilegiadas: España iba a tener una regencia, es cierto, pero sus miembros se caracterizaban no tanto por el reaccionarismo aristocrático como por la ilustración Carolina, y su primer presidente fue el prudente y responsable Francisco Javier Castaños. Con la convocatoria de las Cortes, tanto para lo bueno como para lo malo se abría además el camino a la reforma. En cuanto a la situación militar, Cádiz proporcionaba resistencia y un poderoso bastión que a los franceses les resultaría difícil tomar. Y sin embargo, la perspectiva general era oscura. Se habían perdido tantos hombres, tantos territorios y tanto material que la capacidad de España para librar una guerra formalmente hablando se había deteriorado hasta llegar a un estado crítico. Aún quedaba algún camino que seguir, pero incluso así la causa patriótica había dado los primeros pasos por el camino que la conduciría al eclipse, la humillación y la negación del programa de reformas que tan ávidamente se esperaba ahora.

Capítulo 9, SEVILLA: EL REINO BONAPARTISTA DE ESPAÑA, 1808-1814

Por todas partes sonaban las campanas y surcaban el cielo cohetes mientras los cañones retronaban con estrépito. El murmullo de excitación que surgía de la vasta muchedumbre que atestaba las calles se veía acompañado en muchas de las plazas de la ciudad por la música de bandas militares consideradas con mirada indulgente por tropas de uniforme azul. Corrió la voz de que venía el rey y en todas las aceras, en todos los balcones, en todas las puertas y en todas las ventanas asomaron rostros expectantes de modo repentino. Y aún más repentinamente se presentó el rey. Gritos de asombro y exclamaciones de sorpresa llenaban el aire: no era el personaje borracho, libertino y tuerto de la leyenda, sino una excelente presencia mejorada por una sonrisa fácil y una expresión amable. La multitud, contenta de lo que veía, mostró su satisfacción y pronto empezaron a oírse voces de «¡Viva el rey!» junto con demandas de trabajo, pan y justicia. En cuanto al objeto de su adulación, saludó y se inclinó a derecha e izquierda sentándose en su silla un poco más erguido: nunca, escribió uno de sus partidarios, se había sentido José I, rey de España, más seguro de su trono.

Estas escenas, que se repitieron en Andalucía ciudad tras ciudad en febrero de 1810, nos proporcionan una útil oportunidad para hacer un alto y considerar el nuevo estado que había en el corazón de la guerra. La conquista napoleónica de España se había resuelto en el contexto de una política que, más allá de los Pirineos, estaba ya completamente establecida. Desde el decenio de 1790 los franceses disponían estados satélite gobernados por regímenes amigos y caracterizados por la creación de sistemas políticos, sociales, judiciales y militares que seguían muy de cerca el patrón francés. Nombrados inicialmente para aprovechar los deseos locales de progreso o de cambio revolucionario y para estimularlos por doquier, en 1808 se habían ido convirtiendo

en mecanismos de explotación y control cuyo objetivo esencial era defender las fronteras de la *grande France*, suministrar hombres y dinero a los ejércitos imperiales, complementar el sistema de acaparamiento yacente en el corazón del imperio napoleónico y asimilar en las estructuras de la supremacía francesa a las élites locales. De aquí las numerosas «cortes familiares» presididas por uno u otro de los numerosos hermanos y hermanas del emperador. Ahora bien, la explotación llevaba consigo la reforma. Tanto los ejércitos poderosos como las haciendas florecientes y los complejos sistemas de control de las importaciones y exportaciones —condición *sine qua non* del bloqueo continental napoleónico— requerían sistemas administrativos eficaces, del mismo modo que habían de favorecer la participación de la élite de la que el régimen imperial dependía por medio de medidas como la venta de tierras de la Iglesia o el establecimiento del principio de la carrera abierta al talento. De aquí que generaciones de defensores del imperio pudieran ocultarse tras la noción de que la carrera de Napoleón se centraba en un intento de defender la Revolución Francesa frente a la causa de la reacción aristocrática y monárquica.

Por absurda que pueda ser la idea, por lo menos queda claro que en 1808 los franceses tenían un «anteproyecto» de conquista que iba mucho más allá del mero despotismo militar. Afirmar, como algunos defensores suyos han hecho, que Napoleón intervino en España movido por un deseo quijotesco de combatir la superstición, el oscurantismo y el atraso de la «leyenda negra» puede ser absurdo, pero en cualquier caso el régimen de José Bonaparte se basaba en la genuina creencia de que Europa se podía rehacer según el modelo francés incluso si las bases de tal conversión eran más políticas, financieras y económicas que ideológicas.

Dicho esto, hay que indicar que la reforma no era un concepto estático, y de hecho la España Josefina presenció una intensificación del proceso reformador. En años anteriores se le había dotado de cierto grado de autonomía, de modo que los distintos estados del imperio pudieron conservar cierta variedad de rasgos distintivos. De hecho, la Constitución de Bayona se había conformado a este modelo. Documento relativamente generoso en términos napoleónicos, prohibía cualquier fe religiosa distinta del catolicismo, reconocía, al menos en lo sucesivo, los privilegios de las provincias vascas y concedía representación política propia a la nobleza.

Pero a finales de 1808, el impulso de cambio se desarrollaba en un ambiente en el que Napoleón empezaba a sentirse insatisfecho de los estados satélite como herramienta estratégica. Demasiados de entre sus gobernantes, incluidos sus hermanos y hermanas, tendían a asustarse de las políticas impopulares, al tiempo que el emperador iba convenciéndose de que al antiguo régimen, más que conciliarse con él, había que romperlo. De hecho,

267
España y Portugal resultaron ser el elemento decisivo, pues desde Napoleón hacia abajo los franceses insistían en que el levantamiento había sido obra del clero. Regañando a una delegación de españoles capturados en Vitoria en 1808, el emperador tronó: «Son ellos [los frailes] quienes os extravían y os engañan. Yo soy tan buen católico como ellos y no tengo nada contra vuestra religión».[1] «El clero de las iglesias principales de Sevilla, Valencia, Valladolid y Zaragoza intentaba despertar el celo patriótico del pueblo», escribió Lejeune.[2] «Los sacerdotes españoles —decía Rocca— odiaban a los franceses por patriotismo y por interés, pues sabían perfectamente que pretendían abolir sus privilegios y despojarles de sus riquezas y del poder temporal. Su opinión movía la de gran parte de la nación».[3] Pero el más gráfico de todos es el testimonio del general Foy:

> Dios pronto les hizo ver que la causa de los españoles era la suya ... En la cueva de Covadonga, en Asturias, tan célebre por haber sido abrigo de Don Pelayo y de sus valientes seguidores, observadores atentos y devotos vieron caer grandes gotas de sudor por el rostro de Nuestra Señora de los Combates. En Compostela se oyó ruido de armas ... en la tumba de Santiago, anunciando que el... glorioso patrón de España volvería a llevar a sus ejércitos a la victoria ... los milagros mostraban cuál era la opinión del clero.[4]

Así pues, en la península Ibérica se abandonó la conciliación a que inicialmente había dado forma la política francesa y se puso en marcha un nuevo modelo de reforma que consideraba la diferencia no como restricción, sino como estímulo. De aquí que se introdujeran medidas políticas anticlericales y antiseñoriales que resultaron de alcance mucho más profundo de lo que por lo general había sucedido hasta el momento. Al mismo tiempo, el nuevo estilo definió además por doquier los modos de actuar, muy especialmente en Roma, la Toscana y Berg, del mismo modo que los constantes desaires de que era objeto José Bonaparte en 1808 y 1809 prefiguraban el modo en que Luis Bonaparte sería arrojado de Holanda y Jerónimo Bonaparte privado de media Westfalia.

Como ya hemos observado, las líneas maestras del reino bonapartista de España se basaban en la Constitución de Bayona. España sería una monarquía constitucional gobernada por principios como la igualdad ante la ley y provista de un aparato legislativo en gran medida similar al de Francia. Nunca se abandonaron estas premisas básicas, pues eran plenamente coincidentes con el modelo napoleónico. Pero la mayor parte de los acuerdos negociados en Bayona no llegaron a materializarse. Excepción hecha de órganos de gobierno como el Consejo de Estado, por ejemplo, la superestructura política de la Constitución quedó sin construir y sus garantías de libertad personal sencillamente fueron ignoradas. En consecuencia, muchas de las concesiones de

Napoleón fueron papel mojado. Si ni siquiera se convocaba una asamblea legislativa, ¿qué valor tenía el reconocimiento de la nobleza como estado separado? Para ver cuáles son las verdaderas medidas del nuevo estado habremos de fijarnos más bien en los decretos de Chamartín, que constituyen esencialmente un intento de conferir a la reforma una fuerza que al emperador le parecía que de otro modo era improbable que obtuviera. El hecho era que, sencillamente, no confiaba en José. «José —dijo más tarde— es inteligente ... pero no le gusta trabajar ... No entiende de nada; ama el placer.»[5] En realidad, según su propio relato, estaba abiertamente disgustado con él.

> «Vaya curiosa noción que tenéis de vos», le diría yo. «Y sin embargo no valéis más que el cabo de infantería ligera que tenéis a la puerta. Si os vierais a la cabeza de ... un centenar de hombres y frente al enemigo ... no sabríais qué hacer. Probablemente echaríais a correr como un cobarde.»[6]

Dándose cuenta de que su supervivencia dependía de que conservase el apoyo de su imperial hermano, en líneas generales José estaba dispuesto a llevar a cabo su política. En cualquier caso los decretos de Chamartín sólo le resultaban susceptibles de objeción en la medida en que le habían sido impuestos sin consulta, iniciando la que él consideraba una temporada muy mala: al considerarse un hombre de la ilustración, estaba sinceramente convencido de que la reforma era la clave del éxito. Al fin y al cabo, según su maquinaria propagandística, ¿por qué luchaban sus adversarios, sino por la conservación de sus privilegios feudales y eclesiásticos? Cumplimentó sin demora la orden de Napoleón de elaborar una lista de monasterios a suprimir mientras su Consejo de Estado promulgaba una serie de decretos que llevaban los cambios aún más lejos. Como cabe suponer, se referían básicamente a la posición de la Iglesia y a los diversos asuntos que la Constitución de Bayona había dejado para que fueran objeto de deliberación posterior. En lo que a la Iglesia se refiere, tuvo lugar una combinación de aumento del expolio y un control más riguroso. El 18 de agosto de 1809, habiéndoseles ordenado despedir a todos sus novicios, cerrar sus puertas a cualquier nueva inscripción y confinarse en sus conventos —lo que era un grave golpe a la economía de los frailes mendicantes—, todas las órdenes religiosas fueron disueltas. Los meses siguientes presenciaron la desaparición de diversos tributos eclesiásticos, el más importante de los cuales era el Voto de Santiago (un tributo en forma de grano que se pagaba al arzobispo de Santiago de Compostela en las tierras de la Corona de Castilla). En lo sucesivo se permitía a la Iglesia mantener los diezmos (eso sí, en la medida en que ésta siguiera haciendo entrega al estado de las muchas subvenciones que tradicionalmente le daba sobre aquéllos), pero tuvo que renunciar a sus privilegios legales (muy especialmente al derecho de

269
todos los miembros del clero a ser juzgados solamente por los tribunales eclesiásticos), le fue retirada la mayor parte de los patronatos que le quedaban y se le prohibió la ordenación de nuevos sacerdotes hasta que quedara absorbido el amplio excedente de clero resultante de la disolución de las órdenes religiosas.

Así pues, como en otros lugares, la Iglesia católica sufrió gravemente a manos del imperio francés, y más aún considerando que completan el panorama crímenes como el asesinato a sangre fría en Uclés, en febrero de 1809, de doce curas y monjas, el pillaje padecido por muchas iglesias y catedrales y la utilización de muchos edificios religiosos como almacenes, establos, acuartelamientos o fortificaciones improvisados. Muchos eclesiásticos españoles, ya profundamente radicalizados por los años de propaganda que presentaban la Revolución Francesa como la obra de Satán, se inclinaban en consecuencia a afirmar que los franceses pretendían destruir la Iglesia por completo, atribuyendo a Napoleón la emancipación de los judíos, la detención del Papa y actitudes abiertamente cínicas e indiferentes respecto de toda religión. Pero no era cierto. El emperador pudo haberse decidido a imponer la primacía de la autoridad secular y haber tenido una profunda carencia de convicciones religiosas, pero apreciaba el valor de la Iglesia como instrumento de control social y político, por lo que no tenía intención de destruirla por completo. Por ello, los decretos de Chamartín incluían cláusulas con vistas a mejorar la situación económica del clero parroquial ignorante y empobrecido, lo que coincidía muy de cerca con los deseos de muchos eclesiásticos reformistas. En cuanto a José, no más pío que su hermano, ponía la mayor atención en hacer muestras ostentosas de observancia religiosa, haciendo al mismo tiempo todo lo posible por establecer una relación de trabajo con la jerarquía y por fortalecer a la Iglesia a nivel parroquial. Se animó a los frailes y monjes que habían recibido las órdenes como sacerdotes a adoptar un nuevo ministerio parroquial, mientras que en Sevilla, por ejemplo, se reservaron propiedades eclesiásticas por valor de trescientos mil reales para el mantenimiento de las parroquias de la ciudad, y parte de la suma se utilizó para crear 25 parroquias nuevas. Además, en mayo de 1809 José había ordenado específicamente que una parte de los metales preciosos recogidos en las casas religiosas que se habían cerrado fuera repartida entre las iglesias parroquiales; y fueron no menos de noventa las que, sólo en la zona de Madrid, recibieron esta ayuda.

Pasando a otros asuntos, veamos primero la organización y gobierno territoriales de España. Aunque considerados sólo de modo tangencial en la Constitución de Bayona, pocas dudas pueden caber en cuanto a lo que este documento señalaba. Inicialmente, José se contentó con trabajar desde el interior del aparato que había heredado del antiguo régimen, al tiempo que en muchas provincias ponía la responsabilidad del gobierno local en manos de

diversos representantes reales. Con todo, tras muchos preparativos y debates, el 2 de julio de 1809 España fue dividida en 38 nuevas provincias, encabezada cada una por un intendente nombrado por el rey José. El 17 de abril de 1810 estas intendencias serían transformadas en prefecturas y subprefecturas de tipo francés. Estas nuevas divisiones territoriales, que recibían el nombre de sus ciudades principales, y no, como en Francia, el de sus rasgos geográficos dominantes, eran más o menos de igual tamaño y guardaban poca relación con cualquier tipo de unidades históricas.* Considerando, por ejemplo, el caso de Navarra, parte de ella fue unida al señorío vasco de Guipúzcoa, formando una prefectura gobernada desde Pamplona, mientras que el resto, unido a Aragón occidental y central, formaba otra con base en Zaragoza. De modo que, si bien Aragón ganaba el este de Navarra, perdía sus franjas orientales en beneficio de la provincia catalana de Tarragona, mientras que el resto quedaba repartido entre Teruel y Huesca. Cada prefectura, a todo esto, había de tener su propio tribunal de distrito y constituir una diócesis independiente; además, las nuevas unidades se agrupaban a su vez en otras de entre dos y cuatro para formar nuevos distritos militares, con el resultado de que hubo de hacerse a su vez una reestructuración masiva de la ordenación judicial, eclesiástica y militar del estado. En la práctica, en estas áreas apenas se hicieron avances, pero en 1812, en gran parte del sur y el centro de España el sistema de prefecturas estaba convirtiéndose en una realidad.

Puede apreciarse que el decreto del 17 de abril de 1810 conllevaba de modo implícito una amenaza directa a las provincias forales, a las que hasta el momento se había permitido conservar sus estructuras tradicionales y se había tratado con indulgencia. Así, si bien Guipúzcoa fue absorbida a modo de apéndice de Navarra, Vizcaya y Álava fueron unidas en la prefectura de Vitoria. Habremos de volver sobre la cuestión de los fueros, pero de momento centrémonos en la revolución general del gobierno, de la que era parte la creación de las prefecturas. Empezando por las autoridades centrales, el 18 de agosto de 1809 la lucha enconada que durante muchos años habían librado por una parte la nueva modalidad de ministerio y por otra el consejo tradicional fue resuelta en beneficio del primero. De modo que los consejos de la Guerra, de Indias y de Hacienda y las Órdenes Militares fueron abolidos y las funciones del Consejo de Castilla se limitaron a las de un tribunal de apelación supremo, mientras que el número de ministerios se amplió de cinco a nueve: Hacienda, Interior, Justicia, Asuntos Exteriores, Guerra, Policía,

* La decisión de conservar los nombres históricos de muchas antiguas provincias era una concesión muy significativa. En Francia, los *départements* llevaban nombres como Loire Inferieure, Manche y Bouches du Rhóne.

271
Marina, Indias y Asuntos Eclesiásticos. Del mismo modo el 4 de septiembre de 1809 fueron disueltos todos los ayuntamientos de España y se ordenó a las autoridades provinciales que procedieran a la formación de nuevas corporaciones por medio de elección. Inicialmente, el voto se limitó a los terratenientes notoriamente entusiastas de la causa francesa, aunque incluso el antiguo sistema de posesión hereditaria había sido completamente derribado y se había adecuado el número de concejales al número de habitantes. El decreto del 17 de abril de 1810 introducía plenamente en los consejos el modelo francés a niveles municipal, de subprefectura y de prefectura; introducía además alcaldes en todas las poblaciones, así como unos muy limitados poderes de elección (como en Francia, sólo las localidades más pequeñas podían escoger por sí mismas sus concejos, mientras que las de mayor tamaño tenían que someter una lista de candidatos a la aprobación de autoridades de mayor rango). En cuanto a la administración de la justicia, los alcaldes mayores, que eran los magistrados locales, se vieron privados de los puestos de los que por lo general habían gozado en los municipios y, como se había establecido en Bayona, se les integró en un sistema uniforme de tribunales. También hemos de señalar aquí la abolición de la tortura y la sustitución de la soga por el supuestamente más humano garrote.

La cuestión de la unificación legal y fiscal se trataba en la Constitución de Bayona más específicamente que la referente a la organización territorial. Se había prometido a España códigos civil, penal y comercial, una judicatura unificada y un sistema impositivo uniforme. Por lo que a los códigos legales se refiere, el plan original había consistido sencillamente en imponer los modelos introducidos en Francia desde 1799: pero en este aspecto el emperador había dejado manos libres, permitiendo que el nuevo régimen elaborase por sí mismo los documentos que precisara. En diciembre de 1809 y para llevar a cabo el trabajo requerido se creó en el seno del Consejo de Estado un subcomité permanente, que en su momento elaboró un documento basado en el código napoleónico aceptando la mayor parte de sus principios y eliminando al tiempo derechos problemáticos como el de divorcio. Pero la premura de los asuntos públicos impidió la discusión del nuevo código, de resultas de lo cual nunca fue introducido, con lo que la España Josefina tuvo que seguir confiando en la *Novísima Recopilación* borbónica. En materia impositiva, las cosas fueron más o menos igual. En 1809 el ministro de Hacienda, Francisco Cabarrús, bosquejó un nuevo plan que eliminaría la multitud de tributos existentes, muchos de los cuales sólo se aplicaban a parte del país, en beneficio de tres nuevos impuestos sobre la propiedad, el inquilinato y los ingresos, que habían de aplicarse en toda España. Pero la primera parte de este plan no se presentó hasta octubre de 1810, y lo hizo en forma de un impuesto anual del 10 por 100 de todos los ingresos por rentas, y aún tardó otro año en aparecer

la «patente industrial», que era esencialmente una licencia anual que habían de pagar todos los dedicados a cualquier tipo de oficio o negocio. Habiéndosele dado también a España una única frontera impositiva y aduanera —las provincias vascas y Navarra fueron de hecho privadas de su inmunidad por un decreto del 16 de octubre de 1809—, los principios del imperio napoleónico estaban atrincherándose lentamente al otro lado de los Pirineos.

La Constitución de Bayona, además de proponer nuevos sistemas legales e impositivos prometía una reorganización de la exorbitante deuda nacional que se había contraído con Carlos IV. En 1808 ascendía a casi seis mil quinientos millones de reales y el nuevo régimen la reconoció, si bien esto no significaba que estuviera dispuesto a asumirla en los términos heredados de los Borbones. Cabarrús, como principal experto financiero, estaba especialmente deseoso de hacer algo referente a este problema, con el resultado de que el 9 de junio de 1809 se emitieron órdenes de que se entregaran a cambio de cédulas de crédito todos los títulos de la deuda nacional. Éstas a su vez podían utilizarse tanto para comprar bienes nacionales —propiedades de enemigos del régimen y, sobre todo, de la Iglesia— como para generar un dividendo anual del 4 por 100. Aquel mismo día se publicó además un decreto que autorizaba la venta de las propiedades de las que se había apoderado el gobierno y establecía las normas para llevarla a cabo. La emisión de nuevas cédulas para recompensar a los que habían servido al régimen josefino complicó las cosas, pero con gran parte de la deuda borbónica cancelada de hecho y con abundancia de propiedades a la venta, pareció que verdaderamente las cosas se habían puesto en marcha sobre nuevas bases.

Este tipo de reformas no eran la única actividad en que se comprometió el régimen. José, por ejemplo, quería promover la reactivación económica, y para ello introdujo medidas estrechamente relacionadas con la teoría liberal clásica. Además de eliminar las barreras aduaneras internas por el decreto del 16 de octubre de 1809, fueron abolidos varios monopolios y el régimen se libró a su vez de una serie de empresas industriales, ninguna de ellas de mucho éxito, heredadas del *étatisme* borbónico. Al mismo tiempo se instaló en Madrid un nuevo mercado de cambios; se rehizo el primitivo banco nacional español, el Banco de San Carlos; se estimularon cultivos como las patatas, el algodón y el arroz; se ofrecieron generosas concesiones a todos los que quisieran crear compañías industriales; se abrió en Madrid un Conservatorio de Artes y Oficios a modo de depositario de información referente a máquinas, herramientas y procesos industriales; y se estimuló decididamente a las Reales Sociedades de Amigos del País, las asociaciones doctas creadas por Carlos III con el fin de promover la innovación y la difusión de la ciencia moderna.

Finalmente, aunque no por ello menos importante, han de reconocerse

también los esfuerzos de José por ayudar al patrimonio cultural español y mejorar el entorno en que vivía la población. El régimen, tan interesado en difundir la educación como los de otros lugares, ordenó el 6 de septiembre de 1809 la creación de escuelas primarias estatales en lugar de las regidas por las órdenes de enseñanza, y un decreto posterior del 26 de octubre establecía que cada capital de provincia había de tener un *lycée* a la manera de los franceses. José, más generoso que su hermano en lo que a la educación femenina se refiere, creó además en Madrid un colegio para ciento cincuenta muchachas y decretó que se fundaran en provincias instituciones semejantes, poniendo su administración en manos de una nueva Comisión de Instrucción Pública. Junto con ésta apareció además una academia formada según el molde del *Instituí de France* napoleónico: el Instituto Nacional de las Artes y las Ciencias. Pero no es por su política educativa por lo que más se recuerda a José Bonaparte en el campo de la cultura. José fue el responsable de la fundación (si no de la idea) del Museo del Prado y de los primeros intentos de conservación e investigación oficiales de los restos de yacimientos como la romana Itálica, y fue también el primero que proyectó jardines botánicos en Madrid y quien creó el primer museo de historia natural de España. También a él debe Madrid diversas plazas, empezando por la Plaza de Oriente, frente al Palacio Real, creada tanto para embellecer la ciudad como para proporcionar trabajo a los pobres; y fue bajo su reinado cuando por vez primera se dio acceso a la población a los jardines de palacio, que se convertirían en el parque del Retiro. En estos planes, desde luego, estaba implícita una preocupación por el nivel de vida que, dadas las circunstancias, es irrisoria por su sinceridad. Pues José, centro de una guerra sangrienta que causó al pueblo indecibles sufrimientos, deseaba genuinamente que éste disfrutara de espacios abiertos, de aire limpio y de una mejor salud; de aquí los nuevos parques y plazas, y de aquí también los esfuerzos realizados en asuntos como la vacunación —ordenada tempranamente por José Bonaparte en Madrid en julio de 1808—, la limpieza de las calles, la recogida de basuras y los funerales (como los Borbones antes que él, José tenía especial interés en poner fin a la práctica de los entierros en el interior de la iglesias).

De modo que, como puede apreciarse, la España Josefina se caracterizaba por un impulso genuinamente reformista tan acentuado como el de cualquier otra parte del imperio napoleónico. En realidad, el hecho es que durante largos períodos de tiempo en muchas partes de España la administración en manos del rey José impulsaría el proceso posterior, pues el monarca tuvo con frecuencia buenos motivos para combatir la prisa con la lentitud o incluso para rebajar el tono de ciertas medidas de reforma. Pero, sobre el terreno, el poder estaba en manos de intendentes, representantes reales y, finalmente, de prefectos que, por distintos motivos, solían ser menos circunspectos que el

rey (un buen ejemplo de ello es Francisco de Amorós, oficial del ejército y amigo de Godoy, que replicó al derrocamiento del favorito con una cruzada personal contra el antiguo régimen). Al mismo tiempo, incluso en los primeros momentos los comandantes militares locales tenían tanta influencia que los agentes de José no podían ejercer poder alguno. También hay que tener en cuenta el impacto de verse privado de territorios. El 8 de febrero de 1810 la creciente irritación con su hermano condujo a Napoleón a ordenar que las provincias vascas, Navarra, Aragón y Cataluña se convirtieran en «gobiernos» militares cuyas autoridades fueran completamente independientes de los nombrados por el rey José. Dos meses más tarde se crearon otras dos entidades de este tipo: Burgos por una parte y por otra Valladolid, Toro, Palencia y, provisionalmente, Ávila, mientras que el 14 de julio Napoleón retiró de manos de José el gobierno de toda Andalucía para ponerlo en las de Soult, a quien dio al mismo tiempo el mando de casi todas las tropas que habían intervenido en la ofensiva de enero de 1810. Finalmente, como ya se había propuesto en octubre de 1810, en febrero de 1812 en un intento de atemorizar a José de modo aún más feroz Cataluña fue anexionada al imperio francés con todas sus consecuencias (el decreto correspondiente no utiliza de hecho la palabra «anexión», pero las decisiones que fijaba no dejaban duda alguna en este sentido). En todos estos casos el resultado fue la intensificación de la reforma, al estar los comandantes franceses convencidos de que las clases privilegiadas eran el motor de la resistencia popular, y además, por lo menos en las regiones del otro lado del Ebro, ellos mismos estaban bajo las órdenes de Napoleón a fin de preparar el camino para la anexión.

De modo que la reforma no se puede analizar teniendo en cuenta solamente los decretos procedentes del Consejo de Estado del rey José. En los señoríos vascos y en Navarra, la creación de «gobiernos» militares condujo a un ataque a los fueros en gran escala. El general Thouvenot, gobernador de las provincias vascas, de línea dura y con poco respeto por las sensibilidades locales, barrió inmediatamente las formas tradicionales de autogobierno de los tres señoríos y nombró para cada uno de ellos un pequeño consejo del tipo del de un *département* francés. Aún peor, sus privilegios fiscales fueron abolidos y Thouvenot impuso de inmediato una serie de impuestos sin precedentes que en 18 meses habían ascendido a cuarenta millones de reales. Sin embargo, en términos institucionales, Navarra salió bastante mejor librada —sus instituciones forales, momentáneamente abolidas, fueron rápidamente restablecidas en un intento de ganarse a las personalidades locales—, pero también aquí la Diputación fue nombrada en vez de elegida y el poder ejecutivo se puso en manos de una nueva comisión de policía. En Cataluña el papel de *éminence grise* de las autoridades de ocupación cayó en manos de un afrancesado tan partidario de los franceses que no sólo presionó para que se introdujera

íntegramente el código napoleónico, sino que incluso abogó por la introducción de la conscripción y la plena anexión a Francia. Gracias al apoyo del que era por entonces comandante de la guarnición francesa, el mariscal Augereau, un antiguo jacobino y vulgar soldado muy inclinado a abrigar la ilusión de que bastaba con librar al pueblo de sus cadenas para que se unieran a la causa francesa, el resultado fue una serie de medidas con vistas a rehacer Cataluña según el modelo francés. Finalmente, pero no por ello menos importante, ha de señalarse que en las regiones sometidas al control imperial directo apareció un número considerable de personal administrativo francés, lo que daba todavía mayor ímpetu al proceso de transformación.

En España, como en todas partes, con personal francés o sin él, la realización de la reforma descansaba en gran medida en la colaboración de las élites indígenas, pues Napoleón nunca disponía de suficientes administradores avezados para proporcionar más de un puñado de los muchos que hacían falta. La presencia en el país desde antes de 1808 de una comunidad francesa de ciertas dimensiones podía haber facilitado las cosas, pero sorprendentemente fue poca la ayuda de esta procedencia (el caso más destacado es el de Cabarrús, un francés que había ido a España en la década de 1770 buscando fortuna en el comercio), mientras que José estaba en cualquier caso muy deseoso tanto de convertir a su monarquía en una institución genuinamente española como de obtener el apoyo de las clases acomodadas. En teoría, el estado josefino se caracterizaba por la carrera abierta a los talentos, si bien en la práctica abundaba más la continuidad que el cambio. La corte estaba atestada de destacados grandes de España, el gobierno y la administración, de hombres de estado y funcionarios borbónicos, el cuerpo de oficiales, de oficiales del ejército borbónico, y el gobierno provincial y municipal, de representantes de la antigua oligarquía local. Como demuestra la creación en octubre de 1809 del cuerpo de «asistentes» —jóvenes en régimen de internado para aprender gestión administrativa—, incluso la innovación napoleónica apenas era diferente, al quedar restringida la matriculación a aquellos cuyas familias pudieran permitirse un pago de veinticuatro mil reales al año.

Así como se había puesto gran cuidado en no amenazar la posición de las clases acomodadas, se dedicó mucho esfuerzo a garantizar altas retribuciones por el servicio en la administración: a los consejeros de estado, por ejemplo, se les concedió oficialmente un salario de cien mil reales al año, e incluso los «asistentes» recibían doce mil. Los pagos que se ofrecían no eran solamente económicos: el 20 de octubre de 1809, tras haber abolido todas las clases de nobleza existentes en España, José creó una nueva Real Orden española, que llegó a ser concedida a unos seiscientos eclesiásticos, nobles, oficiales del ejército y funcionarios y que conllevaba una sustanciosa pensión, y que incluso posibilitaba la concesión de un título (por ejemplo, Miguel José de

Azanza, ministro de Asuntos Exteriores entre 1811 y 1813, se convirtió en duque de Santa Fe); de modo que la colaboración ofrecía beneficios económicos y promoción social, y además podía confiarse en los franceses en lo referente a ahorcar bandidos, eliminar a alborotadores y apoyar a los señores contra los desórdenes rurales: presencias como las de las tres horcas que Dorsenne mantenía permanentemente ocupadas a la salida de Burgos eran, en este sentido, mucho más tranquilizadoras que amenazadoras. Mientras tanto, habiéndose hecho con el control, los invasores estaban en condiciones de utilizar todos los medios disponibles para proyectar una imagen positiva del gobierno napoleónico y manipular a la sociedad en beneficio de sus propios intereses. Es instructivo, por ejemplo, que los franceses, tan pronto como llegaran a Madrid, en diciembre de 1808, celebraran una gran revista:

> Con el objetivo de apelar a los ojos del pueblo como había apelado antes a su razón, y con la esperanza de predisponerlos a aceptar con orgullo una alianza con una nación tan rica y poderosa como la francesa, el emperador ordenó que ... todas las tropas se presentaran con sus más lucidos uniformes a la revista que decidió hacer en El Prado. Todos nosotros nos pusimos de gala y acudimos formados como convenía a tan gran ocasión.[7]

Ni que decir tiene que estos despliegues de pompa y ceremonia eran reforzados por una constante ofensiva en la prensa. Por toda la España ocupada aparecieron gacetas oficiales dando la versión del régimen de los acontecimientos y denigrando la causa patriota. Típica muestra de un lugar común era el escrito de la *Gazeta de Sevilla* del 7 de enero de 1812 que parafraseamos a continuación:

> las guerrillas cometen todos los robos imaginables y nadie está libre de su pillaje. Tanto españoles como franceses e ingleses son víctima de su crueldad. Sacerdotes, magistrados, campesinos, arrieros, nadie se libra. Tales son las ayudas que recibe la pérfida Albión. Sirviéndose de estos hombres, los británicos, al no haber logrado la conquista, oprimen a aquellos cuya independencia fingen proteger.[8]

Típica es también la proclama del 25 de marzo de 1812 que describe el régimen gaditano como

> aquel gobierno ilegítimo e infame ... compuesto de las heces de España, cuya autoridad vacilante pende de los caprichos de un ignorante vulgo, y del influjo inglés ... que tantas veces ha engañado a los incautos españoles sometidos a su tiranía, prometiéndoles una libertad ilusoria ... aquel gobierno en fin que apenas posee más terreno que la prisión donde reside.[9]

277

Se desconoce el efecto de tales andanadas, mas no puede negarse que en la zona patriota la vida para muchos había sido penosa y peligrosa. De ahí, quizá, las extraordinarias escenas presenciadas en el curso del viaje de José por Andalucía en 1810:

> Es imposible hacerse una idea cabal de la alegría con que acogieron al nuevo rey los habitantes de Écija, Jerez, Santa María, Ronda, Málaga, Granada y Jaén. En todas las ciudades la nobleza, formada en guardia de honor, acudió a ... felicitarle por su feliz llegada y a jurarle una devoción sin límites. Había quien le besaba los pies, las rodillas ... Imitando este comportamiento, el pueblo besaba su caballo y se postraba en tierra gritando «¡Viva el rey José!». He visto a mujeres de esta clase echarse en el suelo boca abajo ante el caballo de su majestad y suplicarle que les hiciera el honor de pasar por encima de su cuerpo ... Hombres y mujeres, niños y viejos, todos acudían a la residencia del rey para contemplar los rasgos de aquel a quien llamaban su salvador. Los grandes señores le colmaban de regalos, le abrumaban con proclamas de fidelidad y de amor, y la plebe le pedía una mirada y su bendición. Fuegos artificiales como hasta entonces no se habían visto en España sucedían por doquier a las aclamaciones y a la alegría de la jornada. En los carteles se leían injurias contra los reyes anteriores a José y todas las alegorías honraban al nuevo rey.[10]

Estos raptos de entusiasmo, especialmente entre las clases bajas, mostraron ser muy efímeros, pero incluso si la desilusión general era compartida por las clases acomodadas, estas últimas tenían además que enfrentarse al temor, siempre presente, de la exclusión social. José, por ejemplo, sólo por crear una corte familiar, planteó a los grandes de España la incómoda elección de participar en las estructuras de su gobierno o abandonar el escenario a rivales arribistas. Del mismo modo, al nivel de la ciudad con guarnición, la oligarquía local se encontraba con que los franceses dominaban la vida social. Corridas de toros, bailes, recepciones, revistas, sesiones de fuegos artificiales, iluminaciones e incluso el teatro estaban dotados de significación política, del mismo modo que la francmasonería que antes de 1808 había empezado a tener alguna influencia en España revestía ahora una dimensión imperial (por lo que las muchas nuevas logias que por entonces se crearon llevaban con frecuencia nombres como «La Estrella de Napoleón» o «La Beneficencia de Josefina»).

Asistir a alguna recepción por invitación de un oficial francés o ver una corrida de toros celebrada con ocasión del cumpleaños de Napoleón no era lo mismo, desde luego, que aceptar un puesto de responsabilidad con «el rey intruso». Pero los franceses disponían además de otras armas. En la sociedad española el derecho a llevar uniforme había sido en el siglo anterior un signo de estatus codiciado; de ahí las envidias despertadas por el cuerpo de oficíales, y de ahí también la popularidad de los diversos cuerpos de Voluntarios

Distinguidos y semejantes aparecidos a partir de 1808. Tras la ocupación francesa, el único uniforme a que podía acceder un civil era la levita azul oscuro con vueltas rojas y los calzones blancos de la milicia cívica de José (véase más adelante). También había que tener en cuenta la cuestión de la desamortización. Con enormes cantidades de tierras a la venta a precios que tendían a bajar día tras día, ¿podía cualquier familia abstenerse de intervenir en el proceso? Al ser muchos oficiales franceses individuos educados y encantadores que cultivaban un aire de cortesía y gallardía —los libros de recuerdos británicos están llenos de quejas por los grandes éxitos que obtenían sus enemigos en sus galanteos con mujeres españolas—, se hacía muy difícil evitar por completo el contacto con los franceses, y aún más difícil evitar que los contactos pasaran a ser cooperación e incluso reconocimiento: los juramentos de lealtad al rey José, por ejemplo, se exigían no sólo a cualquier tipo de funcionarios, sino a todos los cabezas de familia.

Escapar a la zona patriota, que estaba castigado con el secuestro de las propiedades, no era una práctica posible, exceptuando, por ejemplo, a los funcionarios con una posición segura al servicio del gobierno, a los personajes destacados con propiedades en la zona patriota, o a los jóvenes con una carrera por delante y sin responsabilidades familiares. Era, pues, inevitable que los franceses consiguieran cierto nivel de aprobación entre las clases acomodadas, que cruzando con frecuencia la línea que suponía ponerse al servicio de los franceses, en algunos casos sirviendo como espías o correos, aceptaron la presencia de las fuerzas de ocupación e incluso en ocasiones trabaron amistad con ellas. Típico de esta coexistencia es el caso de Francisco de Goya, que permaneció en Madrid durante la ocupación francesa, pintó el retrato de José y documentó la guerra en esa obra maestra de ambigüedad intencionada que son *Los desastres de la guerra*. De todos modos, para muchos oficiales imperiales la vida podía ser razonablemente cómoda. Veamos, por ejemplo, el caso del alemán Heinrich von Brandt, oficial de uno de los regimientos polacos de Napoleón. Acuartelado en Aragón tras la caída de Zaragoza, observa que los franceses «no eran tan universalmente odiados como hasta entonces se decía».[11] El clero, reconoce, era hostil, como lo era la mayor parte del campesinado, pero las clases acomodadas y las mujeres en general estaban divididas:

> En las clases medias las personas mayores estaban todas en contra de nosotros, pero entre los de veinte y treinta años había muchos afrancesados ... Aunque las mujeres, en especial las de edad madura, censuran agriamente a los franceses por su falta de religión y por sus insaciables apetitos ... en el curso de nuestros paseos tuvimos la experiencia de conocer a francófilos ardientes, especialmente mujeres jóvenes con maridos viejos o ... novicias cuyas madres superioras las habían dejado libres al aproximarse los franceses.[12]

279

Sea o no correcto este análisis, Von Brandt no tuvo ninguna dificultad para establecer relaciones con la gente con que se encontró. En Daroca, por ejemplo, se hizo amigo de un fraile fugitivo, mientras que en Calatayud conoció a una pedigüeña de 17 años llamada Inés de la que se enamoró perdidamente. Y para un relato literal de cómo podían derribarse todas las barreras, bastará con echar un vistazo a las memorias del oficial de caballería y *beau sabreur,* Charles Parquin:

> En Salamanca mis obligaciones como ayudante me permitieron obtener excelentes habitaciones en la casa de una bella dama española de la nobleza ... cuyo marido, coronel del ejército español, había muerto hacía dos años ... La primera semana ella ... se negó a verme y nuestro único contacto fue que le envié mi tarjeta. Poco después le mandé una nota e hice uso de la astucia para saber por la criada que me traía el chocolate cada mañana que su señora me miraba tras las cortinas de su habitación cuando montaba a caballo para dejar la casa ... Este signo estimulante me hizo tan osado que le pregunté si me permitiría pasar una hora diaria en su compañía. El favor me fue concedido. Posteriormente, como cabe imaginar, las cosas no quedaron ahí... y, en resumen, fui feliz, verdaderamente feliz.[13]

Con las clases bajas, desde luego, las relaciones eran mucho menos amistosas. Sin embargo, con el paso del tiempo las reacciones frenéticas de los primeros días de la guerra desaparecieron. Especialmente en las localidades en las que el contacto con los franceses era constante, se desarrolló más bien un espíritu de «vive y deja vivir»:

> Ignoro cuál pueda ser el estado de la opinión pública en las provincias del sur de la Península, pero sin duda los sentimientos de todas las provincias por las que he pasado son decididamente enemigos de los franceses y favorables a la causa común ... Al mismo tiempo estoy convencido de que gran parte de las clases medias de la sociedad se inclinan por los franceses y de que en todas las grandes ciudades los franceses cuentan con amigos y partidarios activos. Los sentimientos patrióticos de las clases bajas son de poco provecho para su nación. Es un sentimiento pasivo hecho de murmullos bajo la opresión y la tiranía que padece, sin osar eliminar o disminuir aquello que le aqueja. El pueblo paga sus contribuciones y entrega sus caballerías, su grano y sus provisiones allí donde le es pedido ... por el enemigo. Desde luego, se quejan de estas exacciones y ver a los ingleses les hace felices ... Pero ... esto no hace ningún daño al enemigo ni ningún bien a nosotros.[14]

En ocasiones particulares y en determinados lugares este acercamiento podía ir más allá; un buen ejemplo de ello es el espíritu que prevalecía en Madrid en los primeros meses de 1809.

> Al día siguiente [de su vuelta a la capital] y en los días que le siguieron salió, se dejó ver por la ciudad, visitó ... los hospitales. Fue bastante bien acogido. En líneas generales, en el ánimo de la población hubo algunas señales de cambio favorable ... La aversión disminuía; incluso parecían querer renacer la esperanza y la confianza, y ha de decirse que este cambio se debió personalmente al rey. En las circunstancias en que se hallaba, su carácter le fue de mucha utilidad: su afabilidad ... y en especial la preferencia que en todo daba a los españoles sobre los franceses gustaban en el país. Al mismo tiempo el cansancio, los infortunios de la guerra, la marcha de los ingleses ... la aparente imposibilidad de la resistencia hacían que las armas se cayeran de las manos y empezaba a tomar forma un yugo que resultaba menos pesado de lo que habían supuesto.[15]

¿Por qué, entonces, la resignación, la aceptación y la amistad personal llegaron en algunos casos a convertirse en colaboración activa? Para muchos de los implicados, la clave del asunto estaba, claramente, en el temor al desorden, el deseo de asegurarse la supervivencia de los privilegios propios y del propio estatus social y la creencia de que la resistencia era inútil. Debatir sobre casos individuales no sirve como ayuda, pero se puede empezar señalando a cierto número de altos oficiales del ejército que se unieron a la causa francesa, incluidos el propio ministro de la Guerra de Fernando VII, el general Gonzalo O'Farrill, y el antiguo gobernador de Cádiz, Tomás de Moría. Pues bien, ambos generales, el primero de los cuales se había unido a José en Bayona y el segundo tras la rendición de Madrid, expresaron claramente que consideraban la guerra como un gesto vacío que sólo produciría la derrota y el colapso del orden social. También es digno de ser tenido en cuenta el apoyo mostrado al régimen josefino por destacados elementos de la Iglesia. La mayor parte de la opinión clerical era profundamente hostil tanto al emperador como a Francia, asociada a los excesos de la revolución. Las atrocidades y el anticlericalismo habían empeorado las cosas, y muchos obispos huyeron de sus diócesis a la zona patriota, al tiempo que muchos sacerdotes y frailes predicaban la guerra santa tomando en ocasiones las armas contra los franceses. De todos modos, en Oviedo, Sevilla, Valencia y otras ciudades, llevada no sólo por el temor al desorden, sino también por la creencia de que la llegada de José Bonaparte respondía a los designios de la divina providencia, la jerarquía mantuvo las relaciones más cordiales con las fuerzas de ocupación y sus elementos actuaron como agentes de la propaganda francesa. Como reconoció Suchet, por ejemplo, la «persuasiva elocuencia» del obispo de Zaragoza «infundió en su grey una disposición pacífica y conciliadora».[16] Finalmente, no es sorprendente saber que con ocasión de la conquista francesa de Valencia los grandes de España locales se unieron en masa a los nuevos amos de la ciudad o que los organismos de gobierno local establecidos por los franceses

281
tras su ocupación de Asturias estaban formados en gran medida por hombres destacados implicados en los antiguos ayuntamientos y en la asamblea provinciales.

También fueron comunes el oportunismo, el cálculo y la opción por los ganadores. Estos factores, especialmente notorios entre las muchas figuras destacadas que se apresuraron a unirse a José en Bayona para desertar de sus filas después de Bailén (como el duque de Infantado y el secretario de Estado de Fernando, Pedro de Cevallos), revistieron también gran importancia en puntos más bajos de la escala. Así, el hecho de que durante largo tiempo pareciera probable la victoria de los franceses animó a pretendientes y aventureros a ponerse al servicio del rey José (un buen ejemplo de ello es el hombre que dirigió la inteligencia francesa en Barcelona bajo el mando de Duhesme y de Saint-Cyr, Joaquín Casanova, un oscuro elemento que a duras penas podía haber prosperado de no ser por la guerra). Del mismo modo, especialmente en la Iglesia, había muchos clérigos insatisfechos con su suerte; de aquí, quizá, las historias que corrieron sobre frailes sin hábitos que dirigían bandas irregulares profrancesas, sobre curas parroquiales y canónigos catedralicios al servicio de los franceses como funcionarios locales, y sobre monjas deseosas de fugarse con oficiales franceses para casarse con ellos.

También había que contar con la cuestión de la revancha y de la exclusión política. En marzo de 1808 tuvo lugar la caída de muchos oficiales y funcionarios relacionados con el régimen de Godoy, y esos hombres apenas tenían sitio en la España patriota. De modo que inflamados por deseos de venganza, acudieron en tropel a la administración y a las fuerzas armadas francesas. Un ejemplo de ello, destacado y especialmente notable, es el de Amorós, pero se incluyen entre otros al antiguo intendente de Zaragoza, Ignacio Garciny, que había sido expulsado de la ciudad por una multitud airada con ocasión del motín de Aranjuez y que llegó a ser comisario regio —en realidad, gobernador— de Soria y La Rioja, y al jefe de la artillería borbónica, el general José Navarro Sangran, que fue nombrado comisario regio de Castilla la Vieja.

Mientras que los factores que hasta ahora hemos considerado no puede decirse que estuvieran ausentes de otros casos, hubo varios grupos de afrancesados que estaban unidos por ideas de un cariz más positivo. Como hemos visto, en el período inmediatamente anterior a 1808 una parte significativa de la opinión educada había sido ganada por la causa del liberalismo político y económico, y en particular por medidas clave como la «nacionalización» de la Iglesia española, la liberalización de las trabas de la Inquisición sobre el pensamiento, la abolición de todas las restricciones a la actividad económica, la creación de un mercado de la tierra libre y el fin de los privilegios de la nobleza. Bajo la influencia de Godoy, el período 1792-1808 estuvo marcado por la prosecución de muchos de estos objetivos, pero fueron tales los fracasos

personales de Godoy y los abismos a que descendió la fortuna de España que los ilustrados cada vez estaban más desilusionados. Aunque a muchos el levantamiento de 1808 les animó a creer que la puerta a la reforma ahora estaba abierta, otros quedaron horrorizados al percatarse, quizá, de que la protesta era tanto contra la Ilustración española como contra la agresión francesa. En consecuencia, muchos ilustrados se unieron a los franceses con la convicción de que Napoleón era el paradigma de la causa del progreso. Gracias a esta creencia, José obtuvo el apoyo de un devoto grupo de hombres de letras entre quienes se contaban los destacados escritores Leandro Fernández de Moratín, José Marchena, Juan Meléndez Valdés y Alberto Lista, así como un número reducido de clérigos disidentes cuyo pensamiento había recibido un fuerte influjo de la Ilustración; se contaban entre éstos el antiguo funcionario de la Inquisición Juan Antonio Llórente y el canónigo de la catedral sevillana José Isidoro Morales. Junto a estas figuras puede hallarse además un segundo grupo de hombres formado por ministros y burócratas relacionados con las reformas Carolinas y que habían sobrevivido hasta ver la llegada de los franceses. Siendo como eran el producto de un movimiento rígidamente elitista que consideraba a las masas populares como meras bestias, que acentuaba el principio de la monarquía absoluta y que deseaba civilizar la dirección de la guerra tanto como fuera posible, era inevitable que los acontecimientos de 1808 les repugnaran. Algunos de sus representantes, es cierto, dejaron de lado sus recelos y se unieron a los patriotas —es el caso de Floridablanca y Jovellanos—, pero para otros la única opción era colaborar, y más aún teniendo en cuenta que el régimen napoleónico no sólo compartía su desdén por el pueblo, sino que parecía representar una vuelta al absolutismo ilustrado, fuera en su tolerancia religiosa, en sus ataques a la Iglesia, en su expropiación de los bienes eclesiásticos, en su ataque a los privilegios corporativos, en su racionalización del gobierno o en su centralización del poder. En consecuencia, José pudo contar desde los inicios de su reinado con los servicios no sólo de Cabarrús, sino también de Mariano Luis de Urquijo, Miguel José de Azanza y el marqués de Caballero, todos con puestos ministeriales en los regímenes reformistas de Carlos III y Carlos IV.

Hasta el momento hemos tratado principalmente de la colaboración entre las capas superiores de la sociedad. Pero la colaboración no era sólo un fenómeno de los elementos destacados. Pues, además de proporcionar personal para todo un aparato administrativo y judicial, los franceses fueron capaces de organizar un pequeño ejército regular que en el momento en que alcanzó mayores dimensiones estuvo formado por tres regimientos de guardias, diez de línea y dos de infantería ligera junto con diversas unidades de caballería, artillería e ingenieros, al tiempo que se movilizaba a buen número de regimientos auxiliares, guardias cívicas e incluso guerrillas

antiguerrillas.* Este fenómeno de afrancesamiento de los soldados rasos, en gran medida indocumentado, es de difícil interpretación. La afirmación marxista de que representa una identificación positiva por parte del pueblo con la revolución napoleónica es indemostrable, al ser probablemente los motivos de la colaboración más prácticos que ideológicos. De modo que, en una situación en que la vida económica era un caos, los precios subían y el hambre nunca se saciaba, el servicio a los franceses podía suponer una fuente de ingresos vital. Esta situación estaba al mismo tiempo gobernada en parte por el propio interés, pues los guerrilleros no sólo ejercían salvajes represalias sobre los jefes de muchos pueblos, sino que eran ellos mismos muy dados al pillaje. En consecuencia, las guardias nacionales de un tipo u otro a nivel local concitaron un apoyo considerable —sólo en Madrid se formaron diez batallones de la milicia cívica—, pero incluso así el fenómeno del afrancesamiento popular tenía límites. De modo que los soldados regulares españoles de José se fundían una y otra vez como la nieve y el rey sólo podía confiar en los extranjeros que formaban su Guardia Real. En cuanto a las fuerzas irregulares utilizadas para perseguir a las guerrillas, aunque haya sin lugar a dudas algunas historias interesantes que contar —¿quién era, por ejemplo, la muchacha apodada «la Colegiana», de quien se cree que dirigió en 1813 vestida de hombre una partida pro francesa?—, es evidente que en muchos casos no eran en realidad sino bandidos que sencillamente aprovechaban el servicio con los franceses como tapadera para sus fechorías.

Aunque muchos españoles puedan haber tomado las armas en un momento u otro como juramentados, a nivel popular la colaboración fue evidentemente escasa. No podía ser de otra manera: eran muy pocos los aspectos del programa francés de reforma que suponían algún beneficio inmediato para la plebe, e incluso la mayoría de ellos les resultaban dañinos. La inclusión de las provincias vascas dentro de las fronteras aduaneras nacionales supuso un fuerte golpe contra la economía agrícola local; el ataque a la Iglesia privó al pueblo tanto de su ayuda directa como de su apoyo espiritual; y los nuevos cementerios seguían produciendo temores de condenación eterna. Sin embargo, para comprender plenamente el impacto negativo de la reforma francesa es preciso examinar el interés que tenían los franceses en lo que se llamó un despotismo benevolente. Vemos en esto la idea de la Ilustración como misión civilizadora para salvar a los pobres de sí mismos. Por naturaleza vagos, no previsores, sucios y completamente entregados al vicio, había que hacerles trabajar, enseñarles oficios provechosos, imbuirles un sentido de responsabilidad

* Es también bastante significativo que un número importante de prisioneros de guerra españoles se libraran del encarcelamiento en Francia presentándose voluntarios para servir en la *grande armée,* en el regimiento especialmente formado de José Napoleón.

social y privarles de la oportunidad del libertinaje. Y aun así, en el mejor de los casos la pobreza sería sustituida por la tiranía, pues lo que claramente se daba por supuesto es que la plebe quedaría bajo estricto control, obligada a conformarse con las normas de la sociedad respetable, empapada de una actitud de deferencia, privada de salida alguna para sus frustraciones y despojada de su autonomía cultural. En pocas palabras, el núcleo del programa estaba formado en su conjunto por el miedo a la multitud. No había en todo esto nada específicamente napoleónico —por el contrario, tales ideas habían sido lugares comunes en la Europa del siglo XVIII— pero, imbuidos los franceses de una actitud de superioridad cultural, el imperio lo consideró un intento especialmente apropiado para poner en práctica la teoría.

De las diversas agencias de policía establecidas por los franceses —la más importante era el Ministerio de Policía General, creado por decreto del rey José el 6 de febrero de 1809— brotó entonces un torrente de normas y regulaciones de todo tipo. Típico de estos documentos sea acaso el *Reglamento para la Entrada, Salida y Circulación de las Personas por Madrid,* publicado el 17 de febrero de 1809. Consistía en una lista de minuciosas normas referentes a los movimientos de la plebe por Madrid, y más especialmente a las comunicaciones entre la ciudad y el mundo exterior. Así pues, de todos los forasteros que entraban en Madrid se esperaba que fueran a registrarse a la policía a cambio de un pase que les permitiría permanecer en la capital durante un tiempo dado (los residentes permanentes ya habían sido registrados al requerírseles en diciembre de 1808 para jurar lealtad a José). A todo esto, visitantes de todo tipo necesitaban que las autoridades de los lugares de donde salían autorizasen sus viajes, y nadie podía dejar la capital sin ir provisto de un pasaporte. No estaban mucho mejor las cosas dentro de la ciudad: durante el día se permitía el libre tránsito por las calles, pero incluso entonces se obligaba a los viandantes a mantenerse en movimiento y se les prohibía detenerse a hablar en las esquinas de las calles; mientras que por la noche se pedían pases internos y todos los viandantes estaban obligados a llevar luces.

Puede argüirse que, al igual que las instrucciones que más tarde se dictaron para que toda la población llevara salvoconductos, estas regulaciones son solamente fruto de un intento de evitar el espionaje, la subversión y la insurrección; pero la cuestión del apoyo a la causa patriótica por lo general se reservaba a decretos específicos, como el promulgado por Soult en Sevilla el 7 de mayo de 1810, que amenazaba a cualquier pueblo que no opusiera resistencia a las guerrillas o que por cuenta propia colaborase con ellas con castigos draconianos. El verdadero significado de las regulaciones se hallará más bien en las numerosas normas policiales, cuya relación con cuestiones de seguridad es poco más que tangencial. Había normas que prohibían a los cocheros conducir demasiado rápido; normas que restringían el movimiento de

285
las reatas de mulas y de carros; normas referentes a las trabas de los caballos; normas sobre el barrido del pavimento y la retirada de la basura; normas sobre la actividad de los comerciantes y vendedores ambulantes de los mercados; normas para el control de las casas de huéspedes; normas para la iluminación nocturna de las calles; normas sobre la manera más adecuada de conducir los cadáveres al cementerio; normas que prohibían que los perros pudieran vagar perdidos por las calles; normas de confinamiento de todos los mendigos en hospitales municipales o casas-taller; y normas para restringir la matanza de animales a los mataderos u otros lugares designados. Había normas que regulaban la organización de las fiestas de carnaval, de las procesiones de Semana Santa y de las corridas de toros; normas que prohibían llevar en las fiestas capas, máscaras y disfraces; normas restrictivas del horario de apertura de tabernas y garitos de juego; normas de disposición del registro de las prostitutas; normas acerca de la prohibición del consumo de alcohol en las calles; normas que prohibían a los teatros mostrar cualquier cosa que ofendiera la decencia pública; y normas que ilegalizaban la reunión en las calles del menor de los grupos. Como se expresaba en un folleto, «quieren decirnos dónde hemos de escupir en lo sucesivo».[17] Vigiladas cada una de sus actividades, el pueblo se hallaba profundamente resentido, y más aún dado que las normas tenían el respaldo de fuertes multas y, como en casos semejantes en la España patriota, eran causa de muchos inconvenientes. Como si no fuera suficientemente malo que los permisos, licencias y salvoconductos exigidos por los invasores costaran dinero —obtener la «carta de seguridad» oficial, por ejemplo, costaba un real—, las actividades marginales que de hecho mantenían a gran parte del pueblo fueron criminalizadas, y además en un momento en que la vida económica normal carecía de estabilidad alguna. También resultaron afectados prácticamente todos los entretenimientos baratos, aunque sólo fuera tumbarse al sol. Por mucho que los franceses y sus partidarios atribuyeran esto al hecho de que el «populacho» era demasiado salvaje para que le atrajeran las nuevas costumbres, lo cierto es que sólo cabía esperar hostilidad y resistencia.

Más aún si consideramos la lógica del gobierno francés. La explotación estaba implícita tanto en las pautas del imperio napoleónico en general como en la motivación de la intervención francesa en España en particular: pues si no, ¿por qué otro motivo había puesto Napoleón a su hermano en el trono, si no era para que España cumpliese los requerimientos de un estado satélite de confianza? En cuanto a los costes de la invasión, como en todas partes, correrían por cuenta de los territorios ocupados. Y había aún otra cuestión no menos importante respecto de la base del poder de Napoleón: el botín quizá no fuera el único factor que motivase a la soldadesca, pero tampoco había de ser descuidado como medio de mantener su moral: en cuanto a los mariscales,

generales y otros grandes dignatarios del imperio, siempre hacían falta más tierras para las *donations* con que el emperador tenía buen cuidado de asegurarse su lealtad.

Los franceses, así pues, cayeron sobre la Península como lobos. El bandidaje directo no se aprobaba debido a que era malo para la disciplina y solía resultar contraproducente. Según un edicto del mariscal Berthier, «el emperador está descontento de los desórdenes que se cometen. El pillaje aniquila todo, hasta el ejército mismo que lo ejerce».[18] Pero tan pío sermón fue de muy poco valor como protección. En el invierno de 1808, cuando los franceses cruzaban España en retirada, una ciudad tras otra presenciaron las escenas más horrorosas. Burgos, por ejemplo, sufrió muy penosamente:

> Al acercarnos a Burgos cruzamos el campo de batalla en que había tenido lugar el encuentro del día 10, sembrado de cadáveres, triste espectáculo, ¡aunque no me produjo una impresión tan penosa como el aspecto de aquella gran ciudad en el momento en que entramos en ella! Casi todas las casas habían sido abandonadas y saqueadas. Los muebles estaban destrozados y hechos trozos en el barro; un barrio ... en llamas; una soldadesca desenfrenada que hundía las puertas y las ventanas destrozando todo lo que se les ponía por delante, consumiendo poco y destruyendo mucho; las iglesias esquilmadas, las calles llenas de muertos y de moribundos; ¡en definitiva, todos los horrores de un asalto pese a que la ciudad no se había defendido![19]

También fueron maltratadas Lerma, Aranda de Duero y Toledo. De hecho, donde entraban los franceses la historia siempre solía ser la misma. En palabras de Rocca:

> En cuanto se puso la guardia principal, a una señal acordada los soldados ... se precipitaron todos juntos ... a través de la ciudad y mucho después de la llegada del ejército aún se oían chillidos y los ruidos de las puertas rotas a hachazos y con grandes piedras.[20]

El resultado fue un rastro de destrucción. Al llegar a Burgos para ocupar el puesto de gobernador de Castilla la Vieja, Thiébault escribió que «parecía una soledad desolada, y en algunos sitios una sentina de inmundicias» donde «el hambre, la ruina, la desesperación y la pestilencia reinaban, con la muerte como único remedio».[21] En otros sitios la situación era aún peor:

> Continuando nuestro viaje llegamos ... a Huerta [de Valdecarábanos] sin que ... nos hubiese sucedido otra cosa que haber sido reconocidos y examinados por dos partidas francesas ... Pero si estas continuas detenciones no amilanaban nuestros espíritus, el horrible espectáculo que se ofrece a la vista en ...

287

> Aranjuez ... todo mueve a compasión ... Tres infelices se ven pendientes en otros tantos árboles en la citada Cuesta de Arrieros. De la hermosa plaza de toros no quedan más que las paredes maestras; lo mismo sucede a otras muchas casas principales ... Jardines, alamedas, en fin, cuanto allí había de hermoso y rico ... lo ha destrozado el ejército francés. A la entrada del puente largo hay también otros cuatro hombres no solamente ahorcados sino también clavados por el pecho en los mismos árboles en que perdieron la vida ... El esposo ha visto violar a la esposa, el padre a su hija, el hijo a su anciana madre, y aun casos ha habido en que la plaza principal ha servido de lecho para sus inauditas liviandades.[22]

Se añadía a todo esto una gran presión económica. Muy tempranamente, el 18 de agosto de 1808, José anunció una tasa del 8 por 100 sobre la producción anual de la cosecha, y en octubre se impuso a los territorios entonces ocupados por los franceses un préstamo forzoso que ascendía, sólo en el caso de Navarra, a siete mil trescientos millones de reales. Con la reconquista de Madrid en diciembre de 1808 la presión se incrementó aún más, diciendo a las claras Napoleón a su hermano que la España Josefina había de esperar ser saqueada más que subvencionada. En Burgos, por ejemplo, el emperador se había adueñado de grandes existencias de lana y quinina con la intención de subastarlas en Francia, había proscrito a diez de las familias más ricas, apoderándose de sus haciendas en calidad de *donations y* ordenó a José que le entregara cincuenta obras maestras para el Louvre. Aparte de un crédito de veinticinco millones de francos acordado en julio de 1808 con la garantía de las joyas reales españolas, de los que al parecer sólo se pagaron de hecho siete millones, Napoleón era reacio a dar ayuda económica a su hermano, y en vez de ello insistía en que había de dotar de fondos a su régimen a partir de lo que pudiera obtener en España. Tampoco flexibilizaría las estrictas leyes arancelarias, que de hecho bloqueaban la exportación de la lana española causando así un grave daño a la hacienda de José.

Todo esto era causa de gran dolor para el rey intruso: de hecho, en Burgos su aflicción fue tal que se pasó dos días en cama. Hombre humano y generoso, quería sinceramente que sus súbditos fueran felices y sabía perfectamente que había buenos motivos para no echarles demasiadas cargas sobre los hombros. De modo que, idealmente, le hubiera gustado recurrir solamente a una combinación de impuestos regulares y explotación de las riquezas de la Iglesia. Pero, además de que sus funcionarios no tenían acceso a amplias zonas del país, su capacidad para reunir dinero estaba en descenso incluso en los lugares ocupados por los franceses: en Aragón, por ejemplo, los ingresos por impuestos descendieron a lo largo de 1809 a menos de la mitad. En cuanto a la Iglesia, el éxito fue limitado. Gran parte de sus metales preciosos fueron confiscados, es cierto, pero en conjunto la desamortización resultó un fracaso:

si bien se sacó algún dinero de los diezmos pagados a las fundaciones religiosas que habían sido suprimidas y de la subasta de sus metales preciosos y enseres, lo referente a las tierras fue pagado en gran parte con las nuevas cédulas, cuyo valor pronto se depreció tan rápidamente como las de sus borbónicas predecesoras. Al suceder, en gran medida, lo mismo con las propiedades confiscadas a los partidarios de la causa patriótica, José se vio obligado a apartarse cada vez más de la legalidad con que soñaba. Ya en diciembre de 1808 se decretó un crédito forzoso de veinte millones de francos, seguido en septiembre de 1809 por un segundo de diez millones.

A la presión fiscal se añadía la carga cotidiana de la ocupación. Los alojamientos forzosos, penosos y desagradables en sí, eran origen de grandes gastos (por ejemplo, el coste de albergar a un solo oficial fue formalmente reconocido entre ocho y diez reales diarios). Además de todo esto, desde el principio se permitió a los comandantes franceses imponer allí donde estuvieran enormes contribuciones de guerra. Tomando como ejemplo las ciudades vecinas de León y Palencia, entre diciembre de 1808 y octubre de 1810 se les quitó en conjunto un total de dos millones quinientos mil reales. Añádase a esto, desde luego, el conjunto de las requisas, ya se tratara de ganado, como los trescientos bueyes solicitados a Navarra en agosto de 1808, de vituallas, como las trescientas mil raciones exigidas a Toledo en agosto de 1812, o de material hospitalario, como las dos mil seiscientas sábanas, las quinientas almohadas, los ochocientos colchones y las setecientas mantas pedidas a Palencia en enero de 1809. Tampoco se tenían muchos miramientos en la imposición de tales exigencias:

> Cuantas veces vienen franceses ... cometen las mayores atrocidades que vuestra excelencia puede imaginar. Hace tres días se llevaron ocho o nueve mil cabezas de toda especie de ganado ... el 23 se llevaron 714 fanegas de cebada, y mientras tanto cargaban unos, otros saquearon cincuenta casas ... En este día se están llevando 92 fanegas de cebada y han saqueado tres casas ... Si fuese a referir las atrocidades que hacen en estos pueblos con su tránsito y visitas se asombraría vuestra excelencia, pues no queda santo que no queman, mujeres que no atropellan y a veces matan como a los hombres que no les dan lo que les piden.[23]

Semejante rapacidad, estimulada por la avaricia de comandantes como Soult, de quien se supone que despojó a Andalucía de obras de arte por valor de un millón y medio de francos, fue característica de la ocupación francesa hasta su final —en mayo de 1813, por ejemplo, en los últimos días de gobierno francés, Salamanca tuvo que enfrentarse a la exigencia de trescientos mil reales—, mientras que la capacidad de José de hacer algo para remediarlo se veía cada vez más reducida. Se emitieron primero los decretos del 8 de

febrero y el 29 de mayo de 1810, que dejaban fuera de su control todo el norte de España. Posteriormente, el 14 de julio de 1810, no sólo se entregó Andalucía a Soult, sino que además su vaga capacidad supervisora sobre las tropas francesas le fue retirada al agruparlas en seis ejércitos independientes (el del Sur, el del Centro, el de Portugal, el de Aragón, el del Norte y el de Cataluña), y el rey quedó formalmente reducido al puesto de comandante del ejército del Centro.

El primero de estos decretos, que llegó en el curso de su viaje triunfal por Andalucía, fue para José un golpe importante si bien al principio no hizo nada. «Vi el golpe mortal que le asestaba»[24] escribió Miot,

> La esperanza de hacer revocar las órdenes del emperador ... le hizo posponer cualquier resolución decisiva. De modo que ocultó cuidadosamente las noticias que había recibido y nos sometimos nuevamente al sonar de las aclamaciones de las multitudes que en los pueblos se amontonaban a nuestro paso.[25]

Las consecuencias políticas de esta situación fueron muy diversas. José había estado convencido desde el principio de que en España su única esperanza era una política de moderación. Incapaz de mantener este ideal en el campo de los impuestos, por lo menos actuó coherentemente al aplicar medidas de clemencia, liberando a prisioneros de guerra, reprendiendo a funcionarios que habían actuado de modo excesivamente arbitrario y devolviendo a sus legítimos poseedores las propiedades injustamente arrebatadas. Pero lo que ahora sucedía dependía de las autoridades militares. Los comandantes franceses recién independizados no eran en su totalidad brutos carentes de inteligencia —en el este de España, Augereau y Suchet adoptaron más o menos como propias las actitudes de José, y especialmente Suchet obtuvo algún éxito—, pero el desprecio con que Napoleón consideraba cualquier consejo de moderación destruyó la posibilidad de que arraigara cualquier esperanza de magnanimidad.

El núcleo del problema era la brecha cada vez más profunda que se abría entre José y su hermano menor. Las relaciones entre ambos, amargadas en parte por el insulto que suponían el comportamiento de los ejércitos franceses y los decretos de Chamartín y en parte por la insatisfacción por el incompetente generalato del rey y sus maneras afeminadas, momentáneamente se habían restablecido. Pero, como señala Miot, la tregua fue corta:

> Napoleón, al devolver el poder a manos de José, sólo nominalmente se había privado del mismo: en realidad era él quien lo retenía. El rey enseguida se percató de ello por la conducta de los generales y de los agentes franceses que se habían quedado en España, y la irritación que esto le produjo fue extrema. En sus cartas se quejaba amargamente de la independencia que respecto de él

> mostraban unos y otros. La violencia de las expresiones de que se servía, las amenazas que con frecuencia añadía a sus quejas ... excitaron el resentimiento del emperador, que no podía soportar que aquel a quien él había hecho rey mostrara igualdad con él... Pronto dejaron de escribirse cartas ... [El emperador] hacía transmitir sus órdenes directamente a los jefes de los ejércitos franceses en España, así como infinidad de disposiciones que herían la autoridad de José como rey y como general en jefe ... sin su participación e incluso sin su conocimiento.[26]

Para empeorar las cosas, los demás agentes del emperador, aun estando nominalmente sometidos a la autoridad de José, se sintieron libres para ignorarle. Esto se debía, en primer lugar, a que el jefe de estado mayor de José, el mariscal Jourdan, era generalmente considerado un don nadie, y en segundo, a la decisión del rey de ascender a los españoles en vez de a los franceses. Fue típica, probablemente, la actitud del general Thiébault, cuando en otoño de 1809 se encontró con que le salió el tiro por la culata al recibir como contestación de su intento de frenar la marcha alegando su mala salud, una educada carta que mostraba simpatía por sus problemas y le informaba de que de inmediato se presentaría el general Solignac para hacerse cargo del mando.

> Incluso en el caso de un D'Armagnac,[*] este cese disimulado por motivos de enfermedad hubiera sido escandaloso; en mi caso no había palabra suficientemente fea para expresarlo. Por parte del rey fue una desvergüenza sin paliativos, pues estaba abusando de un poder que no tenía derecho a reclamar. Yo había sido nombrado por el emperador y sólo por él podía ser cesado. Mas debido a la debilidad de mi situación, que no me permitía dominar mi carácter, junto con la tendencia que siempre tuve a aprovechar todas las oportunidades de volver a ver a mi esposa, debí haber apelado al emperador y Solignac hubiera dejado Burgos sin tener tiempo para dañar la autoridad de la que tan escandalosamente estaba abusando.[27]

Así pues, el gobierno francés, lejos de caracterizarse por la benevolencia, siguió marcado por la brutalidad extrema y la más arbitraria de las conductas. Abundaban la toma de rehenes, las ejecuciones, las masacres, los incendios y el pillaje, y se producía una elevada proporción de asesinatos, violaciones y actos de humillación. En cuanto a José, cada vez se le ponía más en ridículo. Por ejemplo, exactamente en los momentos en que entraba triunfalmente en Sevilla y dictaba una amnistía para todos los que se unieran a su causa, Sebastiani saqueaba Málaga, a la que sometía a una exacción de doce millones

[*] Referencia al predecesor de Thiébault, Jean D'Armagnac, a quien acusa de brutalidad, corrupción e incompetencia.

291
de reales. Y, lo que todavía era peor, incluso las zonas que en teoría permanecían bajo su autoridad no estaban a salvo, pues una incursión del mariscal Ney en Ávila en febrero de 1810 le produjo seis millones de reales, doce mil fanegas de algodón y quinientas cabezas de ganado vacuno.

En verano de 1810 José había perdido por completo el control de la situación. Ingresando sólo un tercio de lo que necesitaba, con su administración en estado caótico, su autoridad abiertamente desafiada y Napoleón exigiéndole cada vez más —en enero de 1810, por ejemplo, se había anunciado repentinamente que la paga de los ejércitos peninsulares ya no saldría de París, sino de España y Portugal—, al rey le pareció que no tenía más opción que batirse en retirada. Las protestas desesperadas a Napoleón resultaron de poco provecho —el emperador alegaba que no tenía dinero, insistía en que España estaba atestada de riquezas y acusaba a su hermano de ser demasiado blando—, José estaba cada vez más enfadado y amenazó en repetidas ocasiones con abdicar. De todos modos, Napoleón sólo estaría de acuerdo con él a condición de que convenciera a los patriotas para que se rindiesen, por lo que en la primavera de 1811 el rey hizo un último intento de mejorar su situación visitando Francia por sorpresa. Napoleón, percatándose quizá de que había ido demasiado lejos, le replicó con un despliegue de tranquilizadora amabilidad —la justicia, por ejemplo, se administraría por doquier en nombre del rey; la cuarta parte de todo el dinero recogido en provincias se enviaría a Madrid; se ordenó a los generales informar a José con regularidad; y José recibiría una subvención mensual de quinientos mil francos—, lo que resultó suficiente para que el infeliz monarca volviera a asumir sus cargas. Sin embargo, pronto pudo apreciarse que nada había cambiado: fue poco el dinero recibido de Soult y del resto, y a finales de año, de Francia sólo había llegado un millón de francos. Al ser pronto la situación tan desesperada como antes, José se vio obligado de nuevo a recurrir a la exacción: el 23 de julio de 1812 se impuso una contribución extraordinaria en forma de grano, exigiéndose sólo a la ciudad de Toledo mil quinientas fanegas de algodón y otras mil quinientas de cebada. Una vez más, José pensó en abdicar, pero Napoleón volvió a salvar la situación enviando al rey trescientos ochenta mil francos, nombrándole para el puesto de comandante en jefe de todas las fuerzas francesas en España, atribuyéndole la autoridad titular sobre la totalidad de España y restaurando como su jefe de estado mayor al mariscal Jourdan. Jourdan, menos presumido y cerril que muchos de sus colegas, se había convertido en su amigo fiel y confidente durante el período de 1809 en que ocupó tal puesto, pero en septiembre de aquel año se le había obligado a volver a casa por motivos de salud.

De todos modos, nada de esto cambió mucho las cosas. El rey intruso siguió ignorado y constantemente necesitado de dinero. A todo esto, por falta

de fondos, los sueños de convocar Cortes o de embarcarse en un viaje triunfal del tipo que tan bien había funcionado en Andalucía en 1810 no condujeron a nada. Lo más que pudo hacerse fue ordenar la formación de los consejos de prefectura señalados en el decreto del 17 de abril de 1810 (que, cosa muy característica, no llegaron a crearse), con la esperanza de que permitieran imponer ciertas restricciones a los generales. Pero al hacerse cada vez más difícil dotar de personal a la administración bonapartista, la medida apenas tuvo efecto. José, humillado más tarde por haber sido temporalmente expulsado de su capital en agosto de 1812 (si bien había pedido antes, a falta de otra cosa, que ésta le proporcionara la enorme suma de veinte millones de reales), a finales de año se había visto privado de poder por completo. Pues gran número de funcionarios, incluidos algunos de sus más fieles consejeros, habían decidido que la partida había terminado, mientras que otros, como el anciano Cabarrús, habían muerto para entonces. Durante un breve período, la corte prosiguió su funcionamiento diario en un poco convencido intento de desafío —lo cierto es que José desplegaba valor y serenidad notables—, pero la administración civil se había visto reducida a la mera improvisación, habiéndose interrumpido toda actividad legisladora. Al presionar Napoleón para que Madrid fuera reducida al estatuto de guarnición aislada, el final ya no podía retrasarse mucho, y el 17 de marzo de 1813 José dejó su capital por última vez. El rey se aferró hasta el último momento a la esperanza de que se produjera un cambio milagroso de la situación política —al conocer las agrias disputas en el campo de los aliados de resultas del nombramiento de Wellington como comandante de los ejércitos españoles, parece que alimentó la ilusión de que hubiera defecciones masivas—, pero no se permitió a sí mismo semejante indulto. Por el contrario, el 27 de junio de 1813 el rey intruso se vio cruzando la frontera entre los restos de sus ejércitos maltrechos.

Pero para entonces había desaparecido todo rastro del reino bonapartista de España. ¿Por qué había resultado la empresa un fracaso tan extraordinario? Una respuesta a esta pregunta, evidente e implícitamente pronapoleónica, es que el pueblo español, xenófobo, ignorante y dominado por los curas, fue convencido para presentar tal oposición al gobierno francés que nunca llegó a conocer plenamente los beneficios de la reforma napoleónica. Exactamente igual de evidente, pero esta vez antifrancés, es el argumento de que el régimen josefino jamás fue en modo alguno una administración reformista, sino más bien un despotismo militar simple y puro, sin más objetivo que quitar a España hasta el último real. Mas tampoco este punto de vista es adecuado. Del mismo modo que la resistencia española no puede explicarse recurriendo sólo al oscurantismo, tampoco puede explicarse al rey José recurriendo sólo al argumento de la rapiña. De todos modos, negar que el régimen

293

josefino era reformista sería una insensatez: incluso si la reforma era considerada a largo plazo por Napoleón como una medida necesaria para realizar las posibilidades de España como estado satélite, las medidas procedentes de Bayona y de Madrid tenían implicaciones más perdurables y pretendían, en parte, lograr la aceptación mayoritaria de José. Sin embargo, en este aspecto los franceses habían errado en sus cálculos, pues el tipo de transformación que en 1808 había ilusionado a las multitudes que se apoderaron de las calles de Madrid, Aranjuez y tantos otros lugares difícilmente podía haber girado en torno a la creación de un estado de estilo francés dispuesto a imponer a la población cada vez mayores exigencias. En consecuencia, la sustitución de la horca tradicional por el garrote moderno por el rey José puede considerarse una metáfora: la modernidad sustituía a lo obsoleto; la eficacia, a la decrepitud; y el hierro, a la soga. En resumen, el problema no era como dijo una vez Jovellanos que la reforma francesa fuera extranjera, sino más bien que no era nada reformista.

Capítulo 10, PANCORBO: LA APARICIÓN DE LA GUERRA DE GUERRILLAS, 1808-1810

Los dragones franceses, duros y experimentados, miraron a su alrededor. Por doquier no se veía otra cosa que kilómetros de rocas y monte bajo y, al fondo, altísimas montañas. Habiendo llegado al comandante de puesto de la mísera localidad de Pancorbo la noticia de que una banda de guerrilleros iba a concentrarse en algún sitio entre dicho lugar y Miranda de Ebro, había decidido enviar una fuerte patrulla. Nada sucedió mientras los hombres avanzaban por la terrible garganta de Pancorbo —un largo desfiladero que tenía fama de ser uno de los parajes más peligrosos de toda España—, pero en su marcha uno de los soldados divisó repentinamente el brillo de la luz del sol contra el metal. Al dar la alarma, su comandante enseguida puso a los dragones al galope por la ladera que dominaba la carretera. Un puñado de figuras cogidas por sorpresa surgió del monte bajo huyendo en desbandada. Uno o dos, más valientes que el resto, se detuvieron para hacer algunos disparos, pero la mayoría se apresuraron a montar en los caballos que habían dejado atados en la retaguardia. En la confusión general, dos hombres saltaron sobre el mismo caballo mientras otro se agarraba a un estribo con la esperanza de salvarse; a los tres les cerró el camino un dragón que se acercó gritando triunfalmente y blandiendo su sable para matarlos. Pero de los matorrales que había tras él surgió uno de los jefes de los hombres que habían atacado a la columna francesa. El padre Jacobo, sacerdote católico, descargó sus pistolas contra el dragón sorprendido, que se retiró apresuradamente. Todavía perseguida por los franceses, la pequeña partida siguió corriendo en busca de su salvación. Ante ellos se levantaba una gran peña, y repentinamente de su cima partió una andanada que derribó de sus monturas a varios franceses e hizo que los demás cambiaran bruscamente de dirección. Los dragones, desmontando, abrieron fuego con sus carabinas, pero la guerrilla ya se había desvanecido.

Su concentración había sido dispersada y algunos murieron, pero habían vivido para combatir un día más, y en cierto modo era de eso de lo que se trataba.

Esta emboscada, que tuvo lugar el 30 de octubre de 1809 junto a la localidad de Bugedo, en la carretera de Madrid a la frontera francesa, viene a ser una visión de la guerra popular que llegaría a representar característicamente la lucha ibérica contra Napoleón. De hecho, para la mayoría de los lectores la mención de la guerra de la Independencia evoca dos imágenes. Por una parte la invencible «delgada línea roja» de la infantería de Wellington, y por otra la figura cruel y siniestra del guerrillero español: como es generalmente reconocido, fue la lucha en España y Portugal la que introdujo esta palabra en la lengua inglesa. Es más, desde entonces se ha convertido en un lugar común histórico explicar la derrota de los franceses por una yuxtaposición de estas dos imágenes. Gracias a los guerrilleros, se afirma, los ejércitos franceses se vieron obligados a dispersarse por todo el territorio peninsular, de modo que las fuerzas angloportuguesas, numéricamente inferiores, pudieran derrotarlos de uno en uno. Al mismo tiempo, la presencia en Portugal del ejército de Wellington impedía a los franceses concentrar todas sus fuerzas en contra de los guerrilleros, y salvaba así a los españoles de la aniquilación. Los invasores, cogidos entre las bayonetas británicas y portuguesas y el odio popular, se vieron en un apuro —la famosa «ratonera española»— del que era imposible librarse. Por diversos motivos, historiadores británicos, americanos, franceses, españoles y portugueses han tendido a subrayar este aspecto de la guerra contra los franceses en demérito de otras formas de resistencia y a tratar el tema sólo de la manera más positiva. Sin embargo, en aquel tiempo las opiniones sobre este tema estaban terriblemente divididas, habiendo además muchas pruebas de que el efecto de las guerrillas fue más ambiguo de lo que generalmente se ha afirmado. De hecho, como mostrará este capítulo, hay pocos aspectos de la guerra de la Independencia que sean más complejos.

Según la opinión tradicional, el asunto es de lo más sencillo. El pueblo español había sido ultrajado por el destronamiento de Fernando VII y bastaba con que los franceses apareciesen entre los españoles para que se produjeran actos de resistencia espontánea. En palabras del mariscal Suchet:

> La ... mayor parte de la población, en ocasiones sin diferencia de edad ni de sexo, se embarcó en esa activa y obstinada modalidad de oposición que lanzó enemigos contra nosotros desde todas las direcciones, lo que nos agotaba mucho más que los enfrentamientos regulares. Cada región creó ... su propia guerrilla con el objeto de proteger su territorio y cooperar a la defensa común. Campesinos, propietarios, padres de familia, sacerdotes y frailes abandonaron sus ocupaciones sin dudarlo ... con el fin de engrosar las ... bandas formadas contra nosotros.[1]

Las cosas empeoraron aún más debido a la arrogancia y al mal comportamiento de las fuerzas invasoras, así como a la represión y a las atrocidades, cada vez más frecuentes, en que éstas incurrían. Según el capitán Elzéar Blaze, «de haber sido identificados y fusilados ... algunos de nuestros aficionados a las bellas artes, el conflicto no se hubiera convertido en una guerra nacional ... Tales exacciones fueron el motivo de la guerra a muerte que nos hicieron los españoles».[2] Así pues, las zonas ocupadas por las fuerzas imperiales no tardaron mucho en ser presa de una guerra salvaje e irregular. Y más aún desde el momento en que las autoridades patrióticas y muchos elementos de la Iglesia hicieron todo lo que estuvo a su alcance para incitar a la población a la resistencia armada. Según Sebastian Blaze:

> Los frailes se sirvieron hábilmente de la influencia que siempre han tenido sobre el crédulo español... para exasperar al pueblo y aumentar más todavía el odio implacable que nos tenían ... Los frailes excitaban a un pueblo naturalmente cruel y bárbaro para que cometieran con la conciencia tranquila los crímenes más repulsivos; nos hacían pasar por judíos, por herejes, por brujos ... La condición de francés se convirtió entonces en un crimen a ojos de las gentes del país.[3]

También contribuye a explicar la aparición de la resistencia, al menos en apariencia, el contexto social, geográfico e histórico de la península Ibérica. Por ejemplo, tanto España como Portugal eran países abruptos, con grandes extensiones de montañas y estepas de difícil acceso. Como observó Suchet:

> La península española ... está cubierta de altas cordilleras montañosas que se extienden en todas las direcciones ... respaldadas por la meseta interior del país ... El resultado ... es que las aguas han de ... abrirse camino hacia el mar ... por ... gargantas profundas y tortuosas ... Es imposible cubrir unas cuantas leguas de distancia sin encontrar uno o más de dichos desfiladeros ... Los torrentes por lo general están secos, y sin embargo no pueden cruzarse ... En todas direcciones ... las comunicaciones son sumamente difíciles: las provincias están aisladas entre sí [y] las ciudades y pueblos separados por enormes distancias y construidos en alturas o cercados por murallas [y] rodeados por espléndidos bosques de olivos ... Hay grandes extensiones de tierra cubiertas de brezo y de retama.[4]

Además, tanto en España como en Portugal el pueblo estaba acostumbrado a las privaciones, sospechaba de los extranjeros y no dudaba en ganarse la vida con recursos violentos como el bandidaje y el contrabando, con lo que se enfrentaba a constantes escaramuzas con las fuerzas de seguridad. De hecho, el general Bigarré estaba convencido de que la base del fenómeno eran los

«aduaneros y contrabandistas de que estaba plagada España durante el gobierno del Príncipe de la Paz», mientras que el capitán Blaze observaba que, al estar los españoles «acostumbrados a cantar las hazañas de ladrones y contrabandistas», sus cabecillas «siempre han estado dispuestos a convertirse en jefes de la guerrilla».[5] Gracias a la *Ordenança*, a los alarmas, a los miqueletes y a los somatenes —«fuerzas que tendían principalmente a promover el armamento nacional [y] podían además ponerse de acuerdo para hacer incluso aceptable ... para el pueblo español un rápido paso de la paz a la guerra»—[6] había también una larga tradición de movilización popular contra la invasión, y además la importante movilización de la guerra de 1793-1795 había propiciado una considerable experiencia militar (entre los populares jefes guerrilleros que lucharon por entonces se contaban Juan Martín Diez «el Empecinado» y Julián Sánchez García «el Charro»).

Estos alegatos, repetidos desde la época napoleónica, se han visto reforzados por otros ejemplos más recientes. Así, frecuentemente la resistencia se ha ligado a la pobreza y a una tensión social creciente. En nuestro caso, los factores clave serían, en primer lugar, la medida en que la ocupación francesa aumentó el empobrecimiento, y en segundo lugar, la colaboración de tantos pudientes. Aunque el análisis social detallado no era uno de los puntos fuertes a principios del siglo XIX, abonan esta opinión por lo menos la común asociación de los guerrilleros al bandolerismo y al pillaje. Así, para Von Brandt el principal motivo de su aparición era «la esperanza de botín», mientras que para los observadores británicos Sydenham y Larpent, eran «filibusteros regulares [que] subsistían saqueando el país» y «una especie de *banditti*».[7]

Del mismo modo, se ha afirmado también que en España y Portugal el absolutismo ilustrado había hecho menos avances que en otros lugares, con el resultado de que las reformas del nuevo régimen molestaron mucho más de lo que de otro modo hubiera sucedido. Este último argumento, que equivale a sugerir que la resistencia era producto del atraso —o, como hubieran dicho los franceses, del salvajismo, la ignorancia y la falta de civilización—, podría complementarse con la información de que España era católica, por lo que predominaban el oscurantismo, la superstición y la contrarrevolución. Con lo cual volvemos, claro está, a las habituales quejas francesas:

> En lo que se refiere a la sabiduría y al avance de las costumbres sociales, España llevaba por lo menos un siglo de retraso respecto de las demás naciones del continente. La ... condición insular del país y la severidad de las instituciones religiosas habían impedido que los españoles interviniesen en las polémicas y controversias que habían agitado e ilustrado Europa.[8]

En consecuencia, no es difícil encontrar pruebas de que las características esenciales de las guerrillas eran su origen espontáneo, su composición popular

y su motivación ideológica. En cuanto a su contribución a la lucha, los invasores empezaron a verse atacados por bandas de irregulares desde los primeros días de la guerra. En Andalucía, por ejemplo, el alcalde mayor de Montoro, Juan de la Torre, dirigió a un grupo de campesinos en una serie de ataques a las comunicaciones de Dupont que produjo, entre otros incidentes, la masacre de la guardia de setenta hombres que tras la ocupación de Córdoba había quedado para vigilar el puente de Alcolea. De la Torre fue capturado rápidamente, pero pronto estuvo atestada toda la zona entre Córdoba y Sierra Morena de bandas de guerrilleros dirigidas por personajes como Pedro de Valdecañas, José Cruz, Ramón Argote, Ignacio Gómez y Antonio Cuesta. De todos modos, el más célebre de estos guerrilleros tempranos es Juan Martín Díaz. Apodado «el Empecinado», al parecer desde principios de abril dirigió en las cercanías de Aranda de Duero a un grupo de doce hombres en una serie de ataques a correos franceses. En varios casos estas acciones fueron acompañadas por una brutalidad que sería habitual a lo largo de toda la guerra, y hay informes —probablemente exagerados— de hombres apedreados hasta morir, hervidos en aceite, serrados por la mitad o muertos de sed tras haber sido enterrados hasta el cuello.

A lo largo del verano de 1808, en las partes de España completamente dominadas por los franceses la resistencia irregular siguió hirviendo a fuego lento; tal fue el caso de Navarra, donde un tal Andrés Eguaguirre reunió en las proximidades de Estella una fuerza de ochocientos hombres con base en el refugio montañoso de Santiago de Lóquiz. Navarra sería siempre un foco guerrillero: en agosto de 1809 se había convertido en guarida del célebre Martín Javier Mina y Larrea («Mina el Mozo»), cuyas hazañas pronto adquirieron dimensiones marcadamente legendarias. Pero según se ampliaba la zona de ocupación francesa, el fenómeno de la guerrilla resistente se multiplicaba. Muchas de las bandas iniciales de Castilla la Vieja desaparecieron tras retirarse los franceses de Madrid —en algunos casos, como el del Empecinado, incluso fueron perseguidas por las autoridades patrióticas—, pero ahora reaparecían, al tiempo que surgían nuevos grupos, formados por fugitivos de derrotas como la de Gamonal. Citemos a modo de ejemplo las fuerzas mandadas por Juan Díaz Porlier, que cobraron vida en la zona de Palencia a principios de 1809. Estas bandas pronto se vieron complementadas por otras, las más destacadas de las cuales fueron las de Jerónimo Merino, Bartolomé Amor, Jerónimo Saornil, Tomás Príncipe («Borbón») y Lucas Rafael. También aparecieron en las provincias vascas, León, Extremadura y La Mancha. Así, Vizcaya se convirtió en feudo de Francisco Longa y Antonio Jáuregui («el Pastor»); León, de incursiones de caballería con base en Ciudad Rodrigo, en cuyas filas pronto destacó un campesino llamado Julián Sánchez García; Extremadura, de Toribio Bustamante; y La Mancha, de Francisco Abad

Moreno («Chaleco»), Juan de Tapia, Juan Palarea («el Médico») y, sobre todo, el Empecinado, cuya banda cada vez más nutrida obtuvo abundantes éxitos en la región de Cuenca y Guadalajara. Finalmente, mas no por ello menos importante, hemos de hacer referencia a Aragón. La resistencia aragonesa, inicialmente acobardada por la toma de Zaragoza, fue reavivada por jefes como Felipe Perena, Ramón Gayan, Juan Baget, Miguel Sarasa («Cholín») y Fidel Mallén, quien obtuvo diversos éxitos, entre ellos la rendición de setecientos cincuenta hombres que quedaron aislados por una crecida cerca de Monzón, la derrota de dos columnas francesas en las proximidades de Jaca, y el exterminio de una patrulla de setenta franceses en Bernaus. A todo esto, después de la batalla de Belchite las bandas se vieron reforzadas por una fuerte partida formada a partir de tropas regulares separadas del ejército de Blake bajo el mando de Pedro Villacampa, quien estableció una fuerte base en el refugio montañoso de Nuestra Señora del Tremedal y capturó a una compañía del Decimocuarto de línea en el puerto del Fresno, cerca de Almunia, el 29 de agosto.

Así pues, en verano de 1809 las guerrillas ciertamente se hacían notar. Según Miot:

> Por aquel entonces [la Junta] también había adoptado este formidable sistema de *guerrillas* que, extendiéndose a todas las partes del territorio español, incluso a las que ocupaban los franceses, nos hicieron más daño que sus ejércitos regulares, interceptando todas nuestras comunicaciones y obligándonos a no mandar nada sin escolta y a no dejar a ningún soldado aislado en las carreteras ... Numerosas partidas de guerrilleros ... se acercaban con frecuencia hasta las puertas de la capital. El general Franceschi ... uno de los oficiales más distinguidos del ejército, así como el joven Antoine, sobrino del rey y por entonces ayudante de campo del mariscal Soult, habían sido apresados por una de estas bandas. El odio y la furia de los españoles habían llegado a los mayores excesos; no respiraban sino venganza y la ejercían sobre todos los franceses que caían en sus manos. Esta guerra de pequeñas dimensiones nos minaba sordamente. No poseíamos exactamente más terreno que aquel en que se hallaban nuestros ejércitos, y nuestro poder no alcanzaba más allá. Toda administración se había interrumpido; ya no había orden, justicia ni finanzas.[9]

Tal era también la impresión de Heinrich von Brandt, que además de combatir a las guerrillas en Aragón escribió el que puede considerarse el primer estudio serio de las guerrillas españolas:

> Motivos locales sumados al odio, la venganza y otras pasiones ... unieron a los montañeses ... Del cuerpo así formado ... Los más valerosos destacaron como líderes ... De modo que al haberse formado así las guerrillas, su aparición como unidades no fue formidable, pese a lo cual para los franceses resultaban sumamente peligrosas. Formaron la base del pueblo armado y pronto tuvieron

> vigilados todos los caminos y carreteras ... Hambrientos de botín ... Corrían con insólita rapidez tras su presa o formaban en orden de batalla según la naturaleza de la empresa ... Tan pronto como terminaba la operación cada uno se iba por su cuenta y los hombres armados se dispersaban en todas las direcciones ... De modo que todas las carreteras estaban cerradas a las comunicaciones. Miles de enemigos estaban al acecho, aunque no podía descubrirse ni a uno de ellos; no podía despacharse ningún correo que no fuese apresado; no podían enviarse suministros que no fueran atacados ... Al mismo tiempo, no había modo de combatir una combinación de este tipo. Los franceses se veían ... obligados a estar constantemente en guardia contra un enemigo que sin dejar de huir reaparecía constantemente y que sin dejarse ver estaba en todas partes. No eran las batallas ni los encuentros lo que agotaba sus fuerzas, sino el incesante hostigamiento de un enemigo invisible que al ser perseguido se disolvía entre el pueblo, del cual volvía a surgir inmediatamente con fuerzas renovadas. El león de la fábula, atormentado hasta la muerte por un mosquito, nos da una imagen exacta del ejército en aquel período.[10]

Finalmente, el oficial de húsares Rocca decía, utilizando un lenguaje muy parecido:

> En estas provincias montañosas del norte de la Península, los franceses, aunque siempre victoriosos donde los ... españoles les presentaban batalla, no dejaban de verse ... atacados por nubes de montañeses armados que, sin llegar nunca a la lucha en contacto directo o cuerpo a cuerpo, se retiraban de una posición a otra, de una peña a otra, en las alturas, sin dejar de disparar incluso mientras subían. En ocasiones, para llevar una orden de un batallón a otro situado a cierta distancia hacían falta batallones completos. Los soldados heridos, enfermos o cansados que quedaban rezagados tras las columnas francesas eran inmediatamente asesinados. Cada victoria sólo causaba un nuevo conflicto. Las victorias se habían vuelto inútiles debido al carácter perseverante e invencible de los españoles, y los ejércitos franceses se consumían ... en continuas fatigas, vigilancias e inquietudes nocturnas.[11]

Al dirigirse hacia el sur en 1810 los franceses sencillamente se llevaban el problema consigo. Mientras que todas las ciudades de Andalucía se ponían más o menos de buen grado de parte del rey José, el campo seguía siéndole hostil. Se encontraron centros de resistencia especialmente decididos en las montañas que bordean el litoral —la Serranía de Ronda y las Alpujarras—, donde las figuras más destacadas fueron Andrés Ortiz de Zarate, José Serrano Valdenebro y Juan Fernández Cañas; buena muestra de sus actividades fue el victorioso ataque que lanzaron el 9 de marzo de 1810 contra la guarnición francesa de Ronda. Al haber sido destinado su regimiento a dicha zona, Rocca pronto se vio en lo más enconado de la lucha.

> El día 1 de mayo me hallaba en un destacamento de 45 húsares bajo el mando de un capitán; íbamos a vigilar, a segar hierba [en busca de forraje] ... a unas granjas pertenecientes a la localidad de Setenil... Al pasar por un desfiladero como a media legua del pueblo, nos dijimos unos a otros [que] el enemigo debía de estar muy mal aconsejado al no haber preparado una emboscada en aquel lugar ... con lo que nos hubieran hecho muchísimo daño sin correr ellos riesgo alguno ... Cuando acabamos de forrajear volvimos por la misma carretera ... El capitán, a cuyo lado marchaba yo, repitió ... que era una suerte que el enemigo no nos hubiera montado una emboscada en aquel paso. Apenas había dicho estas palabras cuando cuatro o cinco disparos ... mataron a las tres últimas mulas del convoy y al caballo del corneta, que iba delante de nosotros; nuestros caballos se detuvieron al instante. El capitán iba a ponerse en primer lugar, pero el caballo que montaba ... trastabilló. Al ver esto, espoleé a mi caballo y crucé el desfiladero a solas. A mi paso los serranos dispararon todas sus piezas. Sólo dos balas me alcanzaron: la primera me agujereó la manga izquierda; la otra penetró en mi cuerpo. El capitán me siguió ... y llegó sano y salvo al otro lado del paso, y de todo el destacamento sólo murieron los últimos cuatro hombres debido a que el enemigo interrumpió el fuego unos minutos para cargar sus armas por segunda vez.[12]

De todos modos, los combates no tuvieron lugar precisamente en la Serranía de Ronda ni en las Alpujarras. En la zona de Jaén, por ejemplo, operaron numerosas bandas de guerrilleros en las sierras de Segura y de Cazorla, siendo al parecer las más notables las dirigidas por Pedro de Alcalde, Juan Uribe y Bernardo Márquez. Finalmente, y sólo para terminar el relato, todas las conquistas posteriores —por ejemplo Asturias, y también Valencia— produjeron sus propios cabecillas, los más famosos de los cuales fueron Jaime Alfonso («el Barbudo») y Agustín Nebot («el Fraile»), que estarían activos en zonas meridionales de Levante en 1812-1813; ha de observarse además que en las zonas con un largo historial de ocupación la resistencia no fue meramente estática. Así, en Navarra, la captura de Mina «el Mozo» por los franceses fue seguida por la aparición de un comandante aún más eficaz en la persona de su pariente lejano Francisco Espoz Ilundáin, más conocido como Francisco Espoz y Mina, nombre de guerra que tomó para asociarse a los éxitos de su predecesor. En 1810 las milicias y bandas dispersas mantenidas por la junta patriótica que habían logrado sobrevivir en el lugar se reavivaron al ser fusionadas bajo el mando de José Joaquín Duran y Barazábal, oficial retirado del ejército.

De modo que allí donde fueran los franceses, su presencia provocaba una considerable resistencia irregular. Ahora bien, ¿cuál fue el efecto de los guerrilleros sobre la guerra? El primero y más evidente, y sin lugar a dudas el factor principal, fue la fama de salvajismo que caracterizaba su modo de luchar. Cientos de hombres fueron llevados ante los diversos tribunales creados por

los franceses y condenados a muerte: entre mayo de 1809 y junio de 1812 se ejecutaron en Valladolid 52 sentencias de muerte por *brigandage,* y en 1811 sólo en Jaén hubo otras 22. Pero tales procesos formales no eran más que la punta del iceberg, y los recuerdos de militares franceses están plagados de relatos de fusilamientos y ahorcamientos sobre la marcha, siendo además muchos los comandantes franceses que ejecutaban sin juicio a presos y rehenes (por poner un solo ejemplo, el general Kellermann era conocido como «el verdugo de Valladolid»). En octubre de 1809, por ejemplo, hubo en Pamplona por lo menos 18 ejecuciones de este tipo, otros dos fusilamientos masivos en julio de 1811 y otros 78 en diciembre de 1812. En Galvana, provincia de Palencia, en abril de 1809 se ahorcó a 32 *brigands,* y en Olite tuvo lugar en julio de 1811 la ejecución de ocho hombres de quienes se decía que sus hijos estaban con Espoz y Mina. Y no eran sólo los hombres armados o sus familias quienes sufrían: en enero de 1809 Chinchón presenció, como represalia por el asesinato de dos o tres soldados franceses, la ejecución de un centenar de personas escogidas al azar. Los guerrilleros respondían a todo esto del mismo modo. Los relatos de torturas en masa son probablemente exagerados, aunque Elzéar Blaze se lamentaba de que un amigo suyo había sido «enterrado ... en el suelo hasta la cabeza, que sirvió a aquellos salvajes para jugar a los bolos».[13] Pero incluso así las cosas iban muy mal. Como escribió Bell:

> Había gran ferocidad ... entre los jefes de la guerrilla ... El cura Merino ... fue de una crueldad repulsiva: en una ocasión hizo prisioneros a varios cientos de franceses y ahorcó a cincuenta o sesenta de ellos ... para vengar la muerte de tres de sus hombres.[14]

Tal como las cosas se sucedieron, se tiene la impresión de que apareció un tipo de lucha en que ninguna de las partes podía vencer. Quizá sean de lo más característico las experiencias de Bigarré como gobernador provisional de Aranjuez en 1811:

> Los jefes de las guerrillas, Morales y el Abuelo, hacían incursiones frecuentes por los alrededores de esta ciudad. Un día que hacía un calor extremo y que mis centinelas apostados en la puerta de Ocaña se dejaron sorprender, estos dos jefes de bandas, seguidos de quinientos hombres montados, hicieron una entrada en la ciudad, gritando «¡Viva Fernando VII!» en la calle que de puerta barrera llevaba a la plaza. Avisado por un centinela de la aparición de esta columna, monté inmediatamente a caballo ... cargamos con tal ímpetu que en su fuga ... volvieron a cruzar la puerta al galope dispersándose en el campo ... Viendo que [el Abuelo] estaba a poca distancia delante de nosotros, cabalgué para alcanzarle seguido por mis *aides-de-camp* y de unos veinte *chasseurs* fui en busca de ese jefe importuno ... Yendo yo con el caballo lanzado al galope se me presentó un canal de 18 pies de anchura que quise cruzar, pero al no ser

> suficientemente buen jinete para dar semejante salto, me tiró en medio del canal, cayendo encima y a mi lado mis ayudantes de campo y cuatro de la caballería ligera ... Me resentí de esta caída durante varios meses, pero me prometí que el Abuelo y su banda no saldrían bien librados ... Supe el 6 de junio ... que el Abuelo y sus guerrilleros estarían en Uclés el día y la noche del 7 ... A las diez menos cuarto los cuatrocientos hombres de infantería de la guardia ... y los 25 de caballería ligera ... estaban en el lugar ... entraron en la ciudad a paso de carga sin encontrar resistencia alguna ... Pero habiéndome conducido mi guía a la casa en que solía alojarse el Abuelo cuando pasaba la noche en Uclés, la hice rodear ... hicieron varios disparos de fusil ... y al momento los *voltigeurs* hundieron las puertas ... y entraron, matando en el interior a cuatro guerrilleros ... El Abuelo, que estaba acostado con su mujer, escapó en camisa por el desván, y por un ventanuco ... consiguió llegar al campo pese a que se le hicieron más de veinte disparos de fusil.[15]

Sin embargo, lo cierto es que a base de luchas enconadas y duras marchas, era posible someter a las guerrillas. A principios de 1810, por ejemplo, Suchet capturó bases guerrilleras como Benasque, Nuestra Señora del Águila y Nuestra Señora del Tremedal, venció en diversas escaramuzas, arrasó varias zonas especialmente notorias por su apoyo a los guerrilleros, saqueó entre otros lugares Calatayud y Saliente y llevó a cabo muchas ejecuciones. Sus tropas sufrieron muchas bajas y quedaron agotadas por marchas y contramarchas interminables, y el éxito final dependió tanto de la protección de los territorios conquistados con guarniciones adecuadas como de la limpieza de Navarra, La Mancha o Cataluña. En cualquier caso, el logro es digno de ser anotado: durante los dos años siguientes Aragón se mantuvo más tranquila que muchas otras provincias.

Así pues los franceses, provistos de tiempo y tropas suficientes, podrían restaurar el orden en los territorios ocupados. Y más aún debido a que se produjo un cambio gradual de la naturaleza de la guerrilla. En toda España, en los inicios de la ocupación las partidas estaban formadas en la mayoría de los casos por pequeños grupos de hombres que, tras cada operación, se retiraban a sus propias casas, manteniéndose unidos por lazos informales. Aunque las cosas nunca fueron exactamente así: nos encontramos, por ejemplo, con que la banda aragonesa de Felipe Perena, activa a partir de enero de 1809, era en realidad una unidad de infantería formada en mayo de 1808 y denominada Segundo Regimiento de Voluntarios de Huesca, que había estado de guarnición en Huesca; además, el propio Perena era un oficial regular que desde 1795 se había dedicado a dar caza a los bandidos de la región y que había sido nombrado gobernador de la ciudad por José Palafox.* Pero incluso las

*También merece la pena señalar aquí cuál fue el destino de los hombres de Perena. La banda, activa a lo largo de 1809 y en 1810, desapareció tras la captura de su base principal, Lérida, en mayo de este año.

bandas que encajaban en el estereotipo no seguirían haciéndolo por mucho tiempo. Tanto de Martín Javier Mina como del Empecinado, por ejemplo, se supone que empezaron con doce hombres. Apoyados por este tipo de seguidores, lo cierto es que pudieron vivir y combatir entre el pueblo. Aunque una vez convertidos los doce hombres en varios centenares esto se hizo a todas luces imposible, y las bandas de guerrilleros tendieron a adoptar un estatuto semi permanente y a vivir apartados del pueblo. Según la opinión tradicional esto no tenía por qué plantear problemas, pero en realidad el pueblo en su conjunto no estaba interesado en combatir, como muestra, por ejemplo, el panorama que presentaba el Condado de Niebla con ocasión de su ocupación a principios de 1810:

> Todos habían perdido su energía y patriotismo. El egoísmo de muchos hacendados ... la timidez e ignorancia de los demás, y la sagacidad de los enemigos, ya comprando corazones de avaros o ya aterrando con sus crueldades a los infelices, hicieron que muchos pueblos ... se sometiesen al yugo del rey intruso. Otras poblaciones que se hallaban libres tenían la desgracia de padecer sus principales el mismo egoísmo y sus justicias el espíritu de la arbitrariedad sin reconocer autoridad y sin seguir otra ley que la de su capricho ... De esto se seguía que en todos los pueblos estaban abrigados muchos dispersos y desertores, que ni las justicias trataban de hacerlos incorporar a sus regimientos, y mucho menos sus padres.[16]

De todos modos, para un panorama auténtico del «populacho» lo mejor es atender a las memorias de Gregorio González Arranz, un labrador de Roa que al empezar la guerra acababa de cumplir los veinte años y que desde la muerte de su padre, el año anterior, dirigía la granja familiar:

> Desde el [año] de 1808 ... las guerrillas o partidas al mando del general don Jerónimo Merino, y ... Empecinado, causaron a mi madre muchas molestias al pretender sacarme para el servicio de las armas a luchar contra la usurpación. Yo estaba solo para atender a todo el peso de nuestra hacienda, pues mi madre no acostumbraba a salir de casa más que ... [a] la iglesia, y sus otros hijos, mis hermanas, eran niñas de poca edad. Aunque repetidas veces se hicieron grandes sacrificios pecuniarios para librarme del servicio de las armas, no cesaron las molestias, decidiéndose mi madre por aconsejarme que tomase estado de matrimonio. El día 6 de febrero de 1811 me casé con María Berdón Altable.[17]

De modo que para obtener información, suministros y refuerzos los guerrilleros tuvieron que recurrir cada vez más a la violencia, tendencia que aún

se incrementaría más adelante, como veremos, debido a la naturaleza equívoca de muchos de sus jefes, por no mencionar su despilfarro generalizado y su falta de método.

El panorama de brutalidad y opresión relacionado con las guerrillas es tan general que se hace imposible negarlo. La historia es la misma por doquier. Citando a Heinrich von Brandt, por ejemplo:

> Los guerrilleros se preocupaban por sus compatriotas todavía menos que nosotros, y algunos de sus jefes tenían controlado el campo sólo por medio del terror. Cuando interceptaban ganado requisado lo hacían para confiscarlo en beneficio propio. Y cuando ellos mismos requisaban algo, lo hacían por lo general bajo amenaza de muerte.[18]

Si se considera a Brandt sospechoso por ser representante de las fuerzas imperiales, fijémonos en Augustus von Schaumann, alemán que servía en el ejército de Wellington en calidad de comisario. Pues bien, refiriéndose a las fuerzas de Julián Sánchez —de quienes escribió el oficial británico William Bragge que nunca había visto «una cuadrilla de individuos de aspecto más vil»—[19] observaba:

> Eran muy temidos. Ninguna autoridad municipal española se hubiera atrevido a negarles nada. Incluso los habitantes de pequeñas poblaciones se sometían sin chistar a sus órdenes. Permítaseme dar un solo ejemplo de ello. Uno de mis arrieros llevaba consigo a una muchacha joven y extraordinariamente guapa ... Una tarde ... un guerrillero que pasaba a toda velocidad se detuvo repentimente y ... le ordenó de modo perentorio que saltara a la grupa de su caballo y se fuera con él. ¡La pareja separada no se atrevió a pronunciar la menor queja ante tal comportamiento![20]

Volviendo a las fuentes españolas, encontramos una queja tras otra. Citemos, por ejemplo, al marqués de La Romana refiriéndose a Juan Díaz Porlier, descrito por un oficial de enlace británico como «un muchacho vanidoso de no más de 18 años ... que es como mucho el jefe de una banda de ladrones de quienes en modo alguno puede decirse que estén bajo su mando o ... incluso que pueda hacérsele atacar a cualquier fuerza capaz de oponer resistencia».[21]

> Son tan repetidas las quejas contra don Juan Díaz Porlier por el mal uso que hace de las facultades que supone [se] le han concedido, que considero de absoluta necesidad el que vuestra excelencia lo llame, se haga entender lo reprensible que es su proceder y que ... los verdaderos patriotas sólo deben ocuparse en ofender a los enemigos.[22]

En un grado inferior nos encontramos a Luis de Villaba, oficial de artillería que había servido en el sitio de Zaragoza:

> Extermínense las guerrillas llamadas de patriotas. Éstas son unas cuadrillas de ladrones con carta blanca para robar en caminos y en poblados: si algunas de ellas han traído beneficios, el daño que otras han hecho es mil veces mayor ... Son muchos los que creen ser muy útiles dichas partidas de patriotas, pero si meditan sobre la deserción del enemigo que por temor a sus asesinatos no ha llegado a verificarse ... si miran los incendios y otros desastres de los pueblos ... si reflexionan sobre los muchos salteadores y facinerosos que con tal pretexto siguen impunemente sus delitos, y si atienden, en fin, a cómo su desorden e independencia causan males de toda especie, conocerán lo mucho que superan los perjuicios sobre los beneficios.[23]

Era de esperar que, como oficiales regulares, La Romana y Villaba no dieran su aprobación a las fuerzas irregulares. Pero también las autoridades civiles compartían sus opiniones. En palabras de la Junta de Nájera, por ejemplo, «todos [los guerrilleros] quieren ser jefes independientes, todos disponer como soberanos de los efectos de la nación y aun lo que es más de los pueblos y particulares, valiéndose frecuentemente del infame título de traidores para saciar su codicia».[24] Aún más explícito es el informe de Manuel Loynaz, representante del gobierno enviado a Navarra por la Junta Central en junio de 1809:

> ¿Quién creerá que estos fieles y desgraciados vasallos de su majestad, además de las continuas vejaciones que sufren de los franceses, estén experimentando otras no menores de los españoles que a título de partidas de guerrilleros infestan aquel desgraciado reino y pueblos inmediatos de Castilla? El desorden con que se conducen estos hombres es tal que no se puede hacer una pintura sin que horrorice. Lo menos que hacen es exigir raciones exorbitantes ... Todos andan a caballo, habiendo quitado los que tenían los infelices labradores para sus labores. Ningún vecino honrado puede pasar de un pueblo a otro sin que sea robado, como lo he experimentado yo mismo ... Casi todos los jefes de estas partidas son conocidos anteriormente por su mala conducta en toda clase de estados, y por consiguiente es la guerra donde se enriquecen los bolsillos.[25]

El resultado de todo esto era un círculo vicioso de traspaso de propiedades que iban a parar a manos de los franceses. Según Suchet:

> Los aragoneses ... sentían un creciente afecto por las ... tropas ... Decían siempre «los nuestros» cuando hablaban de nosotros ... Consideraban nuestra ocupación continua y regular como un medio de librarse de las frecuentes incursiones de Mina y Villacampa, de quienes, precisamente por su provisionalidad, se esperaban desórdenes y que no dejaban tras de sí más que consecuencias negativas sin que produjeran resultado positivo alguno.[26]

Esto es, sin lugar a dudas, autocomplaciente, pero incluso así, en invierno de 1809 Villacampa se quejaba de no poder avituallar a las tropas debido a que en cuanto tenía conocimiento de su llegada, la población abandonaba sus casas.[27]

De lo que no cabe duda, a todo esto, es de que los más acendrados esfuerzos de las guerrillas no eran suficientes para interrumpir el avance de la ocupación francesa. Eso sí, la hacían más lenta: los guerrilleros aragoneses y navarros mantuvieron tan ocupado a Suchet en el verano y el otoño de 1809 que la marcha sobre Valencia que se suponía tendría lugar tras la caída de Zaragoza hubo de ser pospuesta hasta el siguiente año, e incluso entonces se inició con tropas tan escasas que hubo de ser abandonada. Pese a todo, no pudo afirmarse de ningún territorio que hubiera sido liberado sólo por guerrilleros: las partidas, carentes de artillería, no podían abrir brecha en los muros o puertas de las fortificaciones improvisadas en viejos castillos o monasterios en que se refugiaban las guarniciones francesas al verse en dificultades (esto es, cuando no gozaban de la protección de murallas de ciudades o de bastiones a la manera de Vauban), y en pocas ocasiones dispusieron del tiempo necesario para reducir por hambre un objetivo. Y mientras tanto, los franceses seguían obteniendo ganancias significativas, derrotaban a los ejércitos españoles de campaña, tomaban Gerona y ocupaban la totalidad de Andalucía.

Este aspecto era tan notoriamente cierto que, pese a la abundante palabrería propagandística, se impuso la clara conciencia de que era una futilidad confiar en los guerrilleros para la salvación de España. Tomemos a modo de ejemplo un folleto publicado en Cádiz en 1810:

> La insurrección de los pueblos es otro medio casi siempre ... mucho más costoso que el de armas regulares, cuyas fuerzas en buena hora la aumentarán aquéllos [los instrumentos], cuando estén protegidos de algún ejército. De lo contrario, resultarán ventajas momentáneas, vengadas luego con duros sacrificios ... ¿Pero se duda aún que el reino va a perecer si no levantamos grandes ejércitos? [Supongamos que] sea la España el sepulcro de veinte mil franceses cada año ... Napoleón tiene forzosamente que subyugar la España o perder su opinión [reputación] ... tranquilo el norte [Austria] no será difícil que envíe ...cien mil hombres.[28]

Pero la disputa no terminaba aquí:

> Se cree ... que nuestras armas no pueden medirse con las del enemigo cuando ambas partes luchan en grandes combates. De aquí la injusta consecuencia de no aumentarlos, el simple uso de partidas en la defensa de los pueblos y finalmente el mezquino plan de una guerra cuyo carácter exige, por el contrario, fuerzas muy respetables capaces de imponerse al enemigo ... Es cierto que Madrid

> se defendió heroicamente por su propio vecindario y sabemos también que La Mancha ha consumido muchos franceses sin auxilio de tropas. Podrá añadirse la expulsión de ellos en Galicia con sólo el paisanaje y sin embargo vemos que Madrid está ocupado por los enemigos, La Mancha es realmente de ellos y Galicia volverá a serlo si no hay gruesos ejércitos que lo impidan. Insensiblemente van ensanchando sus dominios mientras nosotros celebramos el movimiento de un pueblo o la acción de una guerrilla.[29]

En este aspecto, y dado que era comandante de las encomiadas fuerzas de la Serranía de Ronda, son más interesantes las ideas de José Serrano Valdenebro, que parafraseamos a continuación:

> en estas montañas se hace la guerra a la manera de Viriato, pero no cabe esperar resultados halagüeños. Un grupo de patriotas apostados en montes casi inaccesibles pondrán en jaque a los soldados más valientes. Pero cuando hayan de bajar a terrenos más accesibles la situación cambia... ¿Cómo combatir en un terreno en que se puede ser atacado por la infantería o arrollado por la caballería? Además los campesinos son ... prácticamente incontrolables. Sus movimientos carecen de unión o de regularidad. Lo que no es de extrañar, pues éstas no están al alcance de tropas que no hayan sido adiestradas en la disciplina más estricta ... Aunque son valientes para las emboscadas, no entienden que en el campo de batalla el arma principal es el choque de fuerzas ... Mientras las tropas no se den cuenta de que las batallas se ganan con la espada y la bayoneta, no hay nada que hacer. Disparar es quimérico. Como se consigue la victoria es acometiendo al enemigo con unión y valor.[30]

Muchos observadores británicos compartían también tales dudas. Citando a sir Thomas Graham:

> Hay aspectos en que las consecuencias de esto son infinitas ... que ha de haber ejércitos, pues por útiles e importantes que ... sean las guerrillas, no son suficientes por mucho que se extiendan por todo el país. Nunca podrán detener la marcha de una fuerza enemiga considerable.[31]

Las guerrillas, pues, ni eran invulnerables a la derrota ni suficientes en sí mismas para salvar a España. Y, lo que aún era peor, socavaban en diversos aspectos la capacidad de la España no ocupada para defenderse a sí misma. Los jefes guerrilleros, deseosos de aumentar sus fuerzas, secuestraban a grupos de fuerzas regulares, se apoderaban de caballos que podían haber servido a las unidades de caballería que tanto los necesitaban y secuestraban a hombres que habían sido reclutados por el sistema de quintas para el ejército. A todo esto, estimulados e instigados tanto por la prensa como por la propaganda, exageraban mucho sus hazañas —en el ejército de Wellington «mentir como

un guerrillero» era una expresión común— con el resultado de que la situación cada vez más desesperada de los ejércitos españoles en cierta medida quedaba oculta, lo que proporcionaba a las autoridades locales reticentes un magnífico pretexto para no imponer la conscripción. Pero, por encima de todo, la mera existencia de las guerrillas estimulaba la deserción. Los soldados, muy influidos por el temor tradicional al servicio militar y obligados a entrar en filas por sorteos caracterizados por la corrupción y la injusticia, pronto descubrían que la vida en el ejército confirmaba sus peores sospechas. No sólo escaseaban la comida, la ropa y la paga, sino que además las enfermedades abundaban y las bajas eran elevadas. En contraste, las guerrillas, cuyos méritos cantaba aún con mayor entusiasmo la prensa patriótica, ofrecían múltiples ventajas, entre ellas una disciplina más libre, más oportunidades de sobrevivir, mayores recompensas y, quizá por encima de todo, la oportunidad de quedarse en la patria chica. Dado lo fácil que era desertar —muchos soldados españoles tenían que llevar por lo menos algunas prendas de ropa civiles, mientras que la disciplina tanto de la marcha como del campamento era notoriamente relajada— encontramos constantemente a personajes como Josep Bosoms, infante catalán convertido en bandido que había huido de la cárcel para hacerse guerrillero, y José Fombella, soldado asturiano de caballería que se puso en la cordillera Cantábrica a la cabeza de un grupo de desertores como él. Tampoco eran éstos casos aislados, pues tras cada derrota se dispersaban por los montes centenares de hombres para unirse a las bandas existentes o formar por sí mismos otras nuevas. De hecho, entre los jefes que hemos mencionado, tanto Amor como Príncipe y Espoz y Mina eran todos ellos desertores. En consecuencia, como escribió el diplomático británico Thomas Sydenham, las partidas «impedían el reclutamiento de los ejércitos regulares, pues todo campesino español preferiría naturalmente amotinarse y saquear viviendo con las guerrillas apartado de los cuarteles a ser alistado y pasar hambre en el ejército regular».[32]

Naturalmente, los admiradores de los guerrilleros objetarán que los verdaderos exponentes del «gremio» no se dedicaban a «amotinarse y saquear». Pero esa clase de afirmaciones no contribuye a nada, pues incluso los jefes que parecían actuar por motivos genuinamente altruistas atraían a seguidores con propósitos más viles. Del mismo modo, pretender que partidas mandadas por hombres que pronto demostraron que actuaban movidos sólo por el botín y el medro personal no eran guerrillas, siendo así que atacaban regularmente a los franceses y a sus colaboradores, es completamente ilógico. Las acusaciones a la manera de los franceses de que todos los guerrilleros eran meros bandidos van demasiado lejos, pero incluso así la asociación de las partidas y el saqueo era suficientemente fuerte como para convertirse en proverbial: «¡Viva Fernando y vamos robando!» se convirtió en algo más que una frase hecha. Es

una cuestión a la que hemos de volver; limitémonos de momento a observar la ambigüedad inherente a la figura de un cabecilla llamado Vitoriano Diez a quien conoció Elzéar Blaze. Apodado «Chagarito», nos ofrece de él una siniestra figura:

> Este jefe ... tras hacer la guerra a los franceses, volvió sus armas contra los españoles en sus ratos libres con el objeto de mantenerse ocupado. Había causado tal terror en Castilla que los españoles se unieron a los franceses para lograr cogerlo. Traicionado por uno de sus hombres, fue capturado en una venta ... Pocos días después sufrió la más horrible de las muertes ... pero este ejemplo no impidió que otros bandidos se comportaran del mismo modo.[33]

En consecuencia, afirmar que las guerrillas estaban muy bien pero tenían desventajas era bastante razonable, e incluso era ir demasiado lejos afirmar que hicieron más daño a los aliados que a los franceses (según la muy circunspecta opinión de Thomas Sydenham, «los guerrilleros hicieron al país tanto daño como el que hicieron a los franceses, pero en la medida en que sin duda perjudicaron de modo considerable al enemigo, fueron en definitiva beneficiosas para la causa común»).[34] De modo que, desde el mismo principio, tanto las juntas como los generales hicieron todo lo posible por favorecer la creación de bandas guerrilleras. En junio de 1808, por ejemplo, nada menos que el muy conservador Gregorio García de la Cuesta envió a un oficial llamado Manuel García del Barrio a levantar en rebelión la parte alta del valle del Pisuerga; en julio, José Palafox envió a dos agentes a Navarra para hacer lo mismo; y en diciembre, el marqués de La Romana intentó estimular la resistencia entre la población de Galicia y León, e incluso uno de sus oficiales de estado mayor elaboró un manual para la guerra de guerrillas, si bien era más interesante por su entusiasmo que por sus aspectos prácticos (una de sus sugerencias era un *cheval de frise* provisto de ruedas que pudiera ser lanzado a la acción llevado por caballos al galope a la manera de una aplanadora equina). También actuó la Junta Central, que, como hemos visto, nombró a gran número de solicitantes que deseaban formar bandas de guerrilleros y estimuló el alistamiento en sus filas sirviéndose del decreto de corso terrestre.

Se sigue de todo esto que, en conjunto, los guerrilleros siempre tuvieron con las autoridades militares y civiles contactos mucho más cercanos de lo que por lo general se ha sugerido. De todos modos, ¿quiénes eran los guerrilleros y por qué tomaron las armas? Aunque de algunos cabecillas sólo nos ha llegado su nombre, es mucho lo que sabemos sobre otros. Francisco Espoz y Mina, Juan Martín Díaz («el Empecinado»), Julián Sánchez («el Charro») y Francisco Aznar Moreno eran labradores; Francisco Abad Moreno («Chaleco») y Antonio Jáuregui («el Pastor») eran pastores; Ignacio Gómez, sargento

retirado; Toribio Bustamante («Caracol»), correo postal; Francisco Longa, herrero; Antonio Pedrazuela, actor sin trabajo, y Antonio Piloti, armero. Jerónimo Merino, Lucas Rafael, Antonio Marañón («el Trapense»), Ramón Argote, Antonio Jiménez, Policarpo Romeo, Antonio Temprano —un picaresco personaje interesado sobre todo en el pillaje—, José Pinilla, Juan de Tapia, Jacobo Álvarez, Francisco Salazar, Juan Délica, Juan Mendieta («el Capuchino») y Agustín Nebot («el Fraile») eran sacerdotes o eclesiásticos. José Serrano Valdenebro era un oficial de la marina ya anciano conocido por sus escritos sobre el arte de la guerra a quien la conquista francesa cogió en Andalucía, en su finca de Cortes de la Frontera, mientras que entre otros propietarios que se convirtieron en cabecillas se contaban los labradores Camilo Gómez y Miguel Sarasa y el fabricante textil aragonés Fidel Mallén, en relación con los cuales hemos de mencionar también a representantes de las clases profesionales como Isidoro Mir, José Martínez de San Martín y Alfonso Marzo y Torres. Martín Javier Mina («Mina el Mozo») y Juan Palarea («el Médico») eran estudiantes. Amor, Príncipe y Fombella eran desertores de dudosas intenciones. Pedro Juánez, Mariano de Renovales, Saturnino Abuín («el Manco»), Anselmo Alegre («el Cantarero»), Ignacio Alonso («Cuevillas»), Diez, Bosoms, Saornil y el futuro jefe valenciano Jaime Alfonso («el Barbudo») eran bandidos o contrabandistas (aunque Renovales había logrado obtener de Palafox el rango de brigadier e inició su carrera como guerrillero tras huir de un convoy de prisioneros conducido a Francia). Finalmente, Manuel Jiménez Guazo y Juan Manuel de Soria eran oficiales, mientras que Pedro Villacampa, Felipe Perena, Juan Díaz Porlier («el Marquesita»), José Joaquín Duran, Pedro Lamota, Juan López Campillo y Antonio Cuesta eran todos ellos oficiales en activo o retirados del ejército, la marina o del «resguardo».

A esta amplia variedad de orígenes sociales corresponde una amplia variedad de motivos. Exceptuando a un puñado de inconformistas deseosos de abandonar el claustro o influidos por las opiniones liberales, puede considerarse que las docenas de eclesiásticos que encabezaron bandas de guerrilleros consideraban que la guerra era un modo de defender la Iglesia y el orden tradicional (es notable, por ejemplo, que Merino terminara sus días como carlista, aunque, siendo un hermano suyo bandido, es evidente que también él tenía relaciones con el mundo del delito). También en el caso de muchos representantes de las clases acomodadas ha de considerarse que su decisión tuvo raíces ideológicas, aunque en este caso más bien interesadas en los privilegios de la nobleza. Lo mismo puede decirse en gran medida de muchos de los oficiales del ejército, aunque en este caso también pudieron intervenir otros motivos, como el deseo de ascender o las órdenes de sus superiores. Sin embargo, más allá de la oligarquía dominante, la situación es menos clara.

313

Hay muchos casos en que la violación o el asesinato llevaron al deseo de venganza (es el de personajes como Jerónimo Merino, Lucas Rafael y Camilo Gómez), mientras que los relatos tradicionales siempre han concedido gran importancia al patriotismo y al amor a Fernando VII. Es imposible probar o negar la existencia de tales factores, pero a la vista del extendido desafecto que ya hemos señalado, por lo menos cabe dudar de la influencia del «Dios, rey y patria». La jefatura de una banda de guerrilleros podía aportar enormes beneficios —Espoz y Mina, que en 1808 era el hijo menor de una amplia familia de labradores con pocas perspectivas, al final de la guerra era mariscal de campo y albergaba esperanzas de ser nombrado virrey de Navarra—,* por lo que es imposible no sospechar, por ejemplo, que los dos Minas fueran sólo meros aventureros. Mientras que en los casos de Pedrazuela y Piloti la cosa aún está más clara: el primero llegó a ser ejecutado por militares españoles tras haber impuesto en los montes de Toledo un reinado del terror que costó la vida al menos a sesenta civiles inocentes, mientras que el segundo resultó ser un impostor. En cuanto a la plétora de bandidos y desertores, creer las historias que se cuentan sobre su patriotismo es llevar la credulidad demasiado lejos. Dadas las circunstancias de 1808, la violencia y la extorsión podían disfrazarse fácilmente bajo una capa de patriotismo, de modo que fueron muchos los bandidos que, sencillamente, prosiguieron sus actividades disfrazados de luchadores por la libertad. De hecho, en uno o dos casos el levantamiento vino a ser un regalo del cielo. En Málaga, por ejemplo, un cabecilla emprendedor cuya banda acababa de ser encarcelada por las autoridades tramó una atrevida intriga para rescatar a sus seguidores: solicitó a la Junta Central autorización para reclutar una partida de guerrilleros formada por bandidos y contrabandistas encarcelados, por ser los hombres más adecuados para la guerra irregular. Muy contentos de atacar a los franceses (en la medida en que los objetivos fueran adecuadamente «fáciles»), en la práctica no eran fieles a ninguna de las partes, y de hecho eran frecuentemente reclutados por los invasores como espías o contraguerrilleros, siendo un buen ejemplo de esto último Saturnino Abuín, bandido que sirvió durante algún tiempo con el Empecinado antes de abandonarlo y pasarse a los franceses. De hecho, el rey José, estando de camino entre Ronda y Málaga, contrató personalmente los servicios de un conocido contrabandista local llamado López.

Esto en cuanto a los cabecillas, pero ¿y en cuanto a los partidarios sin grado

* El grado militar de Espoz y Mina ha sido objeto de no pocas confusiones entre los historiadores de habla inglesa. El término español «mariscal de campo» no equivale al inglés *field marshal*. El equivalente de *field marshal* en el ejército español era «capitán general». Mientras que el español «mariscal de campo», inferior en dos grados al capitán general, equivaldría al inglés *major-general*.

militar? Formaban una fuerza considerable —en este aspecto, según un informe de prensa que circuló mucho a finales de 1812, las veinte partidas más importantes contaban con no menos de treinta y ocho mil quinientos hombres—, la mayor parte de la cual procedía de los elementos más humildes de la población rural. Por ejemplo, de un grupo de 19 guerrilleros vallisoletanos capturados, siete eran labradores, tres pastores, dos barberos, uno zapatero, otro carnicero y otro sastre. Igualmente, de quince voluntarios del valle de Echauri, catorce eran labradores. En cuanto al resto, excepción hecha de unos cuantos estudiantes, oficinistas, tenderos y taberneros, la mayoría eran al parecer eclesiásticos, e incluso hubo algunas bandas, conocidas como «cruzadas», cuyas filas estaban enteramente formadas por monjes y frailes.

Ahora bien, ¿por qué luchaban estos hombres? La opinión tradicional, desde luego, es que se apresuraron a tomar las armas en defensa de Dios, el rey y la patria —en pocas palabras, que se implicaron en una lucha ideológica—; pero, dejando aparte a los eclesiásticos, sólo en casos tan excepcionales como la comarca del norte de Navarra llamada la Montaña existen pruebas de que así fuera. En dicha zona la población rural era relativamente próspera, y la mayor parte de los caseríos no sólo tenían en propiedad las tierras que cultivaban, sino que poseían haciendas de dimensiones tales que les permitían cubrir sus propias necesidades. Incluso aquellos a quienes se arrendaban las tierras estaban por diversos motivos sometidos a pagos que eran tan bajos como estables. Gracias a lo templado del clima, a la regularidad de las lluvias y a la aplicación de técnicas adecuadas que estaban al alcance incluso de los caseríos más humildes, su productividad era elevada, mientras que tanto el coste de la vida como los impuestos eran mucho más bajos que en otros lugares. Las tensiones sociales también eran mínimas —las diferencias de bienestar entre vecinos rara vez eran perceptibles y el gobierno municipal estaba organizado sobre bases democráticas— y el señorialismo apenas suponía problema alguno: eran muy pocos los pueblos de la montaña que tenían obligaciones de pago feudales y apenas se encontraban mayorazgos, mientras que en algunas comarcas hasta el 80 por 100 de la población podía afirmar su estatuto de nobleza. Por último, destacaremos que las relaciones con la Iglesia eran excelentes: apenas había tierras en manos de eclesiásticos, eran pocos los monasterios o conventos, en la comarca no había religiosos de las órdenes menores y semejantes (tan abundantes en otras zonas que acusaban el peso de su improductividad), y el clero parroquial vivía muy cerca de su grey, era del mismo origen y su número era suficiente para atender a sus feligreses de modo regular y efectivo. En tales zonas, la defensa del orden tradicional estaba cargada de sentido y la agricultura se hallaba organizada de modo tal que incluso si el grueso de los hombres se ausentaba, la producción podía proseguir. El territorio de la comarca era de lo más idóneo para la guerra irregular

y la gente estaba acostumbrada a la idea de combatir a los invasores a modo de «miqueletes» irregulares. Dada la rapacidad y violencia de las tropas francesas, el anticlericalismo del régimen «josefino» y el descalabro económico causado por el traslado de las aduanas fronterizas españolas a los Pirineos —miles de habitantes de la Montaña comercializaban sus productos en Francia o estaban implicados en el contrabando generalizado de importaciones francesas al resto de España—, apenas puede sorprender que su participación en las guerrillas estuviera muy extendida.

Pero en otros sitios las cosas eran muy distintas. Incluso en Navarra había importantes diferencias regionales. El sur de la provincia está a orillas del Ebro —la Ribera— y presenta en muchos aspectos un completo contraste con la Montaña. La población, en vez de estar dispersa como en los caseríos del norte, se hallaba concentrada en grandes localidades agrícolas como Corella y Tudela, muchas de las cuales eran «señoríos» de la Iglesia o de la alta nobleza. La propiedad campesina era desconocida e incluso las explotaciones arrendadas eran escasas y más bien precarias, dependiendo el grueso de su población del jornal diario. El gobierno municipal estaba en manos de oligarquías cerradas pertenecientes a las clases acomodadas, mientras que en las localidades abundaban los clérigos de las órdenes menores y otros eclesiásticos que no parecían hacer gran cosa por merecer su posición privilegiada y las numerosas casas religiosas eran propietarias de muchas tierras. También las parroquias eran mucho mayores que las de la Montaña, con el resultado de que la Iglesia tenía bastante menos posibilidad para llegar al pueblo por medio de las atenciones pastorales. Al ser sus esquemas laborales mucho menos compatibles con períodos de ausencia —en la Montaña muchos trabajos agrícolas eran realizados de consuno por la familia extensa o incluso por toda la comunidad, y las mujeres podían realizar la mayor parte—, apenas es sorprendente que en la Ribera se reclutara para la guerrilla una cantidad de hombres sensiblemente menor que en las regiones más al norte.

Fuera cual fuese su situación, era frecuente que el pueblo tuviera buenos motivos para detestar a los franceses. Para ver un caso clásico de tales resultados basta con consultar las memorias de Joseph Sherer:

> En un pueblo a unas tres leguas de Pamplona ... conocí a un hombre excelente, natural de Aragón y guerrillero ... le pregunté dónde vivía y con quién servía. «Seflor —dijo—, no tengo casa ni familiares, sólo tengo mi país y mi espada. En mi pueblo natal, mi padre fue sacado a la plaza del mercado y fusilado; nuestra casa fue incendiada; mi madre murió de pena; y mi mujer, que había sido violada por el enemigo, acudió a mí, que estaba entonces de voluntario con Palafox, y murió en mis brazos en un hospital de Zaragoza. No sirvo bajo ningún jefe concreto: soy demasiado desgraciado, me siento demasiado

> vengativo para soportar las obligaciones de la disciplina y la espera de la actividad ... Pero he jurado no cuidar de una vid ni labrar un campo hasta que el enemigo no haya sido expulsado de España».[35]

Con todo, y pese a tales pruebas, está claro que sólo en partes relativamente pequeñas del norte de España puede decirse que la lucha guerrillera encajase en el estereotipo normal. Por otra parte, el odio al francés y la devoción a Dios, el rey y la patria en modo alguno eran los únicos motivos para unirse a las partidas. Por ejemplo, Próspero Marco, que ingresó en la banda de Merino, buscaba la venganza personal contra un terrateniente local que había intentado eliminarle debido a su rivalidad por la mano de una muchacha y le había hecho detener por los franceses; mientras que Abuín, que fue durante algún tiempo lugarteniente del Empecinado, era un asesino que huía de la justicia. Del mismo modo, del grupo de diecinueve guerrilleros de la zona de Valladolid antes mencionado, por lo menos diez eran desertores, mientras que en Horcajo de los Montes un agente de la Junta Central llamado José Crivell formó una banda de francotiradores por el sencillo procedimiento de amenazar con conducir a los cuarteles más próximos a cualquier hombre que se negara a alistarse (si bien en la cercana Navahermosa, Crivell fue menos afortunado, y en vez de someterse a sus exigencias, la población se rebeló). Bastante menos ambigua fue quizá la actividad de los muchos prisioneros de guerra que escaparon a sus guardianes para hallar refugio en la partida más cercana, pero incluso así no hay pruebas firmes de que a dichos fugitivos les moviera otra cosa que el oportunismo. Finalmente también escapaban, si bien en la dirección contraria, los diversos desertores italianos, alemanes y polacos que acabaron formando parte de tales bandas, caso de la de Espoz y Mina.

El servicio en las guerrillas, aun siendo frecuentemente sólo un modo de evitar alternativas peores, también era muchas veces fruto de la necesidad económica. La carga de las requisas e impuestos franceses no sólo era extremadamente pesada, sino que además la pobreza afectaba a la mayor parte del pueblo, y las clases acomodadas estaban muy deseosas de salir bien libradas a expensas de los pobres (los tributos franceses, por ejemplo, se basaban con frecuencia en la imposición de tasas extraordinarias sobre los alimentos básicos). A todo esto, como otro medio de reunir dinero, muchos municipios vendieron cantidades considerables de tierras comunales, y privaron a muchos de los elementos más humildes de la comunidad de leña, pastos, comida y materias primas (las castañas y los espárragos silvestres procedían del común, así como el esparto utilizado en actividades como la cestería). Y como muchos municipios arrendaban además parte de las tierras comunales en parcelas pequeñas y a precios razonables, también desaparecieron muchos arrendamientos vitales. En lugares como la Montaña, en que la tierra afectada se vendió

en pequeñas parcelas, los efectos de esta política fueron poco efectivos, pero con demasiada frecuencia se vendieron parcelas grandes, con el resultado de que la oligarquía consolidó todavía más su control de la economía local. Un buen ejemplo es Guipúzcoa, donde un estudio sobre nueve pueblos ha mostrado que el 14 por 100 de los 1.458 compradores se hizo con el 71 por 100 de la tierra (y lo que es aún peor, sólo doce compradores se hicieron con casi una quinta parte de las tierras afectadas). Debido a la requisa por los ejércitos contendientes de muchísimos carros y animales de tiro, en bastantes regiones la actividad agrícola pareció llegar virtualmente a un punto muerto, mientras que en el período 1808-1814 la naturaleza no fue más clemente con España que en los años anteriores a la guerra. La cosecha de 1811 fue particularmente desastrosa, con el resultado de que los precios del trigo subieron de modo espectacular (en Burgos, por ejemplo, el trigo subió de ochenta reales la fanega en junio de 1811 a 244 a finales de año). Pese a lo cual el pueblo no estaba en condiciones de reaccionar a la crisis. Al imponer los franceses límites estrictos al movimiento y restringir muchos aspectos tradicionales de la vida pública, las ocasiones de encontrar fuentes alternativas de ingresos se vieron limitadas, y más aún dado que la industria se hallaba en un punto muerto y muchos señores no podían pagar a los criados que tenían ni a sus servidores domésticos, que se quedaron en la calle. En pocas palabras, el hambre y la desesperación reinaban por doquier.

Citemos, por ejemplo, el relato que hace Carnicero de la vida en Madrid:

> De aquí provino que por las calles y plazas hubiese tantos pobres que no se pudiese andar por ellas sin que se enterneciese y atribulase el corazón más empedernido al oír y ver que unos se quejaban de no haberse desayunado aunque fuese a las tres de la tarde; que otros ya tenían pintada la muerte en sus rostros; que unos se desmayaban de necesidad y otros acababan de expirar por la misma; que allí había un corro ... de chicos abandonados por sus padres gritando y llorando por pan; aquí unas tristes viudas rodeadas de sus tiernos hijos; más allá unas humildes doncellas asegurando estar pidiendo por no prostituir su honestidad; en esta parte algunos sacerdotes pidiendo limosna en el tono más sumiso y compasivo, y en la otra haciendo lo mismo personas del más alto carácter o empleo en los años anteriores ... Como ... los pobres eran tantos, por más que andaban y desandaban las calles ... no sacaban ni aun lo muy preciso para acabar el día ... Así volvían estos infelices a sus hogares ... se iban quedando muertos sin sentir ni meter ruido.[36]

Enfrentados a tal situación, para muchos hombres la guerrilla era una alternativa atractiva, y más aún a la vista del decreto sobre el corso terrestre del 25 de febrero de 1809. Así pues, Matías Calvo —desertor que había huido del segundo sitio de Zaragoza— se unió a las fuerzas de Espoz y Mina cuando murió

su padre y su familia quedó al borde del desastre, mientras que uno de los más tempranos colaboradores de Merino era Julián Pablos, antiguo miembro de la guardia personal de Godoy que había vivido pobremente en su pueblo natal, Lerma, desde que se disolviera su regimiento en Aranjuez. Al dedicarse también los guerrilleros a las requisas forzosas, el bandidaje —que siempre era una salida para los pobres— se veía ahora legitimado, mientras que la guerra contra los afrancesados proporcionaba multitud de pretextos para ajustar cuentas con los pudientes; de aquí las escenas que tuvieron lugar al ocupar los serranos brevemente Ronda en marzo de 1810:

> El mismo día ... que dejamos Ronda entraron en ella los serranos ... gritando alegremente y disparando sus armas por las calles con entusiasmo. Los habitantes de cada pueblo llegaban juntos avanzando desordenadamente y ... cargaban sus asnos con todo lo que encontraban ... hasta que los pobres animales estaban a punto de caer bajo el peso del botín ... Las cárceles se abrieron y los ... delincuentes en ellas encerrados se apresuraron a vengarse de sus jueces y de sus acusadores. Los deudores obtuvieron recibos de sus acreedores sirviéndose de la fuerza y se quemó toda la documentación pública a fin de eliminar las hipotecas que tenían los habitantes de la ciudad sobre los ... serranos.[37]

Las pruebas de que lo que movía a los guerrilleros rasos era más el botín que el patriotismo son abrumadoras. Los soldados británicos, por ejemplo, se vieron atacados por ellos con frecuencia, y O'Neil se lamentaba de que las guerrillas «muchas veces caían sobre nuestros hombres y los asesinaban si se apartaban de las filas», e incluso llegaron a decir que «nos causaban casi tanto terror como nuestros enemigos».[38] Podría considerarse que acontecimientos como la lucha descrita por O'Neil entre él mismo y un guerrillero que llevaba un mosquete y una mochila pertenecientes a un fusilero británico eran intentos de defender su propiedad por parte de civiles, pero en Navarra Espoz y Mina eliminó a cierto número de bandas que se habían dedicado a oprimir al pueblo, y es célebre su queja a un amigo de que sus hombres le causaban terror y temía que en cualquier momento fueran capaces de matarlo a golpes. A la vista del saqueo de Ronda, también es interesante el relato de lo que Francisco Ballesteros se encontró al hacerse cargo, en 1812, del mando de Algeciras:

> El comandante de la Cruzada, su guerrilla y todas las demás que infestaban el país, fueron uno de los objetos que mereció mi consideración, y ya con relación al servicio que prestaban, y ya con respecto a las representaciones de los pueblos que altamente se quejaban de sus excesos y vejaciones: por mis propios ojos examiné la verdad de estas exposiciones. El mencionado comandante de la Cruzada será un sujeto recomendable por su patriotismo, pero su

> disposición no me pareció propia para guerrillero: me convencí de que eran inútiles y perjudiciales a la nación las partidas existentes en el distrito de mi mando, y no dudé un momento decretar su disolución.[39]

Idéntico interés tiene el modo en que respondieron muchas guerrillas a los intentos de militarización de que hablaremos más adelante, como la deserción, el motín y otras formas de resistencia.

A todo esto pueden oponerse varias reservas. Por ejemplo, está claro que muchas bandas que actuaban con la sanción de las correspondientes autoridades civiles o militares habían de distinguirse de los muchos grupos de bandoleros que vagaban por el campo totalmente por cuenta propia. De hecho, al actuar sin control a ninguno le quedaba duda de que les eran atribuibles muchos crímenes. Y aún quizá fueran peores los grandes grupos de desertores que atacaban por doquier e indiscriminadamente. Por ejemplo, un destacado oficial josefino que viajaba desde Palencia a Madrid con su familia fue asaltado y robado por un grupo de veinte desertores franceses, mientras que en el pueblo de Pajares de Adaja, en 1809 un grupo de soldados irlandeses fugados del ejército de Wellington saquearon varias casas y asesinaron a continuación al alcalde y al párroco. Con todo, y ya nos apartamos mucho de la leyenda, incluso la esperanza del botín no era suficiente para atraer a los reclutas necesarios, por lo que en la práctica muchas de las partidas contaban con la recluta forzosa. Así, el 30 de agosto de 1811 Longa visitó Orduña con una fuerza de caballería y obligó a irse con él a todos los jóvenes de la comarca, mientras que según el fundador del Banco de España, Ramón Santillán, el 13 de junio de 1809 Merino bajó hasta Lerma y «amenazó tratar como traidores a los jóvenes que no se le unieran inmediatamente».[40] Santillán fue apresado mientras que su vecino, González Arranz, tuvo más suerte:

> Pues a pesar de estar casado, no había escape. Una partida al mando de un hermano del Empecinado llamado don Dámaso Martín me sacó para las filas y en unión de otros, mozos y casados, me llevaron a la villa de Riaza, donde se encontraba el Empecinado. Tanto fue el disgusto de mi madre por mi ausencia y su temor por el peligro que corría ... que abandonó la casa, se puso en camino, arrastrando a mi suegro en su compañía, y fue en mi seguimiento hasta el pueblo de Riaza, llegando tan oportunamente, que con ruegos y gestiones logró que se me diese la licencia absoluta. No tuvieron la misma suerte mis compañeros ... pues muy pocos volvieron a sus casas.[41]

Se aprecia que González Arranz fue muy afortunado, pues al parecer el cabecilla aragonés Sarasa ejecutó a una veintena de hombres de Aínsa que habían intentado evitar que se llevaran a sus hijos. Muchas de las juntas locales creadas en las regiones ocupadas hacían lo posible para imponer las quintas,

localidades como Ciudad Rodrigo presenciaron la llegada de riadas de fugitivos. En cualquier caso, muchas de las partidas eran de hecho columnas móviles de tropas regulares, como la mandada por Pedro Villacampa, e incluso hubo generales que estuvieron comprometidos con la guerrilla, de lo que es prueba, por ejemplo, el ataque por sorpresa de La Romana contra Villafranca del Bierzo en marzo de 1809.

Si, como es evidente, hay que introducir no pocas modificaciones en la presentación tradicional de los guerrilleros, ¿cómo afectará esto a nuestra percepción de su valor para el esfuerzo bélico aliado? Como hemos visto, las partidas eran incapaces de evitar que los ejércitos franceses ocupasen parcelas cada vez mayores de territorio español y eran los únicos dedicados a expulsarlos de las ya conquistadas, y por otra parte su presencia podía acelerar la desintegración de la resistencia regular. Dicho esto, cabe señalar que el estado de los ejércitos españoles era tal que, en cualquier caso y sin lugar a dudas, España hubiera sido invadida, sirviendo las guerrillas por lo menos para frenar el avance francés, obstaculizar la consolidación del estado josefino, obligar a los franceses a abandonar su disfraz de benevolencia, mantener vivo el espíritu de la resistencia, convencer a los británicos de que aún merecía la pena luchar por España, obligar a Napoleón a pagar un alto precio por su intervención en la Península y evitar que Wellington fuera arrojado al mar. Tales argumentos no pueden ser enteramente desatendidos, pues la complejidad de la guerrilla no dejó de causar enormes problemas a los invasores. Las tropas imperiales, sometidas a un constante hostigamiento, tuvieron miles de bajas innecesarias y les resultó difícil dedicarse tanto al reconocimiento como al forrajeo. Las guarniciones aisladas constantemente se veían bloqueadas, de resultas de lo cual había que perder mucho tiempo corriendo en su ayuda. Las comunicaciones entre las distintas fuerzas se hicieron muy difíciles de mantener, al ser el correo aislado y su escolta un objetivo ideal para las partidas. En todo momento se atacó y se tendieron emboscadas a los convoyes, de lo que resultaba, como en el caso de los correos, que tenían que viajar protegidos por centenares de soldados. Había que proteger físicamente cada metro cuadrado de territorio conquistado y desplegar aún más hombres en columnas móviles para limpiar las montañas de guerrilleros y destruir sus bases. Se pidieron a Francia cada vez más reemplazos y refuerzos, con el resultado de que la confianza pública en el emperador se vio socavada, e incluso los ejércitos que de hecho se enfrentaban a Wellington y a las tropas españolas estaban faltos de hombres: muchos de los nuevos reclutas, organizados en «batallones de marcha» provisionales, cayeron en la lucha por mantener abiertas las carreteras que conducían a la frontera, tarea en la que invariablemente sufrían pérdidas mucho más graves que las que hubieran padecido de haber sido posible enviarlos directamente a sus unidades. La amenaza constante del justo

castigo ayudó a restringir la colaboración con el régimen josefíno (en muchas zonas los funcionarios afrancesados normalmente eran secuestrados y asesinados). Finalmente, la disciplina y la moral de las fuerzas de ocupación padecieron graves daños: en Jaca, por ejemplo, solamente en un mes de 1809 desertó la mitad de la guarnición, y más de un observador vio la siguiente pintada: «En España esta guerra supone la muerte para los hombres, la ruina para los oficiales y una fortuna para los generales».[42] De todos modos, en ocasiones se aprecia una desesperación genuina. En julio de 1810 un oficial se quejaba: «La verdad es que no puedo más ... Cada bosque, cada montaña ocultan una banda de insurgentes, y en cada pueblo y en cada aldea que no han sido abandonados tenemos tantos enemigos como habitantes quedan».[43] Pero el más gráfico de todos es un despacho enviado al mariscal Berthier por el oficial francés a quien se había confiado Asturias tras haber sido nuevamente ocupada en 1810:

> Mi situación en Asturias apela a la atención de VAS. Las fuerzas del enemigo aumentan y su organización toma consistencia ... Pablo ha reunido bajo su mando a Barcena y Porlier... se mantienen ... sobre el Pigüeña. Algunas partidas ligeras recorren Teverga y Quirós. La línea de Oviedo a León es frecuentemente atacada por Castañón. Escandón hostiga los puestos de la costa ... La rotura de varios puentes impide llegar tan pronto como lo exigen mis pocos medios; de todo ello resultan además pequeños combates que me causan heridos y muertos. El último encuentro de Fresno me ha debilitado en ciento sesenta combatientes de los que perderé más de sesenta. Las enfermedades aumentan por el mal tiempo y el estado de desnudez en que se encuentra el soldado ... empieza a germinar un espíritu de descontento y la deserción se ha dejado sentir ... El espíritu de insurrección impide todo abastecimiento, pues los habitantes huyen al acercarse las tropas ... Necesito un socorro rápido de dos mil hombres, sustitución de oficiales y suboficiales, y pólvora lo antes posible, y yo haré lo imposible para el resto.[44]

De ser necesaria una justificación más concreta del papel que tuvieron los guerrilleros en los primeros años de la guerra, bastará con fijarse en ciertos acontecimientos de la campaña. Fue la resistencia irregular surgida en Sierra Morena lo que hizo a Dupont tomar la decisión de interrumpir su avance antes de la batalla de Bailén. Fue una carta interceptada por la guerrilla española en Valdestillas lo que permitió a sir John Moore lanzar en razonables condiciones de seguridad la ofensiva de diciembre de 1808. Fueron los guerrilleros de Castilla la Vieja quienes ocultaron a ojos de Ney, Víctor y José los esfuerzos de Soult en Portugal, los que obligaron a los comandantes franceses a realizar operaciones militares a gran escala sólo para decidir qué hacer a continuación y los que les hicieron evacuar Asturias casi

inmediatamente después de su conquista. Fueron los guerrilleros de Aragón los que en 1809 libraron a Valencia de la invasión. Y, finalmente, fue la captura de un mensaje secreto de José a Soult por unos guerrilleros en las proximidades de Ávila lo que salvó a Wellington del desastre en vísperas de Talavera.

Así pues, está claro que, en las campañas que hasta el momento hemos considerado, los guerrilleros tuvieron un papel destacado. Pero dicho esto, es difícil no percatarse de que muchas características peculiares del movimiento guerrillero fueron un obstáculo para sus operaciones. El amor al botín, por ejemplo, pudo reducir a comedia los ataques a los franceses: cuando el 28 de noviembre de 1809 unieron sus fuerzas la banda de Mina el Mozo y la de un conocido contrabandista llamado Ignacio Alonso para atacar Tudela, los dos grupos acabaron saqueando la ciudad para luchar a continuación entre sí por los despojos. La rivalidad entre los distintos comandantes supuso que incluso este nivel de cooperación no siempre fuera afable, y además se producían disputas interminables por el control del territorio. Fueron éstas tan graves que los cabecillas menos escrupulosos eran capaces de asesinar a sus rivales: por ejemplo, una de las primeras medidas adoptadas en Navarra por Espoz y Mina fue detener y ejecutar a Pascual Echevarría, jefe de otra banda. Y además, con excesiva frecuencia, de ello resultaba el caos. En ningún sitio fue peor este problema que en la zona sur del Ebro, en torno a las actuales provincias de Soria y de Logroño, donde en otoño de 1809 maniobraban unos contra otros para conseguir una posición de dos representantes reales, diversas juntas locales y múltiples bandas de guerrilleros. Como lamentaba un memorándum de Logroño:

> Dividida dicha provincia en varias juntas que se contemplan con igual autoridad, cada una arregla sus movimientos y disposiciones del modo que le parece y no sólo sin acordar y formar plan o sistema con las demás sino contrariándose no pocas veces en sus mismas determinaciones, suscitándose también celos recíprocos que suelen inutilizar sus mismos proyectos ... Este mal trasciende a las partidas de guerrilleros y es lástima ... que los importantes servicios que ellas han estado haciendo ... se hayan oscurecido o debilitado alguna vez con los encuentros y disensiones ... hasta desarmar la más fuerte a la que no lo era tanto.[45]

A todo esto nunca pudo confiarse en las partidas más irregulares para que hostigaran al enemigo con firmeza, del mismo modo que a muchos cabecillas les resultaba imposible evitar que sus hombres anduvieran a su gusto de aquí para allá. En cuanto al combate, independientemente de otros aspectos, eran incompetentes. Por ejemplo:

> Seguí mi camino sin incidentes hasta ... Briviesca, pero entre este lugar y Burgos vimos aparecer repentinamente tras una baja colina a veinte jinetes españoles. Nos hicieron varios disparos sin acertarnos; entonces mi escolta [de seis gendarmes], mi criado y yo sacamos los sables y avanzamos sin dignarnos replicar al fuego del enemigo, que, al deducir de nuestra actitud decidida que estábamos dispuestos a defendernos enérgicamente, huyeron en otra dirección ... Entre Palencia y Dueñas viajé con un oficial y veinticinco hombres de la Joven Guardia escoltando un baúl de dinero para la guarnición de Valladolid. Los ... guerrilleros de las proximidades atacaron al destacamento. Al ver a mi escolta lanzada al galope ... se detuvieron de inmediato ... Pero uno de ellos ... se percató de que no había tropas francesas a la vista, por lo que los bandidos avanzaron audazmente hacia el tentador carruaje del tesoro. Naturalmente tomé el mando y ordené al oficial de la guardia que no se disparase hasta que yo diera la orden. La mayoría de los enemigos habían desmontado ... y ... muchos de ellos sólo llevaban pistolas. Situé a mi infantería tras el carruaje y cuando los españoles estuvieron a veinte pasos les hice salir y les ordené abrir fuego. Fui obedecido con terrible precisión: cayeron su jefe ... y una docena de sus hombres. El resto se precipitaron a toda velocidad hacia sus caballos.[46]

Esto tampoco es sorprendente, pues muchos de los sedicentes guerrilleros no eran en realidad más que bandidos. De lo más típico en este aspecto eran los llamados «muchachos de Santibáñez», un grupo de bandidos procedentes de la zona de Plasencia mandados por Miguel Caletrión, Miguel Dosado y Antonio Serrano. A lo largo de su carrera pretendieron ser guerrilleros, pero en realidad la mayor parte de sus víctimas, a quienes solían tratar con la más atroz crueldad, eran pastores, braceros emigrantes, arrieros y campesinos.

Las autoridades patrióticas no ignoraban estos defectos, y menos aún el pillaje gracias al cual subsistían muchas de las bandas. De modo que ya en diciembre de 1808, la Junta Central emitió órdenes con el objetivo de imponer una estructura a las guerrillas, asegurándose al tiempo de que cada una de las bandas estuviera subordinada a las correspondientes autoridades militares. De hecho, muy pronto quienes deseaban organizar una partida tuvieron que conseguir autorización de la propia Junta Central, de uno de los comisarios regios enviados por ella para actuar como representantes suyos en las provincias ocupadas, de una junta provincial o del comandante del ejército con base en la comarca en que quería actuar la persona en cuestión. Aunque la cadena de mando con frecuencia era confusa, el resultado era que al menos en teoría empezó a establecerse una distancia entre quienes verdaderamente combatían a los franceses y los que eran meros bandidos.

Aunque estaba lejos de ser perfecta —muchas partidas que regularizaron su situación siguieron llevando una existencia a todas luces accidentada—, esta evolución se vio reforzada por los esfuerzos que se hicieron para

convertir las guerrillas en unidades regulares sometidas a disciplina militar. Las ventajas de este modo de actuar eran muchas: como soldados regulares vestidos de uniforme, a los guerrilleros les resultaría más difícil fugarse; como soldados regulares entrenados para combatir de manera formal, serían más eficaces que una muchedumbre de individuos; como soldados regulares sometidos a disciplina, sus excesos podían ser más fácilmente limitados; y como soldados regulares organizados en unidades, podían obtener sus propios suministros sobre la marcha de modo más eficiente y menos dañino que las meras partidas. De modo que, sin más tardanza, en 1809 las autoridades civiles y militares iniciaron por igual una política casi literalmente regimental. Muchos de los soldados rasos irregulares se oponían airadamente a este proceso, temiendo verse así indirectamente convertidos en soldados. Pero en este aspecto los guerrilleros no presentaban un frente unido. Por el contrario, sus jefes estaban con frecuencia deseosos de aliarse a las autoridades. Al formar a sus seguidores en unidades regulares, podían asegurarse de recibir el apoyo del gobierno en forma de armas, uniformes y suministros. Esto no sólo incrementaba sus capacidad militar, sino que además reforzaba su prestigio, consideración vital dada la peculiar naturaleza de su autoridad. Al mismo tiempo, la introducción de la disciplina militar les proporcionaba más oportunidades de controlar el descontento de quienes les seguían, mientras que teniendo bajo su mando a tropas disciplinadas estaban más capacitados para imponerse a los jefes rivales y presentarlos como meros bandidos. Disponer de comisiones regulares, además, podía ofrecer la oportunidad de librarse de la tutela de las juntas locales —el Empecinado, por ejemplo, tuvo que luchar duramente para librarse de las pretensiones de la Junta de Guadalajara— y, por lo menos hasta las reformas introducidas por las Cortes de Cádiz, les confería también derecho a las numerosas ventajas judiciales y fiscales que se reconocían a los miembros del cuerpo de oficiales. Finalmente estaba la cuestión del complejo de inferioridad que evidentemente padecían muchos comandantes guerrilleros de origen civil frente a los oficiales frecuentemente desdeñosos y arrogantes del ejército regular, y en este sentido la adopción de las reglas militares también se convirtió en una forma de defensa propia.

A finales de 1811 la totalidad de las bandas guerrilleras más conocidas había pasado el proceso de militarización. Sin embargo, la adopción de formas militares conllevaba desventajas inesperadas. Al hacerse más compleja la estructura de las bandas, presentaban a los franceses un blanco más fácil. Según Heinrich von Brandt:

> Incapacitados por su gran número para ocultarse de un enemigo alerta y desaparecer rápidamente de su presencia sin plantarle cara como hasta entonces

> habían hecho, frecuentemente fueron ahora cogidos de improviso, sorprendidos, derrotados y dispersados.[47]

Pero tampoco acabaron así las cosas. Aunque hubieran sido militarizados, no podía confiarse en los guerrilleros para que combatieran adecuadamente. Porlier lamentaba:

> Que hasta que las tropas no estuvieran organizadas, cosa que llevaría largo tiempo, no obtendrían resultados. Y se refería a una acción reciente, en que hubiera perdido a la mitad de sus hombres de no haberles salvado la caballería, pues había sido imposible contener el miedo y el desorden de la infantería.[48]

Al depender cada vez más de las estructuras del estado patriota en lo que a órdenes, armas y municiones se refiere, las partidas más o menos regularizadas de personajes como Espoz y Mina, el Empecinado, Sánchez, Duran, Villacampa, Longa, Merino y Porlier estaban de hecho ligadas a los destinos de los ejércitos regulares. Aún quedaba, desde luego, la nube de partidas irregulares que andaban sueltas, pero, pese a su considerable capacidad de hacer daño, Chagarito y los demás eran una amenaza menor y no podían pretender plantar cara al poder del estado imperial. A todo esto, las fortunas de ambas partidas, las regulares y las irregulares, estaban ligadas a las de los ejércitos regulares aún en otro sentido: en Aragón, por ejemplo, la guerrilla había florecido en el verano de 1809, durante la ofensiva de Blake, para verse luego sometida a crecientes presiones tras el desastre de Belchite. Más tarde, al tomar ciudades como Tarragona, Valencia y Badajoz, los franceses estaban en el buen camino para derrotar a las partidas.

¿Dónde, pues, situar la cuestión? A todas luces, los guerrilleros no eran los legendarios defensores heroicos de la patria. Se trata de un complejo fenómeno que desafía en muchos aspectos la definición, abarca formas y motivaciones diversas, pero es evidente que los guerrilleros rasos y también algunos de sus jefes apenas estaban interesados en asuntos de ideología o patriotismo. Y sin embargo, incluso en sus formas más rudimentarias, la guerrilla fue siempre una molestia considerable para los franceses. Por otra parte, en 1812 había evolucionado notablemente. Al igual que las brigadas e incluso las divisiones de tropas regulares, partidas como la de Espoz y Mina sin lugar a dudas tenían una fuerza importante, y además habían empezado a crear zonas liberadas de las que cada vez era más difícil echarlos. En este sentido se habían sembrado las semillas del importantísimo papel que tendrían en la definitiva liberación de España. Pero el precio había sido enorme. La resistencia de los ejércitos regulares se había visto minada, grandes zonas de España habían sido invadidas y por lo general las relaciones con el pueblo

habían ido de mal en peor: las requisas de los guerrilleros eran odiadas, se culpaba a las partidas de todas las represalias francesas y se proporcionaba a los invasores un considerable material para su propaganda. El gobierno francés seguía siendo impopular, es verdad, pero la tendencia a resistir era cada vez menor. En definitiva, los beneficios políticos que supuestamente obtenía la causa patriótica de las actividades de los guerrilleros habían dejado de producirse, si es que en realidad se habían producido alguna vez. En cuanto a los beneficios militares con ellos relacionados, si bien habían ayudado a mantener encendida la guerra, difícilmente podían los guerrilleros sustituir a los disciplinados ejércitos regulares que tan desesperadamente necesitaba España.

De modo que España, con toda seguridad, no fue salvada por los guerrilleros, pues es de todos sabido que hasta 1812 los franceses disponían de potencial para invadir toda la Península. De hecho, pasando a más hombres al otro lado de los Pirineos Napoleón sin duda hubiese vencido. Además, aunque sólo fuera por lo muy tenebroso del panorama militar en otros aspectos, muchos políticos y cronistas españoles hallaban un consuelo excesivo en las actividades de los guerrilleros y los elevaban a la altura de héroes nacionales, recurso también explotado por la importante facción decidida a afirmar que la lucha contra Napoleón era una verdadera «lucha popular». Pero al hacerlo así oscurecen la igualmente valiosa contribución del infortunado aunque siempre perseverante ejército regular. Por estar humillados y celosos, no pocos elementos del cuerpo de oficiales se vieron empujados a la intervención en política que infestaría la historia española durante el próximo siglo y medio. De modo que el impacto militar de la guerrilla puede seguir en tela de juicio, pero lo amargo de su legado se deja ver.

Capítulo 11, CÁDIZ: PREPARACIÓN DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA, 1810-1812

Bajo el calor de finales de verano, el teatro precipitadamente adaptado resultaba sofocante. En torno a un estrado central se amontonaban los 99 diputados que habían llegado a tiempo para asistir a la primera sesión de la nueva asamblea mientras que las tribunas para el público estaban atestadas de oficiales del ejército, las milicias, eclesiásticos, aspirantes, periodistas, representantes de la sociedad culta e invitados británicos y portugueses diversos. Tras varias horas de debate, el momento de la primera votación había llegado. Se trataba de un decreto presentado por los diputados extremeños Diego Muñoz Torrero y Manuel Luján. Fue un momento dramático. Se proclamó la nulidad e invalidez de las abdicaciones de Bayona debido a que el monarca no tenía derecho a disponer del trono sin consultar al pueblo español. Las Cortes, afirmaban los dos diputados, eran una asamblea legítima que encarnaba la soberanía de la nación y por lo tanto tenía derecho a emprender una reforma fundamental del gobierno de España, que por añadidura tendría como principio básico la separación de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Estaban en juego los principios mismos del absolutismo. La medida fue aprobada por amplia mayoría con un inmenso aplauso. En apariencia, España había abrazado formalmente la vía de la revolución.

El decreto aprobado en la tarde del 24 de septiembre de 1810 llevaba consigo las semillas de una profunda división, pero de momento todo era alegría y entusiasmo: en su ingenuidad política, muchos de los delegados no se percataban del alcance de lo que habían hecho, siendo así que el decreto, en cualquier caso, era susceptible de interpretaciones que en modo alguno amenazaban al viejo orden. Al negarse uno de los regentes —el anciano obispo de Orense, el extremeño Pedro Quevedo y Quintana— a prestar, en principio, el juramento de lealtad a las Cortes que enseguida se exigió a todas

las autoridades españolas, nadie le apoyó. Además, el ambiente general de armonía y optimismo se veía reforzado por cierto sentimiento de seguridad. Aunque en teoría los franceses habían puesto sitio a la nueva capital hacía siete meses, en la práctica ésta era inexpugnable. Cádiz se levantaba en el extremo de un banco de arena de unos diez kilómetros de longitud del que sobresalía un trozo de tierra triangular conocido como la Isla de León. Pero para llegar a la isla, un atacante tendría que abrirse camino combatiendo a través de una amplia franja de marismas y arroyos que recibía el nombre de río Sancti Petri y que sólo podía cruzarse siguiendo una estrecha calzada sobre puentes llamada el Puente de Suazo. En cuanto a las posibilidades de bombardeo, la única posición adecuada para una batería de sitio —una península que medio cerraba la embocadura del gran puerto protegido por la Isla— estaba defendida por tropas instaladas en el extremo orientado hacia el mar, en el fuerte de Matagorda. Baterías y reductos dominaban toda la extensión del Sancti Petri, el Puente de Suazo había sido volado, el istmo estaba atestado de construcciones defensivas, y la propia Cádiz protegida por sólidas murallas. En varias millas a la redonda se habían hundido, quemado o llevado a la Isla de León todas las embarcaciones, mientras que el puerto estaba lleno de barcos de guerra británicos y españoles, y además los españoles habían reunido gran número de cañoneras y lanchas que podían patrullar toda la extensión del Sancti Petri. En cuanto a tropas, contaban con miles de hombres. El ejército de Alburquerque y los Voluntarios Distinguidos habían recibido los refuerzos de tres mil soldados que habían llegado por mar desde Ayamonte huyendo de Sevilla, y de una fuerte brigada angloportuguesa mandada por el general William Stewart (los españoles, tras las experiencias pasadas, habían abandonado sus anteriores escrúpulos en cuanto a la admisión de una guarnición británica). Finalmente, en septiembre, las autoridades locales decretaron la movilización de toda la población masculina de entre dieciséis y cincuenta y cinco años, estableciendo que en función de sus recursos se unieran a los privilegiados Voluntarios Distinguidos o a las ordinarias milicias urbanas (los inútiles para el servicio pagarían una redención en metálico proporcional a sus ingresos).

A la vista de tales recursos, los franceses habían tenido que reconocerse frustrados. Una vez rechazado un desesperanzado intento de convencer a la guarnición de que se rindiera, todo lo que podían hacer las tropas francesas que habían llegado a la costa (el cuerpo mandado por el mariscal Victor) era acampar y emprender un intento de bombardear la ciudad para rendirla (además, José escribió a Napoleón pidiéndole ayuda naval; ayuda que nunca llegó, al no tener el emperador intención alguna de arriesgarse a un segundo Trafalgar). En consecuencia, se situaron en línea de frente gran número de tropas y cañones para atacar Matagorda, que llegó a estar tan castigada que el

22 de abril su guarnición fue evacuada. Tenemos una gráfica descripción de la lucha en los recuerdos de Joseph Donaldson, joven soldado escocés del 94º de infantería a quien se había ordenado ayudar en el uso de uno de los cañones del fuerte:

> Por fin, cuando todo estuvo preparado, iniciaron sus operaciones ... Cinco o seis baterías, con un total de una veintena de cañones y ocho o diez morteros, abrieron sus tremendas bocas que a partir de entonces vomitaron muerte y destrucción ... Ahora la muerte empezaba a estar al acecho del modo más temible. Sus mensajeros eran los disparos largos allí donde daban. El primer hombre que murió fue un sastre ... Le arrancó la mitad de la cara ... Los franceses pronto adquirieron una fatal precisión con sus disparos ... matando e hiriendo a hombres a cada andanada. Yo estaba a la izquierda del cañón, ante la rueda. Lo estábamos poniendo en posición una vez cargado. Yo me había detenido para asentar bien los pies [cuando] una bala de cañón ... se me llevó de la cabeza el sombrero de forrajear y golpeó en el pecho al hombre que estaba tras de mí, que cayó para no volver a levantarse ... La carnicería empezaba ahora a ser temible: en los terraplenes de las murallas yacían aquí y allá muertos y heridos y había por doquier sangre, sesos y miembros troceados ... La acción se prolongó durante todo aquel día, en el que perdimos a los mejores y más valientes de nuestros hombres ... En esta ocasión quedaron inútiles para el servicio tres o cuatro cañones, haciendo mella en nuestro parapeto, con una brecha en el extremo del a prueba de bombas *[sic]* ... Dado que no podíamos defender el lugar, se enviaron embarcaciones para trasladarnos a Cádiz.[1]

Con Matagorda en sus manos, los franceses podían hostigar el puerto y el istmo e incluso bombardear la propia Cádiz. Con tal objeto se fabricaron en Sevilla morteros especiales de enormes dimensiones, y en lo sucesivo la ciudad fue periódicamente bombardeada. De todos modos, los esfuerzos de los artilleros resultaron completamente inútiles, y el único resultado fue acrecentar la confianza de los gaditanos y convencerles de que eran unos héroes. Como escribió Alcalá Galiano:

> Verdad es que desde diciembre de 1810 habían empezado a caer dentro del recinto de Cádiz granadas o bombas disparadas por las baterías enemigas ... Pero estos disparos, hasta 1812, habían sido poco frecuentes, y escasos en número: los proyectiles, para ser arrojados a tanta distancia, habían sido aumentados en peso, viniendo rellenos de plomo y con muy poca pólvora, no reventaban, y por esto causaban poco estrago y no mucho susto. A consecuencia de ello se hacía muy poco caso a las bombas enemigas y sólo servían para dar motivo a burlas. Así, se cantó en el teatro, y se repetía por las calles con una tonada vulgarmente de moda:

Con las bombas que tiran
los fanfarrones,
se hacen las gaditanas
tirabuzones.[2]

Aunque la comida abundaba, e incluso sus precios bajaban, de hecho no tenían esperanzas de éxito, y ello pese al huracán y a la epidemia, pues en la primavera de 1810 hubo una gran tormenta que destruyó muchos barcos, y además durante gran parte de aquel período la ciudad estuvo asolada por la fiebre amarilla.

De modo que en aquellos momentos todas las miradas pudieron centrarse en la situación política. Ésta se hallaba dominada esencialmente por tres factores: las instrucciones referentes a la convocatoria de las Cortes que había dejado la Junta Central, la creación de un nuevo consejo de regencia y el surgir de la propia Cádiz como participante destacado en el proceso político. En cuanto a lo primero se refiere, como hemos visto, la Junta Central había anunciado el 28 de octubre de 1809 que, tras un proceso electoral de tres meses que comenzaría el primer día del año, las Cortes abrirían el 1 de marzo. A todo esto, el 1 de enero de 1810 se habían emitido instrucciones según las cuales el sufragio había de ampliarse a todos los varones cabezas de familia de más de veinticinco años. El voto sería público y los electores escogerían no diputados, sino representantes de circunscripción, cuya función consistía en asistir a las asambleas de distrito. Éstas escogerían a continuación a los diputados que enviarían a las reuniones provinciales, que serían las corporaciones de las que finalmente surgirían los miembros de las Cortes, estando su número determinado por la proporción de un diputado por cada cincuenta mil habitantes. También se autorizó a elegir diputados (uno en cada caso) a las juntas provinciales y a todas las ciudades y pueblos que hubieran tenido representación en las Cortes del antiguo régimen. Lo único que no se dejó aclarado fue la cuestión crucial de si la nueva asamblea sería o no unicameral; o, por decirlo de otro modo, si el clero y la nobleza tendrían sus propios órganos de representación.[*]

[*] Historiadores conservadores han mantenido siempre que, en los últimos días de su existencia, la Junta Central emitió órdenes para la elección de una segunda cámara, documento eliminado, aprovechando la confusión general, por elementos liberales de la administración. De todos modos, el hecho de que la asamblea fuera unicameral no la hacía democrática. En el mejor de los casos, sólo podían votar los cabezas de familia, si bien el decreto de 1 de enero de 1810 era tan vago que en muchas zonas se excluía a todos los que no fueran «vecinos» (estrictamente hablando, «ciudadanos»; en un sentido amplio, propietanos-inquilinos cuyo pago impositivo alcanzara cierto nivel). Añádanse a esto las muchas oportunidades de presionar en un sentido u otro, y se reconocerá que las credenciales democráticas de las Cortes pueden ponerse en tela de juicio.

331

A partir del 1 de febrero de 1810 —fecha de su primera reunión— la aplicación de estos diversos decretos había estado en manos del nuevo consejo de regencia escogido por la Junta Central al exhalar su último suspiro. Formado por el general Castaños, Francisco de Saavedra —antiguo ministro y presidente de la Junta de Sevilla—, el almirante Antonio Escaño, un funcionario del ministerio de Estado llamado Miguel de Lardizábal —que había representado en la Junta Central a su México natal— y el obispo de Orense (que por entonces todavía estaba en Galicia y que no se presentó en Cádiz hasta el 29 de mayo), era un organismo sumamente conservador que gozaba en teoría de un poder absoluto. El destacado reformista Argüelles lamentaba que

> su autoridad era tan absoluta y arbitraria como la de los gobiernos del pasado. No había ningún remedio legal contra el uso de poder. La libertad de hablar y escribir ... tan encadenada como antes de la insurrección.[3]

Tampoco es que tal cosa fuera sorprendente, dado que la nueva corporación era en gran medida una amalgama de todos los antiguos consejos del estado borbónico creada por la Junta Central y conocida como Consejo Reunido, cuyos miembros se oponían resueltamente a cualquier forma de progreso político. Sin embargo, su figura principal, Castaños, era muy dado al disimulo y al compromiso y renunció a una segunda cámara en beneficio de la restauración de los diversos consejos unidos en el Consejo Reunido, con la esperanza de que tal maniobra cortase las alas de la nueva asamblea de un modo más sutil aunque no menos efectivo. Así, despejado este asunto, la Regencia reservó sus energías para cuestiones más directamente relacionadas con el esfuerzo bélico. En el curso de los meses siguientes fueron promulgados una serie de decretos que limitaban aún más el poder de las juntas provinciales, establecían un estado mayor permanente, creaban una nueva academia de artillería en sustitución de la anterior, destruida al tomar Sevilla los franceses, y dotaban a la infantería española de una nueva organización que la hubiera desembarazado de muchos regimientos excedentes. Al mismo tiempo se encauzó tanta ayuda como fue posible a los ejércitos españoles que estaban en combate y se intentó con gran interés mejorar las relaciones con los británicos, cuyos intereses en la España patriótica estaban ahora representados —tras un breve interregno en que ocupó la embajada el hermano de Frere, Bartholomew— por Henry Wellesley, hermano pequeño de Wellington.

Pese a estos esfuerzos, en la práctica las cosas apenas cambiaron. Individualmente, los miembros de la Regencia se ganaron grandes antipatías y, según un oficial británico, lo único satisfactorio era que ahora Wellesley «sólo tenía que tratar los asuntos con cinco necios, en vez de treinta y cinco».[4] Aunque pocos hombres de estado hubieran estado a la altura de la tarea, éstos

mostraron ser incapaces de satisfacer los requerimientos del ejército, de controlar las intrigas políticas o de terminar las fortificaciones de su capital. A todo esto, las intrigas estaban a la orden del día y el ministro de la Guerra, el general Eguía, era un nepotista inveterado. En cuanto a la administración, la confusión era tal que en mayo de 1810 un oscuro funcionario de Hacienda a sueldo de agentes cubanos llegó a causar el caos obteniendo un decreto fraudulento que garantizaba a todas las colonias españolas el libre comercio y que había sido promulgado introduciéndolo en el montón de papeles enviados para su firma al ministro de Hacienda.

Nada tiene de sorprendente que el nuevo embajador de Gran Bretaña, Henry Wellesley, estuviese desesperado:

> Es imposible no darse cuenta de que tienen muchos de los defectos tan notoriamente característicos del modo de actuar de la Junta Suprema... La misma falta de energía y de firmeza, el mismo sistema de dejarlo todo para mañana ... prevalece, lamento decirlo, en los modos de actuar del Consejo de Regencia ... Aunque han pasado seis semanas desde que el ejército español llegó a la Isla de León ... no se ha intentado hacerlo más eficaz ... Siguen estando mal vestidos ... mal alimentados y su disciplina está completamente descuidada. El pago de algunas ... unidades tiene ocho, y el de otras (creo) catorce meses de retraso.[5]

Con todo, hay que decir en beneficio de la Regencia que actuaba en condiciones difíciles. El comportamiento de la Junta de Cádiz no era el menor de sus problemas. Se trataba de una corporación que había desalojado a su predecesora en lo que de hecho había sido un *coup d'état* con ocasión del caos de enero de 1810; estaba dominada por una camarilla de comerciantes encabezada por un tal Tomás Istúriz y luego se dijo de ella que probablemente era la que más había aspirado al poder de entre todas las juntas de España.[6] Habiendo pretendido al principio apoderarse del propio gobierno de España, sólo con la mayor dificultad pudo convencerse a esta junta de que reconociese la Regencia, y a consecuencia de ello se dedicó a la alternativa política de hacerse con el control de la mayor parte de ingresos posible, y ello con vistas a imponer la agenda política radical que señaló al nuevo régimen. Como sabía que se trataba de un elemento externo que se había indispuesto con la Junta Central, la Junta de Cádiz había ofrecido a Alburquerque el cargo de primer presidente; mas éste enseguida se percató de sus intenciones y las denunció a la Regencia, acusando a sus miembros de malversación de caudales y ambición desmesurada. La Regencia, demasiado temerosa de la junta —que tenía tras de sí el peso de toda la comunidad mercantil— como para responder a este aviso, decidió enviar a Alburquerque a Londres como embajador. El resultado fue que éste, ya minado por el hecho de que pudiera tomársele por una criatura de la despreciada Junta Central, se vio bajo el peso de una situación en la que no tuvo

más opción que acceder a las demandas de la Junta de Cádiz con vistas a controlar la totalidad de los ingresos aduaneros de Cádiz. Blanco White observó:

> que un gobierno formado por consentimiento de una junta necesariamente sería esclavo de ésta ... que tenía a su favor... estar constituida por elementos respetables de una ciudad a la que la España patriótica se había visto reducida. Inevitablemente, en Cádiz la opinión pública estaba a favor de su junta y en contra de las últimas decisiones de la Central.[7]

Aunque la pérdida de tanto territorio suponía que en aquel momento los impuestos pagados en Cádiz representaban una parte desproporcionadamente grande de los ingresos internos del gobierno, las cosas podían no haber ido tan mal de no ser por otros dos motivos. En primer lugar, la Junta de Cádiz no era especialmente eficaz: como escribió un observador británico «sus miembros son demasiado numerosos para un gobierno ejecutivo y ... han organizado tan mal la distribución de las distintas ramas del gobierno que en los pocos días que llevan actuando ya han tenido ocasión de enfrentarse».[8] Mucho más importantes, con todo, eran los acontecimientos de América Central y del Sur. Desde tiempos de Carlos III, la comunidad criolla estaba cada vez más descontenta con el gobierno español, sentimientos que se habían visto muy agudizados por la extensión a América de la desamortización de Godoy, por la mala fama de la corte española y por el hecho de que la guerra intermitente contra Gran Bretaña entre 1796 y 1808 había permitido a la población saborear los beneficios del libre comercio y les había convencido de que la protección española era ahora mucho menos necesaria. Los criollos, impulsados por la aversión a los franceses y por el temor a que su influencia pudiera causar sangrientas sublevaciones raciales como las que en el decenio de 1790 habían azotado el Caribe, en principio se unieron a los peninsulares a favor de Fernando VII. Se produjeron donativos patrióticos mientras Santo Domingo —la actual República Dominicana—, que había sido cedido a Francia en 1795 por el tratado de Basilea, era reconquistada por milicias locales que, enviadas desde Puerto Rico, derrotaron a la guarnición francesa en Palo Hincado. De todos modos, las colonias estaban agitadas: aparte de suspender un decreto de 1804 que había despertado gran oposición y que obligaba a quienes habían tomado préstamos sobre propiedades de la Iglesia —la principal fuente crediticia de América— a pagar lo que debían al estado, la Junta Central no había conseguido poner remedio a los agravios de los criollos. Por ejemplo, las autoridades locales seguían en manos de los peninsulares, y un ofrecimiento de representación política se echó a perder debido a que sólo se concedía a las colonias diez diputados frente a los veintiséis de la España metropolitana. Mientras que en ésta había un diputado a Cortes por cada cincuenta mil habitantes, los territorios americanos tenían uno por cada cien mil con la estipulación añadida de que entre ellos sólo figurarían

europeos sin mezcla de sangre. Añádase a todo esto que la Junta había demostrado ser completamente inepta en su manejo de la harto confusa situación planteada en el virreinato del Río de la Plata de resultas de la invasión británica de 1806-1807 y se apreciará que una explosión era inevitable.

De modo que, ya en el verano de 1809 estallaron rebeliones en La Paz y en Quito. Fueron dominadas, pero la llegada un año más tarde de noticias sobre la caída de Andalucía cambió la situación por completo. Según una interpretación, cuando les pareció que España caía, los criollos no tuvieron más opción que mirar por sí mismos. Según otra, los grupos que apostaron por la independencia vieron una oportunidad preciosa y se lanzaron a ella de cabeza. En cualquier caso, entre abril y octubre de 1810 hubo sublevaciones en los territorios actualmente llamados Venezuela, Argentina, Colombia, Ecuador, Chile, México, Bolivia, Paraguay y Uruguay, manteniéndose leales al gobierno español solamente las zonas en que los temores raciales eran especialmente intensos: Perú, Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo y América Central. No era más que el principio de una larga historia: en México y Venezuela la inquietud social condujo a la total defección de los criollos y a la restauración de la situación anterior; en Bolivia, Ecuador y Chile fuerzas expedicionarias peruanas pudieron aplastar a los rebeldes; y en Colombia los leales pudieron mantenerse debido a las graves divergencias existentes en el campo de los insurrectos. Sin embargo, Argentina, Paraguay y —con ciertas limitaciones— Uruguay se independizaron, siendo tal el descalabro causado por los combates que la aportación económica a España descendió de modo espectacular. De modo que en 1810 se recibieron del otro lado del Atlántico 225,5 millones de reales, mientras que en 1809 esta cifra había sido de 860 millones. Al ser en 1810 el total de ingresos internos solamente de 182,2 millones de reales, la Regencia se enfrentaba a un problema grave. Como observó sir Thomas Graham en abril de 1811, «el gobierno está prácticamente en quiebra».[9]

Puede objetarse en este aspecto que la ayuda británica era tan generosa que los españoles hubieran debido tener poco que temer. Pero lo cierto es que, si bien los españoles habían sido provistos de enormes cantidades de armas, uniformes, munición y demás material militar, el dinero era cosa aparte. No se había firmado ningún tratado regular referente a los subsidios, y además los españoles tenían que competir por el dinero con los demás aliados británicos, muy especialmente con portugueses y austríacos. Debido a que el bloqueo continental estaba causando por entonces sus peores efectos, sin contar lo que quedara de la suma de seiscientas cincuenta mil libras entregadas a Frere al acudir éste por primera vez a España como embajador en otoño de 1808, en 1809 la cuantía total de lo recibido de esta fuente ascendía sólo a doscientas catorce mil libras (unos dos millones de reales). La Junta Central había intentado además negociar en el mercado londinense un enorme préstamo

que sería garantizado por el gobierno británico, pero las sumas eran tales —la cifra más baja mencionada ascendía a diez millones de libras— que Canning se rió de la idea con desprecio. Desde luego, los españoles no se facilitaban las cosas a sí mismos, pero el hecho era que los británicos, manteniendo un gran ejército en Portugal, andaban desesperadamente escasos de dinero para otros propósitos. Gracias en parte a Henry Wellesley, que con gran disgusto de Spencer Perceval adelantó grandes sumas de dinero a la Regencia con la promesa de pago a base de futuras entregas en efectivo, en 1810 se recibieron otras cuatrocientas cuarenta y cinco mil libras —unos cuarenta millones de reales—, si bien los intentos de presentar de nuevo la idea de un préstamo de diez millones de libras de financiación particular fueron rechazados, y además era demasiado evidente que la quiebra estaba a la vuelta de la esquina.

Con el poder en manos del comercio gaditano, las cosas sólo podían ir a peor. Los comerciantes que dominaban la Junta de Cádiz se habían beneficiado inmensamente con el comercio colonial —en 1802, por ejemplo, se afirma que Cádiz importó bienes de la América española por un valor equivalente a la totalidad de las exportaciones británicas de aquel año—, y era improbable que mirasen con buenos ojos a una chusma de criollos, pardos y mestizos rebeldes. Debido a ello, además de tener que combatir a los franceses, las regencias sucesivas se hallaron comprometidas en un segundo frente con enormes gastos que en 1814 había absorbido a unos veinte mil hombres. Mientras, la otra cara de la moneda era que no se permitía al gobierno hacer ninguna concesión de cierta entidad, de lo que da prueba, por ejemplo, la reacción enfurecida que despertó el falso decreto del libre comercio, por no mencionar el constante rechazo a admitir que había graves motivos de rebelión (en el mejor de los casos consideraban a los insurrectos degenerados que sólo pensaban en sí mismos —era opinión común que el clima americano había estimulado la promiscuidad sexual, debilitando la fibra moral e intelectual de los criollos— y que habían engañado a las masas salvajes y sin civilizar para que siguieran su liderazgo).

Las revoluciones americanas, además de empeorar los problemas económicos de la Regencia, afectaban a las relaciones con los británicos. Como había quedado claro después de Talavera, no cabía esperar que las fuerzas de Wellington intervinieran en España hasta que las relaciones entre los aliados se hubieran situado sobre muy diferentes bases. Canning había deseado desde el principio ligar la ayuda a España a un mayor acceso al comercio y al oro de sus colonias, pues de lo contrario el bloqueo continental imposibilitaría posteriores ayudas. Los españoles veían las cosas de modo muy distinto, lo cual es bastante razonable dada la enorme cantidad de bienes británicos que entraban de contrabando en territorio americano: sólo desde Jamaica les

fueron enviados bienes por un millón de libras. Hacía sólo unos años, tropas británicas habían atacado Buenos Aires y Montevideo, lo que había permitido inundarlos de mercancías baratas, y en cualquier caso los británicos tenían un largo historial de ataques al comercio americano y en los últimos años habían socorrido a fugitivos como el revolucionario venezolano Miranda. La Junta Central, temiendo que la renuncia al monopolio comercial de la madre patria pusiera en peligro la principal fuente de ingresos de la causa patriótica, se había negado en consecuencia a hacer concesión alguna como no fuera a cambio de un subsidio garantizado. El caso es que la obstinación por parte de España provocó la intransigencia por parte de Gran Bretaña, y así fue como las colonias americanas llegaron a ser una importante manzana de la discordia.

Con las sublevaciones de 1810 las cosas aún se hicieron más complicadas. Por una parte, la administración Perceval no podía apoyar a las claras una rebelión contra su aliado más importante, pero por otra temía que los rebeldes fueran conducidos a los brazos de los franceses, deseaba establecer buenas relaciones con ellos y tenía gran interés en verles obtener la independencia. El resultado fue un compromiso sumamente desafortunado. Mientras que en el Caribe y en cualquier otro sitio se prohibía a los representantes británicos prestar ayuda directa a los rebeldes, en Londres se recibía a los emisarios de los insurrectos. Es más, en vez de acceder a las solicitudes españolas de ayudarles a reducir a los rebeldes por la fuerza, el gobierno británico ofreció mediar entre los beligerantes con la esperanza de lograr condiciones favorables —entre ellas, ni que decir tiene, una liberalización del comercio— que devolviera a los americanos a su lealtad.

Para los españoles, desde luego, todo esto era completamente inaceptable, dado que el propio concepto de mediación conllevaba la idea de que tenían que hacer importantes concesiones. En consecuencia, la Regencia sólo daría su aprobación si los británicos prometían ayudarle en la represión caso de que las negociaciones fracasaran. En cuanto a los británicos, se les consideraba con mayor hostilidad que nunca. Sir Howard Douglas, escribiendo desde La Coruña, observaba una inquietante tendencia «a atribuir todas nuestras decisiones a egoísmo político», mientras que Henry Wellesley llegaba a afirmar que las rebeliones americanas «han sido la causa principal de todos los problemas y contrariedades con que he tropezado en mis distintas comunicaciones con el gobierno».[10] Como cabía esperar, esta terquedad despertó gran ira en Londres, y más aún cuando empezó a coincidir con el envío de tropas a América, con la consecuencia de hacerse más improbable que nunca una campaña británica en España.

Así pues, en los primeros meses de su existencia, la Regencia tenía problemas graves. La guerra seguía, ciertamente, pero era tal el castigo que los

españoles habían padecido que parecía faltar poco para la ocupación de la mayor parte de lo que quedaba de la España patriótica. Asturias y Galicia habían sido privadas de casi todas sus tropas con ocasión de la campaña de Tamames y Alba de Tormes y sumidas en la confusión por La Romana, que, no contento con derribar a la junta en Oviedo, había insultado a los notables gallegos al intentar sustituir el gobierno civil por uno militar. Los diez mil soldados que quedaban estaban desertando en tropel y aterrorizaban al pueblo, y concretamente en Galicia se estaban dando al pillaje, pues el efecto de la movilización popular había sido la formación de «cuadrillas de contrabandistas y bandoleros mejor vestidos y armados que nuestras tropas».[11] Cosa que tampoco era muy difícil: un oficial británico describió a las fuerzas gallegas como «una chusma despreciable ... atendido por un numeroso cuerpo de oficiales tan ignorantes en asuntos militares como sus hombres, quienes ... eran en su totalidad reclutas bisoños con menos de ocho días de instrucción; la mayoría de ellos ni siquiera sabían cargar y disparar un arma».[12]

Galicia, de hecho, causaba a las autoridades patrióticas la clase de problemas con los que se tendrían que enfrentar como consecuencia de la liberación. Carecían tanto de armas como de uniformes y equipo, y los costes eran enormes: La Coruña estaba atestada de oficiales supernumerarios, mientras que la provincia tenía que mantener dos cuarteles generales distintos, ya que el mando territorial estaba en manos del capitán general, Noroña, y su equivalente de campaña en las del general Mahy. Debido al incremento del contrabando, a una quiebra general de la ley y el orden, al colapso del comercio y de la industria y a la muerte o fuga de muchos magistrados locales, los ingresos descendían (en 1808 se habían ingresado 46 millones de reales, frente a sólo 38,5 millones en 1810): de hecho, a finales de 1811 el déficit mensual era de unos cinco millones trescientos mil reales. Pero la resolución de semejante situación no estaba clara. Por ejemplo, una contribución extraordinaria de sesenta millones de reales impuesta en abril de 1811, en los seis primeros meses sólo reportó siete millones doscientos cincuenta mil reales, a la vez que la restablecida Junta de Galicia lamentaba amargamente el acuerdo observado entre los pudientes de no contribuir a las necesidades públicas: un acuerdo monstruoso y de carácter criminal.[13] Tampoco las autoridades militares ayudaron gran cosa, pues Mahy había reñido con la nueva junta y se le consideraba un hombre a quien «nada parece capaz de moverle ... al esfuerzo».[14] Pero lo principal es que toda la provincia estaba llena de bandidos. En la Galicia empobrecida y superpoblada siempre habían sido un problema, y con la evasión de las quintas, la deserción, la desesperación, la venta de las armas y municiones por los soldados en desbandada y el hecho de que los insurrectos de 1808 hubieran abierto muchas prisiones, su número había crecido. Una serie de proclamas y normas de policía draconianas tampoco dieron

resultado. El número de bandidos parece que, por lo menos, se dobló, y entre las bandas que actuaban en 1810 se contaban las de Antonio Ferro, Tomás Mínguez, Bernardo Montans, Antonio Vázquez y Francisco Rodríguez. Estos hombres, famosos por su crueldad —la táctica habitual de estos grupos era caer sobre granjas aisladas y llevarse todo lo que encontraban tras haber hecho uso de las más horrorosas torturas para averiguar la existencia de bienes escondidos—, provocaban un sentimiento compartido de inseguridad y de falta de confianza que aumentaba la inquietud general y hacía aún más difícil que las autoridades impusieran su ley.

De modo que de Galicia y Asturias no cabía esperar ayuda; ¿y del reino de León? Dejando aparte Astorga, con una guarnición de gallegos, el principal bastión de resistencia era la fortaleza de Ciudad Rodrigo, que tenía una guarnición razonablemente buena pero inmersa en un estado de agitación social.

> Nos hallamos aquí como en anarquía, expuestos a trágicos sucesos porque esta junta y su presidente están ocupados del temor del pueblo y no se atreven a hacer justicia con los delincuentes, ni desertores ... No hemos visto en ocho meses de sucesos horribles un castigo.[15]

La guarnición, formada en su mayor parte por rebeldes de la milicia local a tiempo parcial —los Voluntarios de Ciudad Rodrigo—, en cualquier caso era incapaz de emprender algo más allá de las incursiones de caballería de Julián Sánchez (comandante por entonces de un regimiento llamado de Lanceros de Castilla). En cuanto al ejército de la Izquierda, terriblemente maltrecho en Alba de Tormes, había pasado el invierno acantonado en las áridas montañas de entre León y Extremadura, donde perdió aproximadamente la mitad de sus efectivos por deserción y enfermedad. Como informaba la Junta de Ciudad Rodrigo:

> La situación que al presente ocupa el ejército es la Sierra de Gata ... Si para juzgar de la buena o mala colocación de las tropas no se hubiera de mirar más que a las posiciones de defensa, podría decirse con toda seguridad que las que actualmente ocupa son de las ventajosas que pueden desearse. Mas ... los medios que proporciona el país para víveres y provisiones es forzoso confesar que no pueden ser peores ... La naturaleza del terreno, que da en abundancia vino y aceite, no produce granos ... siguiéndose de esta falta el desenfreno de los soldados, que, como forajidos, salen a robar a los caminos públicos.[16]

De todos modos, muy pronto la región quedó aún más debilitada. La Romana, confirmado como comandante del ejército de la Izquierda por el nuevo régimen —ha de recordarse que los insurrectos que por un momento se

hicieran con el poder en Sevilla en enero de 1810 habían vuelto a nombrarle para el cargo—, había dejado al sur la mayor parte de las tropas que le quedaban para que establecieran una nueva base en Badajoz. De todos modos, y aunque no sin problemas pues La Romana enseguida riñó con la Junta de Extremadura, por lo menos creó un sólido núcleo de resistencia en el flanco oeste del rey José. El ejército de la Izquierda, reforzado por tropas como las que Alburquerque había dejado en las fortalezas extremeñas y provisto de nuevos envíos de alimentos y calzado, había de causar daños considerables en los meses siguientes. Como escribió el oficial de información británico Cocks, «ahora la unidad del marqués de la Romana forma parte de nuestro ejército ... Son hombres muy buenos: los vi combatir anteayer y se comportaron con gran valor».[17]

De modo que Badajoz representaba un sólido baluarte, pero a lo largo de todo el sur de España, desde la frontera portuguesa hasta Alicante, no había más foco de resistencia que el de Cádiz, cada vez más importante. La mayoría de los restos del antiguo ejército del Centro había alcanzado la seguridad en Murcia, pasando a disposición del general Blake, que acababa de abandonar el mando catalán tras un agrio enfrentamiento con la Junta de Cataluña debido a la toma de Gerona; pero la situación de estas fuerzas era desesperada en extremo, y antes de que estuvieran ni remotamente preparadas para la acción llegaría el invierno. Otra fuerza había alcanzado el Condado de Niebla, pero su situación era más o menos la misma: todas las unidades estaban afectadas por «la semilla de la dispersión», mientras que la caballería estaba «sin carabinas y pistolas, y algunos sin espadas, las monturas malas y otros carecían de ellas».[18] Tampoco se podía confiar en la guarnición de Cádiz. Según Roche, por ejemplo, «son ... lo peor que he visto en materia de ejércitos ... mal alimentados, mal pagados y casi sin ropa».[19] En cuanto a sir Thomas Graham, aún era más mordaz:

> La caballería española constituye una molestia y son peores que si no existieran; en cuestión de artillería de campo, sus medios son completamente insignificantes ... Es indudable que no cabe depositar confianza alguna en la firmeza y disciplina de tales tropas en campo abierto.[20]

Vayamos, finalmente, a Levante y Cataluña. Empezando por Valencia, sus fuerzas eran de sólo doce mil hombres, la mayoría bisoños, mientras que la situación política esta sumamente inestable. Así, entre mayo de 1808 y marzo de 1809 el capitán general, Conquista, había padecido el incesante ataque del hermano de La Romana, José Caro —oscuro capitán naval en 1808 cuyos sueños de grandeza cuadraban muy bien con las exigencias de la lealtad familiar—, y de la facción revolucionaria encabezada por el clan Bertrán

de Lis. Gracias en gran medida al apoyo prestado al bloque anti-Conquista por el barón de Sabasona, enviado a Valencia como representante de la Junta Central, este enfrentamiento terminó al ser obligado Conquista a renunciar al mando. Pero los resultados no fueron los previstos por los elementos progresistas que habían dirigido la campaña contra el anterior capitán general. Pues Caro, nombrado para la Capitanía General en sustitución de Conquista, detuvo a todos los bertrandelistas, expulsó a Sabasona y movilizó a la multitud para asegurarse de que el gobierno le dejara las manos libres, con la consecuencia de que dirigió Valencia en gran medida como una satrapía personal cuyo gobierno, como indicó un observador, no se caracterizaba «por el valor, por la energía ni por el talento».[21]

Ahora nos ocuparemos de Cataluña. Aunque seguían libres amplios territorios del sur y del oeste, incluyendo las ciudades fortificadas de Lérida, Tarragona y Tortosa, la capacidad de sus fuerzas para embarcarse en cualquier empresa de cierta entidad era aún menor que la de Valencia. Aunque se había encontrado un nuevo comandante en lugar de Blake en la persona del joven Enrique O'Donnell, que se había dado a conocer por su valor y su osadía en las operaciones en torno a Gerona, éste disponía para las operaciones de campaña no más de siete mil hombres, y los intentos de establecer el reclutamiento despertaron la hostilidad popular y debilitaron la posición del nuevo capitán general. Pero lo cierto es que O'Donnell no resultaba atractivo como líder; lord Holland lo describía muy justamente como «inconstante, intemperante ... poco razonable e indiferente a la confianza y al carácter».[22] En cuanto a los somatenes, estaban ahora tan dedicados al bandolerismo y al pillaje que resultaban inútiles. La guerrilla seguía activa, es cierto —el 18 de diciembre de 1809, por ejemplo, el propio mariscal Augereau, comandante de las fuerzas francesas de la región, fue objeto de una emboscada cerca de Figueras cuando volvía de una breve visita a Perpiñán—, pero durante mucho tiempo la mayoría de los combates los habían librado destacamentos de tropas regulares y los tercios de miqueletes voluntarios formados al principio de la guerra por la Junta de Cataluña.

De modo que mírese por donde se mire, el cuadro es el mismo. La combinación del desafecto popular, la falta de recursos y la intriga política impedían que los ejércitos patriotas pudieran proponerse algo más que mantenerse en el territorio que aún ocupaban, uniéndose al tiempo a las guerrillas del interior para hostigar a los invasores. Peor aún, la situación se estaba deteriorando. Las expediciones apresuradamente organizadas contra Astorga, Ciudad Rodrigo, Tarragona, Valencia y Badajoz podían haber fracasado al no obtenerse las esperadas rendiciones consiguientes a la caída de Sevilla, pero Asturias y el centro de Extremadura fueron ocupados otra vez y atacaron la ciudad de Murcia, mientras que en Cataluña, Augereau infligía a los somatenes

del norte un castigo terrible, reavituallaba Barcelona y, pese a una defensa valerosa y prolongada, eliminaba la fortaleza de Hostalric, estratégicamente situada. En Aragón, mientras tanto, Suchet, tras haber capturado al joven Mina y luego de dar otros fuertes golpes a las guerrillas, que habían aprovechado la ocasión de la abortada marcha francesa sobre Valencia para molestarle todo lo posible, decidió atacar Lérida. Esta ciudad, objetivo importante cuya captura abriría el camino a la cooperación entre las guarniciones de Aragón y Cataluña, estaba bien fortificada y llena de tropas, y su gobernador, García Conde, opuso una feroz resistencia; pero en la noche del 13 al 14 de mayo sus murallas fueron asaltadas con éxito. La ciudadela, construida en una elevada colina por encima de la ciudad, pudo haber resistido algún tiempo más, pero Suchet jugó con la amenaza de manera brutal, enviando primero a la infortunada población civil al interior de las murallas a punta de bayoneta y sometiendo a continuación sus patios atestados a un bombardeo feroz. Los efectos fueron arrasadores —murieron al menos quinientas personas, muchas de ellas mujeres y niños—, y a las 24 horas García Conde se había rendido. Teniendo Lérida asegurada, Suchet se dirigió a Mequinenza, plaza que también asedió, y obtuvo su rendición el 12 de junio. Finalmente, y en ciertos aspectos esto es más importante, el 21 de marzo el cuerpo de ejército de Junot atacó Astorga, que no tenía más protección que sus antiguas murallas urbanas, y procedió a someterla a un sitio que duró un mes, en el curso del cual los españoles se distinguieron combatiendo y deteniendo un intento de asalto de sus defensas, y sólo se rindieron al quedarse sin munición.

No ha de pensarse que los españoles estuvieran ociosos en el curso de estas campañas. En las fronteras de Galicia, Mahy hizo un intento de levantar el sitio de Astorga. Del mismo modo, en Cataluña Enrique O'Donnell lanzó un ataque tras otro contra las fuerzas de Augereau, y en Vic estuvo muy cerca de obtener una victoria importante, si bien en Lérida sacó a su ejército del abrigo de las montañas de un modo un tanto arriesgado, lo que le costó un serio revés en Margalef. Mientras tanto se despachaban desde Badajoz dos divisiones del ejército de La Romana —la de Ballesteros y Contreras— al remoto Condado de Niebla, desde donde hicieron diversas incursiones y atacaron a guarniciones francesas aisladas, avanzando en un momento dado hasta llegar a treinta kilómetros de Sevilla. Al mismo tiempo, tranquilizados por la ayuda de la flota británica, en posesión de numerosos puertos seguros y bien provistos de goletas, lanchas, cañoneras y otras embarcaciones pequeñas, los patriotas estaban además capacitados para sacar provecho del poder naval. De modo que, desde finales de la primavera, La Coruña y Cádiz presenciaron la partida de diversas expediciones formadas por pequeñas unidades de tropas regulares que desembarcaban en pueblos y ciudades alejados para establecer

bases desde donde hostigar a los franceses, o lanzaban ataques por sorpresa tipo comando contra guarniciones enemigas vulnerables, como la de Santoña.

También en el interior seguía la lucha. Cabe citar, a modo de ejemplo, el caso del Empecinado. Jefe por entonces de una banda de voluntarios de al menos quinientos hombres, el 9 de marzo, el jefe castellano atacó a una columna francesa en las proximidades de Sigüenza, impidiendo además el ataque de su retaguardia por una segunda fuerza situada a la espera precisamente con tal objeto y poniendo finalmente en fuga a las fuerzas combinadas de sus atacantes. Dedicado durante algún tiempo como actividad principal a perseguir y apresar bandidos y a reclutar hombres, reapareció el 30 de junio, y obligó a la guarnición de Brihuega a refugiarse en el castillo que dominaba la ciudad. Hizo a continuación otras correrías: el 7 de julio su objetivo fue Sigüenza, el 16 de julio Brihuega y el 26 de julio Torrelaguna. Pese a estar implicado en diversas intrigas, Porlier también era sumamente activo. Por ejemplo, tan pronto como Bonet metió sus tropas en Oviedo, el jefe guerrillero cayó sobre Infiesto apoderándose de muchos prisioneros y suministros, y sus esfuerzos dirigidos a la toma de Oviedo le permitieron entrar en esta ciudad en dos ocasiones, hasta que por fin los invasores se instalaron en el interior de sus murallas.

Pese al heroísmo español, los franceses llevaban una clara ventaja. Dado que el territorio de la España patriótica se iba reduciendo gradualmente, el único modo de evitar la derrota era permitir que los británicos tuvieran un mayor papel en la lucha. Y la capacidad de Gran Bretaña para salvar a España prometía ser sumamente ajustada. Napoleón, aunque satisfecho de ver conquistado y derribado lo que quedaba de la causa patriótica, tenía su atención puesta en Portugal. Exasperado por la incapacidad de sus generales para terminar la labor, a lo largo del otoño habló de llevar un ejército a Lisboa y arrojar a Wellington al mar. Absorto en su divorcio de Josefina y en busca de una nueva prometida, al final no acudió, pero el proyecto de un ataque a Portugal no fue olvidado: el 17 de abril los cuerpos de ejército de Soult (mandado ahora por el general Reynier), de Ney y de Junot y otras varias unidades —principalmente un cuerpo provisional de batallones de refuerzo que se hallaba todavía en Francia— recibieron la designación de ejército de Portugal y se nombró comandante del mismo al mariscal Masséna. André Masséna, avaricioso, lascivo y de mala salud, se contaba aún entre los mejores comandantes de Napoleón, y tras una serie de discusiones en las que se decidió que marcharía a Lisboa por Ciudad Rodrigo y Almeida, el 26 de abril salió hacia España.

Esperaban al mariscal unos sesenta y cinco mil hombres. Pero no todo estaba bien en este ejército. El pesado tren de sitio que haría falta para abrir brecha en las murallas de las dos fortalezas que cerraban el paso estaba todavía en camino desde Francia. Junot y Ney eran de personalidad notoriamente

terca y obstinada y tenían celos el uno del otro y también de Masséna. («El emperador no cree que el mariscal Ney ni yo seamos capaces de conducir a nuestras tropas —dijo Junot a su esposa—. Estamos bajo tutela.»)[23] Estando ya el ambiente caldeado, Masséna no mejoró la situación cuando, primero, se dejó ver ataviado con uniforme de dragón y llevando la codiciada cruz de la Legión de Honor en compañía de su querida más reciente, y segundo, ofendió a Ney al interferir en su estado mayor. Al mismo tiempo, había generales de división que alimentaban diversos agravios; eran muchas las tropas formadas por reclutas sin experiencia; la moral era baja y las enfermedades se extendían. Consecuencia de ello, la campaña se inició con un ambiente de amargura. Se produjeron además graves problemas de suministros y las guerrillas causaban enormes problemas a los franceses. La tropa, escribió Pelet, jefe del estado mayor de Masséna, «nunca tenía vino o brandy y frecuentemente menos de la mitad o de la cuarta parte de la ración de pan ... y ... le faltaban cartuchos incluso desde el principio»; a todo esto, varios alemanes, suizos e italianos habían desertado de los franceses ... y todos hablaban con horror de la prolongación de la guerra en España, pues de uno en uno no se atrevían a cambiar de campo. Los guerrilleros españoles estaban al acecho para liquidarlos y últimamente se habían vuelto tan atrevidos que incluso atacaron a una masa de fuerza considerable.[24]

En consecuencia, las operaciones no empezaron hasta mediados de junio, cuando las tropas de Ney pusieron sitio a Ciudad Rodrigo. Ésta, una pequeña y bonita ciudad, se hallaba mal fortificada, pero su guarnición era muy competente y tenía abundancia de víveres y munición; el gobernador, Andrés Pérez de Herrasti, era un buen militar cuya determinación estaba fortalecida por la confianza de que podía contar con la ayuda del ejército de Wellington, cuyos elementos avanzados estaban a unos pocos kilómetros al oeste. Además se habían recibido garantías de que Wellington haría todo lo posible por ayudar a la ciudad; pero una lectura cuidadosa de las cartas del comandante británico hubiera mostrado a Herrasti que, en la práctica, esa ayuda era improbable. Wellington, al haber tenido que enviar al valle del Guadiana a doce mil de sus hombres para vigilar a Reynier, que había ocupado hasta el momento la comarca de Mérida, tenía sólo treinta y tres mil hombres en el frente de Ciudad Rodrigo. Aun siendo suficientes para enfrentarse a las fuerzas sitiadoras, cualquier acción de este tipo hubiera producido inevitablemente la concentración inmediata de tropas enemigas en número de unos cincuenta mil hombres. Por ello, incluso si el ejército angloportugués se libraba del desastre, acabaría por tener que retirarse a toda prisa y abandonar Ciudad Rodrigo a su suerte, de modo que, razonó Wellington, ¿por qué empezar corriendo el riesgo?

Como tenían los puestos avanzados de la famosa División Ligera literalmente a la vista de sus líneas, se permitió a los franceses que procedieran tranquilamente al asedio. El avance fue lento debido a las fuertes lluvias y a diversas salidas, hasta que finalmente el 25 de junio todo estuvo preparado para el bombardeo. Pelet describe la escena como sigue:

> Al amanecer todas las baterías abrieron fuego al mismo tiempo con sus 46 cañones ... Pronto los cañones disparaban desde ambos campos enérgicamente y el fragor era tremendo. Los que hasta el momento nunca habían presenciado un sitio creían que todo quedaría destruido.[25]

Enfrentado a esta cortina de fuego, Pérez de Herrasti combatió bien, siendo eficazmente apoyado por Julián Sánchez, que había sacado de la ciudad su caballería e «hizo buenos servicios lanzando frecuentes ataques junto a nuestras trincheras».[26] Las bajas francesas fueron elevadas —el propio Masséna fue herido al alcanzarle las piedras y la tierra proyectados por la explosión de una granada— y pronto faltaron vituallas y municiones. Las tropas de Ney estaban cada vez más descontentas —de hecho, se hablaba de asesinar a toda la guarnición—, pero a la larga una combinación de minas y bombardeo abrió en la parte sur del perímetro una brecha considerable. La situación de la ciudad era insostenible:

> Caían las bombas ... con gran rapidez ... En ambos campos se levantaban espesas nubes de polvo y humo surcadas por las llamas de los incendios. Los escombros ... se derrumbaban con gran ruido, y ... de vez en cuando estallaban pequeños almacenes con enormes detonaciones ... Todo lo que estaba cerca [de la brecha] había sido aplastado, arrasado y destruido. La ... devastación alcanzaba a la mitad de la ciudad.[27]

Exhausto y sin esperanza alguna, el 9 de julio el gobernador se rindió, si bien incluso entonces prolongó la situación hasta el último minuto: cuando finalmente se mostró la bandera blanca, ya empezaba a avanzar la columna organizada para dar el asalto.

La decisión de no ayudar a Ciudad Rodrigo, aunque militarmente correcta, desde el punto de vista político fue desafortunada. Muchos oficiales del ejército angloportugués criticaron que no se avanzara, y se originó entonces un ambiente de duda y desilusión que perseguiría a Wellington durante gran parte de la campaña que tenía por delante. En cuanto a los españoles, estaban furiosos. Pérez de Herrasti acusaba claramente a Wellington de traición, y la población del lugar se quejaba con amargura de que los británicos se limitaran a intentar prolongar la guerra en beneficio propio. En consecuencia, resultó favorecida la colaboración con los franceses —algunos elementos de la

guarnición estaban tan indignados que cambiaron de campo— y surgieron nuevas dudas sobre la buena fe de los británicos. De hecho, como incluso Wellington se vio obligado a reconocer, «por poco razonable que pueda parecer ... al pueblo español no le ha satisfecho en modo alguno que las tropas de su majestad hayan tomado una parte tan activa ... en la guerra como de ellos cabía esperar».[28]

Con la caída de Ciudad Rodrigo quedaba abierto el camino para la invasión de Portugal, asunto que trataremos en un capítulo posterior para considerar ahora la situación política en Cádiz. Mientras la situación militar se deterioraba día a día —la noticia del momento era que en Valencia, la arrogancia y la incompetencia de Caro habían hecho que fuera derribado por sus propios oficiales—, los preparativos para la apertura de las Cortes habían proseguido. En las zonas no ocupadas por el enemigo, las elecciones se habían celebrado con regularidad, e incluso se habían llevado a cabo también en algunas de las provincias dominadas por los franceses. Pocos detalles han llegado hasta nosotros referentes a los debates y discusiones que acompañaron al proceso electoral, ni siquiera si se produjeron algunas de las manipulaciones, falsificaciones y presiones oficiales que tan características serían del sistema político español con posterioridad. Sólo puede decirse que, al favorecer el sistema de voto indirecto la propiedad y la educación, dos tercios de los 725 electores de partido procedían del clero, y el resto de la administración, el gobierno local y los profesionales liberales (o, por decirlo de otro modo, las clases con tierras, y especialmente las que se habían beneficiado de la desamortización).

En los casos en que no hubo posibilidad ninguna de celebrar las elecciones, o donde inevitablemente se retrasarían mucho, caso de las colonias, se siguió un procedimiento diferente. Inicialmente, dichas provincias fueron representadas por diputados sustitutos elegidos por los residentes de las mismas que estuvieran presentes en Cádiz y en la Isla de León. Se organizó un censo para establecer quién podía votar en esas elecciones, y resultó que el electorado ascendía a un total de 1.334. Por pequeños que indudablemente fueran los colegios electorales provinciales resultantes, no parece que los reunidos en otros lugares de España hubieran de ser mayores, y sus asambleas desde luego no eran asuntos de poca monta, sino reuniones formales presididas por altos funcionarios. Sin contar a los treinta diputados americanos, sólo fueron elegidos de este modo 21 representantes de circunscripciones españolas, siendo el número total de escaños de las Cortes superior a trescientos. También es significativa la composición social del cuerpo de diputados. De los 185 diputados elegidos por las provincias metropolitanas (en oposición a las juntas provinciales y a las ciudades representadas en las asambleas del antiguo régimen), 42 eran funcionarios, 61 eclesiásticos, 16 oficiales del ejército,

23 de profesiones liberales, 10 nobles o terratenientes (aunque hay que tener en cuenta las anteriores observaciones), y los 33 restantes, desconocidos. Considerando en conjunto todas las categorías de diputados, alrededor de dos tercios del total pertenecían al clero. En contraste, los comerciantes y fabricantes escaseaban, y el pueblo estaba completamente ausente.

Se ha prestado especial atención a estos asuntos debido a la controversia que siempre ha ido unida a las elecciones de 1810, y más aún a los acontecimientos posteriores. Al abrirse las Cortes, como ya hemos visto, enseguida quedaron presas de un orden del día radical. Para quienes eran hostiles a su labor, esto era producto de la fuerza, el engaño y las circunstancias: Cádiz, poderosamente influida por la Ilustración, era la única ciudad de España en que se podía levantar a la multitud a favor de una reforma radical; la comunidad mercantil controlaba el gobierno; se había atropellado el principio de la representación estamental; y el interior, supuestamente conservador, estaba infrarrepresentado por diputados suplentes elegidos por medios no democráticos y de entre elementos que probablemente simpatizaran con la política revolucionaria. En contrapartida, para los historiadores liberales y marxistas, el panorama es muy distinto: lejos de tratarse de una minoría no representativa que había obtenido el poder de modo sucio, el movimiento político que llegó a ser conocido como los liberales era más bien un grupo apoyado por todo el peso de la opinión pública y, más concretamente, de una revolución burguesa española.*

Pero, en realidad no se puede defender por completo ninguna de las interpretaciones. En tales argumentos está implícito el concepto de un choque frontal entre revolución y contrarrevolución. Pero en 1810 sólo una pequeña minoría tendría tal percepción de las circunstancias. Así, considerando la cuestión de si las Cortes habían de tener una cámara o dos, podemos hallar a hombres de tendencias claramente progresistas —el ejemplo más evidente es José Blanco y Crespo, liberal de opiniones tan heterodoxas que se indispuso con la camarilla que llegó a dominar la política gaditana y tuvo que exiliarse a Inglaterra, donde adoptó los apellidos de Blanco White— que apoyan la tesis bicameral, y a hombres tradicionalistas partidarios de la alternativa unicameral. Exactamente del mismo modo, si el principio de la soberanía popular recibió tanto apoyo, se debió a que muchos tradicionalistas creyeron que las abdicaciones de Bayona habían quebrantado leyes fundamentales según las cuales cualquier cambio sucesorio había de ser sometido a Cortes.

* Al igual que «guerrilla», «liberal» (en su sentido político) es una palabra que entró en las lenguas inglesa y castellana durante la guerra de la Independencia: se llamó «liberales» a los elementos del grupo más progresista de las Cortes debido al frecuente uso que hacían de las palabras «liberar» y «libertad».

Tampoco son de gran ayuda los argumentos de naturaleza social o geográfica. Uno de los pocos fabricantes que había entre los diputados —el catalán Salvador Vinyals— resultó ser architradicionalista, y uno de los pocos aristócratas con título —el conde de Toreno—, un destacado liberal. En cuanto a los eclesiásticos, el hecho de que muchos de ellos fueran jansenistas —grupo reformista que en el seno de la Iglesia católica deseaba, entre otras cosas, una reducción del poder del Papa en beneficio de los obispos— y miembros del clero secular garantizaba un apoyo considerable del clero al programa radical. Finalmente, hay pocas pruebas claras de que hombres debidamente elegidos en las dos Castillas o en Navarra hubieran votado en 1810-1812 en sentido distinto al de los suplentes que ocuparon su puesto en Cádiz. En cualquier caso, estos últimos en modo alguno formaban una fuerza unida: si bien entre ellos se contaban los líderes liberales Agustín Argüelles, Manuel García Herreros y Evaristo Pérez de Castro, también estaban presentes el reaccionario peruano Blas Ostolaza y Francisco Eguía, un general borbónico muy a la antigua usanza que en 1814 tendría un destacado papel en la restauración del absolutismo. Es más, incluso si la importancia concedida a la cuestión de los suplentes no es tan desmesurada como parece, equilibraba la situación el hecho de que las dos provincias con mayor número de diputados —Galicia con veintitrés y Cataluña con veinte— contaran con delegaciones acentuadamente tradicionalistas.

De hecho, la respuesta a esta pregunta se halla en algo tan sencillo como la confusión. En Cádiz eran tres los programas que se ofrecían, si bien en gran medida esto, sencillamente, no se apreciaba. De las tres posiciones presentes en las Cortes, la más coherentemente expresada y argumentada era la de los liberales. Estaba apuntalada por una combinación clásica de perspicacia política e intereses económicos. Una creciente minoría influida por Rousseau y por Smith había llegado a afirmar la necesidad de una profunda renovación de la sociedad; el punto de partida de su teoría era que, en la Edad Media, España había disfrutado de un período de libertad —y por ende de felicidad— luego eclipsado por siglos de despotismo. Para restaurar esta «Edad de Oro» era preciso tener en consideración las normas básicas que en su opinión gobernaban la conducta humana; la primera, que todos los hombres estaban entregados a la búsqueda de la felicidad; la segunda, que la única medida posible de la felicidad era la riqueza material; y la tercera, que todos los hombres habían sido creados iguales. Se continuaba diciendo que era función del gobierno la creación de una sociedad en que todos los hombres pudieran perseguir la prosperidad sobre una base de igualdad, lo que requería a su vez que todos los hombres disfrutaran de igualdad ante la ley y tuvieran pleno derecho a adquirir, poseer y disponer libremente de propiedades a su antojo. Sin embargo, debido a la guerra todo esto era doblemente importante, pues los

liberales afirmaban que el pueblo se había levantado contra los franceses no en apoyo de los derechos del despotismo, sino para recuperar su propia libertad perdida. Así pues, vistas de este modo, las Cortes se convertían, según una publicación del momento, en la recompensa por la constancia y el heroísmo de la nación española, que habiendo obtenido la libertad a costa de generosos sacrificios, se había ganado el derecho a romper las cadenas de la tiranía, tanto extranjera como nacional.[29]

Según la retórica liberal, España había obtenido tanto éxito en la guerra gracias al pueblo, de lo que se desprendía, primero, que las clases privilegiadas habían perdido su derecho a la preeminencia, y segundo, que la reforma era la clave de la victoria, atribuyéndose cada derrota al fracaso en el mantenimiento de este impulso, con lo que la devoción popular se mantenía al rojo vivo. Citando a Argüelles:

> La reforma era ... parte esencial de la misión de aquel congreso. Circunstancias inseparables de una insurrección popular ... imprimieron en ella el talante, que desplegó desde su mismo origen [y] que conservó en su desarrollo ... Pero aunque así no fuera, la reforma era arma que no podía menos de emplearse contra un conquistador tan sagaz como atrevido, que también la usaba para someter a la nación.[30]

Pero la reforma era necesaria no sólo en el presente, sino también para el futuro, pues sólo así podría salvaguardarse ahora y siempre la independencia de España. Como posteriormente proclamaría un periódico liberal:

> Los españoles pelean por ser independientes, por ser libres. ¿Y basta para conseguir estos dos grandes objetos derramar su sangre, afrontar la muerte, y exterminar a los franceses? Supongamos que sean arrojados éstos de nuestro territorio: si la virtud, si el amor bien entendido a la patria, si el convencimiento de , lo que debemos ser, no nos ponen en un estado respetable, hijo de la Ilustración, sin la cual no puede haber naciones sino horda de salvajes; si no establecemos un sistema de gobierno afianzado en leyes justas, sabias y benéficas; si no desterramos de entre nosotros una multitud de errores de todas clases que nos han tenido embrutecidos ... ¿podremos cantar victoria y creernos a salvo de las tentativas nuevas del usurpador, o de cualquier otro poder que intente tiranizarnos?[31]

Sin embargo, en la España del antiguo régimen la libertad era imposible, pues la libre propiedad estaba bloqueada por la propiedad a perpetuidad de extensas tierras por parte de la Iglesia y la nobleza, y la libertad de ocupación por obstáculos como la influencia de los gremios y el monopolio de la nobleza sobre el acceso directo al cuerpo de oficiales. Además no había apariencia de igualdad ante la ley, dado que tanto la Iglesia como la nobleza, el ejército,

las órdenes militares, los gremios y las provincias vascas gozaban de sus propios fueros, y la Mesta —confederación de propietarios de ganado ovino— tenía derecho a cruzar con sus ganados las tierras a lo ancho y a lo largo sin estorbo ni obstáculo, y aún había grandes zonas gobernadas por la jurisdicción señorial. Lo que se requería, en consecuencia, era la destrucción de cualquier forma de privilegio, la creación de un mercado libre de la tierra con todos los derechos de propiedad correspondientes, la venta de las tierras de la Iglesia, la abolición de todas las restricciones a la actividad económica y la creación de un estado unitario. También era vital una constitución escrita que garantizase las reformas básicas, impusiera límites al poder de la monarquía y se cuidara de la representación del pueblo con criterios de proporcionalidad y no de privilegio (en consecuencia, los antiguos estamentos serían barridos a favor de una asamblea unicameral). Finalmente, la Iglesia había de ser reformada para reducir el poder del papado y librarla de la Inquisición y de las órdenes religiosas, haciéndola así al mismo tiempo más «nacional» y menos gravosa.

En cierta medida, el liberalismo español parece un modelo de altruismo patriótico, pero de hecho recortaba claramente los intereses de destacados elementos de las clases acomodadas. Pese a todas sus apelaciones al pueblo, pocos incluso entre los más radicales podían concebir que participase directamente en la política. A los liberales, producto de una élite cultivada, les aterrorizaban las muchedumbres sin gobierno que habían derribado el antiguo orden, estaban decididos a defender la propiedad privada y sus argumentos eran reflejo de poderosos intereses económicos. De modo que en 1808 España presenciaba la aparición de una próspera oligarquía de notables que, aun siendo con frecuencia de origen aristocrático, en la práctica debían su estatus a las inversiones comerciales. Estos nuevos ricos, fortalecidos por el flujo de riqueza que trajo la bonanza comercial de finales del siglo XVIII, se habían propuesto capitalizar su prosperidad por medio de la adquisición de estatus, tierras y destinos, y se beneficiaron en gran medida de la desamortización, adquiriendo además sólidos intereses como acreedores del gobierno (era en gran medida su dinero el que había financiado las grandes emisiones de papel moneda en que Godoy se había apoyado cada vez más). Claramente, pues, la creación de un libre mercado de la tierra adquiría un significado nuevo, pues implicaba la entrada en el mercado de propiedades enormes que antes nunca habían sido asequibles. España, en resumen, tenía que ser reordenada en beneficio de una nueva élite, y en realidad el muy alabado pueblo español apenas contaba para el futuro por el que se suponía estaba combatiendo.

Entre este programa y el de la segunda postura que salió a la luz en los debates de 1808-1810 había un terreno común sorprendentemente extenso, y ello pese a que dicha segunda postura en lo esencial puede ser considerada

legitimista. Como hemos visto, antes del levantamiento España había sido un bastión del absolutismo ilustrado. En el curso del levantamiento de 1808, muchos de los ministros y funcionarios que habían sido activos partidarios de esta tradición otorgaron su lealtad a José Bonaparte, si bien algunos escogieron la causa patriótica, siendo Jovellanos y Floridablanca los más notables de entre ellos. A la muerte de este último en diciembre de 1808, pasó a ser representante principal de esta tendencia Jovellanos, y fue en gran medida su influencia, en tanto que uno de los representantes de Asturias, lo que ha permitido que algunos observadores acusen a la Junta Central de conservadora e incluso de contrarrevolucionaria. Aunque en realidad Jovellanos compartía muchas de las concepciones liberales. Muy influido por Adam Smith, siempre había condenado fenómenos como los mayorazgos, la prohibición de los vallados en beneficio de los derechos de los ganaderos y la supervivencia de la propiedad comunal. Jansenista, había favorecido además la hispanización de la Iglesia y la abolición de la Inquisición (o por lo menos la transmisión de sus poderes al episcopado). Al igual que los liberales, se oponía a los privilegios provinciales, y por encima de todo tenía un profundo compromiso con el progreso de la ciencia y la educación y requería la libertad de prensa, la reducción del analfabetismo y más estudio de la agronomía y la economía. Sin embargo, en su análisis político Jovellanos difería de los liberales. Igualmente aterrorizado por las revoluciones francesa y española e incapaz de concebir una sociedad que pudiese funcionar sin la guía de la nobleza y de la Iglesia, nunca defendió la abolición de los mayorazgos en sí, y sugería meramente su limitación. Al mismo tiempo, aún deseaba menos que se produjese una nueva concentración de la tierra en manos de oligarcas ricos, considerando más bien la creación de un campesinado asentado y próspero. Enfrentado a los acontecimientos de 1808, estuvo de acuerdo en que la nación reasumiera la soberanía, si bien quiso equilibrarlo manteniendo el principio bicameral y oponiéndose al programa radical de reformas políticas e institucionales que proponían los liberales. De hecho, para Jovellanos España ya disponía de una constitución en forma de las leyes fundamentales heredadas del período medieval y de todo lo preciso para abolir el despotismo y restaurar aquéllas.

Aun siendo prudente, este programa presentaba un notorio contraste con el del partido tradicionalista, que había surgido como tercer elemento principal de la política patriótica. Pese a haber sido barridos todos sus sueños de una monarquía títere al derrocar Napoleón a los Borbones, pese al estallido de un levantamiento general que fueron incapaces de controlar, pese a la eliminación de José Palafox y pese, finalmente, a la formación de la Regencia, seguía siendo una fuerza poderosa que incluía a destacados elementos del clero y de la nobleza. A fin de minar los argumentos a favor de un cambio radical insistían en que el levantamiento era una cruzada por la Iglesia y por el

rey; su táctica consistía en pedir por una parte que las Cortes se centraran en el esfuerzo bélico mientras por otra interpretaban la reforma como una vuelta a la tradición española. Un ejemplo de los muchos defensores de este programa era Juan Pérez Villamil, el alto funcionario que había ayudado a redactar el célebre bando de los alcaldes de Mostoles consecuencia del Dos de Mayo (véase p. 79). Para Pérez Villamil, aun estando tan enamorado del heroísmo popular como los demás liberales, el pasado todavía tenía validez, y la libertad —y, claro está, una Constitución— se hallaba en la existencia de las leyes fundamentales heredadas del pasado. Éstas, lejos de ser derribadas por la introducción de peligrosas innovaciones foráneas —los tradicionalistas defendían constantemente que las ideas de los liberales estaban copiadas de la Revolución Francesa—, más bien se verían reforzadas. Volvemos, pues, a la postura adoptada por Jovellanos, pero en cualquier caso sería erróneo pensar que Pérez Villamil estaba de acuerdo con él. Por el contrario, para Pérez Villamil y sus compañeros, el reformismo monárquico que el antiguo ministro representaba era un cáncer en la misma medida que las ideas de los liberales, y la solución era volver el reloj atrás: en 1810, por ejemplo, encontramos a Francisco Javier Borrull, futuro diputado tradicionalista, no sólo defendiendo los derechos de la nobleza, sino incluso solicitando la restauración de los fueros valencianos eliminados en 1707 por Felipe V.

El problema era que estas tres posturas, además de tener mucho en común —al fin y al cabo todas ellas coincidían en afirmar la soberanía del pueblo, denunciar el «despotismo ministerial» y clamar por la vuelta a una mítica «Edad de Oro» medieval—, hacían uso de un discurso común, siendo de rigor que todos los partidos adornaran sus discursos y folletos con interminables referencias a una enorme cantidad de precedentes medievales. De modo que para los neófitos en política que en el otoño de 1810 atestaban Cádiz y la Isla de León, era de lo más fácil caer en la trampa de la cooptación y la manipulación, y más aún dado el general deseo de reformas: casi todos los «informes sobre Cortes» requeridos por la Junta Central solicitaban que éstas se celebrasen y manifestaban especial interés por la introducción de cambios en el estamento militar, siendo general el acuerdo sobre lo necesario de subordinar a los militares al poder civil, sobre la exclusión del ejército de la administración, sobre la apertura del cuerpo de oficiales a todas las clases de la sociedad y sobre la supresión de los numerosos privilegios del ejército. Más allá de esto, es cierto, apenas había acuerdo, pero los diputados podían ser fácilmente convencidos de la necesidad de votar a favor de quienes proponían las respuestas más radicales a problemas que, al fin y al cabo, eran radicales. Bastaba con una oratoria brillante y cierto nivel de organización política, aspecto éste en que los liberales estaban bien provistos. Pues los mejores oradores de la asamblea, y muy especialmente el diputado asturiano Agustín Argüelles,

eran todos ellos liberales, y además en muchos casos hacía años que se conocían entre sí. Argüelles, Toreno y el mejor dotado de sus muchos aliados de la prensa, Alvaro Flórez Estrada, cuyo periódico, *El Tribuno del Pueblo español*, llegaría a ser el portavoz con menos pelos en la lengua de la causa liberal, habían estudiado en la Universidad de Oviedo, como también lo habían hecho el algo más moderado Ángel de la Vega Infanzón y el alto funcionario de Hacienda José Canga Argüelles. Estos hombres formaban un grupo estrechamente unido; se reunían con regularidad fuera de las Cortes, tenían un orden del día preciso, planeaban sus tácticas con antelación y tenían una confianza implícita entre sí, por lo que enseguida pudieron establecer alianzas con diputados de actitudes semejantes como los eclesiásticos progresistas Juan Nicasio Gallego, Diego Muñoz Torrero y Joaquín Lorenzo Villanueva. Por medio de sus antiguas relaciones con la comunidad mercantil —al fin y al cabo muchos de ellos residían en Cádiz desde el principio del asedio— tenían además un gran poder de convocatoria. Pues, como siempre han afirmado los críticos tradicionalistas, las tribunas para el público solían estar atestadas de gente pagada para aplaudir a los oradores liberales y desacreditar a sus adversarios, dándose el caso de que uno o dos de ellos casi fueron linchados, de modo que incluso algunos liberales llegaron a alarmarse ante «el desorden con que los concurrentes a las galerías tomaban parte y ejercían influjo en las deliberaciones de las Cortes».[32]

Lo que importaba, pues, era la disciplina, la organización y el apoyo económico. Contando con tales ventajas, el pequeño grupo de ideólogos especialmente capaces —lo único con lo que podía contar el liberalismo español— fue capaz de imponer su voluntad a unas Cortes confusas y divididas, y de ganarse una y otra vez el apoyo de la masa de diputados comprometidos con el principio reformista pero carentes de ideas claras en cuanto a qué había de suponer la reforma. Así fue como las Cortes emprendieron el proceso que llevaba en sí la Constitución de 1812. Se puso gran énfasis en la idea de que este documento era un reflejo de la tradición, pero no era cierto: pese a todas las afirmaciones de los liberales, la Constitución se halla firmemente enraizada en la Ilustración, por establecer, como hizo, todas las libertades civiles básicas, exceptuada la religiosa, y dar en líneas generales un fuerte golpe a los privilegios corporativos. De modo que las propias Cortes, siendo bicamerales, no reconocían los estamentos, sino que tenía que haber igualdad ante la ley, libertad de oportunidades económicas y de empleo e iguales obligaciones en lo referente a los impuestos y al servicio militar. A todo esto, se declaraba el principio de la separación de poderes, la nación afirmaba su soberanía y al poder regio se le ponían las más severas restricciones. De modo que, en realidad, el poder pertenecía a las Cortes, que tenían que reunirse cada año y disponer del control total de los impuestos, así como de un papel

dominante en la legislación. Y finalmente, mas no por ello menos importante, no se permitirían cambios en la Constitución durante al menos ocho años, a la espera de que en cuanto volviese del exilio, Fernando jurase lealtad a todo el documento.

La Constitución, aun siendo hostil al trono, buscaba en muchos aspectos los objetivos del absolutismo ilustrado del siglo XVIII. Así, se eliminaron los privilegios provinciales y España fue declarada un estado unitario, y su gobernación fue completamente remodelada. El rey sería asistido por un Consejo de Estado cuya composición se establecía por ley, y la red de consejos que anteriormente ocupara la cima de la administración y de la justicia era sustituida por siete nuevos ministerios. Dado que los impuestos habían de establecerse de modo equitativo y proporcional, se desprendía de ello que la nobleza y la Iglesia, al igual que provincias favorecidas como los territorios vascos, perderían sus exenciones fiscales y tendrían que contribuir con una proporción correspondiente de sus ingresos. Y, en contraste con la confusión que caracterizó al antiguo régimen, la uniformidad también caracterizaría al gobierno local y a la administración de la justicia. De modo que en lo sucesivo España se dividiría en provincias de parejo tamaño administradas por gobernadores civiles, denominados «jefes políticos», ayudados por consejos electos. También electos serían los consejos que gobernarían cada localidad, completándose el conjunto con un sistema unitario de tribunales de justicia que permitía prever la existencia de un Tribunal Supremo en Madrid, de un tribunal de distrito en cada provincia y de un magistrado a sueldo en cada distrito.

Desde luego, al hacer aprobar este programa los liberales no pudieron actuar totalmente a su antojo. El número de tradicionalistas acérrimos presentes en la asamblea podía ser relativamente escaso, pero no les faltaba coraje, y además el trato hasta cierto punto suave aplicado al obispo de Orense, a quien simplemente se le permitió retirarse a su diócesis, les había resultado estimulante. Como un liberal enunciaba sobriamente:

> No parece sino que pesaba más que la nación entera el obispo de Orense ... Estalló un partido favorable a su resentimiento, y contrario a la patria: quizá desde entonces se fue preparando la discordia que degeneró más adelante en guerra civil. ¿Qué fueron sino semillas de intestina lucha la obstinada resistencia de aquel prelado a jurar lisa y llanamente la obediencia a las Cortes?[33]

Tampoco les faltaba talento a los enemigos de los liberales. En vez de simplemente oponerse sin más a la reforma, por ejemplo, clérigos tradicionalistas como Francisco Javier Borrull, Pedro de Inguanzo y Jaime Creus utilizaron argumentos de Montesquieu a favor de una monarquía mixta para defender los privilegios de la nobleza y presionar en pro de una segunda cámara, y además con frecuencia hicieron en el debate un papel impresionante.

Mientras tanto, los autores de folletos tradicionalistas empezaron a publicar periódicos que se oponían abiertamente a los liberales y emitieron una serie de mordaces críticas del comportamiento militar español que denigraban el concepto de «guerra popular» e insistían en el criterio de que las Cortes no tenían que perder el tiempo con la reforma política, sino que habían de dedicarse al esfuerzo bélico. De todos modos, aún hubo otros personajes que prefirieron el camino del enfrentamiento abierto: el regente depuesto, Lardizábal, por ejemplo, provocó una tormentosa polémica al publicar una airada denuncia de las Cortes en que negaba su legitimidad, se oponía al principio de la soberanía popular y afirmaba que estaban dominadas por una facción de suplentes no representativos, mientras que el marqués del Palacio había renunciado al mando por no formular el juramento de lealtad exigido por el decreto del 24 de septiembre de 1810.

Pero los tradicionalistas (o los «serviles», como empezó a llamárseles) pronto descubrieron que no tenían poder. En consecuencia se dedicaron a la intriga, lo que no es de extrañar. Tan pronto como abrieron las Cortes y hubo renunciado la Regencia de Castaños, los liberales se aseguraron de que fuera sustituida por una corporación anodina formada por el general Blake y dos oscuros almirantes llamados Ciscar y Agar. Evidentemente, la mejor esperanza de los serviles para restituir el equilibrio político era gestionar un cambio, y pronto descubrieron unos aliados bien dispuestos en los agentes de la infanta María Carlota, esposa del príncipe regente de Portugal. Esta hermana de Fernando VII, a quien se llamó «la Carlota» y también la princesa de Brasil, era una mujer dura y decidida que se tomó la conservación de todos los derechos y prerrogativas del trono español como un deber, albergando al mismo tiempo sueños de una monarquía ibérica que uniera Portugal, España y toda la América Latina. En consecuencia, desde 1808 estuvo planeando la creación de una regencia en España y ser ella misma quien la encabezara. Al establecerse la Regencia, sus esfuerzos se redoblaron, y los serviles, como era previsible, los recibieron con los brazos abiertos, intentando al mismo tiempo obtener el apoyo de los británicos, de quienes se sabía que estaban muy disgustados por el fracaso de las Cortes en la cobertura de las necesidades militares de España. Se quejaba Wellington:

> Tengo la impresión de que las Cortes padecen la enfermedad nacional en igual medida que el resto de las autoridades; consiste en jactarse de la fuerza y el poder de la nación española hasta quedar perfectamente convencidos de que no están en peligro; y entonces se sientan tranquilamente y se abandonan a su indolencia nacional.[34]

La causa principal de la insatisfacción de Wellington era una cierta sensación de alarma de índole ideológica. Como escribió a Henry Wellesley, «temo que las Cortes estén convirtiéndose en una asamblea nacional».[35] Pero

incluso así no hay duda de que había acusaciones a las que los liberales tenían que responder. Sin tener en cuenta que la Constitución de 1812 mostró estar afectada por males que dificultaban mucho su aplicación, como reconocía incluso el muy progresista Blanco White.

> Según él los debates de las Cortes, aun siendo ricos en sabiduría y en ideas, más parecían conversaciones que debates. En un solo día se trataban los asuntos más diversos, a veces al arbitrio de cada diputado, y no se había establecido que no pudiera tratarse ningún asunto ajeno a la moción, que un orador no pudiera interrumpir a otro y que un diputado sólo pudiera manifestarse una vez sobre cada tema.[36]

Todavía peor era el hecho de que la situación militar siguiera deteriorándose. Parafraseando una publicación del momento, para los liberales la Constitución era el más formidable ejército a que tenían que enfrentarse los franceses, pues había transformado a una horda de salvajes en una nación de hombres libres.[37] Pero en la práctica, las reformas que se suponía mejorarían el destino de España apenas cambiaron nada. De modo que los folletistas serviles disponían de los argumentos más obvios para socavar por completo el proyecto liberal. Citando a *El Ciudadano Imparcial*,

> venía a decir que si el tiempo que muchos hombres educados habían dedicado hasta el momento a los frailes y a la Inquisición lo hubieran dedicado a alertar a la nación, a cuidar de su subsistencia, a organizar sus ejércitos y a proveerlos de ropa, comida y armas, sin lugar a dudas hubiera habido más entusiasmo en las tropas, más deseo de servir, menos deserciones, mejor disciplina y menos indulgencia con los criminales, a quienes se consideraba pobres víctimas del hambre y la pobreza.[38]

También en este caso Blanco White, que en seguida empezó a ser objeto del odio de sus antiguos amigos, se hizo eco de tales opiniones. Así, al condenar la «total falta de atención al perfeccionamiento del ejército español» por parte de las Cortes, se lamentaba:

> Es una verdad que clama al cielo. Difícilmente puede el espíritu humano concebir la idea de juzgar y discutir cómo y con quién ha de casarse Fernando VII, teniendo ante sí las Cortes un ejército desorganizado, incapaz de hacer nada en pro de la causa ... que por su falta de disciplina es el hazmerreír de sus enemigos ... ¿Qué han hecho las Cortes en lo que a este asunto se refiere, que por así decirlo es el único que llama clamorosamente su atención?[39]

Lo que empeoró las cosas fue que, a ojos de muchos críticos, el temor a la reacción llevó enseguida a los liberales a imponer un reglamento que reducía el poder de la Regencia a la nada. Citando de nuevo a Blanco White:

> Han actuado muy bien al derrocar la Regencia que con tan malas artes quería impedir su reunión, pero han actuado muy mal al formar a continuación un poder ejecutivo muy débil. Querían conservar el poder soberano, pero lo han perdido para sí y para su criatura, el poder ejecutivo.[40]

Para los partidarios de la princesa de Brasil esto era, desde luego, un don caído del cielo, pues permitía a los panfletistas tradicionalistas afirmar que la raíz de los males de España era la debilidad del gobierno, de lo que se seguía que hacía falta una regencia fuerte encabezada por un miembro de la familia real. Según se decía en una publicación de la época:

> por malo que fuera nuestro anterior modo de gobierno, no teníamos que haberlo cambiado en un momento tan crítico. Pero ya que lo hemos hecho, hubiéramos debido preferir una constitución que, aunque quizá no fuera la más libre, por su condición sí debería de ser la más enérgica. Y sin embargo hemos hecho lo contrario. Decimos que la nación entera no ha de dedicarse sino a la guerra, pero queremos pasar esta guerra sin someternos nosotros mismos a la disciplina severa de un gobierno militar y holgazaneando bajo el gobierno de una democracia que se parece mucho a la anarquía y que es incapaz de mantener el buen orden y la tranquilidad.[41]

A la larga, como veremos, estas disputas acabarían con los liberales, pero la destreza de sus líderes era tal que a corto plazo les vencieron fácilmente. Aprovechando que la princesa era una conocida adversaria de los británicos, insinuaron que se ofrecería a Wellington el mando de los ejércitos españoles —objetivo constante del marqués de Wellesley, que era ahora secretario de Exteriores—. A todo esto, cuando por fin la crítica de la deteriorada situación española se hizo demasiado intensa para ignorarla, tomaron la medida extremadamente inteligente de dar un golpe preventivo sustituyendo a Blake y a sus colegas por una nueva corporación de cinco hombres que encabezaba el duque del Infantado (éste, conocido servil, difícilmente despertaría las protestas de los tradicionalistas, y al mismo tiempo no suponía un peligro, pues se sabía que era indolente e ingenuo).

En términos políticos, pues, los liberales estaban capacitados para mantener el control de la situación. Y no eran tan negligentes como sus oponentes suponían. Nada más reunirse las Cortes, por ejemplo, decretaron una nueva leva de ochenta mil reclutas, mientras que en marzo de 1811 adoptaron con toda firmeza el principio de que el servicio militar fuera universal. También se hicieron esfuerzos varios por mejorar la calidad de las tropas, muy especialmente creando un cuartel central de instrucción en la Isla de León, y en un cambio de mayor entidad se despojó a los ejércitos de sus antiguas denominaciones territoriales.* Se pusieron en marcha además una serie de reformas

* Las fuerzas de Cataluña se convirtieron en el Primer ejército; las de Valencia, en el Segundo; las de Murcia, en el Tercero; las de Cádiz, en el Cuarto; las de Extremadura, en el Quinto, y las de Galicia, en el Sexto.

con vistas a restaurar el orden en las colonias, y en ningún momento dejaron los diputados y panfletistas liberales de predicar la necesidad de una guerra total contra los franceses y de intentar avivar el entusiasmo popular por la lucha. Finalmente, aunque no menos importante, la desamortización, que era el núcleo de su política social y económica, se había convertido en el medio que permitía financiar la guerra, pues sólo gracias a la expropiación y venta de las tierras de la Iglesia y de los municipios pudo obtener el Estado los ingresos que necesitaba.

Pero a fin de cuentas, todo esto es secundario. La nueva Regencia era, si cabe, peor que la anterior. Como lamentaba García de León y Pizarro:

> El despacho de la Regencia era un cuadro doloroso ... Siempre frivolo Infantado, distraía todas las discusiones con cosas inconexas, y se ocupaba en mirar su sable, el bordado, una estampa o cosa semejante ... Villavicencio, hombre poco apegado a la justicia, estaba siempre paseándose y fumando en un retrete que había detrás del despacho, y cuando oía algo relativo a la marina, salía, se sentaba y regularmente arrancaba una resolución injusta. Abisbal tenía más chispa, pero sin nada de juicio; y mientras Wellesley pudiera ofrecerle doscientos pares de zapatos para la tropa, ya no había que pensar en que rehusase ni el sacrificio del honor ni el del decoro de su patria, y mucho menos los intereses públicos ... Mosquera era puntual, trabajador, honrado, lo que no eran los otros; pero sus estudios se reducían a unas malas leyes góticamente estudiadas ... No hablo de Rivas, porque éste, aunque de mala intención, era insignificante.[42]

En el momento en que se instalaba la nueva Regencia, en enero de 1812, la situación de la España patriótica había empeorado aún más. Los liberales, habiendo compartido el poder en Cádiz, no podían eludir sus responsabilidades, mientras que lo contradictorio de las diversas medidas que como veremos introdujeron en el período subsiguiente a la promulgación de la Constitución el 19 de marzo de 1812, les garantizaba que aún seguirían hundiéndose más. En definitiva, España se salvaría del desastre, pero los liberales no. Comprometidos con la ficción de que la lucha contra Napoleón era una guerra popular, tuvieron que justificar su revolución en términos militares. Pero al no ofrecer nada al pueblo, fueron incapaces de despertar el tipo de entusiasmo con que soñaban. De momento la revolución continuaría, pero en realidad los liberales estaban condenados.

Capítulo 12, TORRES VEDRAS: LA DEFENSA DE PORTUGAL, JULIO DE 1810-MARZO DE 1811

El aire estaba cargado de un pesado hedor. Nada se movía en las calles llenas de basura, excepto algunos perros hambrientos que se disputaban a ladridos los cadáveres que yacían por doquier. Al entrar en la población, los soldados británicos se miraron unos a otros con horror. Aun siendo veteranos endurecidos, nada de lo que habían visto les había preparado para esto. Al parecer, había sido masacrada toda la población. La mayor parte de las casas estaban reducidas a ruinas ennegrecidas, y las pocas que se mantenían en pie contenían aún más cadáveres, muchos de ellos con señales de tortura o violación. En las iglesias se había destruido lo que no se pudo incendiar y hasta las propias tumbas habían sido profanadas, y habían dispersado su contenido o lo habían dispuesto en actitudes grotescas. En cuanto a objetos de valor, no quedaba ni uno, los franceses habían saqueado el lugar. Por doquier se veía el humo de otros pueblos destruidos y, para añadir horror a la situación, empezaron a presentarse esqueletos ojerosos que buscaban desesperados comida y refugio. Por espantosas que fueran, también éstas eran señales de las victorias de los aliados. En el mismo paquete que el salvajismo que afligió a los desgraciados habitantes de poblaciones como Venda Nova, Pombal y Leiria en marzo de 1811, se incluía un invierno de sufrimientos que había quebrantado al ejército de Portugal del mariscal André Masséna y que terminó con una campaña que había ofrecido esperanzas de victoria. Para comprender el triunfo de Wellington hemos de volver a 1809. El comandante británico se percató de que la derrota de Austria en Wagram supondría casi sin lugar a dudas la invasión de Portugal. Pero Wellington no temía tal panorama, pues estaba convencido de que, a no ser que los franceses acudieran con una fuerza totalmente arrolladora, dicha invasión podía ser rechazada. En contrapartida, sus jefes políticos eran menos optimistas, pero, como no podían abandonar

Portugal sin más, permitieron que Wellington actuara en gran medida a su antojo. En lo esencial, su plan se iniciaba con la integración de las fuerzas portuguesas en las suyas, lo que le permitiría plantar cara a los invasores y rechazarlos desde el principio; con tal objetivo estaba reforzando con reductos y otras fortificaciones cierto número de posiciones defensivas situadas a lo largo de las carreteras desde la frontera. De todos modos, si los defensores no podían detener a los franceses, retrocederían hasta Lisboa, que Wellington planeaba cubrir con un sistema inexpugnable de obras defensivas —las famosas líneas de Torres Vedras—, privando al mismo tiempo al campo de sus recursos y movilizando una guerra de guerrillas. Con los franceses obligados a detenerse y su forrajeo restringido, la victoria estaba garantizada. Aunque pudieran recibir por la frontera convoyes de víveres y refuerzos con algunas dificultades, era improbable que lograsen reunir hombres suficientes para conseguir la ruptura. E incluso si lo hacían, podía recurrirse a todo el ejército de campaña para rechazarlos, pues Wellington planeaba dejar en sus fortalezas como guarnición sólo a los hombres de la milicia. Es cierto que se hicieron preparativos para la evacuación desde el puerto de Sao Julio, al suroeste de Lisboa, pero no parecía probable que fuera necesaria la línea de fortificaciones posteriormente levantada para proteger este refugio. Con las líneas que era imposible flanquear, el Tajo que era imposible cruzar y los aliados capacitados para aprovisionarse por mar de modo ilimitado, antes o después los franceses tendrían que retirarse.

Aunque no carecía de defectos, este plan era uno de los esquemas defensivos más perfectos que cabía diseñar. Pues ateniéndose a los hechos —primero, que los franceses sólo podían conquistar Portugal conquistando Lisboa, y segundo, que en la práctica sólo podían llegar a Lisboa por el norte—, explotaba a la vez la situación geográfica de la capital portuguesa y la pobreza del campo portugués en general, al mismo tiempo que ponía en marcha reacciones a la invasión de tipo tradicional, como la *Ordenança* y la devastación del campo, siguiendo una política de tierra quemada (táctica semejante a la que se había utilizado contra los españoles ya en 1762). En consecuencia, y pese a las graves preocupaciones que su ejército le causaba, Wellington estaba tranquilo y seguro. Como escribió a lord Liverpool el 14 de noviembre de 1809:

> Por todo lo que he llegado a saber sobre las actuales fuerzas del enemigo en la Península, opino que a no ser que los ejércitos españoles tropiecen con algún descalabro importante, el enemigo no puede atacar Portugal; y [que] si los acontecimientos en España permiten al enemigo realizar tal ataque, las tropas presentes en Portugal son capaces de defender el país. Si de resultas de la paz en Alemania el ejército del enemigo en la Península fuera ampliamente reforzado, es evidente que dispondría de los medios para atacar Portugal... De

361

> todos modos, incluso en tal caso considero que hasta que España no haya sido conquistada ... al enemigo le resultará difícil, si no imposible, entrar en posesión de Portugal.[1]

De todos modos, la realización de este plan no sería fácil. Wellington necesitaría, evidentemente, la cooperación de la Regencia portuguesa (véase capítulo 4, p. 138), cosa de lo más insegura. En cualquier caso, la Convención de Cintra (véase capítulo 4) y la implacable remodelación del ejército por Beresford ya habían despertado el temor a las intenciones británicas, y aún dificultaba más las cosas la oposición británica a la solicitud de sus aliados de la devolución de Olivenza, pequeña comarca fronteriza en poder de los españoles desde la guerra de las Naranjas de 1801. Dado que por entonces tenían lugar otras polémicas sobre la esclavitud, el libre comercio y el pago del subsidio (fijado en diciembre de 1809 en el coste de mantener a treinta mil hombres), difícilmente cabía esperar que Wellington se saliera del todo con la suya.

Aunque algunos elementos de la administración portuguesa actuaban como francotiradores contra el general británico, a largo plazo no podían imponerse. Embaucado en ocasiones por las intrigas de su esposa, el príncipe regente sería leal a la alianza, y a él había que agradecer, de hecho, el nombramiento de Beresford al mando del ejército. En consecuencia, el príncipe Juan, decidido a restaurar el orden en beneficio de la alianza, en agosto de 1810 aprovechó la renuncia de uno de sus miembros para remodelar la Regencia, y lo hizo de modo que esperaba facilitara las relaciones. Así pues, se les ofreció un puesto en ella tanto al embajador británico, Charles Stuart, como a un miembro de la poderosa familia Sousa Coutinho. Los Sousa Coutinho ya tenían los puestos del secretario de Estado, el embajador en Londres y el embajador en Cádiz, de modo que evidentemente se esperaba que a la familia le pareciera que sus intereses estaban tan bien defendidos gracias a la alianza británica que no tendría más opción que seguir apoyándola.

Sin embargo, hasta que se produjeron estos cambios la administración portuguesa tuvo libertad para resistir a la influencia británica más o menos a su gusto, y la postura de Beresford sólo resultó tolerable debido al firme apoyo que le prestaba el ministro de la Guerra, Miguel de Pereira Forjaz. En lo que a la situación del ejército portugués se refiere, se consiguió mucho menos de lo que a Wellington le hubiera gustado, pero de todos modos se hizo lo suficiente para que entrara en campaña junto al británico. Cuando Beresford llegó a Portugal, sus tropas se hallaban en una penosa situación. Escaseaban las armas, la ropa y el calzado —ya en diciembre Beresford se quejaba de que «algunos regimientos de la milicia ... están armados por completo y nosotros ni siquiera tenemos armas para los regimientos regulares que están completos»—,[2]

de los hombres se decía que eran «muy obedientes, bien dispuestos y pacientes, pero también de modo natural sucios y descuidados de su persona, sumamente proclives a la enfermedad y [objeto de] una natural ... carencia de fortaleza que les hace quejarse enseguida de ... cansancio».[3] Al haber sido lento el reclutamiento, los regimientos, como hemos visto, aún estaban dispersos en sus cuarteles por el país, y la deserción estaba a la orden del día: en una sola noche escaparon en Peniche cincuenta hombres de una sola unidad. Según Wellington:

> El ejército portugués se ha reclutado constitucionalmente por conscripción, en gran medida del mismo modo que el ejército francés, pero ... ha de recordarse que en los cincuenta últimos años ... las tropas nunca han dejado su provincia, y ni siquiera su ciudad natal; su disciplina y los trabajos y el esfuerzo que se les exigía eran nulos. Últimamente las cosas han cambiado mucho, y pese a habérseles aumentado la paga, me temo que no son individuos del tipo combativo y están más dispuestos a la deserción.[4]

Pero no era éste el peor de los problemas. Los oficiales, muy mal pagados, eran una mezcla de hombres que habían envejecido en el servicio, sin esperanzas de obtener ascensos, y muchachos inexpertos alistados después de 1808. Al ser incapaces de despertar en sus unidades el espíritu combativo —en realidad muchos de ellos estaban sistemáticamente ausentes—, la tropa no tenía ningún pundonor en lo que a su apariencia se refiere y apenas hacía esfuerzos por dominar su trabajo. Tan pronto como llegó, Beresford se lanzó a una continua campaña para restaurar la moral del ejército. El cuerpo de oficiales fue saneado —en cuatro meses fueron separados del servicio no menos de 215 oficiales y por lo menos a otros 107 se les ordenó retirarse— y una serie de normas subrayaron la necesidad de disciplina, limpieza y atención a las obligaciones y dictaron graves penas para quienes las incumpliesen. Se prohibieron los castigos degradantes y el uso caprichoso de la violencia; se inició un programa intensivo de entrenamiento y se prestó a los hombres una asistencia médica adecuada. Se aumentó la paga a todos los rangos y se hicieron esfuerzos considerables por asegurar la comodidad de la tropa, ya fuera con la sustitución de las ollas tradicionales por perolas de campaña más pequeñas y manejables, o de la emisión de órdenes estableciendo que las mantas no habían de usarse durante la marchas para protegerse de la lluvia, sino que habían de mantenerse secas y ser utilizadas solamente por la noche. Y finalmente, aunque no menos importante, se aprovecharon las campañas de 1809 para dotar a las tropas de cierta experiencia de vida en el campo, con el resultado de que a finales de dicho año se había registrado una mejora considerable. Charles Boutflower afirmaba:

363

> El veintiocho [de diciembre]... marchamos a Thomar. Allí estaba el mariscal Beresford. Tuvimos ocasión de ver desfilar a uno de los regimientos ... Estaban bien vestidos y su aspecto era excelente. El estilo militar que mostraron en el curso de sus evoluciones sorprendió a los oficiales ingleses. La verdad es que espero mucho de ellos si se enfrentan a un enemigo.[5]

Pese a las dudas de que «sus ... oficiales, aunque han mejorado mucho y son jóvenes en su mayoría, carecen de experiencia y de firmeza suficiente para controlarlos como es de desear», William Warre compartía tales opiniones. Por lo menos ahora los oficiales disponían de medios «para vivir como caballeros y de modo respetable», y proseguía:

> Estoy ansioso por que empiece la campaña para poder juzgar de qué son realmente capaces nuestros portugueses. Reconozco que tengo puestas en ellos grandes esperanzas. Su disciplina ha mejorado maravillosamente, quizá todo lo necesario para el servicio activo, y sólo falta confirmar ... Nuestra caballería está alcanzando también una situación muy respetable y actualmente dispone de monturas bastante aceptables.[6]

En todos estos aspectos Beresford, que había recibido el grado de mariscal de campo, tuvo la asistencia de gran número de oficiales y sargentos británicos (de hecho, Beresford consideraba que la presencia de éstos no era una mera ayuda, sino una necesidad absoluta, con el argumento de que los portugueses eran por naturaleza tan perezosos que para que hicieran algo sólo podía confiarse en oficiales británicos). Nutrido inicialmente por voluntarios procedentes de las fuerzas de sir John Cradock, fueron posteriormente complementados por hombres reclutados de unidades que aún estaban en Gran Bretaña, estimulando el entusiasmo por tales traslados el hecho de que fueran acompañados de un ascenso garantizado (de modo que un capitán de servicio en Gran Bretaña, en Portugal se convertía en comandante). Inicialmente repartidos entre los portugueses en la proporción de unos tres por batallón, los trescientos cincuenta hombres que fueron en total provocaron mucha envidia. Todo esto, sin embargo, era en cierto modo positivo, y Beresford tenía buen cuidado de no permitir que los británicos dominasen por completo el ejército: se autorizó a numerosos oficiales portugueses para que mandasen batallones, regimientos y brigadas, y todas la unidades o subunidades puestas bajo el mando de oficiales británicos tenían segundos portugueses. Para mejorar todavía más las apariencias se dio mando territorial a los generales portugueses o se les nombró gobernadores de fortalezas como la de Elvas, y se permitió al ejército formar brigadas por sí mismo, en vez de dispersarlo entre las unidades británicas.

No todos los oficiales británicos enviados a Portugal eran modelos de virtud:

de hecho, Wellington, que se había opuesto al ascenso automático que se les concedió en el servicio portugués, consideraba que su selección había sido «desafortunada».[7] Pero su presencia permitía por lo menos homogeneizar los ejércitos aliados. Así, la infantería de línea portuguesa llevaba mosquetes «Brown Bess» y aprendió el sistema británico de instrucción y maniobras, mientras que las fuerzas de infantería ligera existentes aumentaron en un 50 por 100 y en algunos casos se les equipó con el rifle Baker. Sin embargo, hubo otros asuntos de solución más ardua. Debido a la falta de caballos, por ejemplo, sólo pudo formarse una fuerza de caballería relativamente pequeña. Mucho peor era la actitud del pueblo hacia la guerra. De hecho, el panorama que tenemos de Portugal era bastante parecido al de España. Entre las clases acomodadas había mucho emboscado —los comerciantes de Lisboa, por ejemplo, ingresaron con entusiasmo en las milicias especiales que habían formado y disfrutaron poniéndose en la seguridad y la comodidad de la capital sus elegantes uniformes y jugando a los soldaditos—, pero el pueblo era otro asunto. El bandolerismo estaba a la orden del día —ni siquiera los soldados británicos heridos estaban a salvo de los robos— y a lo largo de la campaña de 1809 los *ordenanças* se comportaron de modo sumamente turbulento, habiéndose tenido que dejar en Oporto cierto número de tropas regulares debido a «la posibilidad de que el pueblo estuviera intranquilo».[8] Se introdujo un nuevo sistema de recluta, pero el servicio militar, igual que antes, era generalmente detestado. Pese a los intensos esfuerzos por despertar en la plebe una respuesta patriótica, la resistencia seguía siendo la norma. Al ser muchos de ellos delincuentes, alborotadores, tontos del pueblo u hombres afectados por minusvalías físicas, frecuentemente había que encerrar y poner grilletes a los conscriptos. Los hombres, escribió Aitchison, «han sido forzosamente reclutados como marinos en Inglaterra y están hacinados», mientras que en palabras de Douglas:

> no esperéis que se dé el caso de que un sargento dirija una partida de hombres voluntariamente alistados como soldados, sino más bien imaginad por un momento a un ... policía montado con un látigo atado a la silla ... del caballo y, a dos yardas de distancia ... a veinte o treinta atados.[9]

No es de extrañar, pues, que entre mayo de 1809 y octubre de 1810 de los 23.885 hombres reclutados por el ejército escaparan nada menos que 10.224. Se decretaron penas terribles para castigar a los desertores y a quienes les dieran refugio, pero al ser también muy elevadas las muertes por enfermedad, el crecimiento del ejército fue muy lento y nunca llegó a la plenitud de su fuerza (habiéndose planeado una fuerza nominal de cincuenta y seis mil hombres, en septiembre de 1808 disponía de dieciocho mil, en septiembre de 1809 de cuarenta y dos mil y en agosto de 1810 de unos

cuarenta y siete mil hombres).

Las razones de esta situación eran sencillas. En primer lugar, la masa de la población era esencialmente apolítica. En palabras del comisario Augustus Schaumann:

> Más que sentimientos patrióticos [de la plebe] se oyen expresiones de alegría por haber liberado a sus preciosas personas de la interferencia de los franceses ... La libertad nacional a gran escala ... y el deseo de una constitución nacional ... no son asuntos que les interesen.[10]

De modo que sólo combatirían a los franceses si sus hogares y familias estaban directamente amenazados, mientras que la existencia de los *ordenanças* parecía indicar que el ejército regular era superfluo. Al mismo tiempo había también un problema de autoridad, al saber perfectamente los magistrados locales que apenas disponían de medios para imponer la conscripción o evitar la ira de la población. Como observó Wellington:

> Las fuerzas militares estacionadas en provincias permitían al gobierno civil llevar a cabo la conscripción, pero en las actuales circunstancias, [ésta] se ha... trasladado a cierta distancia. El gobierno civil... apenas puede decirse que exista ... el pueblo ... todo él está armado y ... desafía al... gobierno[11]

Las cosas hubieran sido algo más fáciles de haber podido Beresford reformar como él quería el sistema de suministros del ejército; pero no logró nada en este aspecto. Para actuar con éxito, el ejército necesitaba tanto un cuerpo de transporte permanente como capacidad para pagar sus suministros al contado. Sin embargo, aparte de transferir del Ministerio de Hacienda al de la Guerra los suministros, Beresford no fue capaz de hacer grandes mejoras. El ejército, falto de fondos, tenía que salir del paso a base de carros, mulas de carga y animales de tiro alquilados a la población local a corto plazo. En cuanto a sus débitos, sólo podía contar con recibos de crédito presentados a la *Junta da Víveres* central y pagados generalmente con meses de retraso. En consecuencia, al preferir el pueblo vender a los comisarios británicos, las tropas estaban hambrientas y enfermaban o desertaban en proporción aún mayor que si las cosas se hubieran hecho de otro modo. Veamos como ejemplo de una airada denuncia del caos las palabras de sir Benjamín D'Urban, jefe de estado mayor de Beresford:

> El mariscal está acordando con lord Wellington algunos medios seguros de aprovisionar a las tropas portuguesas cuando fallen sus propios suministros ... Es un requisito indispensable o las tropas con frecuencia pasarán hambre, pues es tal la pobreza, la imbecilidad y la absoluta falta de acuerdo del gobierno portugués que no cabe esperar ningún sistema regular de suministros ... La totalidad de la parte civil del ejército se halla en tal estado de confusión que considero

> completamente imposible llevar a cabo operaciones con éste durante más de una o dos semanas, y eso como mucho.[12]

Sabiendo que el servicio militar solía suponer prácticamente pasar hambre, los ciudadanos y aldeanos de Portugal se vieron impulsados todavía más a la resistencia. Y, como si esto no fuera suficiente, también estaba presente la cuestión de qué les sucedería a sus familias en su ausencia. Como siempre han acentuado los autores británicos, Wellington se tomó las mayores molestias desde el principio para evitar que sus soldados saquearan a la población. Pero nada obtuvo con azotes ni con la horca. Por el contrario, las quejas abundaban. Por ejemplo:

> El comandante de la fuerza se ve ... obligado nuevamente a quejarse del comportamiento de las tropas; no sólo han cometido atropellos unidades enteras, sino que no hay ni una propiedad en que los desgraciados habitantes de Portugal no hayan sido saqueados por los soldados británicos a quienes han recibido en sus propios hogares.[13]

Y también:

> Me corresponde comunicarle que ... la conducta de los soldados es infame. Por lo general se comportan bien con sus regimientos ... pero cuando se separan de ellos y vuelven de los hospitales, aun yendo invariablemente bajo el mando de un oficial y estando siempre bien alimentados y cuidados ... se entregan a todo tipo de desmanes.[14]

A pesar de lo ruinosos que eran para el campesinado, algunos de estos saqueos fueron cometidos con un espíritu de alegría, como testimonia, por ejemplo, el relato de Schaumann del robo de panales (asunto del que salió con picaduras y pringado de miel de los pies a la cabeza). Pero en otras ocasiones se produjeron escenas tan funestas como las perpetradas por los franceses. Así:

> Anteanoche se cometió un horrible asesinato a poca distancia de aquí. Hay demasiados motivos para suponer que sus autores fueron británicos. Fui enviado por el general... para presentarme allí... Yacían en el suelo, en un charco de sangre, tres cuerpos, un hombre, una mujer y su hija, una criatura de unos ocho años ... Junto a ellos había un hacha con la que evidentemente habían sido rematados ... las cabezas de los difuntos estaban literalmente reducidas a puré.[15]

Ésta quizá fuera una excepción, pero es de lo más evidente que para muchos soldados el pillaje era un modo de vida. En cuanto a la población civil, normalmente era tratada con la mayor dureza. Tomando como ejemplo el caso del sargento William Lawrence, sabemos por su propia confesión que robó un cerdo, una gallina,

un gallo, todo el contenido del horno de una panadería y una gran suma de dinero que el propietario de la casa en que había sido alojado escondía en la bodega. Como de hecho admitió él mismo, los británicos «someten con frecuencia a la población a estragos casi tan malos como los del enemigo».[16]

La deserción, a todo esto, seguía siendo un problema grave. Y eso que el ejército portugués era mucho mejor que antes. ¿Qué había sido de los planes de Wellington para construir fortificaciones de campaña? En este aspecto las cosas avanzaban bastante bien. Dos de las carreteras principales que, saliendo de las fronteras de León, cruzaban las alturas de Beira estaban bloqueadas por cadenas y reductos en lugares apropiados para montar un puesto, mientras que una tercera había sido arruinada a base de explosivos. Eso dejaba sólo una vía que, al parecer, fue despreciada porque se consideraba improbable que Masséna la siguiera; en realidad, fue ésta la que tomó, pero eran tales las posiciones defensivas que ofrecía que la omisión apenas tuvo importancia. Otro tanto sucedió estando muy avanzadas las líneas de Torres Vedras. Iniciadas a finales de 1809, estaban formadas por dos líneas de fuertes poderosamente armados que corrían desde el Atlántico hasta el Tajo. Construidas en las alturas de una serie de montañas rocosas por grupos de campesinos y milicianos, estaban protegidas por un amplio cinturón de *abattis*, fosos, inundaciones, empalizadas, *chevaux de frise* y terraplenes hechos por la mano del hombre. Además se destruyó todo lo que podía proporcionar cobertura a los franceses, se construyeron carreteras especiales para permitir a los defensores llevar tropas de un sector a otro y se instaló un semáforo telegráfico capaz de transmitir mensajes a lo largo de toda la línea en menos de 10 minutos.

Como Masséna fue el primero en reconocer cuando finalmente topó con ellas —y ha de anotarse que no habían llegado a sus oídos noticias de su construcción—, estas obras sencillamente no podían ser destruidas por un ejército de las dimensiones del suyo, y más aún teniendo en cuenta que estaba disponible para los contraataques la totalidad del ejército de campaña de Wellington y que las propias líneas estaban ocupadas en gran medida por milicianos y *ordenanças* (organizados en este caso en unidades regulares a la manera de los Voluntarios Distinguidos de Cádiz —las unidades de comerciantes a que nos hemos referido antes [véase p. 364]—; Scherer describía a los hombres que las integraban como «elegantemente vestidos y equipados»).[17] Como en todo momento había planeado Wellington, estas fuerzas habían de tener también un papel destacado fuera de las líneas. Los cuarenta y cinco mil milicianos en armas de 1810, mal adiestrados, poco de fiar y mal armados como estaban (de un total teórico de unos setenta mil) contribuyeron a dotar de guarnición a Almeida, Elvas, Abrantes y otras plazas y formaron el grueso de las débiles fuerzas de cobertura que había dejado Wellington para vigilar las fronteras de Galicia, Extremadura y Andalucía, estando también encargadas de hostigar los flancos y la retaguardia del enemigo y de evitar que los

franceses destacasen partidas para conseguir forraje. En resumen, habían de actuar como guerrillas, tarea a la que, como hemos visto, se esperaba que se uniesen los *ordenanças.* Hallándose estos últimos preparados para acudir en cuanto fueran llamados y cuidadosamente advertidas las autoridades de lo que se esperaba de ellas cuando llegara el momento de llevar a cabo una política de tierra quemada y la evacuación de la población civil, los invasores serían objeto de la más desagradable de las sorpresas.

Antes de pasar a comentar lo sucedido en la tercera invasión de Portugal, hemos de decir algo más sobre el ejército de campaña aliado. Además de los veintiséis mil soldados regulares portugueses disponibles para el servicio en verano de 1810 y de restos como los supervivientes de la Legión Leal Lusitana, Wellington tenía quizá unos treinta y un mil soldados británicos. Su ejército adoptó para entonces la forma básica que había de conservar durante lo que quedaba de guerra, consistente, de hecho, en cinco divisiones de infantería ligera británicas, la División Ligera y cuatro brigadas de caballería. Cada división de infantería estaba formada por entre dos y cinco brigadas de infantería, una de las cuales, por lo menos, solía ser portuguesa, y una batería de artillería; y cada brigada constaba de tres o cuatro batallones de infantería y una compañía añadida de fusileros (las restantes tropas portuguesas fueron encuadradas en una división de infantería independiente, tres brigadas de infantería independientes y una brigada de caballería). Especial mención merece la División Ligera, cuyas dos brigadas reunían dos batallones y medio cada una y eran las únicas del ejército que contaban con batallones tanto británicos como portugueses. Altamente entrenada, disponía de muchos fusileros, tenía una elevada opinión de sí misma y era una fuerza de élite. En cuanto a los generales al mando de las divisiones y brigadas, si bien se contaban entre ellos varios elementos anticuados cuyo valor y competencia habían sido puestos en tela de juicio por igual —como se quejaba Wellington, «verdaderamente, cuando pienso en el carácter y los talentos de algunos de los generales de este ejército ... me echo a temblar»—,[18] también es cierto que se hallaban presentes algunos de los mejores comandantes británicos. Así, al mando de la Segunda División estaba el genial sir Rowland «Daddy» Hill, un personaje brusco, recio pero de confianza, y que gustaba mucho a todos los que le trataban, mientras que la Tercera División la dirigía el duro e indomable sir Thomas Picton, y la División Ligera, Robert Craufurd, militar muy eficiente que había probado su capacidad a lo largo de los meses anteriores al mando de los piquetes de primera línea del ejército. En lo que a las tropas se refiere, aunque en las unidades enviadas a España que habían participado en la fracasada campaña de Walcheren* los enfermos eran un

* Fue un desastroso intento de invadir los Países Bajos por tierra y mar.

problema, se hallaban frescas, descansadas y deseosas de combatir. Citando a Aitchison, oficial de guardias, «[las tropas] están en muy buen estado de salud y de ánimo, y si nos toca enfrentarnos a los franceses el 27 o el 28 de julio, celebraremos el aniversario de Talavera con una victoria tan brillante como aquélla y más completa».[19]

Esta opinión, desde luego, no era compartida por todos los oficiales del ejército —por el contrario, en 1810 Wellington estuvo rodeado de gruñones que escribían a casa profetizando el desastre—, pero el comandante británico tenía una seguridad suprema. «Desde luego, no estoy en apuros —escribió a William Wellesley-Pole—, y si el país puede ser salvado, lo salvaremos.»[20] En cuanto a las posibilidades de que los franceses tomaran Lisboa, el hecho le parecía sumamente improbable, e informó a Henry Wellesley de que «ni el triple [veinte mil hombres] conseguirá apoderarse de Portugal, ni posiblemente el cuádruple».[21] E incluso así, no todo estaría perdido:

> Todos los preparativos para el embarque ... del ejército .... ya han sido hechos ... Si el enemigo invade este país con una fuerza al menos superior a la nuestra hasta el punto de imponer la necesidad de embarcarnos, daré la batalla para salvar el país ... y de no obtener éxito ... aún tendré capacidad para retirarme.[22]

Estuviera o no justificado este optimismo, la invasión de Portugal había de resultar ciertamente muy dificultosa, y más aún considerando que al principio Masséna sólo tenía sesenta y ocho mil hombres (y que esta cifra sólo pudo alcanzarse apelando al cuerpo de ejército de Reynier que hasta el momento se había dedicado a ocupar el valle del Tajo y a mantener abiertas las comunicaciones con el mariscal Soult). Pese a la desesperada situación desde el punto de vista de los suministros, el 21 de julio los franceses cruzaron la frontera en dirección a Almeida, que pese a las insistentes indicaciones de Wellington para que fuera evacuada, aún estaba cubierta por la División Ligera. Ciertamente hubiera sido aconsejable una retirada, pues Almeida se halla a unos tres kilómetros al este del río Coa, que fluye por un profundo desfiladero y que en 1810 estaba cruzado por un único y estrecho puente. Pero Craufurd era un personaje temerario, pendenciero y quisquilloso, amargado por la que consideraba una carrera arruinada. Confiado en exceso debido a que durante varios meses de escaramuzas los franceses nunca habían ganado a sus hombres, decidió quedarse y luchar. Pero al hacer tal cosa corría un grave riesgo sin tener buenos motivos para ello, pues difícilmente podía esperar retrasar uno o dos días el próximo sitio. A favor de Craufurd puede decirse que logró hallar para sus hombres una posición defensiva razonablemente buena; que mantuvo una vigilancia cuidadosa; que su manejo de la batalla posterior fue razonablemente hábil; y finalmente, que con él la División

Ligera había alcanzado un grado de preparación tal, que supo reaccionar ante prácticamente todo tipo de crisis.

En cualquier caso, se había evitado el desastre. El combate comenzó al amanecer del 24 de julio con un avance general del cuerpo de ejército de Ney, al que se opusieron ferozmente los hombres de Craufurd:

> Toda la planicie que teníamos delante estaba cubierta de caballería e infantería que avanzaba hacia nosotros. La infantería del enemigo formaba en línea y nos atacaba ferozmente con innumerables tiradores; los rechazamos; volvieron otra vez gritando y al son de los tambores, que con frecuencia iban al frente ... Oficiales franceses como saltimbanquis corrían hacia adelante, ponían el sombrero sobre el sable y hacían cabriolas como enajenados, diciendo al dirigirse a sus hombres: «¡Adelante, compatriotas! ¡Napoleón recompensará al primero que avance!».[23]

Las tropas, desplazadas rápidamente de su posición inicial, pronto estuvieron luchando por el puente, y por un momento les amenazó la catástrofe. El puente quedó bloqueado por los cañones y los transportes de Craufurd, mientras la caballería francesa cargaba contra la infantería en retirada y empezaba a reducirla. El regimiento 43, por ejemplo, enseguida tuvo graves problemas:

> Nuestra línea ... se hizo más corta y quedó bajo la orilla del barranco. En unos momentos la caballería enemiga en número de cuatro mil inundó el llano y nuestro regimiento quedó inexplicablemente situado en el interior de un cercado de sólida obra de al menos diez pies de altura ... si bien con una estrecha salida ... Al cabo de poco tiempo estaríamos rodeados, pero ... conseguimos desprender algunas grandes piedras y con un poderoso esfuerzo rompimos el cercado ... No había sitio para ponernos en orden de batalla ni tiempo más que para combatir; cada capitán dirigió su compañía como una unidad independiente, siendo el conjunto una masa de tiradores que actuaba en pequeñas partidas y sin mando regular ... El enemigo, teniendo la ventaja del terreno y del número, se lanzó contra la orilla del barranco ... y sus húsares ... se derramaron por la carretera repartiendo sablazos a su paso.[24]

Pero Craufurd, lanzando su infantería británica desde un montículo por encima del cruce, logró maniobrar lo suficientemente como para que pasaran la caballería, los *cagadores*, la artillería y los carros, y retirar a continuación también su retaguardia. Era una situación desesperada. Leach recordaba:

> Subiendo la colina un disparo de mosquete me rozó la parte izquierda de la cabeza para hundirse a continuación en tierra allí cerca. Mis dos alféreces, que eran hermanos, fueron gravemente heridos y ... estuvimos ... todo el rato expuestos a un fuego tal... que hubiera satisfecho al más agresivo.[25]

Entre los que cayeron se contaba Georges Simmons:

> El enemigo ... mantenía un fuego terrible ... Fueron heridos el teniente Harry Smith, el teniente Thomas Smith y el teniente Pratt, y a mí un disparo me atravesó el muslo ... El capitán Napier se quitó el pañuelo que llevaba al cuello y se lo dio a un sargento, que me lo ató al muslo y lo retorció con un palo para cortar la hemorragia. El fuego era tan severo que el sargento cayó con un tiro en la cabeza. Al mismo tiempo el capitán Napier fue herido en un costado.[26]

Entonces Ney ordenó insensatamente a varios batallones que asaltaran el puente; pero en tres asaltos sucesivos fueron deshechos por los disparos, poniendo una fuerte tormenta fin a la batalla.

La «batalla del Coa», como se la conoce, no tuvo vencedor, aunque las dos partes se proclamaron victoriosas. Aun habiendo sido rechazada, la División Ligera había combatido bien y padeció pérdidas muy inferiores a las de los franceses. Con todo, las tropas de Masséna estaban muy animadas, y ahora su ánimo seguiría creciendo. La toma de Almeida, fortaleza que era mucho mejor que Ciudad Rodrigo, podía haber exigido bastante tiempo ya que tenía una fuerte guarnición, estaba bien aprovisionada y se levantaba sobre terreno rocoso, lo que dificultaba mucho la excavación de trincheras. Los franceses tenían grandes problemas para mover sus cañones de sitio y sus trenes de suministro, razón por la cual Almeida no fue formalmente asediada hasta el 15 de agosto. Aún se perdió más tiempo en establecer la línea de combate y sus baterías de acompañamiento, de modo que los cañones franceses no pudieron abrir fuego hasta el 26 de agosto a primera hora de la mañana. Unas trece horas más tarde seguían disparando cuando súbitamente la fortaleza desapareció en una imponente explosión. Como escribió Pelet:

> De repente sentí temblar la tierra bajo mis pies. Oí un profundo y vasto ruido ... En lo primero que pensé fue en nuestra pólvora, pero ... un oficial llegado de las trincheras contó que había visto una explosión tremenda en medio de la fortaleza seguida por un violento fuego, y que cerca de nosotros había caído un diluvio de grandes piedras y escombros junto con una pequeña pieza de artillería.[27]

La explosión, causada por un disparo afortunado que alcanzó el polvorín principal, redujo a ruinas todos los edificios de la plaza, pulverizó la fortaleza que había albergado la pólvora y mató a quinientos hombres de la guarnición (una fuerza enteramente portuguesa formada por el 24 de Infantería de Línea y los regimientos de la milicia de Arganil, Trancoso y Viseu). Los muros seguían en pie, es cierto, pero las tropas supervivientes aún estaban aturdidas, muchos cañones se habían roto y todas las reservas habían quedado destruidas. El gobernador, un oficial británico llamado William Cox, intentó

arduamente prolongar la defensa un par de días más con la esperanza de que Wellington acudiera a su rescate; pero sus hombres, dirigidos por uno o dos oficiales que habían reñido con Beresford, se amotinaron, y a la noche siguiente la fortaleza se rindió.

Para los aliados, después del de Coa, este golpe fue grave, pues Masséna se había ahorrado un largo asedio. De todos modos, los problemas de suministro —en especial la devastación del campo en los alrededores de Almeida y la destrucción por las guerrillas españolas de varios convoyes en la carretera de Salamanca— impedían a los franceses seguir avanzando de inmediato, y sólo con un enorme esfuerzo se reunieron las vituallas y los suministros para dos semanas que Masséna consideraba el mínimo necesario para cualquier avance posterior. Incluso así, el transporte era tan escaso que un tercio de los caballos de la artillería hubo de pasar a disposición de las columnas de suministros; en consecuencia, cada división de infantería estaba acompañada de sólo ocho cañones y morteros en vez de los dieciséis habituales. También faltaban buenos mapas y el eficaz y concienzudo Pelet hubo de crear toda una nueva serie para uso del ejército. Y, para coronarlo todo, el descontento del alto mando, que llevaba tiempo a punto de estallar, se desató cuando el «dragón» de Masséna se presentó inesperadamente en el cuartel general avanzado del ejército, en la frontera: el mariscal estaba cada vez más preocupado, tras haber llegado a la conclusión de que el emperador le había traicionado. Como escribe Pelet, «los graves problemas de la guerra y la inadecuación de nuestros recursos eran tan conocidos, que se opinaba que la expedición de Masséna había sido sacrificada por los celos que de él sentía Napoleón».[28]

Esto era ridículo —y más aún lo era la sospecha de Thiébault de que Napoleón «esperaba que Masséna hiciera milagros»[29]—, pero incluso así los franceses no volvieron a estar en camino hasta el 15 de septiembre. Y sin embargo, cuando lo hicieron, en vez de seguir al ejército de Wellington por la carretera principal Almeida-Coimbra-Lisboa o de dirigirse al sur por el camino más duro y tortuoso que se unía a la anterior en Santarem, Masséna se metió por una carretera de segundo orden especialmente mala que le condujo muchos kilómetros hacia el norte. Esto se ha explicado algunas veces por la mala calidad de los mapas, y otras por la errónea información proporcionada por el grupo de oficiales portugueses afrancesados agregados a su ejército y por su incapacidad para hacer un buen trabajo de reconocimiento frente a los *ordenanças.* En realidad, la decisión se basó primero en el descubrimiento de que todos los demás caminos estaban bloqueados por trincheras, y segundo en la esperanza de que las comarcas situadas más al norte no hubieran sido «abrasadas», pues, como señala Marbot, «lord Wellington, habiendo recibido carta blanca del gobierno, lo aprovechó para obligar a toda la gente a abandonar sus casas, destruir todas las provisiones y molinos y retirarse a Lisboa

con su ganado».[30] Como escribió Warre, «era de lo más penoso verles abandonar sus viviendas y ponerse en camino ... cargados con lo poco que podían llevar ... lamentándose y llorando, seguidos por sus hijos desvalidos».[31] Pero el nuevo camino no resultó mucho mejor: el avance era sumamente lento, las tropas estaban exhaustas y la artillería y los carros se quedaron atrás; además, en un momento dado todo el tren de sitio estuvo a punto de ser capturado por una brigada de la milicia portuguesa al mando de un temible oficial británico llamado Nicholas Trant. La marcha tampoco superó en nada a los franceses en lo que a ventajas tácticas se refiere, pues Wellington se limitó a desplazar su ejército a una nueva posición situada a lo largo de una gran cadena montañosa de dirección norte-sur denominada la Serra do Buçaco, que los franceses tendrían que cruzar si querían llegar a Coimbra.

Aunque sabía que tenía delante la Serra do Buçaco, al parecer Masséna no esperaba que fuera defendida, por lo que recibió con cierta sorpresa la noticia del 25 de septiembre por la tarde, de que frente a él se había concentrado una fuerza importante: cincuenta y dos mil hombres con sesenta cañones. La batalla que tuvo lugar dos días después ha sido objeto de numerosas polémicas por diversos motivos. Por ejemplo, se ha querido afirmar que Wellington sólo deseaba desangrar al ejército portugués, ganar tiempo para sus medidas de devastación, tranquilizar a la población lisboeta, calmar las crecientes críticas a sus tácticas de la Regencia portuguesa, tranquilizar a la administración Perceval de Londres o incluso conseguir un pretexto para las sumamente caras líneas de Torres Vedras. Todos estos argumentos tienen alguna justificación: Lisboa, por ejemplo, estaba al borde del pánico; una facción de la Regencia encabezada por José Antonio Sousa Coutinho y el obispo de Oporto afirmaba que los británicos se proponían la destrucción de Portugal como rival comercial; Wellington no estaba seguro del compromiso del gabinete con la lucha y era consciente de que algunos de sus oficiales escribían cartas particulares que criticaban su mando; y en sus decisiones hay puntos extraños que probablemente puedan explicarse por un claro deseo de que el avance francés prosiguiese. Pero, en última instancia, todo esto queda en nada. La batalla pudo haber llegado a ser una buena idea en sentido político, pero el comandante británico siempre se había propuesto volverse y luchar, considerando que ésta era una opción prácticamente sin riesgos y que podía hacer retroceder a los franceses sin causar los horrores que indudablemente conllevaría una retirada a Torres Vedras.

Fueran cuales fuesen los orígenes de la decisión de presentar batalla, ciertamente la Serra do Buçaco era un buen lugar para combatir. Se trataba de una sierra de granito de unos quince kilómetros de longitud salpicada de afloramientos rocosos, sumamente escarpada y situada muy por encima de las posiciones francesas; además, el terreno que había a sus pies estaba quebrado

por bosques y barrancos. Las tropas situadas en la cima no podían ser bombardeadas por la artillería y los hombres enviados en su contra ciertamente llegarían a lo más alto en un desorden muy considerable. Y sin embargo, los franceses, en vez de buscar inmediatamente otro camino, decidieron atacar de frente: Masséna, carente de experiencia personal con los británicos, apenas les valoraba, y por motivos evidentes estaba deseoso de una victoria. De modo que el 27 de septiembre por la mañana —había costado dos días reunir tropas suficientes para preparar un asalto— Ney y Reynier lanzaron su infantería contra el centro-izquierda aliado. Pese a una densa niebla que dificultaba su avance, en la cima, los hombres de Reynier fueron atacados por todas partes, viéndose obligados a retroceder en desorden tras algunos enconados combates. Podemos recurrir al relato de William Grattan:

> Wallace y su regimiento, hallándose solos y sin órdenes, hubieron de actuar por cuenta propia ... El coronel envió a su capitán de granaderos (Dunne) hacia la derecha, donde las rocas eran más altas, para que observase la situación ... Al poco volvió Dunne casi sin aliento; dijo que las rocas se estaban llenando de franceses por momentos y que de más allá de la colina llegaba una fuerte columna ... Wallace, con semblante tranquilo pero alegre, se dirigió a sus hombres ... diciendo: «Ahora, Connaught Rangers ... cuando os lleve frente a frente con esos bribones franceses ... ¡no os andéis con contemplaciones, dadles en todo el hocico! No tengo nada más que deciros, y aunque lo tuviera de nada serviría, pues dentro de un minuto habrá un ruido tan infernal... que no os podréis oír a, vosotros mismos». Esta arenga nos llegó a todos al corazón, pero no hubo gritos: una tranquilidad firme y decidida había sustituido a cualquier sentimiento más ligero ... Wallace cambió el batallón de línea a columna ... y avanzó ... a paso rápido. Al llegar a las rocas ... desmontó de su caballo y ... corrió hacia adelante ... metiéndose en la neblina del terrible fuego que tenía ante sí. Todo era ahora confusión, tumulto, humo, fuego y proyectiles; oficiales y soldados ... chocaban en todas las direcciones: británicos, franceses y portugueses se mezclaban; y en medio de todo aquello podía verse a Wallace combatiendo ... a la cabeza de sus entusiastas seguidores y animando a avanzar a sus soldados[32]

Por la derecha, mientras tanto, la situación de los franceses era todavía peor. Los hombres de Ney avanzaron con excelente estilo, pero fueron muy hostigados por tiradores de la División Ligera, a cuyo cargo estaba el sector por el que atacaron. Mientras tanto, el resto de los hombres de Craufurd les esperaban escondidos junto con la brigada portuguesa de Pack, de modo que fueron a caer directamente en una emboscada:

> Tan pronto [el enemigo] coronó la altura, nos encontró preparados para recibirle y su columna se vio expuesta a un fuego destructor tanto de mosquetería como de artillería. Éste ... duró poco, y pese a todo ... los regimientos

> atacantes que iban al frente fueron aniquilados casi por completo. Luego tuvo lugar una carga a la bayoneta: toda la columna fue puesta en fuga y perseguida monte abajo con tremenda carnicería.[33]

El cuerpo de ejército de Junot todavía estaba intacto, pero era evidente que no tenía sentido seguir, de modo que la batalla terminó ahí.

Los franceses habían sufrido un grave revés, y frente a la pérdida de 1.252 soldados aliados —que, casualmente correspondía de forma exacta mitad por mitad a británicos y portugueses—, ellos mismos habían perdido casi cuatro mil quinientos hombres. Además, las confiadas predicciones de que al primer disparo los portugueses se disgregarían habían resultado tristemente erróneas, mientras que Wellington había vuelto a demostrar que era un comandante muy apropiado para la táctica defensiva y había recuperado gran parte del respeto que perdiera en la frontera. Comentando su «extraordinaria circunspección, tranquilidad, frialdad y presencia de ánimo», observaba Schaumann:

> Comunicaba sus órdenes cortas y precisas en voz baja. No hay nada en él de la pompa aparatosa del comandante en jefe rodeado de un estado mayor deslumbrante. No lleva gorro emplumado ni puños dorados, estrellas ni órdenes; solamente un sombrero bajo de forma plana, un cuello blanco, un gabán gris y una espada ligera.[34]

Masséna se hallaba ahora completamente aislado de España por la milicia y la *Ordenança,* atado a una de las peores carreteras de toda la Península, rodeado de ciudades y pueblos de los que todos habían huido y escaso de vituallas. Un hombre menos experimentado en ese momento hubiera dado por perdida toda la campaña (de hecho, Ney y Junot presionaban precisamente en tal sentido), pero el mariscal era una persona decidida, en posesión de una destacada reputación como comandante, de modo que sólo su orgullo era suficiente para mantenerle en marcha. Pronto salieron nutridas patrullas de caballería para reconocer el campo, y en cosa de horas se había descubierto un sendero no vigilado que conducía en dirección norte más o menos hacia las líneas aliadas.* Hallándose a muchos kilómetros de Buçaco, no estaba al

* Es sorprendente que se descuidara el bloqueo precisamente de esta carretera. Se había enviado para defenderla a la milicia de Trant, pero de la correspondencia de Wellington se desprende claramente que el comandante británico no creía que pudiera hacerlo. La mejor respuesta hubiera sido cortarla, pero nadie esperaba que Masséna acudiera por Buçaco. También podía haberse ocupado de ello un fuerte destacamento de tropas regulares, pero tal desplazamiento hubiera dejado Buçaco gravemente desprovisto de gente. En resumen, que al decidir lo inesperado Masséna había hecho perder el paso a Wellington, y había frustrado su plan de rechazar la invasión antes de que llegara a Lisboa.

alcance de un contragolpe repentino. Así pues, el 28 de septiembre por la tarde el ejército de Portugal salía de las posiciones que había ocupado ante la Serra de Buçaco y se dirigía al noroeste, sin dejar a Wellington más opción que retirarse hacia Coimbra y Lisboa.

Durante la retirada que siguió, la moral del ejército aliado quedó hundida. Masséna había sido derrotado, y oficiales con menos habilidad y visión que Wellington creían que el ejército francés podía haber sido destruido igualmente. Esta opinión no era acertada, pero no por ello desaparecieron las protestas, muy atizadas por las patéticas columnas de refugiados que atestaban ahora las carreteras. Con las lluvias del otoño formando torrentes, la escena era penosa:

> Mi pluma casi no puede seguirme: creo que ningún poder descriptivo puede abarcar ... la tristísima desolación que día a día presenciábamos en nuestra marcha de Mondego a las líneas. Allí donde íbamos, la orden que intimaba a los míseros pobladores ... a abandonar sus casas nos había precedido. Los pueblos estaban abandonados; las iglesias ... vacías; las casas de campo estaban abiertas y desocupadas ... Los flancos de nuestra línea de marcha estaban literalmente cubiertos por la población de la comarca en fuga. En Portugal nunca ha habido muchos medios para viajar, y los pocos que había se habían visto muy menguados por las exigencias del ejército. De modo que eran ricos quienes ... aún conservaban ... algún medio para transportar a sus familias y propiedades ... hombres respetables y mujeres delicadas ... podían verse a ambos lados caminando lenta y dolorosamente a pie, cargados con pesados bultos de ropas, sábanas y comida.[35]

La situación de los refugiados era angustiosa. Douglas reconoce que él y sus camaradas les robaban regularmente —como en la carretera de La Coruña abundaban los rezagados y los borrachos—, mientras que, como escribió Schaumann:

> Cuanto más se acercaba la procesión a Lisboa, mayor era el número de animales ... que caían muertos de hambre o de cansancio, y muy pronto se vio a señoras chapoteando por el barro ... con zapatos forrados de seda ... Era algo lastimoso de ver.[36]

En cuanto a las tropas, no estaban mucho mejor

> Nosotros ... acampamos en un hermoso viñedo, pero a lo largo de la noche empezó a llover, hubo vendaval y nos despertó de madrugada ... el agua que corría sobre nosotros en la trinchera, donde yacíamos entre matorrales. Intentar describir nuestra miserable situación sería labor demasiado difícil para mi vieja pluma ... Lo único que podíamos hacer era quedarnos en pie y dejar que el agua corriese sobre nosotros lo mejor posible.[37]

377

Con los franceses quemando pueblo tras pueblo, dedicados a un pillaje ilimitado, matando a grandes grupos de población y ejecutando a todos los *ordenanças* que caían en sus manos, Sousa y sus aliados proseguían su lucha por interrumpir la retirada, mas nada induciría al comandante británico a volverse y luchar, y el 10 de octubre todo el ejército angloportugués se vio confinado tras las líneas de Torres Vedras. En resumen, todo parecía haber ido bien, pero en muchos casos la población no había sido evacuada hasta el último momento y algunos habitantes se negaron a dejar sus casas o habían escondido comida en lugar de llevársela. Por ello, en vez de verse obligados a retirarse al cabo de pocos días, como había esperado Wellington, los franceses tuvieron acceso a suministros suficientes para someter las líneas a bloqueo con la esperanza de que algo —por ejemplo, una rebelión en Lisboa— cambiara las cosas. De todos modos, por valiente que fuese su esfuerzo, Masséna era consciente de que se hallaba en una situación desesperada. Debilitados por las bajas en combate, las enfermedades, las deserciones y la necesidad de dotar de guarnición a Almeida, a principios de noviembre los efectivos del ejército habían descendido a menos de cuarenta mil soldados. Los víveres estaban limitados, la lluvia caía incesante, a las tropas les faltaba albergue adecuado, las líneas aliadas se sostenían con firmeza y no había noticias de España. En torno a las posiciones de Masséna pululaban bandas de milicias y *ordenanças* y se sabía que Coimbra, que había quedado en manos de una guarnición mínima, había sido tomada de nuevo por Trant, perdiéndose cuatro mil soldados enfermos o heridos a quienes se había dejado en el hospital. También la munición escaseaba y a muchos de los hombres les faltaba el ánimo. De todos modos, espoleados por el hecho de que Wellington no avanzaría, los franceses aún resistían, y sus únicas novedades fueron el envío a España de una columna de tropas al mando de un prestigioso oficial de estado mayor, llamado Foy, con la esperanza de conseguir ayuda, la retirada por parte de Masséna a una posición más segura en Santarem y la llegada de refuerzos franceses, nueve mil hombres al mando del general Drouet, a quien se había asignado el mando de un cuerpo improvisado de veinte batallones nuevos pertenecientes a regimientos que ya servían en la Península.

Para la población civil, las consecuencias del largo retraso causado por el fallo de Wellington para moverse fueron terribles. Para la población de la propia Lisboa la vida no era demasiado difícil, pero en el caso de los refugiados la cosa era muy distinta:

> Miles de desgraciados habitantes de las provincias por las que recientemente se había retirado nuestro ejército ... intentaban proseguir su existencia entre Lisboa y las líneas. En consecuencia había allí una inmensa población encerrada en un pequeño espacio de la comarca, cientos de ellos sin comida ni

> casa en que guarecerse ... A lo largo del invierno el número de portugueses que murieron de hambre fue espantoso. No era insólito ver montones de aquellos pobres desdichados, viejos y jóvenes, varones y mujeres, vestidos de harapos, la verdadera imagen de la muerte, en torno a una hoguera miserable sobre la que había una olla de barro con las hierbas que habían podido recoger en campos y cunetas. Eran miles los que arrastraban una mísera existencia con este vil sostén. Sus ... rostros demacrados eran suficiente para afectar al corazón más insensible y endurecido.[38]

A estos desgraciados, oficialmente se les abasteció poco o nada. La Iglesia, la caridad particular y el ejército británico proporcionaron alguna ayuda, pero en cualquier caso el hambre y la exposición a las inclemencias se cobraron la vida de muchos miles de personas, habiendo además muchos soldados dispuestos a aterrorizar al pueblo. De resultas de ello Sousa y sus aliados siguieron causando problemas, y hubo unos cuantos oficiales portugueses que se irritaron hasta el punto de desertar y pasarse a los franceses. Con todo y pese a las crecientes críticas, Wellington escogió este momento para reanudar sus querellas con el gobierno británico, al que volvió a acusar de escatimarle dinero. Esta queja, en el mejor de los casos era injusta: el gobierno se hallaba frente a una verdadera escasez de metálico, tenía sólo una débil mayoría en la Cámara de los Comunes y estaba acosado por una oposición que no perdía oportunidad de afirmar que la guerra en Portugal había dejado de ser una ocasión de gastar buen dinero para convertirse en una mala causa. Aun así, había hecho todo lo posible por apoyar a Wellington. Pero en enero de 1811 las acusaciones eran sumamente torpes: no sólo las crecientes dificultades económicas habían provocado abundante agitación a favor de la paz, o por lo menos a favor de poner fin a las restricciones navales —que habían sido la respuesta británica al bloqueo continental—, sino que además el rey Jorge III acababa de padecer un terrible ataque de porfiria que le dejó definitivamente incapacitado. Siendo ahora el Príncipe de Gales —de notoria amistad con los whigs hasta el momento— príncipe regente, el gabinete no podía estar seguro de su propia supervivencia. Pero el peligro desapareció —por diversos motivos, «Prinny» (el príncipe regente) se había querellado con los whigs—, si bien el futuro Jorge IV no anunció que mantendría el gobierno hasta febrero de 1811. Hasta entonces pareció que el menor desliz podía conducir al desastre, por lo que no es difícil llegar a la conclusión de que Wellington hubiera actuado mejor atacando a Masséna, sobre todo teniendo en cuenta que su inactividad estaba colmando la paciencia de los asediados españoles. Sin embargo, la situación de estancamiento se prolongó semana tras semana, pues una combinación de energía, iniciativa y terror absoluto había procurado a las tropas de Masséna mucha más comida de lo que Wellington había esperado. A mediados de febrero las provisiones de los campesinos se habían agotado

y el ejército estaba al borde del colapso: por ejemplo, en los montes de Santarem se había reunido una gran banda de desertores que vivían como bandoleros bajo el mando de un «general» elegido. Pero, ¿qué podía hacer Masséna? Un ataque a las líneas era aún imposible, y desde la llegada de Drouet la única ayuda de España había sido una pequeña columna de reclutas y convalecientes traída por Foy, que había logrado alcanzar la frontera a marchas forzadas, tras cruzar el desolado valle del Tajo. Se había preparado un puente de pontones en un intento de acceder a la ribera sur del Tajo, pero incluso si el ejército hubiera podido cruzar el río, no tenía posibilidades de entrar en Lisboa. Quizá se hubiera podido reunir un poco más de comida, pero a fin de cuentas las cosas hubieran seguido más o menos igual. En resumen, sólo quedaba la retirada, y más aún dado que Wellington no se mantendría inactivo.

El 5 de marzo de 1811 el mariscal se retiró. Las fuerzas angloportuguesas, retrasadas por problemas de suministro, tardaron varios días en salir con sus hombres, e incluso entonces fueron mantenidas a raya por una serie de acciones de retaguardia que costaron muchas bajas a ambas partes. Para acelerar todavía más su retirada, los franceses abandonaron la mayor parte de su impedimenta, y el 22 de marzo restablecían el contacto con España los exhaustos supervivientes. Una vez más, los horrores de la guerra se mostraban en toda su crudeza. En su retirada, los franceses cometieron atrocidades espantosas. En Porto de Mos, por ejemplo, fueron encerrados y quemados en la parroquia doscientos de sus habitantes; Donaldson cuenta cómo llegó allí y encontró «los esqueletos de seres humanos de ambos campos a medio consumir; unos caídos, otros arrodillados y la mayor parte en pie contra las paredes».[39] De modo semejante Simmons, que lamentaba amargamente que «es de lo más horrible el modo en que esos salvajes europeos han tratado a los infortunados portugueses», escribió de Carapetta: «Vi a una mujer que yacía en la calle junto a su propia puerta, asesinada. Los rufianes le habían puesto sobre el pecho un enorme bloque de granito tomado de la cruz del mercado, tan pesado que tuvimos que moverlo entre seis hombres y yo. La sangre le corría por los oídos y la boca».[40] En ocasiones un humor macabro se añadía al horror:

> Jamás a lo largo de toda la guerra volví a ver cosa tan horrible ... Campesinos asesinados yacían en todas direcciones. En un lugar me detuve ante una puerta para pedir agua a un hombre sentado en el umbral ... Resultó que estaba muerto y que ... había sido puesto allí... a modo de broma. El interior de la casa era una visión espantosa. Todos sus habitantes habían sido asesinados en la cama ... [dejaron] el cadáver de otro ... campesino ... en una posición lasciva en un hueco del muro de una huerta ... para reírse de nosotros cuando llegáramos.[41]

Todo esto fue infligido a una población destrozada por el hambre, pues en muchos pueblos literalmente no había quedado nada. Como señaló Wheeler, «deben de haber muerto millares ... y otros miles perecerán, pues no hay ayuda disponible: ricos y pobres se ven reducidos a la misma condición».[42] Los británicos presenciaron una y otra vez las escenas más atroces. Por ejemplo:

> Descubrimos ... una gran casa cerca de nuestro itinerario. Impulsados por la curiosidad, varios hombres se dirigieron a ella para inspeccionar su interior, donde encontraron a cierto número de desventurados hambrientos apiñados ... Treinta mujeres y niños habían perecido por falta de alimento y yacían en el suelo, mientras que aproximadamente la mitad de este número de supervivientes observaban sentados los restos de los que habían caído. Los soldados ofrecieron algún refrigerio a aquellos desgraciados, pero sólo un hombre tuvo energía suficiente para comer.[43]

Y una vez más:

> En una altura ... encontramos tirados a tres niños, dos de ellos muertos, mientras que el tercero ... aún respiraba. Había por el suelo junto a ellos trozos de galleta que les habían echado nuestros soldados, pero demasiado tarde ... Uno de ellos había expirado con un pedazo en la boca.[44]

Los franceses no salieron indemnes. Con la disciplina y la camaradería derrumbadas, estaban en las últimas:

> Cuando los hombres quedaron tan fatigados por la marcha y la falta de comida que ya no podían seguir adelante, se les dejó morir en las cunetas. La enfermedad hacía estragos en sus filas, pero los hombres ... ni siquiera recostaban a sus camaradas contra un muro para que murieran en paz, sino que permitían que ... fueran pateados hasta morir bajo los cascos de las mulas de los bagajes. Los soldados franceses que yacían todavía conscientes en las carreteras pronto sufrieron el desquite de los campesinos portugueses. Ahí donde se les encontraba ... lo primero era despojar a sus víctimas de cualquier vestimenta y dejarlos desnudos. Los que aún vivían eran sumariamente liquidados volándoles la cabeza ... o apaleados, y cuando todo esto no era suficiente sufrían la muerte por lapidación ... Andaban a patadas con los cuerpos de los difuntos como si fueran balones de fútbol, y se cometieron con ellos todas las indignidades que pueden infligirse a un cuerpo inanimado.[45]

A aquellas alturas, pues, los franceses eran poco más que una horda de fugitivos. Habiéndose abandonado enseguida la persecución de Wellington, la lógica aconsejaba la retirada a Ciudad Rodrigo. Pero las penas del ejército de Portugal aún no habían terminado. Para sorpresa y consternación de sus subordinados, el 22 de marzo Masséna ordenó inesperadamente una marcha por

el valle del Tajo con la esperanza de establecer contacto con las fuerzas francesas de Andalucía y volver a amenazar Lisboa. Dadas las circunstancias, era el peor de los planes posibles. Aun cuando es comprensible que Masséna quisiera dar alguna justificación a su campaña, la zona en que proponía marchar era una de las más áridas de toda la Península, y además sus tropas, profundamente desmoralizadas, andaban escasas de vituallas, munición, ropa, calzado y transporte. En consecuencia Ney, totalmente horrorizado, se negó a obedecer e intentó proseguir la marcha hacia Almeida y Ciudad Rodrigo; pero sólo consiguió que le retirasen del mando, caer en desgracia y que le enviaran a España. Sin «el más valiente entre los valientes» toda resistencia desapareció, y en lo sucesivo aquellas desdichadas columnas quedaron vagando por las agrestes montañas de la Serra da Estrella. Durante algunos días continuaron intentando llegar al Tajo, pero el plan fracasó enseguida. No podía encontrarse comida, la mayor parte de las carreteras estaban impracticables para el transporte rodado y en muchos casos las tropas se hallaban en estado de franca desbandada. Ante esto incluso Masséna tuvo que ceder, y finalmente el 29 de marzo ordenó al ejército de Portugal dirigirse a la frontera. Era una buena decisión, pero ahora los angloportugueses volvían a acercárseles. Sorprendentemente Masséna, que ya tenía menos de cuarenta mil hombres, no se apresuró a buscar abrigo en Ciudad Rodrigo, sino que se apostó en una posición defensiva que se extendía a lo largo del río Coa con la débil esperanza de vengar de algún modo lo de Buçaco. También esto había de salirle mal. Atacado en Sabugal el 3 de abril de 1811 por la mañana, bajo la lluvia y con niebla espesa, por tres divisiones angloportuguesas, el cuerpo de Reynier luchó sorprendentemente bien, lanzando una serie de poderosos contraataques e infligiendo bastantes bajas a la División Ligera, cuya primera brigada se extravió para terminar luchando con los franceses casi sin ayuda. Fue un crudo combate:

> Dos cañones abrieron fuego contra nosotros lanzándonos varias descargas de metralla fina y gruesa. Cargamos varias veces contra los cañones, pero el enemigo era tan fuerte que nos vimos obligados a retroceder un poco. Tres columnas enemigas avanzaron a tambor batiente; sus oficiales bailaban como enajenados y con frecuencia enarbolaban el sombrero sobre la espada. Nuestros hombres sostuvieron un terrible fuego. El enemigo retrocedió un poco y seguimos ... El teniente Arbuthnot fue muerto, el teniente Haggup recibió una herida y también el coronel Beckwith fue herido, y su caballo alcanzado por un disparo.[46]

De todos modos, hacia mediodía los franceses huían en dirección noreste en un desorden considerable, dejando unas seiscientas bajas tras de sí.

Al estar Sabugal a pocos kilómetros de la frontera española, finalmente

terminaba la tercera invasión de Portugal, y los únicos franceses armados que quedaban en el país eran la guarnición de Almeida. El ejército de Portugal, aunque muy castigado, seguía siendo una fuerza de combate, pero incluso así el golpe dado a las armas francesas había sido considerable. Por lo menos veinticinco mil hombres habían desaparecido de sus filas y las tropas habían perdido casi toda su impedimenta y muchos de sus cañones. Especialmente grave, dadas las dificultades que suponía siempre la sustitución de tales pérdidas, fue la muerte de casi la mitad de los caballos del ejército de Portugal. En el otro bando, las bajas militares habían sido insignificantes en comparación (en realidad, las fuerzas de Wellington se habían llegado a doblar cuando se supo que ahora podía confiar en el ejército portugués para operaciones de campaña de cierta entidad). De todos modos, la victoria no puede establecerse por referencia al número de soldados muertos o heridos. Habían perecido por lo menos ochenta mil civiles portugueses y comarcas enteras habían sido completamente devastadas. En realidad, el esfuerzo bélico portugués nunca se recuperaría de este golpe, pero aún era peor el hecho de que la valentía de Masséna hubiera inclinado claramente el equilibrio de fuerzas en contra de la posición aliada.

A primera vista, ésta puede parecer una afirmación extraña, y más aún si nos fijamos en la guerrilla. En Navarra, por ejemplo, acababa de aparecer la figura implacable de Espoz y Mina como comandante de una fuerza semirregular formada por tres batallones de infantería y un escuadrón de caballería, a la cabeza de la cual inmovilizó a miles de soldados franceses, plantó cara a innumerables intentos del enemigo de acabar con él, logró varias victorias menores e incluso fue capaz de imponer tasas aduaneras sobre los bienes y los animales que cruzaban la frontera. Un poco más al sur había mejorado mucho la caótica situación que caracterizara el año anterior a la zona de Soria y Logroño, y ello gracias a la concentración de la mayor parte de sus guerrilleros en una única fuerza bajo el mando del oficial de ejército regular José Joaquín Duran y Barazábal que, al igual que Mina, tras convertir a sus hombres en tropas regulares había vencido en varias acciones menores. También más al sur, el Empecinado, con genuino heroísmo, había hecho lo mismo en la zona de Guadalajara y Molina de Aragón, y se sabía que incluso se había presentado prácticamente a las puertas de Madrid (en una ocasión casi capturó al propio rey José). Mientras tanto, en contacto con el Empecinado o sin él, por el este se hallaba la columna móvil de unidades regulares mandada por Pedro Villacampa, que en otoño de 1810 causó muchos problemas a Suchet en la zona de Teruel.

La amplia franja de terreno que iba de Navarra a las zonas septentrionales de La Mancha era un lugar en que la resistencia guerrillera suponía un problema importante, y otro tanto sucedía en la región que iba de las provincias

vascas a lo largo de la cordillera Cantábrica para descender luego hasta León. Empezando por Álava y Vizcaya, estaba formándose en la región otra división semirregular bajo el mando de Francisco Longa. En las montañas de Santander y Asturias el oficial de marina Juan Díaz Porlier encabezaba otra fuerza semejante, hostigaba a la guarnición de Oviedo y en ocasiones se llegaba a la costa para intervenir en operaciones navales de las que más adelante hablaremos. Finalmente, en León, Julián Sánchez encabezaba una banda irregular de jinetes que eventualmente sentó las bases de dos regimientos de caballería.

Con independencia de la multitud de otras bandas que pululaban en torno a aquellas fuerzas relativamente bien organizadas y disciplinadas, unas con mejores intenciones que otras, a finales de 1810 Mina y sus compañeros estaban causando graves problemas a los franceses. En León, por ejemplo, redadas de caballería enviadas a dar caza a Sánchez se encontraron embistiendo contra el vacío. «Cabalgamos durante nueve días sin encontrar ninguna guerrilla —se quejaba un oficial—. No es que no hubiera ninguna en la región, pero la población local les avisaba de nuestra llegada y ... no nos permitían capturarlos.»[47] Como escribió Thiébault, «el problema era llegar a él [Sánchez] y hacer contra él algo más que ... movimientos ... que por lo general terminaban ejercitando [a las guerrillas] y fatigando a las tropas».[48] Valiéndose de diversos subterfugios, logró finalmente infligir al líder de los guerrilleros un serio revés que le costó muchas bajas, pero «El Charro» no se desanimó e infligió a su vez graves pérdidas a los cuatrocientos soldados enviados para escoltar a un correo a Ciudad Rodrigo y se apoderó en Tamames de un considerable convoy de suministros.

De todos modos, mucho más importantes que estas escaramuzas de la guerrilla eran las fuerzas regulares de los aliados, que seguían dispersas por la periferia de España. En Andalucía occidental, por ejemplo, la división del general Ballesteros, en constante movimiento, dedicó gran parte de 1810 a combatir a Soult en el Condado de Niebla, mientras que en Extremadura se produjeron por parte del marqués de La Romana varios intentos de marchar sobre Sevilla. De modo semejante, en Asturias había fuerzas patriotas pegadas al terreno en un área reducida de la zona occidental de la provincia, de la que salían de vez en cuando para atacar a los franceses en los alrededores de Oviedo; y finalmente, aunque no de menor importancia, a lo largo de todo el litoral español estaban haciéndose esfuerzos considerables por aprovechar las ventajas del poder naval. Así, en septiembre de 1810 Enrique O'Donnell liquidó en La Bisbal a toda una brigada de tropas alemanas en una inteligente operación que combinaba una arriesgada marcha a través de las montañas de la Cataluña central con un desembarco anfibio por sorpresa en la costa. Un mes más tarde, el antiguo líder de la insurrección en Roncal, Mariano de

Renovales, navegaba en dirección este con unos cuantos batallones del ejército de Galicia y una fuerza de marinos británicos y atacaba el puerto de Gijón. También más o menos por entonces se despachó una pequeña fuerza anglo-española para atacar la costa de Málaga, si bien en este caso fue rechazada en Fuengirola con algunas pérdidas.

Pero la mayor de todas estas incursiones navales fue la operación realizada en Cádiz en febrero de 1811. Siendo por diversos motivos las fuerzas sitiadoras tan reducidas que de hecho las superaba en número la guarnición, la Regencia propuso con acierto un gran ataque a la retaguardia francesa. Pero en realidad éste sería algo más que una mera incursión: su objetivo era levantar el sitio de la ciudad, derrotar a los invasores en una batalla campal de grandes dimensiones y destruir las líneas francesas. Al principio todo fue bastante bien y las tropas implicadas —la división angloportuguesa de sir Thomas Graham, dos divisiones españolas de infantería y una brigada de caballería española— desembarcaron sin problemas en Algeciras y en Tarifa. Sin embargo, desgraciadamente para los aliados, a partir de aquí las cosas se torcieron. El mando de la fuerza de desembarco estaba en manos del general español Manuel la Peña, hombre sobre el que las fuentes españolas estaban de acuerdo en que carecía de valor, de energía y de capacidad. Lejos de atacar en el interior —operación que ofrecía grandes posibilidades de éxito—, La Peña prefirió tomar una carretera que le devolvía directamente a Cádiz, donde cayó en una astuta celada tendida por el mariscal Victor. De modo que, mientras una división de infantería vigilaba a la columna aliada en las proximidades de la Isla de León, otras dos cayeron sobre sus flancos y su retaguardia. La batalla que tuvo lugar el 5 de marzo, conocida como la batalla de Chiclana o de Barrosa, fue motivo de grandes controversias. El peso principal del asalto francés cayó sobre Graham, cuyos hombres, muy superados en número, opusieron una resistencia heroica; así, cuando un batallón formado por compañías de apoyo se vio enfrentado sin ayuda a una división entera:

> Estando ya todo preparado, el coronel Browne cabalgó al frente del batallón y dijo a viva voz: «Caballeros ... el general Graham les ha concedido el honor de ser los primeros en atacar a esos individuos. ¡Y ahora seguidme, bribones!». Señaló al enemigo y dio la orden de avanzar ... Tan pronto como cruzamos el barranco que había junto al pie de la colina ... sonó súbitamente el tremendo rugir del cañón y los mosquetes ... Esta primera andanada derribó casi a doscientos de nuestros hombres y a más de la mitad de los oficiales ... Al replegarnos hacia el centro e intentar formar una segunda línea cayeron a tierra por lo menos cincuenta hombres más; y ... el resto del batallón quedó disperso. Los hombres empezaron a abrir fuego desde detrás de los árboles, de los montículos y de cualquier abrigo que encontraban y no se les pudo reunir.[49]

385

Finalmente, diversos factores hicieron que los franceses se escabulleran del campo de batalla, pero los aliados no explotaron su victoria. La Peña, personaje cobarde —incluso los españoles le llamaban Doña Manolita—, pese a disponer de fuerzas abundantes y a saber que él mismo no se hallaba en peligro, no había enviado ni un soldado en ayuda de Graham. Y, lo que es peor, aunque Victor estaba en total confusión —sus pérdidas ascendieron a dos millares de hombres y cinco cañones—, el general español ordenó a todas sus fuerzas pasar a la Isla de León por un puente de barcas que había sido construido a lo largo del Sancti Petri. De modo que Victor, perplejo y no poco aliviado, pudo reanudar el bloqueo. Mientras tanto, entre Graham y La Peña, de vuelta en Cádiz, se había despertado un odio a muerte. La ira de Graham, que había perdido la cuarta parte de sus hombres, era de lo más comprensible, y La Peña aún empeoró más las cosas al pretender mendazmente que la decisión de retirarse a la Isla de León había sido precipitada por el comandante británico. Adecuadamente relevado por la Regencia, siguió haciéndose el indignado —afirmaba en un escrito que, tras obtener una victoria, se le había impedido explotarla y se le había privado del mando—,[50] pero los británicos se mantuvieron firmes y aludieron claramente a la traición:

> Sólo la extraordinaria frialdad ... y la rapidez de decisión mostrada aquel día por el general Graham pudo sacarnos del aprieto en que nos habían metido nuestros aliados ... Aunque nos enfrentamos a la totalidad de las fuerzas del enemigo ... el general español no sólo no envió ni un solo batallón para ayudarnos, sino que tampoco aprovechó el momento para apoderarse de las líneas francesas, entonces vacías. Ni siquiera tuvo la curiosidad o el coraje de acudir en persona para ver cómo nos iba ni envió a nadie de su estado mayor a preguntar. Yo tengo para mí que si bien el comandante en jefe no actuó de acuerdo con los franceses, el *chef d'état major*, el general Lacy ... sin lugar a dudas conoció y favoreció sus planes, consistentes en separarnos de los españoles para a continuación capturarnos o aniquilarnos.[51]

Con las relaciones angloespañolas obstaculizadas por los acontecimientos de América Latina y de Portugal, el asunto entero fue desafortunado, y más aún considerando que la opinión gaditana se puso de todo corazón de parte de La Peña.

Volviendo a la situación bélica en general, la existencia de la guerrilla no podía ocultar el hecho de que los franceses habían seguido avanzando de modo regular. Excepción hecha de la toma de la estratégica ciudad catalana de Tortosa el 2 de enero de 1811 tras un asedio de sólo dieciocho días, los hechos más espectaculares se produjeron en Extremadura, donde Soult había lanzado una ofensiva con la esperanza de obligar a Wellington a enviar tropas

desde Lisboa. Al reducir sus guarniciones al máximo —de ahí el déficit de fuerzas de Víctor en Barrosa—, Soult logró reunir veinte mil hombres y el 31 de diciembre, llegado el momento, salió de Sevilla. A los pocos días, sin embargo, la situación se estropeó. Además de padecer las torrenciales lluvias invernales, repentinamente se presentó Ballesteros en el flanco izquierdo de las fuerzas invasoras, de resultas de lo cual la infantería de Soult tuvo que separarse en partes iguales para mantenerlo apartado. Aunque finalmente el español fue derrotado en Villanueva de los Castillejos y obligado a refugiarse en Portugal, esto llevó algún tiempo, mientras que Soult tenía además que capturar la fortaleza menor de Olivenza, donde los españoles habían acumulado insensatamente una nutrida guarnición. A continuación, a finales de enero, fue atacada Badajoz, aunque ni siquiera entonces Soult disponía de tropas suficientes para rodear toda la ciudad (al estar Badajoz en la orilla sur del Guadiana, muy ancho en ese punto, hacer tal cosa hubiera supuesto correr el riesgo de un desastre, pues los atacantes hubieran tenido necesariamente que dividirse en dos). Por unos momentos la campaña se mantuvo equilibrada, hasta que, de repente, el 5 de febrero apareció Mendizábal en la orilla norte del Guadiana al frente del antiguo ejército de la Izquierda, acampado hasta el momento en Alburquerque*.Pero en vez de caer con sus quince mil hombres sobre las líneas de asedio francesas, excesivamente largas y faltas de hombres, simplemente acampó al otro lado del Guadiana. El resultado fue catastrófico. Tendiendo un puente de barcas sobre el río, la noche del 18 de febrero Soult envió siete mil soldados contra los recién llegados. Los españoles, que no oyeron los ruidos producidos por el cruce del río, fueron cogidos completamente por sorpresa y atropellados por una nutrida unidad de caballería francesa que había rodeado su posición hasta llegar a un punto en que podía lanzarse contra el expuesto flanco izquierdo de Mendizábal. Las tropas apostadas en este sector cedieron y huyeron de inmediato, aunque Mendizábal logró formar a su derecha un gigantesco cuadro con varios regimientos. Pero fue inútil. Como recordaba un soldado español de infantería, «no pudiendo [la numerosa caballería enemiga] romper el cuadro, jugó contra él horrorosamente la artillería, de manera que ... se transformó en óvalo, y por fin, hecho [ya] una masa informe, penetró la caballería y todo él cayó prisionero»[52]. Aunque unos cuatro mil hombres entraron en Badajoz cruzando el río o lograron escapar por el oeste, las bajas españolas ascendieron a ocho mil hombres, y se perdieron además todos los cañones y la impedimenta del ejército.

* A lo largo de todo el año de 1810, el ejército de la Izquierda había estado al mando del marqués de La Romana, pero éste padecía sífilis y el 23 de enero de 1811 murió repentinamente de un ataque al corazón. Mientras tanto, en cumplimiento del decreto del 31 de diciembre de 1810, sus fuerzas habían recibido la nueva denominación de Quinto Ejército.

En cuanto a los franceses, apenas perdieron cuatrocientos hombres. Tras lo cual poco cabe decir. Durante cierto tiempo los defensores siguieron mostrando no poca energía, pero el 4 de marzo su valeroso comandante, Rafael de Menacho, murió, y una semana más tarde su sucesor entregó la ciudad.

La rendición de Badajoz fue un asunto extraño. La ciudad disponía de abundancia de provisiones y su guarnición aún se hallaba en buena forma. Además, en el momento de la rendición no se podía pasar por la brecha, y el sucesor de Menacho, un tal José Imaz, sabía no sólo que Wellington había enviado en su ayuda tres divisiones mandadas por Beresford, sino también que estas tropas estaban a poca distancia. Se sugirió que se había producido una traición, pero la verdad parece ser más bien que los nervios de Imaz, sencillamente, cedieron ante la presión de los acontecimientos. En cualquier caso Badajoz fue para los franceses una victoria maravillosa. Aunque la ciudad absorbería a gran número de tropas francesas y resultaría costosa de defender, su posesión hacía mucho más difícil que antes un ofensiva angloportuguesa al sur del Tajo, y además habían quedado fuera de combate unos veinte mil soldados españoles. Aún más irreemplazable, de todos modos, era la inmensa cantidad de armamento, municiones y vituallas que se perdieron con ellos, además de los hombres y el dinero del sur de Extremadura. Wellington estaba atribulado. Como escribió a Liverpool:

> Aunque la experiencia me ha enseñado a no confiar en ... tropas españolas ... este reciente desastre me ha disgustado y afectado mucho. La pérdida de este ejército y su ... consecuencia, la caída de Badajoz, ha alterado materialmente la situación de los aliados ... y no será fácil tarea devolverlos a la situación en que se hallaban, y mucho menos a aquella en que estarían de no haberse producido esta desgracia.[53]

Así pues, a los daños físicos causados por el desastre se añadió un golpe más a las relaciones angloespañolas, y Wellington se quejaba de que la derrota «ciertamente se hubiera evitado si los españoles no hubieran sido nada más que españoles».[54]

De modo que, para terminar, pese al triunfo de Wellington en Portugal, a los esfuerzos de la guerrilla y al amplio uso del poder naval, la tenaz insistencia de Masséna había erosionado aún más los cimientos de la resistencia española. Pues cada fortaleza perdida y cada ejército derrotado acercaban el día en que las partidas de guerrilleros pudieran ser acosadas y exterminadas (exactamente como había sucedido con los últimos insurrectos de Calabria, donde desde 1806 se había desencadenado una cruel guerra de guerrillas). En realidad, Wellington estaba profundamente preocupado, como se aprecia en la consternación y la ira con que recibió las noticias de la derrota de Mendizábal.

Según la opinión tradicional, cada nuevo avance de los franceses los hacía más vulnerables; pero, como se verá en el próximo capítulo, mientras los franceses siguieran dispuestos a enviar los refuerzos y reemplazos adecuados desde el otro lado de los Pirineos, este proceso no tenía nada de inevitable. Y aunque la moral británica se hubiera visto reforzada, y con ella la voluntad de la administración Perceval de dedicar todavía más recursos a la lucha, la alianza angloespañola se hallaba en un difícil brete. El caso es que los españoles culpaban a los británicos de sus desgracias, mientras que los británicos habían sido obsequiados con nuevas muestras de la incompetencia española, y estaban furiosos por lo que consideraban un fallo en el aprovechamiento del respiro para reconstruir sus fuerzas que se suponía les había proporcionado el ataque a Lisboa. En resumen, en marzo de 1811 todavía era de lo más razonable pensar en una victoria francesa.

Capítulo 13, ALBUERA: EMPATE EN LA FRONTERA PORTUGUESA, MARZO-DICIEMBRE DE 1811

La línea española, un variado grupo de soldados de azul, blanco y marrón, intercambiaba descarga tras descarga con sus oponentes. Muertos y heridos yacían esparcidos por el suelo, el fuego de los mosquetes y proyectiles de cañón golpeaba sus líneas y el valle que tenían delante estaba cubierto por un verdadero bosque de franceses; las tropas estaban empapadas, pues el calor del sol de la mañana se convirtió repentinamente en una lluvia torrencial. Con todo, animados por sus oficiales, los españoles defendían su terreno y ni siquiera cedieron cuando una masa de jinetes enemigos, muchos de ellos armados con las largas lanzas temidas por todos los infantes, cayó repentinamente sobre sus filas traseras, clavando y atravesando a todos los que encontraban en su camino, aislando a los casacas rojas fugitivos que corrían ante ellos y rodeando a un grupo de generales y oficiales de estado mayor que habían acudido para observar de cerca el combate. Pese a que muchos de sus camaradas caían al ser alcanzados por proyectiles dirigidos a la caballería desde la retaguardia, un infante desconocido arrebató un estandarte a su portador, y al cabo de más o menos hora y media, cuando se les ordenó retirarse, las filas españolas seguían sin romperse. Fue, sin duda, el mejor momento del ejército español.

El terrible enfrentamiento que tuvo lugar el 16 de mayo de 1811 en las proximidades de la villa extremeña de La Albuera puede considerarse una metáfora de las campañas de 1811. Un sangriento empate no era el tipo de batalla que se esperaba se produjese tras la expulsión de Masséna de Portugal, el cual había visto su seguridad y su autoridad moral fortalecidas por Torres Vedras; mientras que Wellington hacia la primavera de 1811 pensaba pasar a la ofensiva, plan para el que había recibido autorización *de facto* de sus jefes políticos de Londres, donde las consideraciones sobre una reducción del ejército utilizado en Portugal habían sido sustituidas por promesas de nuevos

refuerzos. Las dificultades de suministro, las enfermedades de la tropa y la carencia de artillería de sitio imponían que a corto plazo no pudiera pensarse en grandes jugadas estratégicas, si bien se esperaba que tanto Almeida como Ciudad Rodrigo y Badajoz pudieran ser recuperadas, y así se abriera camino a golpes muy rápidos contra objetivos como Salamanca y Sevilla. Llegado el momento, el éxito fue limitado, y el resto de 1811 se caracterizó esencialmente por el fracaso y la frustración.

En marzo de 1811 hubiera sido difícil adelantar semejante perspectiva. Es cierto que recientemente se habían producido problemas en Cádiz, cuando Henry Wellesley, atraído por los serviles, deseosos de sacar provecho del descontento británico con la Regencia, había sido embaucado para impulsar un plan del que eran muy partidarios tanto él mismo como su hermano mayor el marqués, según el cual se daría a Wellington el mando del ejército español y en sus rangos se incluirían oficiales británicos. A cambio de lo cual, Gran Bretaña sería garante del enorme empréstito que durante cierto tiempo los españoles habían considerado como la única salida de su situación de penuria. Tanto en términos financieros como políticos era un plan totalmente falto de sentido práctico: la opinión gaditana le era hostil y el entusiamo de lord Wellesley no logró imponerse a sus compañeros de gabinete. Un poco menos desafortunada fue la sugerencia siguiente de que las provincias fronterizas con Portugal deberían ponerse bajo autoridad británica, idea que también fue rechazada como impracticable. Sin embargo, estando los franceses aún instalados en Almeida, Ciudad Rodrigo y Badajoz, los problemas que estas medidas pretendían combatir —básicamente, una repetición de las dificultades de la campaña de Talavera— se mantenían en el campo puramente académico.

A falta de otras consideraciones políticas, las operaciones se iniciaron de inmediato y el primer golpe se dio en Extremadura, donde habíamos dejado a Beresford marchando en auxilio de Badajoz con dieciocho mil hombres. Tras la expulsión de una fuerza francesa que se había apoderado de las fortificaciones menores de Alburquerque y Campo Mayor, el mariscal de campo cruzó el Guadiana desbordado en Juromenha, a unos treinta kilómetros río abajo. Badajoz no pudo ser atacado enseguida por falta de un tren de sitio, pero Olivenza volvió a recuperarse y las fuerzas de campaña francesas que habían permanecido en la región se vieron obligadas a retirarse cruzando Sierra Morena. De todos modos, finalmente todo estuvo preparado. Habiendo acudido para unirse a Beresford un número considerable de tropas españolas, se disponía de abundante fuerza, y se había remediado la falta de cañones de sitio con el envío de 23 cañones pesados desde Elvas.[*]

[*] Las tropas españolas presentes eran lo que quedaba del Quinto Ejército, ahora al mando de Castaños, junto con tres divisiones del Cuarto, incluida la de Ballesteros, y otras dos de Cádiz, que mandadas por Blake habían ido por mar hasta Ayamonte para marchar a continuación hacia la frontera portuguesa.

> En el campo aliado el optimismo era elevado: «Mirábamos al futuro cada vez con más esperanza —escribió Sherer— de una ... marcha triunfal por Sierra Morena ... Las torres de la hermosa Sevilla ... parecían acercarse hacia nosotros, y ya nos veíamos con la imaginación paseando ... a orillas del célebre Guadalquivir».[1]

Pero muy pronto las cosas se torcieron. Cuando finalmente llegaron los cañones pesados, resultó que la mayoría estaban muy viejos (de hecho, cuatro de ellos databan de la primera mitad del siglo XVII). De calibre enormemente variado, resultó difícil proveerlos de la munición adecuada, lo que, junto con sus defectos de fundición y su carencia de miras y mecanismos de alza modernos, indicaba que su fuego sería a todas luces ineficiente. Mientras tanto, las murallas de Badajoz se habían reparado a fondo, y aún empeoró la situación el hecho de que Beresford y Wellington establecieran un plan de operaciones defectuoso. Pese a que concentrarse en las murallas del sur era lo que más oportunidades de éxito ofrecía —era la parte de las defensas en que Soult había abierto brecha—, se decidió no realizar en este sector más que un asalto de importancia secundaria, y desplazar la mayor parte de los recursos de los atacantes contra el aislado fuerte de San Cristóbal. Este fuerte, situado en un escarpado risco al otro lado del río, era de importancia crucial, pues tenía tal dominio de la población que era imposible tomarla sin él. Era además enormemente poderoso y estaba construido sobre un terreno rocoso de difícil acceso.

Una vez iniciadas las operaciones el 8 de mayo, el avance fue muy lento: los atacantes se empapaban bajo densas lluvias; los cañones franceses dominaron en todas partes a los de los sitiadores; en las trincheras, dos tercios del limitado número de oficiales de ingenieros de que disponía Beresford murieron o resultaron heridos; y el gobernador, Armand Philippon, era un decidido oponente. Tampoco ayudaba el propio Beresford. Según Edward Pakenham, «la indecisión fue su ruina, y la falta de energía para el mando, su desgracia. Tenía cartas que bien jugadas podían haberle convertido en par del reino, pero sigue siendo sir William ... y me temo ... que la posteridad no le permitirá ... defenderse».[2] El resultado fue mucho nerviosismo. En palabras de uno de los ingenieros del comandante británico, «una vez completado el cerco por la mañana del octavo día ... el mariscal Beresford se vio obligado a permitirnos empezar ... nuestro ataque principal la noche siguiente ... pero ... hasta la duodécima no dio finalmente permiso para que empezáramos».[3] De resultas

de ello, en el campo aliado la moral cayó a plomo: «Es poco lo que se ha hecho ... y nos hallamos todos en un estado de total abatimiento tras haber presenciado tanto derramamiento de sangre en vano; la culpa la tiene alguien, y nuestra brigada ha sido ... víctima de algún vergonzoso mal uso».[4] Pero a los atacantes les faltaba el tiempo, pues Soult hacía días que había decidido marchar en auxilio de Badajoz. El 12 de mayo cruzó a la cabeza de veinticinco mil hombres Sierra Morena, donde las tropas de vigilancia, españolas en su mayor parte, que habían guardado los pasos retrocedieron precipitadamente hasta el punto de encuentro previamente acordado: la localidad de La Albuera. Sabiendo que podía contar con los españoles, Beresford, cuyo comportamiento había sido impecable, decidió combatir, y el 15 de mayo una fuerza aliada de unos treinta y cinco mil hombres se interpuso en el camino de Soult.

El ejército de Beresford, que superaba al de Soult en una proporción casi de tres a dos, se situó en una sólida posición a lo largo de las alturas de una línea de colinas onduladas. Las casas arracimadas de La Albuera, en el centro de la posición aliada —la izquierda y el centro los ocupaban los angloportugueses, y los españoles estaban a la derecha—, proveían de un reducto defensivo natural, mientras que la fila de colinas proporcionaba a los defensores abundante protección. Soult, sin embargo, que por algo era general, reconociendo su propia posición, que estaba densamente cubierta de olivos y encinas, percibió que estaba bien situado para flanquear la derecha aliada sin que Beresford se percatase de lo que estaba sucediendo. De modo que, poco después, lo que parecía ser una importante fuerza francesa atacó la propia Albuera y de entre los árboles surgió una densa columna que se enfrentó a las tropas de Blake y Castaños. Estas fuerzas —las divisiones de infantería de Girard y Gazan y una brigada de caballería—, maniobrando libremente al otro lado del flanco de los españoles, cruzaron el río y empezaron a subir por la ladera con la evidente intención de arrollar tanto a los españoles como a los angloportugueses.

Beresford y Blake reaccionaron con lentitud a esta brillante operación táctica (Castaños había entregado el mando de las dos brigadas, que era todo lo que había aportado al orden de batalla de los aliados).* Al parecer, ambos seguían convencidos de que entre los árboles que tenían delante aún se escondía una enorme fuerza francesa, y de que el movimiento de flanqueo de

* Según el general Long, Castaños parecía «exactamente una vieja cuya única ocupación fuera empolvarse el pelo y rondar por aquí y por allá ... con un séquito de unos cincuenta o sesenta criados y soldados, cosa que causa la admiración de la gente común, que grita "¡Viva!»-Pero documentos descubiertos estando en prensa este libro sugieren un panorama diferente, siendo lo cierto que, de no ser por los esfuerzos de Castaños por permanecer y combatir, Beresford se hubiera retirado al otro lado del Guadiana.

393

Soult era poco más que una finta teatral. Por eso Beresford, en vez de enviar una brigada de caballería, permitió al principio que se enfrentaran a la amenaza sus aliados españoles e incluso envió tropas para reforzar La Albuera. En cuanto a Blake, mientras tanto, sólo hizo cambiar de frente a una brigada de infantería, si bien ésta tenía el apoyo de la brigada de caballería española compuesta por mil hombres que había situado para proteger en el extremo de su línea.

De modo que si se evitó el desastre, no fue gracias a los comandantes aliados. Lo que les salvó fue, principalmente, el hecho de que la fuerza de ataque francesa tuviera que desplegarse de la formación en columna de marcha a otra más adecuada para la acción en el campo de batalla, lo que necesariamente llevó bastante tiempo. No habiendo en perspectiva ningún ataque frontal de los que Beresford y Blake temían —por el contrario, ahora podían ver marchando a su izquierda a parte de las tropas que inicialmente habían amenazado al centro aliado—, finalmente se percataron de que habían sido burlados. Desesperado por remediar la situación, el comandante británico ordenó inmediatamente a la Segunda División de William Stewart y a la Cuarta División de Lowry Colé seguir a la caballería que ya había enviado en apoyo de Blake, y dejó su centro y su izquierda solamente en manos de una brigada independiente —formada por elementos de la brigada del rey, alemanes y legionarios, que había sido situada en la propia Albuera—, la división portuguesa del general Hamilton, y una brigada improvisada a partir de unas pocas tropas regulares portuguesas que se habían quedado en el Alentejo durante el bloqueo de Lisboa. Mientras tanto Beresford, dirigiéndose al galope al flanco derecho, encontró a Blake que intentaba frenéticamente llevar a más hombres suyos a la línea; pero ya era demasiado tarde: bajo el mando de José de Zayas, cuatro batallones de infantería españoles y una única batería se enfrentaban a la embestida de dos divisiones enteras.

Al avanzar los batallones uno tras otro, yendo el primero en *ordre mixte* —formación que mezclaba columna y línea con vistas a combinar el empuje con la potencia de fuego— y el segundo en una densa masa de columnas de batallón y apoyados por tres baterías de artillería, en teoría los franceses tenían que haber acabado pronto con los españoles. Mas aquí topamos con el segundo factor que salvó a los aliados del desastre. Se da el caso de que las tropas de Blake (en aquel momento las de Castaños todavía estaban de reserva) eran las mejores de todo el ejército español. Las dos divisiones llevadas desde Cádiz —en su origen las tropas de Alburquerque— se conservaban intactas desde mediados de 1809 y, excepción hecha de la breve campaña de Barrosa, habían pasado todo el año anterior entrenándose en la Isla de León. En lo que a los hombres de Ballesteros se refiere, estaban intactos desde hacía aún más tiempo, y además un año de marchas y contramarchas por Andalucía

occidental los había convertido en curtidos veteranos. Apostados en una pequeña loma, los cuatro batallones españoles aguantaron firmemente y abrieron fuego sobre los franceses, cuya respuesta no fue cargar a la bayoneta —táctica que bien podía haber tenido éxito—, sino frenar su avance y devolver el fuego.

Al iniciarse el consiguiente duelo sangriento ya empezaba a llegar la ayuda. Tras los defensores y más allá de ellos estaban entrando en posición otros batallones españoles, mientras en algún punto situado a la derecha de la retaguardia hacía su aparición la primera brigada de la división de Stewart. Entre tanto, a la derecha se habían unido a la caballería española de Loy dos regimientos de dragones pesados británicos. Beresford había planeado un gran contraataque contando tanto con la división de Stewart como con las crecientes fuerzas de caballería que estaban llegando al flanco derecho (detrás y no muy lejos de los dragones pesados británicos se hallaba la brigada de caballería perteneciente al Quinto Ejército mandada por Penne Villemur). Pero Stewart, impetuoso e ineficaz, echó a perder este plan al actuar sin esperar al resto de sus hombres. La esencia de esta operación era la rapidez, es cierto —¿qué hubiera sucedido de haber fallado los hombres de Zayas antes de estar preparado el contraataque?—, pero en el caso de Stewart el orden de batalla con que realizó su ataque es injustificable. Pese a que el flanco de Girard y Gazan tenía protección de caballería, las tropas fueron enviadas en formación de línea. Stewart pudo haber esperado a que la caballería aliada protegiera su avance, pero incluso así se trataba de una maniobra sumamente peligrosa. Girando a su izquierda para avanzar contra la infantería francesa, la brigada, mandada por John Colborne, necesariamente tenía que exponer todo su flanco derecho; la situación se complicó al desencadenarse una tormenta repentina: de ahí que los hombres de Colborne, con su propia caballería cegada al parecer por el diluvio, recibieran súbitamente el ataque de una brigada de jinetes enemigos. Cogidos en campo abierto, sus tres cuartas partes murieron, fueron heridos o apresados. Dos escuadrones de dragones pesados británicos que intentaban acudir en su ayuda recibieron por su flanco la carga de una unidad que se había mantenido en reserva para este objeto, y hubieron de huir desordenadamente. Los de la caballería no tuvieron compasión:

> La victoriosa caballería francesa estaba formada en parte por lanceros polacos. Por la conducta de este regimiento ... creo que muchos de ellos debían de estar intoxicados, pues cabalgaron sobre los heridos alanceándolos bárbaramente ... Yo fui testigo de su inhumanidad: tras haber sido muy gravemente herido en la cabeza y después de robarme todo lo que tenía, mientras era conducido como prisionero entre dos soldados ... franceses, uno de esos lanceros se

> acercó a mí y me derribó intencionadamente. No satisfecho con esta brutalidad, el muy canalla intentó por todos los medios hacer que su caballo me pisara.[5]

Pese a los triunfantes jinetes, a que los fugitivos desesperados cruzaban entre sus filas posteriores y a que una descarga disparada contra los jinetes enemigos por la recién llegada brigada del general Hoghton hizo caer a muchos hombres, los españoles no cedieron, y su fuego hizo tanto daño a los atacantes franceses que éstos interrumpieron su asalto e intentaron adelantar su Segunda División, la de Gazan. Pero esto los condujo al caos: al estar las dos divisiones excesivamente cercanas para gozar de libertad de movimientos, se vieron mezcladas en una única masa confusa. Siendo imposible cualquier movimiento hacia el frente, Soult hubiera debido retirarse o recurrir a las dos brigadas de infantería que tenía de reserva, junto con su poderosa caballería, en un último intento de restablecer el equilibrio. Semejante estratagema aún podía haber tenido éxito, pero Soult, que estaba en su elemento cuando se trataba de elaborar planes de combate, era menos eficaz cuando llegaba la hora de realizarlos y tenía que reaccionar solo frente a las condiciones variables del campo de batalla. Cogido completamente por sorpresa, falló en el momento de impartir las nuevas órdenes que eran necesarias, de forma que condenó a sus hombres a una derrota que en modo alguno merecían.

Mientras tanto, para los aliados las cosas empezaban a tener mucho mejor aspecto. Las dos brigadas que le quedaban a Stewart —las de Hoghton y Abercrombie— habían formado ahora en línea tras las tropas de Blake, y este último había pasado a la retaguardia; Scherer recordaba que «un joven oficial español de aspecto muy aristocrático se acercó a mí a caballo y me pidió ... que explicara a los ingleses que a sus compatriotas se les había ordenado retirarse [y que] no estaban huyendo».[6] Una vez enfrentados los hombres de Hoghton a la masa de franceses en la loma y habiendo prolongado la línea los de Abercrombie colina abajo hacia la izquierda, lo que quedaba de la división de Stewart avanzó. La infantería francesa podía estar desordenada pero no formada por cobardes —que, de otra parte, apenas hubieran podido echarse a correr—, de modo que a continuación se produjo un terrible intercambio de disparos en el que uno de los regimientos implicados —el 57.°— se ganó el apodo, que tanto había de durar, de «Die hards» [expresión que vale por 'morir duramente' o 'costosamente' y que se aplica a los incondicionales o a quienes luchan hasta el fin]. Scherer, en la brigada de Abercombie, fue testigo de ello:

> Este mortífero enfrentamiento de mosquetes se prolongó largo rato. En ningún momento dejamos de avanzar hacia el enemigo ... La carnicería era ahora ... espantosa: todos los disparos hacían blanco ... describir ... con fidelidad esta escena salvaje sería imposible. De vez en cuando un gemido o un gruñido

> me indicaba que en torno a mí caían hombres, pero el tumulto no siempre me permitía captar estos sonidos. Un acercamiento hacia el centro ... muy ciertamente mostraba los estragos de la muerte.[7]

Enfrentados a los tiradores franceses, los tres batallones de Abercrombie podrían haber atacado a los franceses por el flanco, pero por razones que no están del todo claras no lo hicieron. Aunque se supone que les fueron enviadas órdenes en este sentido, es posible que nunca les llegaran, y que su comandante pudiera haber estado preocupado por la posibilidad de un ataque a su retaguardia de las tropas francesas que estaban en los alrededores de La Albuera. A todo esto, parece que Beresford, una vez dadas las órdenes, sencillamente se olvidó de ellos. Ahora, muy afectado por la carga de la caballería francesa (que de hecho habían sufrido él y su estado mayor, ocasión en que al parecer el general británico neutralizó a uno de los jinetes enemigos con las manos) y perfectamente consciente del enorme número de jinetes que había a lo largo de la colina y en la vaguada de su parte norte, estaba empeñado en la estéril tarea de llevar a la brigada de infantería de Carlos de España perteneciente al Quinto Ejército para que protegiese la derecha de Hoghton (estéril porque los tres batallones que la formaban habían estado todos ellos en la batalla de Gebora, y en consecuencia se negaron a avanzar). También estaban disponibles la Cuarta División de Colé y tres brigadas de caballería, fuerzas que se hallaban ahora escalonadas a la derecha, pero Beresford dejó solas a estas tropas por temor a sufrir otro desastre semejante al que había acontecido a Colborne, en lugar de escoger el sorprendente plan de recurrir a más tropas de su izquierda y de su centro.

Esto, mientras caían muchos hombres y muy deprisa, sólo puede ser calificado de insensatez, pues las tropas esperadas tardarían algo en llegar. Pero, afortunadamente para Beresford, un exasperado oficial de estado mayor cabalgó hasta llegar a presencia de Colé y le urgió a pasar al ataque. Tras la previa obtención de una promesa de apoyo de caballería y habiéndose situado en el seno de una formación en que estaría a salvo de los jinetes enemigos, la Cuarta División avanzó cruzando el valle. Castigado por el fuego artillero francés, recibió de inmediato la carga de cuatro regimientos de dragones, con el resultado de que la brigada portuguesa que se enfrentó a ellos realizó la hazaña extraordinaria de rechazarlos sin formar el cuadro. Mientras tanto, Soult había ordenado a la fuerte brigada del general Werlé que avanzase para proteger el flanco izquierdo de Girard y Gazan, y mientras las tropas de Colé subían por la ladera, aquélla abrió fuego con considerable efecto. Pero los hombres de Werlé, que eran dos veces más fuertes de lo que sus asaltantes creían, habían avanzado en tres columnas cerradas de tres batallones cada una, por lo que no pudieron llevar muchos mosquetes ni desplegarse con comodidad, y

tras un feroz combate cedieron y huyeron. Más o menos en el mismo momento Abercrombie había llevado finalmente a sus tropas a lo alto de las lomas desde el otro lado. Las divisiones de Girard y de Gazan, que ya no podían aguantar más, se desintegraron a su vez, y en cuestión de minutos la totalidad del ala izquierda francesa estaba en retirada. La lucha prosiguió durante un rato más en torno a la propia Albuera, pero estando los aliados demasiado exhaustos para emprender la persecución, a todos los efectos y en todos los aspectos la batalla había terminado.

Terminaba así un día terrible. Los ejércitos aliados habían sumado cinco mil trescientas ochenta bajas entre muertos y heridos, sin contar varios centenares de prisioneros. En cuanto a las pérdidas de Soult, aún eran peores: el mariscal había perdido por lo menos una cuarta y acaso una tercera parte de sus veinticuatro mil hombres. Como escribió Long, «nunca ... he visto semejante escena de carnicería ... El campo de batalla era un matadero».[8] Pese al heroísmo de muchos de sus soldados, Beresford tenía pocos motivos para vanagloriarse de su victoria. Juzgando la situación de modo completamente erróneo al principio de la batalla, luego perdió confianza en sí mismo hasta el extremo de ser incapaz de combatir de modo efectivo. El hecho es que, aunque pudo haberle fallado la asistencia de alguno de sus subordinados, sencillamente él no estuvo a la altura del papel que corresponde a un general en jefe en el campo de batalla, y recibió el mando del frente sur solamente debido a que Rowland Hill —un hombre muy serio y digno de confianza que era la elección habitual de Wellington cuando tenía que nombrar a un comandante independiente de una parte de su ejército— había caído enfermo. Parece que Beresford, rodeado de escenas de lo más horripilante, sufrió una especie de colapso nervioso: cartas escritas por él después de la batalla muestran a un hombre atenazado por el pánico y el estupor, y Wellington tuvo que reescribir lo esencial de su comunicado oficial para poder enviarlo a Londres.

De todos modos, sean cuales sean las críticas a Beresford que puedan formularse, el hecho es que Albuera había puesto fin a cualquier esperanza de auxilio que Badajoz hubiera podido albergar, pues Soult tuvo que retirarse. Y, lo que es más, lo hizo entre escenas de horror y desmoralización. Por ejemplo, los prisioneros franceses «decían de Soult que era avaricioso y estaba sediento de sangre y afirmaban que no le preocupaba el sacrificio de sus hombres y estaba plenamente empeñado en la obtención de dignidades y de riqueza».[9] En cuanto a los heridos, sus sufrimientos eran espantosos:

> Hacia las dos de la mañana se puso en marcha el principal convoy de heridos, que ascendía a un total de casi cuatro mil. Los lamentos de aquellos pobres infortunados eran ... espantosos. Aun teniendo el corazón duro como el diamante hubiera lamentado la penosa situación a que los horrores de la guerra les

> habían conducido ... Dos o tres centenares ... murieron el 17, y en la carretera de Sevilla expiraron entre seiscientos y setecientos más.[10]

Al mismo tiempo, la batalla había demostrado por lo menos que la cooperación entre británicos y españoles era posible, y además que las tropas españolas podían combatir bien cuando tenían que hacerlo. Tampoco las graves pérdidas aliadas supusieron un trastorno militar serio: por razones que enseguida se explicarán, Wellington estuvo rápidamente en condiciones de reparar los daños y de reanudar el asedio de Badajoz. La batalla no sirvió para mejorar las relaciones angloespañolas. Wellington echó la mayor parte de la culpa de lo ocurrido a Blake y fue un tanto reticente en su elogio de la infantería española:

> Entiendo que las tropas españolas se han comportado de modo admirable. Han aguantado con firmeza; ha habido momentos en que ambas partes hacían fuego contra ellos, pero eran prácticamente inamovibles, y este es el principal motivo de ... nuestras bajas. Tras haber perdido su posición, lo natural hubiera sido atacarla con las tropas españolas más cercanas, pero no hubo modo de moverlas. Las tropas británicas ... se hallaban próximas, y en tales casos siempre deben ser lanzadas, padeciendo las consecuencias de ello.[11]

Aunque esto no era del todo justo, había algo de verdad: una parte de las tropas españolas eran, casi literalmente, incapaces de maniobrar. Ni que decir tiene que pronto se puso en circulación una versión muy distinta: Leith-Hay, por ejemplo, afirma categóricamente que los problemas de Beresford fueron «causados en primer lugar por la retirada de las tropas españolas».[12] Y para William Lawrence, sargento que luchó en la carga de Colé, aún era más irrecusable:

> Los españoles ... pronto se retiraron con el mayor desorden, dejando a los británicos el peso de la batalla ... Siempre era difícil hacerles avanzar durante la batalla, pero en lo que más se lucían era en las retiradas, y además siempre las realizaban en confusión.[13]

Pero la irritación se convirtió en furia cuando el comunicado que se leyó en las Cortes hizo imposible creer que los británicos habían tenido en el combate nada más que un papel menor. Algunos relatos correctos de la batalla fueron publicados en la prensa española, pero, como lamentaba Graham:

> Las noticias de la victoria en Extremadura han llenado el espíritu de la gente ... con la más decidida fe en la superioridad del ejército español, que en estos momentos, según la opinión pública, ni admite ni precisa mejora alguna, siendo ya perfecto. Sin haber presenciado este lamentable egoísmo nacional...

> es difícil de creer, y nadie lo creería posible, que personas de todos los rangos estuvieran tan dispuestas a engañarse a sí mismas y a los demás. Aquí el pueblo, en vez de experimentar un sentimiento de simpatía, gratitud y generosidad por las bajas de las tropas británicas en Albuera, cree en su totalidad que han sido exageradas de modo intencionado ... y que en cualquier caso la salvación de británicos y portugueses se debía por completo a la intrepidez de los soldados españoles, así como a la actividad y al buen criterio de sus jefes.[14]

Lo que hacía aún más irritante las quejas de los españoles era el hecho de que Wellington acabara de obtener una victoria importante en el frente norte. Camino de Sabugal, el comandante británico había atacado Almeida, que creía poder rendir por hambre mucho antes de que el ejército de Masséna (que, completamente exhausto, se había retirado muy hacia el interior y estaba ahora rehaciéndose en torno a Salamanca y Toro) fuera capaz de alcanzar el frente de batalla. También se esperaba forzar la rendición de Ciudad Rodrigo, pues se sabía que había sido privada de sus reservas de víveres para alimentar a los hombres de Masséna, pero las tropas a ello destinadas —la División Ligera, que había estado durante algún tiempo en manos del singularmente incompetente sir William Erskine, y los guerrilleros de Julián Sánchez— no mantuvieron la vigilancia adecuada, por lo que se les pasó un gran convoy de suministros. De modo que Wellington, percatándose de que un bloqueo prolongado hubiera supuesto el riesgo de repetir el episodio de Coa, hizo retroceder a la División Ligera y se concentró solamente en Almeida.

Dadas las circunstancias, esto resultó ser lo adecuado. Masséna, en modo alguno carente de recursos, consiguió reconstruir su ejército mucho más rápidamente de lo esperado, y a finales de abril llegaban informes de que los franceses estaban en marcha. Aunque a sus hombres les faltaban caballos y su ropa no había sido adecuadamente repuesta, Masséna estaba decidido a hacer un último esfuerzo. Reforzado por una pequeña división de caballería enviada por el mariscal Bessiéres, comandante del ejército del Norte, el 26 de abril Masséna, «el hijo dilecto de la victoria», pasó a la ofensiva.* El objetivo aparente de este movimiento era permitir el reabastecimiento de Almeida, pero los franceses sólo tenían el transporte necesario para llevar una reducida cantidad de alimentos, y probablemente no podrían mantenerse por mucho tiempo en las cercanías de su destino. De modo que su verdadero objetivo era la destrucción de Wellington. Ahora bien, ¿hubiera producido tal resultado una batalla? Wellington sólo podía presentar treinta y siete mil hombres frente a los cuarenta y ocho mil de Masséna. Su recién creada Séptima División estaba formada en gran parte por reclutas bisoños y desertores extranjeros; y su

* El Ejército francés del Norte, que no se formó hasta enero de 1811, era una nueva fuerza compuesta por las guarniciones de Castilla la Vieja, Navarra y las provincias vascas.

escasez de caballería era especialmente preocupante en el terreno abierto de aquella comarca fronteriza. Pese a todo esto, lo que en realidad importaba era si Wellington lucharía. Como Masséna sabía perfectamente, el comandante británico podía limitarse a esperar desde el otro lado del Coa a que el hambre obligara a los franceses a retirarse, mientras que si combatía, lo haría en un terreno en el que era muy fuerte. Tampoco el Ejército francés de Portugal se hallaba en su mejor estado de ánimo. Sedientos de venganza tras los horrores de los ocho últimos meses, los hombres estaban ansiosos: «Todo el mundo —dice Parquin— estaba dispuesto a pelear con los ingleses».[15] Pero entre los generales el ambiente estaba aún más envenenado que en 1810. El constante pirateo de suministros había conducido a interminables disputas que casi llevaron a enfrentarse en duelo a los generales Poinsot y Fournier. Drouet, que ya no estaba dispuesto a seguir luchando bajo el mando de Masséna, había intentado aprovechar las recientes órdenes recibidas de París para marchar a Andalucía con la mayoría de sus hombres. Finalmente, Bessiéres no había cumplido su promesa de aportar al menos una división de infantería completa, y al daño causado añadía ahora el insulto, afirmando que había «acudido, como un caballero francés, a la cabeza de un puñado de héroes».[16*] Como observó Masséna, «mejor hubiera hecho enviándome algunos miles de hombres más ... en vez de dedicarse a criticar y examinar lo que yo voy a hacer».[17] Bien pudo escribir Marbot que «las muchas molestias que surgían a su alrededor [del mariscal Masséna] hicieron mucho por empeorar su carácter, que era de natural vengativo».[18]

Wellington decidió luchar, pero desde el punto de vista francés todo el asunto parece curiosamente falto de objetivo. Con el alto mando en tal desorden, la victoria siempre sería improbable, mientras que la posición escogida por Wellington para esta nueva batalla era de fácil defensa. El ejército aliado se hallaba apostado a lo largo de una meseta entre un fuerte ruinoso en La Concepción y Fuentes de Oñoro, mientras su centro y su izquierda estaban protegidos por un profundo barranco por el que corría un arroyo llamado el Dos Casas. Al encontrar esta posición el 3 de mayo por la mañana, Masséna decidió rápidamente que el mejor modo de avanzar era apoderarse del pueblo que, con una fuerte guarnición, se situaba sobre las laderas que bajaban hasta el Dos Casas. De modo que a primera hora de la tarde la división de infantería de Masséna que iba en cabeza se lanzó al cruce del río y se introdujo en el laberinto de patios y callejas. Se produjo a continuación un enconado combate que duró varias horas y que costó a ambas

[*] Sin lugar a dudas, a Bessiéres le influyeron los celos, pero sólo hubiera podido reunir más hombres permitiendo que grandes extensiones del norte de España escaparan al control francés, y estas tropas de más apenas cambiarían las cosas.

partes unas novecientas bajas. Uno de los defensores recogió algo de aquel caos:

> La fuerza arrolladora que lanzaron entonces los franceses contra el pueblo no podía ser contenida por las reducidas tropas que lo defendían [y] se vieron obligadas a ceder... Mientras se retiraban a través de la población, uno de nuestros sargentos ... perseguido de cerca por el enemigo entró corriendo en una casa. Le seguían muy de cerca y tuvo el tiempo justo para meterse en un gran arcón ... cuando entraron y empezaron a saquear la casa ... Estaban ya levantando la tapa de su escondite, cuando el ruido producido por nuestros hombres que gritaban al cargar contra el enemigo ... les obligó a escapar.[19]

Finalmente los atacantes fueron expulsados y obligados a retirarse por una feroz carga del 71.° de a pie, y el hecho de que una de sus unidades fuera la Légion Hanovérienne, que vestía casaca roja, no ayudó a la causa francesa:

> El resultado fue un cruel patinazo. El 66.° Regimiento [francés] había sido enviado a apoyar a los hanoverianos, que estaban en la línea de combate; pero bajo el humo los confundieron con un batallón inglés y abrieron fuego contra ellos ... Otro regimiento, que en aquel momento estaba entrando en el pueblo, al ver las casacas rojas por su flanco supuso que la posición había cambiado de manos ... y el enemigo, inteligentemente, aprovechó la confusión resultante para recuperar Fuentes de Oñoro.[20]

Masséna, bruscamente detenido, se pasó toda la jornada siguiente reconociendo la posición de los aliados, concluyendo al fín que el mejor modo de derrotar a Wellington sería girando sobre su propio flanco izquierdo y dejarle elegir entre retirarse o enfrentarse a un ataque en pinza en el que veinte mil hombres se dirigirían hacia el norte contra el extremo sur de su despliegue, mientras otros catorce mil atacaban Fuentes. Percatándose de que se tramaba algo así, Wellington envió su 7.ª División a ocupar la zona del pueblo de Pozo Bello, dos millas al sur del extremo de su línea; pero, como Beresford en Albuera, había juzgado la situación erróneamente, pues había pocas posibilidades de que esta fuerza, muy débil tanto en número como en calidad, detuviera un ataque serio. También disponía, es verdad, de toda la caballería aliada —cuatro regimientos de regulares y los guerrilleros de Sánchez—, pero incluso así la 7.ª División pudo haber sido aniquilada.

De todos modos, al final se evitó el desastre. El 5 de mayo, al despuntar el alba, miles de soldados franceses empezaron a rodear Pozo Bello. La caballería aliada intentó frenar su avance luchando valerosamente, pero sus denodados esfuerzos no dieron fruto. Como recordaba William Tomkinson:

> Nuestros hombres se acercaron a caballo y empezaron a dar sablazos, pero les superaban tanto en número que no pudieron hacer nada y se vieron obligados a retirarse ... al haber traído el enemigo más tropas a este punto. El capitán Belli fue herido ... y apresado; el sargento Taylor ... y seis hombres ... murieron ... mientras intentaban rescatarlo.[21]

Dada la fuerza arrolladora de los franceses, la guarnición del pueblo se vio enseguida superada, y el grueso de la 7.ª División, que se había desplegado en línea de combate bajo el mando de su comandante, el general Houston, un poco hacia el oeste, tuvo que retirarse en busca de terreno más seguro:

> Nos retiramos por el terreno quebrado que había a nuestra espalda ... y nos vimos a salvo de su caballería, pero se habían traído los cañones ... y nos disparaban con generosidad. Seguimos retirándonos y pronto llegamos a una ... rápida corriente de agua. La vadeamos con el agua al pecho y la orilla opuesta nos resultó muy difícil de subir. Esto causó algún retraso [pero] el regimiento esperó hasta que todos hubieran cruzado, y a continuación formó en línea y prosiguió con rapidez su retirada. Nos salvamos gracias al coronel M. ... Desmontó ... nos plantó cara y nos mantuvo todo el rato en movimiento ... De vez en cuando gritaba: «Ese tipo ... no puede marchar; sargento mayor, apúntele para instrucción. Le digo que si nos mantenemos firmes no pueden hacernos daño; si te retrasas, te derribarán». Llevaba el caballo de la brida, y al pasar una bala bajo el vientre del animal, éste se encabritó. «Eres un cobarde —dijo—, voy a tenerte tres días sin grano».[22]

Los hombres de Houston, robustecidos por semejante valentía, consiguieron una buena posición defensiva algo más atrás. Aquí se interrumpió la retirada, pues tras haber sido hábilmente rechazadas varias cargas, a los jinetes franceses les pareció que no podían hacer más progresos, mientras que la infantería que les había seguido había cambiado el rumbo hacia el norte y se dirigía ahora a la posición principal de Wellington.

Pero la crisis ya había pasado. Wellington, plenamente consciente ahora del peligro, había ordenado a dos de sus mejores divisiones de infantería y a una brigada de tropas portuguesas que formaran una nueva posición defensiva algo retrasada y al otro lado del borde de la meseta desde Fuentes de Oñoro hasta otro riachuelo, el Turón, que corría a lo largo de la retaguardia de su posición inicial. Probablemente iba a resultar un hueso duro de roer —entre otras cosas, ante la nueva línea el terreno bajaba abruptamente—, por lo que Wellington podía sentirse perfectamente a salvo. Pero lo que le preocupaba era la situación de la 7.ª División, que estaba aún peligrosamente aislada. En consecuencia, para evitar la posibilidad de que Masséna se asegurase siquiera el éxito parcial que pudiera suponer su destrucción, el comandante británico

envió órdenes para que se retirase aún más y al mismo tiempo mandó a la División Ligera (dirigida una vez más por Craufurd, que casualmente la noche anterior había vuelto a asumir su mando) para cubrir la retirada.

Se produjo a continuación el episodio más célebre de la batalla. Los hombres de Craufurd, marchando a lo largo de las lomas que conducían a la posición de Houston, por unos breves momentos avanzaron en línea. Tan pronto como la 7.ª División estuvo en movimiento, empezaron a retirarse. Al haber vuelto a formar la caballería francesa, inmediatamente trataron de arrollarlos, pero las mismas unidades de caballería que tan bien habían luchado para proteger a Houston acudieron de nuevo al rescate. Así fue como se evitó la que pudo ser una situación de extremo peligro, gracias a que los cuadros de batallones en que había formado Craufurd con el grueso de sus hombres fueron capaces de retirarse en buen orden. De todos modos, incluso entonces no faltaron en la retirada los momentos de crisis: una sección de la batería de caballería agregada a la División Ligera sólo logró salvarse cargando al galope contra los franceses de caballería que la habían aislado, y los franceses cayeron además sobre los tiradores que protegían la línea principal, causando alrededor de un centenar de bajas. Con todo, incluso este éxito menor tuvo un elevado precio:

> El general Fournier ... el capitán Lasalle [y los] tenientes Labassée y Hymonet, así como varios cazadores, fueron desmontados por el fuego de artillería e infantería del enemigo, y a mí me dio en la cara un proyectil disparado a quemarropa, arrancándome seis muelas.[23]

A estas alturas Masséna debía de ver claramente que la batalla estaba perdida, pues una vez más la posición británica era demasiado fuerte. Sin embargo, sabiendo que la derrota suponía sin lugar a dudas caer en desgracia, el mariscal no podía permitirse echarse atrás. De modo que, tan pronto como se vio que su movimiento de flanqueo progresaba, los franceses volvieron a cargar hacia el interior de la villa. Hasta el momento había tenido lugar un combate desesperado en que primero obtuvo ventaja una parte y luego la otra, lo que obligó a ambos comandantes a incorporar cada vez más tropas. Por lo menos en dos ocasiones las fuerzas francesas llegaron hasta las últimas casas de la localidad, pero las dos veces fueron rechazados. Tras la batalla, los muertos ofrecían testimonio mudo de la ferocidad del combate:

> Entre los muertos que cubrían las calles ... era de lo más normal ver a un soldado inglés y a otro francés que se habían clavado mutuamente las bayonetas y que aferraban convulsivamente con los puños las culatas de sus mosquetes, yaciendo el uno sobre el otro. En una ocasión vi siete y en otra cinco oficiales franceses muertos a bayonetazos.[24]

A diferencia del 3 de mayo, los franceses no fueron completamente expulsados de Fuentes —es más, casi toda la parte baja de la villa aún estaba en sus manos—, pero para Masséna esto no era suficiente. Dándose cuenta de que si La Albuera no caía, ningún ataque contra la posición principal de Wellington tendría posibilidades de éxito, aprovechó que Bessiéres se había negado a dejarle la división de caballería que había traído para lanzar una carga final contra la línea del comandante británico, y abandonó la acción. Las bajas de los aliados fueron 1.452, y las de los franceses 2.192; o, contando las de los dos días de combates, 1.711 y 2.844.

A fin de cuentas, pues, para Masséna, Fuentes de Oñoro no había sido un buen negocio. Se habían consumido sin provecho grandes cantidades de suministros y no se había logrado llegar a Almeida ni infligir daños graves a Wellington. Pero a los franceses aún les quedaba un premio de consolación. Aunque Masséna no tenía más opción que abandonar, se las arregló primero para hacer llegar un mensaje a la guarnición de Almeida ordenándole destruir las fortificaciones e intentar escapar. Gracias a una serie de fallos de las fuerzas que vigilaban el lugar, este plan tuvo un éxito notable: tras haber encendido las mechas de cierto número de minas que estallaron minutos después y abrieron grandes huecos en los muros, la noche del 10 de mayo toda la guarnición salió precipitadamente por una de las puertas. Atacados por todas partes, casi fueron capturados en el puente que cruzaba el río Águeda, en la localidad de Barba del Puerço, pero pudieron seguir gracias al valor y a los recursos de su comandante, y finalmente la mayor parte de ellos se salvó.

Aunque esta noticia pudiera no ser bien recibida, en términos generales, Wellington pudo darse por satisfecho. Su ejército había obtenido una clara victoria y ahora tenía ante sí la posibilidad de concentrarse en la toma de Badajoz, que consideraba acertadamente el más valioso de los dos posibles objetivos planteados a sus fuerzas (de hecho, tan pronto como Masséna se retiró, Wellington salió para Extremadura con dos divisiones de infantería). Es más, aunque él no pudiera saberlo, pese a haber mostrado Fuentes de Oñoro que las aventuras por las planicies de León y Castilla la Vieja seguían siendo una propuesta dudosa, resultó ser un punto decisivo en la guerra; pues el gobierno inglés, encantado, pasó repentinamente de sugerir recortes de tamaño del ejército de Wellington —que en las presentes circunstancias seguía ofreciendo posibilidades una vez asegurado Portugal— a prometerle ocho mil hombres de refresco y enviarle un tren de sitio adecuado. Esta generosidad vino acompañada de nuevas instrucciones. Wellington, que ya no estaba limitado a la defensa de Portugal, tendría en lo sucesivo facultades discrecionales para actuar. En ningún punto se especificaba que hubiera de avanzar, pero lo que se deducía estaba claro: antes o

después el ejército angloportugués pasaría a la ofensiva con el objetivo de expulsar de España a los franceses.

A todo esto, volviendo a Extremadura, Wellington se encontró con que la situación estaba en condiciones tolerables. De modo que cabía esperar que Soult estuviera durante algún tiempo fuera de combate, mientras que Badajoz había sido atacada nuevamente de modo precipitado por tropas aliadas que volvían de La Albuera (si bien Philippon había tenido tiempo para demoler todas las obras de asedio de los aliados). También había vuelto el general Hill, totalmente recuperado de su enfermedad, y Wellington le encargó inmediatamente la fuerza de cobertura —los restos de las divisiones Segunda y Cuarta más algunas otras tropas— que vigilaba a Soult. Sin embargo, tan pronto como las operaciones de sitio se reiniciaron se hizo evidente que Wellington aún no contaba con los recursos necesarios para tomar una fortaleza importante. Empeoraban la situación diversos accidentes geográficos, el valor y el ingenio de Philippon y la errónea planificación que consumió los escasos recursos de los aliados y volvió a enfrentarles al fuerte de San Cristóbal, de enorme solidez, si bien el factor clave era la dudosa artillería de sitio aliada. Formada casi enteramente por piezas de museo, resultó incapaz de eliminar el fuego de los defensores o de abrir suficientes brechas en los muros. En consecuencia, para las tropas que se hallaban en las trincheras el asedio fue una triste cosa; Donaldson recordaba que «les hicieron padecer mucho los tiros y proyectiles del enemigo, con los que ... no nos dejaban en paz», y Wheeler, que estaban «casi sofocados por ... falta de aire y casi cocidos por el sol» y se mantenían «en constante movimiento debido a los enjambres de moscas».[25] Aunque finalmente se les hizo algún daño, el 6 y el 9 de junio el valor y la energía de los defensores lograron rechazar sendos asaltos con graves pérdidas. Wheeler, que participó en ambos ataques, ofrece una gráfica descripción de la escena:

> Subimos por el glacis ... Sobre los muros no se veía ni una cabeza y empezamos a pensar que el enemigo se había retirado ... cuando repentinamente, como en un estallido de luz, la plaza entera se incendió. Me resulta imposible contarte lo que pasó a continuación. Te harás una idea más exacta si te imaginas una profunda trinchera o foso llena de hombres que intentan subir el muro con ayuda de escalas. Y en lo alto de este muro, multitud de hombres lanzando proyectiles y granadas de mano sobre las cabezas de los que se hallaban abajo, y cuando las hubieron terminado, cada uno disponía de seis o siete mosquetes cargados que disparaban ... tan rápidamente como podían. Añádase a esto media docena de cañones rociando de metralla la trinchera ... montones de tipos valientes muertos y heridos [y] escalas destrozadas por disparos que caían junto con los hombres vivos o muertos ... Pero en medio de todos estos problemas ... hubiéramos tomado el fuerte de no haber sido por un accidente imprevisto al

> que no se pudo poner remedio ... Las escalas eran demasiado cortas ... Tan pronto como se descubrió esto se abandonaron todas las esperanzas de tomar la plaza y se dio la orden de retirada.[26]

Sólo con que los angloportugueses hubieran sido capaces de insistir, el hambre hubiera bastado para derrotar a Philippon; pero ahora nuevas fuerzas se dirigían en auxilio de Badajoz. La importancia estratégica de esta fortaleza era tal que Wellington siempre había temido que asediándola atraería la atención de más enemigos a los que se podía enfrentar. Y esto fue lo que pasó. Incluso antes de la batalla de Albuera, Soult había escrito al ejército de Portugal avisándole de que Badajoz estaba en peligro y de que podía precisar de su ayuda. Esta carta, que llegó el 14 de mayo, no fue a parar a Masséna, un hombre mezquino y egoísta, sino a un nuevo comandante, el mariscal Marmont. Éste, más joven y mejor parecido que su predecesor, que acababa de recibir la inevitable noticia de que Napoleón había decidido retirarle del cargo, tomó inmediatamente la resolución de dirigirse hacia el sur. Dado su carácter, esto quizá fuera un tanto sorprendente, pues el nuevo comandante del ejército de Portugal era tan vano y autosuficiente como Masséna, pero era un buen estratega, y en tanto que único general francés que no tenía que defender un territorio de gran extensión, nada podría perder marchando en ayuda de Soult. Por el contrario, hacer tal cosa le procuraría aplausos en París e incluso le daría crédito para un éxito notable.

En aquel momento había mucho que hacer, pues el ejército de Portugal necesitaba con desesperación un nuevo equipamiento y tropas de refresco, mientras que tanto a las fuerzas de Soult como a las de Marmont se les había ordenado librarse de su vieja estructura de cuerpos. El sustituto de Masséna, lleno de entusiasmo y energía, resultó ser de lo más adecuado para la tarea. En breve plazo se concentró en un número reducido de batallones y escuadrones a los soldados supervivientes, cuadros de todos los regimientos de infantería y caballería fueron devueltos a Francia para absorber a nuevos reclutas y a parte del Noveno Cuerpo de Drouet enviado para reforzar a Soult.* Al mismo tiempo se habían enviado grandes cantidades de ropa y calzado y el ánimo de la tropa y de los oficiales se vio muy estimulado. El ejército, en posesión ahora de unos efectivos de sólo treinta y seis mil hombres, era mucho menor que el que estaba bajo el mando de Masséna, y en lo sucesivo, debido a la falta de caballos (que estaban enviándose a Francia en

* El Noveno Cuerpo, compuesto por veinte batallones nuevos reclutados de entre los regimientos de infantería ya de servicio en la Península, había sido ideado meramente como una formación provisional. Atrapado por las acciones de Masséna, había sobrevivido más de lo previsto, pero ahora que se presentaba la oportunidad, y que sus unidades habían sido enviadas a sus formaciones de origen, la parte de Soult ascendía a once batallones.

gran número) sólo podría poner en campaña alrededor de la mitad de su caballería y artillería. Habiéndose librado de la mayor parte de sus antiguos altos oficiales, el ambiente cada vez más mordaz de los últimos meses llegaba a su fin y el ejército de Portugal se convertía en una fuerza de combate más cohesionada y batalladora que antes. Como escribió Marmont, «este ejército de Portugal, hace un mes tan desorganizado, tan desanimado, tan incapaz de actuar, había recuperado su vigor, su ímpetu y su confianza».[27]

Con todo y pese a la batalla de Albuera, la posición de Soult en modo alguno era tan desesperada. Consciente de su difícil situación, Marmont había empezado a desplazar a las tropas bajo su mando hacia el sur incluso antes de conocer el resultado del sangriento combate del 16 de mayo, de modo que ya el 1 de junio estaba en marcha. Al enterarse de este movimiento, Bessiéres se enfureció, arguyendo —con total falsía— que ahora sus dominios estarían expuestos a ataques desde el oeste, que Soult (a quien odiaba) podía moverse solo y que Marmont haría mejor dejando descansar a su ejército, pero Marmont le ignoró. Haciendo un amago hacia Almeida para engañar a las nutridas fuerzas que Wellington había dejado inactivas en el norte, el 11 de junio sus primeras tropas cruzaron el Tajo por el puente de Almaraz y, en consecuencia, el comandante británico decidió que no tenía más opción que levantar el sitio de Badajoz. Mientras también estaban en franca retirada las fuerzas de protección de Hill, Soult se dirigió hacia el norte y el 18 de junio los dos mariscales se reunían en Mérida.

Según Marmont, un tanto autosuficiente, Soult estaba «poco acostumbrado a semejante comportamiento de camaradería», y en consecuencia se hallaba «rebosante de alegría y gratitud».[28] En cuanto a Badajoz, volvía a estar a salvo; ¿pero qué debían hacer ahora los franceses? Una vez unidas sus fuerzas, Soult y Marmont disponían de sesenta mil hombres; pero Wellington había retrocedido al otro lado de la frontera adoptando una fuerte posición defensiva tras el río Caya, entre las fortalezas de Elvas y Campo Mayor, donde pronto se le unieron la totalidad de las fuerzas que había dejado para proteger Almeida. Los comandantes franceses, habiendo reconocido esta posición, decidieron que sería una locura seguir avanzando, dado que, evidentemente, las fuerzas del ejército angloportugués no eran muy inferiores a las suyas. Se produjo a continuación un incómodo estancamiento. «Últimamente nuestras tropas extranjeras, alemanas y francesas, están desertando en gran número», se quejaba John Mills, oficial de guardias. «Cincuenta *Chasseurs Britanniques* se han pasado hace algunas noches, y una o dos más tarde el mismo número de alemanes* ... hicieron la misma triquiñuela.»[29] Todo el ejército sufría

* En el ejército de Wellington formaban muchos regimientos extranjeros, entre ellos no sólo los Chasseurs Britanniques (unidad supuestamente de realistas *emigres),* sino también los de la Legión Alemana del rey, fuerza reclutada en sus inicios en el ejército hannoveriano exiliado. En 1811 estaba formada casi enteramente por desertores y prisioneros de guerra que por lo general luchaban bien, aunque eran proclives a la deserción.

terriblemente el calor y la sed:

> Nuestra vida en ese campamento no era nada agradable ... Estábamos todo el día llenos de culebras, moscardas y otros bichos ... Por la noche nos castigaban escorpiones, mosquitos y un viento frío y penetrante ... Empezaron a aparecer todo tipo de tifus y de fiebres ... El calor era tan opresivo que el capitán von Müller, presidente del comedor de oficiales, tuvo que buscar el lugar exacto en que a las cinco de la tarde pudiera disponerse de la sombra de dos viejos alcornoques, de modo que al menos pudiéramos disfrutar de la comida ... protegidos del sol.[30]

De todos modos el ejército estaba seguro, pues no se produjo ningún ataque. Y los franceses, que no podían atacar, tampoco podían mantener en Portugal durante mucho tiempo a sesenta mil hombres, pues aparte de los problemas de intendencia, estaba claro que tanto en León como en Andalucía los españoles les podían hacer bastante daño (aunque los franceses no lo supieran, Wellington ya había hecho que Blake marchase hacia el sur con la esperanza de que pudiera amenazar Sevilla). Así pues, en cuestión de días Soult volvía a Andalucía y Marmont a León. Soult, gracias a la llegada de las tropas traídas por Drouet, pudo dejar a quince mil hombres para ocupar Extremadura, pero una vez más la iniciativa estaba en manos de los aliados.

¿Qué había sucedido mientras tanto en el resto de España? En pocas palabras, la situación de los aliados en la Península había seguido deteriorándose. Lo cual en modo alguno significa, desde luego, que la resistencia española estuviera disminuyendo. Pues los guerrilleros seguían haciendo estragos en Navarra, Aragón, las provincias vascas, León, las dos Castillas, Andalucía y Cataluña. En la Serranía de Ronda, por ejemplo, los montañeses de José Serrano Valdenebro estaban ahora organizados en tres batallones de infantería, un escuadrón de caballería y una Guardia Nacional que se convocaba en caso de emergencia. En consecuencia, estas tropas, muy reforzadas, entablaron frecuentes combates, hostigando seriamente a una columna francesa enviada a recaudar las contribuciones del distrito de San Roque, desbaratando un intento de apoderarse de su cuartel general de Gaucín y atacando Ronda en varias ocasiones. A todo esto, al igual que en todas partes, los irregulares se veían secundados por tropas regulares: en junio de 1811 una división del Cuarto Ejército desembarcado en Cádiz bajo el mando del general Antonio Begines de los Ríos derrotó en Dehesa de Gaena a una columna de tropas polacas enviadas a reforzar Ronda, y el Tercer Ejército del

general Freyre invadió Andalucía oriental. Mientras tanto en el norte, lejos de allí, había otra fuerza en marcha, el Sexto Ejército, llamado por Wellington para montar una ofensiva en León a fin de neutralizar a Bessiéres.* Los gallegos, que pudieron poner en campaña a quince mil hombres, avanzaron el 12 de junio recuperando Astorga, evacuada a toda prisa, y el 23 de junio obtuvieron una victoria menor en Cogorderos. Tras varias semanas de marchas y contramarchas, el Sexto Ejército retrocedió, mas para entonces los franceses ya habían sido obligados a entregar no sólo Astorga, sino también Asturias, mientras que la concentración en contra de sus fuerzas de gran parte del ejército del Norte había dado campo libre a los guerrilleros de Castilla la Vieja. El 14 de agosto, por ejemplo, Porlier atacó Santander, mientras otras bandas irregulares bloqueaban Palencia y Valladolid. De hecho, los franceses fueron rescatados gracias a la llegada desde Francia de varias divisiones de refuerzo, pues por aquel entonces Napoleón todavía enviaba tropas de refresco a la Península.

Pero el mayor de todos los golpes que por entonces dieron los españoles fue obra de los catalanes. Pues, ayudado por tres religiosos jóvenes que trabajaban para la guarnición, en la noche del 9 al 10 de abril el antiguo religioso Francisco Rovira fue capaz de colarse, literalmente, a la cabeza de dos mil hombres, en la muy poderosa fortaleza de Figueras. Dado que esta población dominaba la carretera principal de Barcelona a la frontera, su pérdida no podía tolerarse, y tras confusos combates en que Rovira y sus hombres recibieron el apoyo bastante ineficaz de tropas del Primer Ejército llevadas por su último comandante, el conde de Campoverde, la fortaleza fue asediada (o, para ser más preciso, sometida a bloqueo: reconociendo que la llegada de auxilio era improbable, el comandante del ejército de Cataluña francés, en aquel momento el mariscal Macdonald, renunció a las operaciones de sitio formales sencillamente con vistas a rendir por hambre a sus defensores). La fortaleza, aun estando defendida en gran parte por irregulares, aguantó más tiempo de lo esperado, si bien el 17 de agosto, desaparecida hasta la última ración de comida, se vio finalmente obligada a capitular tras haber fracasado un intento desesperado de hacer una salida. Como escribió Macdonald:

> Las desigualdades del terreno hicieron que la cabeza de las columnas se agitase y que sus armas tintinearan, lo que atrajo la atención de nuestros puestos

* Por aquel entonces Castaños era, nominalmente, comandante en jefe tanto del Quinto como del Sexto ejércitos, así como capitán general de las regiones en que tenían su base. En la práctica ocupaba la Capitanía General de Galicia el representante de Castaños, Mahy, que delegaba a su vez las operaciones de campaña en el general Santocildes.

> de avanzadilla ... Esperamos que se acercasen y en cuanto iniciaron el ata que les lanzamos algunas granadas de mano ... Los españoles perdieron gran número de hombres, muertos, heridos y ... prisioneros; por nuestra parte nadie sufrió un rasguño. Al día siguiente el enemigo presentó bandera blanca ... les rendí honores de guerra. La guarnición entregó sus armas y quedó prisionera; los oficiales conservaron la espada como muestra de respeto por su bravura.[31]

En las operaciones en torno a Figueras, y contando las pérdidas debidas a enfermedad, perecieron unos cuatro mil franceses, y durante varios meses el ejército de Cataluña, acrecentadas sus filas por una nueva división enviada por Napoleón desde el otro lado de la frontera, fue incapaz de llevar a cabo la tarea que se le había encomendado: la conquista del interior catalán. Pero, en cualquier caso, ni el valor de los catalanes, de los navarros, de los gallegos o de los andaluces era muy distinto, de modo que donde nadie se le oponía, la máquina de la conquista francesa seguía funcionando. En todas las zonas en que las campañas de primavera y verano de 1811 habían alterado el control imperial la situación pronto volvió al estado en que se hallaba a principios de aquel año (el Tercer Ejército, por ejemplo, se vio obligado a retirarse tras la derrota de una de sus divisiones en Zújar el 9 de agosto a manos de Soult). Y lo que es peor, habiendo hecho graves incursiones en los limitados recursos de España —la campaña de León había dejado al Sexto Ejército muy debilitado y Walker informaba de que las tropas se hallaban en un «lastimoso estado ... faltas de casi todo, por lo menos un tercio sin calzado y dependiendo para su subsistencia de la precaria recaudación del día»—,[32] la lucha no había impedido a los franceses apoderarse aún de más territorios. El próximo lugar que había de sentir el peso de los ejércitos imperiales era la vital ciudad de Tarragona. Pues Tarragona, razón principal de que los españoles hubieran podido mantener durante tan largo tiempo un ejército regular en el sur y el centro de Cataluña pese a lo pequeño de sus dimensiones, era a la vez un gran puerto, una fortaleza importante y la llave de Levante, última región cuyos recursos se mantenían intactos en lo que a la causa de los patriotas se refería, y de gran riqueza. No es sorprendente, pues, que el emperador decidiera que había de tomarla. Se asignó esta tarea al ejército de Aragón con su comandante, el general Suchet, a quien se cedió un tercio del ejército de Cataluña para evitar que sus operaciones se vieran obstaculizadas por fricciones con Macdonald. De modo que Suchet tenía ahora unos cuarenta y tres mil hombres, pero había tenido que ir dejando tantos para la defensa de Aragón que sólo le quedaban veinte mil para su ofensiva. Sin desalentarse el comandante francés enseguida se puso en marcha. Aprovechando que Campoverde y la mayor parte de su ejército se habían dirigido al norte para intervenir en las

operaciones en torno a Figueras —curioso caso en que las guerrillas distrajeron a tropas aliadas, en lugar de a las francesas, del principal objetivo del momento—, el 3 de mayo se presentó ante sus murallas.

El asedio que tuvo lugar fue largo y duro. La guarnición, reforzada por tropas llegadas por mar desde el norte de Cataluña y ayudada por el fuego de los barcos de guerra británicos que había en el puerto, realizó muchas salidas y opuso una defensa desesperada en el principal objetivo de Suchet, un destacado bastión exterior llamado Fuerte Olivo. Al principio la defensa estuvo bajo el mando de Campoverde, pero tras casi un mes de combates, este oficial dejó la ciudad para intentar organizar un ejército de auxilio con tropas del Primer Ejército que se habían quedado fuera, así como con algunos refuerzos que había solicitado a Valencia. Pero resultó muy difícil mantener unida a una fuerza de tamaño razonable, y además Campoverde mostraba poco entusiasmo por presentar batalla. En vez de ello se contentaba con mandar falsas promesas de ayuda que acabaron provocando más daño que beneficio. Mientras tanto, en el interior de la ciudad las cosas no iban nada bien: con las trincheras francesas cada vez más próximas y las murallas derrumbándose bajo el constante bombardeo, la guarnición estaba cada vez más descorazonada; no mejoró las cosas el asalto contra Fuerte Olivo en el curso de una valerosa acción de guerra que tuvo lugar el 29 de mayo:

> Entre las ocho y las nueve de la tarde ... se dio la señal para el asalto ... Por una casual coincidencia ... una columna de mil doscientos hombres procedente de la ciudad para relevar a la guarnición del fuerte empezaba a entrar en éste en el preciso momento en que nuestras columnas de asalto salían de las trincheras ... La primera estaba mandada por el *chef-de-bataillon* Miocque y avanzó directamente hacia la brecha. La segunda, al mando del *commandant* Revel... se dirigió a la derecha del fuerte para atacar el barranco. El capitán de ingenieros Papigny ... llegó a la puerta en el momento en que la estaban cerrando: los ... mil doscientos españoles acababan de entrar precipitadamente, seguidos por un destacamento del Primero [de Infantería] Ligera, que ... había entablado combate [con ellos]. Los zapadores consiguieron echar abajo la puerta con sus hachas, pero ... aunque en el interior había cierta confusión, abrieron un fuego terrible y varios de los zapadores cayeron ... Mientras la columna se apelotonaba junto a la puerta, el *commandant* Revel ordenó a algunos de los zapadores y granaderos que apoyaran escalas largas a la parte de la escarpa en que no había foso: nuestros valientes camaradas, al llegar arriba corrieron a ... la puerta, la abrieron y los suyos pudieron entrar ... En aquel mismo momento ... Miocque ... llegó con su columna, dirigiéndose al punto batido por nuestra artillería, y al no ser la brecha suficientemente amplia y apenas permitir el paso, hizo que se pidieran las escalas para llegar a la escarpa ... Eran veinte pies de altura, y las escalas sólo medían quince. El sargento Meunier... se puso en lo alto de la más

> larga e hizo que los *voltigeurs* se subieran a sus hombros ... pero este método era demasiado lento ... Afortunadamente los españoles habían conservado imprudentemente el acueducto ... en el extremo del foso, a nuestra izquierda ... Los granaderos ... avanzaron por este paso estrecho y peligroso ... Entraron en el interior del fuerte y, avanzando por la muralla, derribaron, mataron o echaron abajo a los enemigos dedicados a ... impedir la escalada.[33]

Los defensores, desanimados por el éxito de Suchet, apenas combatieron el 21 de junio, cuando los franceses atacaron las defensas de primera línea de la ciudad. A la guarnición sólo le quedaba ahora la ciudad antigua, situada en un saliente que dominaba el puerto. Un tardío intento de auxilio de Campoverde fracasó por falta de voluntad de su parte, y el ánimo aún decayó más cuando una fuerza expedicionaria británica que se había presentado ante el puerto (la había enviado Graham desde Cádiz y tenía órdenes de no desembarcar si no podía garantizar su retirada) se marchó sin disparar un cañonazo.

El final se produjo el 28 de junio: se abrió brecha en el muro de la ciudad antigua, bombardeado por 22 cañones situados lo más cerca posible, y luego, por la tarde, los franceses se lanzaron al asalto. Los defensores lucharon bravamente durante un rato, pero la mayor parte de sus cañones estaban fuera de combate y los atacantes pronto penetraron. Como recordaba Suchet:

> A las cinco de la tarde ... nuestros valerosos hombres... salieron de las trincheras ... y se lanzaron a la brecha ... Entonces los españoles se apresuraron a poner ante la brecha a sus oficiales y hombres más valientes ... Sobre la cabeza de la columna cayó una lluvia de disparos. Por unos momentos la fortuna pareció cambiar de bando ... [pero] las columnas volvieron a unirse [y] la masa volvió a formar, se lanzó, llegó a lo alto y, como un torrente irresistible ... inundó las murallas.[34]

Pero el gobernador, Juan Senán de Contreras, militar valiente y rico en recursos, había puesto barricadas en las calles y durante unas horas el combate prosiguió en el interior de la ciudad. El propio Contreras fue capturado cuando encabezaba un contraataque; muchos grupos de soldados se vieron rodeados y lucharon hasta la muerte, entre ellos trescientos hombres capturados en la catedral; un general llamado Courten reunió a un número considerable de supervivientes e intentó salir de la ciudad para unirse a Campoverde, pero fueron arrollados por la caballería francesa. Mientras tanto, en el interior de la ciudad se producían escenas de horror, pues los franceses victoriosos saquearon a fondo la ciudad antigua y mataron al menos a dos mil civiles. Como reconocía Suchet de sus hombres:

> Su excitación había llegado al punto más alto: era imposible ... en medio de aquella escena moderarlos con palabras. Estaban embriagados ... por el ruido, el humo y la sangre, por el recuerdo del peligro, por el deseo de victoria, por la sed de venganza. Su furia, que a nada cedía, a nada prestaría oídos; incluso eran prácticamente sordos a la voz de sus oficiales.[35]

Finalmente la carnicería terminó, pero nada podía ocultar la magnitud del desastre que había atribulado a la causa de los patriotas. Como lamentaba la Junta de Cataluña:

> Cataluña ha ... perdido el único puerto que le quedaba ... La más ... fértil parte del principado está en posesión del enemigo ... y la parte montañosa ha de sobrellevar sola el peso de la guerra ... Debido a la pérdida del parque de artillería y a la tremenda escasez de munición de la parte del país que se mantiene libre, el ejército se siente incapaz de emprender operaciones militares; y el enemigo, aprovechando nuestra forzosa inactividad, no dudará en avanzar sin dilación alguna, haciéndose así en muy breve tiempo amo de toda la provincia.[36]

Aparte de haberse consumido en el sitio enormes cantidades de provisiones y de munición, habían quedado fuera de combate nada menos que dos tercios del Primer Ejército —sólo éste tuvo nueve mil prisioneros—, y el resto fue reducido a una muchedumbre desmoralizada y sin confianza en sus comandantes, pues nadie pudo entender por qué Campoverde no había hecho más esfuerzos por levantar el asedio. En consecuencia, durante las siguientes semanas, las deserciones se incrementaron de modo considerable y también desaparecieron los somatenes. El ejército, abandonando varios hospitales llenos de soldados heridos que habían sido evacuados por barco de la ciudad, así como las provisiones que había reunido para llenar sus almacenes, retrocedió hasta Cervera, donde Campoverde y sus subordinados se enzarzaron en amargas recriminaciones que finalmente provocaron la marcha de los valencianos. Tras una rápida aproximación a la costa, la infantería fue retirada por mar, mientras que, en lo que probablemente sea el hecho más extraordinario de toda la guerra de la Independencia, los novecientos de caballería escogidos para intentar el camino de vuelta finalmente lo lograron, y llegaron a Murcia tras una odisea de casi mil kilómetros a través de Aragón, Navarra y La Mancha.

Llegado este punto, habiendo retrocedido profundamente los restos del Primer Ejército a sus guaridas montañosas del interior, Campoverde fue sustituido por Luis Lacy; pero aunque este último era mejor general, poco podía hacer para mejorar las cosas. Habiendo heredado no más de tres mil hombres, intentó enérgicamente incrementar sus fuerzas, pero ahora el pueblo estaba aún menos dispuesto que antes a servir en el ejército regular —el intento de

imponer una quinta de seis mil hombres en septiembre de 1812 consiguió menos de la sexta parte de dicha cifra— , y al parecer él mismo era un personaje impopular y poco dotado de atractivo personal. De modo que no podía hacer nada para impedir que Suchet prosiguiera sus éxitos ayudando a Barcelona, que una vez más había sido bloqueada por los miqueletes, y expulsándolos del gran macizo de Montserrat, convertido en una importante base. Habiendo perdido también Figueras, de haber querido Suchet proseguir las operaciones en Cataluña, es evidente que podía haber aplastado a los catalanes de una vez por todas; pero el comandante francés tenía otros planes, lo que para Lacy supuso un respiro.

Lacy sacó provecho del descanso, y lanzó contra los franceses una serie de ataques que restablecieron varios enlaces, aunque precarios, con el mar, si bien a gran escala esto apenas tenía importancia: Tarragona siguió siendo un golpe del que los catalanes nunca se recuperaron. De todos modos, el asunto en general es un excelente caso de estudio en lo referente al efecto de las ofensivas francesas sobre la guerrilla. Concretamente, el espíritu del pueblo había sido quebrantado por completo:

> No nos engañemos a nosotros mismos: el fruto que uno espera conseguir hace más dulce el trabajo ... el soldado que carece de todo ... [y ve] a un enemigo bien vestido y alimentado [a quien se le] ... ofrece seguridad y [la esperanza de una] vuelta con su familia ... deserta, [y] en consecuencia el ejército disminuye constantemente.[37]

Los pueblos y ciudades de la Cataluña ocupada estaban llenos de hombres que habían huido de los ejércitos —en marzo de 1813 se consideraba que sólo en el Ampurdán había por lo menos doce mil—, y además los somatenes resultaban de poca ayuda. Aunque Lacy intentó darles nueva vida, los resultados fueron decepcionantes, y el comandante español se encontró exactamente con los mismos problemas que habían atribulado a sus predecesores:

> [El general] ... autorizó a varios hombres en los que el pueblo tenía confianza a reunir cierto número de soldados y formar compañías llamadas «patriotas». Estas partidas mataron a gran número de franceses, pero como se había prometido un perdón general a todos los desertores y muchos de ellos en vez de a las unidades regulares se habían unido a aquellas partidas, se produjo un gran desorden ... en los diferentes lugares en que fueron acantonadas. Para remediar esto en el futuro, se les ordenó vestir de modo uniforme y estar al mando de un comandante regular, y cuando empezaron a adoptar cierta regularidad ... fueron forzosamente incorporados a los regimientos de línea. Esto desagradó a la mayor parte de ellos [que] desertaron de inmediato, y en vez de incrementar el ejército llenaron la provincia de ladrones.[38]

Mientras tanto el Primer Ejército, rechazado hacia el interior, experimentaba terribles padecimientos. La zona montañosa en torno a Vic y la Seo de Urgel, que era ahora su única base, no pudo proporcionarle el dinero, los hombres ni las provisiones necesarias, de resultas de lo cual se vio reducido a un estado de penuria. Un informe británico de 1813 señalaba que las tropas estaban curtidas y bien armadas, si bien padecían de «grandes deficiencias de equipos ... [iban] muy mal vestidas ... y ... completamente carentes de calzado».[39] El resultado fue la paralización:

> En el estado en que se hallan Cataluña y su ejército, precisan de cualquier modalidad de ayuda si han de pasar a la ofensiva y confinar al enemigo tras los muros de sus fortalezas. Con un ejército que a duras penas llega a tener siete mil hombres ... nos ha resultado difícil evitar que los franceses hagan incursiones en las partes más inaccesibles de la región y hemos tenido que dejar a su merced las comarcas más ricas y productivas ... De resultas de lo cual nos hemos visto privados tanto de los recursos de éstas como de sus elementos humanos, al haberlos encerrado los franceses tras una línea de puestos fortificados protegida por una fuerza de campaña muy superior a la que podemos oponerles.[40]

En definitiva, pues, como informaba un oficial británico de enlace, «sin una fuerza adicional de seis mil u ocho mil hombres no puede emprenderse ofensiva alguna».[41]

Como si todo esto no fuera suficientemente negativo, el informe de las fuerzas angloportuguesas correspondiente a la segunda mitad de 1811 era notoriamente descorazonador. Tras el frustrado combate del río Caya en la última semana de junio, se había dejado a Wellington en libertad para hacer más o menos lo que quisiera, dado que los franceses habían adoptado una postura básicamente defensiva: el ejército del Norte, más confiable, había mantenido abiertas las comunicaciones con Ciudad Rodrigo con sólo una división; Soult no había dejado en Extremadura más que un conjunto de tropas relativamente pequeño; y Marmont ocupaba el valle del Tajo, posición ésta desde la que según fuera necesario podía atacar tanto hacia el norte como hacia el sur (revestía gran importancia en este aspecto el puente de Almaraz, que al ser el único lugar del Tajo central adecuado para su cruce, había sido protegido por los franceses con un cerco de sólidos fuertes). Al ser Ciudad Rodrigo una fortaleza más débil que Badajoz, Wellington volvió a marchar en dirección norte, y dejó en el Alentejo a Hill con la Segunda División y algunas unidades portuguesas.

En otoño de 1811 Ciudad Rodrigo no fue objeto de asedio. Aunque ya el 11 de agosto se había impuesto un bloqueo y se había pedido a Lisboa el tren de sitio enviado desde Gran Bretaña, los franceses atacaron de nuevo tan

pronto como reunieron el convoy de suministros que necesitaban. Así que el 22 de septiembre, Marmont y Dorsenne (que había sustituido a Bessiéres como comandante del ejército del Norte y disponía de muchas más tropas) avanzaron con unos cincuenta y ocho mil hombres. Wellington, que sólo tenía cuarenta y seis mil, se dio cuenta de que no podía detener a una fuerza tan poderosa; pero, creyendo al parecer que los comandantes franceses sólo pretendían reavituallar Ciudad Rodrigo, no hizo retroceder a las tropas que la vigilaban tanto como hubiera podido ni se molestó en concentrar adecuadamente a su ejército. Pero Marmont y Dorsenne tenían más espíritu combativo de lo que el general británico había supuesto. De modo que, en vez de vivaquear tranquilamente en los alrededores de Ciudad Rodrigo, que fue liberada del cerco el 23 de septiembre, dos días más tarde toda la caballería que los franceses pudieron concentrar avanzó de modo repentino, cayendo en El Bodón sobre la Tercera División de Picton. Las tropas afectadas, aunque muy inferiores en número, combatieron valerosamente.

> La caballería francesa cargó ... El Quinto Regimiento estaba descansando ... El oficial al mando no permitió que se enfrentase al enemigo hasta que éste estuvo cerca. A unas yardas de distancia este pequeño regimiento disparó una descarga contra el enemigo y, lanzándose a la bayoneta por entre el humo, cargó contra la ... caballería [y] la hizo retroceder.[42]

Era, de todos modos, una situación poco grata:

> Mantuvimos nuestra posición valerosamente, rodeados por unos dos mil jinetes, hasta que finalmente, habiéndosenos acercado la infantería francesa, se nos ordenó retroceder formando cuadros ... La caballería francesa, viéndonos dispuestos a retirarnos, se lanzó furiosamente, y entonces los distintos cuadros recibieron las sucesivas cargas de sus poderosas agrupaciones de caballería ... pero se detuvieron y los rechazaron con serenidad y valor más que notables. Los franceses ... padecieron mucho, recibiendo un denso fuego en cada ocasión ... Fuimos muy hostigados por los tiros y los cañonazos procedentes de las alturas, donde se había apostado la artillería francesa, parte de los cuales, al caer sobre los cuadros hicieron mucho daño, matando e hiriendo a muchos de nuestros hombres y haciendo explotar nuestras municiones. Así que hubimos de retirarnos de este modo unas seis millas antes de alcanzar al grueso del ejército, atacados por los flancos y la retaguardia por la caballería francesa.[43]

Finalmente escaparon todos los hombres implicados, mas incluso así Wellington estaba en un brete, pues inicialmente sólo había podido reunir quince mil hombres. Siendo imposible en principio seguir retirándose por temor a que los franceses derrotasen enteramente al ejército, el comandante británico

no tuvo más opción que intentar engañarles adoptando una fuerte posición defensiva en Fuenteguinaldo.

Felizmente para los aliados la jugada no fue más allá, al negarse Marmont a realizar cualquier movimiento. Atacar a Wellington estando dispersas sus fuerzas a lo largo de varios kilómetros era una cosa, pero plantarle cara en una posición escogida por él era otra muy distinta, y el propio hecho de que estuviera dispuesto a detenerse y luchar sugería que debía de tener más tropas de las que se veían:

> Por fin aparecieron Marmont y Dorsenne a la cabeza de sus vistosos estados mayores ... Pero estos caballeros, tan pronto como llegaron, desmontaron y empezaron a examinar el campamento inglés ... «Sí —dijo el mariscal esforzándose por ver en la lejanía con ayuda de un catalejo apoyado en el hombro de mi ayudante de campo—. Sí, mi información es correcta; la derecha de la línea inglesa se apoya en una escarpa inaccesible.» Volví a hacer uso a continuación de mi propia lente ... y no pude descubrir señal ninguna de tal escarpa. El general Dorsenne tampoco pudo verla, y así se lo dijo al mariscal. Éste, sin replicar, prosiguió: «Ese campamento está cubierto de defensas de obra». Tras intercambiar una o dos ... miradas conmigo, el general Dorsenne comentó que todo lo que podía ver eran algunos lugares en que el terreno había sido removido. Al cabo de un rato el mariscal terminó su examen y afladió, como si nadie hubiera dicho ni palabra: «Y ... esas defensas de obra están provistas de cañones pesados ... así que no hay nada que hacer».[44]

De modo que se había perdido la oportunidad. Al caer la noche del 26 de septiembre, Wellington se retiró ordenadamente a Alfayates, donde recogió al resto de sus fuerzas antes de ocupar otro reducto natural en Aldeia Velha. Los franceses hicieron un reconocimiento, pero si no habían querido atacar en Fuenteguinaldo, aún estuvieron menos dispuestos a hacerlo ahora, con lo que la campaña llegó a su fin, retirándose Marmont y Dorsenne a Ciudad Rodrigo.

Si bien Wellington se había librado a fin de cuentas sin pérdidas graves, en el período de marzo a septiembre de 1811 había sufrido dos sangrientos golpes en la frontera portuguesa. En ambas ocasiones habían avanzado sus fuerzas para atacar las fortalezas que cerraban las carreteras en el interior de España, y en ambas se habían visto obligadas a retirarse frente a concentraciones superiores de tropas francesas. Ahora su tren de sitio había llegado y estaba preparado para la acción —aunque estacionado en Almeida, podía empezar a actuar contra Ciudad Rodrigo en sólo dos días—, pese a lo cual, en la medida en que la situación no había cambiado en cuanto a la disposición y fuerza de los ejércitos franceses se refiere, era evidente que no podía intentarse ninguna otra cosa. Y si bien Wellington carecía de capacidad para introducir cambio alguno en la situación, y ello pese a las victorias menores

obtenidas por sus fuerzas, ¿podía acaso decirse lo mismo de los ejércitos españoles, esqueléticos y con las arcas vacías? Para los franceses, sin embargo, la situación era muy distinta. Sus tropas en España llegaron a disponer en verano de 1811 de una fuerza de alrededor de trescientos cincuenta mil hombres, y habían demostrado palmariamente que poseían tropas suficientes para contener a los angloportugueses, mantener controlados a los guerrilleros y lanzar nuevas ofensivas contra el territorio que les quedaba a los patriotas, que era la clave para la victoria en España y, por extensión, en Portugal.

En este aspecto, desde luego, no ha de exagerarse. Se contenía a Wellington en la frontera portuguesa, pero a costa de enormes problemas y dificultades. Los problemas logísticos que suponía la concentración de grandes ejércitos en las regiones devastadas y en gran medida estériles características de la frontera de España y Portugal eran de muy difícil solución; y aún más preocupante era el hecho de que Caya y Fuenteguinaldo hubieran mostrado que incluso los generales franceses habían perdido enteramente la confianza en su capacidad para derrotar en campo abierto a los angloportugueses. En consecuencia, los miles de muertos que sembraban los campos de Albuera y Fuentes de Oñoro suponían algo más que otra mera «factura del carnicero», habiendo establecido Wellington una clara superioridad moral sobre sus adversarios y habiéndoles arrebatado la iniciativa con firmeza. También se había disipado la oportunidad de que la falta de confianza en Londres pusiera en un apuro a Wellington, por lo que no se vería obligado a proceder a una evacuación de la Península, mientras que los éxitos de principios de aquel año habían aumentado además las posibilidades de que Napoleón tuviera problemas con Austria, Rusia y Prusia (de hecho, Alejandro I, cada vez más descontento, incluso había pensado por un momento en ir a la guerra).

Nada de esto significa que los franceses no estaban ganando esta guerra, pero a fin de cuentas las ganancias de 1811 habían causado graves problemas a sus comandantes. Era de lo más evidente que con Wellington habían topado con un adversario peligroso. Mientras tanto, debido a su decisión de liquidar la resistencia española, las tropas francesas habían ido dispersándose cada vez más. Como veremos, al marchar las tropas francesas hacia Valencia (véase más adelante), muy pronto las distancias fueron excesivas. Con todo, la situación aún estaba bajo control —es más, los franceses aún podían vencer—, si bien un falso movimiento sería suficiente para desestabilizar por completo la maquinaria entera del poder napoleónico. De modo que al terminar 1811 todo estaba aún por dilucidar.

Capítulo 14, BADAJOZ: LA OFENSIVA ANGLOPORTUGUESA DE 1812

Había cuatro capas de muertos y heridos, que yacían desordenadamente en la empinada pendiente. Algunos, los más afortunados, sólo habían sido alcanzados por los disparos, mientras que otros se habían ahogado, fueron pisoteados hasta la muerte, despedazados, abrasados en vida o empalados. Se recortaba sobre el fondo del cielo el macabro perfil de un hombre colgado del gran *cheval de frise* que coronaba la pendiente. Esparcidos entre los cuerpos yacían los inevitables detritos de la guerra: cajas de cartuchos desechadas, mosquetes rotos, mochilas hechas jirones, chacos pisoteados, espadas de oficiales, cartas rotas y testamentos empapados en sangre. El olor a pólvora, a carne quemada, a orina y excrementos que invadía el ambiente atacaba al olfato, mientras en la ciudad escondida tras los muros resonaban los disparos, los gritos y el crepitar de las llamas. Wellington, a lomos de su caballo en las orillas del foso, guardaba silencio; al tiempo, visiblemente afectado, se apartó de allí: de repente se vio ante una guerra no para combatirla, sino para ganarla.

Badajoz había caído. Habiendo caído también Ciudad Rodrigo en manos aliadas —recompensa de una acción semejante realizada hacía siete semanas—, estaba claro cuál era el modo de poner fin al frustrante empate de 1811: marchar al interior de España y recoger los frutos de la victoria. El sangriento triunfo obtenido en Badajoz no era un giro en la situación, sino más bien la consecuencia de lejanos procesos con los que la guerra de la Independencia no tenía nada que ver. A principios de otoño de 1811 los franceses aún habían estado en condiciones de tomar la iniciativa en España, dado que disponían de recursos suficientes para contener a los angloportugueses, contener la guerrilla y embarcarse en la conquista de más territorio de los patriotas. Esto dependía de que cada vez llegaran más tropas desde Francia. Como allí no había retos importantes para Napoleón desde 1809, durante bastante tiempo

no fue un problema. Las tropas ya situadas en España habían mantenido su potencia y muchas unidades de refresco habían sido enviadas para unirse a ellas. Esta situación suponía que ninguna otra causa requiriese un esfuerzo abrumador de los soldados del emperador; pero en otoño de 1811 se presentó repentinamente dicha exigencia. Desde 1808 las relaciones entre Napoleón y Alejandro I se habían ido enfriando un mes tras otro, y la situación llegó a un punto en que este último se había decidido por la guerra. Muy pronto se emitieron órdenes para que la *grande armée* se concentrase en Polonia. Para la España «Josefina» las consecuencias de esto eran sumamente graves. En enero de 1812 se hizo volver a Francia a todas las tropas de la Guardia Imperial y a todas las unidades de origen polaco que estaban de servicio al otro lado de los Pirineos. Al ascender estas tropas a más de veinticinco mil hombres, se produjo un gran vacío en los ejércitos que defendían a José Bonaparte. El más afectado fue Dorsenne, que perdió dos divisiones de infantería enteras y lo mejor de su caballería, mientras que Suchet y Soult perdían seis mil infantes cada uno.

Aun siendo dañino este golpe, todavía lo hizo más temible el hecho de que en el curso de 1811 la Península hubiera cambiado de modo espectacular. Wellington era más fuerte que nunca, estaba en posesión de un poderoso tren de sitio y era imbatible escogiendo el terreno. Las partidas habían sido reforzadas por tropas regulares españolas, recibiendo en muchos casos cierto nivel de organización militar. Y, sobre todo, los ejércitos franceses estaban demasiado dispersos para ocupar las enormes extensiones de territorio que en enero de 1811 aún estaban en manos de sus adversarios. A esto se añadía que Napoleón multiplicaba sus errores insistiendo en una política ofensiva. Irritado por la evacuación de Asturias, decidió que de inmediato fuera nuevamente tomada por el ejército del Norte; y aunque Oviedo y Gijón cayeron fácilmente, el infortunado Dorsenne tuvo que defender un territorio más extenso. Asturias, con todo, era una pequeña parte. Pues para Napoleón «el gran asunto del momento es la toma de Valencia».[1] De modo que tan pronto como cayó Figueras se ordenó a Suchet marchar a Levante a toda prisa:

> Todo ... induce a creer que tras las murallas de Valencia reina el terror y que tras ... una derrota del enemigo a campo abierto la ciudad se rendirá a nuestras armas ... De suceder tal cosa vuestros cuarteles estarán dentro del territorio de Valencia, y tan cerca como sea posible de las puertas de esta ciudad, alrededor del 15 del próximo septiembre.[2]

Cualquier problema que Suchet pudiese tener fue neutralizado por un torrente de frases tranquilizadoras.

421

> Mandad inmediatamente un oficial al mariscal Suchet: hacedle saber... que el mismo día en que creía a Mina reunido con el Empecinado para socorrer a Blake, estaba el propio Mina en las proximidades de Mondragón, perseguido de cerca por el general Bourke. Decidle ... que el general Decaen ha salido en auxilio de Barcelona ... Comunicadle que los ingleses tienen dieciocho mil enfermos ... y no están en condiciones de emprender nada ... de modo que es preciso atacar vigorosamente Valencia y apoderarse de ella.[3]

Como incluso Napoleón había reconocido, dichas órdenes tendrían ciertas consecuencias. En las actuales circunstancias todo nuevo avance creaba la necesidad de una nueva guarnición, habiendo caído sobre los hombros de Suchet el enfrentamiento con algunas de las más decididas fuerzas guerrilleras de la Península en las personas de Espoz y Mina, Duran, el Empecinado y Villacampa. Hacían falta tantas tropas para enfrentarse a estos adversarios, por no decir nada de los catalanes, que Suchet podría demostrar a su imperial señor que, de no recibir apoyo externo, sólo podría ganarse Valencia con la pérdida de Aragón.

La conclusión lógica de ello fue que los ejércitos franceses en España habían de mantenerse a la defensiva hasta después de haberse enfrentado a los rusos. Pero para Napoleón semejante confesión de debilidad era intolerable, por lo que, como cabía esperar, replicó a las demandas de Suchet obligando a Dorsenne tanto a prestarle hombres de Navarra como a dejarle una división destinada al ejército de Aragón que se había visto detenida en su camino por operaciones antiguerrilleras. Pero si bien Aragón era más fuerte, el País Vasco y Navarra eran ahora mucho más débiles. ¿Qué pasaba, pues, por la cabeza del emperador? La respuesta es, sencillamente, que Napoleón estaba perdiendo contacto con la realidad. Despreciando a los españoles, y más especialmente a los guerrilleros (a quienes consideraba meros bandoleros), Napoleón no consideraba problemático reducir la guarnición del norte de España o dejar en manos de Suchet el problema de ocupar Valencia.

Incluso con la ayuda enviada por Napoleón, Suchet sólo podía disponer de veintiséis mil hombres para marchar contra Valencia, si bien eran, sin excepciones, veteranos expertos de la mejor calidad. A ellos se enfrentaba una fuerza combinada formada por el Segundo Ejército, mal entrenado y en líneas generales bastante desmoralizado (o más bien sus divisiones regulares: en teoría las fuerzas del Empecinado, Duran y Villacampa formaban parte del mando valenciano), y las mucho mejores divisiones de Zayas y Lardizábal enviadas por mar desde Cádiz. Acantonado en varias plazas de Murcia, pero disponible para el servicio en la medida en que Soult no se moviera en dirección a Andalucía, se hallaba el Tercer Ejército, si bien esta fuerza también tenía un largo historial de derrotas. Aunque disponía de al menos cuarenta mil

hombres para la defensa de Valencia, además de la totalidad del conjunto mandado por Blake, nombrado capitán general tanto de Valencia como de Murcia, los observadores británicos pintaban un cuadro lúgubre:

> Palacio* se ha entregado ... a la superstición más extrema ... Asiste a todas las procesiones y pone su bastón de mando en manos de la Virgen. Parece que el cambio no ha servido para nada: vamos de mal en peor. Sólo un milagro puede salvar Valencia ... El número de almas de la ciudad ... es en la actualidad de ciento cincuenta mil, y si se acerca el enemigo, sus habitantes se doblarían. Basta con que Suchet los bloquee durante pocos días para que se mueran de hambre o se rindan.[4]

La campaña empezó el 15 de septiembre de 1811. Tres columnas francesas procedentes del sur de Aragón y de Tortosa penetraron por las fronteras del norte de Valencia y avanzaron a lo largo de la costa, donde encontraron poca resistencia; Blake había decidido dejar la zona fronteriza sin combate a fin de concentrar sus fuerzas para la defensa de la propia Valencia. Aquí podía detenerse al enemigo ante una fuerte línea de trincheras que se había construido a lo largo del río Guadalaviar, en cuya orilla sur se hallaba la ciudad, y con ello Blake esperaba disponer de tiempo para que lejos de allí, en Aragón y Navarra, Espoz y Mina y los demás guerrilleros (a quienes había enviado mensajes solicitando su colaboración) infligieran tales daños que Suchet no tuviera más opción que volverse a casa. A fin de ganar tiempo, desplegó además una guarnición en las ruinas de la romana Sagunto, situada en las alturas de una colina rocosa y empinada que dominaba la ciudad de Sagunto. Este fuerte, reconstruido y adaptado para la artillería, fue atacado por los franceses el 23 de septiembre. Suchet, deseoso de perder el menor tiempo posible, se decidió, sencillamente, por un intento de atacar sus murallas, y en la noche del 27 al 28 de septiembre varias columnas se acercaron a dos puntos del *enceinte* especialmente débiles. Pero el factor sorpresa se perdió y los atacantes se vieron bajo un denso fuego. Citando a su comandante:

> Pusieron las escalas contra los muros y ... un oficial de zapadores y unos pocos granaderos ... llegaron a lo alto, pero murieron o fueron rechazados, mientras se vertía un torrente de disparos y granadas llenas de cristales sobre los cuerpos de los asaltantes que se precipitaban a los pies de la muralla.[5]

Al aumentar sus bajas, los franceses tuvieron que retirarse, y no les quedó más remedio que esperar el tren de sitio del ejército. Al no llegar los cañones pesados hasta el 16 de octubre, se produjo un prolongado intervalo en

* El marqués de Palacio, comandante titular del Segundo Ejército.

las operaciones que había de tener dramáticos efectos sobre la guerra en general.

En París, Napoleón, a partir de las noticias de la detención ante Sagunto, llegó a la conclusión completamente errónea de que Suchet no tenía tropas suficientes para tomar Valencia. Temiendo otro Torres Vedras decidió que el Levante español había de ser amenazado tanto desde el oeste como desde el norte, por lo que habló con José para que enviase hacia Valencia parte de su ejército del Centro y que Marmont ocupara con parte del ejército de Portugal las zonas evacuadas por José. En resumen, las fuerzas que se enfrentaban a Wellington estarían notablemente debilitadas, lo que se añadía a los errores ya cometidos con el ejército del Norte. Una vez más, en lo que a Napoleón se refiere el peligro no existía. Pues, pese a todo, el emperador estaba convencido de que Wellington no era una amenaza, siendo el argumento de esta afirmación, en palabras de Berthier: «los ingleses tienen veinte mil enfermos y ... sólo pueden poner veinte mil hombres en campaña».[6] Pero también influyó que se tuviera a Wellington en tan baja estima como adversario: las campañas de 1809, 1810 y 1811 habían proporcionado el retrato de un general prudente incapaz de correr riesgos y la idea de que repentinamente pudiera lanzarse desde el otro lado de la frontera causaba risa y desprecio.

En realidad era Napoleón quien corría riesgos, y para empeorar más la situación, ni siquiera lo hacía sobre la base de informaciones actualizadas. Las órdenes enviadas a Marmont y José llegaron el 18 de octubre, pero Suchet había recibido sus cañones el 12 del mismo mes. Una vez entraron en acción, en cuatro días abrieron brecha en los muros de Sagunto, y aunque fue rechazado un nuevo asalto, estaba claro que los días de la guarnición estaban contados. Blake, instalado tras sus fortificaciones a unos treinta kilómetros al sur, se enfrentaba a un dilema imposible. Era evidente que contar con los guerrilleros resultaba un fracaso. Las guarniciones de Calatayud y Ayerbe fueron obligadas a rendirse por las partidas; la de Molina de Aragón quedó sitiada en el castillo que servía de ciudadela; y la de Ejea de los Caballeros se vio obligada a realizar una dramática salida, mientras que en Plasencia de Gallego fueron capturados ochocientos auxiliares italianos.* Pese a estos éxitos Suchet no daba señales de retirarse. Sólo quedaba marchar en auxilio de Sagunto, esto supondría comprometerse en una batalla en campo abierto que Blake había intentado evitar.

* Como ya hemos visto, Napoleón hizo uso en la guerra de la Independencia de gran número de fuerzas alemanas, polacas e italianas Hubo observadores que pretendieron que confiar en tales tropas fue uno de los factores del hundimiento de los franceses, pero en realidad no parece que las fuerzas auxiliares extranjeras se comportasen peor que las francesas.

En realidad Blake apenas tenía elección en este sentido, pues sabía que de no avanzar sería acusado de traición o cobardía e incluso probablemente destituido de la Regencia (de la que todavía era presidente). Esperando solamente la llegada de ciertas tropas del Tercer Ejército que le habían sido prometidas y la vuelta de una división que había enviado a realizar un reconocimiento en profundidad en La Mancha, el 24 de octubre cruzó el Guadalaviar y se encaminó hacia Sagunto. La batalla se entabló al día siguiente a unos pocos kilómetros al sur de la fortaleza, a orillas de la carretera Valencia-Tarragona. El plan de Blake —se resumía en girar en su ala derecha para permitir que su izquierda y su centro, mucho más fuertes, arrollasen a Suchet y lo arrojaran al mar— era bueno, pero resultó que sus dudas estaban muy bien fundadas. Para llevar a cabo su cometido, el centro y la izquierda de los españoles tenían que atravesar una serie de colinas rocosas que se levantaban en la planicie costera, y el comandante de las fuerzas francesas a ellos enfrentadas se limitó a esperar a que quedaran al descubierto en las laderas antes de lanzar sobre ellos sus cuatro mil trescientos hombres. El resultado fue un caos absoluto, y las tropas de cabeza españolas corrieron para salvar la vida, arrastrando consigo a las que avanzaban en su retaguardia. Murieron sólo unos cuantos hombres, pero fueron apresados varios centenares, y el resto quedó reducido a una horda de fugitivos. Mientras tanto, por la derecha, la alta calidad de las divisiones de Zayas y Lardizábal les había permitido realizar algún avance y por una vez la caballería española brilló. Como posteriormente admitió Suchet:

> Vimos ... a las columnas españolas avanzando por la carretera ... con una regularidad y una decisión que hasta el momento no habían mostrado en ocasión alguna ... Cargaron contra nuestros húsares, que retrocedieron. Nuestra artillería fue atacada por el enemigo espada en mano y unas cuantas piezas ... cayeron en sus manos.[7]

Pese a este despliegue de valor, Suchet disponía de reservas suficientes para restablecer el equilibrio, y pronto todo el ejército de Blake abandonaba el campo en el mayor de los desórdenes. Dejaba tras de sí más de cinco mil bajas, la mayoría prisioneros.

Dado que Suchet sólo tenía catorce mil hombres frente a los veintisiete mil de Blake, ésta fue una de las batallas más extraordinarias de la guerra de la Independencia, que selló además el destino de Sagunto, cuya guarnición, amargamente defraudada, se rindió al día siguiente. Tras estos sucesos, quedaba claro que probablemente tampoco Valencia resistiría mucho. Como escribió Wellington, «los españoles deberán la pérdida de otro reino ... al insaciable deseo de entablar batallas campales con tropas indisciplinadas dirigidas por

oficiales inexpertos».[8] La noticia de la victoria no hizo más feliz a Napoleón, pues el 21 de noviembre envió nuevas órdenes a Marmont indicándole que reuniese una fuerza de doce mil hombres para ayudar a Suchet.

Según Napoleón, semejante medida era completamente segura, al ser inamovible la convicción del emperador de que Wellington no atacaría. Y sin embargo, en el preciso instante en que Marmont recibía sus órdenes, salían a la luz noticias que sugerían un panorama mucho menos halagüeño. Pues las dos divisiones francesas dejadas al mando de Drouet (que había sustituido a Mortier) para ocupar Extremadura estaban teniendo que cubrir todo el frente desde Sierra Morena hasta el Tajo, al haber arrollado el ejército de Portugal la división que durante algún tiempo se había mantenido junto a Trujillo. Al advertir su oportunidad, Hill, que estaba aún defendiendo Elvas con la Segunda División y diversas tropas portuguesas, se aseguró el apoyo de los elementos del Quinto Ejército español que se hallaban en las cercanías y se dirigió a atacar la más septentrional de las dos divisiones de Drouet. «La estación de las lluvias había empezado —recordaba George Bell— y el tiempo era muy malo.»[9] El 28 de octubre los franceses, sorprendidos en la localidad aislada de Arroyomolinos de Montánchez, fueron derrotados tras un confuso combate. Entre los participantes se hallaba Robert Blakeney:

> Alrededor del amanecer ... favorecidas por una densa niebla se formaron las tropas ... a media milla del enemigo que, por raro que parezca, no presentó ni una sola avanzadilla ... Estando todo preparado, repentinamente se produjo el avance ... y al disiparse la densa niebla nuestra columna izquierda entró toda ella en la localidad antes de que el enemigo se percatase de nuestra cercanía ... Los regimientos 71.° y 92.° gritaron y cargaron en el interior del pueblo, haciendo algunos prisioneros ... El enemigo ... formó en dos columnas en la planicie exterior ... El fuego del 71.° ... alteró su formación cerrada y mientras tanto el 92.° ... formó en línea ante el flanco del enemigo [y ellos] iniciaron una rápida retirada ... Habiendo entre tanto llegado la caballería británica ... [una] enérgica carga puso en fuga a la caballería francesa. Su infantería aún avanzó con inusual rapidez, mas ... al acercarse al extremo oriental de ... la sierra [de] Montánchez se situaron directamente frente a nuestra columna derecha ... El enemigo se percató de que era imposible cruzar por entre nosotros, y como nuestra columna izquierda estaba situándose en su retaguardia ... salieron precipitadamente por el [monte].[10]

Trepando por la ladera rocosa, cierto número de tropas francesas lograron escapar junto con su comandante, el general Girard, pero incluso así rindieron sus armas más de mil hombres.

Esta pequeña campaña hubiera debido sacar a Napoleón de sus errores, pero no fue así. En este sentido no debió servir de ayuda que en Arroyomolinos

se estrenaran los intentos un tanto ridículos de insuflar a los ejércitos españoles el espíritu de la «edad de oro» del siglo XVI. Era éste un parto del ingenio de un aventurero hispanófilo llamado John Downie, que había sido previamente comisario en el ejército de Wellington. Contando con el apoyo del marqués de La Romana y de Castaños se había nombrado a sí mismo comandante de una nueva «legión» de caballería e infantería que tenía por base principal cierto número de unidades mermadas procedentes del Quinto Ejército. Obtuvo además alguna ayuda material de Londres, pero el propio Wellington lo desaprobó (de hecho, es sabido que comentó que en su fuero interno Downie era español). Lamentablemente sus dudas estaban bien fundadas, pues Downie procedió a vestir a sus hombres con ropa del siglo XVI.

> Nunca he visto [se quejaba Sherer] cosa tan fantasiosa y ridicula como la indumentaria de ese cuerpo ... El sombrero vuelto hacia arriba, el jubón acuchillado y la capa corta hubieran quedado muy bien en la comedia de Pizarra ... pero en la tosquedad ... del vivac tenían un aspecto absurdo y equivocado.[11]

Y en cualquier caso las extravagancias de Downie no tuvieron provecho alguno.

> Vestidos como arlequines [escribió Blakeney], los componentes de este escuadrón fantástico e ingobernable ... no mostraban orden ni disciplina ... intratables como puercos, tercos como mulas e inmanejables como novillos, fueron troceados como raciones o dispersados en todos los sentidos como un rebaño de corderos asustados.[12]

Marmont, mientras tanto, estaba muy satisfecho de sí mismo. Por motivos no del todo claros también él creía que Wellington se mantendría inactivo. Por ejemplo, a un preocupado Thiébault, que era uno de sus ayudas de campo, le dijo: «Los preparativos de que habláis ... no tienen más objeto que conducirnos a realizar movimientos erróneos. El ejército inglés no está preparado para ninguna operación importante y no emprenderá ninguna antes de la primavera».[13] En consecuencia, pronto avanzaron hacia el sureste tres divisiones de infantería y una brigada de caballería bajo el mando del general Montbrun, sólo para encontrarse con que al llegar a las fronteras de Levante ya no se necesitaban sus servicios (de mayor provecho fue el pequeño contingente aportado por el rey José, pues al ocupar Cuenca, por lo menos consiguió fijar algunas tropas que marchaban en ayuda de Blake). Tampoco supuso esto el final de las peticiones al ejército de Portugal. Napoleón, deseoso de ayudar a Suchet, que se había mostrado lento en el aprovechamiento de su victoria de Sagunto, le había autorizado a tomar aún más tropas de Aragón,

que fueron sustituidas por otras del ejército del Norte. Pero al estar ya las fuerzas de Dorsenne muy debilitadas por la retirada de tantas tropas suyas para la campaña de Rusia, Napoleón decidió que no podía dejar así las cosas. Responsable hasta el momento de todos los territorios desde la frontera francesa hasta Ciudad Rodrigo, el ejército del Norte quedaba ahora al cuidado solamente de Santander, Burgos, Navarra y las provincias vascas. El ejército de Portugal quedaría encargado de León y Asturias, y adquiría así súbitamente responsabilidades territoriales que superaban con mucho la tarea relativamente menor de ocupar la parte baja del valle del Tajo, que era la que le había correspondido en 1811. Dos de las divisiones que habían guarnecido dichas zonas se quedaron donde estaban, de modo que se unieron al ejército de Portugal, pero se permitió a Dorsenne retirar una tercera, junto con algunas otras tropas, a su muy reducida jurisdicción más hacia el este. Muy pronto, pues, tuvo que enviar Marmont gran parte de su ejército en dirección noreste para sustituir a las tropas retiradas por Dorsenne, y quedaron para contener a Wellington solamente un par de divisiones.

¿Y qué pasaba con Valencia? Tras la batalla ante Sagunto, Blake había retrocedido hasta el Guadalaviar, pese a lo cual durante largo tiempo Suchet apenas hizo nada por perseguirle, sabedor de la imposibilidad de cualquier avance si no traía más tropas de Aragón. Así pues, Blake tuvo la oportunidad de fortalecer sus trabajos de fortificación, de completar con nuevos reclutas sus castigados regimientos y de remitir algunas tropas regulares a los guerrilleros para animarles a hacer nuevos esfuerzos. Sus llamadas apenas surtieron efecto —los distintos jefes de partidas eran reacios a colaborar entre sí y se resentían de las injerencias de Blake—, y para Navidad los franceses estaban preparados. El 25 de diciembre por la noche el ejército de Suchet avanzó para atacar las posiciones españolas a lo largo del Guadalaviar. Éstas, defendidas por unos veintitrés mil hombres, estaban sólidamente fortificadas, pero eran demasiado extensas para las mediocres tropas de Blake, y además los dos flancos de la posición se habían descuidado en beneficio del centro (constituido por la propia ciudad de Valencia). Nada tiene de extraño, pues, que Suchet enviara al grueso de sus tropas a atacar ambos extremos de la línea de Blake con el objetivo de introducirse y cercar tanto al ejército como a la ciudad. Dada la situación, poca oposición podía haber. Parte de los defensores combatieron valerosamente, pero Blake fue incapaz de actuar con energía, que era lo único que pudo haber salvado en parte la situación, y en consecuencia sus fuerzas se vieron obligadas a retirarse al interior de la ciudad. Quizá unos cinco mil soldados salieron para unirse a las fuerzas del Tercer Ejército, que no había logrado llegar a Valencia a tiempo para el asalto, pero éste no tenía hombres suficientes para lanzar un contraataque y su más cercana fuente de refuerzos estaba en Cádiz. En resumen, la ciudad estaba perdida,

pues, aunque bien fortificada, no tenía en sus almacenes víveres más que para tres semanas. El 29 de diciembre un intento de salida en masa fracasó por torpeza e indecisión, y el 5 de enero Suchet abrió fuego contra la ciudad. A los tres días todo había terminado. Con la población a punto de rebelión, Blake capituló, y dejó que Suchet entrara y vengase la masacre de 1808: fueron ejecutados varios centenares de personas, se deportó a Francia a todos los monjes y frailes de la ciudad y las autoridades impusieron una multa de doscientos millones de reales.

Incluso para lo usual en España, Valencia fue un desastre. Se habían perdido en la campaña por lo menos veinte mil hombres, incluyendo las dos mejores divisiones del ejército español, y Suchet se había apoderado de enormes cantidades de material bélico y acaso unos quinientos cañones. También política y estratégicamente el asunto fue motivo de serias preocupaciones. Como escribió Wellington:

> La mayor parte de los grandes de España tienen fincas en Valencia, de cuyas rentas han vivido desde que perdieron todo lo que tenían en otros sitios. Cabe esperar, en consecuencia, que la pérdida del reino induzca a muchos de ellos a ... someterse al yugo francés ... Hay también otro punto de vista, según el cual la pérdida de Valencia es una desventura contundente, y que su conquista, a diferencia de las otras que ha realizado el enemigo en España, provocará la concentración de sus fuerzas. Incluso si Suchet no pudiera seguir avanzando en dirección sur ... estaría capacitado para comunicarse por un camino más corto del que ligaba al ejército del Centro y al ejército de Portugal [y] se situaría en la retaguardia del Empecinado, Mina y demás, cortándoles los suministros que reciben por Valencia. Si el pueblo de Valencia se sometiera tan pronto como fuera a su vez sometida la fuerza militar del reino, cosa que por lo que de ella llevo oído creo probable, las fuerzas de Suchet podrían entonces ser utilizables en la izquierda de Soult o apoyar [a los ejércitos] que más de cerca se enfrentan a nosotros.[14]

Wellington no era el único comandante que se sentía alarmado. Dando otro ejemplo del modo en que los éxitos convencionales franceses favorecían la derrota de las guerrillas, Espoz y Mina declaró posteriormente que las noticias le habían horrorizado:

> Sentimiento grande y muchos perjuicios me ocasionó la pérdida de Valencia: el mayor de estos últimos fue la falta de un punto adonde poder acudir por municiones que me escaseaban. Esperaba además que una parte de las tropas enemigas que habían tomado parte en la conquista de aquella ciudad maniobrasen de modo que algunas ... viniesen a caer sobre el territorio de mis operaciones.[15]

429

Valencia fue la pleamar de la conquista francesa. Como hemos visto, la resistencia irregular proseguía bajo líderes como el fraile Agustín Nebot. Debido a ello las tropas de Suchet se hallaban demasiado extendidas para ser capaces de avanzar mucho más, mientras que la fuerza disponible procedente del exterior era insuficiente para permitir a los franceses ocupar el resto del territorio español de Levante. Montbrun, es cierto, llegó en su avance hasta Alicante, pero se vio obligado a volver al no aceptar rendirse la guarnición, mientras que Soult, que también había recibido órdenes de acudir en auxilio de Suchet, finalmente no pudo hacer más que atacar la ciudad de Murcia; la pequeña fuerza de campaña del ejército del Sur había pasado el otoño y el invierno intentando tomar la fortaleza costera de Tarifa, de importancia menor, y combatiendo a Ballesteros, que se había trasladado a las proximidades de Gibraltar. Los franceses, confinados en sus propios límites, habían llegado a su fin.

Fue el momento de la venganza. Lejos de hallarse incapacitado para salir en campaña, Wellington había estado siempre preparado para marchar sobre Ciudad Rodrigo en un momento dado. Es cierto que los británicos tenían a muchos hombres enfermos, pero a lo largo de 1811 habían recibido tantos refuerzos que aún disponían de cuarenta y cinco mil hombres a punto para el servicio. A todo esto, dieciocho meses de continuos combates contra los franceses habían perfeccionado las habilidades tácticas de la infantería, y además disponían ahora del doble de caballería que a principios de año, así como de un considerable complemento de artillería de campaña y de caballería y de un excelente tren de sitio. Les apoyaban unos treinta y tres mil soldados regulares portugueses, muchos de los cuales se habían ganado ahora una excelente reputación. Los problemas económicos abundaban, es cierto —incluso con el subsidio británico, los ingresos de Portugal sólo ascendían a la mitad de lo que necesitaba el Consejo de Regencia, mientras que Wellington andaba escaso de dinero en metálico—, pero en última instancia no era más que algo irritante, insuficiente para frustrar el golpe que Wellington estaba a punto de asestar.

Tan pronto como el comandante británico tuvo noticia de que el ejército de Portugal estaba enviando tropas hacia el norte y hacia el este —o, por decirlo de otro modo, de que Napoleón había desequilibrado la posición del conjunto de las fuerzas francesas en España—, puso a sus hombres en movimiento. Pese al mal tiempo invernal, Ciudad Rodrigo fue atacada el 8 de enero de 1812 —el día de la capitulación de Valencia—, y a partir de aquí los hechos se sucedieron con gran rapidez, siendo Wellington perfectamente consciente de que antes o después los franceses concentrarían sus fuerzas contra él (en lo que, desde luego, estaba acertado, si bien parece que no era consciente de cuan graves eran en este aspecto los problemas a que sus

adversarios se enfrentaban). Los franceses fueron expulsados rápidamente de su principal baluarte exterior y en sólo seis días se hizo el trabajo necesario para montar 27 cañones y utilizarlos para abrir una brecha en las murallas. El 19 de enero, habiéndose abierto dos huecos en las defensas, Wellington ordenó un asalto. En un mundo ideal, indudablemente hubiera sido mejor esperar un poco más antes de lanzar al ejército a las brechas. Así se hubieran podido cavar trincheras de asalto más cerca de las murallas o invadir el foso de modo que las tropas no tuvieran que salvar una caída en vertical antes de llegar hasta las brechas, pero Wellington estaba tan apremiado que no hubiera consentido más retrasos. De modo que a primera hora de la tarde del 19 de enero empezó el asalto, habiéndose provisto a las tropas de sacos de heno para amortiguar su caída cuando saltaran al interior del foso. Los asaltantes de la brecha más pequeña pertenecían a la División Ligera. Entre ellos se hallaba George Simmons:

> Los grupos de asalto avanzaron hacia las siete y la delantera de la columna les siguió de cerca. Abrieron un fuego tremendo contra nosotros y, según entraba nuestra columna en el foso, explotó un almacén menor de las murallas ... Por unos momentos la noche quedó brillantemente iluminada y todo alrededor se hizo visible. Con igual rapidez sobrevino una profunda oscuridad, con excepción de los fogonazos de cañones y mosquetes, que producían momentáneos resplandores.[16]

Mientras tanto, frente a la otra brecha se hallaba Joseph Donaldson:

> Un poco después de que oscureciera ... todo el cuadro avanzó bajo un denso fuego ... hasta el borde del... foso. Tras bajar avanzamos hacia la brecha. Teníamos órdenes de permanecer allí y proteger a la brigada de la derecha, pero nuestro coronel, al no encontrar obstáculos en el camino, avanzó hacia la brecha ... Al abordar la brecha tuvimos grandes dificultades para subir debido a la tierra desprendida que a cada paso se deslizaba bajo nuestros pies ... mientras el enemigo nos disparaba desde arriba.[17]

Pese a la valerosa resistencia de los franceses, que habían situado cañones para barrer las brechas y trampas explosivas en los escombros, las murallas fueron tomadas, lo que costó la pérdida de Robert Craufurd, que fue mortalmente herido por una descarga. Se produjeron, y no por última vez, escenas del mayor desorden. Una ciudad tomada al asalto era tradicionalmente considerada la recompensa legítima de los hombres que habían intervenido, y si bien los acontecimientos que tuvieron lugar en modo alguno fueron tan terribles como los que ocurrirían en otros sitios, eran de lo más penosos. Como escribió Swabey:

> Nuestras tropas, tan pronto como se tomó la brecha, más ávidos de botín que del deber, abandonaron la formación y corrieron desoyendo a sus oficiales ... y cometiendo lamentables excesos para vergüenza de todo el ejército. Ni un alma se libró del saqueo, y apenas se habían enfriado los cadáveres cuando eran inhumanamente desvalijados ... No se cometieron asesinatos intencionados, aunque había hombres tan borrachos que disparaban desordenadamente por las calles, matando a muchos de sus camaradas.[18]

Aún más dramática es la versión que ofrece Grattan, del 88.°:

> Tuvieron lugar entonces escenas de la mayor vileza, y era lamentable ver en las calles a grupos de habitantes medio desnudos ... mientras sus casas eran sometidas al más riguroso de los registros. Algunos de los soldados se dirigieron a las casas de vinos y licores donde, tras beber lo suficiente, volvieron a salir en busca de más botín; otros se intoxicaron hasta el punto de quedar en estado de indefensión en distintos lugares de la localidad, perdiendo lo que anteriormente habían conseguido.[19]

Todo lo que puede decirse en descargo de tanta confusión es que los soldados no eran los únicos culpables, y que en sus estragos se les unían algunos de los elementos más pobres de la población. Tampoco el saqueo fue prolongado: tras denodados esfuerzos pronto se restauró una apariencia de orden. En cualquier caso, Ciudad Rodrigo estaba en manos de Wellington, junto con mil trescientos prisioneros y la totalidad del tren de sitio del Ejército de Portugal.

¿Y qué pasaba con los franceses? La caballería de Julián Sánchez fue tan eficaz aislando Ciudad Rodrigo de las patrullas francesas de vigilancia que hasta el 14 de enero Marmont no se enteró de que la fortaleza estaba siendo atacada. Y para entonces no podía hacerse nada, si bien Marmont hizo esfuerzos desesperados por remediar la situación llamando a tropas de todas partes. Habiéndose enterado de la rendición de la fortaleza a los dos días de su caída, pensó en un contraataque inmediato; pero la lluvia torrencial, la ausencia del lejano Montbrun y la llegada de noticias según las cuales el ejército del Norte estaba muy ocupado con Espoz y Mina, que acababa de derrotar en Rocaforte al gobernador de Navarra en un importante enfrentamiento, le obligaron a abandonar la idea. Todo lo que Marmont pudo hacer, pues, fue plantar cara con valor y rogar para que el próximo objetivo de Wellington no fuera Salamanca, mientras echaba pestes contra el gobernador de Ciudad Rodrigo, el general Barrié, a quien describiría posteriormente como «un oficial detestable, carente de decisión y de previsión».[20] Pero en su raíz, el error no era de Barrié, ni siquiera de Marmont, sino más bien de Napoleón:

> Retiró a toda la Joven Guardia ... así como cinco regimientos de polacos. De este modo debilitó los efectivos de la Península en quince mil hombres, de resultas de lo cual los restantes eran sencillamente insuficientes para defender la enorme extensión de los territorios ocupados.[21]

Volviendo a Wellington, en apariencia una marcha sobre Salamanca carecía de objetivo, pues a Marmont le bastaba con retroceder hasta donde estaba Dorsenne para ponerse a salvo, y en los últimos días los franceses podían haber concentrado contra él tantas tropas como para haberle expulsado de Ciudad Rodrigo (que precisaba de algunas semanas de trabajo antes de poder efectuar un ataque). Mucho mejor dirigirse contra Badajoz, y más aún dado que ahora al ejército de Portugal le resultaría mucho más difícil ayudar a Soult. Sin dejarse intimidar por una crisis política londinense que sacó del gobierno a lord Wellesley y que pudo haber reducido su compromiso ibérico, el 25 de enero Wellington dio las primeras órdenes para un ataque contra Badajoz.* De modo que a finales de febrero sus fuerzas se dirigían hacia el sur, dejando Ciudad Rodrigo en manos de los españoles de Carlos de España. Dándose cuenta de lo que se tramaba, Marmont empezó a hacer preparativos para otra marcha al otro lado del Tajo. Pero frustró sus intenciones Napoleón, que insistía en que el mejor modo de socorrer a Badajoz era mantener al ejército de Portugal en León y Castilla la Vieja, desde donde podía marchar hacia Ciudad Rodrigo, Almeida y Lisboa caso de dirigirse Wellington hacia el sur (además se castigó a Marmont por haber llamado a la guarnición de Asturias —la división del general Bonet— en el curso de sus intentos de salvar Ciudad Rodrigo, y se le ordenó proporcionar aún más tropas a Dorsenne). El mariscal, intentando frenéticamente que Napoleón comprendiera la naturaleza cada vez más peligrosa de la situación, envió a París a un ayudante destacado con la esperanza de hacerle cambiar de opinión; pero descubrió que el gobernante francés era completamente inflexible:

> Era algo verdaderamente inexplicable. El emperador ignoraba por completo el verdadero estado de la situación ... La misión del coronel Jardet fue infructuosa. Diversas conversaciones prolongadas con el emperador parecieron convencerle, pero no supusieron cambio alguno ... en las órdenes que habían sido dadas.[22]

* En tanto que secretario de Exteriores, el marqués había sido un firme e incluso muy entusiasta partidario de la guerra de la Independencia, y en cuanto tal había tenido un papel clave en la obtención del apoyo extra que permitió a Wellington llevar la guerra al otro lado de la frontera. Pero de haber albergado Wellington algún temor en lo que a esta crisis se refiere, cuyo resultado más notable fue la sustitución de Wellesley por Castlereagh, hubiera sido infundado: el gabinete, presionado en los Comunes, se mostraba claramente adulador en sus esfuerzos por conservar su buena disposición y asegurarse su apoyo.

433

Las ideas de Napoleón, dejando a un lado sus aspectos más disparatados —sólo los problemas de intendencia, por ejemplo, imposibilitaban una marcha sobre Lisboa—, no eran tan insensatas como en ocasiones se ha señalado, pues la reconquista de Ciudad Rodrigo hubiera sido perfectamente posible, al hallarse esta fortaleza mal abastecida y estar formada su guarnición por tropas de peor calidad. Dicho esto, ha de señalarse que el plan era muy arriesgado por depender del supuesto de que Wellington preferiría conservar Ciudad Rodrigo a tomar Badajoz, renunciando al mismo tiempo a cualquier posibilidad de salvar esta última por medios más directos. Napoleón afirmaba que Soult podía cuidar de sí mismo, pero, como demostraban los acontecimientos del año anterior, sencillamente carecía de fuerzas para liberar Badajoz sin ayuda exterior. Es más, «el rey Nicolás» ni siquiera supo que sólo contaba con sus propias fuerzas hasta mucho más tarde, al haberle escrito Marmont con toda su buena fe que podría marchar en su ayuda en cuanto estuviera seguro de que Wellington se había dirigido al sur.

De modo un tanto curioso, en el preciso momento en que Napoleón estaba causando tales problemas en los asuntos del ejército de Portugal, dio un paso que pudo haber producido excelentes efectos, pues el 16 de marzo de 1812 nombró a José para el puesto de comandante en jefe de los ejércitos franceses en España. En muchos aspectos no era ésta una medida mala, pues el rey y su jefe de estado mayor, el mariscal Jourdan, tenían un conocimiento de la situación en España sólo superado por Marmont. En consecuencia, reconociendo que la prioridad del momento era apoyar a Soult, ordenó a Dorsenne, Suchet y Marmont concentrar una fuerza en el valle del Tajo. Pero en lo que a Badajoz se refiere, este nombramiento no cambiaba las cosas: incluso si los distintos comandantes hubieran estado dispuestos a aceptar la autoridad de José —y ninguno de ellos lo estaba—, probablemente no se hubiera podido reunir a tiempo la *masse de manoeuvre* que estaba intentando crear. Tampoco fue de ningún provecho que en el último momento se permitiera a Marmont dirigirse hacia el sur, pues la orden correspondiente no llegó al cuartel general del mariscal hasta el 27 de marzo, momento en que ya estaba irrevocablemente comprometido en un avance por Portugal.

Ha de decirse en beneficio de Marmont que era un buen soldado que dio lo mejor de sí. Ciudad Rodrigo se hallaba bloqueda y se estudiaba Almeida con vistas a una posible escalada; mas al considerarse esta última imposible, Marmont marchó en dirección suroeste al interior de Beira con la vana esperanza de que por lo menos Wellington destacaría algunas fuerzas para defender su flanco y su retaguardia. Pero Marmont, sin convoyes de suministros, no tenía posibilidades de proseguir tal movimiento, pues, como escribió, «sin medios de transporte y con muy pocos víveres, ¿cómo podía el ejército haber realizado

con éxito una marcha a través de un territorio árido que había sido abandonado por sus pobladores?».[23] Ocuparon Castelo Branco, en Guarda fue puesta en fuga una brigada de la milicia portuguesa y vaciaron algunos almacenes menores de suministros, pero el 15 de abril el mariscal tuvo noticia de que Badajoz había caído, de resultas de lo cual se retiró con cierta celeridad, dado que todos sus esfuerzos no habían servido para nada.

De hecho Napoleón había vuelto a equivocarse, aunque a Wellington no le había resultado fácil. Al llegar a las puertas de Badajoz el 16 de marzo, el ejército angloportugués encontró una fortaleza aún más fuerte que en 1811. Philippon, oficial de gran valor y determinación que se distinguiría posteriormente protagonizando una osada fuga de su cautiverio en Inglaterra, había hecho todo lo posible por estar preparado para un nuevo ataque. Las brechas habían sido reparadas; se habían reforzado varias secciones del recinto; se habían abierto minas en dirección al exterior bajo algunos glacis para volar las trincheras de aproximación cavadas en los mismos; se habían construido nuevas defensas en el fuerte de San Cristóbal; el fuerte de Pardaleras, que protegía la ciudad por el sur, había sido comunicado con las murallas por un pasaje cubierto; y se había represado un arroyo que corría a lo largo de las defensas orientales para provocar una inundación que impidiera el paso, utilizándose además parte del agua para inundar una gran trinchera abierta en el fondo del foso principal. Dada la longitud del perímetro ciertamente no les sobraban hombres, pero sí vituallas, cañones y munición, y los defensores eran todos veteranos curtidos.

En cualquier caso, tomar Badajoz sería una operación costosa, pero ahora Wellington contaba por lo menos con la ayuda de las experiencias pasadas. En consecuencia, se evitaron con decisión los errores de 1811 y esta vez el ataque no recayó sobre San Cristóbal, sino más bien sobre la esquina suroriental de las defensas. Por este lado de la ciudad, el terreno se cavaba con mucha mayor facilidad y la lluvia constante protegía a los hombres del enemigo, aunque inundara las trincheras y derrumbara constantemente parapetos y revestimientos: «Trabajábamos —se quejaba Donaldson— con barro hasta las rodillas».[24] Los trabajos avanzaban con la mayor velocidad. El 25 de marzo el reducto de Picurina, que era preciso tomar antes de que los atacantes pudieran realizar sus planes, fue atacado con algunas pérdidas, y cinco días más tarde empezó el bombardeo de las murallas. Los franceses respondieron al fuego con gran valor y las tropas de las trincheras registraron numerosas bajas.

> El 29 murió a mi lado el pobre comandante Thomson, en la batería de brecha de ocho cañones. Habíamos estado caminando juntos por las trincheras bajamos para ver cuánto había avanzado la batería ... Estábamos de pie con el

> comandante McLean, del 1.° de Cazadores, cuando [el enemigo] nos disparó, alcanzando al pobre Thomson en la cabeza ... Afortunadamente yo me eché abajo a tiempo y me libré, pues alcanzaron el saco de arena en que me había apoyado.[25]

Pero los británicos disponían de una respuesta a este fuego: los tiradores selectos del 95.° de Rifles:

> Tres o cuatro cañones pesados manejados por el enemigo estaban haciendo estragos entre nuestros artilleros ... seleccioné varios blancos buenos y se disparó al interior de las troneras. Al cabo de media hora encontré que los cañones ya no disparaban con tanta frecuencia como antes.[26]

Aunque en realidad los cañones británicos apenas necesitaban apoyo: era tal la densidad de fuego del nuevo tren de sitio, que los defensores fueron rápidamente superados, abriendo por lo menos tres brechas distintas en sus defensas.

El 6 de abril se decidió que todo estaba preparado para el asalto. En realidad esto era cuestionable —como en Ciudad Rodrigo, los glacis y fosos no habían sido volados—, pero Soult estaba en marcha y aún no se sabía si Marmont se uniría o no a él. Al mismo tiempo una serie de contratiempos molestos hacían suponer que no se podía confiar plenamente en sir Thomas Graham, que había acudido desde Cádiz para ponerse al mando de parte de las tropas que vigilaban a Soult. Hubiera sido más sensato, desde luego, esperar dos o tres días más; pero dadas las circunstancias parecía lo más aconsejable entrar directamente: mejor, quizá, que correr el riesgo de otra Albuera. Lo que sucedió a continuación, aunque se haya contado con frecuencia, fue algo terrible. Las brechas habían sido minadas con trampas explosivas y material combustible; se hallaban dotadas de una amplia variedad de desagradables dispositivos diseñados para herir a quien intentase trepar por ellas; estaban coronadas por *chevaux de frise* y los hombres que las defendían disponían de granadas de mano, bombas incendiarias y mosquetes de repuesto. Estaban además protegidos, y los británicos lo ignoraban, por el profundo canal que había sido abierto en el fondo del foso. Enviados al asalto de estas temibles defensas a las diez de la mañana, los hombres de la 4.ª División y de la División Ligera avanzaron con afán, pero quedaron irremediablemente enmarañados unos con otros y en breve plazo sufrieron bajas enormes. Muchos hombres se ahogaron en el dique inundado, y otros quinientos volaron cuando los franceses hicieron explotar sus minas. Iba en cabeza William Lawrence:

> Yo era uno del grupo delantero ... cuando llegamos a ... la muralla ... nos lanzaron una lluvia de disparos, proyectiles y metralla, junto con bombas incendiarias ... el pobre Pig [Harding] recibió inmediatamente su herida mortal ... mientras yo mismo recibía dos pequeños disparos en la rodilla izquierda y un tiro de mosquete en el costado ... De todos modos, yo agarré mi escala y me metí [en el foso]. Para entonces ya habían caído muchos, pero ... corrimos hasta la brecha. Allí, para nuestro gran ... desánimo encontramos que se había instalado un *cheval de frise* ... Se hicieron tentativas inútiles de retirar este temible obstáculo, en el curso de las cuales una de las cuchillas me hirió la mano izquierda, pero al no tener éxito en aquella parte nos vimos obligados a retirarnos de momento ... Las heridas seguían sangrando y empecé a sentirme muy débil. Mis camaradas me convencieron de que me dirigiera a retaguardia, pero esto resultó ser muy difícil pues al llegar a las escalas las encontré llenas de muertos y heridos, colgando ... tal como habían caído ... por lo que me arrastré con las manos y las rodillas hasta estar fuera del alcance de los mosquetes enemigos.[27]

En las escalas se unió a Lawrence un soldado herido del 43.° que cuenta como, habiendo cruzado la brecha apoyándose en su mosquete y tras arrastrarse por el foso inundado, «subí gateando muy difícilmente» con acompañamiento de «balas que silbaban entre los travesanos de la escala».[28] También iba en la delantera el sargento Anthony Hamilton:

> Al llegar al glacis la guarnición nos descubrió, abriendo al momento un fuego terrible. Aunque la carnicería en nuestras filas era muy grande, proseguimos nuestro avance ... Debido a la oscuridad de la noche ... llegamos a la contraescarpa de improviso, y casi la mitad de nuestro grupo, yo entre ellos, nos caímos en el foso que había abajo. Muy magullado por la caída, estuve inconsciente unos minutos, hasta que al llegar la fuerza principal se fijaron las escalas ... y se realizó la bajada al foso con rapidez. Aunque en el curso de estas operaciones necesariamente se rompió la formación de las tropas, de inmediato avanzaron contra las brechas ... pero eran tales los obstáculos dispuestos por el enemigo que resultó imposible superarlos ... Se hicieron muchos ... valerosos intentos de superar esos obstáculos por parte de nuestras tropas, pero ... finalmente nos vimos obligados a retirarnos ... Murieron o resultaron heridos veintiún oficiales del regimiento y de los diez hombres de nuestra compañía que se presentaron voluntarios para la empresa desesperada, sólo volvimos vivos yo y otro hombre llamado Cummings, ambos heridos.[29]

George Simmons luchaba junto con Hamilton en la División Ligera:

> Nuestras columnas avanzaron bajo un fuego de lo más temible ... que tronchaba a nuestros hombres como tallos de hierba ... Cayeron para no volver a levantarse ocho o diez oficiales e innumerables hombres. Las escalas habían quedado apoyadas en la contraescarpa ... La bajamos apresuradamente y ...

> corrimos hacia las brechas, donde tenía lugar una estremecedora carnicería. Cincuenta veces fueron asaltadas, y siempre sin éxito, pues los cañones franceses barrían las brechas con un fuego mortífero. Nos lanzaron bengalas ... que ardían con gran brillo, haciendo más fácil dispararnos ... Había visto algunos combates, pero ninguno como ese.[30]

La lucha siguió durante dos horas, pero hacia medianoche Wellington decidió que ya no podía exigir más a sus hombres y les ordenó retirarse.

Habiendo sufrido unas dos mil bajas las tropas implicadas, parecía que el ataque había fracasado. Sin embargo, en el último momento Wellington decidió realizar asaltos secundarios contra el castillo y contra el bastión de San Vicente, ambos alejados de las brechas. En el castillo, los asaltantes sufrieron muchas bajas. Como recordaba Donaldson:

> Finalmente se dio la orden e iniciamos nuestra marcha con el corazón palpitante ... Al percatarse de nuestras intenciones nos lanzaron bombas incendiarias desde todas las direcciones ... Por este medio podían ver ... nuestras columnas y abrieron un fuego de disparos y metralla que las arrasó, matando e hiriendo a secciones enteras ... Nosotros seguimos avanzando igual que antes ... y nos metimos en el foso. Aún no habían traído las escalas y los hombres estaban tan amontonados que no podíamos movernos ... Cuando entramos [en el foso] al principio nos consideramos relativamente a salvo, creyendo que no estábamos al alcance de sus disparos, pero ... dispararon varios cañones ... que lanzaron metralla sobre nosotros por ambos lados ... En aquel momento nuestra situación era verdaderamente desoladora ... Una vez situadas las escalas, deseosos todos de subir, [los soldados] se amontonaron en ellas de tal manera que muchas se rompieron, y los pobres tipos que casi habían llegado arriba cayeron desde una altura de treinta o cuarenta pies, quedando empalados en las bayonetas de sus camaradas de abajo. Otras escalas fueron retiradas de las murallas por el enemigo y cayeron golpeando a los que estaban en el foso, mientras los que llegaban a lo alto sin accidentes recibían disparos al alcanzar el parapeto. Y al caer de cabeza arrastraban a los que venían tras ellos. Esto se prolongó durante algún tiempo hasta que, habiendo llegado unos pocos ... ayudaron a otros a seguirles.[31]

Con tales medios fue tomado el castillo, pero incluso entonces, si no hubiera habido tal escasez de hombres para defender el bastión de San Vicente, la ciudad no hubiera caído. Las tropas que habían sido enviadas a atacar aquel sector llegaron rápidamente a lo alto de la muralla, las brechas fueron tomadas por detrás y la guarnición obligada a rendir las armas. Badajoz, entonces, pertenecía al ejército de Wellington. Citemos, como ejemplo, a Robert Blakeney:

> Para las mujeres no había salvación ni siquiera en las iglesias, y cualquiera que interviniese u ofreciese resistencia podía estar seguro

> de recibir un disparo. Todas las casas ofrecían un escenario de saqueo, libertinaje y efusión de sangre cometidos con desenfrenada crueldad ... por nuestra soldadesca y en muchos casos vi a los muy salvajes arrancar los pendientes de las orejas de hermosas mujeres ... Cuando los salvajes llegaban a una puerta que había sido cerrada o atrancada, ponían ... la boca de una docena de mosquetes ... contra la parte de la puerta en que se hallaba la cerradura y ... disparaban todos juntos al interior de la casa y a sus estancias sin cuidado por los que estuvieran dentro ... Se disparó a hombres, mujeres y niños ... solamente ... por pasatiempo; se cometieron en público todo tipo de ultrajes ... y de un modo tan brutal que un relato fidedigno sería ... ofensivo para la humanidad. No se mantuvo ni el menor rastro de disciplina ... La soldadesca enfurecida más parecía una jauría de perros del averno vomitados por las regiones infernales para la eliminación de la humanidad que ... un ejército británico bien organizado, valeroso, disciplinado y obediente.[32]

Escenas del mismo tipo fueron recogidas por Henry, el cirujano:

> Presencié una escena de la embriaguez, la violencia y la confusión más temibles. Grupos de hombres intoxicados, perdido todo control y toda disciplina y empujados por sus propias pasiones malvadas, vagaban tambaleándose y disparando al interior de las ventanas, derribando las puertas ... saqueando, disparando a cualquier persona que se les opusiera, violando, cometiendo todo tipo de excesos horrorosos y en ocasiones destruyéndose entre sí.[33]

Se podría continuar casi *ad infinitum.* Grattan escribe de «una escena de pillaje y crueldad de la que sería difícil encontrar paralelo»; Bell de «escenas que eran impactantes ... no aptas para ser recordadas»; Gomm de «una escena de pillaje que era una mezcla de todo lo más horrible»; y Donaldson de «escenas que ... son demasiado horrorosas y desagradables para contarlas».[34] Muchos oficiales hicieron todo lo posible por defender a civiles españoles —de hecho, uno o dos fueron asesinados mientras lo intentaban—, pero los hombres desafiaban abiertamente su autoridad insistiendo en que tenían derecho al saqueo, y no se restauró el orden en el ejército hasta que se instalaron horcas y se azotó a muchos soldados.

Mientras tanto la guerra seguía. Reagrupando a su castigado ejército —Badajoz le había costado en total 4.670 bajas, 3.713 de las cuales habían caído en el asalto—, Wellington esperaba en principio dar un golpe en el sur de Extremadura a la fuerza aislada de Soult. Sin embargo, el «rey Nicolás» se retiró con gran premura, tras descubrir que no sólo Ballesteros había vuelto a pasar a la ofensiva, sino también que la pequeña agrupación de tropas pertenecientes al Quinto Ejército, a solicitud de Wellington, había abandonado la frontera portuguesa lanzando contra Sevilla un ataque repentino. Mientras tanto el comandante británico estaba cada vez más preocupado por Ciudad Rodrigo, de cuyo bloqueo acababa de enterarse. Perder esta plaza tan poco

tiempo después de haberla ganado hubiera sido muy poco político, por lo que Wellington dejó que Hill protegiese Badajoz con las mismas tropas que normalmente formaban su fuerza y se dirigió una vez más a Ciudad Rodrigo, cuyo cerco hizo levantar muy pronto, el 22 de abril.

A lo largo del mes siguiente Wellington se mantuvo tranquilo en las fronteras de León, supervisando las reparaciones de Ciudad Rodrigo, dando descanso a sus fatigadas tropas y calculando su próximo movimiento. Aparte del problema básico de si los británicos atacarían por el norte o por el sur, se había puesto de relieve que el puente de Almaraz tenía una enorme importancia estratégica. Sobre él corría la única buena carretera que cruzaba el Tajo entre Madrid y la frontera portuguesa y era el camino más rápido para que Marmont se dirigiese al sur o Soult al norte. Habiéndose retirado a las fronteras de Andalucía las fuerzas francesas que se habían quedado en Extremadura, Wellington decidió que Hill tenía que atacarlas con su unidad independiente. En consecuencia Hill, llevando consigo el grueso de la Segunda División, a las seis de la mañana del 18 de mayo se lanzó contra el fuerte que guardaba su extremo sur. Éste, llamado Fort Napoleón, fue arrollado en unos minutos, tras lo cual la guarnición de los fuertes situados al otro lado del río abandonó sus posiciones y se retiró, dejando a Hill quemar el puente (el puente original de obra había sido volado por los españoles en 1809, y había un pontón de madera) y demoler sus fortificaciones.

Hill, después de provocar incalculables daños a la causa francesa —los invasores, sin medios para reparar el puente, a partir de entonces sólo pudieron comunicar el norte con el sur dando un largo rodeo por Madrid—, se dirigió de vuelta a Mérida. Pero en aquel momento la situación política de Inglaterra volvió a situarse en el centro del escenario. El 11 de mayo Perceval fue mortalmente herido en el palacio de Westminster por un comerciante llamado Bellingham que había quebrado hacía poco y culpaba al gobierno de sus problemas. Este acontecimiento se produjo en un momento de gran tensión: la cosecha había sido muy mala; comarcas septentrionales se hallaban afectadas por el movimiento de destrucción de máquinas, tumultos e intimidación conocido como luddismo; la agitación contra las restricciones comerciales impuestas a modo de respuesta al bloqueo continental estaba alcanzando su punto culminante (de hecho, faltaba poco para que fueran revocadas); y había un creciente movimiento en pro de la paz. Con todo, por muy aclamado que fuera el asesinato en aquellas partes del país que habían sido duramente golpeadas por la guerra, el acto de Bellingham no fue un presagio revolucionario, como se temió durante un corto tiempo. Pese a los rumores sobre ejércitos rebeldes secretos que sembraban el pánico, el gobierno en modo alguno se distrajo de la guerra de la Independencia (la queja, por ejemplo, de que se habían desplegado más tropas contra los ludditas de las

que Wellington tenía en España bajo su mando es absurda y poco sincera). En cuanto a Bellingham, había actuado completamente solo y carecía por entero de motivos políticos. Su disparo, sin embargo, precipitó la crisis política. Lord Liverpool, escogido para la sucesión como primer ministro, intentó enmascarar la pérdida de Perceval llamando nuevamente a Canning y Wellesley, mas ninguno de los dos estaba deseoso de cooperar. A la Cámara de los Comunes le parecía que sin ellos la antigua administración no podía funcionar, y en consecuencia solicitó una sustitución. En lo que a la guerra de España se refiere, esta medida era verdaderamente aterradora, pues suponía traer a Wellesley y Canning o a los whigs. Sin embargo, Wellesley y Canning tenían una grave falta de criterio político, además el primero era notoriamente perezoso, mientras que los whigs, aunque ya no se oponían a la guerra contra Napoleón *per se*, eran profundamente pesimistas en lo que a la Península se refiere, se inclinaban por una estrategia defensiva y estaban deseosos de limitar el gasto. No obstante, a fin de cuentas las cosas marchaban. El príncipe regente, por muy enamorado que estuviera de la gloria militar que sus amigos ocasionales tan dispuestos estaban a despreciar, no haría cambiar de opinión a los whigs, mientras que éstos no podían reunir en los Comunes el apoyo que necesitaban para obligarle a hacerlo. En cuanto a Wellesley y Canning, ni el uno ni el otro se mostraron capaces de formar gobierno. Habiendo intentado todas las alternativas y tras haber fracasado, no había más opción que reponer a Liverpool y sus colegas, y el 17 de junio una Cámara de los Comunes claramente humillada los confirmó en el gobierno por una mayoría de cien votos.

Dado el íntimo entendimiento que había ahora entre Wellington y los ministros que había formado el antiguo gobierno de Perceval, ningún resultado podía haber sido más esperado, mientras que el compromiso de éste con la estrategia de combatir a los franceses en la Península pronto recibiría otra confirmación. El problema de Wellington era que, por motivos que estaban fuera del control del gobierno británico, seguía teniendo escasez de dinero en metálico. Habiéndose interrumpido el flujo de metales preciosos de América Latina, la creciente demanda había subido los precios aún más, mientras que los esfuerzos por encontrar fuentes de suministro alternativas habían sido de poco provecho. En el momento de la caída de Badajoz, Wellington tenía verdaderos problemas debido a la falta de fondos, situación que la nueva administración de Liverpool se esforzaba entonces por resolver. Como se rechazaron varios planes para obtener dinero en metálico en el mercado, debido primero a que las rentas públicas británicas eran insuficientes para pagar el coste y segundo a que la compra de más oro conduciría inevitablemente a nuevos incrementos de precios, tuvieron que intentarse medidas menos ortodoxas. En consecuencia, para forzar a un Banco de Inglaterra reticente a

desembolsar grandes sumas de dinero, se hizo uso de una ley casi olvidada que permitía al gobierno la exportación de guineas (que normalmente estaba prohibida) si era con destino al pago de tropas británicas de servicio en el extranjero; de modo que se instruyó secretamente a Wellington para que, en vez de limitarse a pagar a sus soldados, gastara el dinero extra como considerase conveniente. Esto era ilegal, y además la puesta en circulación de tanto oro fácilmente podía haber conducido a una crisis económica importante. Aunque lo cierto es que apenas podía hacerse otra cosa y en definitiva el colapso del bloqueo continental arregló las cosas una vez más.

De todos modos, ilegal o no, el verano llegaría antes de que el dinero extra empezase a afluir a los cofres de Wellington. Sin embargo, como tantas veces había pasado ya, en los tratos del comandante británico con el gobierno había un componente de «que viene el lobo». El dinero era escaso, ciertamente, y en diversos aspectos el ejército angloportugués padecía serias molestias, mas no por ello dejaba Wellington de planear nuevas victorias. Habiendo decidido que sería preferible golpear a Marmont que a Soult (dado que la liberación de la España septentrional y central traería consigo indudablemente la evacuación de Andalucía, mientras que la liberación de Andalucía no cambiaría de por sí la situación en el norte), hacia finales de mayo Wellington había empezado a concentrar todas sus tropas, excepción hecha de las de Hill, en las proximidades de Ciudad Rodrigo. Como el ejército de Portugal estaba muy extendido desde Asturias hasta el valle del Tajo, podía contarse con seguridad con algún tipo de éxito inicial, pero Wellington sabía que a cada paso que él diera los franceses tendrían más posibilidades de caer con una fuerza abrumadora. Y dado que cada paso que daba le alejaba además de la seguridad de Portugal, era preciso neutralizar a tantos enemigos como fuera posible.

Disponía para ello de varios dispositivos a su alcance. Aun no teniendo autoridad oficial sobre las fuerzas españolas, Wellington gozaba ahora de un prestigio considerable en la España de los patriotas, y la liberación de Badajoz y Ciudad Rodrigo había hecho mucho por borrar los infelices recuerdos de 1808, 1809 y 1810. En consecuencia, empezaron a aparecer en la prensa exageradas manifestaciones de sentimientos en favor de los británicos; al volver el comandante a Ciudad Rodrigo el 26 de abril, se produjeron manifestaciones de entusiasmo; e incluso se permitió a un puñado de oficiales británicos iniciar la reforma del ejército por medio de la creación de centros de entrenamiento y divisiones modelo.* En consecuencia, bastaba con que

* Los casos más destacados fueron Charles Doyle, a quien se autorizó a instalar un campo de entrenamiento en la Isla de León; Phillip Roche, a quien se permitió hacerse cargo de una división del Tercer Ejército; y Samuel Whittingham, a quien se dio una división independiente que se había organizado en Mallorca. Al estar pagadas y suministradas por los británicos, las tropas de Roche y Whittingham por lo general eran de plena confianza.

Wellington sugiriese un plan para que la Regencia —que era desde el 21 de enero una nueva corporación encabezada por Infantado, dispuesto a suavizarlo todo— asintiera. Con estos medios, pues, se envió a Ballesteros a atacar Sevilla; al Sexto Ejército a asediar Astorga; a Porlier, Longa y Espoz y Mina —reunidos ahora en el Séptimo Ejército al mando de Gabriel Mendizábal— a inmovilizar al ejército del Norte, al mando del cual Caffarelli acababa de sustituir a Dorsenne; y al Segundo y Tercero ejércitos a inmovilizar a Suchet. De todos modos, no iba a dejarse precisamente a los españoles la maniobra principal. Así pues, se ordenó a Hill dirigirse hacia el sur por si Soult presionaba a Ballesteros; a la escuadra británica de la costa norte de España, atacar a las guarniciones francesas diseminadas a lo largo de la costa; y finalmente al gobernador de Sicilia, lord William Bentinck, enviar una división a la costa de Cataluña.

Excepción hecha de algunos contratiempos menores, este plan funcionó a las mil maravillas. Ballesteros desembarcó en Andalucía a finales de mayo y atacó a una división francesa en Bornos. Aunque fue vencido y obligado a retirarse, esto no importó, pues Hill avanzó inmediatamente por Extremadura, de resultas de lo cual Soult tuvo que enviar muchas tropas para reforzar a Drouet. Mientras Hill entretenía a este último en una compleja guerra de maniobras, Ballesteros volvió a zarpar, ocupó Málaga por breve tiempo y a continuación llevó nada menos que a diez mil franceses a un entretenido baile por las asperezas de Granada para volver finalmente hacia la costa. En el norte, la escuadra británica, que estaba bajo el mando del emprendedor sir Home Popham, navegaba de un lado al otro de la costa desembarcando cañones navales y destacamentos de marinos para atacar en compañía de los guerrilleros de Longa y Porlier guarniciones como Lequeitio, Guetaria, Castro Urdiales y Santander. No todas estas operaciones tuvieron éxito —de hecho, Popham y Mendizábal sufrieron unas cuantas derrotas menores—, pero el ejército del Norte se las vio y se las deseó para mantener la situación bajo control, Bilbao fue ocupado durante una quincena de días y el importante puerto de Santander quedó de modo permanente en manos de los aliados. Al estar también Mina sumamente activo, Caffarelli, como Soult, quedó fuera de combate. En contrapartida, en el este las cosas no funcionaron tan bien. Debido a una combinación de insensatez por parte de Bentinck y de creciente tensión política en Sicilia, las tropas enviadas fueron muy inferiores en número a lo que originalmente se había esperado, además llegaron mucho después de lo planeado y finalmente no hicieron más que recoger a Whittingham de Mallorca y desembarcarlo en Alicante. En cuanto al Tercer Ejército, mandado por José O'Donnell, finalmente atacó en el norte, cosechando una grave derrota en Castalia, en lo que más que una batalla fue una gigantesca emboscada. Con todo, una vez más careció de importancia que la expedición de Sicilia resultara

pólvora mojada y que O'Donnell fuese especialmente torpe. Suchet, rodeado de enemigos e incapacitado para sacar las tropas de Cataluña, donde Lacy seguía haciendo todo lo posible por causar problemas (entre sus acciones de aquella época se cuenta un ataque sorpresa contra Lérida calculado para coincidir con una explosión del polvorín principal de la ciudad provocada por patriotas simpatizantes), no tuvo ocasión de enviar tropas al centro de España, y eso era lo que importaba.

Esta complicada red de diversificación sirvió de ayuda a Wellington, pero en realidad apenas era necesaria. Para tener de verdad alguna oportunidad de bloquearle, los franceses hubieran tenido que ceder parte de los territorios que poseían; pero Napoleón estaba tan obsesionado por cuestiones de prestigio que no podía tolerar una repetición de la evacuación de Galicia en 1809, y prohibió de hecho cualquier iniciativa de este tipo. Pero el asunto no terminaba aquí. De entre los diversos comandantes franceses, aparte de José y Jourdan, solamente Marmont —el general más necesitado de ayuda— pensaba en términos más amplios que los de su propia satrapía, mientras que el resto se inclinaban a prestar a sus colegas la mínima ayuda, y eso si prestaban alguna. Había en esto mucha egolatría, pero en las circunstancias de 1812 eso era perfectamente comprensible, pues los franceses estaban tan duramente presionados que reducir una guarnición en beneficio de otra conducía casi con total seguridad al desastre. Era un combate, además, de prestigio, por lo que políticamente los franceses no podían permitirse correr tales riesgos: ya el caso de Figueras mostraba qué inconvenientes podía haber en términos militares. En última instancia, pues, el verdadero problema no eran los fracasos personales de Soult y de los demás, sino más bien la falta de tropas, y por encima de esto, la seguridad con que Napoleón creía poder hacerse con el pastel y comérselo.

Pero pronto se desengañaría a este respecto. Así, el 13 de junio Wellington avanzó por el interior de León con su ejército principal, de cuarenta y ocho mil hombres, y entretanto el Sexto Ejército hizo otra salida desde Galicia para bloquear Astorga, mientras que una fuerza de la milicia portuguesa atacaba Zamora. Tan pronto como los aliados hubieron ocupado el campo, Marmont concentró a tantos hombres como pudo, solicitó ayuda a Caffarelli y a José y, desafiando paladinamente a Napoleón, hizo volver de Asturias a Bonet. De todos modos, aunque su intención era combatir, aún pasaría algún tiempo hasta que reuniera tropas suficientes, y en consecuencia retrocedió al otro lado del Duero, dejando que defendiera Salamanca una pequeña fuerza confinada en tres conventos fortificados que habían sido convertidos en una ciudadela improvisada. Mucho más fuertes de lo que en principio pensaran los británicos, se defendieron valerosamente. Por ejemplo, Mills escribió:

> Nuestra gente está empezando a darse cuenta de que esos ... fuertes ... son más sólidos de lo que al principio les había parecido ... El fuego ... es incesante, pero sus hombres están tan bien a cubierto que es casi imposible acertarles. Ya hemos perdido cincuenta o sesenta hombres.[35]

Tras haber rechazado un intento de asalto, la guarnición no se rindió hasta el 27 de junio, cuando su posición fue incendiada por una bomba al rojo vivo.

En medio del tiroteo, el alboroto popular era grande. Según Simmons, los habitantes «expresaban su alegría del modo más frenético, alababan a sus liberadores, como llamaban a los ingleses, y expresaban su aborrecimiento de los franceses»; mientras que, citando a Wheeler, «todas las tardes miles de personas salen de la ciudad para divertirse cantando y bailando, de modo que cada atardecer nuestro campamento presenta una de las escenas más animadas que cabe imaginar».[36] Sin embargo, entre los británicos había también mucho cinismo, pues muchos de ellos se percataban de que la alegría por la liberación no necesariamente llegaba a ser entusiasmo por la causa. Así pues:

> La gente, en manos unas veces de amigos y otras de enemigos, mostraba indiferencia hacia ambos. No podían tomar partido sin ponerse ellos mismos en peligro; en consecuencia preferían la seguridad personal a un despliegue de lealtad o de patriotismo inoportuno. Creo que en el fondo de su corazón odiaban a los franceses, pero al mismo tiempo no sentían gran amor por nosotros.[37]

Aitchison abundaba en la misma observación: «no puedo decir si nuestra entrada ha hecho feliz a la gente ... Para los pobres es exactamente lo mismo que los enemigos les quiten a la fuerza todas las provisiones o que los británicos les hagan pagar contribución por ellas».[38] Con todo, según el ejército avanzaba por el interior de León se descubrieron muchos casos de autoridades locales que intentaban ponerse a cubierto de una posible vuelta del enemigo. Y, como de costumbre, el comportamiento de los soldados no servía de ayuda. Según una orden general del 10 de junio de 1812:

> El comandante de las fuerzas lamenta observar que los excesos tan frecuentemente cometidos por los soldados estando separados de sus regimientos y las lamentables escenas que tuvieron lugar con ocasión de la toma de Badajoz han tenido el efecto de enemistarnos con la gente del país, en vez de hacer de ellos amigos del ejército.[39]

Así pues, era optimista suponer que la liberación aportaría algo más que vítores y flores. Y a la vez, aunque Wellington era ahora dueño de León, la campaña no se había desarrollado por entero como él deseaba, pues él esperaba que Marmont estuviera tentado de lanzar un ataque frontal contra Salamanca. Pero como el mariscal no había picado el cebo, no había más opción

que avanzar hasta el Duero, donde se instaló Wellington a esperar la aparición del Sexto Ejército por detrás del enemigo (las órdenes de este ejército consistían no sólo en asediar Astorga, sino también en mantener el paso a la altura del ejército de Wellington según avanzaba hacia el este, de modo que ambos atraparan a Bonet en Asturias y amenazaran el flanco de Marmont). De haber ido todo según el plan, el mariscal hubiera tenido que enviar una o dos divisiones para mantener a distancia a los españoles, debilitando tanto la línea del Duero que Wellington pudiera intentar un ataque. Pero el Sexto Ejército no se presentó, pues la mayor parte de sus tropas no habían avanzado más allá de Astorga, cuya guarnición resistía con la mayor tenacidad.

En muchos aspectos, el empate del Duero había de resultar sumamente beneficioso para Wellington, pues al parecer convenció a Marmont, cuyo ejército al fin y al cabo era el más pequeño, de que Wellington no planeaba un ataque general, por lo que era un adversario con el que podía correr cualquier riesgo. Pero el hecho de que en aquel momento los españoles no se presentaran fue sumamente frustrante, dado que permitía a Marmont recuperar la iniciativa. De modo que, habiéndosele finalmente unido Bonet, el 15 de julio el mariscal hizo retroceder súbitamente a sus tropas y cruzar el río. Fue duramente criticado por esto, pues sólo con que hubiera esperado se le hubieran unido tropas tanto de Burgos como de Madrid. De hecho, Caffarelli, aunque le había dicho anteriormente que no podía prestarle ayuda, le enviaba una brigada de caballería, mientras que José, profundamente alarmado, había decidido ponerse en marcha para unirse a él prácticamente con todos los soldados que pudo reunir (excepción hecha de una guarnición mínima para Madrid, unos catorce mil hombres). De todos modos ha de decirse a favor de Marmont que no solamente ignoraba que estuvieran realizándose tales movimientos, sino que además no tenía motivos para creer que lograran pasar, mientras que sus fuerzas, de cuarenta y cuatro mil hombres, no eran muy inferiores a las de Wellington.

Al principio todo fue bastante bien. El mariscal, engañando completamente a Wellington con algunas fintas astutas, logró cruzar el Duero sin oposición, y en los días siguientes le obligó a retroceder hasta Salamanca por medio de una serie de complejas maniobras de flanqueo con vistas a amenazar sus comunicaciones con Portugal. El 22 de julio el ejército aliado se detuvo exactamente al sureste de Salamanca, a lo largo de una línea de montes bajos cuyo extremo meridional era una pronunciada eminencia llamada el Arapil Chico. Pero Marmont no pretendía intentar un ataque frontal y el 22 de julio por la mañana, tras haberse apoderado de una altura muy superior llamada el Arapil Grande, situada a unos cientos de metros directamente al sur del Arapil Chico, empezó a marchar con todo su ejército rodeando su flanco sur. Mientras tanto el comandante británico, viendo lo que sucedía,

hizo retroceder de sus posiciones iniciales a una división tras otra para formar una nueva línea que corría hacia el oeste desde el Arapil Chico a lo largo de una oportuna estribación que se extendía en dirección oeste más o menos a lo largo de un kilómetro. Y finalmente, la Tercera División y algunos elementos portugueses de caballería que hasta el momento habían cubierto los accesos orientales de la propia ciudad de Salamanca fueron conducidos a través de la retaguardia del ejército a una posición oculta tras el flanco derecho de la nueva línea de Wellington, en las proximidades de la localidad de Aldea Tejada.

Así pues, a primera hora de la tarde, el grueso del ejército aliado estaba orientado hacia el sur (la División Ligera y algunas otras tropas se habían quedado en sus posiciones iniciales precisamente por si Marmont intentaba otra finta), mientras los franceses hacían un movimiento de cerco en dirección oeste en torno a los dos Arapiles. Pero en aquel momento Marmont cometió un grave error. Habiendo subido al Arapil Grande, pudo ver gran parte de lo que estaba sucediendo en la posición aliada; pero estaba tan convencido de que Wellington era un general prudente, y que prefería con mucho la defensa al ataque, que sacó consecuencias erróneas de lo que veía. Así, a sus ojos los movimientos de Wellington se explicaban como preparativos para una retirada a nuevas posiciones algunos kilómetros hacia el oeste, tras el río Zurgáin, y en consecuencia decidió mandar a su vanguardia aún más hacia el oeste con la esperanza de flanquear también esta nueva posición. Hasta aquí los franceses no habían avanzado más allá de su mirador, pero poco después de mediodía Marmont ordenó a cuatro de las cinco divisiones de infantería que tenía a mano, junto con una división de caballería ligera al mando de Curto, que avanzasen a lo largo de una sierra en dirección oeste hacia el Zurgáin.

Al actuar de este modo, Marmont corría un peligroso riesgo, pues una de las normas elementales de la guerra de «caballo y mosquete» era no cruzarse nunca con la delantera de un adversario. Marmont, convencido de que Wellington no atacaría, estaba ciego ante el peligro, cuando lo cierto era que sus hombres marchaban directamente hacia una trampa. No sólo el movimiento hacia el oeste llevaba a los franceses a estar cada vez más y más extendidos, sino que además Wellington había pasado las últimas horas planeando, finalmente, un ataque. Vigilando a los franceses con su catalejo mientras daba bocados a una pata de pollo, el comandante británico vio llegado su momento. Exclamando «¡Por Dios que funcionará!», tiró por encima del hombro la pata de pollo a medio comer, saltó a su caballo y salió a toda velocidad en dirección a la Tercera División de Pakenham con la caballería portuguesa que le acompañaba.

Los acontecimientos de la siguiente hora serían un amargo despertar para los franceses. Pakenham, alertado por Wellington, condujo a sus hombres al

extremo más occidental de la sierra por la que avanzaban los franceses y a continuación, desviándose a la izquierda, se lanzó por encima de la cresta para envolver a la división francesa que iba en cabeza (la de Thomiéres). Se produjo entonces un duro enfrentamiento:

> Estábamos subiendo una pendiente en cuya cima se había apostado una masa de tropas enemigas. Su fuego parecía capaz de barrer todo lo que se le pusiera por delante ... La verdad me obliga a decir ... que ante este fuego arrollador nos retiramos, pero ... el general Pakenham se acercó y, muy amistosamente, dijo: «Rehaced líneas», y ... poco después, «Avanzad ... Aquí están mis muchachos; hacedles que prueben el temple de vuestras bayonetas». Avanzamos, disponiéndonos todos mentalmente a hacer daño. Finalmente ... a lo largo de la línea las cornetas dieron el toque de carga. Corrimos hacia adelante ... y les hicimos pagar terriblemente el anterior rechazo.[40]

La división de Thomiéres, bastante alejada de sus compañeros más cercanos y apoyada solamente por la caballería ligera de Curto, fue arrollada y perdió casi la mitad de su fuerza, y a los restantes los persiguió a continuación Pakenham en dirección este hasta alcanzar a la siguiente división francesa —la de Maucune—, que se había detenido para cubrir la marcha hacia el oeste del resto de la infantería francesa. Pero también Maucune tenía problemas, pues tras haber puesto en movimiento a Pakenham, Wellington había vuelto cabalgando a su posición principal, ordenando a las tropas que allí tenía atacar escalonadamente por la derecha. Las primeras que salieron fueron la Quinta División del general Leith y la brigada de caballería del general Le Marchant. Al ver a la caballería británica, Maucune ordenó a sus hombres formar los cuadros, logrando sólo chocar con las tropas que iban en cabeza y que era la infantería de Leith. Los franceses, cogidos en el momento de cambiar su formación, fueron derrotados enseguida:

> Los ánimos de los nuestros se elevaron ... y cuando llegaron a las sólidas columnas del enemigo, que abrieron fuego contra ellos como un volcán, se produjo ... un griterío general de exaltación ... [la línea del] enemigo ondeó ... hasta que finalmente le resultó imposible resistirse al ardor de nuestros soldados ... produciéndose su completa derrota.[41]

Sumidos en la confusión, los infortunados soldados franceses fueron entonces atacados por Le Marchant. Quedaron totalmente quebrantados y sufrieron nuevamente grandes bajas. Como recordaba Bragge, «nos enfrentamos rápidamente a las columnas francesas y cargamos contra su retaguardia. Arrojaron sus armas por centenares».[42] Mientras tanto se vio cogida en la desbandada la división de Taupin, que había marchado por la retaguardia de

Maucune para llenar el hueco que había entre él y Thomiéres en el momento del ataque británico.

A continuación, en sólo una hora de combate Wellington deshizo toda la izquierda francesa —tres divisiones enteras— y se apoderó de dos mil quinientos prisioneros, doce cañones y dos águilas. Thomiéres murió y Marmont, alcanzado por un proyectil perdido, fue gravemente herido. Aunque la tarde estaba muy avanzada, la batalla aún no había terminado. Así pues, poco después de que Leith hubiera avanzado contra Maucune, parte de la Cuarta División y la brigada portuguesa independiente de Pack avanzaron contra las divisiones de Clausel y Bonet, que habían guarnecido la extremidad oriental de la sierra y el Arapil Grande. Pero ambas fuerzas fueron rechazadas —los franceses «les acribillaron del modo más terrible», recordaba Dyneley—,[43] mientras Clausel y Bonet intentaban llevar su éxito hasta el fin cargando a lo largo del valle que les separaba de la sierra que se hallaba en manos de los británicos e intentando quebrantar el centro aliado. Este movimiento, aun siendo valeroso, estaba destinado al fracaso, pues Wellington disponía de abundantes reservas y se limitó a desplazar la Sexta División, que estaba fresca, para llenar el hueco, habiendo detenido el ataque inicial francés la brigada portuguesa de la Quinta División que había atacado el flanco de Clausel. Entonces Beresford, que estaba animándoles, recibió un disparo en el pecho y tuvo que dejar el campo de batalla.

Muy pronto el centro francés se unió a la izquierda en su retroceso totalmente desordenado, abandonando el Arapil Grande. Estaban disponibles para cubrir la retirada tres divisiones de infantería que habían formado la reserva francesa —las de Ferey, Sarrut y Foy—, y se batieron valerosamente mientras todo el ejército aliado avanzaba para terminar la tarea: de modo que, dando órdenes de actuar a la División Ligera, que hasta el momento no había intervenido, el propio Wellington tuvo la suerte de librarse, cuando una bala alcanzó su silla rozándole el muslo. En la mayor parte de los sectores no parece, sin embargo, que recibieran presiones excesivamente fuertes: al fin y al cabo, la mayor parte de las tropas aliadas estaban exhaustas tras horas de marcha y de combate bajo un calor abrasador. En realidad, solamente Ferey se encontró con un verdadero trabajo entre manos, al verse obligado a plantar cara a un ataque a gran escala de la totalidad de la Sexta División. Las bajas angloportuguesas fueron elevadas, pero finalmente también Ferey se retiró, y el ejército de Portugal sólo se salvó de una completa destrucción gracias a la creciente oscuridad. Terminaba así la batalla de Salamanca o, como la llamaron los españoles, de Los Arapiles. Llamada, y con razón, la «obra maestra de Wellington», costó al ejército de Portugal doce mil bajas, dos águilas y doce cañones (en contrapartida, las bajas angloportuguesas ascendían más o menos a cinco mil). Estas pérdidas aún hubieran podido ser más elevadas de

haberse llevado a cabo la persecución con cierta energía; pero en la oscuridad y la confusión parece que las fuerzas de Wellington perdieron bastante cohesión (las afirmaciones de que podía haberse destruido la totalidad del ejército francés sólo con que los españoles hubieran mantenido una guarnición en Alba de Tormes son completamente falsas: la guarnición había sido retirada, es cierto, pero su presencia apenas habría cambiado las cosas). Sólo al día siguiente se llevó a cabo adecuadamente la persecución, aunque aún hubo ocasión de infligir más daños a los franceses en la localidad de García Hernández, donde los dragones pesados, formados por elementos de la King's Germán Legión, se distinguieron al lograr la casi imposible hazaña de romper el cuadro de un batallón de infantería.

De todos modos, después de García Hernández se permitió al ejército de Portugal retroceder hasta Valladolid y Burgos sin ser molestado. Indudablemente a Wellington le hubiera gustado causar aún más daños a Clausel (a quien finalmente se había devuelto el mando del ejército de Portugal), pero proseguir la persecución sencillamente le hubiera arrojado en brazos de Caffarelli, que aún tenía sus fuerzas intactas, pues el comandante francés jamás se hubiera arriesgado a una batalla. Aún peor, hubiera supuesto un gran riesgo para el ejército angloportugués, ya que era de lógica que Soult y Suchet enviarían abundantes fuerzas a Madrid y se unirían a José en una ofensiva a través de Guadarrama que fácilmente podía haber cortado sus comunicaciones con Portugal. Considerando que el ejército de Portugal estaba destrozado, parecía más sensato marchar sobre Madrid, cuya liberación, por motivos obvios, supondría para el enemigo una humillación terrible. Los franceses aún podían reunirse contra Wellington, pero si lo hacían, a éste siempre le quedaba la retirada, y además existía la posibilidad de que no marcharan contra él con fuerzas suficientes para obligarle a retroceder. El resultado fue que, dejando en Valladolid una única división junto con dos divisiones de españoles procedentes de Astorga, el 6 de agosto el ejército angloportugués salió hacia Madrid.

Dado que la ocupación de la capital fue el resultado de una serie de acontecimientos en el campo francés que es preciso considerar con algún detenimiento, la trataremos en el próximo capítulo. En cualquier caso, lo que importaba era el hecho de que se hubiera roto el empate de la frontera portuguesa. ¿Qué había causado este cambio en la fortuna de la causa aliada? Para responder a esta pregunta no habremos de referirnos a las proezas de Wellington como general, ni a los errores de sus adversarios, ni a la calidad de su propio ejército, ni tampoco a la resistencia de los españoles. Todos estos elementos intervinieron, pero a fin de cuentas Napoleón no podía culparse sino a sí mismo. Sólo con que hubiera dejado a las fuerzas situadas en la Península en el estado en que se hallaban a principios del otoño de 1811,

apenas hay duda de que podían haber rechazado a Wellington y a los ejércitos españoles, mientras mantenían la manera metódica de actuar contra los guerrilleros que sabían les reportaba éxitos. Pero a Napoleón no le gustaba adoptar una posición defensiva, y mientras privaba a sus generales de tropas de importancia vital se negaba a aceptar la realidad —presentación temprana de un rasgo que había de llegar a ser de lo más característico—, en lugar de lo cual solicitaba nuevas ofensivas. El resultado fue el desastre, al verse Soult y Marmont incapaces de enfrentarse a Wellington de modo efectivo. Que éste pudiera consolidar sus ganancias era harina de otro costal, desde luego, pero en lo sucesivo combatiría en una guerra muy distinta.

Capítulo 15, BURGOS: CAMPAÑA DE OTOÑO DE 1812

Bajo un cielo sin nubes, regimiento tras regimiento cruzaron el puente entrando por la calle que, como un desfiladero, se introducía en el corazón de la ciudad. Las chaquetas descoloridas, los chacos ajados, los gorros cuarteleros informes y los pantalones de todas las variedades de gris, azul y marrón proclamaban que no se trataba de un desfile ordinario, sino más bien de la llegada de un ejército que venía directamente desde el campo de batalla. Cabalgaban entre las tropas la figura modestamente ataviada pero inconfundible de Wellington, varios generales españoles brillantemente uniformados y media docena de jactanciosos comandantes guerrilleros, uno de los cuales llamaba especialmente la atención por llevar un chacó tomado a los franceses cuya águila imperial había sido puesta boca abajo. Pero era casi imposible avanzar por las estrechas calles. Al pie de los altos edificios, en cuyos balcones había colgaduras y tapices, surgió una enorme muchedumbre que manifestaba su gratitud a los liberadores, gritando «¡Viva Wellington! ¡Vivan el Empecinado y el pan barato! ¡Viva Fernando y la vuelta de la abundancia!». Reducidos a lo largo del pasado año a un estado de semihambruna, cayeron sobre las tropas arrojando a su paso ramas, capas y chales, ofreciéndoles vino y tabaco y lanzándoles besos, mientras Wellington y los jinetes que le acompañaban casi eran derribados de sus monturas. Desbordados por la muchedumbre, los soldados rechazaban airadamente a los hombres que intentaban abrazarles, pero por lo demás el momento era verdaderamente divertido; incluso es posible que fuera el momento más divertido de toda la guerra.

Estas escenas, que acompañaron a la liberación aliada de Madrid el 12 de agosto de 1812, eran la culminación de una serie de éxitos que habían cambiado por completo la suerte de la guerra en España. Si bien a principios de 1812 los ejércitos franceses habían hecho nuevas conquistas, al cabo de ocho

meses habían sido expulsados de al menos la mitad de los territorios que habían logrado ocupar desde 1808. En cuanto al futuro, parecían establecidas las condiciones para nuevas victorias y para un deshielo continuado de las relaciones angloespañolas. Como tantas veces había sucedido, las apariencias engañaban, pues en los tres meses siguientes tanto británicos como españoles conocieron el fracaso y la humillación. En cierto sentido, era de esperar: a cada paso que avanzaba Wellington, los franceses tenían que mantener guarniciones en menos territorios, y además contaban con unos doscientos diez mil soldados en armas, frente a los sesenta mil del comandante británico. Y sin embargo, en teoría los españoles podían poner en el campo por lo menos cien mil hombres más, aparte de que los territorios liberados les ofrecían la perspectiva de nuevos recursos. Dado que fue la incapacidad de los aliados para capitalizar esta contribución adicional que inclinaba la balanza, han de ser los asuntos españoles de este otoño de 1812 los primeros que consideremos.

Antes de fijarnos en ellos, hemos de tener en cuenta las consecuencias de Salamanca. Como hemos visto, la ocupación de la capital española era resultado de la decisión de Wellington, según la cual sería más beneficioso y menos peligroso utilizar a sus tropas trasladándolas al centro de España que intentar destruir los restos del ejército de Portugal. De modo que el 6 de agosto los vencedores de Salamanca salieron de Valladolid camino de Madrid. A ellos se enfrentaban José y Jourdan, si bien con sólo veintidós mil soldados, muchos de ellos «juramentados» y poco de fiar, no estaban en condiciones de defender la capital. Gran parte de la responsabilidad ha de atribuirse al mariscal Soult, que, decidido a mantener su virreinato, durante los dos meses anteriores había ignorado las peticiones de que enviase al Tajo unos efectivos considerables. Protegido por una pantalla de caballería que logró infligir un duro revés a algunos dragones portugueses en Majadahonda, el 10 de agosto un gran convoy formado por las tropas de José, la casa real, dos mil carruajes y unos quince mil refugiados civiles avanzaba por el camino real que llevaba de Aranjuez a Albacete y desde allí hasta Valencia. El avance era lento; el calor terrible; el polvo asfixiante; el agua muy difícil de encontrar, y las tropas indisciplinadas y dispuestas al motín: muchas de las que no desertaron saquearon a los infortunados civiles a los que se suponía que protegían. En cuanto a Madrid, la única presencia francesa era ahora una pequeña guarnición que había quedado en la gran ciudadela construida a base de terraplenes en el terreno elevado que actualmente ocupa el parque del Retiro.

Entretanto, en Andalucía, las comunicaciones entre su virreinato y el centro de España habían empeorado tanto que hasta el 12 de agosto Soult no tuvo noticias seguras de Salamanca. Sin más esperanzas que la retirada, a los dos o tres días el ejército del Sur había empezado también a evacuar sus posiciones.

453

El 25 de agosto se abandonó el sitio de Cádiz y el 27 el de Sevilla (con excepción de una pequeña retaguardia que fue expulsada al día siguiente por una división angloespañola improvisada a toda prisa y enviada desde Cádiz). A Soult, que retrocedía en dirección este acompañado por las masas de refugiados que habían entorpecido la marcha de José en La Mancha, se le añadieron en Córdoba las tropas de Drouet, procedentes de Extremadura, y a continuación se dirigió a Granada, donde se le unió la guarnición de la parte oriental de sus territorios e hizo algunas requisas de última hora antes de ponerse finalmente en marcha camino de Valencia el 16 de septiembre.

En Cádiz, desde luego, todo esto produjo gran júbilo. Las noticias de Salamanca causaron gran conmoción. Como escribió Henry Wellesley a Wellington:

> Te felicito de todo corazón por tu gloriosa victoria y me gustaría que hubieses presenciado el efecto que ha producido aquí... Ha venido una representación de las Cortes a felicitarme por la victoria y la gente se ha reunido bajo mis ventanas aclamándote como salvador de España.[1]

Pero, como recordaba Alcalá Galiano, el momento más importante fue el de la partida de los franceses de las orillas de la bahía:

> En esto fue levantado el sitio de Cádiz. Fue alegre aquel día como pocos. Apresurábanse las gentes a embarcarse en botes para ir a visitar el abandonado campamento francés ... Había ansia de pisar la tierra del continente, de respirar el aire fresco ... Fui yo junto con los oficiales de Secretaría [de Estado] ... Registramos con las numerosas multitudes ... las baterías donde estaban los obuses, cuyos efectos habíamos estado por largo tiempo sintiendo. Al volver también por mar a Cádiz, todos los botes traían en el tope de sus palos algún manojo de hierba, como señal de que ya se había disfrutado de un recreo completo, negado a los habitantes de la isla gaditana por más de treinta meses consecutivos.[2]

De modo que en menos de dos meses se había limpiado de enemigos Castilla la Nueva, Extremadura y Andalucía sin disparar casi un solo tiro. Mientras tanto, a medida que Wellington avanzaba sobre Madrid, el entusiasmo popular pareció reavivarse. En Segovia, por ejemplo, la población

> le salió al paso a la entrada de la ciudad con una trompeta abollada, un viejo tambor y dos desgraciados disfrazados con ropajes de color escarlata, [y] le acompañaron durante casi media milla hasta la plaza del mercado, donde se vio obligado a mantenerse sombrero en mano hasta que hubieron lanzado los «vivas» correspondientes.[3]

Fue en Madrid, con todo, donde el entusiasmo y el optimismo alcanzaron su punto máximo. Citando a Cocks:

> El duque hizo su entrada en esta plaza el día doce ... Nuestra llegada produjo una alegría superior a cualquier descripción ... nunca fui besado en un solo día por tantas chicas guapas, ni espero volver a serlo. Si nos movíamos a caballo, éstos eran abrazados y empujados, mientras que a nosotros nos alzaban y acariciaban. A pie era imposible abrirse camino ... A no ser que el emperador liquidara la guerra en Rusia con un *éclat* inmediato, los franceses ya no podían ni pensar en actuar al sur del Ebro.[4]

Para disponer de una opinión española, podemos seguir de nuevo a Carnicero:

> Cuando sobre las diez comenzaron las campanas a anunciar la entrada de nuestras tropas, era del mayor gusto y alegría ver correr las gentes en tropel hacia el palacio y portillo de San Vicente por donde se dijo que entraban. La villa formó un nuevo ayuntamiento que al punto salió a recibir y cumplimentar al inmortal Wellington ... A proporción que las campanas parece que se deshacían por anunciar y celebrar tan dichosa entrada, fueron concurriendo las gentes en mayor número hacia la Plaza de la Villa y el Palacio. Mas cuando vieron de repente puesto el retrato de nuestro don Fernando en las casas del ayuntamiento parece que habían enloquecido. Y así fueron innumerables los vivas y bendiciones que echaron. Unos tiraban sus monteras y sombreros; otros no cesaban de alabar y bendecir a Dios; y todos en fin respiraban el mayor regocijo y alegría. Otra de las cosas que más lucida hizo también esta entrada fue la solemne humorada y desahogo que tuvieron las mozuelas, mujeres y chicos de los barrios bajos. Había hecho ... José una especie de ... paseo desde Palacio a la Casa de Campo [el coto real de caza] ... hermoseándole con algunos árboles frutales ... Pero las mozuelas y muchachos ... los fueron arrancando y cortando ... y con ellos vinieron a apostarse por donde había de pasar lord Wellington. Así cuando éste llegó se vio rodeado de un sinnúmero de habitantes, muchos de ellos con sus largos ramos sacudiéndolos y levantándolos al par de los ecos y gritos más cordiales ... y de infinitos vivas y aclamaciones. De este modo fue acompañado hasta las casas de la villa. Aquí se aumentaron los vivas y aclamaciones y fue en el grado más extremado cuando ... salió con el Empecinado a uno de los balcones principales. Entonces todos redoblaron vivas y aclamaciones, todos se abrazaban a porfía, y todos se daban las enhorabuenas más completas.[5]

Muy pronto, fue evidente que no seguiría a la victoria, como esperaban los británicos, la formación de grandes ejércitos españoles que pudieran ayudarles a expulsar a los franceses de la Península. Así, en Madrid, por ejemplo, los días siguientes a la marcha de los franceses habían transcurrido en un torbellino de festejos. La Constitución de 1812 fue proclamada y se le rindió homenaje por toda la ciudad en una serie de ceremonias; todas las noches hubo iluminaciones y baile al aire libre y se celebraron diversas corridas de

toros gratuitas (a los oficiales de Wellington, pese a ser aficionados a la caza del zorro, este espectáculo les pareció repugnante). A todo esto las tropas se mezclaban con la multitud, que seguía pululando felizmente a su alrededor, y la atmósfera general de benevolencia se vio reforzada por el reparto de alimentos entre los hambrientos (incluso parece ser que dos coroneles alimentaron de su bolsillo durante varios días a doscientos pobres de la ciudad). De todos modos, aunque en la ciudadela, que se había visto obligada a rendirse tras breve lucha, había abundancia de armas, uniformes, artillería y municiones, no había signos de movilización general. Por el contrario, parecía reinar una sensación de que todos podían dormirse sobre los laureles.

> Hace mucho tiempo que nada me disgustaba tanto —se quejaba Sydenham— como la exaltación juvenil y la estúpida fanfarronería de que están llenos últimamente los periódicos de Cádiz. Los editores parecen creer que la guerra se está acabando y que lo único que hay que hacer es chistes sobre los franceses atribulados y en desbandada. Hablan de pasada del «ilustre» Wellington, del «valiente» Beresford y del «sabio Silveira» (¡menudos nombres si se asocian!), pero evidentemente atribuyen todas las hazañas de la campaña al espíritu invencible y a los milagrosos esfuerzos de los españoles.[6]

A los británicos, entonces, les invadió el pesimismo. Como escribió Wellington, «en lo que a los españoles se refiere las cosas van lo peor posible, y pienso que en verdad no hay en el país un hombre capaz de hacerse cargo, y menos aún de dirigir, cualquier gran empresa».[7] Tampoco estaban mucho más satisfechos sus subordinados. «En este momento es imposible decir qué esfuerzos han de hacer las autoridades españolas como consecuencia de nuestra llegada, pero no parece haber dirección ninguna ... Nada podría ser más desesperanzador», se quejaba James Willoughby Gordon; y en palabras del ayudante de campo favorito de Wellington los españoles «esperan de nosotros que lo hagamos todo y no tienen por su parte la menor intención de ayudarnos».[8] Tales opiniones sólo podían ser reforzadas por lo poco que del ejército español podía verse. Así, Thomas Browne observó que las tropas españolas por él vistas estaban «mal vestidas y equipadas y ... daban la impresión de estar alimentadas sólo a medias»; George Hennell afirmaba que, aunque había oído que se iba a reclutar «gran número» de tropas de refresco, no había «visto nada por el estilo»; y según William Bragge, su jactancia «recordaba al guardiamarina presumido que, teniendo sólo dos únicas camisas, las marcó con los números 59 y 60».[9]

Para muchos observadores británicos todo esto no era más que otro ejemplo de la pereza y la incompetencia españolas, mientras que los más informados de entre ellos estaban furiosos además por el modo en que las autoridades se habían «apresurado a aplicar por un espíritu de venganza las medidas más

absurdas y menos políticas contra las personas que, empujadas por la necesidad habían aceptado cargos bajo el gobierno de José Bonaparte».[10*] Pero en vez de buscar explicaciones en un supuesto carácter nacional, mejor hubieran hecho observando el estado general de la España patriota. Tomando como ejemplo la Regencia de Infantado, puede que se tratara de una serie de mediocridades encabezadas por un simple, mas lo cierto es que sus poderes eran muy limitados. Desde que las Cortes se reunieran por vez primera, los liberales, que consideraban a todos los gobiernos una amenaza contra la libertad, aún habían puesto más controles a las actividades del poder ejecutivo. En consecuencia, no se había permitido a la Regencia nada más que realizar la voluntad de las Cortes. Esta asamblea, al igual que antes, no se hallaba interesada por los problemas reales que el esfuerzo bélico suponía: en otoño de 1812 el principal tema debatido era la abolición de la Inquisición, y la principal medida adoptada que ningún diputado pudiera tener un cargo gubernamental que privase a la Regencia de cualquier posibilidad de dirigir a los diputados. Al negarle las Cortes la oportunidad de defenderse, la Regencia fue además objeto de un coro de críticas cuyo efecto fue tanto desacreditarla como inhibir todavía más su actividad. Dados el caos, la corrupción de la administración y la expansión del nepotismo, la labor de gobierno estaba paralizada. Con un mínimo de buena voluntad popular, nada impedía la creación de un nuevo ejército. Pero faltaba confianza en el régimen: «Si la autoridad del gobierno no ha sido hasta el momento respetada en el país —escribió Henry Wellesley—, es cosa que ha de atribuirse al descuido de todas las medidas precisas para contribuir a los esfuerzos del pueblo y a la falta de confianza pública en los ejércitos regulares y en los oficiales escogidos para mandarlos».[11] Mientras, tanto en Madrid como en Salamanca y Badajoz no se podía tener la seguridad de que las fuerzas angloportuguesas fueran capaces de defender su territorio frente a los franceses. Y el meollo del asunto era, sencillamente, que incluso tras años de ocupación el servicio militar seguía estando anatematizado. Las multitudes que habían dado la bienvenida al ejército angloportugués en Salamanca, Valladolid y Madrid lo habían vitoreado, es cierto, pero les había interesado más el pan barato que marchar a la guerra. Al ser desastrosa la cosecha de 1811 y hallarse toda la actividad económica normal en un punto muerto, al padecer frecuentemente el pueblo impuestos simultáneos de ambas partes y después de que un ejército tras otro despojara los campos de todo lo que contenían, los sufrimientos del pueblo habían llegado a ser intensos

[*] La caza de brujas que siguió al avance aliado, sancionada por una serie de decretos vengativos, fue lamentable: sólo en Madrid hubo al menos 150 detenciones, además de muchas ejecuciones. Según los británicos, muchos de los afectados habían ayudado secretamente a Wellington como espías.

(de hecho, muchas áreas padecían una hambruna declarada). Como escribió Hennell, por ejemplo, refiriéndose a Madrid:

> Aquí los pobres son muy numerosos y muchos de ellos se hallan en el mayor abandono. En las calles principales cada cinco o seis yardas te paran, y muchas veces seis o siete a la vez ... He visto a niños de cinco o seis años tirados en el suelo, casi sin carne en los brazos y quejándose lastimeramente. Al oscurecer se tumban junto a una puerta prácticamente amontonados ... unos durmiendo y otros llorando.[12]

De todos modos, la vuelta de la autoridad española no aportó ayuda alguna. Se impusieron normas de policía que apenas diferían de las francesas a un pueblo que en muchos casos sólo podía sobrevivir recurriendo al delito o, en no menor grado, a un tipo de actividades económicas que las autoridades se inclinaban a rechazar, como la venta ambulante y la prostitución. A todo esto, ni en 1808 ni en 1812 se hicieron esfuerzos serios en pro de una mayor justicia social. De modo que, aunque en principio las Cortes abolieron el feudalismo, no se hizo nada para evitar que los «señores» siguieran cobrando sus antiguos tributos feudales, dando como motivo que se les debían a modo de renta. Y menos aún se dieron las tierras a los arrendatarios. También como en 1808, el poder siguió con idéntica firmeza en manos de las mismas oligarquías locales. Tanto en zonas que habían permanecido siempre en manos de los patriotas como en las recién liberadas de los franceses surgió entonces un amplio movimiento de protesta agraria que las autoridades fueron incapaces de controlar. Los tributos dejaron de pagarse, se derribaron los símbolos del gobierno feudal y pueblo tras pueblo protestaron de los actos de sus señores o se opusieron a sus derechos. En cuanto a las quintas, se ignoraban: apenas algunos individuos hambrientos y desesperados respondieron a las llamadas cada vez más patéticas de la Regencia, que era lo más que cabía esperar en este aspecto.

Si hiciera falta alguna otra prueba de la verdadera naturaleza de los sentimientos populares en lo que al esfuerzo de guerra se refiere, basta con fijarse en las partidas de las zonas liberadas, pues su comportamiento en modo alguno alcanzaba el nivel de dedicación al combate que cabía esperar de haberse tratado de patriotas de leyenda. Cuanto más retrocedían en la España ocupada los franceses, más mostraba la guerrilla su verdadero rostro. En el norte de España la resistencia irregular rayó más alto —el 19 de agosto, tras haber derrotado a una nutrida fuerza francesa junto a Vitoria, Mina puso en fuga a otra en Tiebas, a mitad de camino entre Tafalla y Pamplona—, pero el panorama que presentaban los territorios liberados era lamentable. Así, despojados del manto del patriotismo, muchos de los guerrilleros se revelaron como los bandidos

que siempre habían sido, y apenas dieron señal de estar dispuestos a perseguir a los franceses en los nuevos terrenos de caza o a alistarse en el ejército regular. De todas partes llegaban quejas contra los saqueadores y los salteadores de caminos y, como en los años 1808-1810, el problema se vio incrementado por el hecho de que los jóvenes se fueran con ellos para evitar el servicio militar. Y, lo que era aún peor, incluso fuerzas relativamente disciplinadas como las del Empecinado dedicaban su tiempo por lo general, en palabras de Wellington, «a quedarse tranquilamente en las ciudades grandes divirtiéndose o recogiendo botín del más diverso tipo».[13] En cuanto a las pocas unidades que salieron de campaña con los ejércitos regulares, como los Lanceros de Castilla de Sánchez, pronto empezaron a sufrir decenas de deserciones, además de resultar de poca utilidad en las operaciones militares regulares: «Son peor que inútiles ... pues se limitan a consumir lo que el país produce ... Ninguna de las guerrillas puede actuar en línea de batalla con tropas regulares».[14] De lo cual podía deducirse la siguiente conclusión: «A medida que avanzamos ... las guerrillas han de ser reducidas a tropas regulares o expulsadas de las provincias como una peste y una carga inútil para el país».[15]

A todos los efectos, grandes partes del país habían quedado reducidas a la anarquía. Era difícil que una administración se hallara en peor situación para afirmar su autoridad. En los territorios liberados fueron nombrados, jefes políticos, intendentes y ayuntamientos «constitucionales», mas también es cierto que demasiados de los funcionarios eran meros sustitutos que habían hallado el favor de las nuevas autoridades, con las que frecuentemente mantenían relaciones muy confusas. En cuanto a los ayuntamientos, en una ciudad tras otra la vida se vio alterada por constantes escaramuzas en que las distintas facciones locales maniobraban para conseguir una posición y se acusaban mutuamente de traición.

Nada de esto facilitaba una administración eficiente. También resultó sumamente perjudicial el hecho de que ciudades como Cádiz, La Coruña, Ciudad Rodrigo y Alicante quedaran atestadas de oficiales sin destino con legítimas reclamaciones de paga y empleo. Se quejaba Mahy refiriéndose a esta última ciudad:

> la reunión inmensa de ... oficiales de todas clases que hay en esta plaza [Alicante] está obserbando por completo todos los recursos del territorio desocupado por el enemigo, siendo preciso que Vuestra Alteza decida lo que se debería hacer con todos los que no están legítimamente empleados en el Ejército.[16]

Tampoco contribuyó a mejorar la situación la estructura excepcionalmente costosa con la que se dotó al ejército español a lo largo de 1812. Así, para buscar acomodo al hinchado cuerpo de oficiales que había surgido de la

guerra, se mantuvo a las capitanías generales separadas de los mandos de campaña y cada regimiento estuvo dotado de un único batallón, cada brigada de sólo cuatro regimientos y cada división de sólo dos brigadas (mientras que en el ejército francés los regimientos tenían cuatro batallones, las brigadas ocho y las divisiones dieciséis).

La economía era esencial. Por culpa del avance de los ejércitos franceses y de la prolongada situación caótica de América, los ingresos habían ido descendiendo de modo constante: de 407.700.000 reales en 1810 a 201.600.000 en 1811 ya sólo 138 millones en 1812. Los descensos de las cantidades enviadas desde las colonias habían sido especialmente importantes —nada menos que el 93 por 100 en el período 1811-1812—, y aunque en México ahora se había restaurado en cierta medida el orden, diversos factores indicaban que los envíos de metales preciosos nunca volverían a alcanzar los niveles anteriores. Pese a ser ésta la clave de la situación de España, las Cortes habían relegado el problema de América a la condición de un problema de importancia secundaria. Los diputados americanos, muchos de los cuales estaban deseosos de una ruptura total con la España metropolitana, hicieron repetidos esfuerzos por introducir medidas reformistas, pero éstas naufragaron por falta de interés o fueron derrotadas por la determinación con que los comerciantes protegían sus intereses mercantiles, los liberales salvaguardaban el principio de un estado unitario y los tradicionalistas defendían el patrimonio de Fernando VII. Incluso la igualdad política propuesta por las Cortes el 14 de octubre de 1810 iba acompañada de restricciones que de hecho la hacían nula y vacua, mientras que muchas de sus reformas generales a fin de cuentas exacerbaban los agravios de los americanos. Como además la opinión gaditana había seguido paralizando las concesiones comerciales que los británicos intentaban imponer, la revolución española apenas ofrecía nada a las colonias.

Ahora bien, sin estabilidad en América, España estaba en quiebra: de hecho, si el gobierno británico no hubiera acordado en 1812 proporcionar a la Regencia un subsidio de seiscientas mil libras, es difícil que se hubiera podido proseguir la lucha. De modo que incluso en el momento de la victoria, Cocks escribía:

> Todo dependerá de la fuerza con que confíen en nosotros [para que] los españoles hagan lo que son capaces de hacer ... Adiestrados por nosotros, conducidos por nosotros y con nosotros mezclados, no habrá soldados más formidables. Dejados a su albedrío, comprobarán que ... la disciplina es algo muy superior al valor.[17]

En tales circunstancias es natural aceptar que en el verano de 1812 reconciliarse con Londres hubiera sido el punto principal del orden del día político español, y es en consecuencia muy tentador considerar a la luz de esta

circunstancia el ofrecimiento de comandante en jefe del ejército español que repentinamente formularon a Wellington las Cortes el 22 de septiembre de 1812. Henry Wellesley escribió encantado:

> Tras cuatro años de experiencia no hay nadie en España que crea que este país se vaya a salvar por las medidas de éste o cualquier otro gobierno formado por españoles, y es gracias al predominio de esta impresión en las Cortes, tanto como a la creciente confianza de la nación en el ejército británico y en su comandante, por lo que estamos en deuda con el hecho de que hayan sacrificado los prejuicios existentes y hayan puesto a un extranjero a la cabeza de los ejércitos españoles.[18]

Sin embargo nada podía estar más lejos de la verdad. Como hemos visto, ya desde 1810 una minoría tradicionalista, los llamados *serviles*, luchaba en oposición a los liberales; pero hasta la ratificación de la Constitución en marzo de 1812, por lo general el uso de un lenguaje ambiguo y de precedentes medievales había dado a estos últimos el apoyo de suficientes diputados como para imposibilitar el éxito ajeno. En otoño de 1811 bastó con que el antiguo regente, Lardizábal, apoyara públicamente a la princesa de Brasil —la gran esperanza de los serviles—, para que fuera detenido y se suspendiera a todo el Consejo de Estado. Pero sin contar con la Constitución, inevitablemente las Cortes tenían que enfrentarse a problemas importantes que no ofrecían posibilidad de compromiso u ofuscación; la postura de la Iglesia era uno de los más graves. Al mismo tiempo las Cortes, como mera corporación constituyente, en teoría tenían que haberse disuelto por sí mismas en beneficio de una asamblea «ordinaria»; pero los líderes liberales insistieron en mantenerlas, aduciendo que el nuevo sistema político no se había desarrollado. Consecuencia de ello fue que día a día las pasiones se fueron inflamando cada vez más tanto en la cámara como en la prensa, hasta producirse finalmente la crisis con ocasión de la desastrosa derrota española de Castalia, el 21 de julio de 1812, que por diversos motivos liquidó la posibilidad de remodelar la Regencia.[*] Los liberales, temiendo la formación de una regencia menos dócil, si no encabezada por la princesa de Brasil, decidieron hacer un movimiento preventivo. Mas para ello era esencial el apoyo británico, y a tal fin el diputado asturiano Andrés Ángel de la Vega, un moderado que había sido uno de los emisarios enviados en 1808 a Gran Bretaña, hizo un

[*] En resumen, el comandante derrotado era hermano de Enrique O'Donnell, cuyos logros en Cataluña le habían sido compensados con el título de conde de La Bisbal —aunque él firmaba como conde de Abisbal *[N. del T.]*— y un puesto en la regencia de Infantado. Creyéndolo partidario de su causa, su presencia tranquilizó a los liberales, pero las críticas del combate por la prensa le condujeron a la renuncia pública. A todo esto, Villavicencio también se hallaba a punto de abandonar, mientras que Infantado estaba ampliamente desacreditado.

llamamiento a Henry Wellesley. Informado de que Vega y sus amigos estaban deseosos de conocer su opinión, el embajador replicó que no apoyaría a ningún gobierno que no nombrase de inmediato a un comandante en jefe y le diera el poder necesario para hacer del ejército español una eficaz fuerza de combate.

Perfectamente consciente de lo que se pretendía, Vega volvió al día siguiente con la noticia de que muy pronto se presentaría en las Cortes una moción nombrando a Wellington comandante de los ejércitos españoles; los liberales obtuvieron su aprobación en sesión secreta y en presencia de una oposición mínima (las escasas objeciones procedieron principalmente de diputados catalanes preocupados por la amenaza que la influencia británica plantearía a la industria algodonera catalana). Pero había en esto más de lo que parece. Obsesionados por la amenaza de despotismo militar que la arrogancia y la ostentación de que hacían gala muchos generales sugería, los liberales acompañaron el nombramiento de una serie de restricciones que prohibían a Wellington alterar la estructura del ejército o ejercer control alguno sobre las autoridades civiles. El lenguaje horriblemente retorcido del decreto aprobado por las Cortes conllevaba además la grave consecuencia de que Wellington tendría que actuar bajo las órdenes de la Regencia, en vez de operar como agente libre: los británicos ya no podrían —desde el punto de vista español— irse cuando les conviniera, argumento que se veía reforzado por las quejas de que la pérdida de Andalucía había sido consecuencia de la negativa de Wellington a prestar ayuda militar a la Junta Central en otoño de 1809.

La idea de estar bajo control español horrorizaba a Wellington: estaba completamente decidido a evitar «la pretensión que podía concebir el gobierno español de dirigir las operaciones bélicas como consecuencia de este nombramiento».[19] Era una fórmula para el desastre; y más aún debido a que el decreto no le confería los poderes que tanto él como Henry Wellesley estaban convencidos de que eran precisos para que el mando fuera de algún valor.[20*] En resumen, era inevitable un choque, y el único motivo de que se retrasara era la alegre promesa de Vega de que las Cortes aceptarían de buen grado cualquier modificación que Wellington considerase necesaria. Pero hemos de dejar la política para volver al campo de batalla, debido sobre todo a que los

[*] Como había escrito Wellington aquel mismo año, «considero que las tropas que no están alimentadas, pagadas ni disciplinadas (y no pueden estar disciplinadas ... si no son pagadas y alimentadas), reunidas en grandes unidades sólo son peligrosas para sí mismas ... Jamás mandaré voluntariamente tropas que no puedan y quieran obedecer, de modo que no tengo intención de decir nada al mando de las tropas españolas hasta haber visto los medios dispuestos para su alimentación y su paga, y hasta estar seguro de que la regular distribución de las mismas ha sido efecto de la introducción en ellas de un sistema regular de subordinación y disciplina».

acontecimientos del frente iban a afectar materialmente a las posibilidades de que Wellington consiguiese lo que quería.

Al ocupar Wellington Salamanca, Valladolid y Madrid y retroceder los franceses en Burgos y en Valencia, amenazaba un problema grave. Cuanto más retrocedían los franceses, más capacidad tenían para concentrar sus fuerzas, y cuanto más concentraban sus fuerzas más posibilidades tenían de superar en número a los angloportugueses. Era evidente que cabía esperar poco de los ejércitos regulares españoles, más allá de la asistencia bastante limitada que en aquellos momentos recibía Wellington de ellos; y más adelante también sería indudable que no se podía contar con los guerrilleros para detener la contraofensiva francesa. Las fuerzas angloportuguesas del sur podían ahora trasladarse a Madrid, es cierto, pero incluso así Wellington no podría salir en campaña con más de sesenta mil hombres. Esta cifra quizá pudiera incrementarse hasta setenta mil añadiéndole las tropas españolas preparadas en el centro de España para salir en campaña, pero por sí solos los ejércitos franceses del Centro, de Portugal y del Sur —que habían quedado libres de las obligaciones de guarnición— ascendían a unos cien mil hombres, mientras que no había garantía de que pudieran obtener más fuerzas de Suchet y Caffarelli. Por espléndidas que fueran las fuerzas de Wellington, no tenían la superioridad precisa para presentar combate en lo más profundo de la España central, y menos aún estando los franceses en una posición que les permitía lanzar un ataque concéntrico. Y sin embargo, el comandante británico difícilmente podía dejar Madrid para ir, por ejemplo, a su antigua posición de Salamanca. Sólo Clausel resolvió este dilema desplazándose repentinamente hacia el oeste para ocupar de nuevo Valladolid, con la perspectiva de rescatar a las guarniciones asediadas de Astorga, Toro y Zamora. De modo que Wellington, obsequiado con una oportunidad preciosa de aminorar la superioridad del adversario antes de que José y Soult pudieran organizar una contraofensiva en Castilla la Nueva, el 31 de agosto se desplazó hacia el norte.

Sólo acompañaban al comandante británico veinte mil hombres, pues el resto de sus fuerzas se habían quedado para ocupar Madrid, donde finalmente se les unirían el cuerpo de ejército de Hill y la división estacionada en Cádiz (ambos aún en camino desde el sur). Esto, aun siendo necesario por motivos políticos, dejaba a Wellington peligrosamente falto de gente, si bien se esperaba que cubriese esta carencia el Sexto Ejército, que acababa de lograr la rendición de Astorga, por lo que estaba en condiciones de caer sobre Clausel desde el noroeste. Pero al dividir sus fuerzas de este modo Wellington corría un grave riesgo y, lo que es más, un riesgo que sabía que no podía permitirse. Como había escrito a Bathurst el 18 de agosto:

463

> No espero gran cosa de los esfuerzos de los españoles ... nos vitorean y están muy orgullosos de nosotros ... pero en términos generales son la nación más incapaz que he conocido, la más vana y al mismo tiempo la más ignorante ... Me temo que lo más que podemos esperar es enseñarles cómo evitar ser derrotados.[21]

En cuanto al asedio de Astorga, el hecho de que los franceses hubieran sido superados no ocultaba que ello había supuesto un esfuerzo considerable: debido a la falta de artillería, el Sexto Ejército se había visto obligado a recurrir a las minas; pero las operaciones se habían desarrollado tan mal que Castaños, desesperado ante la perspectiva de quedarse sin víveres antes que la propia guarnición, finalmente había escrito al gobernador de la plaza ofreciéndole las condiciones que él mismo propusiera a cambio de su rendición. En consecuencia, mirando hacia atrás probablemente hubiera sido mejor arriesgarse a la censura de Cádiz y atacar en dirección norte con una fuerza mucho mayor, pues a fin de cuentas estaba claro que durante al menos un mes Soult y José no estarían en condiciones de marchar sobre Madrid. Así fue, pero el plan no funcionó, pues el Sexto Ejército demoró su presentación y además avanzó con menos de la mitad de la fuerza de que disponía. En consecuencia, tras haber rescatado sus dos guarniciones supervivientes, Clausel pudo evacuar Valladolid y retroceder hacia el Ebro sin combatir. No es de extrañar que la furia británica no conociera límites. Como escribió Sydenham:

> Lord Wellington declara que todavía no ha conocido a ningún oficial español a quien pueda exponer la naturaleza de una operación militar. Si los oficiales españoles tuvieran conocimientos y vanidad como los franceses, o ignorancia sin vanidad como nuestros aliados de la India, algo podría hacerse con ellos. Pero en ellos se une la mayor de las ignorancias con la más insolente e intratable de las vanidades. En consecuencia, no pueden ser convencidos, instruidos ni obligados a cumplir su deber.[22]

A todo esto, para añadir el insulto a la injuria, las fuerzas españolas consistían en «unos diez mil hombres mal vestidos y equipados y aún peor disciplinados».[23]

Dadas las circunstancias hubiera sido desacertado ser demasiado duro con los españoles, pues Wellington supo en todo momento que no podía confiar en ellos y, de hecho, no necesitó hacerlo. Y, ciertamente, no puede censurárseles por lo que sucedió a continuación. Al haber fracasado la ofensiva, el movimiento más acertado de Wellington hubiera sido volver a Madrid con la esperanza de que uno u otro de los dos «grupos de ejércitos» que se le enfrentaban cometieran la imprudencia de darle la oportunidad de asestar un

golpe aplastante. Pero en vez de esto, continuó su avance hasta llegar a Burgos, que por entonces estaban saqueando sin consideración bandadas de irregulares introducidas en la ciudad detrás de los franceses que se retiraban. Como Clausel había dejado una guarnición en el castillo que dominaba la célebre catedral, Wellington sentó sus reales para asediar la plaza como único medio de obtener algo de lo que de otro modo hubiera sido una marcha sin beneficio ninguno.

Pero la toma del castillo resultó superior a las posibilidades de las fuerzas de Wellington. Las tropas escogidas para la ofensiva de Castilla la Vieja no eran la flor y nata del ejército angloportugués; los aliados tenían muy pocos cañones pesados, carecían de zapadores adiestrados y sólo disponían de un pequeño número de oficiales de ingenieros; el gobernador del castillo, un tal general Dubreton, era otro Philippon; la guarnición era muy fuerte y además estaba enteramente formada por tropas veteranas; y el castillo, que albergaba abundancia de víveres y municiones, ocupaba una situación dominante en una abrupta altura y había sido reforzado con diversos terraplenes. La combinación de todos estos elementos hacía el resultado completamente predecible. Las tropas de Wellington atacaron rápidamente la principal fortificación avanzada de la fortaleza, lo que les costó un elevado precio. Como recordaba Mills:

> Se ordenó el asalto del reducto. Se escogió con tal objeto el 42º regimiento, el más fuerte de la división, con el apoyo de las compañías ligeras de la brigada de los Highlands y de la brigada portuguesa del general Pack. Avanzaron a las ocho de la mañana ... pero los portugueses, con la intención de darse ánimos, comenzaron a gritar... atrayendo el fuego enemigo contra sí. El 42° avanzó con bravura, puso sus escalas, que resultaron ser demasiado cortas, y tras haber insistido durante cierto tiempo se vio obligado a retroceder. Volvió de nuevo, y con el comandante Cocks y sus compañías ... ligeras logró ... llegar a lo alto sin escalas.[24]

Pero un intento de superar la línea de defensa principal fue rechazado. Citemos de nuevo al mismo observador:

> Nuestros hombres subieron por las escalas con ciertas dificultades bajo un denso fuego ... pero no fueron capaces de llegar a lo alto. Hall, del Tercer Regimiento [de los guardias de a pie], el primero en subir, fue derribado. Fraser lo intentó y recibió un tiro en la rodilla. A lo largo de toda la acción [los franceses] mantuvieron un fuego constante desde lo alto de la muralla y nos arrojaron bolsas de pólvora y grandes piedras. Finalmente, tras pasar 25 minutos en el foso y no haber visto a nadie de los otros grupos de asalto, [nuestros hombres] se retiraron habiendo perdido entre muertos y heridos la mitad de sus efectivos ... Así terminó el asalto, que fue casi insensato emprender.[25]

465

Debido a lo inadecuado de su artillería de sitio —sólo tres piezas de 18 libras, una de las cuales había perdido un muñón, por lo que recibían los apodos de Thunder, Lightning y Nelson—, los aliados se vieron obligados a recurrir a las minas, procedimiento que consumió mucho tiempo. Pero la primera mina no se cavó suficientemente adelantada bajo las defensas, por lo que su explosión causó daños limitados y las tropas enviadas tras la explosión para apoderarse de las murallas no consiguieron nada. Una segunda mina tuvo más éxito, y al anochecer del 4 de octubre la infantería británica se había situado en una amplia brecha de la muralla exterior. Pero después de esto el avance fue mínimo. La densa lluvia, el número de bajas cada vez mayor y la desmoralización creciente entre las tropas fueron causa de que las nuevas trincheras que hacían falta en el interior del recinto se cavaran con mucha lentitud, y además dos de los únicos tres cañones pesados en buen estado que tenían los aliados fueron gravemente dañados. Tampoco contribuyeron a mejorar la situación las varias salidas que hicieron los franceses, que dieron lugar a combates desesperados, especialmente el 7 de octubre.

> Apoyados por el cañoneo más tremendo que nunca he visto, consiguieron echarnos ... pero un pequeño grupo nuestro de unos treinta hombres aguantó tras un parapeto mientras el enemigo le atacaba por el flanco a la bayoneta, y la posición fue recuperada gracias a su animoso comportamiento ... un oficial nuestro fue herido ... y el total de nuestras pérdidas ... [sumaron] alrededor de ciento veinte.[26]

Hasta el 18 de octubre no se produjo un asalto con posibilidades. El combate, una vez más, fue feroz:

> Nuestro grupo de asalto tenía que subir la muralla de enfrente. Burgess corrió hacia adelante con treinta hombres [y] Walpole y yo le seguimos con cincuenta cada uno ... De todas partes se abrió contra nosotros un fuego tremendo, que nos cogió de frente y por detrás. Fueron enviados hombres de refresco y los nuestros siguieron saltando al foso, arrastrándose y chocando unos con otros. Estábamos tan cerca que prácticamente nos ponían los mosquetes en la cara, y sacamos a uno de sus hombres tirando de él por una tronera. Burgess murió y Walpole resultó gravemente herido. A duras penas nos quedaba algún hombre arriba y al final tuvimos que retirarnos. No sé cómo cruzamos la empalizada ... el fuego era tremendo: nos lanzaron disparos, cañonazos, metralla, tiros de mosquete, piedras grandes, granadas de mano y todo tipo de armas arrojadizas.[27]

Tuvieron que retirarse porque habían empleado pocos hombres en el asalto. Error que, por cierto, estaba muy extendido. Como lamentaba Aitchison, por ejemplo, «me parece que para tener éxito los hombres han de confiar en sí

mismos, confianza que en las situaciones desesperadas se adquiere por medio de la superioridad numérica»; y, como observó D'Urban, empeoró el problema la costumbre de utilizar pequeños grupos de asalto de diferentes regimientos: «Cuerpos [es decir, unidades completas] y no destacamentos ... habían de emplearse siempre para los servicios ... más peligrosos de lo común. En los primeros se genera una sensación de honor y de vergüenza. Los oficiales conocen a sus hombres y éstos a sus oficiales. Mientras que en los últimos sucede todo lo contrario, con los efectos que a tales causas corresponden».[28]

Pese a lo frustrante del fracaso de este asalto, las operaciones de sitio se prolongaron tres días más. Pero Wellington, sin saberlo, estaba corriendo un peligro mortal, pues Caffarelli había derrotado momentáneamente a las guerrillas de las provincias vascas, aportando una considerable fuerza de campaña con la que ayudar a Clausel. A fin de cuentas, pues, apoyados sólo por once mil hombres del Sexto Ejército, los veinticuatro mil soldados angloportugueses de Burgos estaban amenazados por unos cincuenta mil franceses. De todos modos, lo que en definitiva equilibró la situación fue la llegada el 21 de octubre de noticias de Madrid según las cuales José y Soult avanzaban por La Mancha con fuerza abrumadora. La partida había empezado y, a todas luces, lo único que cabía hacer era retroceder. Con todo, fue un ejército muy malhumorado el que salió al camino. Tanto los oficiales como la tropa estaban exhaustos, y durante el asedio las bajas habían ascendido a más de dos mil. No es de sorprender, por ello, que se produjeran muchas quejas.

> Yo no he tenido la costumbre de poner en tela de juicio el comportamiento de nuestros jefes —escribió Aitchison—, incluso cuando éste difería de lo que yo esperaba, pero ... en este caso parecía sumamente desaconsejable, por no decir de lo más censurable.[29]

Por diversas razones, las noticias del avance francés en el sur fueron sin lugar a dudas una gran sorpresa para Wellington, quien había supuesto, primero, que las lluvias otoñales bloquearían las carreteras de La Mancha, y segundo, que la fuerza expedicionaria de Alicante y los ejércitos españoles Segundo, Tercero y Cuarto se ocuparían entre todos de que los franceses sólo pudieran mandar contra Madrid una fuerza reducida. En todo ello resultó equivocado. Aunque en Burgos diluviaba, en la España central y oriental las lluvias habían sido, en comparación, insignificantes. En Levante, las fuerzas de las tropas aliadas sólo llegaron para asegurar que Suchet no sumara efectivos a los de Soult y José. Y en el sur, el Cuarto Ejército, al que a solicitud de Wellington se le había ordenado cruzar Sierra Morena y tomar una posición que amenazara el flanco de cualquier fuerza que se trasladase de Valencia a Madrid, no había logrado situarse. En consecuencia, los ejércitos del

Centro y del Sur, con sesenta mil hombres entre ambos, pronto se encaminaron hacia la capital.

En los relatos británicos normalmente se culpa de esta situación al Cuarto Ejército, lo que no es justo. Sus efectivos podían llegar en el mejor de los casos a dieciséis mil hombres, por lo que, sencillamente, era demasiado débil para lograr algo más que ganar un poco de tiempo para los defensores de la capital. Dicho esto, el comportamiento de su comandante, el general Ballesteros, a duras penas es merecedor de elogio. El general español, recientemente ascendido del mando de su antigua división al del Cuarto Ejército, había ganado en los tres años anteriores fama de combativo, es cierto, pero también de ser un oficial jactancioso, fanfarrón y muy inclinado a enfrentarse a las autoridades civiles. Hábil propagandista de sí mismo, pronto se había ganado las adulaciones de la prensa liberal, encantada de que un hombre forjado en la revolución hubiera ganado tanto renombre (Ballesteros, que en 1808 era oficial de infantería retirado y estaba empleado en el monopolio estatal del tabaco, había sido directamente ascendido al grado de brigadier por la Junta de Asturias). El caso es que Ballesteros tuvo tanto éxito que en verano de 1812 llegó a ser objeto de una especie de culto a la personalidad. En Cádiz, vitoreado por la muchedumbre allí donde fuera, fue obsequiado con una gran suma reunida por suscripción pública para ayudar a su ejército, mientras la prensa se superaba a sí misma cantando sus elogios:

> Ballesteros honor de la España
> rayo de guerra que aterra al francés,
> la victoria gloriosa te sigue,
> y corona de verde laurel...
> De la historia de España en los fastos
> tu gran nombre inmortal ha de ser,
> pues libraste las Andalucías
> del azote del francés infiel.[30]

Esta alabanza excesiva apenas era merecida, pues, como observó un oficial británico agregado a sus fuerzas durante cierto tiempo:

> De entre todos los personajes indignos que durante esta guerra produjo España (y sabe Dios que fueron muchos), éste fue el mayor impostor y charlatán ... Es verdad que logró reunir toda una unidad, pero sus hombres resultaron un verdadero flagelo para la población ... al parecer estaba formada por residuos de ejércitos derrotados y dispersos, hombres que no combatirían pero que se habían juntado para ganarse la comida porque eran demasiado vagos o demasiado disolutos para trabajar. Cada vez que los franceses se retiraban eran seguidos por los españoles, que componían y recitaban canciones victoriosas, eso sí, a una distancia lo suficientemente respetable como para no inquietar al

> enemigo. Cuando los franceses se detenían o les perseguían, enseguida descubrían lo vano de la empresa ... Ballesteros combatió en algunas acciones, pero en todas ellas se vio forzado a hacerlo ... y fue invariablemente derrotado. Su ejército nunca tomó la iniciativa en operación ninguna que supusiera contacto con sus adversarios. '[31]

Aun siendo esta condena algo exagerada, lo cierto es, primero, que las voces que empezaban a oírse pidiendo que se nombrase a Ballesteros comandante en jefe o incluso dictador eran ridiculas; y segundo, que la circular confidencial que informaba del nombramiento de Wellington a los comandantes de los diversos ejércitos españoles fue una sorpresa muy mal recibida por el general asturiano, que se hallaba en Granada durmiendo sobre sus laureles. De ahí que, con la violencia que era de esperar, enviase el 24 de octubre al ministro de la Guerra, Carvajal, una carta abierta en que hacía grandes protestas de sus servicios patrióticos, afirmaba que España no necesitaba ayuda extranjera, denunciaba el nombramiento de Wellington como una humillación nacional, acusaba a Gran Bretaña de pretender atacar la independencia española y amenazaba con dimitir si no se retiraba de inmediato el ofensivo decreto. Este documento, distribuido por toda la España patriota, era poco menos que una llamada a las armas; pero al «pronunciarse» así contra el gobierno, Ballesteros cometió un grave error de cálculo. Sus colegas en el mando, que le consideraban con una mezcla de envidia y desprecio, no tenían intención de secundarle, y menos aún en una causa de tan poco interés. De modo que al comandante asturiano no le llegó apoyo ninguno del resto del ejército, y sus propios subordinados desertaron de sus filas, con el resultado de que a la Regencia apenas le costó conseguir su arresto.

En teoría el general rebelde tenía que haber sido enviado entonces al presidio de Ceuta, pero logró retrasar su partida durante varias semanas por motivos de salud, desencadenando mientras tanto una enorme polémica en la prensa —de esto nos ocuparemos en el lugar correspondiente (véase pp. 475-476)— al haber coincidido exactamente la rebelión de Ballesteros con su derrota militar. Al estar divididas en dos, las fuerzas angloportuguesas no tenían posibilidades de detener a los cincuenta mil hombres de Clausel y Caffarelli en Castilla la Vieja, ni a los sesenta mil de Soult y José en La Mancha. Los hombres de Wellington, concentrados en Madrid y sus alrededores, quizá fueran capaces de aplastar a uno de los dos enemigos antes de lanzarse hacia el norte o hacia el sur para enfrentarse al otro, pero dada la situación sólo podían escapar. En consecuencia, el 21 de octubre por la noche se levantó el asedio de Burgos, y tras una serie de encarnizadas acciones de retaguardia en lugares como Venta del Pozo y Villadrigo, las tropas implicadas retrocedieron en dirección a Valladolid. Inicialmente, el plan era hacer un alto en la

línea del río Carrión, cuarenta millas al noreste de Valladolid, con la esperanza de dar tiempo a Hill para que llegase desde Madrid con sus tropas; pero el 25 de octubre los franceses derrotaron a las fuerzas españolas que defendían Palencia y se apoderaron de su puente antes de que pudiera ser volado, como consecuencia de lo cual a los pocos días Wellington perdió Valladolid, y se vio obligado a retirarse al otro lado del Duero. Los franceses podían haber conseguido todavía más, pero elementos del Séptimo Ejército de Mendizábal, que gracias a la ausencia de no pocas tropas del ejército del Norte logró recuperar Bilbao, evitaron nuevas dificultades. Caffarelli, a quien sólo le quedaban en la zona occidental de las provincias vascas las guarniciones aisladas de Santoña y Guetaria, no tuvo más remedio que retroceder, después de lo cual Clausel ordenó hacer una parada.

Gracias a la toma de Bilbao, Wellington se había librado del desastre inmediato, si bien el avance de José y Soult suponía que los aliados aún estaban en peligro. Hacia el sureste, Hill se había preparado para combatir a los franceses desde el otro lado de la línea del Jarama y el Henares. Sin embargo, la misma víspera de la batalla recibió una orden de Wellington en que le decía que se retirase de inmediato. Por lo tanto, el 30 de octubre sus tropas se dirigieron, en dirección noroeste, hacia la sierra de Guadarrama. Aun habiendo tenido lugar una encarnizada acción de retaguardia al norte de Aranjuez, hubo que dejar a Madrid a su destino. La situación que se produjo fue catastrófica. Entre el pánico y la desesperación generales, los aliados volaron las fortificaciones y almacenes del Retiro, mientras la plebe se entregaba a una orgía de pillaje. En cuanto a los británicos, ya castigados por un frío penetrante, cayeron en el desaliento. Como recordaba el oficial de artillería Webber, «no recuerdo haber estado en ninguna ocasión ... más melancólico y deprimido que al cruzar el puente de Toledo, abandonando Madrid al saqueo y la crueldad sin freno del enemigo. Gustoso hubiera perdido un miembro en combate por salvarla, y sé que todos los hombres sentían lo mismo».[32]

Hoscos, frustrados y muy inclinados a culpar de sus males a los españoles, los hombres descargaron su ira sobre el populacho, siendo en este sentido una de las primeras víctimas la localidad de Valdemoro. Swabey escribió:

> Aquí se produjo una escena de lo más lamentable. Era el momento del año en que el vino nuevo se hallaba en tinajas abiertas, y en ese pueblo había muchas. Muchos hombres abandonaron las filas agrupándose en torno a ellas, y vi con mis propios ojos como muchos acababan ahogados en las tinajas. Sacaban la bebida con sus sombreros y se la pasaban a sus camaradas, hasta que, embriagados tanto por los vapores del vino como por lo que habían bebido, cayeron en las tinas y expiraron en su gloria.[33]

Pero la embriaguez no fue el único delito cometido por los soldados. Bell afirmaba que, «eran muchos los campesinos que yacían muertos en las cunetas, asesinados ... Aquello funcionaba como siempre: matar, asesinar y conseguir el pan de cada día».[34] Como reconocía Long,

> todo esto ... ha hecho que nuestra retirada sea tan vandálica como cualquier español afrancesado pudiera desear, y no ha sido poco el disgusto que he tenido al presenciarlo. En realidad, los pobres campesinos tienen buenos motivos para estar profundamente hartos tanto de amigos como de enemigos.[35]

Quizá por suerte para los británicos no se hizo ningún intento de acelerar la retirada de Hill, y para el 6 de noviembre sus tropas habían retrocedido tanto hacia el oeste que ya no había peligro alguno de que perdieran el contacto con Wellington. Una vez Hill estuvo a salvo, Wellington podía a su vez proseguir su retirada, de modo que pronto el ejército angloportugués completo se reunía en Salamanca, donde finalmente adoptó una sólida posición defensiva poniendo la ciudad a cubierto de cualquier ataque procedente del este y del sureste. Wellington estaba ahora bastante seguro, pero incluso así la campaña en modo alguno había terminado. Efectivamente, Soult y José se habían unido a su vez con Clausel y el 14 de noviembre de 1812 sus fuerzas combinadas cruzaron el Tormes bastante al sur de Salamanca en una repetición del desastroso avance de Marmont del 22 de julio. Pero esta vez no había posibilidad de luchar, con el resultado de que los aliados pronto se encontraron retrocediendo en dirección a Ciudad Rodrigo. Se sucedieron entonces unos cuantos días que muchos soldados británicos recordaban entre los peores de toda la guerra: «La retirada de Corunna *[sic]* —escribió Wood— no puede compararse con ninguna otra ... de las que he experimentado».[36]

Los aliados tuvieron que retirarse, bajo una lluvia torrencial, por caminos que, en palabras de Kincaid, «estaban llenas de barro espeso hasta la rodilla, y ningún hombre podía dar un paso con la seguridad de recuperar el calzado al sacar de nuevo la pierna».[37] Y, lo que aún fue peor, un error administrativo hizo que la mayor parte de las tropas perdieran el contacto con sus convoyes de suministros, y además, debido a la falta de leña seca, no había modo de cocinar el ganado sacrificado, que era el único alimento que tenían. Aquellos desgraciados tuvieron entonces que alimentarse de bellotas, pero incluso donde pudieron conseguirse mejores raciones la situación apenas mejoró. La experiencia de los Connaught Rangers el 17 de noviembre fue de lo más característico:

> Todos los hombres recibieron su ración de aquella carne recién muerta, pero antes de que pudieran avivarse las hogueras llegó la orden de marcha y los

> ... soldados se vieron obligados a tirar la carne o a meterla en las mochilas junto con su galleta ... En poco tiempo la carne húmeda echó a perder completamente el pan, que se convirtió en una pasta, y la sangre que el buey crudo rezumaba ... daba tan mal sabor al pan que muchos no podían comérselo. Quienes lo hicieron sufrieron casi todos violentos dolores de tripas, y además la falta de sal fue causa de disentería.[38]

A los horrores de la retirada, pues, se añadió la enfermedad, y esto, junto con la falta de forraje para los caballos, fue motivo de escenas similares a las acaecidas en la carretera de La Coruña. Aitchison escribió:

> Nunca he visto tantos animales muertos en tan poca distancia. Además de por éstos, nuestra carretera estaba harto marcada por los cadáveres de hombres muertos de heridas o por enfermedad, así como por hombres abandonados que serían hechos prisioneros ... por falta de medios para su transporte.[39]

Sometidas a tales presiones muchas unidades se dispersaron, aunque ha de reconocerse que los soldados portugueses y españoles no se comportaron mejor que los británicos. Citando a Wheeler,

> es imposibe que algún ejército se haya entregado más que el nuestro al libertinaje y a todo lo que es malo. La conducta de algunos hombres hubiera deshonrado a los salvajes, la embriaguez se extendió hasta un extremo tan pavoroso que con frecuencia me pregunté como era posible que gran parte de nuestro ejército no quedara aislado.[40]

La respuesta a la pregunta de Wheeler es que la persecución francesa, realizada solamente por las fuerzas del mariscal Soult, fue menos vigorosa: bastaba con que Wellington hiciera un amago de resistencia para que sus adversarios tiraran de las riendas. Con todo, se contaron entre muertos, heridos y desaparecidos más de seis mil hombres. Entre los prisioneros estaba sir Edward Paget, que acababa de llegar para ser segundo de Wellington y que fue apresado por unos jinetes franceses el 17 de noviembre en una escaramuza menor. Casi un tercio de las tropas británicas de Wellington estaban enfermas. Era el desgraciado final de una campaña desventurada.

Excepción hecha de Cataluña (donde el Primer Ejército seguía haciendo lo que podía por hostigar a las fuerzas de ocupación), la vuelta del ejército aliado a Ciudad Rodrigo puso fin a las operaciones de 1812. Lo que era más importante, Espoz y Mina y otros jefes guerrilleros seguían hostigando a los franceses. Por ejemplo, poco después de ayudar a cubrir la retirada a Ciudad Rodrigo, el 28 de diciembre Julián Sánchez derrotó en Vitigudino a una columna enviada a requisar víveres, y el 29 de enero el Empecinado puso en fuga a un escuadrón de caballería de los juramentados en Valdetorres de

Jarama. Sin embargo, los combates más feroces con diferencia tuvieron lugar en Navarra y en el norte de Aragón. Desde el mes de agosto Espoz y Mina había estado apretando cada vez más el lazo en torno a la agobiada guarnición francesa de Pamplona, y la ausencia de gran parte del ejército del Norte, que se hallaba en Castilla la Vieja, le había ido permitiendo dedicar más hombres a rechazar las salidas del cada vez más desesperado gobernador de la plaza mientras que al mismo tiempo extendía sus operaciones tanto por Guipúzcoa como por Aragón. Así, el 23 de noviembre tropas mandadas personalmente por Espoz y Mina tendieron una emboscada a un convoy francés cerca de Ayerbe, y a los cuatro días esas mismas fuerzas llevaron a cabo una ataque contra Huesca. También actuaban en Aragón, aunque más al sur, las fuerzas de Duran y Gayan; este último forzó la evacuación de Calatayud y de Almunia, capturó a la guarnición de Borja y derrotó en Herrera a una pequeña columna enemiga.

A su vuelta del Duero, Caffarelli encontró a gran parte de las fuerzas bajo su mando sumidas en el caos, y sólo combatiendo encarnizadamente pudo romper el cerco que amenazaba a sus puntos fortificados, limpiar de guerrillas la costa vasca y el camino real a Francia y aprovisionar Santoña. Pese a todo, no fue mucho lo que se logró en Aragón: las posesiones francesas en la región quedaron reducidas a una serie de guarniciones aisladas distribuidas a lo largo de los caminos que unían Zaragoza con la frontera francesa, a Navarra y a Valencia. Mientras tanto, en las provincias vascas, Navarra y Aragón la situación era desoladora. Los guerrilleros, cada vez más numerosos, mejor organizados y disciplinados, disponían ahora de fuerza suficiente para derrotar a las columnas móviles cada vez más débiles, que eran todo lo que los franceses, desesperadamente dispersos, podían enviar contra ellos (Espoz y Mina podía ahora por sí solo poner en el campo nueve batallones de infantería y dos regimientos de caballería), y aislar a los invasores en sus lugares fortificados. Además, ahora era frecuente que estos últimos pudieran ser tomados, pues Espoz y Mina, Duran y otros jefes habían recibido cierto número de piezas de artillería de montaña transportadas por mar. De modo que la moral era alta en las cada vez más numerosas fuerzas guerrilleras. Asegurados por un control de las zonas rurales que en la frontera francesa era especialmente firme, podían cobrar derechos de aduana, con lo que sus pagas y suministros se hallaban en buena situación. En contraste, los invasores, que se hallaban en la situación opuesta, estaban desesperados, sus guarniciones se veían reducidas no tanto por las bajas como por las deserciones. Como escribió el propio Napoleón, «no hay que perder ni un momento ... Escribidle [al rey] que las cosas se pondrán mal si al menos no dedica más actividad y movimiento en la dirección de sus asuntos».[41]

Aun siendo crucial todo esto, hemos de volver al día siguiente de la retirada

de Burgos. Ambas partes se marcharon a sus cuarteles de invierno. Para el ejército angloportugués suponía instalarse en una serie de pueblos y ciudades de la Beira oriental. Mientras que en el caso de los franceses, el ejército de Portugal ocupó el este de León y el oeste de Castilla la Vieja, el ejército del Centro los alrededores de Madrid y el ejército del Sur el norte de La Mancha. De ahí que, pese a la retirada de Wellington, 1812 fuera un buen año en lo que a los aliados se refiere: permanecían en sus manos tanto Andalucía como Extremadura y Asturias. Ello no impidió que a lo largo del invierno tuvieran lugar nuevos desacuerdos entre Wellington y los españoles. Así, según el comandante británico, el fracaso de sus operaciones en otoño de 1812 había sido enteramente culpa de los españoles. Sus ejércitos habían resultado ser de poca valía y sus comandantes imprudentes y lentos, o, aún peor, obstruccionistas y rebeldes; su administración no había conseguido proporcionar soldados nuevos ni suministros adecuados; y sus políticos habían seguido obsesionados por cuestiones que en apariencia poco tenían que ver con la guerra. En lo que a las guerrillas se refiere, vistas de cerca se apreciaba que en muchos casos eran poco más que una cuadrilla de bandidos y aventureros carentes de utilidad militar y sólo interesados en el pillaje. En consecuencia todo había quedado en manos del ejército angloportugués, que había terminado combatiendo a solas a los franceses del siguiente modo:

> Mi plan era llevar a Ballesteros hacia el flanco izquierdo y la retaguardia de la marcha de Soult ... De haberse realizado bien esta jugada, se hubiera ajustado a mis propósitos ... ¿Tenía algún motivo para esperar que la jugada se realizara correctamente? Ciertamente, no. Nunca he visto que los españoles hagan algo, y menos aún que lo hagan bien. En ocasiones Ballesteros ha llamado momentáneamente la atención de una o dos divisiones, pero nada más. Cualquier otra cosa que veas y leas es falsa y despreciable. Uno cuantos sinvergüenzas llamados guerrilleros atacan con una superioridad de cuatro a uno, teniendo unas veces éxito y otras no; pero en lo que a cualquier operación regular se refiere, en todo el curso de la guerra no he tenido noticia de ningún caso de éxito.[42]

De esta crítica se hicieron eco ruidosamente muchos observadores británicos. Citando a Swabey, por ejemplo:

> Atribuyo la causa fundamental de habernos dado por vencidos en Madrid ... al completo abandono por parte de todos de hasta la menor esperanza de que los españoles hicieran algo por ayudarse a sí mismos. Esto quedó claro durante nuestra posesión de Madrid. La estupidez de su gobierno, pero sobre todo su vanidad nacional, les impidió ver la necesidad de adoptar medidas activas y eficaces y desperdiciaron la ocasión. El momento de actuar estando aún el país

> en manos de su gobierno había pasado. Y entonces fueron demasiado cortos de vista como para ver qué más hacía falta, no cumplieron sus compromisos con lord Wellington y perdieron su independencia para siempre ... Al emitir una opinión sobre las tropas regulares españolas que ya estaban en campaña ha de decirse que aquéllas mismas causas les hacían colectivamente ineficaces. No se enfrentarían al enemigo y, excepción hecha de Zaragoza y de Gerona, nunca llegaron a hacerlo. Tienen escasez de oficiales, y el rasgo principal de aquellos de que disponen es la presunción. Este pecado nacional es de dimensiones tales que afecta a todos los rangos ... debido a la falta de cooperación con las autoridades civiles, no podía proveerse de suministros a un ejército de españoles de ciertas dimensiones sin saquear ... a la población; cosa que se lleva a cabo sin consideraciones humanitarias, no siendo la hambruna el único mal que se sigue de ello.[43]

Desde luego, estas críticas son en gran parte injustas. Viera lo que viese Wellington en los territorios liberados, Espoz y Mina y sus colegas habían fijado en cualquier caso muchas tropas que de otro modo hubieran estado disponibles para actuar contra sus fuerzas, mientras que pese a la mediocridad de Castaños, la locura de José O'Donnell y la rebeldía de Ballesteros, incluso los regulares españoles habían tenido una intervención en las operaciones mayor de lo que Wellington estaba dispuesto a reconocer. Considerando, además, que el propio Wellington había declarado repetidamente que no creía que los ejércitos españoles pudieran salvarle, sencillamente es absurdo culparles de la retirada de Burgos. Ciertamente, los fallos españoles no habían ayudado, pero las fuerzas angloportuguesas no tenían fuerza suficiente para combatir al grupo de ejércitos que los franceses pudieron poner en campaña tras evacuar Andalucía y Extremadura. Aún peor, la única posibilidad de éxito del otoño de 1812 fue desperdiciada por Wellington cuando se empantanó en un asedio carente de sentido y para el que carecía de los recursos necesarios. De todos modos, es desacertado afirmar que Wellington no tenía que haber atacado Burgos. Para decirlo claramente, el ejército regular español tenía que ser estructurado de algún modo para poder llevar a cabo operaciones regulares en gran escala, pues de otro modo los aliados no podían albergar esperanzas de expulsar a los franceses de la Península. Como el propio Wellington reconocía, «es evidente que no podemos esperar salvar a la Península a base de esfuerzos militares si no podemos sacar adelante a los españoles de un modo u otro».[44]

Así pues, tan pronto como volvió a la frontera portuguesa, Wellington informó a Liverpool de sus intenciones de viajar a Cádiz para averiguar qué uso podía hacerse de su reciente mando sobre los ejércitos españoles. Según Henry Wellesley, los poderes que solicitaba le serían concedidos sin dificultades,

pero esta opinión era excesivamente optimista, dado que la confianza española en los británicos se había visto afectada hasta sus cimientos. Una vez más los casacas rojas habían avanzado en España y una vez más habían huido ante el enemigo, ahora ni siquiera habían tenido el mérito de una victoria, como en Talavera, en Albuera o en Fuentes de Oñoro. Los soldados habían vuelto a comportarse de modo abominable. Y una vez más se abandonaba y se culpaba de todo a los españoles. A todo esto, al perjuicio se añadía el insulto, pues se acusaba a los británicos de arruinar la economía española. Habían corrido oscuros rumores, por ejemplo, sobre el hecho de que entre las instalaciones voladas por los británicos en Madrid se contaba la real fábrica de porcelana, prestigiosa pero sin rentabilidad alguna (el hecho de que hubiera quedado reducida a su mero cascarón externo y utilizada como polvorín no hizo abandonar la idea a nadie). Al mismo tiempo, la cuestión americana también había vuelto a encenderse. Por motivos que ya se han explicado, desde el estallido de las revoluciones criollas la política británica había consistido en reconciliar a las partes enfrentadas, para lo cual había terminado proponiendo que mediara entre ambas partes una comisión conjunta. Debido a las reticencias españolas las negociaciones se habían prolongado interminablemente, hasta que en septiembre de 1812 al gobierno británico le pareció que el asunto ya no podía esperar más. De modo que sólo cuatro días después del nombramiento de Wellington, Henry Wellesley había escrito al secretario de Estado español, Ignacio de la Pezuela, indicándole que el hecho de no hacer progreso ninguno, además de amenazar con la quiebra de la causa aliada planteaba el peligro de que los insurrectos buscaran el apoyo de Francia. Al haber sido el obstáculo clave la negativa de los españoles a conceder plena libertad comercial a las colonias y a permitir que la mediación se ampliara a la totalidad del imperio, Wellesley hizo varias concesiones en lo que a estos asuntos se refiere; pero, como los españoles apreciaban perfectamente, se esperaba de ellos que de un modo u otro permitiesen a sus colonias comerciar libremente con los británicos. La posibilidad de que esto llevara la paz a América era discutible, pero no cabía duda de que los intereses comerciales británicos mejorarían y los españoles se verían gravemente dañados, por lo que Wellesley se hacía susceptible de acusaciones de chantaje y de duplicidad.

Dada la situación, la polémica de Ballesteros —que, por cierto, fue la primera noticia que tuvo la opinión pública del nombramiento de Wellington—[*] no ayudó nada. El general asturiano clamaba en un manifiesto tras otro estar

[*]Al ofrecérsele el mando el 22 de septiembre de 1812, Wellington insistió en informar a Londres del asunto para su aprobación. Por eso, el asunto había de mantenerse en secreto hasta que se recibiera una respuesta el 21 de noviembre.

defendiendo la libertad de España contra la dominación extranjera, afirmaba su inocencia y pedía ser escuchado de modo equitativo, y a su protesta se sumaban diversos autores de folletos que alababan su patriotismo, acusaban a los británicos de actuar solamente en virtud de sus propios intereses nacionales, ponían en duda la integridad de Wellington, denunciaban el decreto del 22 de septiembre por ser dañino para la moral tanto del ejército como del pueblo e incluso negaban la necesidad de la ayuda británica. Aún más insidioso era el folleto titulado *Vallesteros* (los contemporáneos escribían este nombre tanto con «V» como con «B»):

> Prescindamos por un momento de los últimos resultados de esta lucha: para nada contemos lo que los ingleses deben exigir en compensación de los grandes sacrificios de toda clase, que han hecho por nosotros, y que con la fuerza armada de nuestros ejércitos a su disposición podrán doblarles su valor ... Los ingleses serían muy necios, si no economizasen su sangre pudiendo servirse de la nuestra y tener los mismos resultados: es decir, que para los peligros debemos ser los primeros, y los últimos para la gloria.[45]

Incluso aunque estas quejas fueran consideradas ridiculas por otros autores, las semillas de la duda habían prendido: se produjeron, por ejemplo, gritos de «¡Viva Ballesteros!» en un desfile en Córdoba, mientras que el gobernador de Ceuta le trató como a un huésped de honor.

Los murmullos pronto se convertirían en sublevación: de hecho, si Ballesteros hubiera actuado unas semanas más tarde, la salida de la crisis hubiera sido muy distinta. Incluso antes de llegar a Cádiz, Wellington manifestó que deseaba no sólo el mando de las diversas fuerzas españolas distribuidas por la Península, sino también poder para intervenir en la estructura y organización del propio Ejército y, por encima de todo, garantizar que las tropas recibieran paga, suministros y mantuvieran su fuerza. Todo esto se concretaba, por una parte, en convertirle en generalísimo al estilo de Godoy, y por otra en subordinar la autoridad civil a la militar. Profundamente desdeñoso respecto de la capacidad de los españoles para manejar sus propios asuntos, sólo así le parecía posibilitar a una tropa para salir en campaña con fuerza suficiente para evitar que se repitiesen los reveses de otoño de 1812. Como escribió:

> No hemos de ocultarnos a nosotros mismos que es muy poca la autoridad de cualquier tipo existente en las provincias que han estado ocupadas por el enemigo, e incluso que es poco lo que depende del uso del poder militar. Es inútil esperar que un caballero denominado Intendente ejerza su poder para hacerse con los recursos del país ... sin ayuda de una fuerza militar, fuerza que en la actual situación del ejército tendría efectos más destructores que beneficiosos ... Soy consciente de que en principio es erróneo atribuir a militares poderes

> civiles, pero cuando el país está en peligro ha de hacerse lo que más directamente tienda a salvarlo ... sean cuales sean los principios constitucionales invadidos por tales medidas.[46]

De ahí que las peticiones de Wellington, inicialmente expuestas en una carta del 4 de diciembre de 1812 al ministro de la Guerra, José María de Carvajal, fueran de alguna manera dramáticas. Aparte de la medida evidente de que sólo su cuartel general tendría derecho a comunicarse con los ejércitos españoles en campaña, solicitaba, primero, controlar todos los ascensos y nombramientos; segundo, poder para purgar el cuerpo de oficiales; tercero, controlar el presupuesto militar; cuarto, reducir en gran medida el número de ejércitos en campaña en interés de la economía; y quinto, que tanto el gobierno provincial como el local estuvieran subordinados a los capitanes generales del ejército. En términos militares, todo esto era bastante justo. El crecimiento incontrolado del ejército en 1808 había dado origen a un cuerpo de oficiales excesivamente amplio para los efectivos que la España patriota podía poner en campaña. En cuanto a las autoridades civiles, el otoño de 1812 había demostrado que en las presentes circunstancias no servían de ayuda para imponer los reclutamientos y las contribuciones. Y sin embargo, lo que para Wellington era de sentido común, para los españoles era algo muy diferente. Los que apoyaban el nombramiento aún pensaban que a Wellington sólo se le confería el mando de los ejércitos españoles en campaña, hallándose él mismo, de hecho, sujeto a la autoridad del gobierno español. La Regencia, que estaba ya bajo una constante amenaza, veía ahora que iba a retirársele el control de gran parte de sus ingresos, se iba a ver desprovista en gran medida de patrocinio e imposibilitada de intervenir en la dirección de las operaciones militares. De modo que el 24 de diciembre de 1812, al llegar a Cádiz, el comandante británico, se vio enfrentado a una oposición decidida, por más que fuera expresada en un lenguaje de lo más obsequioso. En este aspecto, la Regencia recibió no sólo el apoyo de la mezcolanza de disidentes que se habían unido a Ballesteros, sino incluso la de cierto número de dirigentes liberales.

A primera vista esto es un poco sorprendente: al fin y al cabo, los liberales habían tenido el papel más destacado en el nombramiento de Wellington. Y sin embargo muchos de ellos en realidad eran hostiles a cualquier aumento de la influencia británica. Estrechamente relacionados con la comunidad comercial de Cádiz, los liberales no veían con buenos ojos cualquier concesión a los insurrectos americanos. Tampoco ayudaba el hecho de que Wellington mostrase una acentuada tendencia a relacionarse con personajes de quienes los liberales tenían algún motivo para desconfiar: su principal confidente español en la campaña de Burgos, por ejemplo, fue Miguel de Álava,

oficial de la aristocracia que inicialmente había prestado juramento de lealtad a José Bonaparte. Un enemigo particular era el editor de periódicos radical Alvaro Flórez Estrada. Éste, destacado dirigente del levantamiento de Asturias en 1808, se había visto obligado a huir de su provincia natal debido al golpe de La Romana, para encontrarse con que Wellington y sus hermanos apoyaban al marqués frente a cualquiera en los desórdenes que se siguieron. De ahí que Flórez Estrada, que sospechaba tanto del despotismo militar como del apoyo británico a los serviles, se horrorizase al descubrir qué era exactamente lo que Wellington quería. De modo que muy pronto el *Tribuno del Pueblo Español* de Flórez Estrada se enfureció ante la «despótica y monstruosa unión de la autoridad política, civil y militar» que proponía Wellington.

> ¿Cómo es creíble que el lord Wellington, nacido y educado en un país libre, en donde semejante reunión de mandos es enteramente desconocida ... pudiese haber hecho semejante propuesta? ¿Cómo es posible que un general destinado a tener la gloria de dar la libertad a una nación que tanto le estima ... hubiese podido caer en un absurdo tamaño? ¿Podría este ilustre guerrero haberse persuadido que una proposición tan degradante a una nación que se sacrifica por su libertad ... fuese útil a los españoles ... ni ser escuchada por el heroico pueblo español ... el autor de tan atrevida, tan impropia y tan chocante idea? ... Desengañémonos, los españoles no deben derramar su sangre por liberarse sólo del yugo de Napoleón; la derraman por no sufrir ningún yugo.[47]

El comandante británico debido a su comportamiento arrogante había resultado muy ofensivo —la natural aspereza de su carácter no se había visto mejorada por un doloroso ataque de lumbago y por la larga y difícil cabalgata desde su cuartel general de Freneda a Cádiz—, y la Regencia se vio animada por esta muestra a socavar su posición, pero fue informada de que sus incumplimientos conducirían a la inmediata dimisión de Wellington. Ante esto, la resistencia desapareció. Según un decreto de las Cortes del 6 de enero de 1813, en lo sucesivo se autorizaba a la Regencia a unir las capitanías generales al mando de los principales ejércitos de campaña; las autoridades civiles estarían sometidas a las militares en todos los aspectos referentes a la dirección de la guerra; cada uno de los ejércitos tendría un intendente general al que rendirían cuentas los intendentes provinciales (esto es, los funcionarios de Hacienda responsables de la paga y el suministro del ejército); y se dedicaría al esfuerzo de guerra una proporción fija de los ingresos de cada provincia. Además, la Regencia estuvo de acuerdo en que todos los nombramientos se hicieran por recomendación de Wellington; en que el nuevo comandante en jefe tuviera capacidad para deshacerse —aunque no a

separarlos del servicio— de los oficiales indeseables y para decidir el uso del presupuesto militar; en que todas las comunicaciones con las fuerzas españolas se realizaran en lo sucesivo a través del cuartel general de Wellington; en que el jefe de estado mayor y los inspectores generales de la infantería y de la caballería estuvieran sujetos a él; en que en adelante el 90 por 100 de los ingresos se dedicara al Ejército; y en que los ejércitos españoles fueran reorganizados más o menos a voluntad de Wellington.*

Pese a estas concesiones, Wellington seguía insatisfecho, siendo su principal queja que las autoridades civiles aún no estaban por completo bajo el control de las militares. De todos modos, aunque convencido de que los españoles podían haber llegado más lejos —como señaló, en Cádiz la preocupación por la inviolabilidad de la Constitución no había impedido que se atribuyera el cargo de «jefe político» al gobernador militar—, decidió de mala gana que al lograr que aceptaran su mando ya había conseguido bastante. Desde luego, había que intentarlo, pero es evidente que Wellington no estaba nada seguro de que fuera a ganarse mucho con ello. Aparte de los enormes problemas a que el ejército se enfrentaba, las protestas de Flórez Estrada pronto se reanudaron aún con más ferocidad que antes. Según el periodista asturiano, tales poderes eran no sólo inconstitucionales, sino anticonstitucionales: se había puesto a España bajo la tutela de un poder extranjero, y quedaba expuesta a un ataque exactamente del mismo tipo que había padecido en 1808, y ello por motivos no basados en la necesidad; además, Flórez Estrada afirmaba que bastaba con aplicar adecuadamente las leyes y disposiciones existentes en España para que todo funcionase bien. Al estar estos ataques acordes con el ambiente general, toda la alianza se vio pronto sometida a un escrutinio hostil. Para el *Diario Redactor de Sevilla*, por ejemplo, «el pueblo más heroico del orbe» no había combatido a los franceses durante cuatro años para acabar convertidos en «esclavo de los hijos de Albión», y el efecto del nombramiento de Wellington había consistido en «someter la España a la voluntad y el capricho de un general y gobierno extranjeros».[48] Aún más acerbo era el conocido radical Juan Romero Alpuente. Según escribió éste:

> Es visto, pues, que el nombramiento de Wellington es contrario a la gratitud, a la justicia y a la libertad de la nación; porque para una dignidad tan grande se olvidan los sacrificios de sus hijos, se da con mengua suya la preferencia a un extranjero, y se extingue el entusiasmo, y con él la esperanza de vencer al enemigo que nos oprime ... este nombramiento además de ser contrario a nuestra justicia y nuestra libertad, lo es también a nuestra independencia, porque

*El Primer Ejército se dejó intacto, el Segundo y el Tercero se unieron formando el Segundo Ejército, el Cuarto pasó a ser llamado Tercer Ejército, y el Quinto, el Sexto y el Séptimo se unieron para formar el Cuarto Ejército.

> nos pone en el más inminente peligro de que saliendo vencedores quedemos esclavos del enemigo que nos defiende ... Es verdad que en España se ha derramado la sangre inglesa ... y para una gota de sangre inglesa que ha podido derramarse, ¿qué mar de sangre española no se ha vertido? ... fijémonos bien en lo que nos pasa, y la Francia, nuestra mayor enemiga ... sea el punto de comparación adonde nos dirijamos. Los franceses se apoderaron, como amigos, de las más grandes plazas que nos defendían por tierra ... Los ingleses como aliados se han apoderado de las plazas más importantes libres, que nos defendían por mar ... Los franceses con sus violencias nos han llevado todos los tesoros que teníamos descubiertos; y los ingleses con sus ponderados socorros, y su escandaloso contrabando, nos han sacado todos los que teníamos ocultos. Los franceses no han fomentado ni su agricultura, ni su industria, ni su comercio a nuestra costa; y los ingleses han fomentado estos tres manantiales de su felicidad con nuestra ruina. Los franceses no han aumentado su marina con la nuestra; y la nuestra está o reducida a cascos pudriéndose en los puertos, o casi entre la de los ingleses ... Los franceses nos han asesinado millares de hermanos con su agresión ... y los ingleses nos han cortado unas veces las manos con que nos asíamos a tierra en nuestro borrascoso naufragio.[49]

El ministro de Estado, García de León y Pizarro, se enfadó tanto que dimitió: «"¡La guerra, la guerra!" gritaban todos; y para esto se sacrificaba el honor nacional, y se renunciaba a los laureles propios para aumentar el influjo y gloria de Inglaterra a costa nuestra».[50]

De modo que Wellington tenía ante sí una difícil empresa, mientras que sus poderes permanecían sumamente delimitados: la limpieza general que había que realizar en el cuerpo de oficiales, por ejemplo, estaba más allá de su alcance. Tampoco sirvió de ayuda que durante su visita a Cádiz llegaran noticias de la derrota de Napoleón en Rusia, cosa que parecía probable que endureciese la resistencia española: muchos periódicos españoles afirmaban que sin el ejemplo de España, Alejandro I nunca hubiera resistido. De modo que Wellington dejó Cádiz con un profundo sentimiento de insatisfacción, y sin embargo no tenía más elección que sacar todo el beneficio posible de lo que se le había ofrecido para que los ejércitos franceses siguieran menguando. Mina y los demás podrían hacer algo para restablecer el equilibrio, pero dado el daño que estaban causando en el norte de España, a duras penas podía confiarse en ellos. En resumen, o se arrojaba a los franceses al otro lado de los Pirineos con ayuda de un renovado ejército español, o no serían expulsados.

Capítulo 16, VITORIA: DERROTA DEL REY JOSÉ, ENERO-JUNIO DE 1813

Los hombres cayeron sobre el furgón dando gritos y vivas. Abrieron las portezuelas con la punta de los mosquetes y retrocedieron sorprendidos, pues su interior estaba atiborrado de objetos eclesiásticos de oro y plata, bolsas de monedas, arquetas y cofres llenos de tesoros. Avanzando por entre la multitud, dos oficiales a caballo iniciaron la rebatiña, y se apoderaron uno de un gran cáliz y el otro de una arqueta de aspecto prometedor. A su alrededor, mientras tanto, en medio de una caótica confusión de carros, tiendas y animales de todo tipo, tenían lugar las escenas más salvajes. Un hombre, de pie sobre un carro lleno de zapatos, los arrojaba a la multitud; otro estaba cubierto de harina de pies a cabeza; otro, enterrado hasta las rodillas en el producto del saqueo y borracho, invitaba a todo el mundo a acercarse y escoger; otro descuartizaba un cordero con la bayoneta; y otro más corría en todas direcciones con un chacó lleno de doblones españoles ofreciendo a quien quisiera escucharle todo el lote a cambio de un puñado de guineas británicas. Completaban la escena multitud de mujeres borrachas vestidas con los más elegantes vestidos cortesanos; muchachas con grotescos atuendos militares que mendigaban protección y grupos de soldados que se peleaban por los despojos, bebían hasta la inconciencia, celebraban subastas improvisadas o desvalijaban metódicamente carro tras carro. Era el 21 de junio de 1813.

Estas escenas, presenciadas al terminar la batalla de Vitoria, marcaban el final del reino de Bonaparte en España. El propio José, que estuvo a punto de ser apresado en la desbandada, se vio obligado a abandonar su territorio, y el poder militar de los franceses en la Península fue decisivamente quebrantado. Puede ponerse en duda que fuera ésta la mayor victoria de Wellington, pues en muchos aspectos los franceses perdieron la batalla de Vitoria en la misma medida en que los aliados la ganaron. Indudablemente, los invasores se habían

precipitado hacia su derrota. A finales de 1812, la *grande armée* que había invadido Rusia ya no existía. Los franceses, incapaces de oponerse al avance de los rusos, habían tenido que evacuar además Prusia oriental y el Gran Ducado de Varsovia. Ante la posibilidad de que tanto Austria como Prusia se unieran a sus adversarios, Napoleón optó por retirar más tropas de España. En pocas palabras, se ordenó que cada batallón de infantería, cada regimiento de caballería y cada batería de artillería enviara cierto número de hombres escogidos a la Guardia Imperial, acompañados en algunos casos por los cuadros de oficiales necesarios para duplicar las unidades en Francia. También se retiraron algunas otras unidades extranjeras, junto con tres batallones de marinos que debían contribuir al asedio de Cádiz. El número de hombres suprimidos, unos veinte mil, no era excesivamente elevado, pero incluso así la situación de las tropas de ocupación se hizo muy difícil. En gran parte de la zona que se suponía estaba bajo su control —las provincias vascas, Navarra, Aragón, Castilla la Vieja, La Mancha, Levante y zonas de Cataluña y de León— no tenían más presencia que algunas guarniciones dispersas, e incluso así la extensión de sus fuerzas era muy limitada. En su intento de presentar una línea de frente que describía un gran arco desde Bilbao hasta Valencia, eran a todas luces casi tan vulnerables a un ataque como lo habían sido en 1812; en consecuencia, ya sin esperanzas de victoria, su mejor política hubiera sido retroceder hasta el Ebro. Pero semejante actitud era más de lo que Napoleón podía llegar a tolerar. En cuanto a las retiradas, si bien el prestigio imperial se había mostrado siempre muy reticente a ellas, en 1813 la situación política ni siquiera permitía tomarlas en consideración. Con decenas de príncipes alemanes observando con nerviosismo el avance del ejército ruso y preguntándose si debían cambiar de campo, nada era más inconveniente que una confesión de debilidad. En consecuencia, todo lo que Napoleón pudo sancionar fue la evacuación de La Mancha y el traslado de la capital a Valladolid. Era mejor que nada, especialmente teniendo en cuenta que se recurrió al díscolo y poco colaborador Soult para que ayudase al emperador en Alemania, pero aun así los franceses quedaban excesivamente extendidos. Al mismo tiempo, desde luego, su prestigio había sufrido un duro golpe, pues el 17 de marzo el rey intruso se vio obligado a dejar Madrid en compañía de una enorme caravana de refugiados.

Para Wellington, a todo esto, los primeros meses de 1813 se caracterizaron por sus problemas con los portugueses y los españoles. Aparte de las fricciones que inevitablemente causaban el control británico del ejército y el mal comportamiento continuado de los elementos más rudos de las tropas británicas, el principal problema con los portugueses era el económico. Debido a la devastación de gran parte del país en 1810-1811, la producción de alimentos de Portugal era muy inferior a la normal, y la ausencia de muchos hombres

que habían pasado a formar parte de las fuerzas armadas prometía empeorarla aún más. Como observó, por ejemplo, sir Augustus Frazer:

> Es verdad que estos tres días de nuestra marcha han sido unas vacaciones, pero todavía no he visto a nadie trabajando ... Hoy me ha contado el comandante que toda una finca de una condesa conocida suya ... quedó sin cultivar el pasado año pasado por falta de campesinos, y que todo el reino sufre gravemente por esta falta de hombres.[1]

Consecuencia de ello es que la Regencia seguía desesperadamente falta de dinero, y no sólo debido a la baja recaudación de impuestos, sino también a que había que dedicar muchos ingresos a la compra de trigo en el extranjero. Se habían emitido grandes cantidades de papel moneda para cubrir el déficit, pero había perdido gran parte de su valor, mientras que los prometedores billetes utilizados por los comisarios del ejército para pagar sus requisas tampoco servían para nada. En consecuencia, las tropas portuguesas seguían sufriendo una terrible carencia de alimentos, paga y ropa. En cuanto al pueblo, cada vez se apartaba más del esfuerzo de guerra. El hecho de que las clases acomodadas siguieran reticentes a ir a la guerra no suponía ninguna mejora en las circunstancias: Frazer se quejaba de que Coimbra estuviera llena de estudiantes a quienes «se ha dicho que sólo tienen que aprender a ser holgazanes y a evitar alistarse en el ejército».[2] La población, atribulada por los impuestos —según una estimación los campesinos pagaban un tercio de sus ingresos— y en gran medida indigente, seguía sometida a los ataques de soldados británicos en busca de botín. En ocasiones se trataba a éstos con siniestra eficacia: «Los portugueses ... consideran que matar a un súbdito británico no es más crimen que matar a uno de sus perros. Casi todos ellos llevan un gran cuchillo escondido en la manga de la casaca y podéis estar seguro de que saben manejarlo».[3] Pero incluso así la población continuaba huyendo de su hogares, y las zonas rurales estaban llenas de bandidos. En el distrito de Fronteira, por ejemplo, recordaba Schaumann:

> Nadie se atrevía a ir desarmado. No hubo un día que no se cometiera un asesinato o un robo ... El *juez de fora*, temiendo recibir en las calles un tiro de uno de los salteadores disfrazados, se encerró en su casa y sólo salía a dar una vuelta si le acompañábamos.[4]

De hecho, la situación era tan mala que en algunos sitios el pueblo se hallaba casi en estado de insurrección, como en los alrededores de Sao Joáo da Pesqueira, donde, según informó Wellington a Beresford, se había visto obligado a ordenar al general Colé «que se sirviese de grupos armados para proteger a sus forrajeadores ... y exigir a los magistrados del distrito ... que

cumplieran su deber ... reprimiendo la disposición del pueblo en aquella parte del país a oponerse a los militares».[5]

Por aquel entonces Portugal se hallaba en gran medida en el mismo estado que España, y su Regencia era tan incapaz de restaurar el orden como la española. Los problemas de orden público más graves pudieron combatirse mediante el envío de tropas, pero no los económicos. Se había considerado la posibilidad de saldar las propiedades de la Corona y de la Iglesia. Pero el proyecto había sido abandonado entre fuertes protestas contra la quiebra y a favor de limitarse, sencillamente, a pedir más dinero a Gran Bretaña. Sin embargo, según un Wellington cada vez más airado, el problema subyacente no era la falta de recursos; en modo alguno. Por el contrario, afirmaba, el dinero abundaba. Especialmente entre la comunidad comercial, que se suponía había obtenido enormes ganancias gracias a la especulación y a los beneficios de guerra. En consecuencia, lo que se pedía era erradicar la corrupción, hacer economías en el aparato de gobierno y poner fin a la evasión de sus responsabilidades por las clases acomodadas (por ejemplo, se había impuesto una tasa del 10 por 100 sobre todos los beneficios comerciales, medida que no tuvo más efecto que su incumplimiento). De ahí que durante la primera mitad de 1813 Wellington, decidido a mejorar las cosas, se viera sometido a gran presión por parte de las autoridades portuguesas. Irritado por no haber obtenido una respuesta satisfactoria de Lisboa, incluso apeló directamente al príncipe Juan:

> Solicito permiso para llamar la atención de Vuestra Alteza Real en lo referente al estado de sus tropas ... como consecuencia de las muchas pagas retrasadas que se les debe. Según los últimos informes que he recibido, se debe la paga al ejército de operaciones desde finales de septiembre pasado, a las tropas de línea que están de guarnición desde finales del pasado junio y a la milicia desde febrero ... Las graves consecuencias que pueden resultar del retraso de estas pagas ... y la unánime negativa de los gobernadores del reino a aplicar cualquiera de las medidas que he recomendado para obtener un alivio momentáneo o permanente me han obligado finalmente ... a expresar ... del modo más decidido mi más ardiente deseo de que Vuestra Alteza Real se digne volver a su reino para tomar el cuidado de su gobierno.[6]

Sin embargo, los problemas de Wellington con los portugueses no eran nada en comparación con los que tenía con los españoles. Como hemos visto, la clave de su estrategia para 1813 era la transformación del ejército regular español en una fuerza capacitada para intervenir plenamente en operaciones regulares, y con tal objeto pronto fluyó desde su cuartel general en Freneda un torrente de planes y sugerencias. Dados los problemas a que se enfrentaba el ejército, en realidad es dudoso que cambiara algo. Debido a la

abundancia de deserciones y a un reclutamiento que apenas funcionaba, eran muchas las unidades que estaban muy por debajo de sus posibilidades; buena parte de los ciento treinta mil hombres que en teoría servían en el ejército estaban enfermos; la caballería y la artillería eran insuficientes, y lo poco de que se disponía estaba disperso entre las diferentes divisiones en minúsculas agrupaciones; en el mejor de los casos, las tropas estaban mal suministradas, y en el peor, a punto de la hambruna; faltaban calzado y transporte; cundía todo tipo de indisciplina; y seguía habiendo demasiados oficiales sin más papel que dar un ambiente militar a las calles de Cádiz, La Coruña o Alicante. Al mismo tiempo, muchas ciudades eran presa de luchas entre facciones rivales de la oligarquía, mientras que las zonas rurales seguían alborotadas. En lo que a las ciudades se refiere, los esfuerzos de los funcionarios liberales por debilitar a la Iglesia y a la nobleza no servían de mucho, si bien lo cierto es que el pueblo apenas necesitaba que le animaran. Su descontento se expresó en parte en la rebelión contra los señores, como sucedió en el pueblo andaluz de El Coronil, si bien el bandolerismo siguió siendo la modalidad de disidencia más característica. En La Mancha, por ejemplo, el Empecinado dedicaba más tiempo a perseguir a los bandidos que a combatir a los franceses, mientras que incluso los liberales —hasta entonces los mayores admiradores de los guerrilleros— habían empezado a pedir su eliminación, por no mencionar la creación de nuevas gendarmerías y milicias cívicas. Fue de los más característico un artículo que se publicó en *El Conciso:*

> ¿Por qué titubearemos en correr el espeso velo que cubre las atrocidades, las tropelías y la insaciable rapacidad de esas cuadrillas de bandoleros que tan injustamente usurpan el respetable nombre de *patriotas?* ... ¿Por qué matan franceses? ¿No se pueden matar a menos costa? ... Tristes de nosotros si de éstas [las partidas] ha de venir ya nuestra salvación. ¿Es con partidas como el lord Wellington libertó a Portugal? ¿Venció con ellas a Marmont? ¿Y qué hemos adelantado con ellas? Acabamos de arruinar, dejar sin recursos las provincias, hacer retrogradar el espíritu público, desorganizar los ejércitos, cubrir de luto y vergüenza centenares de familias, cuyo crimen era o tener dinero o hijos, y precipitar pueblos enteros en la más negra desesperación. Patriotas de Cádiz ... vuestra opinión está horriblemente extraviada; los ... que creéis héroes no son más que unos infames bandoleros sin ley, sin disciplina y sin sentimientos.[7]

La situación había empeorado tanto que ahora se aplaudían los éxitos franceses; cuando una columna de castigo logró sorprender en Fuentecén a la partida del famoso «Borbón», el comentario de un periódico de Granada fue que debido al frecuente mal comportamiento en los pueblos, la muerte de esos soldados era casi tan importante como la del enemigo.[8] Habiéndose retirado los franceses de gran parte de España, finalmente se entendió la relación

entre la resistencia irregular y el bandolerismo. De hecho, las quejas surgían por doquier. «Las partidas de Príncipe y Marquínez se han convertido en salteadores —escribía irritado un correspondiente—, no respetan clase alguna de trajinantes y a todos los roban y ultrajan.»[9] Ni siquiera las mejores unidades eran inmunes a este problema. «Los pasados de don Julián causan los mayores daños porque a pretexto de españoles engañan y sorprenden no sólo a los particulares sino aun a los pueblos, siendo tan crueles e inhumanos que a varios soldados que sorprendieron con el comandante Garrido les sacaron los ojos y cortaron las nalgas.»[10] En cuanto al combate contra los franceses, en muchas zonas no era más que un recuerdo. Como escribió Leith-Hay, oficial de enlace británico, refiriéndose al distrito de Guadalupe, «el Médico ha permanecido inactivo y no ha hecho esfuerzo ninguno para oponerse a las pequeñas partidas que el enemigo ... ha enviado a las montañas ... a forrajear, y que debido a la naturaleza del país, podían haber sido gravemente importunadas».[11]

De todos modos, el problema no era sólo la tarea de Wellington, equivalente a limpiar los establos de Augias, sino también el muro impenetrable de obstrucción y falta de cooperación con que topaba. Aunque tuvo buen cuidado de expresar su aceptación de la Constitución, las protestas de Ballesteros, Flórez Estrada y Romero Alpuente coincidieron con los liberales, quienes tras haberles salido el tiro por la culata de modo tan espectacular, evidentemente estaban desanimados. En cuanto a la Regencia y al generalato, tampoco ellos podían sentirse sino alienados y humillados. La derrota francesa en Rusia había inflamado las pasiones todavía más, y la tendencia a resistirse a las instrucciones de Wellington era clara.

A todo esto, una serie de problemas seguían indicando que no se podía confiar en los británicos. El principal era la situación en América. En lo que hoy es territorio de Venezuela, por ejemplo, en enero de 1813 se produjo el desembarco de una expedición rebelde que se había reunido en Puerto España, en la isla de Trinidad, gobernada por los británicos. Y, lo que es peor, encabezaba esta expedición un grupo de insurrectos rescatados por un barco británico de la ciudad costera de La Guaira tras haber sido capturados de nuevo por tropas leales. También causó gran daño el embajador británico en Brasil, que logró negociar un armisticio entre las fuerzas argentinas y brasileñas que habían ocupado Montevideo apoyando al gobierno español. Como lamentaba Henry Wellesley:

> No me referiría con tanta frecuencia al tema de América si los asuntos de aquellas tierras ... no influyeran en el comportamiento de este gobierno ... en todos sus tratos con Gran Bretaña. Incluso quienes han dado pruebas inequívocas de su adhesión a Gran Bretaña ... consideran que nuestra política busca

> establecer tratos comerciales con las colonias españolas, y piensan que para lograr tal objetivo hemos tenido cierta tolerancia con los insurrectos, lo que al excitar aquí la envidia ha debilitado considerablemente nuestra influencia.[12]

Más cerca del país, mientras tanto, los temores crónicos de una intervención extranjera se vieron incrementados por los rumores sobre la posible llegada de una fuerza expedicionaria rusa completamente imaginaria. Henry Wellesley seguía presionando en pro de un acuerdo de libre comercio y Wellington se negaba a reanudar las operaciones hasta la primavera, por lo que aumentaron las acusaciones contra los británicos de prolongar la guerra en beneficio propio. De aquí la publicación de diatribas como la que apareció en *El Español Libre*, que venía a decir lo siguiente: nosotros, que hemos hecho por Gran Bretaña mucho más que los demás aliados, nos vemos en peor situación que ellos. Que se nos deje escoger comandante, que se nos deje despertar el entusiasmo del pueblo y consolidar el reinado de la justicia que proclama nuestra Constitución, que se nos deje decidir en la empresa que sólo nosotros apoyamos, y luego entraremos en negociaciones con nuestros aliados.[13]

No es de extrañar, pues, que las propuestas de reforma de Wellington fueran ignoradas y que además se hiciera uso de diversos expedientes para hostilizar u obstaculizar a los británicos. Por poner un solo ejemplo, Alvaro Flórez Estrada fue nombrado intendente de Sevilla, y su hermano menor, Antonio, jefe político del puerto de Santander, de importancia vital. Al mismo tiempo, e incumpliendo sus acuerdos con Wellington, la Regencia seguía formulando sus propias órdenes a las fuerzas españolas. De todos modos, en este último caso los deseos de entorpecer el control británico sobre las fuerzas armadas iban unidos a otras consideraciones. Así volvemos, una vez más, a la tensión en continuo crecimiento que reinaba en Cádiz. A lo largo de los últimos meses, los debates de las Cortes habían estado dominados por la cuestión religiosa. La Constitución de 1812 había declarado a España católica a perpetuidad, prohibiendo la práctica de cualquier otra religión; mas esto no suponía que las cosas no hubieran cambiado. Muchos eclesiásticos, incluidos algunos de los que se sentaban en las Cortes, criticaban acerbamente la presente situación de la Iglesia; además, la Inquisición, las órdenes religiosas, la condición jurídica del clero, las contribuciones eclesiásticas y las tierras de la Iglesia eran objetivos naturales de la reforma liberal. Como escribió Argüelles, el cambio era esencial

> si no se quería sacrificar de nuevo la nación al inconsiderado empeño de mantener inalterable, con violencia y escándalo, las temporalidades de un establecimiento eclesiástico reformado de hecho por la insurrección, y el cual ... no hubiera podido resistir muchos años más el impulso dado ... al espíritu noble y generoso que animaba a todas las clases útiles y activas.[14]

De todos estos conflictos, el primero que surgió fue el de la Inquisición. Desaparecida de hecho desde 1808, fue incapaz de evitar la creciente tendencia anticlerical que había aflorado en la prensa gaditana; algunas publicaciones, como *El Robespierre Español*, no perdían oportunidad de satirizar a la Iglesia y de condenar sus privilegios. En respuesta, eclesiásticos y conservadores airados devolvían los golpes tanto en publicaciones como *El Censor General* y el *Procurador General de la Nación del Rey*, como en folletos, entre ellos los redactados por el dominico Francisco de Alvarado. A todo esto, animados por un torrente de invectivas especialmente violentas salidas de la pluma del bibliotecario de las Cortes, en abril de 1812 los serviles hicieron un decidido intento de restablecer formalmente la Inquisición. En cuanto a la comisión de las Cortes que trataba los asuntos referentes a la Inquisición, el tema fue declinando durante los nueve meses siguientes, aunque continuó siendo materia de intensas polémicas públicas, y especialmente muchos obispos pedían a los diputados su restauración. El asunto volvió a la asamblea en enero de 1813 por un informe de la comisión constitucional, en una serie de debates que se contaron entre los enfrentamientos más violentos hasta entonces presenciados por las Cortes. De acuerdo con la recomendación de la comisión, el 22 de enero se abolió la Inquisición por noventa votos contra sesenta, habiendo perdido los liberales dos tercios de su mayoría.

De todos modos, la lucha no había terminado, pues la resistencia de los tradicionalistas se había reforzado con la adopción en los dos últimos años de diversas medidas que, de un modo u otro, tendían a reducir el poder de la Iglesia. Las exigencias económicas, por ejemplo, habían obligado al Estado a tratar de conseguir aún más riquezas e ingresos de la Iglesia que antes de 1808, habiendo votado las Cortes la incautación de todos los metales preciosos no necesarios para la celebración de las liturgias normales e incrementándose las contribuciones de la Iglesia procedentes de fuentes como los beneficios vacantes y no menos del 30 por 100 de los diezmos. También fue abolido el Voto de Santiago (debido a que infringía el principio de la igualdad impositiva), mientras que a gran parte de las órdenes religiosas se les impidió la reapertura de los conventos y monasterios cerrados por los franceses, y fueron expropiadas. Quedaban delineadas, aunque no trazadas, las tendencias hacia la desamortización total, mientras que el ataque al feudalismo suponía además otra amenaza a los ingresos de la Iglesia.

Ninguna de estas medidas era de por sí un intento de derrocar a la Iglesia. De acuerdo con los reformistas carolinos del período 1759-1808, los liberales estaban decididos a actuar sobre la vida cultural y económica del país, codiciando las tierras de la Iglesia tanto para el Estado como, sospecha uno, para sí mismos. Y sin embargo, excepción hecha de unos pocos extremistas, todos

los liberales eran católicos fieles (es más, algunos de sus líderes incluso eran sacerdotes). De modo que el decreto que abolía la Inquisición preservó el principio de la censura eclesiástica, además de mostrar un vivo interés por ayudar al clero parroquial empobrecido. Sin embargo, por mucho que afirmaran otra cosa, para los tradicionalistas el problema no era la salvación de la Iglesia. Muchos eclesiásticos habían celebrado las Cortes porque creían que la revolución permitiría a la Iglesia sacudirse el jansenismo del siglo XVIII. Y, sin embargo, lo cierto es que el control del Estado se había reforzado, y su ira les empujó a unirse con los señores cada vez más desesperados (señores a quienes en muchos casos estaban ligados por lazos familiares: por ejemplo, el destacado tradicionalista Manuel Traggia, carmelita, era hermano del duque del Parque, general que había dado repetidas muestras de hostilidad al sistema liberal). En lo sucesivo, aún encontrarían más aliados, entre el personal del aparato administrativo y judicial preterido por la Constitución de 1812, por no mencionar a los elementos más opulentos de entre los arrendatarios de la Iglesia, de los cuales eran buena muestra los «foreros» de Galicia. Las personalidades notables con grandes riquezas a quienes diversas peculiaridades regionales permitían arrendar tierras de la Iglesia a un precio mínimo para luego subarrendarlas al campesinado con gran provecho, eran gente a las que, por motivos obvios, la desamortización les aterrorizaba, y habían hecho uso de su considerable poder económico para mantener a sus arrendatarios en un estado cercano a la rebelión. Y dado que el arzobispo de Santiago y el obispo de Orense se oponían rotundamente a la política religiosa de las Cortes, Galicia se convirtió en un semillero de la reacción.

Un tanto alarmados por la amplitud de la oposición, los liberales se echaron un poco atrás. Así, el año anterior se había creado una comisión en Cortes para que aclarase las muchas ambigüedades del decreto de abolición del feudalismo, y por recomendación de este organismo, el 27 de marzo de 1813 se acordó que los pagos individuales sólo se revocarían si las comunidades a ellos sometidas podían probar que las recaudaban como honorarios y no como rentas. Pero esta medida resultó ser contraproducente, pues su resultado neto fue, sencillamente, causar más desorden en las áreas rurales. En cualquier caso las relaciones entre ambas partes habían llegado ya a un punto crítico. El decreto que abolía la Inquisición, publicado el 22 de febrero de 1813, había de leerse, se suponía, tres domingos sucesivos en todas las parroquias de España y de su imperio. Ni que decir tiene que este intento de obligar a la Iglesia a dar su apoyo público a la política religiosa del régimen topó con una resistencia masiva. Muchos obispos, secretamente animados por el nuncio papal, Pedro Gravina, enviaron cartas de protesta, mientras que algunos se negaron en redondo a obedecer, llegando en uno o dos casos a huir de sus diócesis o a amenazar con la excomunicación a sus clérigos que cumplieran la

orden. También estaba en situación de amotinamiento el capítulo catedralicio de Cádiz, que no sólo se negó a obedecer, sino que envió emisarios a Sevilla, Málaga, Jaén y Córdoba para estimular la rebelión.

De modo que, a principios de marzo de 1813, Cádiz estaba inmersa en la crisis. Como recordaba Alcalá Galiano:

> Empezó a susurrarse que los regentes trataban de sostenerse contra las Cortes ... que el duque del Infantado contaba para cualquiera empresa con el regimiento de Reales Guardias Españolas, de que por algún tiempo había sido coronel ... Pasaba también por cierto que ... Villavicencio, con su natural violento y firme, procuraba alentar al desmayado duque su colega. Todo se volvían conjeturas, fundadas en rumores más o menos ciertos.[15]

Para los liberales, sin embargo, los acontecimientos precipitados por la abolición de la Inquisición supusieron más una oportunidad que una amenaza. Hasta el verano anterior se había visto claramente que la Regencia de Infantado era una causa perdida, y más aún desde el momento en que el conde del Abisbal había sido finalmente sustituido por el ultraconservador Juan Pérez Villamil. A todo esto, en otoño de 1812 se había descubierto que la Regencia había subvencionado en secreto una publicación extremadamente hostil llamada *Procurador General del Nación y del Rey*, y además estaban apareciendo pruebas de que había intentado permitir la reapertura de algunos de los establecimientos religiosos cerrados por los franceses.

De modo que, como los liberales llevaban mucho tiempo esperando librarse de Infantado y de sus compañeros, el fracaso de la Regencia, que no logró acallar las protestas, les proporcionaba ahora toda la munición que necesitaban. Habiendo añadido leña al fuego la súbita sustitución del gobernador de Cádiz —un almirante abiertamente amigo de los liberales llamado Cayetano Valdés— por un conocido servil, el 8 de marzo una sesión extraordinaria de las Cortes instauró una nueva regencia formada por los tres miembros más veteranos del Consejo de Estado, que eran Luis de Borbón, cardenal arzobispo de Toledo, y los almirantes Ciscar y Agar; estos dos últimos habían formado parte de la antigua Regencia de Blake. Con este nuevo cambio de personal la Regencia quedó neutralizada, pues Borbón era un jansenista muy opuesto a la Inquisición y Ciscar hermano de un dirigente y diputado liberal. De todos modos, sólo para asegurarse, las Cortes aprovecharon además la oportunidad para privar a la Regencia de los últimos restos de su poder independiente, y también el gobierno fue remodelado de modo que incluyera a varios liberales conocidos. En definitiva, los serviles habían sido completamente derrotados. También Cádiz permanecía en manos liberales. No sólo Valdés fue repuesto en su cargo, sino que además se nombró al conde del Abisbal para el cargo, completamente nuevo, de capitán general de Cádiz y

se le encargó la creación de una nueva fuerza denominada ejército de Reserva de Andalucía.

Al haber sido creado este nuevo ejército sin que Wellington recibiera la menor información, el comandante en jefe estaba comprensiblemente furioso. Desdeñaba en privado la Constitución de 1812 —el no haber logrado establecer representación separada para los intereses de los propietarios lo empujaba a verla como el heraldo de la revolución social—, estando ya dolorido por su experiencia del funcionamiento de la administración española:

> Es imposible describir el estado de confusión en que se hallan los asuntos en Cádiz. Las Cortes han engendrado una Constitución en gran medida sobre el principio de que un pintor pinta un cuadro para que éste sea mirado, y yo no he encontrado ... a ninguna persona que responda a tal descripción ... que considere que la Constitución es la encarnación de un sistema por el cual España es, o puede ser, gobernada.[16]

En cuanto al derrocamiento de la Regencia de Infantado, le pareció algo desconsiderado y carente de gracia: «¡Nunca he visto despedir a un limpiabotas de tal manera!».[17] Y en consecuencia intentó, sin éxito, encontrar un mando para Infantado. Más significativo, empero, aparte de que apenas se apreciaran mejoras en el estado del ejército, era que hasta el momento se estuviera haciendo caso omiso de los acuerdos con él establecidos, de resultas de lo cual el gobierno español pronto empezó a recibir una serie de protestas airadas. Como contó Wellington a su aliado Vega:

> Soy perfectamente consciente de la importancia atribuida al hecho de habérseme confiado el mando de los ejércitos españoles ... Pero yo tengo que cuidar de mi reputación, y el disgusto será proporcional a las expectativas despertadas por mi nombramiento ... al descubrir que las cosas no están mejor que antes. Reconozco que no me siento inclinado a convertirme en objeto de tan desagradables sentimientos ... Y a no ser que puedan adoptarse algunas medidas para estar por encima del gobierno y obligar al Ministerio de la Guerra a cumplir los compromisos contraídos por el gobierno conmigo, deberé ... renunciar a un puesto ... que no tendría que haber aceptado de no haber sido incluidos.[18]

Sin embargo, cuanto más protestaba Wellington, más se identificaba con la causa de la reacción y el dominio extranjero, empeorando aún más las cosas el hecho de que Londres decidiese que la mejor salida sería trasladar la capital de Cádiz a alguna otra ciudad. En consecuencia, las obstrucciones se intensificaron, mientras las Cortes presionaban con una serie de medidas que sólo podían aumentar el caos. Una de las cuestiones era un plan para reducir el número de conventos y monasterios y, sobre todo, para limitar el número de

miembros de las órdenes monacales, que, como hemos visto, eran en muchos lugares de España los principales agentes de evangelización y centros de religiosidad popular. Mucho más importante, sin embargo, era la desamortización, pues estaba inextricablemente unida a la desesperada necesidad de restaurar algún tipo de estabilidad financiera. Así, mientras que los enormes mayorazgos de la nobleza quedaban intactos, el 4 de enero de 1813 las Cortes ordenaban la venta de la mitad de las tierras comunales propiedad de todos los ayuntamientos (con un insólito gesto de benevolencia, se suponía que el sobrante se distribuiría entre los veteranos de guerra que lo merecieran). También se pusieron a la venta ciertas tierras de la Corona, así como las fincas de todos aquellos a quienes se declaró traidores, las de las órdenes militares —las cuatro órdenes de caballería surgidas en el curso de la Reconquista—, las de la Inquisición y las de los establecimientos religiosos cerrados por los franceses.

De modo muy acorde con la política económica liberal en general, se suponía que todas estas ventas restaurarían el crédito del régimen y controlarían el crecimiento de la enorme deuda nacional (había subido de siete mil millones de reales en 1808 a doce mil millones en 1814), pese a lo cual su logro más importante fue añadir leña al fuego. Dado que la mayor parte del coste de la guerra había recaído sobre los pequeños agricultores arrendatarios o propietarios, era imposible que estos grupos pudieran comprar tierra alguna. En consecuencia, el pueblo se encontró excluido de toda compensación, al tiempo que veía volatilizarse las tierras comunales, gran parte de las cuales hasta el momento se arrendaban al campesinado en pequeñas parcelas. Al subir habitualmente las rentas, dado que los compradores pugnaban por obtener algún rédito de sus inversiones, la situación de los pobres se hizo peor que nunca. Fue una quiebra histórica. Sin duda alguna, una reforma agraria dirigida al pueblo hubiera sido de gran ayuda para restaurar el orden en el medio rural, pero se inició una serie de errores que finalmente dejarían al liberalismo español en la ruina total y completa.

Ahora bien, ¿qué supuso todo esto para el esfuerzo de guerra? La temporada de la nueva campaña se acercaba rápidamente y no había señal de que los ejércitos españoles estuviesen alcanzando la fuerza y la capacidad con que Wellington había esperado dotarlos. Escaseaban los hombres, el dinero y el transporte, y además la obstrucción, las dilaciones y las interferencias políticas también causaban problemas (por ejemplo, muchas unidades habían sido transferidas de los ejércitos de campaña al nuevo mando de Abisbal). Como se quejaba Whittingham:

> La memorable batalla de Salamanca ganada por lord Wellington dio a los españoles la posesión de la mejor parte de su país y les proporcionó los medios para crear ejércitos grandes y poderosos. ¿Han aprovechado estas circunstancias?

> ¿Han hecho algo por su salvación? ¡Han dedicado todo su tiempo a la creación de una maldita Constitución teniendo a su ejército olvidado y abandonado! No hemos ... aumentado en veinte mil hombres nuestro ejército en el último año ni hay en mi opinión ninguna esperanza de mejora. Hace unos cuatro meses fue enviado a Sevilla el general Freyre con tres mil quinientos de caballería ... para vestirlos, armarlos, equiparlos e instruirlos. Yo he visto una carta ... en que este general declara que no había recibido nada y que no podía ejercitar a su caballería por falta de dinero para pagar las herraduras de los caballos.[19]

Pese a todo esto, habiéndose transformado la situación a que se enfrentaba, el comandante británico planeó sin dudarlo una nueva ofensiva. Era mucho en este sentido lo que se debía a las guerrillas, o al menos a sus elementos más organizados: en los primeros meses de 1813, la situación francesa en los territorios ocupados no había experimentado la más mínima mejora. En Levante, el duro, violento y temible Agustín Nebot «el Fraile» había creado una zona liberada cuyo centro era la población de Vistabella del Maestrazgo, aislada entre montañas, que tenía sus recaudadores de impuestos, sus depósitos de armas, sus almacenes, sus hospitales, sus telares y sus municipios organizados según las disposiciones de 1812. Para vigilar a las fuerzas guerrilleras, los franceses tenían que ir dejando tantos hombres tras de sí que el ejército de Suchet hubo de hacer un alto, habiendo sido derrotado en Castalia por falta de tropas suficientes, en un intento de marchar sobre Alicante. En el sur de Aragón, Villacampa había sobrevivido a una ofensiva francesa y amenazaba con un corte de las comunicaciones entre Zaragoza y Valencia. En el norte de Aragón, Espoz y Mina, habiendo tomado la importante ciudad navarra de Tafalla, dirigía ahora sus ataques contra la comarca de las Cinco Villas, mientras que unidades de miqueletes encabezadas por Francisco Rovira y el barón de Eróles estaban cercando a las guarniciones que protegían la línea del Ebro. En La Mancha, el Empecinado resistía con éxito todos los intentos de expulsarlo de las proximidades de Guadalajara, que estaba en manos francesas. En Navarra, la guarnición de Pamplona seguía sometida a un fuerte bloqueo. Y en las provincias vascas, además de haber sido tomado el fuerte fronterizo de Fuenterrabía en un ataque por sorpresa, Santoña y Bilbao habían vuelto a quedar aisladas del mundo exterior.

Todo esto, desde luego, era el resultado de haber diseminado las guarniciones por los territorios ocupados hasta tal extremo que ya no podían cumplir la tarea asignada. De vez en cuando podían reunir algunos millares de hombres para atacar algún núcleo fortificado de la guerrilla, pero su salida de las guarniciones solía ser la señal para atacarlas, de modo que por lo general los franceses sólo conseguían rechazar por algunos días a las tropas que tenían ante sí. Disponiendo de más tropas, los franceses podían haber remediado

la situación; pero no tenían manera de conseguirlas. Napoleón no estaba ciego ante la grave situación desarrollada en el norte de España: no sólo la carretera principal de la frontera francesa a Madrid era impracticable, excepto con una nutrida tropa de protección, sino que además ahora era evidente incluso para el emperador que las zonas rurales estaban tan fuera de su control que la administración de José no podía pagar su funcionamiento. Su respuesta, sin embargo, fue una repetición del desastroso error que había cometido el año anterior. Una vez más, considerando a Wellington incapaz de pasar a la ofensiva, Napoleón ordenó a José que mandara el ejército de Portugal para contribuir a la eliminación de Espoz y Mina y demás.

No es difícil señalar los motivos de tal decisión. El ejército de Wellington, o al menos así lo creía Napoleón, había sido gravemente dañado en el curso de la campaña de otoño, y además habían llegado al emperador noticias tanto de las disensiones del campo aliado como de la posibilidad de que se utilizaran algunas tropas de Wellington, en su opinión no más de cincuenta mil hombres, para atacar a los franceses en Holanda o en Alemania. Pero este razonamiento era erróneo de cabo a rabo. Sin contar a los españoles que podían acudir en su ayuda, Wellington disponía de ochenta mil hombres, no de cincuenta mil, pues las pérdidas de la campaña de Burgos se habían recuperado gracias a nutridos refuerzos. Británicos y españoles podían odiarse a muerte, pero su alianza seguía intacta. Por último, la idea de una expedición al norte de Europa había sido firmemente rechazada, pues la administración Liverpool había decidido que daría mejor uso a sus fuerzas en la península Ibérica. Es más, el ejército disponía de más caballería y artillería que nunca, estando además mejor financiado y mandado (muchos de los subordinados menos de fiar de Wellington habían vuelto a Gran Bretaña, y uno de ellos, sir William Erskine, borracho y medio ciego, tuvo el detalle de suicidarse). Wellington continuaba siendo el de siempre, por lo que seguía encontrando muchos motivos de queja —en especial la insistencia de Londres en retirar unidades de veteranos que habían quedado reducidas a esqueleto y la constante indisciplina de los soldados—, si bien en sus momentos más distendidos se le había oído expresar la opinión de que sus fuerzas estaban preparadas para cualquier cosa. De hecho, como escribió a lord Bathurst, «nunca he visto al ejército británico tan sano ni tan poderoso ... Desde que nos acantonamos nuestras fuerzas han crecido en veinte mil hombres ... y en eficacia, infinitamente».[20]

El ejército peninsular de Wellington nunca estuvo a la altura de la leyenda que generó. Dicho esto, es cierto que en la primavera de 1813 se hallaba aún en su apogeo. El comandante británico, plenamente consciente de los sufrimientos de sus tropas el pasado invierno, se había preocupado personalmente del cuidado de los heridos, dando importantes pasos para mejorar los

servicios médicos del ejército (entre las consecuencias de esto se cuenta el hecho de que el número de enfermos que tenía fuera muy inferior al previsto por Napoleón). Consciente también de que sus hombres habían pasado muchas semanas durmiendo al aire libre y bajo la lluvia y de que frecuentemente no habían dispuesto de lo preciso para cocinar su rancho de forma adecuada, se preocupó también de la cuestión de su equipamiento. Como registró Larpent:

> El año pasado las mulas que el gobierno proporcionó a cada compañía se utilizaron para cargar las pesadas ollas de campaña de hierro, mientras que nuestros hombres carecían de tiendas: aunque se las habían proporcionado, no podían cargar con ellas. Este año lord Wellington ha conseguido ollas ligeras, una para cada seis hombres, que puede ser llevada por uno de ellos ... Este plan deja mulas libres, de modo que cada compañía ha llevado tres tiendas, lo que ... contribuye mucho a la salud del ejército.[21]

Esta mejora tuvo el aliviador efecto de aligerar la carga que llevaba cada hombre, y se supuso que ahora podían prescindir de sus pesados capotes verdes. Esta medida quizá no fuera óptima —en los Pirineos, muy lluviosos, los soldados volvieron a pasarlo muy mal— pero de momento los hombres quedaron bastante contentos. Las amargas quejas del otoño habían menguado y la confianza en Wellington era general. Se les había proporcionado nuevos uniformes y también se habían hecho grandes esfuerzos por mejorar su adiestramiento. «Estábamos muy ocupados —escribió Bell— con desfiles, instrucción y días de maniobras en el campo».[22] No es de extrañar, pues, que la moral fuera alta. Como escribió Simmons, «el ejército está muy bien de salud y de ánimo. De aquí a pocos días saldremos en campaña ... La campaña promete ser muy brillante»; y, volviendo a Bell: Wellington «siempre que se acercaba a nosotros tenía una palabra entusiasta para los hombres».[23]

Si las perspectivas de los aliados eran buenas, ello se debía en gran medida a la decisión de Napoleón de utilizar al ejército de Portugal en las provincias vascas, Navarra y Aragón. Originalmente los planes de Wellington para una ofensiva habían contado con el uso de gran número de soldados españoles. Éstos no llegaban, pero a medida que las divisiones del ejército de Portugal se dirigían, una tras otra, hacia el este, se hizo evidente que aún era posible llevar a cabo la ofensiva que, a su entender, podía conducirle hasta los Pirineos. En definitiva, Espoz y Mina, junto con los demás, podían suplir la ausencia de las tropas regulares españolas cuya necesidad había experimentado Wellington en León y en Castilla la Vieja. Mientras tanto, como siempre había pretendido, Suchet quedaría fijado por la fuerza expedicionaria anglo-sicialiana enviada a Alicante, ayudada por cualquier tropa que los españoles pudieran sacar en campaña en Levante. De los ejércitos del Centro y del Sur, los que se quedaron solos frente a los adversarios angloportugueses, no era de

esperar que resistieran, y, siendo casi seguro un avance hacia el Ebro, Wellington tenía la seguridad suficiente como para ordenar el traslado a Santander de su base adelantada.

Dada la situación, sólo una rápida derrota de la insurrección del norte podía haber salvado a los franceses. Pero era imposible. El enérgico, emprendedor y sumamente competente general Clausel, todo un descubrimiento de las campañas de 1812, fue puesto al mando del ejército del Norte, de modo que las guerrillas sufrieron el ataque de nada menos que cuarenta mil hombres. Pero la resistencia fue feroz. Por ejemplo, el 30 de marzo fue aniquilado en Lerín un destacamento perteneciente al ejército de Portugal, mientras que apoderarse del puerto de Castro-Urdiales sólo les costó una noche. Y, aún peor, cuando las partidas se sentían amenazadas en un lugar, sencillamente se volatilizaban para reaparecer en otro. Bilbao, de hecho, casi se perdió de nuevo, mientras que los éxitos obtenidos por los franceses en la práctica apenas suponían nada. Se incendiaron muchos pueblos y muchos guerrilleros fueron capturados y murieron, pero en última instancia la insurrección sobrevivió, y finalmente Clausel no tuvo más remedio que reconocer la necesidad de al menos otros veinte mil soldados.

Pero para entonces había llegado mayo y todo estaba preparado para la ofensiva de Wellington. Las operaciones se iniciaron el 22 de mayo. Mientras la División Ligera y el antiguo cuerpo de Hill se encaminaban a Salamanca, el grueso del ejército angloportugués marchaba en dirección norte bajo el mando de sir Thomas Graham. Cruzando el Duero por un puente de pontones que había sido transportado por mar, se dirigieron hacia el este, cruzaron el río Esla con ayuda de otro tren de pontones de Wellington y avanzaron sobre Valladolid. Estas órdenes, cuidadosamente planeadas y ejecutadas con brillantez, reportaron un rápido éxito. Dado que las tropas que habían dejado en la parte occidental de sus territorios eran muy reducidas y estaban demasiado dispersas por el país, al cabo de dos semanas José y Jourdan se vieron obligados a evacuar Valladolid y Madrid. Se prestó cierta atención a la idea de defender la línea de los ríos Pisuerga y Carrión, pero para entonces todas las fuerzas de Wellington se habían congregado en Toro. Dada la imposibilidad de enfrentarse a semejante acumulación de tropas, los franceses pronto retrocedieron hacia Burgos.

Para los aliados, todo esto era la revancha por los horrores del otoño anterior. Como recordaba Wood:

> Durante las primeras doscientas o trescientas millas nuestra marcha fue un agradable paseo en comparación con otras que habíamos hecho. Cruzamos una meseta deliciosa en que abundaban las verdeantes hermosuras de la naturaleza ... Todas las cosas y todos los semblantes tenían ahora un aspecto alegre, los

> hombres cantaban y contaban sus anécdotas chuscas según avanzaban por montes y valles.[24]

Parece que incluso a Wellington, normalmente reservado y nada emotivo, se le contagió la animación general, pues se cuenta que según cabalgaba cruzando la frontera, en las proximidades de Ciudad Rodrigo, levantó el sombrero en el aire y exclamó: «¡Adiós, Portugal! ¡No volveré a verte!».* La única nota desagradable de la situación se refería a la población civil, que no mostraba la animación del año anterior. Webber recordaba haber sido «recibido con repiques de campanas y vivas de todo el pueblo» en la localidad que lleva el curioso nombre de Wamba mientras que en Zamora se produjeron «demostraciones de regocijo»[25] de diversas clases. Pero bajo los vítores había un ambiente de tensión; Hennell, por ejemplo, sugiere que dos tercios de la población «lo mismo nos maldecirían».[26] Pero había buenos motivos para el cinismo. Además de haber dejado tristes recuerdos en 1812, el ejército pronto volvió a sus malas costumbres. En palabras de Kincaid:

> En cada aldea o pueblo que pasábamos nos daban la bienvenida muchachas campesinas, que solían recibirnos con guirnaldas de flores ... Y no era raro que mientras se dedicaban a esto con un regimiento, el anterior estuviera activamente ocupado derribando algunas casas para hacer leña.[27]

Desde luego, cuanto más retrocediesen José y Jourdan, mayores posibilidades tendrían de que se les unieran las tropas ausentes del ejército de Portugal o refuerzos enviados por Clausel; pero Wellington buscaba entablar batalla con afán, al disponer no sólo de sus ochenta mil hombres, sino también de veinte mil españoles del Cuarto Ejército, de quienes se decía que eran las mejores tropas españolas que el ejército angloportugués había visto hasta el momento. A todo esto, había ordenado hacía ya mucho tiempo que se reunieran en La Coruña enormes convoyes de munición y demás suministros, incluido un potente tren de sitio. Estos depósitos, trasladados a Santander, proporcionaron a los angloportugueses una segunda base que les ahorró el mantenimiento de sus líneas de comunicaciones con Lisboa, al tiempo que la dirección en que el ejército avanzaba se convertía en una ruta de escape alternativa si la campaña no iba bien. Así, en vez de perseverar en el seguimiento de los franceses a lo largo de la carretera directa a Burgos, los aliados, encaminándose en dirección norte, se introdujeron en las ásperas montañas que ocupaban la región situada al norte del núcleo fortificado francés. A continuación,

* Hay ciertos motivos para desconfiar de esta anécdota. De lo que apenas cabe duda es del optimismo general de Wellington.

girando en dirección este, amenazaron con cercar al ejército de José, de resultas de lo cual el rey intruso, precedido por un enorme convoy de refugiados, botín y carros de equipaje, tuvo que ordenar la destrucción del castillo de Burgos y la retirada al otro lado del Ebro. Pero tampoco aquí estaba a salvo, pues el ejército de Wellington, que tenía ahora un fluido contacto con Santander, volvió a dirigirse hacia el noreste, cruzando el 15 de junio las fuentes del Ebro entre Polientes y Puente Arenas. Describiendo un amplio giro a la derecha a través de parajes más ásperos que cualesquiera otros que hubiera cruzado hasta el momento, el ejército, que acababa de verse reforzado por cinco mil soldados españoles cedidos por Longa y Porlier, finalmente se lanzó en dirección sur intentando cortar la línea de comunicaciones francesa con la frontera.

La marcha del ejército aliado desde la frontera portuguesa hasta la cordillera Cantábrica es un ejemplo de brillantez estratégica sin igual en los anales de la guerra de la Independencia. En menos de un mes y casi sin combatir, los franceses habían sido expulsados de toda La Mancha, León y Castilla la Nueva. Saliendo de posiciones distantes entre sí unos doscientos kilómetros, cien mil soldados habían hecho una marcha de unos trescientos kilómetros en cuatro columnas separadas, quedando finalmente situadas en una posición tal que podían caer sobre el flanco y la retaguardia del enemigo. Gran parte de la marcha se había realizado por terreno montañoso y muy poco habitado, pese a lo cual el sistema de avituallamiento había funcionado con gran eficacia, siendo muy pocas las tropas que pasaron hambre (hubo algunas excepciones: el 19 de junio Aitchison se quejaba de que el pan era «muy, muy escaso», mientras que Wheeler afirmaba que el 21 de junio por la mañana «llevábamos once días sin ver una libra entera de pan»).[28] Y finalmente, pero no menos importante, el ejército disponía de una nueva base y se le había ahorrado la obligación de arrastrar su voluminoso tren de sitio desde Portugal.

Sólo falló una cosa en esta extraordinaria proeza: en el último minuto los franceses se percataron del peligro en que estaban y retrocedieron desde sus acantonamientos del Ebro hasta una posición más segura en Vitoria. Pero aquí se plantaron. Las razones de esta decisión eran evidentes. Habiendo sido ahora recogidas algunas de las unidades despistadas del ejército de Portugal, las fuerzas disponibles habían ascendido a más de sesenta mil hombres. De todos modos, si seguía retirándose, José corría el riesgo de quedarse sin reino, por no mencionar la pérdida de la ayuda de las tres divisiones de infantería del ejército de Portugal, que seguían ausentes pero de las que en ese momento se suponía que venían por el este bajo el mando de Clausel. Finalmente, Vitoria parecía ofrecer una excelente posición defensiva en condiciones tales que la aproximación a la ciudad sólo era posible por el oeste —la dirección por la que se suponía que atacaría Wellington—, pasando por un largo valle

con una serie de posiciones defensivas intercaladas que parecía imposible superar (por el lado derecho de los franceses corría el río Zadorra, mientras que a su izquierda tenían una línea de alturas accidentadas en gran medida inaccesible para tropas en formación).

Estos cálculos eran en su mayor parte de lo más razonable, pero suponían que la larga retirada no había afectado negativamente a la voluntad combativa del ejército. De hecho, los comandantes franceses reconocieron este problema al decidir despachar su equipaje, que incluía un enorme botín, en dirección a la frontera francesa. Y lo que era peor, ignorantes todavía de los movimientos de Wellington, José y Jourdan no contaban con el factor crucial de que las fuerzas aliadas no se les acercaban por el oeste. Ha de reconocerse que las ventajas sobre los franceses habían menguado: habiendo dejado la Sexta División para proteger la carretera de Santander y después de enviar a la mayor parte de las tropas del Sexto Ejército a amenazar Bilbao con la esperanza de cercar a la guarnición de las provincias vascas, Wellington no podía desplegar más que unos setenta y cinco mil hombres. Sin embargo, por más que las fuerzas concentradas en Vitoria estuvieran dispuestas a resistir el ataque que esperaban por el oeste, la mitad de las tropas que habían sido situadas para combatirlas les rondaban el flanco derecho y se lanzaban hacia los muchos puentes y vados del Zadorra. Dados los hechos, primero, de que durante el pasado mes toda la estrategia de Wellington había estado centrada en una serie de movimientos de flanqueo, y segundo, de que las patrullas de caballería habían descubierto que tenían al oeste tropas muy inferiores a lo que cabía esperar, parece difícil de creer que José y Jourdan no se dieran cuenta de que podía volver a suceder lo mismo. Al parecer, lo que les confundió fue la idea de que las carreteras que cruzaban las montañas situadas inmediatamente al norte del Zadorra no eran practicables para grandes concentraciones de hombres. Si Wellington estaba retirándose temeroso de un ataque frontal, de ello se seguía que sus tropas se encaminaban a Bilbao antes de describir un nuevo giro por la carretera principal que corre en dirección sureste desde la ciudad pasando por Durango. Pero éste sería un movimiento que llevaría muchos días, y las tropas que habían combatido a Mina en Navarra estaban como mucho a sesenta u ochenta kilómetros. En pocas palabras, que si las fuerzas angloportuguesas realmente se encaminaran a Bilbao, los franceses enseguida hubieran dispuesto de fuerza para lanzar un contragolpe a sus comunicaciones.

El fallo evidente de este argumento era que, habiendo trasladado su base principal a Santander, Wellington ya no tenía que preocuparse por semejante maniobra; pero, una vez más, José y Jourdan no lo sabían. Sólo en el último momento se dieron cuenta de que no todo era como parecía y enviaron algunas fuerzas de su reserva —las dos divisiones de infantería del ejército de

Portugal allí presentes, los juramentados de José y la Guardia Real, un puñado de extraviados del ejército del Norte y la mayor parte de la caballería— para que guardasen la ciudad de Vitoria y la carretera a Francia de un ataque desde el norte. También se pensó en la evacuación del extremo oriental del valle y el retroceso hasta una posición cuyo flanco izquierdo quedaba sobre el pueblecito de Berostigueta, pero Jourdan no se encontraba bien y las órdenes precisas no llegaron a enviarse a las tropas correspondientes. Aún peor, se permitió que una división de infantería entera partiese hacia la frontera acompañando la primera parte del equipaje, de resultas de lo cual a los franceses sólo les quedaron cincuenta y siete mil hombres.

De ahí que el 21 de junio, cuando se entabló la batalla, José y Jourdan se encontrasen en una situación difícil. De modo que, al no producirse el esperado ataque frontal, las primeras tropas aliadas que atacaron —el antiguo cuerpo de Hill— en vez de apostarse en las laderas de las alturas que dominaban desde el sur las posiciones francesas, enviaron unas cuantas tropas, en su mayor parte los españoles de la división de Morillo del Cuarto Ejército, para apoderse de la cresta de aquella sierra. Como recordaba L'Estrange, «un violento tiroteo por la derecha nos hizo saber que en aquella zona había empezado el baile. Se trataba de la división española de Morillo, que había entrado en contacto con la parte más avanzada del ejército francés».[29] Los españoles, aunque luchaban bien —el propio Morillo fue gravemente herido— hacían pocos progresos, pero pronto recibieron el refuerzo de tropas británicas y portuguesas. Se produjo a continuación un feroz combate:

> Estábamos ganando terreno por la falda del monte cuando topamos con un fuego certero, y entonces la batalla se mantuvo estacionaria durante cierto tiempo ... A continuación, cruzando el Zadorra [a nuestra izquierda] llegamos al pueblo de Subijana de Álava ... conservando nuestro terreno frente a toda oposición. Hubo algunos combates en el cementerio de la iglesia y algunas tumbas abiertas pronto quedaron doblemente llenas ... Como dijo el coronel Brown: «Muchachos, si no los matáis os matarán ellos: ¡adelante!».[30]

Sumamente perturbados porque Wellington hubiera sospechado lo que iban a hacer y marchase sobre Vitoria desde el sur, José y Jourdan respondieron enviando gran número de tropas a sumarse a la lucha que tenía lugar en el flanco izquierdo, pero con ello se encontraron en una situación todavía más difícil. Pues no sólo aparecieron repentinamente por las montañas del norte las divisiones Primera y Quinta y algunas tropas portuguesas y españolas adicionales, amenazando a las tropas —a la única infantería de división de Sarrut— que habían sido enviadas a defender los alrededores de Vitoria en tal dirección, sino que además el extremo derecho del frente francés se vio atacado por la División Ligera y por la Tercera División; ésta había llegado

cruzando las montañas, mientras que aquélla había aprovechado los bosques y el terreno quebrado para deslizarse a través del frente francés desde el extremo occidental del valle.

Inicialmente, las tropas aliadas situadas al norte de Vitoria no resultaron gran cosa como enemigo, pues aunque hicieron su primera aparición a las nueve de la mañana, no atacaron las posiciones francesas que tenían ante sí hasta cuatro horas más tarde. Sin embargo, la situación en el oeste era muy distinta. Parte de la División Ligera, tras cruzar el río en Tres Puentes por un puente no defendido, avanzó y, pagando cierto precio por ello, distrajo la atención de las tropas francesas situadas en el extremo derecho del frente original de José. En ese punto se hallaba George Hennell:

> Al ser el fuego denso, nos trasladamos bajo un ribazo y nos echamos. En aquel momento una bomba se acercó rebotando hacia mí, pero tuvo la amabilidad de detenerse ... a unas seis yardas de nosotros ... y al cabo más o menos de un minuto estalló sin dañar a nadie. Un minuto más tarde un cañonazo alcanzó a la columna formada del Séptimo portugués ... Mató al sargento y segó las piernas a los dos alféreces que llevaban las banderas.[31]

Hennell y sus compañeros se salvaron gracias a la Tercera División de sir Thomas Picton. Éste, habiendo salido de las montañas situadas al norte del Zadorra, supuestamente tenía que esperar que atacaran las tropas de su derecha —la Séptima División de lord Dalhousie— antes de cruzar él mismo el río. Pero Dalhousie vaciló, por lo que Picton, hombre feroz e impulsivo a quien molestaba profundamente ser el segundo de Dalhousie, decidió avanzar por su cuenta. De modo que gritando «¡Adelante, picaros! ¡Adelante, malditos guerreros!» condujo a sus hombres a través del río, ante lo cual las tropas que ocupaban la línea de frente francesa se retiraron apresuradamente a una segunda posición junto a la localidad de Aríñez.

Los franceses, bien provistos de artillería y con tropas de refresco traídas de la retaguardia, adoptaron entonces una actitud decidida. Pero su flanco derecho estaba recibiendo el ataque no sólo de la Tercera División y de la División Ligera, sino también de las tropas de cabeza de lord Dalhousie. Al mismo tiempo, apoyada por la Cuarta División, que acababa de entrar en el valle, la mayor masa artillera hasta el momento reunida por Wellington bombardeaba a los infortunados defensores. En el extremo izquierdo proseguía el feroz combate: el 71.° tuvo una desagradable experiencia al ser súbitamente atacado de flanco por una unidad a la que tomó por española. Pero en Aríñez no soportaron el ataque angloportugués. Como observa Donaldson con cierto laconismo, «después de cruzar el río nuestra división avanzó en dos líneas bajo un tremendo fuego hacia el pueblo donde estaba situada su artillería, y tras una obstinada resistencia logró expulsarlos».[32] También estaba allí presente Wood, del 82.°:

> Nuestro frente estaba expuesto a ... un regimiento francés a la derecha de la batería, pero después de recibirnos educadamente con unas cuantas andanadas violentas, que educadamente les devolvimos, ellos ... se retiraron a una espesura. Avanzamos hacia ella disparando y les hicimos retroceder ante nosotros hasta ponerlos en desbandada.[33]

Los franceses aún no estaban completamente acabados e intentaban, con un tesón admirable, formar una nueva línea con base en los pueblos de La Hermandad y Gomecha. Pero superados en número, terriblemente castigados, hostigados por los tiradores y amenazados desde el sur por Hill, que avanzaba ahora por lo más alto, sus hombres no pudieron soportar más. En palabras de Long:

> Se comportaron muy mal. Su posición era muy fuerte y con ... buen ánimo su defensa podía haber sido brillante. Pero su infantería no aguantó como yo esperaba que hiciera, debido a la naturaleza del terreno no pudieron utilizar su caballería y cuando se vieron rodeados el pánico se apoderó de todos.[34]

El propio José, cogido en plena desbandada, sólo pudo ordenar una retirada general; pero para muchos de sus hombres no había escapatoria pues, como escribió Simmons, «tenían que cruzar una hermosa llanada, lo que nos permitió hostigarlos condenadamente».[35]

En este apuro, una cosa y sólo una salvó a los franceses de la completa destrucción. Si sir Thomas Graham, a quien se había dado el mando de los veinte mil soldados enviados para atacar Vitoria desde el norte, hubiera mostrado un mínimo de iniciativa, José se hubiera visto completamente aislado, pues a Graham le bastaba con apoderarse de la ciudad —tarea relativamente fácil dada su ventaja numérica— para atrapar a casi todo el ejército francés. Pero Graham, sin desviarse de las órdenes según las cuales su objetivo primordial era cortar la carretera Madrid-Bayona, que desde Vitoria discurre en dirección noreste paralela al Zadorra, atacó hacia el este en vez de hacia el sur. Lanzándose a cruzar el río por Durana, la división española de Francisco Longa cortó acertadamente la carretera en el extremo del flanco derecho francés. Según Gomm, «su gente se portó bien y fueron de gran ayuda. Él es joven, y para uno ... tan poco acostumbrado a mandar considero su comportamiento admirable, por su buena disposición a encajar en nuestros planes».[36] Pero de Graham se puede decir mucho menos: el grueso de sus tropas quedó atascado en torno al pueblo de Gamarra Mayor. Como recordaba Douglas:

> Llegamos al pueblo, al que dimos el nombre de Gomorra, como si fuera un lugar de fuego y lava. Expulsamos al enemigo ... por el río Zadorra ... La compañía ligera se metió en una casa, en el extremo del puente, y sostuvo desde sus

> ventanas un fuego muy dañino, y mientras tanto todos los que pudieron avanzaron hasta ponerse en formación al llegar cerca de una vieja ermita. Parece que allí falló algo. Si los regimientos que habían entrado en el pueblo hubieran sido lanzados a cruzar el puente ... la ruina de los franceses hubiera sido casi tan terrible como la de Waterloo. [Pero] el enemigo parecía conocer el valor de aquel lugar y lanzó un nutrido fuego sobre los pocos que llegaron a él, obligándonos así a volver sobre nuestros pasos.[37]

Gracias a Graham, pues, los franceses tuvieron una ruta de escape: una estrecha carretera que salía de Vitoria en dirección este hacia Pamplona por el puerto de montaña de Salvatierra. Pero incluso así las cosas iban bastante mal, pues la retaguardia francesa estaba atascada por el inmenso tren de equipajes de José, y pronto todos los carruajes disponibles estuvieron atestados de fugitivos. Pero afortunadamente para el derrotado rey intruso, el ansia de botín de los aliados victoriosos le resultó de mucho beneficio. Vociferando encantados, muchos de los soldados que iban en cabeza cayeron sobre los carros inmovilizados y se entregaron a la orgía y al libertinaje. A todo esto, el territorio situado al este del campo de batalla —un laberinto de bosques, viñedos, muros de piedra y aldeas— era difícilmente practicable para acorralar a muchos enemigos, y además hay que reconocer que incluso las tropas disponibles no parecieron estar bien dirigidas. William Hay, que cabalgaba en la brigada de Anson, incluso experimentó un revés de última hora:

> En esta disposición ... pronto llegamos a la vista de la caballería francesa. Al ver nuestro avance aprovecharon un terreno quebrado ... para detenerse y formar a fin de recibirnos. Cuando nos acercamos nos pareció una locura, pues su número no llegaba a la mitad del nuestro. Nuestro trompeta tocó a la carga cuando ... sus flancos se abrieron y allí estaban, formados en cuadros, unos tres mil de infantería. Éstos abrieron un fuego tan cerrado y bien dirigido contra nuestros escuadrones adelantados que no sólo tuvimos que hacer un alto, sino que los ... escuadrones que iban en cabeza viraron, no restaurándose el orden hasta llegar por nuestro flanco una tropa de artillería de campaña ... Abrió tal fuego de metralla que vi caer a hombres como una baraja de naipes.[38]

Todavía peor fue la experiencia del oficial de estado mayor Browne:

> Mientras acompañaba a un escuadrón del 18.° de húsares en persecución del enemigo, que corría todo lo que podía, topamos con una hilera de carros de equipaje que ofrecía grandes tentaciones a muchos de los soldados ... que no pudieron resistir y se dedicaron al saqueo, mientras que otros, con sus oficiales, proseguían la persecución. De modo que el escuadrón quedó considerablemente debilitado en número, circunstancia que fue observada por la retaguardia de los franceses, a la que nos acercábamos rápidamente. Repentinamente

> destacaron un cuerpo de caballería que, cayendo sobre los del 18.º que iban en cabeza, mataron a algunos e hirieron a otros, además de hacer algunos prisioneros. Entre estos últimos me vi incluido yo mismo al haber muerto mi caballo y haber recibido yo en la cabeza un corte longitudinal dado con un sable que me puso fuera de combate.[39]

De modo que, así protegido, el grueso de los combatientes del ejército se dirigió a Pamplona (las pérdidas totales de los franceses, incluyendo los prisioneros, no superaron los ocho mil hombres). Pero su desorden era completo. Blaze, el farmacéutico, por ejemplo, describe una escena de caos:

> Galopé por entre esta turba de fugitivos, la mayor parte de los cuales habían arrojado las armas para ir más ligeros. Compartían idéntica situación: era evidente que se alejaban del enemigo porque no querían medirse con él. Sin embargo se insultaban recíprocamente, se tildaban de cobardes y de blandos y a veces peleaban entre sí. Los coches de lujo estaban ocupados por familias españolas que abandonaban su patria para sustraerse a las persecuciones que les amenazaban ... Imagínese el estado de una mujer joven corriendo por los campos ... con unas ligeras zapatillas de satén, con ropas de muselina, el estado de una madre atribulada por la edad, sostenida por su hija que lleva a su vez a su criatura en brazos. Esto es lo que se veía a cada paso; pero estas escenas desgarradoras no inspiraban más que una estéril piedad: cada uno se preocupaba de sí mismo y no podía ayudar a los demás en su desventura.[40]

De los 152 cañones de José se habían perdido todos menos uno; alrededor de quinientos cajones de artillería; cantidades enormes de material, ropa, calzado y equipamiento de todo tipo; prácticamente todos los medios de transporte que poseían los franceses; los equipajes personales del rey, del mariscal Jourdan (ambos estuvieron a punto de ser capturados) y de otros muchos altos oficiales; y la totalidad de la documentación de estado y el tesoro de José, incluidos cinco millones de francos recién llegados de Francia. Encallados en el torbellino, aparte de un enjambre de vivanderos de todo tipo se contaban muchos de los funcionarios afrancesados que habían sido el cuerpo y alma de la administración de Bonaparte. Por culpa de los errores de sir Thomas Graham la victoria no había sido total, pero incluso así los franceses se quedaron sin posibilidad de volver.

Sin embargo, como tantas veces había sucedido con anterioridad, la gloria de la victoria fue rebajada por el comportamiento del ejército de Wellington. El tren de equipajes francés capturado, como hemos visto, presentaba un aspecto extraordinario. Sir Augustus Frazer, como comandante de la artillería de Wellington, parece ser quien más se fijó en los muchos libros y papeles que había esparcidos por doquier:

505

> La escena ... superaba toda descripción. Recogí un plano tan grande como para cubrir la pared de una habitación pequeña ... Resultó ser un gran plano del ... palacio y los jardines de Aranjuez: se lo di a Sturgeon para el intendente jefe. También le di... un ejemplar hermosamente encuadernado de los reglamentos de la casa real... la biblioteca portátil de José también estaba en mi posesión, pero la deseché, pues tenía demasiadas cosas que hacer para dedicarme al saqueo.[41]

De mucho mayor interés para el ejército, sin embargo, eran otras formas de expolio. Como recordaba Bell, «cinco millones de doblones fueron abandonados por los franceses y quedaron sobre el terreno ... Había barriletes de doblones y *napoléons* ... para quien quisiera cogerlos, pero pesaban demasiado para meterlos en la mochila».[42] También había barriles con bebida, pero el rasgo más interesante de la escena quizá fueran las mujeres, las aproximadamente quinientas prostitutas, amantes de oficiales y otras damas de virtud distraída que cayeron en manos, literalmente, de los vencedores. Lo que sucedió a continuación quizá se haya exagerado: había hombres demasiado exhaustos para interesarse por algo más que comida y leña, mientras que a otros los oficiales los mantenían firmemente controlados. En medio de la confusión se produjeron también actos ocasionales de generosidad, como el del soldado de caballería inglés que recogió y cuidó a una criatura perdida que resultó ser hija del general francés Gazan, o el del sargento que se apiadó de un oficial herido y le llenó los bolsillos de dinero. No ha de culparse solamente a la soldadesca, pues también arrieros, cocheros, vivanderos y otros no combatientes se lucieron, mientras que, según Tomkinson, «los habitantes de Vitoria dejaron de saquear al día siguiente, y muchos han recuperado con holgura las sumas que habían tenido que pagar en contribuciones».[43] Para una vivida descripción de lo que sucedió basta con leer a Wheeler:

> No había avanzado mucho cuando me encontré con uno del 68.° regimiento que llevaba un pañuelo lleno de doblones. Le seguían como una docena de soldados portugueses. Uno de esos tipos ... cortó el pañuelo y los doblones cayeron. Se produjo una rebatiña general. Cuando los portugueses estaban a cuatro patas recogiendo el dinero, les arreamos con el encaje de nuestras bayonetas. Terminada esta gresca ... me dirigí en la dirección en que oía mucho ruido y enseguida llegué al lugar donde estaba el dinero. Con muchos problemas conseguí una caja pequeña de doblones y tuve la suerte de volver sano y salvo al campamento.[44]

Y, como siempre, las tropas no sólo robaron al enemigo. Las quejas de los ciudadanos de Vitoria eran muy amargas:

> Es imposible dar una idea clara de los abusos cometidos en esta ciudad ... Se hostiga al ciudadano pacífico; no se respeta la propiedad; se desvalijan casas, tiendas y despachos oficiales; y a los miembros del consejo municipal... se les obstaculiza los esfuerzos por avituallar al ejército. Pero no es éste el único problema. Los habitantes ... de los pueblos de los alrededores no se atreven a venir a la ciudad, con lo que el comercio ha caído y apenas hay comida.[45]

Wellington, ni que decir tiene, estaba furioso. Su victoria había «aniquilo por completo todo orden y disciplina», dejando al ejército «incapaz de luchar en persecución del enemigo y ... totalmente fuera de combate».[46] Sin Imbargo y pese a todo, los frutos de la victoria seguían siendo enormes. Lejos del principal escenario de operaciones, los franceses se habían mantenido bien. Por ejemplo, se había infligido grandes castigos a los insurrectos del País Vasco y Navarra, mientras que el 13 de junio la guarnición de Valencia había enfrentado en Alcira al avance de los ejércitos Segundo y Tercero. ; haber sido más enérgicos los aliados, las cosas hubieran sido muy distintas; pero las fuerzas del Empecinado, por ejemplo, se habían instalado en Madrid y sus alrededores para gozar de los frutos de la victoria, mientras que la fuerza expedicionaria anglosiciliana había echado a perder un ataque a Tarragona. Sin embargo, en los días siguientes a Vitoria el reino español de Bonaparte se deshizo como un castillo de naipes. Viendo enseguida que la partida había terminado, Suchet ordenó la evacuación de Levante y Aragón, mientras que Clausel, habiendo retrocedido apresuradamente hasta Zaragoza, permitió la vuelta a Francia de las dos divisiones que había mantenido unidas.* Mientras tanto, en las provincias vascas y en Navarra los franceses, perseguidos por los angloportugueses, se retiraron hasta la frontera, dejando guarniciones en San Sebastián, Pamplona y Santoña. En resumen, lo único que les quedó fue Cataluña, para cuya ocupación Suchet aún tenía hombres suficientes, aunque incluso allí parte del interior seguía ocupado por el Primer Ejército (si bien sólo tenía fuerza para hacer alguna salida ocasional). Con Wellington avanzando hacia los Pirineos y asediando San Sebastián, con diversas fuerzas españolas instalándose para bloquear a las guarniciones aisladas diseminadas entre Pamplona y el Mediterráneo, todo había terminado también para José Bonaparte, a quien el 11 de julio se le hizo pasar el mando de sus fuerzas al mariscal Soult y marcharse al retiro. De todos modos, por el momento no se produjo ninguna invasión de Francia. Aparte de que San Sebastián y Pamplona mantuvieran muchas tropas fijas, la guerra en el resto

*Pese a la retirada general hubo algunas excepciones. Así, se retuvieron Sagunto, Peñíscola, Denia, Jaca y el castillo de Zaragoza con la esperanza de que sirvieran de puntos de apoyo en caso de un posible contrataque, mientras que Morella, Mequinenza y Monzón ni siquiera recibieron la orden de desalojo o sencillamente resultaron imposibles de evacuar.

de Europa no iba bien, pues Napoleón había infligido tales derrotas a los rusos y a los prusianos que éstos habían acordado la mediación de Austria y un armisticio provisional. Aunque nada resultó de tales evoluciones, Wellington, creyendo acertadamente que había una oportunidad real de establecer un compromiso de paz, decidió detenerse en los Pirineos mientras la situación se aclaraba un poco; también recomendaba prudencia el hecho de que acabaran de estallar nuevas disensiones con los españoles, de quienes Wellington seguía profundamente insatisfecho. Como diría posteriormente a lord Stanhope:

> He tenido que cooperar con ejércitos en cuyas operaciones no se me permitía poner remedio ... a sus deficiencias de todo tipo. No puedo contar con que diez mil hombres hagan lo que deberían hacer quinientos, ni con que hagan algo, y mucho menos con que hagan lo que deberían hacer diez mil hombres.[47]

Hemos de dejar estas pendencias para el próximo capítulo. Ni que decir tiene que de momento la causa aliada era victoriosa. Pese a su incapacidad para utilizar el ejército español del modo en que había querido hacerlo, Wellington había logrado lanzar la ofensiva prevista. Así, los guerrilleros de Navarra y de las provincias vascas resultaron mucho más eficaces en sus operaciones de lo que la campaña de 1812 le permitía esperar: mejor armados, mejor adiestrados y más numerosos que nunca, ya no se les podía contener con guarniciones dispersas y columnas de castigo, sino que requerían la atención de ejércitos de campaña enteros. Al mismo tiempo, Napoleón había aumentado todavía más las dificultades a que se enfrentaban sus comandantes al retirar más tropas de la Península, negándose a enviar a José los refuerzos que verdaderamente hacían falta, subestimando la amenaza británica y utilizando fuerzas muy necesarias en el frente para perseguir a Espoz y Mina y demás. La situación estaba en manos de Wellington hasta el punto de que éste minimizó tanto el desorden como el hostigamiento. Además, una vez el ejército estuvo en camino, la situación seguía favoreciendo a Wellington, pues José y Jourdan se veían obstaculizados a cada paso por las enormes caravanas que inevitablemente acompañaban a sus fuerzas, por no mencionar su propia mediocridad en el campo de batalla en tanto que comandantes. Por otra parte, en 1813 los franceses salían perdedores en la gran diferencia de calidad entre las fuerzas disponibles por cada parte: mientras que las tropas españolas que en aquel momento estaban en campaña eran infinitamente superiores a las levas de los años anteriores, mientras que el ejército angloportugués estaba seguro de sí mismo, se había endurecido en los combates y era casi imposible de derrotar, los soldados de Napoleón estaban cada vez más exhaustos y desmoralizados.

Dicho esto, sin embargo, explicar Vitoria sólo en términos de factores

estructurales sería perjudicar a Wellington, pues las dudas y titubeos del otoño de 1812 habían desaparecido. Al reaccionar con rapidez a las circunstancias cambiantes, Wellington se había dado cuenta de lo que podía hacer sin los españoles y había seguido adelante sin ellos. Burlando por completo a los franceses y avanzando con sus fuerzas por terrenos tan ásperos y desiertos que algunos de ellos nunca habían sido objeto de un combate, obligó repetidamente a los franceses a retirarse maniobrando ocasionalmente para adoptar una posición que hubiera permitido culminar la campaña con una gigantesca batalla de cerco. Mientras tanto, dando un ejemplo clásico del uso ofensivo del poder naval, gracias a la creación de una nueva base en Santander, el ejército angloportugués se había visto liberado de la preocupación constante de mantener sus lazos con Lisboa. Tal como resultó, lo de Vitoria no había funcionado del todo como se había planeado, pero en cualquier caso la batalla era un buen punto final para una gran campaña y, lo que es más, al coste de sólo cinco mil bajas.

La guerra, sin embargo, no había terminado. A todos los efectos prácticos el reino español de Bonaparte estaba muerto y enterrado; pero la mayoría de las tropas francesas habían escapado indemnes, de resultas de lo cual al otro lado de los Pirineos pronto se empezaron a concentrar nuevos ejércitos. Por sí mismas, desde luego, tales fuerzas no podían lograr más de una o dos victorias locales; pero, como Wellington apreciaba perfectamente, la guerra en el centro y el este de Europa ocupaba a muchas fuerzas francesas, y de ninguna manera podía darse por ganada. Austria, Rusia y Prusia aún podían ser derrotadas, mientras que las divisiones entre los aliados eran tales que no había garantías de que una potencia u otra no establecieran una paz separada. Al conferir de algún modo más credibilidad a Gran Bretaña en el continente, Vitoria había servido de ayuda (aunque no es cierto, como algunas veces se ha dicho, que fuera la noticia de la batalla lo que llevó en agosto a Viena a la guerra), pero la idea de Napoleón bajando por los Pirineos con la *grande armée* no era como para considerarla con ecuanimidad. Así como en el período 1808-1812 el éxito francés en la Península se había apoyado en la derrota de Austria, Prusia y Rusia, del mismo modo en el período 1813-1814 el éxito aliado en la Península se basaría en su propia victoria.

Capítulo 17, LOS PIRINEOS: LA INVASIÓN DE FRANCIA, JULIO-NOVIEMBRE DE 1813

Agachadas tras el dique y empapadas todavía tras la violenta tormenta de la noche anterior, las tropas presenciaron la salida del sol y bracearon mientras cruzaban el estuario. Pese a que al otro lado del río reinaba el silencio, la prueba a que se enfrentaban era una perspectiva desalentadora, pues aunque la marea estaba baja, había más de un kilómetro hasta la otra orilla, la mayoría de los vados por los que se suponía iban a pasar los atacantes no habían sido explorados y las aguas podían crecer con devastadora rapidez. De todos modos, una vez dada la señal, una unidad tras otra pasaron sobre el dique y empezaron a avanzar por la arena. Las tropas que iban en cabeza muy pronto se pusieron a vadear el estrecho canal, que con la marea baja era todo lo que quedaba del río, pero para su sorpresa, no se oyó un disparo durante un largo rato. Sólo al acercarse los soldados que iban delante a la orilla opuesta se oyeron los primeros mosquetes enemigos, e incluso entonces pronto se apreció que la única oposición procedía de unos pocos piquetes. Desde más lejos, tierra adentro, llegaron ruidos que revelaban una resistencia más dura, pero por lo menos aquí no había duda de que los casacas rojas habían tenido éxito.

Era un momento histórico, pues el río que las tropas habían cruzado era el Bidasoa, y el terreno que ocupaban en la otra orilla no era español, sino francés. Y sin embargo, no deja de ser un tanto curioso que hubiera sido un Wellington claramente remiso quien el 7 de octubre de 1813 ordenase a sus hombres cruzar el río. Aunque animado por las noticias de que Austria había entrado en la guerra y, más adelante, de que los ejércitos aliados por lo menos habían tenido éxito al evitar una derrota decisiva en un importante enfrentamiento con Napoleón en Dresde el mes pasado, el cuartel general británico estaba muy receloso con las potencias del este. Como escribió el cuñado de Wellington, Edward Pakenham, «me inclino a pensar que será mucho lo que

dependa de los acontecimientos en el norte: verdaderamente empiezo a darme cuenta ... de que Bonaparte puede aprovecharse de las envidias de los aliados para dañar gravemente la causa».[1] Pero la derrota o defección de Austria, Rusia y Prusia no era el único peligro. Pues no estaba nada claro que Wellington pudiera seguir contando con la ayuda española. Incluso aunque Napoleón permaneciera fijado en el este, parecía que la invasión sería una campaña dura. Según el propio Wellington:

> Es un error muy común entre los desconocedores de los asuntos militares creer que el éxito militar carece de límites. Tras haber conducido a los franceses desde las fronteras de Portugal ... hasta las fronteras de Francia, todos esperan que invadamos Francia, e incluso hay aquí quien espera que de aquí a un mes estemos en París. Nadie parece tener una visión adecuada de nuestra situación ... Un ejército que ha ... luchado en batallas como las que han tenido lugar bajo mi mando, necesariamente ha de estar muy deteriorado ... El equipamiento del ejército, sus municiones, el calzado de los soldados y demás requieren renovación; hay que abastecer los depósitos para las nuevas operaciones ... y han de adoptarse muchas disposiciones sin las cuales el ejército no duraría ni un día ... Considerad, además, que esta nueva operación es la inva sión de Francia, país en el que todos son soldados, en que la totalidad de la población está armada y organizada por personas que no son, como en otros países, inexpertas en el uso de las armas, sino hombres que ... por lo menos en su mayoría han servido en algún lugar.[2]

Tampoco le iban bien las cosas al ejército de Wellington. En las provincias vascas y en Navarra el verano no es la estación del sol abrasador del sur de la Península, y además parece que en 1813 el clima fue especialmente malo. Con el ejército empapado por la lluvia incesante, la decisión de librar a los hombres de sus capotes se consideraba especialmente imprudente. La enfermedad estaba muy extendida —en un momento dado, por lo menos un tercio de las tropas británicas de Wellington estuvieron fuera de combate—, y además eran muchos los temores respecto de la disciplina y la confianza general en el ejército. El 9 de julio la dispersión era tan general que Wellington informó de que se habían ausentado sin permiso doce mil quinientos hombres, mientras que el pillaje había proseguido sin cesar. Robinson se lamentaba:

> Pintamos la conducta de los franceses en este país con ... colores crudos, pero podéis estar seguro de que nosotros hacemos al pueblo mucho más daño que ellos ... Allí por donde vamos, la devastación señala el rastro de nuestros pasos.[3]

Finalmente, con el ejército instalado en las fronteras de Francia, la deserción se había convertido en un problema. Ya hubiera sido suficientemente

malo que las deserciones sólo afectasen a las unidades formadas por desertores y prisioneros de guerra: por ejemplo, los Chasseurs Britanniques, nominalmente franceses, en una sola noche perdieron ciento cincuenta hombres. Pero, a todas luces, el problema era mucho más general. Veamos un ejemplo:

> La deserción es terrible, prácticamente incontable, en especial entre las tropas británicas. No me sorprende que los extranjeros se vayan ... pero, a no ser que persuadan hábilmente a los soldados británicos, no hay constancia de que se hayan ido en tan gran número como ahora lo hacen.[4]

Como si esto no fuera suficiente, estaba también la cuestión de los españoles. Pues las relaciones con las autoridades españolas habían caído aún más bajo incluso que en 1809, y todavía complicó más las cosas la presencia continuada en Cataluña de abundantes efectivos franceses, por no mencionar el hecho de que el inicio del invierno estaba causando grandes daños a los harapientos y mal alimentados soldados españoles, mientras que un comandante tras otro informaban de que sus hombres estaban hambrientos y enfermaban a centenares. A todo esto, también había que considerar las cuestiones interrelacionadas de la conducta de los ejércitos aliados y el peligro que supondría una invasión para la resistencia popular: dado que probablemente el comportamiento de los casacas rojas sería bastante malo, obviamente era también probable que españoles y portugueses cayeran sobre el pueblo con la mayor crueldad. Como observó Edward Buckham, «los españoles, entusiasmados con la perspectiva de entrar en las ricas llanuras de Francia, afirman jactanciosos que a los franceses les había llegado el momento de pagar "la fiesta y el ajo"».[5] Aunque Wellington manifestó su esperanza de no necesitar los mapas de Francia que había solicitado al mando de la caballería e insistía en haberlos pedido porque esos eran tan buenos como cualesquiera otros, en última instancia apenas tenía elección. Gran Bretaña tenía que ofrecer nuevas garantías de su compromiso de lucha por temor a que, de no hacerlo, el emperador pudiera aplicar el «divide y vencerás». De ser así, a ojos de Wellington el mejor lugar era el frente pirenaico, pues no tenía garantías de que el gobierno británico no le ordenase súbitamente mandar el grueso de sus tropas al norte de Alemania o a Holanda, en la creencia de que la frontera española estaría segura en manos de españoles y portugueses (tras lo de Vitoria, los comunicados de Londres habían dejado caer en varias ocasiones la idea absolutamente impracticable de fortificar los Pirineos a la manera de las líneas de Torres Vedras). Pero la falta de entusiasmo era notoria:

> He visto que, como de costumbre, los periódicos de todas partes despiertan las expectativas del público y que los aliados están deseosos de que entremos en Francia, y que nuestro gobierno ha prometido que lo haremos tan pronto

> como el enemigo sea finalmente expulsado de España . Creo que me inclinaré un poco por las opiniones de los aliados si tal cosa puede hacerse con seguridad para el ejército, aunque reconozco que preferiría dedicar mi atención a Cataluña tan pronto como haya asegurado esta frontera.[6]

La situación sólo ofrecía gran tranquilidad en un aspecto, y era que Wellington se enfrentaba a un enemigo con un pasado de derrotas constantes, pues a finales de julio y de nuevo a finales de agosto los franceses habían sido gravemente castigados en otra serie de combates cuando intentaban auxiliar las importantes plazas fuertes de Pamplona y San Sebastián. La primera había sido bloqueada y la segunda asediada: incluso con los nuevos recursos de que ahora disponía, Wellington sólo podía organizar un asedio formal cada vez, y se había decidido optar por San Sebastián debido a que era más débil y accesible y estaba abierta al reaprovisionamiento por mar. Y sin embargo, San Sebastián seguía siendo un hueso duro de roer. Situada en un estrecho promontorio que se introducía en el mar entre las aguas del golfo de Vizcaya y el amplio estuario del río Urumea, era una ciudad difícil de tomar y bien fortificada —era «la fortificación más recia que jamás vi, con excepción de Gibraltar», escribió William Dent—,[7] y su gobernador, el general Louis-Emmanuel Rey, era un burdo y malhablado veterano del ejército borbónico que estaba deseoso de ganar fama. Disponiendo Rey de una guarnición de tres mil infantes y artilleros experimentados, había estado haciendo todo lo posible por prepararse para un asedio, habiendo ya infligido varios reveses duros a las fuerzas españolas —las antiguas guerrillas del campo guipuzcoano habían dado origen a una división del Cuarto Ejército—, que el 29 de junio de 1813 se habían situado en torno a la ciudad.

Para empeorar la situación, Wellington cometió un grave error. La ciudad podía atacarse por dos frentes: el recinto provisto de bastiones que cerraba el cuello de la Península en que se hallaba y, por su parte este, la antigua muralla medieval, Urumea arriba. Indudablemente era en esta última donde más fácil resultaba abrir una brecha, y en consecuencia fue la que Wellington escogió. De haberse hundido la moral de la guarnición (como al parecer esperaba el comandante británico) todo hubiera ido muy bien, pero se mantuvo firme, y en consecuencia hubo problemas. Pues sólo era posible acercarse a la muralla del río con marea baja, e incluso así sólo vadeando el Urumea o lanzándose en dirección norte por su orilla occidental bajo un mortal fuego de flanqueo desde los bastiones que guardaban el territorio lindante con la ciudad. Y, lo que aún era peor, cualquiera que fuese la opción adoptada, las trincheras más cercanas habían de estar necesariamente a más de media milla de distancia. Finalmente, y pese a su comportamiento en Vitoria, se entregó el mando del asedio a sir Thomas Graham, valeroso pero no destacable en ningún

otro aspecto, «por cuyo motivo —escribió Aitchison— me alegra que no vayamos a tener más relación con el asedio que hacer gaviones ... para el mismo a cierta distancia».[8]

El asedio, así pues, resultó un feo asunto. Desde el principio los franceses opusieron una resistencia desesperada. Las operaciones contra la ciudad se iniciaron el 7 de julio, pero hubo que expulsar a los defensores del reducto adelantado que habían organizado en un convento exterior a las murallas, mientras que los sitiadores, obligados a cavar en dunas de arena para instalar muchas de sus baterías, veían deshecho su trabajo al poner sus cañones en posición. «Empujábamos y gritamos "¡viva!" por lo menos veinte veces hasta poder mover una pulgada un cañón de 24 libras», se quejaba el comandante de artillería Frazer.[9] Frazer opinaba que el funcionamiento de la artillería de los franceses no era muy bueno, pero para los soldados de las trincheras la cosa era muy distinta:

> La batería de la media luna nos tenía sometidos a un verdadero diluvio de disparos. El teniente Armstrong estaba al mando del equipo de trabajo, que hizo todo lo posible por cavar un agujero para abrigarnos de aquel fuego incesante, pero sin éxito debido a que la tierra se derrumbaba tan pronto como la sacábamos, y apenas quedó un hombre intacto ... Los que se libraron ... se reunieron al abrigo de las murallas [del barrio de San Martín], aunque tampoco aquí había seguridad, pues por puertas y ventanas salían tiros que rebotaban en las murallas hiriendo a muchos, y caían por doquier piedras y proyectiles de mortero que herían a unos y cegaban a otros ... Apenas nos habíamos metido en el abrigo cuando cayó en el suelo, dando vueltas y con la mecha encendida, una bomba grande. Armstrong se quedó mirándola, yo entonces me eché a su lado y tirando de él lo arrastré, poniéndolo tras un muro roto casi en el momento en que explotaba.[10]

En consecuencia, durante doce días no fue posible empezar a bombardear las murallas, período en el cual los atacantes ya habían sufrido más de trescientas bajas. De todos modos, el 22 de julio todo parecía preparado:

> Ayer a mediodía la brecha ... era perfectamente practicable al haber sido completamente nivelada la muralla ... Los cañones habían hecho cada uno más de trescientos disparos ... diarios entre el alba y el anochecer ... Gran parte de la ciudad ha sido destruida por nuestros disparos. Las casas al hundirse y el rugir de los cañones producen un estrépito horroroso.[11]

De haberse lanzado inmediatamente un asalto, la ciudad hubiera caído —la mayor parte de su cañones, por ejemplo, habían sido silenciados—, pero por diversos motivos Graham decidió retrasar el ataque hasta el 25 de julio. Ni que decir tiene que esto permitió a Rey preparar una serie de sorpresas

desagradables para los atacantes, mientras que el bombardeo extra en nada les ayudaba, pues para las tropas que atacaban desde la orilla del río (que era el plan de Graham) la nueva brecha que había producido resultaba casi inaccesible. Si a todo esto se añade el descuido más extraordinario en los preparativos para el propio asalto, las consecuencias eran de prever. Fueron pocos los hombres que alcanzaron las brechas, y de éstos, la mayor parte murieron o fueron heridos enseguida. En cuanto al resto de los atacantes, amontonados en la estrecha faja de tierra que había entre las defensas y el límite de la marea baja, también fueron diezmados por un potente fuego, viéndose finalmente obligados a retroceder hasta su punto de partida. Como recordaba el sargento Douglas, de los Roy al Scots:

> A la espera de que la marea estuviera lo suficientemente baja para que los hombres pudieran llegar a la brecha, amaneció cuando salimos de las trincheras; teníamos que mantenernos cerca de la muralla para apartarnos del mar todo lo posible, y desde lo alto de las murallas caían sobre las cabezas de nuestros hombres troncos, bombas, granadas de mano y todo tipo de armas arrojadizas que pudieran herir o matar ... Los que combatieron en la brecha se encontraron con que era amplia y bastante practicable por abajo, mientras que por arriba ... de allí a la calle había por lo menos veinte pies ... Cabe hacerse cierta idea del fuego destructor del enemigo [si digo] que la marea dejó en la playa más hombres de los que cabrían en una carreta de pescado, muertos en el agua por disparos de la guarnición ... Y al no estar la marea suficientemente baja en el momento del ataque, los que cayeron heridos y podían haber sido rescatados fueron arrastrados por la corriente, que es allí muy rápida. Además tampoco era cosa fácil para los hombres mantenerse en pie, pues las piedras eran muy resbaladizas.[12]

En el cuartel general aliado, este rechazo tan costoso se recibió como un golpe importante: «Evidentemente lord Wellington estaba muy disgustado por el resultado del ataque, como tuve ocasión de comprobar cenando aquel día con él; en la mesa apenas habló con nadie».[13] Y otro tanto sucedió al llegar noticias de que a unos cincuenta kilómetros tierra adentro había densas masas de tropas francesas cruzando los puertos de Maya y Roncesvalles camino de Pamplona. Hemos de buscar los orígenes de esta gran contraofensiva en los acontecimientos del campo francés subsiguientes a la caída de José Bonaparte. Se había puesto en manos del mariscal Soult el mando tanto de los vencidos supervivientes de la campaña de Vitoria como de las grandes reservas estacionadas en Bayona. Sin lugar a dudas esto era, por una parte, un último desaire a José, que como hemos visto había tenido que padecer la presunción y la insubordinación de Soult, pero también era una medida descarnadamente realista: por ávido de dinero y poco de fiar que hubiera sido, «el

rey Nicolás» era uno de los escasos comandantes subordinados a quien Napoleón podía confiar un mando que ascendía a casi ochenta y cinco mil combatientes y, lo que es más, acaso fuera la única oportunidad de convencer a Austria, que ya daba vueltas a la idea de unirse a los aliados, para que permaneciese neutral. En cualquier caso, lo que hacía falta era una contraofensiva inmediata. En consecuencia Soult, desplegando enormes energías, se lanzó a la tarea de preparar a sus hombres para el combate. Seguía habiendo problemas graves —la moral y la disciplina de la tropa eran muy frágiles y andaban tan escasos de transporte que cuando finalmente el ejército volvió a cruzar la frontera, iba con raciones sólo para cuatro días—, pero en el momento en que las operaciones de San Sebastián alcanzaban su punto culminante, los franceses ya estaban en marcha.

Por meritorios que fueran los esfuerzos del mariscal —al lanzar a sus tropas a cruzar la frontera por Maya y Roncesvalles, Soult confundió a Wellington, cuyos hombres estaban diseminados por toda la comarca entre Pamplona y el mar—, no acaba de verse su objetivo; pues aunque consiguiera levantar el cerco de Pamplona, Soult no tenía medios para reponer sus vituallas, y le hubiera resultado difícil mantener por mucho tiempo a sus fuerzas con la producción local. De todos modos, aun no siendo así, la ofensiva pronto topó con problemas. En la propia frontera se obtuvo cierto éxito. Pues, pese a haber tenido a raya a los franceses durante todo el día, sir Lowry Colé, comandante aliado de Roncesvalles, perdió la cabeza y abandonó el paso de montaña por la noche, mientras que en Maya, tras encarnizados combates, los franceses llegaban también a lo más alto. Entre las bajas se contaba Joseph Sherer, del 34.° de a pie:

> En menos de dos horas mi piquete y las compañías ligeras nos vimos duramente enfrentados al avance del enemigo, realizado en su totalidad por compañías de *voltigeurs* ... Aquellos tipos luchaban con ardor, pero defendimos nuestro terreno con más fuerza de lo que esperaban y les causamos graves pérdidas ... Pero ahora el número de enemigos aumentaba a cada momento: cubrían los campos inmediatamente situados frente a nosotros y a nuestro alrededor ... Ahora el enfrentamiento era ... muy desigual. Vi a las dos terceras partes de mi piquete ... destruidas. Entre otras víctimas valerosas cayó dignamente nuestro capitán de granaderos, lleno de heridas; nuestro coronel [estaba] herido sin esperanza, y ... [yo mismo] fui hecho prisionero. Debo la conservación de mi vida, respecto de la cual me sentía ... indiferente, a la intervención de un oficial francés que hizo bajar los mosquetes a su sección de cabeza ... discurseándoles que *un franjáis sait respecter les braves.*[14]

También estaba allí presente Bell, del mismo regimiento:

> Avanzar contra semejante adversario era la muerte, pero tal era la orden, y avanzamos hacia nuestra destrucción. El coronel... quedó fuera de combate el

> primero, gravemente herido. El capitán de granaderos (Wyatt)... recibió un tiro en la cabeza ... Mi joven colega del grupo de oficiales, Phillips, también murió ... Fueron heridos otros siete oficiales ... Varios regimientos trepaban por la colina en auxilio nuestro tan rápidamente como podían. El antiguo cincuenta [los del 50.° de a pie] y [los del] 39.° recibieron una buena soba ... Los del 92.° estaban en línea, e irrumpieron por entre los franceses dándoles un buen meneo. Superados en veinte a uno, aguantaron como un muro de piedra ... Cuando se retiraron, sus cadáveres eran como una barrera opuesta al enemigo que avanzaba.[15]

Si bien apenas podía considerarse que las acciones de Roncesvalles y Maya fueran una gran derrota, en cualquier caso, sí supusieron un contratiempo. Las tropas que intervinieron, en líneas generales, combatieron bien —los del 82.°, en desventaja por andar escasos de munición, incluso recurrieron a lanzar piedras al enemigo—, pero al final hubo varias situaciones de desorden: Keep, por ejemplo, dice que vio al 34.° «retirándose con la mayor rapidez», y reconoce que también su regimiento, el 28.°, se vio «momentáneamente obligado a retroceder».[16] En cuanto a la retirada que se produjo a continuación, rápidamente tomó el cariz de una desbandada:

> Al abandonar esta posición se apoderaron de nuestros pechos los sentimientos más deprimentes. No se oía ni una voz, ni un sonido, salvo el paso lento y los murmullos ocasionales de los soldados malhumorados, mezclados con los gritos y lamentos de los heridos ... En tal situación continuamos marchando ... durante toda aquella triste noche por entre las montañas, los bosques y la lluvia, y había tanto barro en el camino ... que era difícil avanzar por él... Estábamos enredados por carros, caballos ... muías, equipaje y artillería dañada, junto con los materiales de artillería y demás equipo que llenaban las carreteras, y no había manera de liberarnos de esos obstáculos.[17]

Wellington estaba muy disgustado, pero su ejército en modo alguno estaba quebrantado. El ala de Roncesvalles del ejército de Soult penetró en España bajo la dirección del propio mariscal, y el 27 de julio había llegado a unos quince kilómetros de Pamplona; pero le cortó el camino una nutrida fuerza aliada que se había apostado en lo alto de una sierra entre las localidades de Sorauren y Zabaldica. Se hallaba al mando el propio Wellington, que acababa de llegar al campo de batalla procedente de su cuartel general de Lesaca (para gran satisfacción de las tropas, que, animadas por la confianza que tenían en su dirección, celebraron su repentina presencia con vítores entusiastas), mientras que más al sur estaban a la espera más fuerzas aliadas, españolas en su mayoría. Obligado a atacar de frente el 28 de julio sin el apoyo de las tres divisiones que habían forzado el paso de montaña de Maya (estas

fuerzas, mandadas por el singular indolente Drouet, habían visto retrasada su marcha por una combinación de mal tiempo y exceso de prudencia), Soult se esforzó por oponerse a la habitual ventaja de los angloportugueses en ese tipo de combates sirviéndose de una pantalla de tiradores de mucha profundidad. Para una buena descripción de la escena podemos recurrir a Browne, que cabalgaba con el estado mayor de Wellington:

> Al amanecer se observó que las columnas francesas estaban formadas en columnas de ataque y dispuestas para la batalla. Eran columnas muy profundas, y ... avanzaban sin interrupción al frente en las masas más impresionantes que jamás he visto ... Los granaderos enemigos, con sus gorros de piel de oso con plumas rojas y sus levitas azules, parecían la más belicosa de las unidades. Según avanzaban destacaron a sus tiradores, a quienes se enfrentaron las tropas ligeras británicas, y así empezó el trajín de aquella jornada sangrienta... No recuerdo haber presenciado nunca un encuentro tan tremendo.[18]

Se produjeron a continuación combates encarnizados: de hecho, Wellington se refirió a él como «un puro aporreamiento».[19] El sargento Lawrence, del 40.°, estuvo en el meollo de la situación:

> Los oficiales nos habían ordenado no disparar hasta poder obtener buenos resultados, pero la situación se presentó enseguida, pues los franceses hicieron una salida rápidamente, dispararon primero y nosotros les respondimos ... Nunca he visto a lo largo de mis campañas hacer tantos estragos de una sola andanada: cayeron casi todos los hombres de sus dos primeras filas, y de inmediato cargamos contra ellos, persiguiéndoles monte abajo y causándoles mucho daño. A continuación volvimos a nuestra cima, donde el capitán nos felicitó y nos elogió por nuestro valor ... Dos horas más tarde el también valeroso enemigo volvió a intentar desalojarnos ... pero de nuevo fueron ... arrojados monte abajo. Nuestro comandante nos volvió a felicitar, y dijo: «No creo que ... intenten enseguida un tercer ataque», pero ... antes de que pasaran cuatro horas volvían a atacar. Algunos de nuestros hombres parecieron flojear entonces ... pero nos reagrupamos y nos preparamos para el encontronazo con ellos ... lanzamos otra de nuestras mortíferas andanadas contra sus filas y a continuación cargamos contra ellos ... a la bayoneta como perros de presa rabiosos.[20]

Enfrentado a semejante resistencia, Soult no lograba hacer ningún avance, y praticamente su único éxito aquel día fue poner en fuga a dos batallones españoles que habían sido apostados en una colina, y al final de la jornada los franceses estaban de vuelta en sus posiciones de salida.

La comida era insuficiente, habían caído quizá cuatro mil hombres de Soult y más tropas angloportuguesas se acercaban para sumarse a la acción, y, evidentemente, la ofensiva había quedado en ruinas. En consecuencia, el

mariscal hubiera hecho bien retirándose de inmediato, pero justamente en el momento crucial oyó que por fin llegaban por su retaguardia derecha los hombres de Drouet, lo que le decidió a avanzar hacia el noroeste a través de las estribaciones de los Pirineos, en un intento de dividir en dos el Ejército de Wellington y llegar a San Sebastián. Este plan, que era en el mejor de los casos una empresa arriesgada y que se puso en marcha en la noche del 29 al 30 de julio, condujo al desastre. Su única posibilidad de éxito consistía en retirarse secretamente del campo de batalla de Sorauren, pero como cabía esperar, Wellington se percató de que las fuerzas francesas que tenía ante sí habían empezado a alejarse poco a poco en dirección a su propia retaguardia derecha. Tan pronto como amaneció, el 30 de julio los vencedores de la batalla de hacía dos días descendieron de sus posiciones en las alturas y atacaron a sus desafortunados adversarios. Cogidos en una situación desesperadamente desventajosa, casi sin comida, desmoralizados por la derrota y carentes de la jefatura de su comandante, que se había adelantado para unirse a Drouet, los franceses fueron completamente derrotados. Según William Wheeler:

> Cincuenta cornetas tocaban a la carga y los tambores ... redoblaban al son de la música. Toda la brigada se lanzó a la carrera, acompañada de tres vítores británicos. El concierto era demasiado fuerte para los nervios de Monsieur ... y como si el demonio fuera a coger al último salieron disparados colina abajo quedando así a nuestra merced: era el único modo que tenían de escapar. Les perseguimos pegados a sus talones y enseguida les alcanzamos en una pequeña meseta, [donde] pronto se agruparon como un rebaño de ovejas. El lugar estaba muy poblado de espesos matorrales y monte bajo con algunos alcornoques. Mientras les hostigábamos con un fuego encarnizado, tomaron la decisión de revolverse contra nosotros y nos amenazaron con el sabor de su acero ... Ahora empezaba el tirón de la guerra ... Como sólo podían avanzar unos cuantos cada vez ... muchos quedaron con el cráneo fracturado por las culatas de los fusiles ... Su número descendió rápidamente al escaparse algunos y por sus pérdidas de muertos y heridos, siendo el resto apresados.[21]

En algunos sitios los combates aún eran feroces: por ejemplo, un nutrido grupo se hizo fuerte en Sorauren durante dos horas, mientras que el primer batallón del 82.° de a pie tuvo graves pérdidas. Wood recordaba que «en menos de diez minutos la mitad de mi compañía ... quedó fuera de combate y yo mismo fui gravemente herido por una bala de mosquete».[22] Pero a mediodía todo había terminado, y los supervivientes al mando de Soult huían hacia la frontera o se retiraban por la carretera de Maya para reunirse con el mariscal. A distancia, por el noroeste, las tres divisiones de Drouet obtenían en Lizaso una victoria menor sobre Hill, pero no le quedaron tropas capaces de explotar su éxito, por lo que estaba claro que no tenían más esperanza que la huida.

519

Con su línea habitual de comunicaciones cortada por las tropas aliadas, que habían avanzado desde Sorauren, los treinta y cinco mil hombres que estaban con Soult y Drouet se vieron forzados a retirarse por malas carreteras secundarias hacia el valle del Bidasoa. Aunque se beneficiaron de cierta combinación de fatiga y confusión en el campo aliado, los franceses pronto se vieron perseguidos, continuando varios días de feroces combates mientras Soult y sus hombres se abrían camino por entre las montañas y bosques que abundan en la región. Las bajas francesas eran elevadas, y hubo un momento en que pareció que podía cercarse todo su ejército, pero pese al despliegue de valor por parte tanto de británicos como de españoles y de portugueses, finalmente los invasores se fueron, y establecieron en la frontera una sólida posición defensiva.

Así terminó la gran contraofensiva francesa, aunque las bajas aliadas también habían sido altas: casi trece mil hombres habían muerto, cayeron heridos o apresados, y muchos de los supervivientes estaban diseminados por el país viviendo del pillaje. Tanto la disciplina como la moral se habían arruinado, y la menor presión produciría una desbandada que hubiera obligado a Wellington a adentrarse profundamente en el suroeste de Francia. Por un momento se consideró la idea de una invasión, pero el comandante británico la abandonó enseguida. El descanso fue bienvenido, pues las relaciones anglo-españolas volvían a ser presa de un grave desacuerdo. Debido a una combinación de obstrucción por parte de las autoridades de Cádiz, ruina del gobierno local, devastación de las zonas rurales, por muchas antiguas guerrillas y, sobre todo, falta de ingresos, en la campaña de 1813 habían combatido muchos menos españoles de lo que Wellington pretendía. De todos modos, los errores de Napoleón habían permitido obtener éxitos y los españoles que habían salido al campo de batalla se habían comportado bastante bien, como consecuencia de lo cual Wellington dejó de estar irritado. Además, habiéndose eclipsado los franceses, el camino para una mejora general de las relaciones parecía abierto. Pero no sucedió tal cosa. Por el contrario, la reducción de la amenaza francesa convenció a muchos españoles de que podían actuar sin Wellington. De hecho, en palabras del *Diario de Gobierno de Sevilla*, España parecía ser ahora «la liberadora de Europa»:

> España ... ha salvado [a Europa] sin duda ... Rusia y su emperador Alejandro han dado un golpe mortal a la dominación fantástica de Francia, pero España ha tenido sujeto a este monstruo ... para que se le pudiese así clavar el puñal ... Rusia ha vencido sus ejércitos, y los ha perseguido sin desmayo, pero España había descorrido antes en sus campañas de cinco años el velo que escondía a los ojos de las naciones la debilidad de este poder que se anunciaba irresistible ... Rusia con sus triunfos ha levantado de nuevo al continente contra el tirano; pero España había antes despertado a Rusia con los suyos: Rusia

> ha hecho ver a los pueblos, que no sean esclavos si no quieren serlo, pero para probárselo ha tenido que presentarles al pueblo de España como ejemplo. Nada, en fin, se puede hacer, ni se ha hecho, por la salvación de Europa en que España entró dando el primer impulso.[23]

De ahí que, incluso antes de los combates de Vitoria, los dirigentes liberales conspirasen para lograr la renuncia de Wellington, labor para la que contaron con el gustoso apoyo del ministro de la Guerra, el general Juan O'Donojú. Para desembarazarse de Wellington se decidió recurrir al general Castaños, que era aún comandante del Cuarto Ejército y en el que no tenían ninguna confianza debido a sus lazos con Galicia, donde la actitud antiliberal estaba en pleno crecimiento. De modo que el 15 de junio se ordenó al vencedor de Bailén, sin darle explicaciones, que renunciara a su mando y volviera a Cádiz para ocupar un lugar en el Consejo de Estado, mientras que varios de sus subordinados, entre ellos su sobrino Pedro Agustín Girón, eran también trasladados o destituidos. Estos actos (o, más exactamente, el nombramiento de nuevos comandantes sin consultar a Wellington) constituían un claro incumplimiento de las condiciones en que había aceptado ser comandante en jefe, y Wellington estaba furioso. Como escribió a Henry Wellesley:

> Te quedaré muy agradecido si reúnes a Argüelles, Ciscar, Vega, Toreno y cualesquiera otras personas que pudieron haber estado interesadas en mi nombramiento al mando del ejército español y ... les dices que si no recibo alguna satisfacción por el insulto que para mí han sido esas dos posiciones ... me resultará imposible seguir al mando ... Por las medidas adoptadas considero que se tiene intención de hacer la guerra a los obispos en Galicia,* para lo cual deduzco que no se considera a Castaños y Girón instrumentos adecuados. Me gustaría además que aproveches la ocasión para indicar a esos caballeros el peligro y la imprudencia de tales medidas. Ahora dependerá del arzobispo de Santiago que tengamos o no una guerra civil en nuestra retaguardia. Si la tenemos, ya podemos despedirnos de todas nuestras comunicaciones y de todo tipo de suministros, y pronto padeceremos las consecuencias. Desde luego, tendría gracia que tras haber empezado la guerra ... teniendo al clero y al pueblo a favor ... nos viéramos obligados a abandonar por tener en contra al clero y al pueblo.[24]

De todos modos, no había ningún movimiento inminente, y la Regencia decidió subir la apuesta todavía más, por lo que desautorizó por completo el acuerdo establecido en Cádiz en enero de 1813, aduciendo que no podía

*Ha de recordarse que por diversos motivos (entre ellos, como indicaba Wellington, la actitud de los obispos locales) Galicia había llegado a ser un importante centro de opinión antiliberal.

considerarse comprometida por la palabra de su predecesora. Pero adoptar esta actitud era jugar con fuego, pues Wellington, neutral hasta el momento en la lucha entre liberales y serviles, ahora insinuaba no sólo que había que derribar al régimen gaditano, sino también que Gran Bretaña tenía que retirarse de la Península. Como escribió a Bathurst:

> Nosotros ... estamos interesados en ganar la guerra en la Península, pero las criaturas que gobiernan en Cádiz ... no tienen el mismo interés. Lo único que les preocupa es alabar su insensata Constitución. Todos y cada uno de ellos saben que no puede ser llevada a la práctica, pero a su vanidad le interesa metérsela al pueblo por el gaznate. Sus opiniones referentes a la Inquisición son del mismo tipo ... En Galicia los obispos y el clero se han resistido abiertamente a esta ley, y ... la población de aquella provincia no está nada favorablemente dispuesta hacia el nuevo orden de cosas. En Vizcaya la gente ha rechazado con decisión ... aceptar la Constitución, por ser un golpe a los privilegios de su provincia ... Me parece a mí que en la medida en que España haya de ser gobernada por las Cortes según principios republicanos, no cabe que esperemos ninguna mejora permanente. Amenazar con la retirada de la ayuda y no hacerlo si no se producen mejoras sólo empeoraría las cosas. Vos sois quien mejor podéis juzgar si ... retirarse, pero reconozco que no creo que España pueda servirnos de ayuda como aliado ... si no se suprime el sistema republicano.[25]

De modo que a lo largo de todo el verano Wellington y Henry Wellesley hicieron lo que pudieron para que Cádiz se echara atrás. En esto fueron de lo más sinceros, pues aun estando irritados deseaban de todo corazón salvar la alianza. De hecho, como escribió Wellington, «estos tipos son unos tristes vagabundos pero hemos de tener paciencia con ellos, y el estado de Europa y del mundo, y en especial el de España, exigen que no renuncie al mando del ejército español, si puedo evitarlo».[26] Mientras, Wellington, Castlereagh y Bathurst debatían entre bastidores los pros y los contras de intervenir en la política de la España patriota. En conjunto, a los políticos la idea les encantaba, pero Wellington no se mostró ni a favor ni en contra. Así, en un momento dado escribió: «Los celos causados por la intervención de extranjeros en sus problemas internos son una característica de todos los españoles, y cualquier declaración del gobierno británico en contra de los liberales les conferiría más peso y más poder del que ya tienen»; y en otro: «Es prácticamente imposible que semejante sistema pueda durar ... Os ruego que me hagáis saber si, caso de encontrar una buena oportunidad de golpear a la democracia, el gobierno aprobaría que lo hiciera».[27] De todos modos, finalmente se rechazó la idea de dar un golpe —independientemente de cualquier otra cosa, el 1 de octubre las Cortes tenían que ser sustituidas por sus sucesoras «ordinarias», y se esperaba de ellas que fueran más amistosas—, lo cual no significa

que todo les fuera bien a los liberales. Wellington creía que antes o después habría una rebelión, lo que, seguía diciendo, «nos permitiría a nuestra vez manifestarnos abiertamente».[28]

Para salvarse de este destino, a Cádiz le bastaba con echarse atrás en lo referente a Castaños y a Girón, pero no hubo señales de tal retractación. Mientras tanto, el comportamiento del ejército angloportugués no contribuyó a mejorar las cosas. En la lejana frontera, tras la retirada del ejército de Soult el asedio de San Sebastián continuaba. Con más cañones de sitio trasladados por mar se instalaron diversas baterías nuevas, y el 26 de agosto prosiguió el bombardeo. Otra vez su blanco era el vulnerable frente del río, en cuyas defensas pronto se abrieron dos grandes huecos, y con la marea baja del 31 de agosto miles de soldados británicos y portugueses se lanzaron contra los defensores. Esta vez no hubo errores. Así, para evitar la congestión, mientras una columna seguía el camino delimitado por la marea alta, una segunda vadeaba el Urumea desde trincheras cavadas en la otra orilla. Al mismo tiempo, el ataque se caracterizó por el temible uso de la artillería: cuando las tropas francesas que defendían las brechas, que no eran tan accesibles como al principio había parecido, obligaron momentáneamente a detenerse a las tropas asaltantes, las baterías de sitio abrieron fuego sobre las cabezas de los atacantes, barriendo a los defensores. Tomkinson escribió: «El fuego de la artillería sobre la muralla estuvo magníficamente dirigido. Mirábamos al punto al que disparaban y ... veíamos como daban en el blanco un cañonazo tras otro».[29] De modo que al cabo de dos horas las fuerzas angloportuguesas habían superado las murallas, pero durante cierto tiempo aún se prolongaron los combates dentro de la ciudad, al haberse atrincherado Rey en muchas calles y casas. Aun así, eran ya muy pocas las tropas francesas que se mantenían en pie, y al final de la tarde —el ataque se había lanzado a las once de la mañana— los supervivientes de la guarnición habían retrocedido hasta el interior del castillo que coronaba el elevado extremo septentrional de la Península en que se hallaba la ciudad.

En gran medida San Sebastián había sido una historia de ingenuidad y heroísmo: las bajas aliadas ascendieron a 2.376, y Douglas nos ofrece una gráfica descripción de los horrores experimentados en la brecha:

> Yo avanzaba haciendo uso de mi fusil a modo de muleta, pues había recibido una perdigonada en la pierna derecha ... La escena ante mí era verdaderamente horrorosa. Allí podías ver... piernas y brazos quebrados, algunos con las ropas en llamas y muchos no diré muertos, pero tan maltrechos que no podían valerse. No esperaba llegar con vida a mi trinchera, y los disparos, no contentos con privarme del uso de una pierna, me dejaron además sin muleta ... En contra de lo que esperaba llegué a la trinchera, que presentaba un aspecto horroroso. Estaba literalmente llena ... de muertos y moribundos. Era de lo más

> penoso ver a aquellos pobres tipos. Uno hacía todo lo que podía con un brazo de menos; otro tenía el rostro tan desfigurado ... que no le quedaba ni rastro de rasgos humanos; otros se arrastraban con la pierna sujeta sólo por una tira de piel; y, lo peor de todo, había quien intentaba meterse las tripas dentro.[30]

Especialmente digno de mención fue el valor desplegado por las tropas portuguesas que vadearon el Urumea. Según Hennell:

> Es imposible que unas tropas se hubieran comportado mejor que los portugueses ... estaban en pie en medio del agua y sobre ellos ... caían metralla y fuego de mosquetes, que derribaron a la mitad del primer regimiento que avanzaba, pese a lo cual no se apresuraron ni se diseminaron, sino que siguieron avanzando con regularidad hacia la brecha ... para admiración de todos los espectadores.[31]

Pero ahora la escena se torna terriblemente lóbrega. Como hemos visto, las ciudades tomadas al asalto eran universalmente consideradas por sus conquistadores como legítima recompensa, y en San Sebastián la tarea de controlar a las tropas se hizo aún más difícil por las confusas luchas callejeras con que terminó la acción bélica, por no mencionar el número insólitamente alto de oficiales que habían caído debido a los desesperados esfuerzos precisos para hacer que los hombres, titubeantes, entraran por las brechas. Pese a la presencia de partidas de alguaciles que rondaban por las calles aplicando sumarias penas de azotes, el resultado era inevitable. Como escribió Gleig:

> Tan pronto como el combate empezó a desvanacerse se produjeron los horrores del saqueo y la rapiña. Afortunadamente había pocas mujeres en el lugar, pero apenas puedo pensar sin un estremecimiento en el destino de las pocas que había. Las casas fueron saqueadas, los muebles destrozados, las iglesias profanadas, las imágenes despedazadas; las bodegas de vinos y licores fueron violentadas y las tropas, que ya eran presa de pasiones violentas, enloquecieron completamente debido a la embriaguez. El buen orden y la disciplina se perdieron por completo. Los oficiales dejaron de tener el menor control sobre sus hombres y, a la inversa, éstos controlaban a los oficiales, y en modo alguno es cierto que varios de éstos cayeran en manos de sus hombres cuando intentaban en vano hacerles volver a un estado de subordinación.[32]

Como en los casos de Ciudad Rodrigo y Badajoz, sería fácil reproducir páginas y páginas de este tipo de relatos. Baste con decir que Vivían observó que «nunca vi aplicar semejante castigo a un lugar»; Harley que «no puedo proporcionar una descripción adecuada de las horribles escenas que se produjeron»; y Schaumann que «los horrores perpetrados en Magdeburgo ...

durante la guerra de los Treinta Años eran juegos de niños comparados con lo sucedido tras la caída de San Sebastián».[33] Por lo menos Schaumann exageraba —la población civil no fue enteramente pasada a cuchillo, como sugiere—, pero incluso así fue común el asesinato y los sufrimientos del pueblo extremadamente graves. «Los poquísimos habitantes a quienes vi no decían nada —escribió Frazer—. Estaban como paralizados y estupefactos de horror y parecían mirar a su alrededor con indiferencia.»[34] Y a los horrores del saqueo se añadieron los del fuego: debido a una combinación de explosiones y descuidos de los soldados borrachos, se produjo una gran conflagración y pronto las llamas consumieron el núcleo de la ciudad.

Para justificar el saqueo se ha alegado con frecuencia que los habitantes de San Sebastián eran partidarios de los franceses, y posteriormente que habían colaborado con Rey en la construcción de las barricadas y atrincheramientos con que éste intentó frustrar el asalto. Esta versión estaba tan extendida que hasta el propio Wellington la repetía, y en la medida en que puede discernirse, se creía lo que escribía:

> En el curso de la investigación a este respecto ha surgido un hecho que reconozco no había oído con anterioridad y que es poco sospechoso... que los habitantes ... cooperaron con el enemigo en la defensa de la ciudad, disparando finalmente sobre los aliados.[35]

Acaso haya aquí algo de verdad, al menos en lo que se refiere a algunos de los principales habitantes de la ciudad. Pues para muchos de los comerciantes y fabricantes de San Sebastián —además de un importante puerto, la ciudad era el centro de una zona de actividad industrial considerable— el antiguo régimen había supuesto más que nada discriminación económica, pues el estatuto privilegiado de las provincias vascas conllevaba entre otras cosas estar excluidos de las aduanas de la frontera española. En pocas palabras, que los bienes exportados desde Guipúzcoa (y, por tanto, de Vizcaya, Álava y Navarra) al resto de España tenían que pagar una pesada tasa, que últimamente se había incrementado de modo constante como medio de presionar a las personalidades locales. Y lo que acaso fuera peor, San Sebastián había sido además específicamente excluida del decreto que abría el imperio español al comercio con todos los puertos de España. Como si todo esto no fuera suficiente, las industrias de Guipúzcoa —primordialmente el hierro y el lino— ya padecían graves problemas estructurales incluso antes del inicio de las guerras francesas, por lo que éstas les habían causado aún más pérdidas. Viviendo en la ciudad una fuerte comunidad francesa que en 1808 no había sido molestada, y que posteriormente fue marginada al dominar la tradicional asamblea provincial elementos muy interesados en mantener la situación, no era pues

sorprendente que tras sus muros floreciese la colaboración, pues lo que San Sebastián necesitaba era la abolición del privilegio vasco (como le ofrecía José Bonaparte) o la unión con Francia (como le ofrecía Napoleón).

Pero en última instancia todo esto es irrelevante. A diferencia de Badajoz, San Sebastián nunca había estado ocupada por las fuerzas angloportuguesas, por lo que los soldados no la conocían. Aunque desde luego, la actitud profrancesa de sus dirigentes tampoco puede excusar los horrores padecidos por su población. Lo que sucedió fue sencillamente una desgracia; y, desde luego, un crimen de guerra. Y en términos políticos fue, naturalmente, un desastre. Así, el jefe político de Guipúzcoa envió a la Regencia una airada protesta acusando a los angloportugueses de haber cometido una masacre; a todo esto la historia, que había crecido considerablemente según la contaban, fue recogida por unos cuantos periódicos liberales, de uno de los cuales se sabía que lo publicaba un empleado del Ministerio de la Guerra. Entre las declaraciones que circularon una afirmaba que Wellington había ordenado la destrucción de la ciudad a fin de eliminar la amenaza que suponía para el comercio británico. Según *El Duende de los Cafés:*

> Discurrimos sobre estos hechos, y nuestra imaginación se pierde en un abismo insondable... Entretanto no nos olvidamos del comercio que en tiempo de paz hacía San Sebastián con Francia, y que tanto perjudicaba al de la Gran Bretaña... Nos acordamos de que era una plaza marítima, y que con poco costo tendría un puerto muy regular bajo un gobierno sabio.[36]

De esto, la mayor parte era, sencillamente, absurdo. Dejando a un lado que San Sebastián no suponía ninguna amenaza comercial para Gran Bretaña, Wellington había desaconsejado específicamente a Graham un bombardeo general de la ciudad, y cuando le fue sugerido se había opuesto al uso de cohetes, concretamente porque su única utilidad era incendiar ciudades. También hay que tener en cuenta los avisos enviados a Graham sobre la necesidad de atar corto a los hombres tras el asalto. Y sin embargo, absurda o no, la acusación fortaleció la resistencia a Wellington, y cuanto más protestaban los británicos, más inclinados estaban los españoles a aferrarse a su dignidad. Como escribió un periodista al ser reprendido por sus críticas:

> Los españoles siendo ... libres en sus opiniones políticas no puede coartárseles esta facultad sin comprometer el honor de la nación ... En nada creo haberme excedido, ni menos dejarme llevar de un indiscreto rencor hacia el gobierno británico ... Sólo he estimulado el celo de mis compatriotas españoles para inclinarles a sostener una lucha igual con los escritores ingleses, para que ni aun con la pluma queden vencidos por ningún extranjero.[37]

Por ello, esperar que los liberales y sus seguidores facilitaran las cosas a Castaños y a Girón era exageradamente optimista. En realidad lo único positivo es que el ejército era claramente leal a Wellington. De modo que en Valencia y en el este de Aragón las guarniciones que Suchet había dejado tras de sí habían sido bloqueadas por tropas del Segundo y Tercer ejércitos, y otras tropas pertenecientes a estas fuerzas se habían sumado para un nuevo ataque a Tarragona de las unidades aliadas enviadas desde Sicilia a Levante el año anterior. Un estúpido error de su nuevo comandante, lord William Bentinck, hizo innecesario que la totalidad del Tercer Ejército marchara para unirse a Wellington; pero esto se disimuló en parte por el hecho de que el Primer Ejército saliera de su seguridad en las montañas y atacara a cierto número de unidades francesas aisladas (lo que no impidió que Suchet evacuase la guarnición de Tarragona e infligiese a Bentinck un duro revés en Ordal).

Sin embargo, como era de esperar, fue en el frente pirenaico donde los españoles tuvieron su principal oportunidad de lucirse. Soult, habiendo hecho todo lo que pudo por restaurar la moral de sus castigadas fuerzas tras el encuentro de Sorauren, intentó salvar San Sebastián. El 31 de agosto —el propio día de su toma— una columna de sus tropas se dirigió hacia allí directamente cruzando el río Bidasoa en las proximidades de Irún, mientras que otra daba un rodeo tierra adentro y trataba de penetrar por las líneas aliadas en Vera. Se produjeron a continuación dos acciones bélicas distintas. Junto a la costa, los franceses se vieron frente a los elementos adelantados de las fuerzas que Wellington había dejado para cubrir el asedio de San Sebastián. Éstas, formadas por tres divisiones del Cuarto Ejército, se apostaron en una altura que domina el Bidasoa conocida como alto de San Marcial. Sin temor a las masas francesas que avanzaban, aguantaron a pie firme, y tras esperar hasta que la infantería enemiga hubo llegado al punto más alto, la expulsó disparándole una única andanada y procediendo después a cargar a la bayoneta. Dos ataques fueron rechazados de este modo, pero un tercer asalto les aseguró los altos. Por unos momentos los españoles, exhaustos, vacilaron, pero finalmente una división de refresco rechazó a los también vacilantes franceses. Fue una victoria exclusivamente española, pero de todos modos los españoles se la debían a Wellington:

> En San Marcial... situé a las tropas españolas en una posición conocida en todo el país por su seguridad ... Aquella misma tarde ... mientras estaba sentado en una piedra observando lo que sucedía, se me acercó un individuo —uno de sus oficiales— y me dijo que le habían rogado ... que me dijese que les resultaba imposible seguir aguantando y me pidiese el envío de mis tropas en su ayuda. Miré con mi catalejo y observé que los franceses ya estaban en movimiento para retirarse ... «Bueno —dije—, ¿no sería mejor que mantuvieran un poco más su posición y se ganasen el honor de la jornada, en vez de cedérselo

> a nuestras tropas?» Así lo hicieron, y ahora veo ... que la consideraron una de sus mayores victorias[38].

Habiendo sido abandonada la otra punta de la ofensiva francesa después de las demostraciones aliadas contra su flanco izquierdo, cabía pensar que la victoria de San Marcial hubiera supuesto mucho para contrarrestrar los efectos de la toma de San Sebastián. De hecho, es difícil no sospechar que, al ser una victoria plenamente española, contribuyera a suavizar las cosas en Cádiz. Y sin embargo San Marcial no tuvo ningún efecto en los consejos de gobierno españoles —de hecho, mas bien quedó oscurecido por las informaciones según las cuales un grupo de grandes de España había ofrecido el trono a Wellington a cambio de su promesa de convertirse al catolicismo—, mientras que el hostigamiento de los británicos por las autoridades locales cada vez planteaba más y más obstáculos. En su base clave de Bilbao, por ejemplo, el Ayuntamiento volvió a poner en vigor reglamentos que prohibían el movimiento de carros a través de la ciudad, mientras que en Vitoria y en otras ciudades se negó a los británicos el uso de los edificios que necesitaban para alojamiento, depósitos y hospitales. Mientras tanto, en Santander se buscaba por contrabando a los buques de transporte británicos, y en un momento dado la totalidad del puerto —que era entonces la principal base británica— fue puesta en cuarentena pretextando unas fiebres contagiosas que supuestamente se habían declarado en un hospital militar británico.

Ni que decir tiene que el efecto de todo esto fue enfurecer a los británicos. Mientras tanto, la irritación de Wellington se veía incrementada por hechos como los siguientes: las vituallas que recibían los ejércitos españoles en el norte procedían de almacenes británicos; no llegaban suministros de los territorios liberados; y la intendencia y el comisariado españoles costaban más de mantener de lo que producían en dinero y en especie. Y sin embargo el estado de miseria que seguían padeciendo los ejércitos españoles —además de tener una grave carencia de alimentos ahora se veían expuestos a la lluvia y el frío de un invierno pirenaico— no era meramente el resultado de las maquinaciones gaditanas. Vizcaya, Álava, Navarra y Guipúzcoa, que verosímilmente nunca podrían cubrir las demandas de las decenas de miles de hombres concentrados en su territorio, se veían ahora alcanzadas por la revolución liberal. Mas no fue ésta una experiencia agradable. Para las personalidades locales, que eran quienes más se beneficiaban de los fueros, supuso un golpe considerable a sus intereses natos, y para la masa de la población, la conscripción y el aumento de las contribuciones (en gran parte de la zona, ni la Iglesia ni el feudalismo planteaban grandes problemas). Mientras, tanto los robos de las tropas (españolas, británicas y portuguesas por igual) como el hecho de que la cosecha de 1813 se hubiera visto dañada por una serie de

tormentas desastrosas empeoraron las cosas. Y para coronarlo todo, el poderoso Espoz y Mina se encontró con que ya no podía seguir siendo «rey de Navarra» y que el gobierno de Cádiz esperaba de él que entregase al nuevo jefe político la autoridad política que, de hecho, había disfrutado hasta el momento.

Todo esto significaba que las provincias fronterizas se convertían en otro foco de descontento. En Bilbao, por ejemplo, se hizo un intento de resistencia a la nueva administración política, mientras que Espoz y Mina desafió a las nuevas autoridades y es sabido que mandó a un pelotón fusilar un ejemplar de la Constitución. Mientras tanto, a un nivel más popular, en Vergara hubo graves desórdenes relacionados con los impuestos, mientras que en Olite y en otros lugares fueron atacados e incluso asesinados merodeadores británicos. De todos modos, aunque los desórdenes experimentados en la región más directamente afectada por la guerra en otoño de 1813 fueron particularmente intensos, España seguía en su totalidad presa de agitaciones de uno u otro tipo. Así, en Levante la retirada de los franceses de Valencia supuso la extensión hacia el norte de los disturbios antifeudales ya comunes en los dos últimos años en las zonas septentrionales de la región, mientras que también en Castilla y Aragón hubo enfrentamientos con los antiguos señores, aunque generalmente por medios legales. A todo esto, pese a la extensión del descontento, el 10 de noviembre de 1813 las Cortes resolvieron que siempre que pudieran presentar los títulos correspondientes a sus propiedades, se confirmarían los derechos territoriales de la nobleza (en pocas palabras, que el pueblo podía despedirse de sus sueños de redistribución de la tierra). Pero un motivo de inquietud mucho más importante que éste era la política fiscal de las Cortes. Pues además de gemir bajo el peso del reclutamiento, el pueblo tenía que soportar un sistema de contribuciones mucho más estricto basado en una nueva «contribución única» que adoptaba la forma de un impuesto gradual sobre los ingresos. Aunque en teoría era mucho más justa que la multitud de tasas a las que sustituía, era también más difícil de sortear, y además ciertas peculiaridades de su procedimiento de cálculo producían grandes desigualdades en su aplicación. Así, las contribuciones fiscales de Sevilla descendieron de modo espectacular, mientras que las de distritos como Segovia y Guadalajara se multiplicaron por cuatro e incluso por cinco. A todo esto, para añadir la ofensa al daño se ordenó el pago inmediato de un tercio del dinero del año 1813-1814 que debía cada provincia. No es de extrañar que el resultado fuese caótico: la situación del pueblo era tan desesperada que incluso los partidarios de los liberales solicitaron en ocasiones la suspensión del nuevo sistema, y en marzo de 1814 se habían ingresado menos del 25 por 100 de los 161 millones de reales pedidos a cuenta.

Confirmada tras muchas discusiones la necesidad de crear gendarmerías rurales y una guardia nacional reclutada solamente entre las clases acomodadas,

la decisión final de las Cortes de inclinarse del lado de los pudientes antes que del pueblo, en el mejor de los casos no hizo nada por reducir el bandolerismo en las zonas rurales, y ello pese a lo terrible de una justicia como la aplicada a una banda de salteadores procesados en Jaén en junio de 1813 (cuatro de sus cabecillas fueron sentenciados a muerte y el resto a condenas de entre seis y diez años de trabajos forzados). De todos modos, tampoco el patriotismo era una defensa ante los salteadores. Donaldson relata un encuentro con una mujer misteriosa que acababa de ser asaltada y que resultó ser nada menos que la casi santificada Agustina de Aragón.* Mientras tanto, también se hacían sentir otros problemas que habían surgido a lo largo de los últimos años en diversas partes del país. Incluso en las regiones fronterizas estaba resultando difícil hacer que muchos de los guerrilleros se dirigieran contra los franceses, mientras que en el interior se comportaban con harta frecuencia, en el mejor de los casos, como ejércitos de ocupación en miniatura. Pero al mismo tiempo, también en las unidades regulares la deserción y las ausencias presentaban unas cifras muy elevadas. Pero lo más dañino eran los decididos esfuerzos que hacían los representantes locales de los serviles por minar la autoridad de todos los que estaban contaminados de liberalismo. Así, por ejemplo en Santander, el jefe político, Alvaro Flórez Estrada, se veía continuamente hostigado por el capítulo catedralicio y derrotado en sus intentos de ocupar los escaños de la provincia en las Cortes ordinarias con ciudadanos leales. De modo parecido, en Mallorca, elementos del clero local estimularon graves desórdenes contra el gobierno del Ayuntamiento constitucional. Por algo, pues, habían promulgado en junio las Cortes una orden que prohibía a los miembros del clero expresar incluso en privado cualquier opinión que pudiera considerarse denigrante, inspirar oposición o socavar la autoridad del régimen. Pero los serviles tenían más de un medio para alcanzar sus objetivos. Especialmente útil era la acusación de traición. Pues al haber acudido muchos de ellos a Cádiz desde provincias ocupadas por los franceses, con frecuencia los liberales fueron objeto de la acusación de ser agentes enemigos, como sucedió en el caso de José López Juana Pinilla, intendente de Guadalajara y distinguido experto en finanzas.

Pero para Wellington todo esto era irrelevante. Lo único que en realidad le importaba era que las tropas españolas que habían llegado al frente estaban literalmente muertas de hambre, por lo que se habían convertido más en una carga que en una ayuda. Mientras tanto, como si no fuera suficiente, las fuerzas a las que consideraba responsables del caos parecían seguir dedicadas a frustrar sus esfuerzos por restaurar el orden, haciendo al mismo tiempo todo lo posible por retrasar el maldito día en que serían barridos del poder, o al menos

*Vease pagina 109.

así lo esperaba él, en las elecciones de las Cortes ordinarias (particularmente dignos de consideración fueron en este último aspecto los esfuerzos de las «primarias» liberales por prohibir la elección de sacerdotes en la nueva cámara, por permitir a los miembros de las Cortes originales conservar sus escaños hasta que llegaran sus sustitutos de provincias y por asegurarse de que el nuevo parlamento se reuniera en Cádiz y no en Madrid).

Aunque los liberales no siempre tuvieron éxito en estas maniobras —la elección de sacerdotes, por ejemplo, nunca se prohibió—, Wellington aún estaba sumamente disgustado, y finalmente el 5 de octubre presentó su dimisión. Sin embargo, unos pocos días antes las Cortes constituyentes o «extraordinarias» que se habían reunido en 1810 habían sido finalmente sucedidas y sustituidas por las «ordinarias». Los británicos siempre habían albergado la esperanza, al igual que los serviles en este punto, de que la nueva corporación fuera menos radical que su predecesora, cuya actitud liberal era generalmente atribuida a la excesiva influencia de Cádiz. Se produjo aquí un error de cálculo considerable, al lograr los liberales mantener una posición fuerte en la nueva asamblea. De todos modos, aunque el margen de la victoria fuera menor de lo esperado, el cambio seguía siendo suficiente para superar a las fuerzas que se oponían a Wellington. De modo que, habiendo sido condenado el comportamiento de la Regencia tanto por una comisión especial creada para investigar el asunto como por el Consejo de Estado, los frenéticos esfuerzos de los liberales por inclinar la votación final en su favor fracasaron, y en consecuencia el 28 de noviembre de 1813 por la noche el general británico fue confirmado en el mando por una mayoría de 59 votos contra 54.

Para entonces, sin embargo, el asunto de Castaños y Girón en gran medida había dejado ya de importar. Como hemos visto, en otoño de 1813 el caos que reinaba en su retaguardia y la imposibilidad de depender del apoyo español habían sido factores destacados para disuadir a Wellington de emprender operaciones ofensivas en Francia. De todos modos, las consideraciones diplomáticas habían inclinado la balanza, y el 7 de octubre cruzaron la frontera miles de hombres británicos, portugueses y españoles. Mientras la Quinta División tomaba por sorpresa a los franceses vadeando el estuario del Bidasoa, la División Ligera y poderosos elementos del Cuarto Ejército trepaban tierra adentro a las alturas que dominaban el río. En el sector litoral del frente el éxito fue inmediato, pues eran pocas las fuerzas francesas que había en la zona. Entre las tropas que vadearon el río estaba el alférez Gronow, de los Guards; para él, esta batalla fue su bautizo de fuego:

> Iniciamos el cruce del Bidasoa hacia las cinco de la mañana y al poco rato la infantería, la caballería y la artillería se vieron en territorio francés. Por el punto en que lo vadeamos había unos cuatro pies de profundidad, y de haber

> sabido Soult lo que estábamos haciendo, el paso del río hubiera sido una ardua empresa. Tres millas más allá descubrimos al ejército francés y en seguida nos vimos bajo el fuego. La sensación de haberse convertido en un blanco ... al principio no es especialmente agradable, pero uno se acostumbra ... Poco despues de que empezásemos a responder a sus disparos el ejército francés estaba en plena retirada, y tras un poco de ... combate, en que nuestra división tuvo algunas bajas, tomamos posesión del campamento ... del ejército de Soult. Las cabañas de los soldados nos parecieron muy cómodas: estaban hechas de ramas y retamas y formaban ... calles que tenían carteles con los nombres, como rue de París, rue de Versailles, etc.[39]

Habiendo sido fortificadas las montañas en dirección este con una cadena de reductos, hubo algunos combates encarnizados antes de que los defensores huyeran. De todos modos, acosados por la División Ligera, un cuerpo de élite, no pudieron tener a raya a los atacantes. Como escribió Leach, del 95°:

> La acción empezó al subir nuestro tercer batallón a una pequeña colina en que los franceses tenían un pequeño puesto avanzado. Tras un vivo encontronazo el enemigo fue expulsado de allí... y la brigada del general Kempt pudo, gracias a un movimiento hacia su derecha y a un fuego por el flanco, rechazar a una nutrida fuerza de infantes franceses, que de no haber salido huyendo como zorros ahumados en sus madrigueras hubieran caído prisioneros. A lo largo de estas operaciones, la brigada del coronel Colbourne tuvo que cumplir una tarea mucho más ardua. No podía atacar por el flanco a sus adversarios, por lo que se vio obligado a avanzar de frente contra ellos ... Un reducto tras otro ... fueron tomados a la bayoneta, y sus defensores cayeron víctima de disparos o de heridas de bayoneta o huyeron por el monte.[40]

Sólo en su extremo izquierdo, donde se hallaban instalados en una altura dominante llamada La Grande Rhune, pudieron aguantar los franceses, si bien incluso aquí abandonaron al día siguiente sus posiciones por haberse convertido en indefendibles. Con sólo mil seiscientas bajas, españolas la mitad, la operación había sido todo un éxito, y además parecía que nada impediría a Wellington adentrarse en territorio francés, pues las tropas de Soult estaban desmoralizadas y su número era mucho menor.

Pero el ejército aliado frenó su avance una vez más, lo que permitió a Soult retirarse a una nueva posición defensiva tras el río Nivelle. Como anteriormente sucediera, los motivos eran políticos. Aunque en Cádiz gradualmente los acontecimientos iban favoreciendo a Wellington, no había garantías de que la batalla fuera a ganarse, y menos aún de que las fuerzas españolas que formaban al menos la cuarta parte de sus efectivos en campaña pudieran seguir en activo. Y, aún peor, también con los portugueses estaban experimentando problemas graves. Estando ahora los franceses muy

alejados de sus fronteras, las autoridades tenían pocos motivos para proseguir su incesante lucha con el pueblo en lo que a la conscripción se refiere. Al mismo tiempo, los graves problemas económicos subsiguientes al traslado del principal puerto de suministros británicos a Santander suponían que las tropas tendrían ahora peor avituallamiento que nunca. Finalmente, el resentimiento hacia los británicos era grande, e incluso se temía que España estuviera decidida a invadirlas. Haciendo un esfuerzo considerable, Beresford logró evitar una crisis, si bien en un momento dado pareció que el contingente portugués, vital para el ejército, quedaría reducido a nada. A todo esto aún proseguían la campaña de Alemania, que por lo que Wellington sabía todavía había de prolongarse, y de Pamplona, cuyo bloqueo mantenía fijadas a importantes fuerzas españolas, así como a dos de las divisiones angloportuguesas de Wellington.

Sin embargo, el 31 de octubre se rindió la hambrienta guarnición de Pamplona, con el resultado de que ya no pudo seguir aplazándose un nuevo avance. De modo que el 10 de noviembre por la mañana, mientras varias divisiones contenían el ala derecha de los franceses, cincuenta y cinco mil soldados aliados avanzaron contra las escabrosas colinas y montañas en que se hallaba la posición del centro izquierda de Soult. Los franceses tenían sesenta mil hombres y habían sembrado por la línea del Nivelle una compleja red de reductos y otras fortificaciones, pero además de hambrientos y desmoralizados los hombres de Soult estaban muy diseminados. Al cabo de dos horas, la División Ligera había tomado al asalto el reducto que los defensores conservaban en un punto elevado que se llamaba Petite Rhune. Simmons escribió:

> Algunos potentes cañonazos dieron la señal de avanzar, y al momento todos se pusieron en marcha subiendo por aquella acusada pendiente. Y aunque se nos opusieron obstáculos de naturaleza extraordinaria, nada pudo frenar el ardor de los valerosos hijos de Gran Bretaña.[41]

A todo esto, al llegar el mediodía las tropas se hallaban escalonadas en la parte derecha de la montaña, ya dentro de las posiciones francesas. El combate había sido muy encarnizado por ambas partes y hubo muchas bajas. Entre los caídos se contaba Robert Blakeney, que «habiendo recibido un tiro que me astilló los huesos de la pierna ... pedí [al teniente Vincent] ... que me dejase apoyado en un árbol que había allí cerca ... y a continuación ... vitoree al regimiento».[42] También cayó William Wheeler. Habiéndonos dejado este último un magnífico cuadro del punto de vista del soldado común sobre un tiroteo, merece la pena citarlo con cierta extensión:

> En lo alto de la colina tenían una reserva, que avanzó propinándonos un golpe ... Fui herido en ambas piernas en el momento en que apretaba el gatillo.

> El proyectil... me rozó la piel justo por encima del tobillo izquierdo y me atravesó el cartílago del tobillo derecho, sin afectar al hueso por poco, y caí. Intenté levantarme, pero vi que no me sostenía y que tenía el zapato lleno de sangre. «Has tenido una suerte de todos los demonios —me dijo Ned Eagan—. Ahora quédate tranquilo y descansa un rato, hasta que nosotros ... los echemos a patadas de la colina.» En aquel momento se me acercó Hooker, que me dijo: «Espero ... que no estés gravemente herido. Toma un poco de ron» ... Mientras Hooker me ponía un poco de ron en la cantimplora ... Eagan cayó sobre nosotros ... con el cuerpo atravesado por un tiro.[43]

Y sin embargo, la clase de reservas con las que topó Wheeler eran escasas y estaban alejadas, y muchas tropas se encontraron con que antes de poder disparar un solo tiro habían sido rodeadas por sus flancos. Para tener un buen relato de la lucha basta con leer a Donaldson, del 94°:

> Habiendo sido expulsado el enemigo de los reductos situados frente a Sarre, avanzamos ... para atacar la principal posición enemiga en las alturas de enfrente, donde a base de árboles talados se había formado una línea de reductos fortificados ... El coronel Lloyd, habiendo montado al frente del regimiento, avanzó vitoreando valerosamente, pero antes de llegar a la cima recibió una herida mortal en el pecho, y le salvaron de caer de su caballo algunos de los hombres que corrieron en su ayuda. Cuando el regimiento se dio cuenta de esto ... indiferentes a todo se lanzaron a través de los obstáculos, y expulsando al enemigo de su posición ... cargaron sin misericordia por entre sus cabañas en llamas.[44]

En resumen, los franceses fueron completamente derrotados, y sólo la llegada de la noche les salvó de un grave desastre. Y aun así, con cuatro mil trescientos caídos, sus bajas fueron muy superiores a las aproximadamente tres mil de los aliados, y además perdieron 59 cañones.

Habiéndose abierto brecha en el Nivelle, Soult no tenía más opción que retroceder de nuevo, adoptando esta vez una posición que desde el fuerte de Bayona iba en dirección sureste a lo largo del río Nive. De todos modos, por diversos motivos no fueron perseguidos. Inmediatamente después de la batalla del Nivelle empezó el invierno, y con él la lluvia que empapaba a los soldados y convertía las carreteras en lodazales. Pese a la decisiva derrota de Napoleón en Leipzig, Wellington seguía sospechando acertadamente que en el campo aliado había elementos que aún soñaban con una paz de compromiso que dejaría a los británicos y a sus aliados ibéricos expuestos a una revancha masiva. Pese a los signos alentadores de que la población del suroeste francés estaba desesperadamente harta de la guerra y era cada vez más hostil al régimen imperial, no había seguridad ninguna de que una invasión en gran escala no despertase un espíritu patriótico y belicoso. Debido a la falta de apoyo naval —en pleno invierno las costas surorientales del golfo de Vizcaya eran

dificultosas como lugar de atraque para los barcos de guerra británicos— y debido también a la osadía de los corsarios franceses y americanos ante la perspectiva de que podían actuar a la altura de Bayona, se produjeron retrasos en la llegada de vituallas y dinero desde Gran Bretaña. Pero, sobre todo, volvía a haber problemas con los españoles.

Pues, tan pronto como las fuerzas españolas cruzaron la frontera, se implicaron en muchos actos de violencia contra civiles franceses. Para Welling-ton esto era, desde luego, anatema, y en consecuencia decidió devolver a España casi todas las tropas españolas que tenía consigo. Como escribió:

> Los españoles me desesperan. Se hallan en un estado de miseria tal que verdaderamente sería mucho esperar de ellos que se contuvieran y no saquearan un hermoso país en el que entran como conquistadores, especialmente considerando las miserias que había padecido su propio país a manos de los invasores. De modo que no podía correr el riesgo de introducirlos en Francia ... Sin paga ni alimentos, tenían que saquear, y si saqueaban nos perderían a todos.[45]

Mientras tanto, añadiendo la ofensa al daño, se ordenó a los soldados afectados mantenerse permanentemente sobre las armas —en otras palabras, encuadrados en sus unidades— hasta hallarse dentro de las fronteras españolas. Este acto de valor por parte de Wellington —pues de hecho sacrificaba su superioridad numérica al mismo tiempo que enviaba de vuelta a casa a tropas curtidas que en conjunto habían combatido muy bien— enfureció a los generales españoles, que sentían haber sido públicamente humillados y tratados con la mayor injusticia.

Aún estaba por ver si estas disputas tendrían algún efecto sobre el futuro de la alianza —ha de observarse que en aquel momento el asunto de la dimisión de Wellington todavía estaba pendiente de la decisión de las Cortes—, pero aunque no lo tuvieran, casi la cuarta parte del ejército que había cruzado el Bidasoa estaba fuera de combate. Mientras tanto, como al parecer las autoridades de Cádiz no hacían el menor intento de encargarse de la situación logística y dado que hacían todo lo posible por impedir que Wellington controlase el ejército español (concretamente, desde el cuartel general del comandante británico se intentó cambiar a los inspectores generales de la caballería y de la infantería, esto es, a los oficiales responsables del funcionamiento interno de estas dos armas), seguía siendo difícil no prever la posibilidad de una ruptura total de relaciones. Y más aún teniendo en cuenta que Wellington había decidido que en lo sucesivo el subsidio británico sólo se pagaría a tropas que de hecho estuvieran presentes en Francia, mientras que la Regencia, con la esperanza de que Ballesteros se hiciera con el mando supremo, había llegado a liberarlo de su cautividad.

535

Al comandante británico esta hostilidad le tenía profundamente preocupado. Como escribió a Bathurst: «Con los españoles las cosas se están poniendo tan difíciles que creo necesario ... solicitar a vuestra señoría que considere cuál será la consecuencia de este estado de cosas, suponiendo que ocurra algún revés».[46] Pese a estos problemas Wellington no podía quedarse donde estaba, pues la decisión de Soult de defender la línea del Nive dejaba al ejército angloportugués atrapado en un estrecho saliente que desde los Pirineos corría en dirección norte a lo largo de la costa. En tales circunstancias quedarse quieto hubiera sido más peligroso que avanzar, por lo que Wellington decidió cruzar el Nive, avanzar hasta orillas del río Adour y acercarse a Bayona. No había en este plan nada que fuera en sí mismo erróneo, pero necesariamente suponía que el ejército angloportugués sería dividido en dos por un río importante que al haber sido destruidos los distintos puentes existentes a lo largo de su curso por las fuerzas de Soult, sólo podía cruzarse por algunos vados. Bayona tenía nada menos que tres puentes sobre el Nive, y Soult se percató de que el camino estaba libre para lanzar todas sus fuerzas contra una u otra de las mitades del ejército adversario en un intento de derrotarlo del todo. Y esto fue lo que sucedió. En cierto modo para sorpresa de las fuerzas de Wellington, el 9 de diciembre el Nive fue cruzado casi sin oposición, y las tropas enemigas de la ribera de enfrente enseguida corrieron en desbandada hacia Bayona. Tampoco se produjo ninguna resistencia en la ribera izquierda del río, donde una fuerza poderosa al mando del recién llegado sir John Hope se encaminó directamente a la ciudad dede el sur. De modo que al atardecer el ejército angloportugués estaba dispuesto en un gran arco que iba desde la ribera septentrional del Adour hasta el mar. Se habían tendido puentes de pontones para poner en contacto las dos mitades del ejército y un puente destruido por los franceses en Ustaritz, unas millas río arriba, había sido reparado y ya estaba en servicio.

Todo parecía en orden, pero el 10 de diciembre por la mañana cogió por sorpresa a las fuerzas de Hope una tropa francesa con muchos efectivos que surgió repentinamente de las fortificaciones de Bayona cayendo sobre los elementos de aquéllas que iban en cabeza (Hope estaba tan seguro de que Soult se mantendría a la defensiva que al final de la jornada anterior había ordenado que un tercio de sus efectivos volvieran al punto de partida, San Juan de Luz, a unos quince kilómetros costa abajo). De resultas de esta avalancha las tropas aliadas, muy superadas en número, fueron rechazadas, y sólo con dificultades hicieron por fin una parada en el *cháteau* de Barrouillet. Pero más a la derecha la División Ligera tuvo algunos problemas para defender la iglesia de Arcangues. De todos modos, según Bell, «a la infantería ligera y a los fusileros les gustaban las lápidas: decían que estaban ... a cubierto de las balas perdidas y que eran un buen escudo».[47] Aunque el combate indeciso se

prolongó a lo largo de todo el día 11 y prosiguió con mayor fuerza el 12, cuando los franceses volvieron a estar a punto de apoderarse del castillo, era evidente que el ataque había perdido ímpetu, y en la tarde de aquel tercer día de combate los hombres de Soult se retiraron al interior de la ciudad.

Al parecer los franceses habían sido nuevamente derrotados, pero «el rey Nicolás» aún no estaba acabado. Por el contrario, el 13 de diciembre pasó sus tropas a la derecha del Nive y las lanzó contra las fuerzas de sir Rowland Hill. Se produjo a continuación una batalla encarnizada. En un momento dado los aliados corrieron cierto peligro: las lluvias de los Pirineos causaron una crecida que bajó por el Nive arrastrando los pontones, mientras que los franceses hacían avances considerables. Como escribió Bell:

> En todos los puntos fuimos atacados para debilitar nuestras fuerzas y aislarnos, sus cañones mantenían un fuego terrorífico que quitó el polvo de Saint Pierre ... removió la ladera de la colina, debilitó nuestras filas y nos hizo mucho daño, con pérdidas de vidas y de miembros ... «Muertos o vivos —dijo nuestro jefe—, hemos de defender nuestro terreno».[48]

Pero Hill, hombre de gran valía, por algo se había ganado la reputación de ser el subordinado más capacitado de Wellington. Con la seguridad de que había refuerzos en camino (pues los puentes fueron rápidamente reparados y la retaguardia envió nuevas tropas), reunió sus fuerzas y lanzó un vigoroso contraataque que finalmente logró hacer retroceder hasta las murallas de Bayona a las tropas francesas que se le oponían. La desbandada francesa fue tan grave que Wellington, encantado, comentó: «He visto con frecuencia dar palizas a los franceses, pero nunca les había visto recibir una tan endemoniada como la que les ha propinado Hill».[49]

El combate en torno a Bayona, conocido por ambas partes como la batalla del Nive, fue un encuentro sangriento. De hecho, el total de bajas superó la cifra de once mil. De todos modos, las pérdidas francesas fueron notablemente superiores a las de los aliados, y los huecos en las filas de Soult se vieron agrandados por la deserción el 10 de noviembre al atardecer de tres batallones de tropas alemanas en respuesta a un mensaje secreto del duque de Nassau —uno de los muchos gobernantes alemanes que después de Leipzig habían cambiado de bando— ordenándoles pasarse a los aliados. Además de haberse retirado estos mil cuatrocientos soldados, Soult y Suchet perdieron los servicios de todas las demás unidades alemanas que les quedaban —otros tres mil hombres—, pues se pensó que, como consecuencia, serían disueltas. A todo esto, además de estar muy mermados, los defensores del Adour se veían completamente incapaces de una posterior acción ofensiva. Por dos veces, de todos modos, habían caído todos sus efectivos sobre una única ala del

ejército que se les oponía, siendo en ambas ocasiones repelidos. En resumen, lo único que podía esperar Soult era defender la línea del Adour. Como aún habían de mostrar las batallas de Orthez y de Toulouse, *l'armée d'Espagne* aún no estaba destruida, si bien cualquier esperanza de llevar la lucha al otro lado de los Pirineos se había volatilizado.

Así pues, a finales de 1813, aunque los franceses conservaban todavía el norte de Cataluña y una serie de puestos avanzados diseminados entre Santoña y Peñíscola, salvo un cambio inesperado en el destino del resto de Europa, la guerra de la Independencia se había decidido finalmente a favor de los aliados. Soult estaba fuera de combate y Suchet demasiado débil para intentar nada, mientras que las fuerzas de ambos mariscales se estaban quedando sin los cuadros de oficiales necesarios en beneficio de los nuevos ejércitos que Napoleón intentaba crear en sustitución de las fuerzas destruidas en Leipzig. Aun obteniendo la victoria en los Pirineos, no es fácil imaginar de qué modo los franceses hubieran podido seguir manteniendo un pie firme en Navarra y en las provincias vascas y revocar el veredicto de Vitoria. El caso es que en otoño de 1813, en el frente pirenaico su única esperanza era que Gran Bretaña, España y Portugal se enfrentaran entre sí. Pero aquí radicaba el problema. Las relaciones entre los aliados no eran buenas, y cabía la posibilidad de que con el tiempo los franceses se beneficiaran mucho de ello. Pero en aquel caso la alianza no falló porque aunque británicos, españoles y portugueses se odiaban entre sí, aún odiaban más a Napoleón.

Capítulo 18, BASCARA: LA PAZ Y LO QUE PASÓ DESPUÉS

Era el 24 de marzo de 1814. Junto a la localidad gerundense de Bascara, bajo el sol de mediodía, uno a cada lado del puente se enfrentaban los dos ejércitos, españoles por una parte y franceses por otra. Y sin embargo, no sonó ni un disparo de mosquete. Entre los soldados españoles podía verse a multitud de civiles agitados, mientras que las tropas rivales empezaban a intercambiar vítores. Un grupo de oficiales españoles vestidos con sus más lucidos uniformes, alertados por una salva de nueve cañonazos, cabalgaron en dirección al puente. Casi de inmediato se produjo un movimiento similar en la otra orilla, y enseguida fueron recibidos rodilla en tierra unos cuantos personajes. De las colinas del entorno surgió inmediatamente un vendaval de vítores: el rey Fernando VII había vuelto.

Ahora bien, ¿estaba el rey satisfecho? En los casi seis años transcurridos desde el día de su tumultuoso ascenso al trono, España había cambiado de modo inconmensurable. En lugar de la monarquía absoluta y la estricta censura de 1808, España tenía ahora una Constitución y una prensa floreciente; además habían desaparecido su sistema feudal, sus privilegios forales, sus consejos municipales hereditarios, sus aduanas interiores y los arcaicos sistemas de conscripción y recaudación de impuestos. Todos los españoles eran iguales ante la ley, y excepto en materia de religión, libres, si bien incluso en este aspecto se había producido un gran cambio, al experimentar la Iglesia una disminución enorme de su poder y su riqueza. Todo esto no resultaba necesariamente detestable para Fernando, que en su fuero interno recibía con satisfacción el modo en que de forma repentina se habían alcanzado ciertos objetivos que su padre y su abuelo no lograron durante cincuenta años, si bien al mismo tiempo estaba claro que difícilmente sería él mismo restaurado en toda la plenitud de sus poderes. Siendo el rey deseado un defensor rígido y sin

tapujos de las prerrogativas regias, y la Constitución un documento indudablemente ofensivo hasta para los príncipes más moderados —incluso algunos liberales reconocían que trataba al monarca como a un peligroso animal salvaje—, el conflicto entre Fernando y el régimen patriota era inevitable. Sólo quedaba pendiente, pues, saber si el rey encabezaría o no el ataque contra el nuevo orden.

En comparación con la gran lucha política que entonces se desplegaba, los asuntos militares resultaban insignificantes. En Francia, tras un considerable período de inactividad en los cuarteles de invierno, soldados británicos, portugueses y españoles seguían combatiendo al enemigo; pero la historia de cómo Wellington asedió Bayona, liberó Burdeos y finalmente derrotó en Toulouse al ejército de Soult no pertenece a la historia de la guerra de la Independencia, sino a la historia de la gran invasión de Francia que provocó la abdicación de Napoleón el 6 de abril de 1814. Tampoco tienen gran interés acontecimientos militares como los acaecidos por entonces en la Península, pues se redujeron a poco más que una serie de bloqueos ineficaces, notables sobre todo como pruebas del mísero estado del ejército español y de la falta de interés de las antiguas guerrillas por proseguir la guerra. Quedaban algunas guarniciones francesas aisladas, que desde hacía tiempo estaban asediadas por diversas fuerzas españolas. La división de Mendizábal, perteneciente al Cuarto Ejército, se hallaba ante Santoña, y parte de la división de Mina ante Jaca, y los demás puntos fuertes tenían ocupadas a todas las fuerzas del Segundo Ejército con la excepción de una sola división —la de Sarsfield—, enviada a Cataluña. Para ser exactos, Peñíscola y Denia estaban al cuidado de la división del general Mijares; Sagunto, al cuidado de Roche; Tortosa a los cuidados de Villacampa y el Empecinado; y Lérida, Benasque, Mequinenza y Monzón al cuidado de Duran.

Como muestran estas disposiciones, la mayor parte de las fuerzas implicadas en estas operaciones para levantar la moral eran tropas procedentes de la guerrilla, y la proporción de antiguos miembros de las partidas así encuadrados había crecido aún más debido a la decisión de Wellington de confiar el bloqueo de las fortalezas francesas de menor importancia de San Juan de Pie de Puerto y de Navarrenx a las divisiones de Mina y Morillo (al haberse adentrado en Francia, Wellington tenía cada vez más dificultades para evitar el uso de tropas españolas, por lo que finalmente gran parte de los ejércitos Tercero y Cuarto volvieron a territorio francés). Pero los antiguos guerrilleros no eran las tropas más adecuadas para los sitios y bloqueos. Ante todo, nunca aceptaban de buen grado la subordinación a la disciplina militar, y además habían perdido el poco interés por el combate que podían haber tenido, más aún al sufrir con frecuencia casi tanta escasez de suministros como sus adversarios. En consecuencia, las operaciones resultaron, en la mayoría de los casos,

muy decepcionantes, e incluso cuando se llevaron a cabo con más vigor, por lo general los defensores conseguían romper el cerco sin grandes dificultades. De modo que las únicas ciudades que cayeron fueron Denia y Morella, cada una de ellas defendida por una sola compañía.

Sólo a principios de 1814 la situación experimentó algún cambio. En primer lugar Suchet, que excepción hecha de un breve intento de evacuar Tortosa y Lérida se había quedado tranquilo en el Llobregat, en enero se vio obligado a retirarse a Gerona para seguir las órdenes que le obligaban a remitir diez mil hombres como contribución a la defensa de Francia, lo que dejaba libres para acercarse a Barcelona tanto a la fuerza expedicionaria anglosiciliana (ahora bajo el mando de Clinton), como a la división de Sarsfield del Segundo Ejército y a algunos elementos del Tercer Ejército. Barcelona, aún defendida por una nutrida guarnición, se mantendría desafiante hasta la caída de Napoleón e incluso más allá —de hecho, la última acción de la guerra fue una salida que ordenó su gobernador, el general Habert, el 16 de abril de 1814—, pero a principios de marzo, tras haber sido privado casi de la mitad de los veinticuatro mil soldados que le quedaban, Suchet cedió aún más territorio, de modo que no tuvo más dominios que los que aún ocupaba: una estrecha zona en torno a Figueras.

Al haber supuesto muy pocos combates, la recuperación de Cataluña por parte de los españoles apenas resultó sangrienta. Igualmente inocuo fue el final de las pocas guarniciones francesas que cayeron en sus manos. Jaca, reducida por el hambre, se rindió el 17 de febrero, mientras que Lérida, Mequinenza y Monzón fueron engañadas para que se rindiesen por un juramentado renegado llamado Van Halen, que logró convencer a sus gobernadores de que Suchet había negociado un acuerdo para la evacuación de Cataluña. El 10 de abril de 1814 tropas del Cuarto Ejército lucharon bastante bien en la batalla de Toulouse, pese a lo cual fue, en definitiva, un final singularmente falto de gloria para seis años de esfuerzos y sacrificios; y la insatisfacción de los generales españoles empeoró ante el comportamiento de sus tropas, que seguía siendo motivo de las más feroces censuras por parte de Wellington.

La humillación y la frustración padecidas por el ejército español en aquellos últimos meses de la guerra tendrían una influencia considerable sobre el destino del régimen liberal; pero antes de considerar este asunto, hemos de examinar los dramáticos hechos que condujeron a la liberación de Fernando VII en Bascara el 24 de marzo de 1814. Por deseado que pudiera haber sido, el joven rey apenas era de utilidad. Mientras España era devastada de una costa a otra en su nombre, él había pasado la guerra confortablemente prisionero en el *cháteau* de Tayllerand, en Valençay, acompañado de su tío don Antonio y de su hermano don Carlos, rechazando intentos de organizar su

fuga y remitiendo numerosas felicitaciones a Napoleón y a José Bonaparte. Por dudosa que fuera esta conducta, convenció a Napoleón de que Fernando era un cínico, y en este terreno se sembraron las semillas de la fase final de su política ibérica. Hasta el momento, los intereses de prestigio siempre habían impedido a Napoleón poner coto a sus pérdidas en la Península, pero ahora ya no había nada que perder, y Leipzig le había asestado tal golpe que el daño que causaría un retroceso era ahora muy inferior al coste de mantener la lucha.

Ahora bien, ¿cómo salir del embrollo ibérico? En esto, desde luego, radicaba el valor de Fernando VII, pues no parecía difícil obligarle a aceptar un trato que le devolviera al trono en las condiciones establecidas por Napoleón, que no eran otras que permitir la evacuación de España de todas las fuerzas imperiales, expulsar a los británicos y a los portugueses, firmar con Francia un tratado de paz, adherirse al bloqueo continental y perdonar a todos los que habían colaborado con José Bonaparte. Para hacer aún más atractivos estos acuerdos, se prometió a Fernando la mano de la hija mayor del rey intruso, al tiempo que se le ofrecía un cuadro de los acontecimientos en España calculado para que el monarca fuera presa del miedo y la aprensión. Fue bastante fácil convencer a Fernando, ya inquieto por lo que había oído, y el monarca no tenía otra preocupación que evitar que le considerasen mero instrumento del emperador, y con tal objeto insistió en que se le permitiese consultar con la Regencia y con las Cortes. Aunque el 10 de diciembre se firmó un tratado, el duque de San Carlos y José Palafox fueron enviados a España para obtener su ratificación; las instrucciones privadas que recibieron sugieren que el rey tenía intención de defender su acuerdo a no ser que la Regencia y las Cortes se mostraran deseosas de apoyar la restauración del absolutismo (en otras palabras, que Fernando se aliaría de buen grado con Napoleón para derrotar a los liberales).

Pero Fernando no estaba en contacto con las realidades de la España patriota. Por difíciles que fueran las relaciones con Gran Bretaña, ni los liberales ni los serviles podían aceptar la idea de una alianza con Napoleón. De modo que, pese a los temores de los británicos en sentido contrario, al llegar San Carlos y Palafox en enero de 1814 a Madrid —que desde el mes anterior volvía a ser capital de España—, no fueron a ningún sitio. En cuanto se tuvieron noticias de la oferta de Napoleón, el entonces ministro de Estado español, José Lujando, acudió a ver a Henry Wellesley y, además de informarle del tratado en todos sus pormenores, afirmó que ya era letra muerta. En cuanto a la Regencia, escribió a Fernando una cortés nota informándole de que las Cortes habían declarado hacía ya tiempo que cualquier acto realizado por el rey estando prisionero sería considerado nulo, mientras que a sus emisarios les dijo privadamente que Fernando tenía que buscar su salvación con

los aliados. Al mismo tiempo, temiendo que de todos modos el rey fuera liberado de su cautividad, las Cortes aprobaron el 2 de febrero un decreto que le imponía graves restricciones en lo que al cruce de la frontera se refiere, e hicieron público un manifiesto que acusaba a Napoleón de intentar desencadenar la guerra civil. También en el frente los españoles se mantuvieron leales. Según afirmaba Larpent:

> Acabo de enterarme de otra curiosa trapacería de los franceses. Avanzaban hacia los españoles de Morillo, quienes les dispararon. Entonces enviaron a decir que estaban muy sorprendidos, pues creían hallarse en paz con los españoles ahora que se había firmado el tratado. Morillo le respondió que no sabía nada de dicha paz, y que aunque las Cortes ... la hubieran firmado, él seguiría combatiendo a los franceses.[1]

Por motivos obvios esto supuso una grata sorpresa para los británicos. Como incluso Wellington reconoció, los españoles «se han comportado notablemente bien, y en esta oportunidad con gran franqueza y limpeza».[2] De hecho, la conciliación parecía estar a la orden del día. El hostil O'Donojú fue cesado como ministro de la Guerra; se rechazaron los intentos de cobrar tasas aduaneras a los suministros y municiones importados para uso del ejército angloportugués; se insinuó el libre comercio; y se aseguró a Henry Wellesley no sólo que España se oponía a una paz separada con Napoleón, sino además que las Cortes planeaban prohibir cualquier puesta al día de la alianza que había unido a España y Francia antes de la Revolución Francesa. Todo esto, sin embargo, no suponía un cambio de actitud repentino por parte de los liberales. Más bien presagiaba una reaparición de la antigua estrategia de pedir ayuda a Gran Bretaña para enfrentarse a la contrarrevolución interior. Ahora parecía que existía verdadero peligro, pero que, pese a lo violento de su lenguaje, al aumento de su fuerza y a sus continuos intentos de vencer a Wellington y Henry Wellesley, no procedía de los serviles. Por el contrario, en los primeros meses de 1814 se vio que estos últimos no eran tan peligrosos. Divididos entre los tradicionalistas no dispuestos a restringir la autoridad regia y los burócratas carolinos deseosos de restaurar la situación de 1808, al no saber aprovechar en las nuevas Cortes su discreta superioridad numérica, fracasaron completamente. Y la torpeza de las tácticas desencadenó el fracaso de los intentos de utilizar el asunto de Castaños y Girón para derribar al gobierno, mientras que los planes para votar una nueva Regencia naufragaron en el escollo de su composición. Al tener ahora los liberales más posibilidades de llenar los palcos con multitud de partidarios, su control de los negocios públicos se mantuvo imbatible. Como lamentaba un disgustado Henry Wellesley:

> El partido jacobino ... ha logrado con éxito debilitar los esfuerzos de sus adversarios ... Dadas las circunstancias ... puede considerarse afortunado que yo no esté para nada comprometido con un partido que, teniendo en las Cortes una mayoría de dos a uno, carece del valor, la actividad y la inteligencia ... para lograr el objetivo que se propone.[3]

Los serviles eran ya una amenaza menor y también los británicos habían abandonado la lucha. La administración Liverpool, incapaz de presenciar la pérdida de uno de los objetivos principales de su lucha por levantar una gran coalición contra Napoleón, se había echado atrás ante cualquier enfrentamiento con las Cortes. En cuanto a Wellington, el pesimismo sobre la situación política de España se mezclaba con un reconocimiento de que las relaciones con los españoles de hecho habían mejorado.

> La plebe de Madrid será tan mala como la de Cádiz ... A ambas las pone en movimiento el mismo motor, la prensa, que creo que está en manos de las mismas personas. La clase comercial no tendrá tanta influencia en Madrid, aunque no le faltarán partidarios si quieren arreglar el asunto recurriendo a la violencia. Antes la aristocracia tenía gran influencia en Madrid, pero ahora son demasiado pobres y su situación está excesivamente degradada para que puedan hacer gran cosa en las actuales circunstancias.[4]

Lo que no significaba que apoyase un cambio de régimen:

> Nada puede ser más satisfactorio que el... comportamiento del gobierno español en lo que a las negociaciones de paz se refiere, y alimento serias dudas de que ... el gobierno británico sea partidario de un cambio en las actuales circunstancias. Estoy seguro de que ningún gobierno actuaría mejor que como lo ha hecho en el más grave de los asuntos, y dudo de que bajo la actual Constitución pueda cualquier Regencia actuar mejor en otros asuntos de índole interior.[5]

En cuanto a la idea de un golpe dirigido por los británicos, a ojos de Wellington aún era peor, por lo que el comandante británico se negó rotundamente a intervenir, afirmando que sería del todo contraproducente.

Y sin embargo, el peligro estaba presente, pues el ejército español —única fuerza que tenía capacidad para efectuar un cambio en el régimen— estaba cada vez más ajeno. De hecho, en enero de 1814 el conde del Abisbal sugirió a Wellington el envío de tropas a Madrid. Para entender esta situación es preciso dejar de lado ideas preconcebidas sobre los ejércitos como bastiones de la reacción, pues allí abundaban los oficiales que debían mucho a la revolución. Para el tercio del cuerpo de oficiales que en 1808 no pertenecía a la nobleza, en muchos casos les había supuesto ascensos, mientras que muchos civiles habían obtenido acceso a una condición militar que les hubiera

estado vedada bajo los Borbones. Esto no significa que el cuerpo de oficiales se hubiera aburguesado: mientras que en el generalato, el porcentaje de aristócratas había descendido del 23 por 100 en 1808 a sólo el catorce por 100 en 1814, de los 458 nuevos oficiales nombrados durante la guerra, al menos 173 eran oficiales con rango de sargento mayor o superior al iniciarse el conflicto, mientras que sólo se sabe claramente de nueve que fueran civiles, y solamente uno procedente de la tropa. De todos modos, al ser el ejército parte integrante del reformismo borbónico anterior a 1808, los oficiales superiores no tenían que simpatizar necesariamente con los serviles, y más aún considerando que muchos serviles apoyaban a la Iglesia frente a las exigencias de la monarquía española. Al haber más oficiales responsables perfectamente conscientes de que la escala de una guerra contra el imperio francés exigía recursos muy superiores a los que el régimen borbónico podía haber reunido, el resultado fue un notable apoyo al liberalismo (de hecho, cierto número de diputados y propagandistas liberales eran por entonces oficiales del ejército).

En resumen, la convergencia del propio interés y de la convicción produjeron en el seno del cuerpo de oficiales la aparición de un núcleo de apoyo a los liberales, siendo uno de sus bastiones principales el estado mayor creado en 1810. Tampoco se extinguió este apoyo en los últimos meses de la guerra, como sucedió, por ejemplo, con la abundancia de resoluciones congratulatorias de origen militar con motivo de la abolición de la Inquisición, con el comportamiento obstruccionista de Juan O'Donojú y con la airada respuesta de los comandantes militares locales a los intentos de defender los fueros vascos de su liquidación a manos de la Constitución de 1812. Es más, dado que muchos comandantes guerrilleros absorbidos por el ejército regular en los tres últimos años de la guerra eran hombres que tenían buenos motivos para ser liberales, incluso puede decirse que su causa recibió cierto refuerzo.

De modo que el peligro de un golpe militar no procedía de ninguna predisposición a la reacción por parte del cuerpo de oficiales. Mucho más importante era su experiencia de guerra y revolución. En la España patriota el ambiente había sido claramente antimilitar desde el principio. Además, en el levantamiento de mayo de 1808 habían perecido muchos oficiales, la autoridad del ejército se había visto gravemente mermada, y la autonomía de la clase militar fue invadida de una manera sin precedentes. Pero tras el levantamiento, nuevos y antiguos oficiales se habían visto combatiendo en una guerra desesperada contra un agresor poderoso y en las circunstancias más desfavorables. Las tropas, hostiles a la disciplina militar, habían estado prontas al motín y a la deserción, y del mismo modo el pueblo había hecho todo lo posible por resistirse a las reclutas. A todo esto, propagandistas irresponsables y carentes de escrúpulos habían creado falsas expectativas de

victoria, mientras que políticos igualmente irresponsables y faltos de escrúpulos se habían entrometido en la dirección de operaciones militares, no habían conseguido suministrar los pertrechos bélicos al ejército, habían fomentado estructuras de organización militar alternativas que entorpecían el esfuerzo de guerra tanto como contribuían a él y habían utilizado a un general tras otro como chivos expiatorios de desastres de los que con frecuencia no eran causantes. Quizá sea típico el chaparrón de quejas que cayó sobre Castaños y otros generales tras los desastres de noviembre-diciembre de 1808. Por ejemplo:

> Uno de los más perversos hombres en estas circunstancias es el señor Castaños. Me atrevo a decirlo porque desde que entró en Madrid coronado de laureles que no merecía, recibiendo los repetidos vivas y obsequios de dicho pueblo, no se ha empleado en otra cosa que en retardar la marcha de su tropa, en meditar planes descabellados, en mudar de posiciones a cada instante, en desanimar a sus soldados [y] en sostener etiquetas contra algunas personas que pueden destruir sus perversas miras.[6]

Muchas de estas denuncias, más que de la insatisfacción con el cuerpo de oficiales de por sí, eran fruto de las intrigas de facciones como los palafoxistas. Ni que decir tiene que también eran con frecuencia muy injustas. El propio Castaños observaba que se tildaba de traidor al general que no atacaba a quienes estaban a doscientas leguas de distancia cuando a ellos les parecía que debía hacerlo, o que se retiraba antes de ser cercado y sacrificado sin beneficio para el país.[7] Pero los generales cometieron tantos errores que no podía librárseles de toda culpa. Por citar una carta de la Junta de La Carolina escrita tras la batalla de Almonacid:

> El capricho y el absurdo proceder de los generales han llevado victorioso a un enemigo destruido y consternado ... No ha habido nación alguna hasta ahora que haya hecho la guerra del modo que la hacemos. Entre nuestros generales se ignora absolutamente la combinación e inteligencia.[8]

De todo esto surgió una línea de pensamiento que era dinamita social y política. Por ejemplo, denunciando a todos los oficiales del ejército como «gente libertina», una carta anónima enviada a la Junta Central afirmaba que el único modo de vencer era «haciendo del soldado viejo el sargento; del cabo el oficial; y del sargento el coronel».[9] Aún más explícito era el periódico *El Patriota:*

> La manía vergonzosa, el delirio bárbaro de soñar que los jefes antiguos, como versados ya en el arte, eran y son los más a propósito para el desempeño

> adecuado ... nos ha acarreado ... amarguísimos y quizá irreparables quebrantos. En una situación nueva todo debe ser nuevo, y así no se deben emplear sino caudillos formados y casi nacidos en la revolución.[10]

Todo esto ya era suficientemente malo, pero cuando en 1810 los liberales llegaron al poder, los problemas del cuerpo de oficiales se duplicaron. En el núcleo de la ideología liberal subyacía la convicción de que los ejércitos regulares eran «incompatibles con la libertad de las naciones».[11] Soldados profesionales completamente segregados del resto de la sociedad podían no estar interesados en la libertad de sus conciudadanos, y resultaban tan adecuados para reprimirlos como para defenderlos. Era poco lo que podía esperarse, pues sus ordenanzas eran «en verdad despóticas y propias para esclavos» y destinadas a convertirse en «el instrumento de la tiranía».[12] Ceñidos a una rígida disciplina y acostumbrados a la violencia y a la mortandad, los soldados se volvían automáticamente «enemigos naturales de la libertad», al ser incapaces de reconocer «otro derecho que no sea el de la fuerza y otra ley que las peticiones de sus oficiales».[13] Para probar este argumento, los liberales sostenían que tanto en la antigua Roma como en la España imperial y en la Francia revolucionaria, la sustitución de una milicia ciudadana por un ejército regular había conducido a la aparición del despotismo, y con el paso del tiempo conducía también a la arrogancia y el cesarismo que mostraban muchos comandantes españoles. Los liberales, convencidos de que un ejército estable era una amenaza para la libertad, querían probar que dicho organismo suponía además un riesgo militar. La esencia de su afirmación era que la propia existencia de un ejército garantizaba la instalación del despotismo, que conducía a su vez a la impotencia nacional. «Un pueblo esclavo —se afirmaba— es incapaz de ningún acto de verdadero valor porque sus sacrificios no pueden reportarle ninguna recompensa».[14] Se seguía de esto que la fuerza militar y la libertad eran proporcionales. De aquí la decadencia de todos los imperios del pasado y la prosperidad de que gozaba Gran Bretaña: mientras que los anteriores habían sucumbido en todos los casos al despotismo, los británicos habían experimentado un constante crecimiento de su libertad política. Por otra parte, los ejércitos regulares no eran enemigo a la altura de un pueblo libre. Los soldados regulares no combatirían valerosamente porque no podían esperar un aumento de su botín, y la disciplina brutal a que habitualmente estaban sometidos suponía que no se esperaba de ellos ningún fervor en la defensa de la libertad, concepto éste más allá de sus alcances. En consecuencia, el ideal liberal era una milicia ciudadana. Esta fuerza no sólo no amenazaría la libertad, sino que lucharía por el país y por la libertad. En cuanto a los soldados propiamente, estarían mejor preparados para la guerra llevando una vida sana en el campo que en el aburrimiento, la

incomodidad y la enfermedad de los cuarteles. En apoyo de esta conclusión se ofrecía un amplio abanico de precedentes históricos: las guerras médicas, las guerras púnicas, la Reconquista, la rebelión suiza contra los Habsburgo y la guerra de Independencia americana, citadas todas ellas como prueba de la superioridad de los ejércitos de ciudadanos. Como si todo esto no fuera suficiente, se hallaron nuevos testimonios de la superioridad de la nación en armas en los prodigios atribuidos a los guerrilleros españoles y a los Voluntarios Distinguidos de Cádiz (pese a que estos últimos se habían limitado a hacer guardias). De todos modos, para reforzar su argumentación los liberales establecieron una comparación entre las revoluciones francesa y española. Según su versión de los hechos, al principio de las guerras revolucionarias Francia había poseído un poderoso ejército regular, pese a lo cual había sido vencida de forma aplastante; hasta que instigó la *levée en masse*. Pero en España había ocurrido lo contrario, al haber vencido en todas partes el pueblo armado a los franceses hasta su encuadre en ejércitos regulares. Del mismo modo se afirmaba que la derrota se había transformado en victoria en la campaña rusa de 1812 cuando «la guerra del gabinete que hacían los rusos fue convertida por el pueblo interesado en su propia defensa en una guerra nacional».[15]

Estas opiniones, reforzadas por una desconfianza en el poder ejecutivo casi enfermiza —se afirmaba que debido al deseo de alcanzar la felicidad y la completa realización, gobernantes y gobiernos no podrían sino luchar por el poder absoluto—, daban fe de que las prioridades liberales en lo que a las fuerzas armadas se refiere eran mucho más políticas que militares. De modo que, en lo esencial, sus objetivos tenían dos caras: asegurarse de que no se permitiese el deterioro de la lucha contra la Francia napoleónica hasta convertirse en un mera guerra de gabinete, y neutralizar al ejército como factor de la política española. En resumen, puesto que el mayor interés de los liberales era asegurarse de que la lucha contra Napoleón fuese una guerra nacional llevada a cabo por el pueblo español, la conclusión evidente a ojos de los más exaltados era que había que librarse del ejército en beneficio de una milicia. He aquí las ideas que expresa un artículo de la época:

> Es evidente que una milicia formada por hombres activos y diligentes fortalecidos por la labor en el campo y en los talleres, libre de la corrupción de la vida de guarnición e íntimamente ligada al resto del pueblo, sufrirá mejor las fatigas de la guerra y puede aprender las tareas propias del soldado. La existencia de un ejército regular y permanente no evita la invasión extranjera. Un enemigo temible puede esperar el momento adecuado y penetrar como un torrente cuando menos se le espere, pero si ataca a un pueblo cuyos soldados han abandonado campos y talleres para tomar la espada, vencer le resultará más difícil que si se enfrenta a mercenarios alistados. Éstos son hombres movidos por

> el honor, mientras que el miliciano lucha por su libertad, por sus leyes, por el campo que ha regado con su sudor y por los seres queridos que le esperan con los brazos abiertos.[16]

En definitiva, prevalecieron opiniones más prácticas, si bien se siguió viendo a los militares como un enemigo natural. Para rectificar la situación era preciso crear un nuevo ejército que «tuviera en la libertad un interés incomparablemente mayor que en la esclavitud, y que no se dejara seducir por la falsas glorias de un rey guerrero o de un general afortunado».[17] En resumen, la prioridad básica era poner fin a la estricta distinción hasta entonces existente entre soldados y civiles. En lo sucesivo, en vez de estar formado por delincuentes y extranjeros sin arraigo en la sociedad, el ejército sería reclutado entre ciudadanos españoles libres que sirvieran en el mayor número posible y durante el menor período de tiempo posible, siendo tal, en parte, la razón de que las Cortes declarasen en enero de 1811 a todos los españoles «soldados de la patria». Los jóvenes, reclutados en masa por el ejército, en tiempo de paz sólo servirían algunos meses al año, una oportunidad que se aprovechaba además para adoctrinarlos en los valores del liberalismo. A todo esto, la institución de la que dependían sería purgada de todos los rasgos que eran reflejo del antiguo régimen. De ahí las restricciones que se impusieron al fuero militar, la abolición del privilegio de nobleza en el cuerpo de oficiales, la creación de un sistema de condecoraciones más justo y los numerosos planes presentados para la reforma o abolición de la Guardia Real. Al mismo tiempo se dio también gran importancia a la reforma de las ordenanzas del ejército. Desapareció, especialmente, la antigua insistencia en la obediencia ciega: en el futuro se explicaría a las tropas que la autoridad de sus oficiales tenía límites, que tenían derecho a desobedecer órdenes dañinas para el bien público y «que el soldado es ... ciudadano antes que soldado; que las leyes militares son inferiores a la ley naural y a las leyes civiles, y que el objeto del ejército no es otro que defender la libertad de los ciudadanos».[18]

También se prestó considerable atención al asunto de la relación del Ejército con el poder ejecutivo. Al principio hubo grandes presiones para que el ejército quedara sometido al control directo de las Cortes, pero finalmente la Constitución de 1812 llegó a un acuerdo de compromiso dando al monarca el mando del ejército y el control de todo el patrocinio militar, mientras ponía en manos de los diputados el derecho a determinar el tamaño del ejército y la naturaleza de sus ordenanzas. De aquí, también, que se excluyera a todos los virreyes, capitanes generales, gobernadores militares y demás figuras semejantes del ejercicio de la autoridad civil, así como que se les subordinase a los nuevos jefes políticos. Por si estas medidas no fueran suficientes para evitar el uso del ejército contra la Constitución, se decidió además que se crearía

una nueva fuerza armada que estaría, sin salvedades, bajo el mando de las autoridades civiles (si bien aún había otro motivo: la protección de los intereses de la propiedad frente al bandolerismo y a la agitación social que reinaban en el campo). Esta fuerza, llamada la Guardia Nacional, tenía que ser de por sí un ejército autosuficiente, aunque sus miembros serían milicianos a tiempo parcial, y se podría confiar en que conservaran sus lazos con la sociedad y no les afectara la corrupción de la vida militar.

De hecho, esta Guardia Nacional no se creó formalmente hasta el 15 de abril de 1814, cuando ya era demasiado tarde. En cuanto a los avances de la liberalización institucional del ejército, eran casi igual de quiméricos. En junio de 1812 las Cortes habían creado una comisión especial, la llamada Comisión de Constitución Militar; pero los oficiales, que eran mayoría entre sus miembros, consideraron que su función era restaurar el orden, el sistema y la disciplina en el ejército, mientras que para los liberales se trataba más bien de hacer compatible el Ejército con el nuevo sistema político. Como los serviles y los miembros más conservadores del cuerpo de oficiales solicitaron que la comisión se limitase a los asuntos militares, y dado que liberales como Flórez Estrada le achacaban ser incapaz de cumplir sus obligaciones, el debate sobre el tema se empantanó. Las primarias liberales de octubre de 1813, deseosas de hacer progresos en las nuevas Cortes, lograron imponer la creación de una segunda comisión con la tarea de elaborar la que se llamó una «constitución militar», mientras que la corporación original se limitaba a cuestiones anodinas de organización y táctica, si bien en definitiva no se llegó a nada.

Que las reformas de las ordenanzas del ejército tan pregonadas por los liberales hubieran puesto fin al peligro de un golpe militar es asunto discutible, pero es indudable que para la mayoría de los militares sus prioridades eran poco relevantes. Protestaron incluso oficiales liberales, aduciendo que, si el ejército no estaba adecuadamente alimentado, los nuevos reglamentos serían inútiles. El programa liberal tampoco era mucho más satisfactorio como análisis del esfuerzo bélico español. Los éxitos de 1808, por ejemplo, lejos de haber sido obtenidos por el pueblo en armas, se debían más bien al despreciado ejército regular. En cuanto a los modelos que suponían los Voluntarios Distinguidos de Cádiz y los guerrilleros, los primeros se habían instalado en la seguridad para pasar la guerra, mientras que los últimos, como hemos visto, habían resultado ser un arma de doble filo. Lo cierto es que, por lo general, el fervor popular por la lucha había estado tristemente ausente, y además había que admitir que en esto el advenimiento de la Constitución no había introducido ninguna diferencia.

De haber sido más plausibles los argumentos de los liberales, hubiera cabido la posibilidad de conservar algún apoyo real por parte del cuerpo de oficiales;

pero era demasiado evidente que lo que movía a los enemigos del ejército era esencialmente el interés sectorial de los grupos de los que dependían la mayoría de ellos. En su intento de crear una nación en armas y de asegurarse de que el ejército nunca pudiera ser nuevamente utilizado como instrumento del despotismo, habían canalizado además muchos de los agravios experimentados antes de 1808 por civiles destacados contra el estamento militar. Se abría ahora en el cuerpo de oficiales una prometedora carrera a todos los hombres con un nivel razonable de propiedades y educación; se había privado a los tribunales militares del derecho a juzgar a civiles; el ejército había perdido su función en el gobierno local y en la administración de la justicia; y, quizá lo más importante, los oficiales del ejército ya no podían seguir ejerciendo la precedencia sobre los ciudadanos. Y sin embargo, aquí estaba el problema. Si bien muchos oficiales del ejército podían acceder a demandas para poner en mayor pie de igualdad el funcionamiento interno del ejército, pocos estaban dispuestos a renunciar a sus privilegios, especialmente cuando acababan de acceder a ellos. De hecho, incluso a los oficiales liberales les resultaba difícil abandonar la noción de que el oficial del ejército no era sencillamente un ciudadano más, sino más bien un ser aparte con quien la sociedad tenía una especial deuda de gratitud (de hecho, hay buenas razones para creer que les movían tanto la frustración profesional como el entusiasmo ideológico).

Así como los intereses sectoriales llevaron a los liberales a convertirse en exponentes del antimilitarismo, esa misma clase de interés convirtió cada vez a más oficiales en compañeros de viaje de la reacción. De resultas de ello, el servilismo pronto alcanzó a elementos situados más allá de lo que eran sus bastiones naturales en el cuerpo de oficiales (el generalato anterior a la guerra, la Guardia Real y los muchos oficiales anteriores a la guerra que se habían visto preteridos por los protegidos de las juntas de 1808). Lo cierto es que en 1813 estaban realizándose acercamientos secretos a Wellington a fin de conseguir su apoyo para un golpe, mientras que no pocos oficiales estaban implicados en agresiones a periodistas liberales y publicaban violentas denuncias de las reformas militares de las Cortes. Lo primero era que las Cortes habían descuidado al ejército. El anónimo autor de *La milicia desatendida en tiempo de guerra* indicaba que,

> examinando los veintidós tomos de actas de las Cortes, se apreciaba que en tres años el ejército apenas había merecido su atención: estaban pendientes la constitución militar, la creación de un ejército provisto de las reservas necesarias y la reforma de la economía pública para asegurar el mantenimiento de las tropas.[19]

Más que esto, sin embargo, al ser la vanagloria su gran pecado — Gleig observa que, «llenos de jactancia», los oficiales a quienes conoció en la

campaña de Toulouse «se daban ... tanta importancia como si su bravura hubiera liberado España y destronado a Napoleón»—,[20] se tuvo la impresión de que los liberales habían humillado al cuerpo de oficiales avergonzándolo a ojos de los británicos y privando a sus miembros de sus principales fuentes de recompensa. A cierto nivel, esto era sencillamente muy poco amistoso —«Haber vertido nuestra sangre y habernos mantenido constantes pese a sufrir infinidad de derrotas: ¿son tales nuestros crímenes?»—,[21] pero a otro, efectivamente los liberales habían dejado España indefensa. Escribía un autor desconocido de 1813 que sin un ejército, la ruina y la esclavitud perpetua eran inevitables, y que tras cuatro años de lucha cruel la carrera militar había perdido los alicientes que la hacían atractiva; para terminar preguntándose qué muchacho escogería en el futuro tan ardua profesión.[22]

Gran parte de todo esto era mera hipocresía —las verdaderas raíces del problema eran, desde luego, las negativas de los liberales a admitir las pretensiones del cuerpo de oficiales—, pero no cabe duda de que los militares tenían motivos de queja genuinos. A ojos de muchos oficiales, por ejemplo, realmente parecía que «todo el mundo tiene derecho ahora a insultarnos» y que «se nos considera mercenarios, servidores contratados o asesinos pagados».[23] Como advertía a las Cortes un militar liberal, no bastaba con emitir decretos a favor del ejército: hacía falta que sus efectos se notaran, pues eran muchos los soldados que ni leían los decretos ni tenían más conocimiento de ellos que sus consecuencias, por lo que estaban convencidos de que nada se hacía.[24] Desde luego, los comportamientos provocativos eran numerosos, de lo que dan fe, por ejemplo, las constantes denuncias de las requisas forzosas realizadas por muchos comandantes, el comportamiento arrogante y poco colaborador que mostraban muchos funcionarios civiles en su trato con miembros del cuerpo de oficiales y los numerosos intentos de culpar de los sufrimientos del ejército al derroche y a la ostentación. Tampoco mejoró las cosas el mando británico del ejército, y menos aún el hecho de que en las campañas de 1812 y 1813 el ejército español apenas avanzase por el camino de la gloria. Aunque el nombramiento de Wellington como comandante en jefe había sido aceptado con relativamente poca resistencia, esto no suponía que fuera popular. Difícilmente podía ser Arthur Wellesley el más suave de los dirigentes, y las campañas de Vitoria y de los Pirineos mostraban que, como mucho, los ejércitos españoles sólo podían esperar un papel de apoyo; y aún dañaron más la situación las querellas surgidas tras la invasión de Francia. Se culpó de estas humillaciones al gobierno por no haber logrado cubrir las necesidades del ejército, y es perfectamente concebible que, de haber lanzado Ballesteros su rebelión en otoño de 1813 en vez de hacerlo en otoño de 1812, hubiera recibido muchos apoyos.

Como prueba de esto basta con considerar el caso de Enrique O'Donnell.

Ennoblecido como conde del Abisbal por sus servicios en Cataluña, O'Donnell era una especie de favorito de los liberales: de aquí su nombramiento para el importante ejército de Reserva de Andalucía. Y sin embargo, en enero de 1814 el conde estaba rebosante de resentimiento: sus fuerzas apenas habían intervenido en la invasión de Francia, y además Wellington había rechazado del modo más acre su plan favorito, consistente en conferir a O'Donnell el mando de todas las fuerzas españolas de la frontera. Al haberle dicho Wellington que los ejércitos españoles independientes tenían la costumbre de ser batidos —además de inflamar su carácter susceptible refiriéndose a la derrota de su hermano, José O'Donnell, en la primera batalla de Castalia en 1812—, la respuesta del conde fue ponerse en contacto con unos cuantos dirigentes serviles y hacer preparativos para una marcha sobre la capital.

De modo que enero de 1814, cuando San Carlos y Palafox llegaron a Madrid hallaron una situación que parecía ofrecer a Fernando amplias esperanzas de derribar la Constitución. Tanto el pueblo como el ejército estaban profundamente insatisfechos y la virulencia del servilismo crecía día a día. Ciertamente, el ambiente parecía presagiar el advenimiento de una república jacobina, como indicaban la agitación de las zonas rurales y la brutal expulsión de la cámara de un solitario diputado servil que había intentado defender el derecho de Fernando a negociar con Napoleón. En consecuencia, si bien Palafox fue más cauto, San Carlos volvió a Francia proponiendo con entusiasmo un golpe. Pero al llegar a Valençay, los dos enviados se encontraron con que las circunstancias habían variado. Al no tener nada que perder, Napoleón había decidido liberar a Fernando pese a la negativa de las autoridades patriotas a ratificar sus condiciones, y ello con la esperanza de que la aparición del rey en el campo aliado provocara un torbellino. Tal es el motivo de la aparición de Fernando en Bascara el 24 de marzo.

Temiendo precisamente tal cosa por parte del emperador, el régimen de Madrid había tomado ciertas precauciones, y el decreto del 2 de febrero establecía no sólo que Fernando no sería reconocido hasta haber sido presentado a las Cortes y recibir el prescrito juramento de lealtad a la Constitución, sino también que la Regencia estipularía el camino por el que viajaría a Madrid. De hecho, tan pronto como cruzó las líneas españolas le fue presentada a Fernando una copia del decreto de las Cortes junto con el itinerario de su viaje (tenía que dirigirse a Valencia pasando por Tarragona para luego girar tierra adentro cruzando La Mancha). Pero la seguridad de que el rey cumpliese era harina de otro costal. San Carlos no era el único de sus seguidores que le urgían a dar un golpe —en las últimas semanas de su cautividad se habían unido a Fernando unos cuantos personajes que se oponían violentamente a la Constitución—, si bien en el momento de cruzar la frontera el rey aún no

había decidido el comportamiento que adoptaría. Bascara, sin embargo, le había animado mucho, pues discretas investigaciones le habían revelado que aunque el comandante del Primer Ejército, el general Copons, era leal a la Constitución, muchos de sus subordinados, entre ellos su lugarteniente, el barón de Eróles, estaban dispuestos a derribarlo. Muy cauto, el rey aún no se comprometía, pero, reforzado por la llegada del *frondeur* principal, Montijo, con hábil astucia los que proponían un golpe lograron convencerle de que desafiase a las Cortes y diera un rodeo para visitar Zaragoza. Tal como esperaban, este viaje llenó la cabeza de Fernando con imágenes de devoción popular a su persona y además empezaron a llegar noticias de graves desórdenes antiliberales: como en 1808, el rey seguía siendo «el deseado» que impondría todos sus derechos, mientras que agentes de los serviles estaban ocupadísimos poniendo en circulación todo tipo de rumores alarmistas y contratando a bandas de matones.

Siempre cauto, sin embargo, Fernando dudaba: de hecho, el inglés Samuel Whittingham afirma que el rey le dijo que encontraba «muchas cosas buenas» en la Constitución, y posteriormente que «si mi negativa a sancionarla ha de costar una gota de sangre española, la juraré mañana».[25] Sea o no cierta esta anécdota, finalmente no hizo su jugada hasta llegar a Valencia el 16 de abril. La nobleza local, profundamente alarmada por la amplitud de los desórdenes antifeudales que habían agitado la provincia, se agrupó bajo el estandarte real, mientras que el marqués de Dos Aguas —colaborador destacado bajo el régimen de ocupación— ofrecía dos millones de reales para financiar una rebelión. A todo esto, la autoridad militar de la ciudad estaba en manos del capitán general y comandante del Segundo Ejército, Francisco Elío, oficial de cariz decididamente conservador. De ahí que, haciendo desfilar a sus tropas ante el monarca recién llegado, jurase públicamente elevarle a la plenitud de su poder. Fernando, a quien se habían ido uniendo muchos de los que le habían apoyado en su lucha contra Godoy, así como diversos representantes destacados de la burocracia Carolina, dejó de dudar, y más aún cuando se le presentó un manifiesto firmado por 69 diputados serviles que denunciaban a las Cortes como revolucionarias e ilegítimas.* En realidad, Montijo ya había sido enviado a Madrid para sondear la opinión y, cabe sospechar, organizar al populacho, mientras que a principios de mayo se ponían camino de Castilla la Nueva fuerzas del Segundo Ejército junto con la división independiente mandada por Whittingham.

*Este documento, conocido por sus palabras iniciales referentes al Imperio persa de la antigüedad como el «manifiesto de los persas», fue escrito a instigación de San Carlos, que quería tanto proporcionar a Fernando el pretexto para un golpe como aludir a las concesiones que las fuerzas por él representadas esperarían de una restauración absolutista.

555

En la capital reinaba la confusión. La prensa liberal había reaccionado con alarma y consternación a las ambiguas cartas enviadas por Fernando a la Regencia en las semanas posteriores a su cruce de la frontera, habiendo causado posterior inquietud el humillante trato a que fue sometido el cardenal Borbón cuando viajaba para encontrarse con el rey de acuerdo con el decreto del 2 de febrero. Pero combatir al rey era imposible. Los pocos oficiales deseosos de defender la Constitución por la fuerza no podían responder de la lealtad de sus subordinados, y la tan cacareada Guardia Nacional sólo existía sobre el papel. En cuanto a la conciliación, a un grupo de diputados enviados a ver al monarca se les negó el acceso, se les retiró la escolta y tuvieron que volver, despojados, como pudieron. La noche del 10 al 11 de mayo las fuerzas del rey entraron en la capital sin hallar resistencia. Detenidos muchos de los dirigentes liberales y proclamada la anulación de todas las medidas tomadas por las Cortes, el absolutismo había sido restaurado.

No hubo oposición a estos acontecimientos. Wellington y Henry Wellesley, encantados con la caída de los liberales, a quienes consideraban no sólo ingratos, sino peligrosos revolucionarios inclinados a atacar todo orden social, no tomaron ninguna medida para ayudar a sus anteriores atormentadores. En el ejército, algunas muestras de resistencia en la guarnición de Cádiz y en los ejércitos Tercero y Cuarto quedaron en nada. Y de una punta a otra de España, jefes políticos, ayuntamientos constitucionales y diputaciones provinciales fueron arrojados del poder en escenas que recordaban el levantamiento de mayo de 1808. Así, en Astorga se quemó ceremonialmente en la plaza mayor un ejemplar de la Constitución en presencia de una multitud extática; en Málaga, se hizo desfilar por las calles un retrato de Fernando VII con acompañamiento de salvas de artillería; y en Oviedo y otras muchas ciudades, se arrancó y destrozó la placa que proclamaba que la plaza mayor era la «plaza de la Constitución», nombre impuesto a todas las plazas mayores de España. Aun habiendo sido celebrados con enorme júbilo popular, en su mayor parte estos acontecimientos fueron cuidadosamente orquestados —en Granada, por ejemplo, la rebelión popular que echó a las autoridades de la ciudad el 17 de mayo fue organizada por una camarilla en la que se contaban representantes de la guarnición, el clero local y la nobleza—, y quizá debido a ello hubo muchos menos muertos que en 1808. En cuanto a la represión, también fue desigual, y el número de detenidos variaba espectacularmente de una región a otra; muchos de los que habían colaborado con los liberales en la práctica apenas tuvieron problemas para colocarse en el nuevo orden y no hubo muchas ejecuciones formales. Pero incluso así la cosa era bastante grave, pues Fernando se ganó una fama de crueldad que le perseguiría el resto de su vida y aun más allá.

Con la restauración de Fernando VII como gobernante absoluto de España llega a su fin esta crónica de acontecimientos. Ahora bien, ¿cuál fue el significado de la guerra de la Independencia? En este aspecto una cosa está clara: que el conflicto tuvo mayor significación para la historia de España y Portugal que para la historia de las guerras napoleónicas. Y sin embargo, según la tradición clásica, no fue así. Al contrario, y citando al propio Napoleón, «esa combinación [la guerra de España] me perdió. Todas las circunstancias de mis desastres están ligadas a ese nudo fatal».[26] En términos generales, este argumento funciona como sigue. Al intervenir en España y Portugal, el propio Napoleón se implicó en una lucha que en las mejores circunstancias hubiera sido difícil ganar: el sentimiento nacional de estos dos países era tan intenso que los ejércitos franceses se enfrentaron a una verdadera guerra popular. Como afirmaba el emperador, «el sistema que instalé en España ... a fin de cuentas hubiera beneficiado al país, pero fracasé porque se oponía a la opinión del pueblo».[27] Reforzada la resistencia ibérica por el despliegue en la Península de una nutrida fuerza de casacas rojas, por la reorganización del ejército portugués y por la construcción de las líneas de Torres Vedras, la victoria aún se hacía más lejana. Y sin embargo, retirarse hubiera sido un golpe catastrófico para el prestigio del imperio, y por eso, durante casi seis años, cientos de miles de soldados franceses fueron enviados a una guerra salvaje que minó tanto su disciplina como su moral. Las consecuencias militares fueron calamitosas: primero porque el ejército que invadió Rusia en 1812 hubiera sido de una calidad infinitamente superior si en lugar de los abundantes contingentes extranjeros, hubiera podido contar con el mismo número de veteranos franceses, los que en aquel momento combatían en España; y segundo, porque de no haber tenido que mantener tantas tropas en el frente suroccidental, Napoleón podía haber detenido la avalancha aliada en 1813 y 1814. Pero la historia no terminaba aquí, pues la guerra de la Independencia fue un desastre tanto político como diplomático. Así, en el interior de Francia el incremento espectacular de la conscripción en el período 1809-1812 —directamente causado por los combates que tenían lugar al otro lado del Pirineo— fue motivo de un desafecto creciente del pueblo. La guerra no era en este sentido el único problema —también tuvieron importancia las grandes dificultades económicas que afectaron al imperio en 1810 y 1811 y la creciente falta de confianza en el emperador de las clases acomodadas—, pero, al haber sido Napoleón etiquetado como «hombre sanguinario», las titánicas luchas de 1813 y 1814 apenas fueron apoyadas desde la retaguardia. Por otra parte, sin la guerra de la Independencia probablemente no se hubieran producido desastres como los de Rusia y Alemania, y en consecuencia tampoco una crisis como la que finalmente hizo añicos la aceptación por parte de Francia del gobierno de Napoleón. Así pues, la guerra fue eficaz para convencer a Rusia,

Austria y Prusia de que desafiaran a Napoleón, aunque sólo fuera por convencerles de la buena fe de Gran Bretaña, al demostrar sencillamente con los hechos que el emperador no era invencible o, especialmente en Alemania, al estimular la aparición de un nuevo movimiento nacionalista que no podía ignorarse. Al mismo tiempo, la guerra daba pruebas a las potencias del este de Europa de que las nuevas formas de esfuerzo bélico hasta el momento solamente asociadas a la Revolución Francesa podían utilizarse al servicio del antiguo orden. De modo que, a igual que en Francia en 1793, en España y Portugal un «pueblo numeroso y armado» se había enfrentado a la agresión extranjera, saliendo triunfante. Al comprender esto, en Rusia, Prusia, Austria y finalmente en los tornadizos estados de la Confederación del Rin, las autoridades habían querido emular el ejemplo ibérico. De modo que mientras las guerrillas hostigaban su retaguardia, las fuerzas imperiales se veían enfrentadas no ya a los antiguos ejércitos profesionales del antiguo régimen, sino a masas de reclutas y milicianos adiestrados a toda prisa, con el resultado, desde luego, de que éstos les superaron.

A primera vista son muchas las pruebas que pueden aportarse para apoyar este análisis. Hace falta mucho más estudio de la retaguardia francesa, sobre todo teniendo en cuenta que la oposición al reclutamiento en realidad descendió entre 1808 y 1812, si bien hay pruebas anecdóticas de que el servicio en España y Portugal desagradaba profundamente a las tropas. En cuanto a los efectos de la guerra peninsular fuera de Francia, es innegable que muchos nacionalistas alemanes se vieron muy animados por el ejemplo ibérico, como lo fueron los líderes del movimiento reformista que revitalizó a Prusia tras la humillación de Jena y Auerstädt. También es cierto, desde luego, que Portugal proporcionaba especialmente a los británicos una firme base permanente en el continente europeo —y, por extensión, en el teatro de operaciones— que por motivos geográficos y logísticos hubiera sido casi imposible mantener en cualquier otro sitio (por el contrario, es mucho menos convincente el argumento de que la guerra peninsular salvó a Gran Bretaña de ser derrotada por el bloqueo continental, ya que tanto si España y Portugal rompían con Napoleón como si no, aquélla hubiera podido penetrar en el vital mercado de América del Sur).

¿Pero fue verdaderamente la guerra de la Independencia un factor importante en la caída de Napoleón? Consideremos, por ejemplo, la cuestión del ejército francés. Se nos ha dicho que la lucha en España minó la moral, fijó a cientos de miles de hombres y costó un enorme número de bajas (es difícil determinar las pérdidas imperiales, pero el número total de muertos pudo alcanzar el cuarto de millón). Pero estas observaciones plantean ciertas preguntas. En la propia Península está claro que los comandantes franceses cada vez estaban menos dispuestos a lanzar a sus tropas contra fuerzas angloportuguesas

apostadas en el terreno por ellas mismas escogido. Y sin embargo, apenas hay pruebas seguras de que, enfrentado como estaba a una maquinaria militar dotada de una capacidad extraordinaria para animar a los reclutas más reticentes, el espíritu combativo de la tropa experimentase la decadencia que cabía esperar. Mientras tanto, incluso si algo así hubiera sucedido en los casos de Vitoria y Sorauren, no puede decirse que el problema se extendiera mucho, pues las tropas que marcharon sobre Moscú, combatieron en Leipzig y defendieron Francia en 1814, realizaron prodigios de valor y resistencia. ¿Qué puede decirse de la cuestión numérica? A finales de 1813, sin duda, las tropas de Soult y Suchet hubieran sido de valor inestimable en la frontera del Rin, pero no eran suficientes para inclinar la balanza a su favor. Al mismo tiempo, es difícil entender qué utilidad hubieran tenido las victorias en las que ellos hubieran tenido parte de no estar dispuesto Napoleón a una paz de compromiso. Cada victoria que obtenía hacía más inflexible a Napoleón, por lo que afirmar que fue abatido simplemente por la necesidad de defender los Pirineos es de lo menos veraz.

Ahora bien, de no ser por la guerra de la Independencia, ¿hubiera sido tan desesperada la situación a finales de 1813 y principios de 1814? Con doscientos sesenta mil soldados más —el número por entonces desplegado en España— el emperador podía haber triunfado en Rusia, impidiendo así la formación de la gran coalición que finalmente le derribó menos de año y medio después de la desastrosa retirada de Moscú. Y sin embargo, nada de esto se sigue de modo necesario. El ejército que combatió en Rusia en 1812 no iba escaso de efectivos. Lo que le faltó fue más bien capacidad para hacer uso de los números, de las comunicaciones, del transporte y de los planes de intendencia de la *grande armée,* que resultaron desesperadamente inadecuados para cubrir las necesidades de las tropas que Napoleón llevaba consigo. En pocas palabras: solamente más tropas no hubieran permitido al emperador preparar un golpe más fuerte. ¿Y en cuanto a la calidad? Las tropas situadas en España, en gran medida formadas por franceses, ¿no hubieran combatido mejor que las alemanas, italianas y demás que tan gran proporción formaban de los invasores de Rusia? Este argumento plantea muchos problemas, si bien parece que en realidad las tropas «sometidas» que combatieron en Rusia se comportaron bastante bien. E incluso de no haber sido así, vemos que con el paso de los años cada vez más regimientos de caballería e infantería ostensiblemente franceses en su origen tenían que reclutar, al menos parte de sus efectivos, en zonas que en ningún sentido étnico formaban parte de Francia. De hecho, algunas unidades habían formado parte originariamente de otros ejércitos, y en un momento u otro los franceses sencillamente los habían incorporado a SU servicio por la fuerza.

De modo que no es especialmente osado concluir que la guerra de la

Independencia tuvo efectos limitados sobre el conflicto en el resto de Europa, y más aún cuando las oportunidades de Napoleón de organizar otro 1810 —cuando la paz con Austria, Prusia y Rusia le había permitido hacer grandes avances en España— no pudieron excluirse hasta el final. En 1813 las posibilidades de que los franceses llegaran hasta Lisboa o Cádiz no eran muchas, pero seguía vigente el hecho de que la victoria en Alemania era la clave de la victoria en la Península. Sobre todo historiadores británicos consideran este asunto de otro modo, y aducen que la guerra de la Independencia estimuló la resistencia a Napoleón en las potencias del este de Europa. Pero en la práctica, este argumento no se sostiene. Ciertamente, en 1809 la guerra de la Independencia contribuyó a la decisión austríaca de enfrentarse a Napoleón y empujó a algunos elementos de la corte de los Habsburgo a apoyar la organización de una rebelión popular en el recién perdido Tirol (había sido cedido a Baviera en 1805). Y sin embargo, es de lo más notorio que lo que movió a Viena no fueron heroicos conceptos de insurrección nacional, sino el temor de que la erradicación definitiva de los Borbones como dinastía gobernante fuera seguida por la de los Habsburgo. Además, los propios austríacos, una vez batidos en Wagram, se aliaron con Napoleón. Dos años más tarde, animados por los problemas de los franceses en España, tanto Rusia como Prusia pensaron en ir a la guerra contra Napoleón, y en el caso de la última, dirigentes del movimiento reformista como August von Gneisenau influyeron con sus planteamientos de una guerra popular «a la española». Pero, en definitiva, tanto Alejandro I como Federico Guillermo III rechazaron la idea de un ataque, y todo lo que puede afirmarse con veracidad es que la continuación de la guerra más allá de los Pirineos fortaleció la decisión del zar de resistirse a Napoleón si finalmente éste le atacaba.

Cosa que, desde luego, Napoleón hizo en su momento, para verse dieciocho meses más tarde ante una coalición de dimensiones con las que hasta el momento no había tenido que enfrentarse. ¿Fue éste, entonces, el momento en que la guerra de la Independencia ganó su presencia en la historia? Una vez más, la respuesta ha de ser incierta. En términos generales, la úlcera española constituía una garantía de la buena fe británica, si bien eran mucho más concretas las garantías proporcionadas por los enormes subsidios que Londres prodigaba a cada estado que se oponía a Francia. De modo semejante, mientras que cada soldado imperial combatiente en España suponía un soldado imperial menos combatiendo en Alemania, la confianza en la victoria aliada seguía siendo en el mejor de los casos dudosa. Si Rusia decidía llevar la guerra más allá de sus fronteras a Alemania y a Polonia, si Prusia y Suecia decidían aliarse a Rusia y si finalmente Austria abandonaba sus esfuerzos por obtener una paz general prefiriendo unirse a los enemigos de Napoleón, era por motivos sólo muy indirectamente relacionados con la Península.

Los cientos de miles de soldados aliados que aplastaron a Napoleón en Leipzig no eran, pues, fruto de acontecimientos acaecidos en España y Portugal, sino más bien de la negativa del emperador a reconocer la realidad y a aceptar una paz basada en la limitación de la influencia francesa. Por decirlo de otro modo, Napoleón no cayó debido a que la guerra de la Independencia tuviera influencia alguna sobre la política de Rusia, Prusia o Austria, sino porque no logró influencia alguna en la política francesa.

Quizá esto sea ir demasiado lejos. Es evidente que los problemas franceses en España no hicieron nada por impedir la creación de la coalición aliada en 1813, mientras que la eliminación total de José Bonaparte en Vitoria liberó a los británicos de la necesidad de hacer que austríacos, rusos y prusianos reconociesen a Fernando VII como rey de España. Pero sigue siendo difícil aceptar la idea de que los acontecimientos de la Península tuvieran alguna influencia destacada en el modo en que fue de hecho dirigida la llamada «guerra de liberación». En Prusia, ciertamente, la declaración de guerra a Napoleón fue acompañada por una movilización popular de un nivel sin precedentes en las potencias del este de Europa, mientras que la defección de la causa aliada de la mayor parte de los estados de la Confederación del Rin durante el otoño de 1813 se vio acompañada por medidas del mismo tipo. Así pues, la conscripción universal y las diversas modalidades de milicias y guardias nacionales estaban a la orden del día, y también se practicó la guerra de guerrillas y se intentó desencadenar la insurrección popular. Afirmar que la guerra de la Independencia no tuvo en ello parte alguna sería absurdo —concretamente, muchos arquitectos del nuevo ejército prusiano recibieron una profunda influencia del modelo español—, pero no es ésta la cuestión. Lo sorprendente es la notoria falta de entusiasmo de los gobernantes alemanes por tales métodos, que de hecho fueron aceptados a falta de algo mejor y, más aún, el modo en que los nuevos procedimientos no afectaron para nada al resto de las fuerzas aliadas. Añádase a esto la falta de entusiasmo popular generalizada por el combate, y la influencia de la Península tenderá a parecer menor.

Una vez batido en Alemania en 1813, ciertamente Napoleón sólo tenía una esperanza de supervivencia, a no ser que aceptara la paz de compromiso que en aquel momento aún se le ofrecía: consistía en movilizar a la propia Francia para la guerra total de un modo que no se había visto desde los días heroicos de 1793, y ello con la esperanza de que la resistencia pudiera prolongarse lo suficiente para que las muchas fisuras del campo aliado socavaran su compromiso con la causa común. Pero en esto Napoleón se vio frustrado por una combinación de resistencia popular masiva a las enormes levas que esta política requería y la total retirada de la cooperación de las clases gobernantes. Sólo en este punto se ve con claridad que la guerra de la Independencia verdaderamente tuvo una influencia destacada sobre la situación. Desde

1808 hasta 1812 la lucha en España y Portugal había exigido un nivel de conscripción muy elevado, y aunque esto causaba un profundo rechazo, el régimen había mostrado ser muy capaz de imponer su voluntad, de mantener un orden razonable y, por extensión, de conservar la lealtad de las élites. Pero a partir de 1812 la situación cambió. Gracias a la ayuda de un imperio acrecido, se había podido mantener un nutrido ejército en la Península y formar una gran fuerza de campaña en el este de Europa sin forzar excesivamente la situación francesa. Pero las demandas que formuló Napoleón a su país en 1813 y 1814 fueron tales que el sistema imperial sencillamente se quebró, y el emperador se quedó sólo. Pues bien, ni siquiera esto hace de la guerra de la Independencia un factor destacado de la caída de Napoleón. Lo que finalmente hizo caer al emperador fue su negativa a aceptar que las posibilidades de su administración tenían límites, igual que su ejército, sus subordinados y su propio generalato. Más sencillamente aún, la victoria en España y Portugal suponía un comedimiento en el resto de Europa del que Napoleón era incapaz.

De modo que, considerar la guerra en la Península como un factor clave en la derrota del imperio napoleónico es desacertado. De todos modos, no puede negarse la enorme importancia de esta lucha en la historia moderna de España y Portugal. Para ambos estados, los años que van de 1808 a 1814 fueron una experiencia verdaderamente horrible. El comercio y la industria habían sido saqueados, y en el caso español los lazos vitales con América se habían roto en gran parte. Ciudades y pueblos habían sido repetidamente saqueados y en algunos casos reducidos a ruinas. El hambre, las epidemias y las masacres habían asolado la tierra. El campo fue despiadadamente saqueado, sometido a un proceso de cambio social desestabilizador y se había visto sumido en la anarquía. Y, en definitiva, los medios que existían para paliar la situación en los aspectos humanitarios —principalmente la Iglesia— habían sido privados tanto de sus recursos como, en muchos casos, de la propia capacidad de actuar. Las consecuencias para la población de la Península fueron apocalípticas. La miseria se generalizó, y sólo en España el número de muertos bien pudo superar el millón. En algunas zonas el porcentaje de pérdidas de la población estuvo por encima del diez por 100, con lo que esto supone: alrededor de Tarragona, por ejemplo, la población de la mayoría de los pueblos y aldeas bajó de entre un cuarto a un tercio, si bien parte de este descenso puede atribuirse más a la huida que a la mortandad.

Por si todo esto no fuera suficientemente penoso, tanto en España como en Portugal el legado del conflicto sería casi indudablemente la guerra civil. En la primera se considera que el período 1808-1814 es uno de los momentos definitorios de su historia moderna. El enfrentamiento con Francia no sólo generó un mito que llegaría a ser un rasgo básico del debate político, sino que además se supone que de él surgieron dos Españas —una clerical, absolutista

y reaccionaria y la otra secular, constitucional y progresista— cuya incompatibilidad mutua sumergiría al país en un prolongado período de confrontación y enfrentamiento civil. Pero semejante pintura es demasiado simplista: una consideración más detenida muestra que las «dos Españas» estuvieron mucho menos definidas de lo que cabe suponer. Ideológicamente hablando, los liberales pudieron corresponder más o menos al estereotipo convencional, pero sus adversarios estaban divididos en posiciones diferentes: una que defendía la perpetuación del absolutismo ilustrado dieciochesco, y otra partidaria de una monarquía privada del reformismo borbónico que sólo sería absoluta en la medida en que permitiese disfrutar sin trabas de sus privilegios a la Iglesia, a la aristocracia y demás corporaciones.

No es excesivo, sin embargo, hablar incluso de tres Españas. Se veía cogido entre las citadas fuerzas un populacho cada vez más radicalizado que no se identificaba con objetivos más complicados que la paz, el pan y el acceso a la tierra y que era tan hostil a la «libertad» de los liberales como a las «cadenas» del antiguo régimen. El pueblo, que no era leal a ninguna de las tendencias enfrentadas, era susceptible de manipulación por parte de las tres, al tiempo que entreveía confusamente sus propios objetivos, y los desórdenes populares y las multitudes vitoreadoras que celebraron la vuelta de Fernando VII eran producto al mismo tiempo del cohecho y la coacción, de la vaga creencia de que de algún modo el rey deseado lo arreglaría todo, y de una abultada modalidad de protesta que apenas guardaba relación con la causa absolutista.

A esto se añadía que, además, las guerras revolucionarias y napoleónicas habían dado a España un ejército profundamente politizado: en 1808 la Guardia Real había derrocado a Godoy; en 1809 el marqués de La Romana había derrocado a la Junta de Asturias; en 1812 Francisco Ballesteros se había rebelado en protesta por el nombramiento de Wellington como comandante en jefe; y en 1814 Elío había derribado el sistema liberal. Al mismo tiempo, desde luego, también se había imbuido al ejército del fuerte sentimiento de tener una misión: en ambos casos se habían revestido de patriotismo intereses esencialmente sectoriales, por lo que llegó a creerse que sus objetivos —orden, unidad política, primacía militar— coincidían con los de la nación; de hecho, que eran los de la nación. A todo esto, como parte de la prensa había cubierto de alabanzas a generales como Palafox y Ballesteros, éstos se transformaron en la verdadera personificación del heroísmo patriótico, y nació con ellos el concepto del mesías militar.

Sin embargo, al igual que con el populacho, en la práctica el ejército era un elemento distanciado de los liberales, de los serviles y de los absolutistas ilustrados. De modo que, si partes del ejército se habían rebelado en mayo de 1814, lo habían hecho movidas por preocupaciones esencialmente profesionales

cuya satisfacción parecía más fácil de alcanzar bajo el mando de un Fernando absolutista. Aunque era dudoso que el nuevo monarca conservase el apoyo del ejército: de hecho, ésta era una perspectiva poco probable siendo ahora el cuerpo de oficiales un componente natural de liberalismo y al plantearse el régimen de Fernando la tarea de desligar al ejército, hinchado e ineficaz, de la guerra contra Francia y de reducirlo. También actuaban a favor del gobierno una serie de imposiciones financieras relacionadas básicamente con la situación militar por él heredada en 1814. El bienestar de la España borbónica dependía por completo de las riquezas del imperio americano, pero en 1814 cuatro años de rebelión y guerra civil habían logrado que los ingresos procedentes de esta fuente descendieran a un goteo (de hecho, puede afirmarse que los efectos de la guerra de la Independencia fueron mayores al otro lado del Atlántico que en Europa). Así pues, para restaurar el antiguo régimen lo que hacía falta era la reconquista de la América española, por más que para eso —en realidad, para garantizarse cierta medida de estabilidad financiera en una situación en que la deuda nacional se había duplicado y los ingresos habían caído por debajo de la mitad de la media del período 1798-1807— fuera a todas luces necesario adoptar muchos usos del liberalismo. El avance fue gradual —el proceso no concluyó hasta la década de 1830—, pero incluso las medidas más timoratas en esta dirección fueron suficientes para irritar a los señores, enfrentados a la negativa general a pagar las obligaciones feudales a ellos debidas, por no mencionar a una Iglesia cuya estructura y cuya economía se habían visto muy dañadas por los años de guerra y ocupación. Aunque en sus inicios los problemas procedían de oficiales liberales y desafectos al ejército —entre 1814 y 1820 se produjeron una serie de complots y conspiraciones que culminaron en la revolución de 1820-1823—, antes o después era inevitable un enfrentamiento con los serviles. Como el liberalismo ganaba constantemente apoyo entre la burguesía y los elementos más realistas del viejo orden, el resultado nunca fue dudoso, si bien hubo que sostener nada menos que cuatro guerras civiles para que los tradicionalistas aceptaran su derrota.

La guerra de la Independencia, así pues, dio origen a la violencia y al antagonismo popular que fueron, junto con las intervenciones militares en la política, los rasgos más característicos de la España decimonónica. En cuanto a Portugal, su postura sólo era un poco más favorable. Al no haberse logrado extender la rebelión a Brasil, no hubo lucha colonial que sostener y no se intentó la revolución política. Pero incluso así el estado absolutista se planteaba exactamente el mismo dilema que su vecino español, mientras que la decisión en 1814 del regente, el príncipe Juan —Juan VI a partir de 1816— de quedarse cómodamente en Río de Janeiro fue motivo de gran resentimiento en la devastada metrópoli. El continuo dominio británico en los aspectos

militar y comercial no contribuyó en nada a mejorar la situación, y en 1820 el absolutismo fue derribado y Juan tuvo que volver a Lisboa, a costa de perder Brasil en 1822; también en este caso la destrucción de la causa tradicionalista supuso una serie de guerras civiles.

De modo que la guerra de la Independencia, que en el plano de las guerras napoleónicas tuvo una función secundaria, fue un acontecimiento seminal en la historia de España y Portugal. Al quedar económica y financieramente devastados, esta guerra fue la causa directa de la ruina de sus imperios americanos (al menos en el continente, pues España conservó Cuba y Puerto Rico hasta 1898), mientras que en el caso de España hizo añicos los últimos vestigios de su pretendido gran poder en el escenario europeo. Esto, que muestra cruelmente las limitaciones del absolutismo ilustrado del siglo XVIII, también supuso un fuerte golpe a las pretensiones de la Iglesia y de la nobleza. Así, la Iglesia había padecido enormes pérdidas personales —-nada menos que un tercio del clero, aproximadamente, murió o fue asesinado durante la guerra— y se había visto privada de una parte considerable de su presencia física en muchos lugares de España, mientras que la desamortización, la hostilidad hacia los diezmos y las demandas de dinero tanto de los franceses como de los patriotas la habían privado de sus recursos. En cuanto a la nobleza, su dominio de la sociedad rural se había visto por lo menos seriamente comprometido, y la vuelta del absolutismo no logró traer consigo la plena restauración del «señorialismo» por ellos esperado (en resumen, Fernando se negó a permitir la restauración de las antiguas cortes señoriales).

A largo plazo, todo esto suponía que la guerra anunciaba una nueva época de liberalismo cimentada en la Constitución de 1812. Pero en el corazón de la nueva administración había un grave desemparejamiento entre retórica y realidad. Enfrentados a la resistencia del absolutismo burocrático por una parte y al tradicionalismo reaccionario por otra, hombres como Quintana y Flórez Estrada, abogados de la nueva era, afirmaban siempre que el pueblo de España y Portugal había combatido a los franceses no con la intención de conservar las cadenas del pasado, sino para reclamar la libertad que habían perdido a lo largo de siglos de despotismo. Se seguía de esto la esperanza popular de obtener algún beneficio material por sus sacrificios; pero no fue así, pues los liberales no le ofrecieron nada —incluso la abolición del régimen señorial se formuló en condiciones tales que no supuso gran cosa— y en la práctica lo consideraban con disgusto. Al mostrar ya gran parte del pueblo un ansia, aunque vaga y rudimentaria, de justicia social, estaban echándose las semillas de nuevos conflictos, entre los que se cuenta como el más notorio el terrible desastre de la guerra civil española.

¿Pero luchó el pueblo de España y Portugal del modo en que pretendían sus sedicentes campeones? Algunos aspectos del conflicto todavía tienen que

investigarse más profundamente, pero está muy claro que los modelos de motivación e implicación popular en la lucha fueron, por no decir más, mucho más complejos de lo que generalmente se ha supuesto. Aunque en ciertos momentos y en ciertos lugares los franceses se vieron enfrentados a una guerra popular del tipo que tantas veces se ha pintado, el panorama general que se muestra es de apatía y descontento. La guerra de guerrillas era una alternativa más aceptable que el alistamiento en los ejércitos regulares, ciertamente, pero está claro que para muchas de las partidas lo que importaba era básicamente el pillaje, la extorsión y los asaltos por los caminos. Esto no significa, desde luego, que los franceses y sus partidarios nunca fueran atacados, sino más bien que en última instancia solían ser objetivos puramente accidentales, e incluso secundarios. En consecuencia, donde la guerra de guerrillas era eficaz —y lo era extremadamente en gran parte del norte de España— solía deberse a fuerzas del tan ridiculizado ejército regular o a bandas de irregulares que habían sido enteramente militarizadas.

Y sin embargo, al fin, acaso el asunto sea irrelevante. Las fuerzas que infestaban las zonas rurales, tanto si eran grupos de bandoleros —como de hecho siempre afirmaron los franceses— como partidas de guerrilleros, tenían en cualquier caso que ser contenidas por grandes efectivos de fuerzas regulares. En términos teóricos el problema no era insuperable —en 1808 los franceses tenían una experiencia considerable en el campo de la guerra contra la insurrección y se mostraron capaces de mejorarla incluso en la Península—, pero en la medida en que los invasores se enfrentasen además a una consistente resistencia regular, no podían tener esperanzas fundadas de restaurar el orden. En pocas palabras, no hay motivo para hacer excepciones al *dictum* generalmente aceptado de que los franceses fueron derrotados en la Península por una combinación de guerra regular e irregular, si bien hay espacio para un mayor reconocimiento de la contribución de las tropas regulares españolas en esta combinación. Lo que no está tan claro, sin embargo, es la cuestión de si los invasores podían haber vencido o no. Sin tener en cuenta el *sine qua non* de la paz en el resto de Europa, aunque se hubieran visto reducidos sólo a Cádiz y a Lisboa, no es seguro que los gobiernos español y portugués se hubieran rendido, pues, como escribió Graham, «no podemos volver a tener semejantes aliados nunca más, tan malo ha sido su comportamiento y ... con tantas razones como a diario hemos tenido para lamentarlo».[28] A todo esto, los aliados tenían en Wellington a un comandante de campaña de calibre casi sin igual. Debido a su capacidad de previsión, los franceses se habían enfrentado a una tarea muy difícil, así como al riesgo constante de que cualquier error por ellos cometido fuera implacablemente explotado. Pero incluso así, Wellington no actuaba en el vacío. Nada menos que la mitad de sus fuerzas salieron del ejército portugués remodelado, y es dudoso que incluso las líneas

de Torres Vedras pudieran salvar a la causa aliada de las consecuencias que se derivarían de la caída de la resistencia española, o de la ruptura de las relaciones angloespañolas que tantas veces había parecido posible. Subyacía además a todo esto la buena disposición de los políticos que integraron las administraciones Portland, Perceval y Liverpool para arriesgar su reputación en una lucha que hasta muy tarde pareció una empresa dudosa, por no mencionar el leal apoyo que prestaron a un comandante que a menudo subestimó los problemas que tenían, raras veces les dio a conocer sus planes, y siempre fue rápido para encontrar fallos en sus esfuerzos. La victoria en la Península, así pues, fue tanto política y diplomática como militar. De aquí la necesidad de una historia que ha intentado ser algo más que una mera lista de batallas.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

A primera vista, el volumen de publicaciones sobre la guerra de la Independencia parece abrumador. Empezando por el contexto estratégico y diplomático, la historia internacional del período de Schroeder [1994] no ha sido superada, Esdaile [1995] y Gates [1996] analizan detalladamente las guerras napoleónicas y Esdaile [2001] proporciona una breve introducción. La mejor obra sobre Napoleón Bonaparte sigue siendo la de Lefebvre [1969], mientras que Fugier [1930] estudia a fondo los orígenes de la intervención del emperador en España y Portugal.

En lo que al telón de fondo ibérico se refiere, España está bien atendida. Para un estudio introductorio que abarca tanto el reinado de Carlos IV como la guerra de Independencia, véase Hamnett [1985]. Lynch [1989], Anes [1972], Domínguez Ortiz [1976] y, pese a su venerable edad, Desdevises du Dézert [1897-1904], proporcionan en conjunto una excelente introducción a gobierno y sociedad en el período anterior a 1808, que puede complementarse con los ensayos contenidos en Molas [1991]. En cuanto a la materia crucial del ejército, véanse Esdaile [1988b] y Andújar [1991], mientras que la Iglesia puede estudiarse en Callahan [1984]. Herr [1958] estudia muy bien el influjo de la Ilustración y el conflicto con la Francia revolucionaria, mientras que Hamilton [1944] y [1947] y Barbier y Klein [1981] son útiles como guía para los estudios económicos sobre España. Sobre la desamortización anterior a 1808, véase Herr [1989], mientras que Fernández Albaladejo [1975] proporciona un examen del cambio social y económico en el contexto de una provincia concreta tanto después como antes de 1808. Seco [1978] es de gran ayuda en lo referente a Godoy, así como Chastenet [1953] y González Santos [1985], sus biógrafos más recientes, mientras que la política de la corte la estudian Hilt [1987] y Castro [1930-1931]. Sobre el derrocamiento de Godoy y Carlos IV son insustituibles las obras de Martí [1965] y [1972], si bien pueden ser complementadas por Izquierdo [1963], y el estudio del descontento de la aristocracia por Martínez Quinteiro [1977a] y Pérez de Guzmán [1909-1910]. De menos utilidad actualmente, pero aún digno de consideración, es

Corona [1957]. Finalmente, la indiferencia del pueblo y la naturaleza del levantamiento de mayo de 1808 pueden estudiarse en Crowley [1981] y Herr [1965], y las implicaciones políticas de la rebelión en Moliner [1987] y [1997].

En Portugal se ha publicado mucho menos. De todos modos, Labourdette [1985] y Bernardino [1986] proporcionan en conjunto una sólida introducción, y Ladner [1990] una breve opinión sobre su gobernante, el príncipe Juan, mientras que en Medina [1994] y Veríssimo Serráo [1984] hay toda una masa de informaciones. En cuanto a la ocupación de 1807, puede estudiarse en Brandáo [1917] y MacKay [1992], mientras que Southey [1823-1832] ofrece un relato del levantamiento especialmente detallado.

Como cabe esperar del desarrollo general experimentado por la historiografía, el aspecto de la guerra que más atención ha recibido es el de las operaciones militares. En especial para las operaciones del ejército angloportu-gués, Omán [1902-1930] y Fortescue [1899-1920] siguen siendo las fuentes más notorias, si bien para las españolas han de complementarse con Gómez de Arteche [1868-1903] y Priego López [1972-2000]. Hay retratos de la mayoría de los principales comandantes franceses en Chandler [1987]; sobre Wellington, James [1992] ofrece una síntesis reciente tras seleccionar unos pocos de entre la abrumadora cantidad de textos existentes, mientras que Bryant [1971], Glover [1968] y Griffith [1986] se centran en su generalato y en su arte de la guerra. Para algunos ejemplos interesantes de las posturas anti-Wellington de moda entre algunos escritores americanos, véanse Meyer [1989], [1990] y [1991]. En Griffith [1999] se hallarán muchos comentarios sobre táctica y organización militar, así como cierto número de estudios sobre el ejército de Wellington, incluidos Omán [1913], Rogers [1979] y Haythornthwaite [1994]. También en lo que a los españoles se refiere, véase Esdaile [1988b] y, aunque no hay un estudio comparable sobre las fuerzas francesas, Elting [1988] es una mina de información sobre el ejército napoleónico en general. En cuanto al portugués, las referencias más adecuadas se hallarán en Fuente [1983] y Horward [1989].

Las guerrillas son tema de muchos debates, por lo que han generado abundantes publicaciones. Se hallarán opiniones anglosajonas clásicas en ensayos de Alexander [1975] y [1985], Chandler [1994] y Uffindell [1998], así como en Lovett [1975], mientras que son a primera vista Tone [1994] y [1996] quienes les apoyan. Para un planteamiento más a fondo, sin embargo, véanse Esdaile [1988a] y [1991], así como las contribuciones del mismo autor a Berkeley [1991] y a Fletcher [1998]. En cuanto a la aportación española al estudio, excepción hecha de un torrente de hagiografía, ha sido limitada, si bien Sánchez Fernández [1997] y [2000] da estimulantes muestras del tipo de obras que por fin cabe esperar, mientras que en Pascual [2000] son muchos

los puntos interesantes que pueden espigarse. Finalmente, Vilar [1999] proporciona una opinión francesa que da que pensar.

Hay cierto número de obras dedicadas a la experiencia española de la guerra de Independencia. Moreno [1997] ofrece un panorama de gran valor descriptivo basado en abundantes casos personales, y sobre este tema la principal guía fue durante muchos años la obra de Lovett [1965]. Para un planteamiento más analítico tanto del fracaso militar de la España patriota como de las razones estructurales de este problema, véanse Esdaile [1988c], [1989] y [2000]. Además de Lovett, la mejor guía para lo referente al gobierno y la política de los patriotas es Artola [1959], que actualmente ha de complementarse con obras como las de Martínez de Velasco [1972], Fontana y Garrabou [1986], Chávarri [1988], Hamnett [1977] y [1989] y Moran [1986] y [1994]. También es digno de señalarse en este aspecto el notable incremento experimentado en España por los estudios de historia local. El resultado, del que fue precursor el francés Fugier, cuyos estudios iniciales sobre Asturias se han vuelto a publicar ahora en español [Fugier, 1989], ha sido una serie de monografías que presentan muchos aspectos nuevos de la lucha española. Dichas obras son demasiado numerosas para citar aquí una lista completa, pero entre los casos particularmnte destacados se cuentan Ardit [977], Carantoña [1983], Moliner [1989], López Pérez y Lara [1993], Lafoz [1996] y Espinar [1994]. En cuanto a los aspectos militares, véanse especialmente Blanco [1988], Casado [1982] y Esdaile [1988b], mientras que Canales [1988] es una muestra del tipo de estudios que hacen falta sobre la respuesta popular al servicio militar. En cuanto a la inquietud social provocada por la desamortización y la cuestión de los señoríos, es objeto de estudio en Moxo [1965], Ber-nal [1974] y [1979], Lorente [1994], Hernández Montalbán [1999] y, aunque en un microcosmos, Morant [1984]. Finalmente, el golpe de 1814 y la restauración del absolutismo son estudiados, aunque de modo no plenamente concluyente, en Diz [1967] y Pintos [1958]; y la nueva apreciación del servilismo en que se basan las opiniones de estos autores tiene su más plena expresión en Suárez Verdeguer [1959] y [1965].

También el reino de Bonaparte en España ha atraído mucha atención. El lugar de honor corresponde aquí a Mercader [1971] y [1983] y a Artola [1976], pero también en este caso hay una serie de útiles estudios locales, entre los que destacan particularmente Cruz [1968], Bayod [1979a y b], Mercader [1978], Ollero [1983], Lorente [1990], Ramisa [1995], Moreno [1995] y Díaz Torrejón [2001]. Para estudios generales sobre las experiencias de José, véanse Abella [1997] y Glover [1971], y también biografías como las de Connelly [1968], Girod de l'Ain [1970] y Ross [1976]. También merece la pena considerar el contexto imperial, que puede examinarse en Connelly [1965], Ellis [1991] y Woolf [1991].

Volviendo al complejo tema de las relaciones entre los aliados, son diversas las obras que las consideran. La dimensión angloespañola es estudiada por Villa-Urrutia [1911-1914], Azcárate [1961], Severn [1981], Rydjord [1941], Kaufmann [1967], Esdaile [1990] y [1992], Gil [1999], Sañudo y Stampa [1996] y Laspra [1992] y [1999]; y la angloportuguesa por Fryman [1977] y Goldstein [1977]. La estrategia y la política extranjera británicas se estudian en Hall [1992] y Muir [1996], y la situación interior de Gran Bretaña en Emsley [1979] y Harvey [1978] y [1992]. Para la ayuda extranjera, véase Sherwig [1969]. En cuanto a la cuestión de la América española, Anna [1983] y Costeloe [1986] estudian su influencia en la España patriota, si bien Lynch [1973] es mejor como guía de los acontecimientos.

Así pues, son muchos los estudios realizados con el paso de los años, y hay aspectos del tema —muy en especial, las campañas del duque de Wellington— respecto de las cuales no cabe imaginar que pueda añadirse gran cosa al repertorio histórico. Pese a todo, queda aún buen número de temas que han de recibir la atención que merecen: es mucho lo que ignoramos, por ejemplo, sobre los levantamientos de 1808, sobre la creación de los nuevos ejércitos levantados por España y Portugal, sobre la respuesta del pueblo a la conscripción y sobre la naturaleza de la guerrilla. De modo que tenemos todavía mucha materia a nivel tanto regional como nacional para ocupar a los historiadores de la guerra de la Independencia y, por extensión, aún habrá más lecturas complementarias.

BIBLIOGRAFIA

A. FUENTES ARCHIVÍSTICAS

Archivo Histórico Nacional, Madrid

Sección de Estado, Legajos 5, 14-17, 30-1, 33, 38-41, 46**,** 52, 60, 62, 65, 70, 75, 77, 803, 2821, 2995, 3010 y 3566

Biblioteca Nacional, Madrid

Colección Gómez Imaz, Volúmenes R60002, R60016, R60034**,** R60087, R60124, R60129, R61075, R60140, R62280 y R63078.

Biblioteca del Senado, Madrid

Colección Gómez de Arteche, Volúmenes 011166, 011634, 011867, 011961, 016544, 017057, 028477, 029083, 031030, 032589, 032605, 032675, 035255, 038158, 039054, 039809, 039854, 040126, 040270, 040325, 040458, 040733, 041437, 041478,041970, 041996, 042062, 042070,042092, 042094, 043523 y 431437.

Brítish Library, Londres

Additional Manuscripts 37286-9, 37291-3, 37314, 38243-4, 38246-7, 38249-55, 49482,64131.

Public Record Office

a) War Office Papers, Senes I, Volumes 226-7, 229-52, 260-l.

b) Foreign Office Papers, Series 72, Volumes 71, 73, 75, 108, 112, 121, 128, 131-3, 142-7, 150-5, 159-60.

Real Academia de la Historia, Madrid

2-MS134.2-MS135; 9-31-6: 6964-66; 9-31-7: 7021; 9-31-7; 7025; 11-2-2: 8154; 11-5-7 9003; 14-9-6- 6925.

Real Colegio de San Albano, Valladolid

R. Brindle, «A Bnef Account of Travels, etc., in Spain» (MS).

Servicio Histórico Militar, Madrid

a) Colección Documental del Fraile, volúmenes XXVII, XXXII-XLI, CX, CXIV-CXVII, CXXXII-CLXIV, CXCI, CCLX, CCLIII-CCLXVIII, CCCXXXVI-CCCLI, CDLII-CDLXVII, DXL, DCXLVI-DCCLXIII,DCCLXXXIX, DCCXCI, DCCCLXIV, CMVIII y CMXXII.

b) Colección Duque de Bailén, carpetas 1/2/2, 1/2/8, 3/2/4-5, 3/4/23-4, 3/4/28, 3/4/32, 3/6/34, 4/2/10, 4/7/25, 5/8/1-10, 7/10/25-27, 18/22/71-79, 25/36/24, 32/49/21, 32/49/23, 34/52/53, 33/53/59 y 36/54/1.

University of Nottingham

Portland Collection, Pwf. 8580-7,9256-7; PwJc. 29-43,47-60,77-86,131-42,237-8, 188-93, 167-81.

University of Southampton

a) Wellington Papers, Volumes 1/205, 1/207-14, 1/216, 1/263, 1/264-7,1/269,1/270, 1/273-7, 1/284, 1/290-5, 1/297-8, 1/311, 1/313, 1/315, 1/331-2, 1/341-56, 1/358-83, 1/387-420, 1/439-45, 1/447, 12/1/1-3, 12/1/5-6, 12/2/2-3.

b) Carver Manuscripts, Nos. 8, 36, 53, 100.

B. FUENTES IMPRESAS CONTEMPORÁNEAS*

a) Publicaciones oficiales, colecciones documentales, etc.

Constitución Política de la Nación Española, Cádiz, 1812.

Correspondance de Napoleón Ipubliée par ordre de l'Empereur Napoleón III, París, 1858-1869.

Correspondence, Despatch.es and other Papers of Viscount Castlereagh, Second Marquess of Londonderry, ed. del marqués de Londonderry, Londres, 1848-1853.

The Croker Papers: the Correspondence and Diaries of the Right Honourable John Wilson Croker, LL.D, F.R.S., Secretary to the Admiralty from 1809 to 1830, ed. L. Jennings, Londres, 1884.

Diario de las Sesiones y Actas de las Cortes, Cádiz, 1810-1813.

The Dispatches and Correspondence of the Marquess Wellesley during his Mission to Spain as Ambassador Extraordinary to the Supreme Junta in 1809, ed. M. Martin, Londres, 1838.

The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington during his various Campaigns in India, Denmark, Portugal, Spain, the Low Countries and France from 1789 to 1815, ed. J. Gurwood, Londres, 1852.

Estados de la Organización y Fuerza de los Ejércitos Españoles Beligerantes en la

* Consideraciones de espacio han hecho imposible enumerar los muchos folletos, manifiestos, tratados y defensas utilizados en la preparación de este libro. Se dan todos los detalles en las notas de los capítulos en cuyo texto se citan dichas fuentes, pero además se remite al lector a los catálogos de las colecciones en que se hallan (esto es, la Colección Gómez Imaz, la Colección Documental del Fraile y la Colección Gómez de Arteche).

Península durante la Guerra de España contra Napoleón Bonaparte arreglados por la Sección de Historia Militar en 1821, Barcelona, 1822.

Guerra de la Independencia: Proclamas, Bandos y Combatientes, ed. S. Delgado, Madrid, 1979.

Historical Manuscripts Commission Report on the Manuscripts of Earl Bathurst preservedat Cirencester Parle, ed. F. Bickley, Londres, 1923.

Kalendario Manual y Guía de Forasteros en Madrid, Madrid, 1807, 1815.

Mémoires et Correspondance Politique et Militaire du Roi Joseph, ed. P. du Casse, París, 1853-1854.

Ordenanzas de S.M. para el Régimen, Disciplina, Subordinación y Servicio de sus Ejércitos, Madrid, 1768.

Supplementary Despatches, Correspondence and Memoranda of Field Marshal Arthur, Duke of Wellington, ed. segundo duque de Wellington, Londres, 1858-1872.

b) Periódicos, gacetas, etc.

Atalaya de la Mancha en Madrid, Madrid, 1813-1814.
Correo de Murcia, Murcia, 1809.
Correo de Valencia, Valencia, 1811.
Diario Crítico y Erudito de Granada, Granada, 1813.
Diario de Badajoz, Badajoz, 1808-1809.
Diario de Gobierno de Sevilla, Sevilla, 1812-1813.
Diario de Granada, Granada, 1808-1809.
Diario de la Tarde, Cádiz, 1813.
Diario de Málaga, Málaga, 1808-1809.
Diario Mercantil de Cádiz, Cádiz, 1813.
Diario Político de Mallorca, Mallorca, 1808.
Diario Redactor de Sevilla, Sevilla, 1812-1813.
El Censor General, Cádiz, 1812.
El Ciudadano por la Constitución, La Corana, 1813.
El Conciso, Cádiz, Madrid, 1812-1814.
El Duende de los Cafés, Cádiz, 1813.
El Español, Cádiz, Londres, 1810-1814.
El Español Libre, Cádiz, 1813.
El Fanal, Sevilla, 1812.
El Imparcial, Alicante, 1813.
El Patriota, Cádiz, 1812-1813.
El Redactor General, Cádiz, 1811-1814.
El Tremendo o los Críticos del Malecón, Cádiz, 1813.
El Tribuno del Pueblo Español, Cádiz, 1812-1813.
Gazeta de La Coruña, La Coruña, 1808.
Gazeta de la Junta Superior de la Mancha, Cuenca, 1811-1812.
Gazeta de la Regencia de España e Indias, Cádiz, Madrid, 1810-1814.
Gazeta del Gobierno, Madrid, Sevilla, 1808-1810.
La Abeja Española, Cádiz, 1812-1813.

Los Amigos de Ballesteros, Isla de León, 1813.
Los Ingleses en España, Sevilla, 1813.
Memorial Militar y Patriótico del ejército de la Izquierda, Badajoz, 1810.
Semanario Patriótico, Madrid, Sevilla, Cádiz, 1808-1812.
Semanario Político, Histórico y Literario de La Coruña, La Coruña, 1809-1810.

c) Memorias, diarios y relaciones contemporáneas

Alcaide, A., *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809,* Madrid, 1830.
Alcalá Galiano, A., ed., *Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano,* Madrid, 1886. —, *Recuerdos de un anciano,* Madrid, 1907.
Alexander, B., ed., *The Journal of William Beckford in Portugal and Spain, 1787-1788,* Londres, 1954.
Alonso, E., ed., *Memorias del alcalde de Roa, Don Gregorio González Arranz, 1788-1840,* Roa, 1995.
Álvarez Valdés, A., *Memorias del levantamiento de Asturias en 1808,* ed. M. Fuertes Acevedo, Oviedo, 1889.
Anón., *The Military Exploits of Don Juan Martín Diez, the Empecinado,* Londres, 1825. —,*Memoirs of a Sergeant Late in the Forty-Third Light Infantry Regiment, Previously to and during the Peninsular War,* Londres, 1835.
Argüelles, A., *Examen histórico de la reforma constitucional que hicieron las Cortes Generales y Extraordinarias desde que se instalaron en la Isla de León el día 24 de septiembre de 1810 hasta que cerraron en Cádiz sus sesiones en 14 del propio mes de 1813,* ed. J. Longares, Madrid, 1970; publicado bajo el título de *La reforma constitucional de Cádiz.*
Atkinson, C, ed., «A light dragoon in the Peninsular War: extracts from the letters of Captain Lovell Badcock, Fourteenth Light Dragoons, 1809-1814», JSAHR, XX-XIV, n.° 138, pp. 70-79. —, ed., «*A Peninsular brigadier: letters of Major General Sir F. P. Robinson, K.C.B., dealing with the campaign of 1813», JSAHR,* XXXIV, n.° 140, pp. 153-170.
Bankes, G., ed., *The Autobiography of Sergeant William Lawrence, a Hero of the Peninsular and Waterloo Campaign,* Londres, 1886.
Batty, R., *Campaign o fthe Left Wing of the Allied Army in the Western Pyrenees and the South of France in the Years 1813 and 1814 under Field Marshal the Marquess of Wellington,* Londres, 1825.
Baudus, M. de, *Etudes sur Napoleón,* París, 1841. Bell, G., *Rough Notes of an Old Soldier,* ed. B. Stuart, Londres, 1956.
Bentley, N., ed., *Selections from the Reminiscences of Captain Gronow,* Londres, 1977.
Berazaluce, A., ed., *Recuerdos de la vida de Don Pedro Agustín Girón,* Pamplona, 1978.
Bigarré, A., *Mémoires du General Bigarré, Aide de Camp du Roi Joseph, 1775-1813,* París, 1903.
Blanco White, J., *Cartas de España,* ed. V. Llorens y A. Garnica, Madrid, 1972.
Blaze, S., *Mémoires d'un Apothécaire sur le Guerre d'Espagne Pendant les Années 1808 á l814,* París, 1828.

Bourgoing, J. de, *A Modern State of Spain*, Londres, 1808.

Boutflower, C, *The Journal of an Army Surgeon during the Peninsular War,* Manchester, 1912.

Brandt, H. von, *The Two Minas and the Spanish Guerrillas*, Londres, 1825.

Buckham, E., *Personal Narrative of Adventures in the Península during the War in*

1812-1813 by an Officer late in the Staff-Corps Regiment of Cavalry, Londres, 1827.

Buckley, R., ed., *The Napoleonic-War Journal of Captain Thomas Henry Browne,* Londres, 1987.

Bunbury, T., *Reminiscences of a Veteran, being Personal and Military Adventures in Portugal, Spain, France, Malta, Norfolk Island, New Zealand, Anderman Islands and India*, Londres, 1861.

Cadell, C, *Narrative of the Campaigns of the Twenty-Eighth Regiment since their Returnfrom Egypt in 1802,* Londres, 1835.

Canga Argüelles, J., *Observaciones sobre la Historia de la Guerra de España que escribieron los señores Clarke, Southey, Londonderry y Napier*, Madrid, 1833-1836.

Carnicero, J. C, *Historia razonada de los principales sucesos de la gloriosa revolución de España,* Madrid, 1814.

Carr Gomm, F., ed., *Letters and Journals of Field Marshal Sir William Maynard Gomm, G.C.B., Commander-in-Chief of India, Constable of the Tower of Londón, etc., etc from 1799 to Waterloo, 1815*, Londres, 1881.

Cases, *Comte de las, Memorial de Sainte Héléne*, ed. G. Walter, París, 1956.

Cassels, S., ed., *Peninsular Portrait, 1811-1814: the Letters of Captain William Bragge, Third (King's Own) Dragoons*, Londres, 1963.

Cooper, J., *Rough Notes of Seven Campaigns in Portugal, Spain, France and America during the Years of 1809-10-11-12-13-14-15*, Londres, 1869.

Costello, E., *The Adventures of a Soldier, or Memoirs of Edward Costeño, K.S.F.,* Londres, 1841.

Dalrymple, H., *Memoirs written by Sir Hew Dalrymple, Bart., ofhis Proceedings as connected with the Affairs of Spain and the Commencement of the Peninsular War*, Londres, 1830.

Dalrymple, W., *Travels through Spain and Portugal in 1774*, Londres, 1777.

Dellard, J., *Mémoires Militaires du General Barón Dellard*, París, s.f.

Donaldson, J., *Recollections of the Eventful Life ofa Soldier,* Edimburgo, 1852.

Douglas, R., ed., From Valmy to Waterloo: Extracts from the Diary of Captain Charles Francois, a Soldier of the Revolution and Empire, Londres, 1906. Edwards, N., ed., The Saint Helena Diary of General Barón Gourgaud, Londres, 1932.

Espoz y Mina, F., *Memorias del general Don Francisco Espoz y Mina, escritas por él mismo,* ed. J. M. de Vega, Madrid, 1851.

Fernyhough, W., *Military Memoirs of Four Brothers (Natives of Staffordshire) engaged in the Service of their Country as well in the New World and África as on the Continent of Europe by the Survivor*, Londres, 1829.

Fischer, C, A *Picture of Madrid*, Londres, 1808.

—, *Travels in Spain in 1797 and 1798*, Londres, 1802.

Fletcher, I., ed., *For King and Country: the Letters and Diaries of John Mills, Coldstream Guards, 1811-1814*, Staplehurst, 1995.

—, ed., *In the Service ofthe King: the Letters of William Thornton Keep*, Staplehurst, 1997.

Fleuriot de Langle, P., ed., *Napoleón at Saint Helena: Memoirs of General Bertrand, Grand Marshal of the Palace, January to May 1821*, Londres, 1953.

Fortescue, J., ed., *The Notebooks of Captain Coignet, Soldier of the Empire*, Londres, 1928.

Fouché, J., *Memoirs of Joseph Fouché, Duke of Otranto, Minister of the General Pólice of France*, Londres, 1892.

Foy, M., *History of the War in the Península under Napoleón*, Londres, 1827.

García de León y Pizarro, J., *Memorias de la vida del Excmo. Señor D. José García de León y Pizarro escritas por él mismo*, ed. A. Alonso Castrillo, Madrid, 1894.

Gigas, E., ed., «Lettres d'un diplómate danois en Espagne», *Revue Hispanique*, IX (1902), pp. 395-439.

Gille, L., *Les Prisonniers de Cabrera: Mémoires d'un Conscrit de 1808*, París, 1893.

Gleig, G., *The Subaltern*, Londres, 1825.

Glover, M., ed., *A Gentleman Volunteer: the Letters of George Hennellfrom the Peninsular War, 1812-1813*, Londres, 1979.

Godoy, M. de, *Cuenta dada de su vida política por Don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, o sea Memorias críticas y apolegéticas para la historia del reinado del Señor Carlos IV de Borbón*, Madrid, 1836-1838.

Grattan, W., *Adventures of the Connaught Rangers from 1808 to 1814*, Londres, 1847.

Green, J., *The Vicissitudes of a Soldier's Life, or a Series of Occurrences from 1808 to 1815*, Londres, 1815.

Hale, J., *Journal of James Hale, late Sergeant in the Ninth Regiment of Foot*, Londres, 1826.

Haley, A., ed., *The Soldier who Walked Away: Autobiography of Andrew Pearson, a Peninsular-War Veteran*, Liverpool, s.f.

Hall, B., *Corcubión*, ed. J. Alberich, Exeter, 1975.

Hamilton, A., *Hamilton 's Campaign with Moore and Wellington during the Peninsular War*, Troy, Nueva York, 1847.

Harley, J., *The Veteran, or Forty Years in the British Service, comprising Adventures in Egypt, Spain, Portugal, Belgium, Holland and Prussia*, Londres, 1838.

Hawker, P., *Journal of a Regimental Officer during the Recent Campaigns in Portugal and Spain under Viscount Wellington*, Londres, 1810.

Hay, W., *Reminiscences under Wellington, 1808-1815*, ed. S. Wood, Londres, 1901.

Hayter, A., ed., *The Backbone: Diaries of a Military Family in the Napoleonic Wars*, Bishop Auckland, 1993.

Haythornthwaite, P., ed., *Life in Napoleón's Army: the Memoirs of Captain Elzéar Blaze*, Londres, 1995.

Hayward, P., ed., *Surgeon Henry's Trifles: Events ofa Military Life*, Londres, 1970.

Hibbert, C, ed., *The Recollections of Rifleman Harris*, Londres, 1985.

—, ed., A *Soldier of the Seventy-First*, Londres, 1975.

—, ed., *The Wheatley Diary: a Journal and Sketchbook kept during the Peninsular War and the Waterloo Campaign*, Londres, 1964.

Holland, H. R., *Foreign Reminiscences, ed. H. E. Holland*, Londres, 1850.

Horward, D., ed., *The French Campaign in Spain and Portugal: an Account by Jean Jacques Pelet*, Minneapolis, 1973.

Ilchester, Earl of, ed., The Spanish Journal of Elizabeth, Lady Holland, Londres, 1910.

Jackson, Lady, ed., *The Diaries and Letters of Sir George Jackson*, Londres, 1872.

Jacob, W., *Travels in the South of Spain,* Londres, 1811.

Jones, B., ed., *In the Service of Napoleón: the Military Memoirs of Charles Parquin*, Londres, 1987.

Junot, L., *Mémoires du Madame la Duchesse d'Abrantes, ou Souvenirs Historiques sur Napoleón, la Révolution, le Directoire, le Consulat, I 'Empire et la Restauration,* París, 1831-1835.

Kincaid, J., *Adventures in the Rifle Brigade,* Londres, 1909.

Knowles, L., ed., *The War in the Península: Some Letters of Lieutenant Robert Knowles of the Seventh, or Roy al, Fusiliers, a Lancashire Officer*, Bolton, 1913.

Laborde, A. de, *A View of Spain*, Londres, 1809.

Larpent, G., ed., *The Prívate Journal of Judge-Advocate F. S. Larpent, attached to Lord Wellington's Headquarters, 1812-1814*, Londres, 1853.

Leach, J., *Rough Sketches in the Life of an Old Soldier*, Londres, 1831.

Leith-Hay, *A., Memoirs of the Late Lieutenant General Sir James Leith, G.C.B., with a Précis of Some ofthe Most Remarkable Events of the Peninsular War*, Londres, 1818.

Lejeune, L., *Memoirs of Barón Lejeune, Aide-de-Camp to Marshals Berthier, Davout and Oudinot*, ed. A. Bell, Londres, 1897.

L'Estrange, G., *Recollections of Sir George L'Estrange*, Londres, 1873.

Lewin, H., *The Life of a Soldier: a Narrative of Twenty-Seven Years' Service in Various Parts ofthe World*, Londres, 1834.

Liddell Hart, B., ed., *The Letters of Prívate Wheeler, 1809-1828*, Londres, 1951.

Llórente, J., *Memorias para la historia de la revolución española*, París, 1814.

Ludovici, A., ed., *On the Road with Wellington: the Diary of a War Commissary in the Peninsular Campaigns*, Nueva York, 1925.

Macdonald, E., *Recollections of Marshal Macdonald, Duke of Tarentum,* ed. C. Rousset, Londres, 1892.

McGuffie, T., ed., *Peninsular Cavalry General: the Correspondence of Lieutenant General Robert Bailará Long*, Londres, 1951.

Mackinnon, H., *A Journal of the Campaign in Portugal and Spain containing Remarks on the In habitants, Customs, Trade and Cultivation of those Countries from the Year 1809 to 1812,* Bath, 1812.

Marbot, M. de, *The Memoirs of Barón de Marbot, late Lieutenant General in the French Army*, Londres, 1892.

Mareen, J., ed., *El manuscrito de Matías Calvo: Memorias de un monegrino durante la guerra de la Independencia*, Zaragoza, 2000.

Marco, P., *El Cura Merino, 1808 a 1813: Memorias de un contemporáneo*, Madrid, 1899.

Marmont, A., ver Viesse de Marmont, A. Maurice, J., ed., *The Diary of Sir John Moore*, Londres, 1904

Mesonero Romanos, R. de, *Memorias de un setentón*, Madrid, 1880.

Miot, A., *Mémoires du Comte Miot de Melito, Anden Ministre, Ambassadeur, Conseilleur d'Etat et Membre de l'Instituí*, París, 1858.

Monick, S., ed., *Douglas's Tale of the Península and Waterloo*, Londres, 1997.

Moore, J.C., *A Narrative of the Campaign of the British Army in Spain commanded by His Excellency Lieutenant General Sir John Moore*, K.B., Londres, 1809.

Morley, S., *Memoirs of a Sergeant of the Fifth Regiment of Foot, containing an Account of his Service in Hanover, South America and the Península*, Ashford, 1842.

Muriel, A., *Historia de Carlos IV*, ed. C. Seco, Madrid, 1959.

Napier, W., *History of the War in the Península and in the South of France from the Year 1807 to the Year 1814*, Londres, 1828-1840.

Neale, A., *Letters from Portugal and Spain comprising an Account of the Operations of the Armies under Their Excellencies Sir Arthur Wellesley and Sir John Moore from the landing of their Troops in Mondego Bay to the Battle at Corunna*, Londres, 1809.

North, J., ed., *In the Legions of Napoleón: the Memoirs of a Polish Officer in Spain andRussia, 1808-1813*, Londres, 1999.

Oman, C.,ed., «A Prisoner of Albuera: the Journal of Major William Brooke from 16 May to 28 September 1811», *Blackwood's Magazine, CLXXXIV, n.° 1116* (octubre de 1908), pp. 425-448.

Ompteda, C, *In the King's Germán Legión: Memoirs of Barón Ompteda, Colonel in the King's Germán Legión during the Napoleonic Wars*, Londres, 1894.

O'Neill, C, *The Military Adventures of Charles O'Neill, who was a Soldier in the Army of Lord Wellington during the Memorable Peninsular War and the Continental Campaigns from 1811 to 1815*, Worcester, Mass., 1851.

Page, J., ed., *Intelligence Officer in the Península: Letters and Diaries of Major the Honourable Edward Charles Cocks, 1786-1812*, Tunbridge Wells, 1986.

Pakenham, T., ed., *The Pakenham Letters, 1800 to 1815*, Londres, 1914.

Palafox, J. de, *Memorias*, ed. H. Lafoz, Zaragoza, 1994.

Patterson, J., *The Adventures of Captain John Patterson*, Londres, 1837.

Paz, A., ed., *Memorias de Don Juan de Escoíquiz*, Madrid, 1915.

Pina, V., *Páginas de 1808: Memorias de un patriota*, Zaragoza, 1959.

Porter, R., *Letters from Portugal and Spain written during the March of the British Troops under Sir John Moore*, Londres, 1809.

Posse, J. A., *Historia biográfica, o Historia de la vida y hechos de Don Juan Antonio Posse escrita por él mismo*, ed. R. Herr, Madrid, 1984; publicado como Memorias del cura liberal Don Juan Antonio Posse con su Discurso sobre la Constitución de 1812.

Pradt, M. de, *Mémoires Historiques sur la Révolution d'Espagne*, París, 1816.

Queipo de Llano, J., *conde de Toreno, Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, ed. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1853.

Rocca, A. de, *Memoirs of the War of the French in Spain*, ed. P. Haythornthwaite, Londres, 1990.

Rodríguez Fernández, P., ed., *La guerra de Independencia en Asturias: correspondencia del general Bonet, 1809-1812*, Gijón, 1991.

Roederer, P., *Mémoires sur la Révolution, le Consulat etl'Empire*, ed. O. Aubry, París, 1942.

Rousseau, I., ed., *The Peninsular War Journal of Sir Benjamín D'Urban*, Londres, 1930.

Roy, R., ed., *«The memoirs of Prívate James Gunn», JSAHR, XLIX*, n.° 198, pp. 90-120.

Sabine, E., ed., *Letters of Colonel Sir Augustus Simón Frazer, K.C.B., Commanding the Royal Horse Artillery in the Army under the Duke of Wellington Written During the Peninsular and Waterloo Campaigns*, Londres, 1859.

Saint-Cyr, L., *Memoires*, París, 1831.

Saint-Hilaire, E. de, *Souvenirs Intimes du Temps de l'Empire*, París, 1860.

Saint-Pierre, L. de, ed., *Les Cahiers du General Brun*, París, 1953.

Santillán, R., *Memorias de Don Ramón Santulón (1808-1856)*, ed. A. Berazaluce, Madrid, 1996.

Sarasa, J. M., *Vida y hechos militares del mariscal de campo, Don Juan Manuel Sarasa, narrados por él mismo*, ed. J. del Burgo, Pamplona, 1952.

Sarrazin, J., *History of the War in Spain and Portugal from 1807 to 1814*, Londres, 1815.

Schepeler, A. von, *Histoire de la Révolution d'Espagne et de Portugal ainsi que de la Guerre qui en Resulta*, Lieja, 1829-1831.

Sherer, J., *Recollections of the Península*, Londres, 1825.

Shore, E., ed., *An Engineer Officer under Wellington in the Península: the Diary and Correspondence of Lieutenant Rice Jones*, R. E., during 1809-10-11-12, Cambridge, 1986.

Simmons, T., ed., *Memoirs of a Polish Lancer: the Pamietniki of Dezydery Chlapowsk*i, Chicago, 1992.

Southey, R., *History of the Peninsular War*, Londres, 1823-1832.

—, *Letters written during a Joumey in Spain and a Short Residence in Portuga*l, Londres, 1808.

Spurrier, M., ed., «Letters of a Peninsular War commanding officer: the letters of Lieutenant Colonel, later General, Sir Andrew Barnard, G.C.B.», *JSAHR, XLVII*, n.°191,pp. 131-148.

Stanhope, Earl of, *Notes of Conversations with the Duke of Wellington, 1831-1851*, Londres, 1889.

Steevens, C, *Reminiscences of my Military Life from 1795 to 1808*, ed. N. Steevens, Winchester, 1878.

Stothert, W., A *Narrative of the Principal Events ofthe Campaigns of 1809, 1810 and 1811 in Spain and Portugal*, Londres, 1812.

Sturgis, J., ed., A *Boy in the Peninsular War: the Services, Adventures and Experiences of Roben Blakeney, Subaltern ofthe Twenty-Eighth Regiment*, Londres, 1899.

Suchet, L., *Memoirs of the War in Spain from 1808 to 1814*, Londres, 1829.

Swabey, W., *Diary of the Campaigns in the Península for the Years 1811, 12 and 13*, ed. F. Whinyates, Londres, 1984.

Swinburne, H., T*rovéis through Spain in the Years 1775 and 1776, Dublín*, 1779.

Thiébault, D., *The Memoirs of Barón Thiébault (late Lieutenant General in the French Army*), Londres, 1896.

Thompson, W., ed., *An Ensign in the Peninsular War: the Letters of John Aitchison*, Londres, 1981.

Tomkinson, J., ed., *The Diary of a Cavalry Officer in the Peninsular and Waterloo Campaigns, 1809-1815*, Londres, 1894.

Townsend, J., *A Journal through Portugal and Spain in the Years 1786 and 1787*, Londres, 1792.

Vaughan, C, *Narrative of the Siege of Saragoss*a, Londres, 1809.

Venault de Charmilly, C, *To the British Nation is Presented by Colonel Venault de Charmilly, Knight of the Roy al and Military Order of St. Louis, the Narrative of his Transactions in Spain with the Right Honourable John Hookham Frere, His Britannic Majesty's Minister Plenipotentiary and Lieutenant General Sir John Moore, K.B., Commander of the British Forces*, Londres, 1810.

Verner, R., ed., *Reminiscences of William Verner, 1782-1871*, Londres, 1965.

Verner, W., ed., *A British Rifleman: Journals and Correspondence [of George Simmons] during the Peninsular War and the Campaign of Waterloo*, Londres, 1899.

Viesse de Marmont, A., *Mémoires du Maréchal Marmont, Duc de Raguse, de 1792 a 1841*, París, 1857.

Villanueva, J., *Mi viage a las Cortes*, Madrid, 1860.

—, *Vida literaria de Don Joaquín Lorenzo Villanueva*, ed. G. Ramírez Aledón, Alicante, 1996.

Vivian, C, ed., *Richard Hussey Vivían, First Barón Vivían: a Memoir*, Londres, 1897.

Warre, E., ed., *Letters from the Península, 1808-1812 by Lieutenant General Sir William Warre*, C.B., K.T.S., Londres, 1909.

Wellesley, F., ed., *The Diary and Correspondence of Henry Wellesley, First Lord Cowley, 1790-1846*, Londres, 1930.

Wellesley, V., ed., *The Conversations of the First Duke of Wellington with George William Chad*, Cambridge, 1956.

Whinyates, F., ed., *Letters written by Lieutenant General Thomas Dyneley, C.B., R.A., while on Active Service between the Years 1806 and 1815*, Londres, 1895.

Whittingham, F., ed., *A Memoir of the Services of Lieutenant General Sir Samuel Ford Whittingham*, Londres, 1868.

Wilson, A., ed., *A Diary of St. Helena (1816, 1817): the Journal of Lady Malcolm*, Londres, 1899.

Wollocombe, R., ed., *With the Guns in the Península: the Peninsular War Journal of Captain William Webber, Royal Artillery*, Londres, 1991.

Wood, G., *The Subaltern Officer: a Narrative*, Londres, 1825.

Woodford, L., ed., *A Young Surgeon in Wellington's Army: the Letters of William Dent, Old Woking*, 1976.

Wylly, H., ed., *A Cavalry Officer in the Corunna Campaign, 1808-1809: the Journal of Captain Gordon ofthe Fifteenth Hussars*, Londres, 1913.

d) Fuentes secundarias

Abella, R., *La vida y época de José Bonaparte*, Barcelona, 1997.

Aldington, R., *Wellington*, Londres, 1946.

Alexander, D., «The impact of guerrilla warfare in Spain on French combat strength» *CREP*, V (1975), pp. 91-98.

—, *Rod of lron: French Counter-Insurgency Policy in Aragón during the Peninsular War*, Wilmington, Delaware, 1985.

Alonso, E., ed., *Memorias del alcalde de Roa, Don Gregorio González Arranz, 1788-1840*, Roa, 1995.

Alonso, M., *El ejército en la sociedad española*, Madrid, 1971.

Andújar, F., *Los militares en la España del siglo XVIII*, Granada, 1991.

Anes, G., *Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII*, Barcelona, 1972.

Anna, T., *Spain and the Loss of America*, Lincoln, Nebraska, 1983.

Anón., *Historia de la guerra de la Independencia española: años de 1808 a 1814*, Madrid, 1879.

Ardit, M., *Revolución liberal y revuelta campesina: un ensayo sobre la desintegración del régimen feudal en el País Valenciano, 1793-1840*, Barcelona, 1977.

Arriazu, M., ed., *Estudios sobre Cortes de Cádiz*, Pamplona, 1967

Artola, M., *Los afrancesados*, Madrid, 1976.

—, *La burguesía revolucionaria, 1808-1874*, Madrid, 1990.

—, *La España de Fernando VII*, Madrid, 1999.

—, *Los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, 1959.

Aymes, J., La guerra de la Independencia en España, 1808-1814, Madrid, 1975.

Azcárate, P. de, *Wellington y España*, Madrid, 1961.

Barahona, R., «Basque regionalism and centre-periphery relations, 1759-1833», *ESR, XIII, n.° 3* (julio de 1983), pp. 271-296.

—, «The Napoleonic occupation and its political consequences in the Basque provinces, 1808-1813», *CREP, XV* (1985), pp. 101-116.

—, *Vizcaya on the Eve of Carlism: Politics and Society, 1800-1833*, Reno, Nevada, 1989.

Barbier, J. y H. Klein, «Revolutionary wars and public finances: the Madrid treasury, 1784-1807», *JEH, XLI, n.° 2* (diciembre, 1981), pp. 315-339.

Barradas, M., *O General Gomes Freiré de Andrade, 1788-1817*, Lisboa, 1892.

Barthélemy, R. G. de, *«El Marquesito»: Juan Díaz Portier, general que fue de los ejércitos nacionales, 1788-1815*, Santiago de Compostela, 1995.

Bartlett, C, C*astlereagh*, Londres, 1966.

Bayod, R., *El reino de Aragón durante el reino intruso de los Napoleón*, Zaragoza, 1979.

—, *Suministros exigidos al pueblo aragonés para el ajército napolénico-frances*, Zaragoza, 1979.

Becerra, E. y F. Redondo, *Ciudad Rodrigo en la guerra de la Independencia*, Ciudad Rodrigo, 1988.

Benavides, N. y J. Yaque, *El capitán general D. Joaquín Blake y Joyes, regente del Reino y fundador del cuerpo de Estado Mayor*, Madrid, 1960.

Berkeley, A., ed., *New Lights on the Peninsular War: International Congress on the Iberian Península, 1780-1840*, Lisboa, 1991.

Bernal, A., *La lucha por la tierra en la crisis del antiguo régimen*, Madrid, 1979.

—, *La propiedad de la tierra y las luchas agrarias andaluzas*, Barcelona, 1974.

Bernardino, T., *Sociedade e Atitudes Mentáis em Portugal, 1777-1810*, Lisboa, 1986.

Blanch, A., *Historia de la guerra de la Independencia en el antiguo Principado*, Barcelona, 1861.

Blanco, R., *Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal, 1808-1823*, Madrid, 1988.

Brandao, R., *El Rei Junot*, Lisboa, 1917.

Broers, M., *Europe under Napoleón, 1799-1815*, Londres, 1996.

Bryant, A., *The Age of Elegance, 1812-1822*, Londres, 1950.

—, *The Great Duke, or the Invincible Gener*al, Londres, 1971.

—, *The Years of Endurance, 1793-1802*, Londres, 1942.

—, *Years of Victory, 1802-1812*, Londres, 1944.

Cáceres, C, *El ejército de Andalucía en la guerra de la Independencia*, Málaga, 1999.

Calama Rosellón, A., *La guerra de la Independencia en Soria*, La *Rioja y Navarra: la batalla de Tudela, 23-XI-1808*, Madrid, 1996.

Callahan, W., *Church, Politics and Society in Spain, 1750-1874*, Cambridge, Mass., 1984.

—, «The origins of the conservative Church in Spain, 1789-1823», *ESR, X, n.° 2* (abril de 1980), pp. 199-223.

Cambronero, C, *El rey intruso: apuntes históricos referentes a José Bonaparte y a su gobierno en España*, Madrid, 1909.

Canales, E., «La deserción en España durante la guerra de la Independencia», *Bicentenario de la Revolución Francesa (1789-1989): Le Jacobinisme*, Barcelona, 1990, pp. 211-230.

—, *Patriotismo y deserción durante la guerra de la Independencia en Cataluña*, Coimbra, 1988.

Carantoña, F., *La guerra de la Independencia en Asturias*, Oviedo, 1983.

—, *Revolución liberal y crisis de las instituciones tradicionales asturianas*, Gijón, 1989.

Casado, P., *Las Fuerzas Armadas en el inicio del constitucionalismo español*, Madrid, 1982.

Cassinello, A., *Juan Martín, «El Empecinado», o el amor a la libertad*, Madrid, 1995.

Castells, I. y A. Moliner, *Crisis del antiguo régimen y revolución liberal en España, 1789-1845*, Barcelona, 2000.

Castro, C. de, *La revolución liberal y los municipios españoles, 1812-1868*, Madrid, 1979.

Castro, H., «Manejos de Fernando VII contra sus padres y contra Godoy», *BUM, II* (1930), pp. 397-408, 493-503; *ibid, III* (1931), pp. 93-102.

Cepeda, J., El ejército en la política española, 1787-1843: conspiraciones y pronunciamientos en los comienzos de la España liberal, Madrid, 1990.

Chamorro, M., *1808/1936: dos situaciones históricas concordante* Madrid, 1973.

Chandler, D., *The Campaigns of Napoleón*, Londres, 1966.

—, ed., *Napoleón's Marshals*, Nueva York, 1987.

—, *On the Napoleonic Wars: Collected Essays*, Londres, 1994.

Chastenet, J., *Godoy: Master of Spain, 1792-1808*, Londres, 1953.

Chavarri, P., *Las elecciones a las Cortes Generales y Extraordinarias, 1810-1813*, Madrid, 1988.

Christiansen, E., *The Origins of Military Power in Spain, 1800-1854*, Oxford, 1967.

Connelly, O., *The Gentle Bonaparte: Biography of Joseph, Napoleón's Eider Brother*, Nueva York, 1968.

—, *Napoleón's Satellite Kingdoms*, Nueva York, 1965.

Corona, C, *Revolución y reacción en el reinado de Carlos IV*, Madrid, 1957.

Costeloe, M., *Response to Revolution: Imperial Spain and the Spanish American Revolutions, 1810-1840*, Cambridge, 1986.

—, «Spain and the Spanish-American Wars of Independence: the Comisión de Reemplazos, 1811-1820», *JLAS, XIII, n.° 2* (noviembre de 1981), pp. 223-237.

Crawley, C, «English and French influences in the cortes of Cádiz», *CHJ, VI, n.° 2*, pp. 176-206.

Crowley, C, «Luces and hispanidad: nationalism and modernization in eighteenth-century Spain», en M. Palumbo y W. O. Shanahan, *Nationalism: Essays in Honour of Louis L. Snyder*, Westport, Connecticut, 1981, pp. 87-102.

Cruz, J., *Gentlemen, Bourgeois and Revolutionaries: Political Change and Cultural Persistence among the Spanish Dominant Groups, 1750-1850*, Cambridge, 1996.

Cruz, N., *Valencia napoleónica*, Valencia, 1968.

Cuenca, J., *La Iglesia española ante la revolución liberal*, Madrid, 1971.

Davies, D., *Sir John Moore's Peninsular Campaign, 1808-1809*, La Haya, 1974.

Delavoye, H., *Life of Thomas Graham, Lord Lynedoch*, Londres, 1880

Derry, J., *Castlereagh*, Londres, 1976.

Desdevises du Dézert, G., *L'Espagne de l'AncienRégime*, París, 1897-1904.

Díaz Torrejón, F. L., *Osuna napoleónica, 1810-1812*, Sevilla, 2001.

Dixon, P., *Canning, Politician and Statesman*, Londres, 1976.

Diz, M., *El manifiesto de 1814*, Pamplona, 1967.

Domínguez Ortiz, A., *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Barcelona, 1976.

Dufour, G., *La guerra de la Independencia*, Madrid, 1999.

Ellis, G., *The Napoleonic Empire*, Londres, 1991.

Elting, J., *Swords arounda Throne: Napoleón and his Grande Armée*, Nueva York, 1988.

Emsley, C, *British Society and the French Wars, 1793-1815*, Londres, 1979.

Epton, N., *The Spanish Mousetrap: Napoleón and the Spanish Court*, Londres, 1973.

Esdaile, Ch., *The Duke of Wellington and the Command of the Spanish Army, 1812-1814*, Londres, 1990.

—, «The Duke of Wellington and the Spanish Revolution, 1812-1814», en C. Woolgar, ed., *Wellington Studies, II*, Southampton, 1999, pp. 163-187.

—, *The French Wars*, Londres, 2001.

—, «Héroes or villains? The Spanish guerrillas in the Peninsular War», *HT, XXX-VIII, n.° 4* (abril de 1988a), pp. 29-35.

—, «Latin America and the Anglo-Spanish alliance against Napoleón, 1808-1814», *BHS, LXIX, n.° 3* (julio de 1992), pp. 55-70.

—, «The Marqués de la Romana and the Peninsular War: a case study in Spanish civil-military relations», *CREP, XXIII* (1993), pp. 366-374.

—, «Rebeldía, reticencia y resistencia: el caso gallego de 1808», *Trienio, n.° 35* (mayo de 2000), pp. 57-80.

—, *The Spanish Army in the Peninsular War*, Manchester, 1988.

—, «War and politics in Spain, 1808-1814», *HJ, XXXI, n.° 2* (1988c), pp. 295-317.

—, *The Wars of Napoleón*, Londres, 1995.

—, «Wellington and the military eclipse of Spain, 1808-1814», *IHR, XI, n.° 1* (febrero de 1989), pp. 55-67.

—, «Wellington and the Spanish army, 1812: the revolt of General Ballesteros», *CREP, XVII* (1987), pp. 93-108.

—, «Wellington and the Spanish guerrillas: the campaign of 1813», *CREP, XXI* (1991) pp. 298-306.

Espinar, A., *Málaga durante la primera etapa liberal, 1812-1814*, Málaga, 1994.

Fernández Albaladejo, P., *La crisis del antiguo régimen en Guipúzcoa, 1766-1833; cambio económico e historia*, Madrid, 1975.

Fernández Bastarreche, F., *El ejército español en el siglo XIX*, Madrid, 1978.

Fernández Benítez, V., Burguesía y revolución liberal*: Santander, 1812-1840*, Santander, 1989.

—, *Carlismo y rebeldía campesina: un estudio sobre la conflictividad social en Cantabria durante la crisis final del antiguo régimen*, Madrid, 1988.

Fernández de Pinedo, E., *Centralismo, ilustración y agonía del antiguo régimen, 1715-1833*, Barcelona, 1980.

Ferrao, A., *A primeira invasao de Junot vista atraves dos documentos da Intendencia Geralda Policio, 1807-1808*, Coimbra, 1928.

Ferrer, J., «Les Amis Réunis de Saint Joseph: la primera logia masónica de Vitoria», *CIH, vol. III* (1979), pp. 187-216.

—, *Masonería española contemporánea, 1800-1868*, Madrid, 1980.

Figueroa, M., *La guerra de la Independencia en Galicia*, Vigo, 1992.

Fijalkowski, W., *La intervención de tropas polacas en los sitios de Zaragoza*, Zaragoza, 1997.

Fisher, J., «Commerce and imperial decline: Spanish Trade with Spanish America, 1797-1820», *JLAS, XXX, n.° 3* (octubre de 1998), pp. 459-479.

Fletcher, I., ed., *The Peninsular War: Aspects of the Struggle for the Iberian Península*, Staplehurst, 1998.

Flores, F., *El bandolerismo en Extremadura*, Badajoz, 1992.

Fontana, J., «Catalonia, 1808-1814: how to ñame a war», *Review, XII, n.° 3* (verano de 1989), pp. 397-403.

—, *y R. Garrabou, Guerra y hacienda: la hacienda del gobierno central en los años de la guerra de la Independencia, 1808-1814*, Alicante, 1986.

Fortescue, J., A *History of the British Army*, Londres, 1899-1920.

Fryman, M., «Charles Stuart and the "common cause": Anglo-Portuguese diplomatic relations, 1810-1814», *CREP, VII* (1977), pp. 105-115.

Fuente, F. de la, «Portuguese resistance to Napoleón: Dom Miguel Forjaz and the mobilization of Portugal», *CREP, XIII* (1983), pp. 141-155.

Fugier, A., *La Junta Superior de Asturias y la invasión francesa*, Gijón, 1989.

—, *Napoleón et l'Espagne, 1799-1808*, París, 1930.

García Gutiérrez, P., *La ciudad de León en la guerra de la Independencia*, León, 1991.

García Mercadal, J., *Palafox, duque de Zaragoza, 1775-1847*, Madrid, 1948.

García Prado, J., *Estudios de la guerra de la Independencia*, Zaragoza, 1964-1967.

García Ruipérez, M., Revueltas sociales en la provincia de Toledo: la crisis de 1802-1805, Toledo, 1999.

Gash, N., *Lord Liverpool: the Life and Political Career of Robert Bankes Jenkinson, Second Earl of Liverpool, 1770-1828*, Londres, 1984.

—, *Wellington: Studies in the Military and Political Career of the First Duke of Wellington*, Manchester, 1990.

Gates, D., *The Napoleonic Wars*, Londres, 1996.

—, *The Spanish Ulcer: a History of the Peninsular War*, Londres, 1986. [Hay edición española: *La úlcera española: historia de la guerra peninsular*, Cátedra, Madrid, 1987.]

Gil, A., «Foreign military command and early nationalism in Spain during the Peninsular War», en C. Woolgar, ed., *Wellington Studies, II*, Southampton, 1999, pp. 143-162.

Girod de 1'Ain, G., *Joseph Bonaparte, le Roi Malgré Lui*, París, 1970.

Glover, M., *Britannia Sickens: Sir Arthur Wellesley and the Convention of Cintra*, Londres, 1970.

—, *Legacy of Glory: the Bonaparte Kingdom of Spain*, Nueva York, 1971.

—, *The Peninsular War: a Concise Military History*, Londres, 1974.

—, *Wellington as Military Commander*, Londres, 1968.

Goldstein, M., «The Stuart Vaughan mission of 1808: the génesis of the Peninsular alliance», *CREP, VII* (1977), pp. 99-104.

Gómez de Arteche, J., *Guerra de la Independencia: Historia militar de España de 1808 a 1814*, Madrid, 1868-1903.

Gómez Bajo, M., *La guerra de la Independencia en Astorga, 1808-1814*, Astorga, 1986.

González Santos, L., *Godoy: príncipe de la Paz, siervo de la guerra*, Madrid, 1985.

Goodman, E., «Spanish nationalism in the struggle against Napoleón», *RP, XX, n.° 3* (julio de 1958), pp. 330-346.

Grasset, A., *Málaga, provincia francesa, 1811-1812*, Málaga, 1996.

Gray, D., *Spencer Perceval, the Evangelical Prime Minister*, Manchester, 1963.

Grehan, J., *The Lines of Torres Vedras: the Cornerstone of Wellington's the Peninsular War, 1809-1812*, Staplehurst, 2000.

Griffith, P., ed., *A History of the Peninsular War, IX: Modern Studies ofthe War in Spain and Portugal, 1808-1814*, Londres, 1999.

—, ed., W*ellington-Commander: the Iron Duke's Generalship*, Chichester, 1986.

Guedalla, P., *The Duke*, Londres, 1931.

Guirao, R., *Guerrilleros y patriotas en el Alto Aragón, 1808-1814*, Huesca, 2000.

—, y L. Sorando, *El Alto Aragón en la guerra de la Independencia*, Zaragoza, 1995.

Guzman, F., *La España de Goya*, Madrid, 1981.

Hall, C, *British Strategy in the Napoleonic War, 1803-1815*, Manchester, 1992.

Hamilton, E., «War and inflation in Spain, 1780-1800», *QJE, LIX, n.° 1* (noviembre de 1944), pp. 36-77.

—, *War and Prices in Spain, 1651-1800*, Cambridge, Mass., 1947.

Hamnett, B., «The appropriation of Mexican Church wealth by the Spanish Bourbon government: the consolidation of the vales reales, 1805-1809», *JLAS, I, n.° 2* (noviembre de 1969), pp. 85-113.

—, «Constitutional theory and political reality: liberalism, tradition and the Spanish cortes, 1810-1814», *JMH, XL, n.° 1* (marzo de 1977), tirada aparte.

—, *La política española en una época revolucionaria*, Ciudad de México, 1985.

—, «Spanish constitutionalism and the impact of the French Revolution, 1808-1814», en H. Masón y W. Doyle, eds., *The Impact of the French Revolution on European Consciousnes*s, Gloucester, 1989, pp. 64-80.

Harbron, J., *Trafalgar and the Spanish Navy*, Londres, 1988.

Harvey, A., *Britain in the Early Nineteenth Century*, Londres, 1978.

—, *Colusión of Empires: Britain in Three World Wars*, Londres, 1992.

Hayman, P., Soult: *Napoleón's Maligned Marshal*, Londres, 1990.

Haythornthwaite, P., *The Armies of Wellington*, Londres, 1994.

Hernández Girbal, F., *Juan Martín, el Empecinado, terror de los franceses*, Madrid, 1985.

Hernández Montalbán, F., *La abolición de los señoríos en España, 1811-1837*, Valencia, 1999.

Herr, R., The Eighteenth-Century Revolution in Spain, Princeton, 1958.

—, «Good, evil and Spain's uprising against Napoleón», en R. Herr y H. Parker, eds., *Ideas in History*, Durham, N.C., 1965, pp. 157-181.

—, *Rural Change and Roy al Finances in Spain at the End ofthe Oíd Régim*e, Berkeley, Calif., 1989.

Hibbert, C, *Wellington: a Personal History*, Londres, 1997.

Higuera, A. de la y L. Molins Cabrera, *Historia de la revolución española: tercera guerra de la independencia*, Madrid, 1940.

Hilt, D., *The Troubled Trinity: Godoy and the Spanish Monarchs*, Tuscaloosa, Alabama, 1987.

Horta Rodríguez, N., *D. Julián Sánchez, «El Charro», guerrillero y brigadier*, Ciudad Rodrigo, 1987.

Horward, D., *Bussaco, Gainesville*, FL, 1965.

—, *Napoleón and Iberia: the Twin Sieges of Ciudad Rodrigo and Almeida, 1810*, Tallahassee, 1984.

—, «Wellington and the defence of Portugal», *IHR, XI, n.° 1* (febrero de

1989), pp. 39-54.

Iribarren, J., *Espoz y Mina, el guerrillero*, Madrid, 1965.

Izquierdo, M., *Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII*, Madrid, 1963.

James, L., *The Iron Duke: a Military Biography of Wellington*, Londres, 1992.

Jiménez de Gregorio, F., *Murcia en los dos primeros años de la guerra por la Independencia*, Murcia, 1947.

Kaufmann, W., *British Policy and the Independence of Latín America*, Londres, 1967.

Kinsbruner, J., *Independence in Latín America: Civil Wars, Revolutions and Under-development*, Albuquerque, N. Méx., 1994.

Knight, G., «Lord Liverpool and the Peninsular Struggle, 1809-1812», *CREP, XX* (1990), pp. 32-38.

Labourdette, J., *Le Portugal de 1780 á 1802*, París, 1985.

Ladner, J., «John VI of Portugal: contemporary of Napoleón and Wellington», *CREP, XX* (1990), pp. 869-881.

Lafoz, H., *La guerra de la Independencia en Aragón: del Motín de Aranjuez a la capitulación de Zaragoza*, Zaragoza, 1996.

—, *José Palafox y su tiempo*, Zaragoza, 1992.

Laspra, A., *Intervencionismo y revolución: Asturias y Gran Bretaña durante la guerra de la Independencia, 1808-1813*, Oviedo, 1992.

—, *Las relaciones entre la Junta General del Principado de Asturias y el Reino Unido en la guerra de la Independencia,* Oviedo, 1999.

Lefebvre, G., *Napoleón,* Londres, 1969.

Longares, J., *La ideología religiosa del liberalismo español, 1814-1843*, Córdoba, 1979.

Longford, E., *Wellington: the Years ofthe Sword*, Londres, 1969.

López Moran, B., *El bandolerismo gallego en la primera mitad del siglo XIX*, La Coruña, 1995.

López Pérez, M. el. Lara, *Entre la guerra y la paz: Jaén, 1808-1814*, Granada, 1993.

Lorente, L., *Agitación urbana y crisis económica durante la guerra de la Independencia, 1808-1814*, Cuenca, 1993.

—, «Coyuntura económica y presión social en la España ocupada: el modelo tributario francés en Toledo, 1811-1813», en E. de Diego *et al.*, eds., *Repercusiones de la Revolución Francesa en España,* Madrid, 1990, pp. 403-419.

—, *Poder y miseria: oligarcas y campesinos en la España señorial, 1760-1868*, Madrid, 1994.

Lovett, G., «The fall of the first Spanish liberal régime, 1813-1814», *CREP*, IV (1974), pp. 176-188.

—, *Napoleón and the Birth ofModern Spain,* Nueva York, 1965. [Hay edición española: *La guerra de la Independencia y el nacimiento de la España contemporánea*, Edicions 62, Barcelona, 1975.]

—, «The Spanish guerrillas and Napoleón», *CREP*, V (1975), pp. 80-90.

Lynch, J., *Bourbon Spain, 1700-1808*, Oxford, 1989.

—, «British policy and Spanish America, 1783-1808», *JLAS*, I, n.° 1 (mayo de 1969), pp. 1-30.

—, *The Spanish American Revolutions, 1808-1826,* Londres, 1973.

MacKay, C, «Conflicting goals: Napoleón, Junot and the occupation of

Portugal», *CREP,* XXII (1992), pp. 445-455.

Madol, H., *Godoy: the First Dictator of Modern Times,* Londres, 1934.

Marshall-Cornwall, J., *Massena,* Oxford, 1965.

Martí, F., *El Motín de Aranjuez,* Pamplona, 1972.

—, *El Proceso del Escorial,* Pamplona, 1965.

Martínez Quinteiro, E., «Coyuntura económica y liberalismo, 1788-1810», *Híspanla,* XLIII, n.° 155 (septiembre de 1983), pp. 581-598.

—, «Descontento y actitudes políticas de la alta nobleza en los orígenes de la edad contemporánea», *Hispania,* XXXVII, n.° 135 (enero de 1977a), pp. 95-138.

—, *Los grupos liberales antes de las Cortes de Cádiz,* Madrid, 1977b.

Martínez Ruiz, E., ed., // *Seminario Internacional sobre la guerra de la Independencia: Madrid, 24-26 de octubre de 1994,* Madrid, 1995.

Martínez de Velasco, A., *La formación de la Junta Central,* Pamplona, 1972.

Medina, J., ed., *Historia de Portugal dos Tempos Pre-Historicos aos Nossos Dias, VIII: Portugal Liberal,* Lisboa , 1994.

Mercader, J., *Catalunya i l'Imperi Napoleónic,* Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1978.

—, «La instauración primera del Ministerio del Interior en España bajo José Bona-parte en 1809», *Hispania,* XLII, n.° 150 (enero de 1982), pp 183-206.

—, *José Bonaparte, rey de España, 1808-1813: estructura del Estado español bona-partista,* Madrid, 1983.

—, *José Bonaparte, rey de España, 1808-1813: historia externa del reinado,* Madrid, 1971.

Meyer, J., «The battle of Busaco: victory or defeat?», *CREP,* XIX (1989), vol. 1, pp. 514-529.

—, «The battle of Vitoria: a critical view», *CREP,* XX (1990), pp. 674-680.

—, «Wellington and the sack of Badajoz: "beastly mutiny" or delibérate policy?», *CREP,* XXI (1991), pp. 251-258.

Miranda, F., *La guerra de la Independencia en Navarra: la acción del Estado,* Pamplona, 1977.

Molas, P., ed., *La España de Carlos IV,* Madrid, 1991.

Moliner, A., *La Catalunya resistent a la dominado francesa, 1808-1812,* Barcelona, 1989.

—, «La conflictividad social en la guerra de la Independencia», *Trienio,* n.° 35 (mayo de 2000), pp. 81-115.

—, *La guerra del Francés a Mallorca, 1808-1814,* Palma de Mallorca, 2000.

—, «Las juntas corregimentales de Cataluña en la *guerra del francés», Hispania,* n.° 158 (septiembre de 1984), pp. 549-582.

—, «La peculiaridad de la revolución española de 1808», *Hispania,* XLVII, n.° 166 (mayo de 1987), pp. 632-646.

—, *Revolución burguesa y movimiento juntero en España,* Lérida, 1997.

Montón, J., *La revolución armada del Dos de Mayo en Madrid,* Madrid, 1983.

Moore Smith, G., *The Life ofjohn Colborne, FieldMarshal LordSeaton,* Londres, 1903.

Moran, M., *Poder y gobierno en las Cortes de Cádiz,* Pamplona, 1986.

—, *Revolución y reforma religiosa en las Cortes de Cádiz,* Madrid,1994.

Morange, C, *Siete calas en la crisis del antiguo régimen español y un panfleto clandestino de 1800,* Alicante, 1990.

Morant, I., *El declive del señorío: los dominios del Ducado de Gandía, 1705-1837,* Valencia, 1984.

Moreno, M., *Los españoles durante la ocupación napoleónica: la vida cotidiana en la vorágine,* Málaga, 1997.

—, *Sevilla napoleónica,* Sevilla, 1995.

Moxo, S. de, *La disolución del régimen señorial en España,* Madrid, 1965.

Moya, F. y C. Rey, *El Ejército y la Armada en las Cortes de Cádiz,,* Cádiz, 1913.

Muir, R., *Britain and the Defeat of Napoleón, 1807-1815,* New Haven, Conn., 1996.

—, *Salamanca, 1812,* New Haven, Conn., 2001. [Edición española en prensa.]

Mullet, C, «British schemes against Spanish America in 1806», *HAHR,* XXVII, n.° 2 (mayo de 1947), pp. 269-278.

Muñoz Maldonado, J., *Historia política y militar de la guerra de la Independencia contra Napoleón Bonaparte desde 1808 a 1814,* Madrid, 1833.

Narbonne, B., *Joseph Bonaparte, le Roi Philosophe,* París, 1949.

Ollero, A., *Palencia durante la ocupación francesa, 1808-1814: repercusiones sociales y económicas,* Valladolid, 1983.

Ornan, C, *A History ofthe Peninsular War,* Oxford, 1902-1930.

—, *Wellington'sArmy, 1809-1814,* Londres, 1913.

Pacho, A., *Del antiguo régimen a la España moderna: Manuel Traggia (de S. Tomás) OCD, protagonista e intérprete del tránsito,* Burgos, 1979.

Paget, J., *Wellington's Peninsular War: Battles andBattlefields,* Londres, 1990.

Parra, E. la, *La alianza de Godoy con los revolucionarios,* Madrid, 1992.

Pascual, P., *Curas y frailes guerrilleros en la guerra de la Independencia: las partidas de cruzada reglamentadas por el carmelita zaragozano, P. Manuel Traggia,* Zaragoza, 2000.

Payne, S., *Politics and the Military in Modern Spain,* Stanford, California, 1967.

Pegenaute, P., «La Abeja Madrileña de 1814: datos para su estudio», *Hispania,* XLIII, n.° 155 (septiembre de 1983), pp. 599-621.

Pérez Garzón, J., *Milicia nacional y revolución burguesa: el prototipo madrileño, 1808-1874,* Madrid, 1978.

Pérez de Guzmán, J., «El primer conato de rebelión precursor de la revolución de España», *EM,* CCL (1909), pp. 105-124; *ibid.,* CCLI (1910), pp. 48-68.

Pintos, M., *La política de Fernando VII entre 1814 y 1820,* Pamplona, 1958.

Polt, J., *Gaspar Melchor de Jovellanos,* Nueva York, 1971.

Priego López, J., *Cómo fue la guerra de la Independencia,* Madrid, 1936.

—, *Guerra de la Independencia, 1808-1814,* Madrid, 1972-2000.

Prieto, P., *El grande de España, capitán general Castaños, primer duque de Bailén y primer marqués de Portugalete,* Madrid, 1958.

Ramisa, M., *Els catalans i el domini napoleónic,* Publicacions de 1'Abadía de Montserrat, Barcelona, 1995.

—, ed., *Guerra napoleónica a Catalunya, 1808-1814: Estudis i documents,*

Publicacions de 1'Abadía de Montserrat, Barcelona, 1996.

Read, J., *War in the Península,* Londres, 1977.

Robertson, I., *Wellington at War in the Península, 1808-1814: an Overview and Guide,* Londres, 2000.

Robertson, W., *France and Latín-American Independence,* Baltimore, 1939.

—, «The juntas of 1808 and the Spanish colonies», *EHR,* XXXI, n.° 124 (octubíede 1916), pp. 573-585.

Rodríguez, J., *The Independence of Latín America,* Cambridge, 1998.

Rodríguez Garraza, R., *Tensiones de Navarra con la administración central, 1778-1808,* Pamplona, 1974.

Rodríguez López-Brea, C, *Frailes y revolución liberal,* Toledo, 1996.

Rodríguez Solís, E., *Los guerrilleros de 1808: historia popular de la guerra de la Iit-dependencia,* Madrid, 1887.

Rogers, H., *Wellington's Army,* Londres, 1979.

Rooney, J., «The treaty of Valençay: an effort calculated to save an empire», *CREP,* XXI (1991), pp. 33-42.

Ross, M, *The Reluctant King: Joseph Bonaparte: King ofthe Two Sicilies and Spain,* Londres, 1976.

Roura, L., *La Crisi de VAnticRégim a les Balears, 1780-1814,* Palma de Mallorca, 1999.

Rubio, J., *La Infanta Carlota Joaquina y la política de España en América, 1808-1812,* Madrid, 1920.

Rudorff, R., *Warto the Death: the Sieges ofSaragossa, 1808-1809,* Londres, 1974.

Rydjord, J., «British mediation between Spain and her colonies, 1811-1813», *HAHR,* XXI, n.° 1 (febrero de 1941), pp. 29-50.

Saiz, S., «Lerma en el levantamiento guerrillero de la guerra de la Independencia», *RHM,* n.° 63 (julio de 1987), pp. 161-177.

Sánchez Fernández, J., «El ejército contra las guerrillas: la jefatura militar frente al fenómeno guerrillero durante la guerra la Independencia», *RHM,* n.° 87 (julio de 1999), pp. 149-174.

—, *La guerrilla vallisoletana, 1808-1814,* Valladolid, 1997.

—, «Las Juntas Criminales Extraordinarias en el reinado de José Bonaparte en España: el caso vallisoletano», *Aportes: Revista de Historia Contemporánea,* n.° 40 (febrero de 1999), pp. 31-37.

—, *¡Nos invaden! Guerrilla y represión en Valladolid durante la guerra de la Independencia española, 1808-1814,* Valladolid, 2000.

Sañudo, J. y L. Stampa, *La crisis de una alianza: la campaña del Tajo en 1809,* Madrid, 1996.

Sarramon, J., *La Bataille de Vitoria: la Fin de VAventure Napoléonienne en Espagne,* París, 1985.

Schroeder, P., *The Transformation of European Politics, 1763-1848,* Oxford, 1994.

Seco, C, *Godoy: el hombre y el político,* Madrid, 1978.

Severn, J., *A Wellesley Ajfair: Richard, Marquess Wellesley, and the Conduct of Anglo-Spanish Diplomacy, 1809-1812,* Tallahassee, 1981.

Sherwig, J., *Guineas and Gunpowder: British Foreign Aid in the Wars with France, 1793-1815,* Cambridge, Mass., 1969.

Silbert, A., *Les Invasions Francaises et les Origines du libéralisme au*

Portugal, Coimbra, 1990.

Soto, S.M. de, conde de Clonard, *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería españolas,* Madrid, 1851-1862.

Suárez Verdeguer, F., *Conservadores, innovadores y renovadores en las postrimerías del antiguo régimen,* Pamplona, 1965.

—, *Las tendencias políticas en la guerra de la Independencia,* Zaragoza, 1959.

Teffeteller, G., *The Surpriser: the Life of Sir Rowland Hill,* Brunswick, N. J., 1983.

—, «Wellington and Sir Rowland Hill», *IHR,* XI, n.° 1 (febrero de 1989), pp. 68-75.

Thompson, N., «Bathurst and Wellington another 1812 overture», *CREP,* XIX (1989), vol. l,pp. 530-543.

Tone, J., *The Fatal Knot: the Guerrilla War in Navarre and the Defeat of Napoleón,* Chapel Hill, North Carolina, 1994. [Hay edición española: *La guerrilla española y la derrota de Napoleón,* Alianza Editorial, Madrid, 1999.]

—, «Napoleón's uncongenial sea: guerrilla warfare in Navarre during the Peninsular War, 1808-1814», *EHQ,* XXVI, n.° 3 (julio de 1996), pp. 355-381.

Uffindell, A., ed, *On Wellington: the Duke and his Art of War by Jac Weller,* Londres, 1998.

Urban, M. *The Man who Broke Napoleón 's Codes: the Story ofGeorge Scovell,* Londres, 2001.

Veríssimo Serráo, J., *Historia de Portugal, VII: a instauracao do liberalismo, 1807-1832,* Lisboa, 1984.

Vidal, R., *Historia de la guerra de la Independencia en el Campo de Gibraltar,* Cádiz, 1975.

Vilar, P., *Hidalgos, amotinados y guerrilleros: pueblo y poderes en la historia de España,* Barcelona, 1999.

Villa Urrutia, marqués de, *Relaciones entre España e Inglaterra durante de la guerra de la Independencia española: Apuntes para la historia diplomática de España de 1808 a* 7874, Madrid, 1911-1914.

Vitorino, P., *As Invasoes Francesas,* Oporto, 1945.

Walpole, S., *The Life ofthe Right Honourable Spencer Perceval, incluiding his Correspondence with many Distinguished Persons,* Londres, 1874.

Ward, S., *Wellington's Headquarters: a Study of the Administrative Problems in the Peninsular War,* Oxford, 1957.

Weller, J., *Wellington in the Península, 1808-1814,* Londres, 1962.

Woolf, S., *Napoleón 's Integration ofEurope,* Londres, 1991.

Abreviaturas

AHN Est. Archivo Histórico Nacional, Sección de Estado
BHS Bulletin of Hispanic Studies
BL Add. Mss. British Library Additional Manuscripts
BN CGI Biblioteca Nacional, Colección Gómez Imaz
BSCGA Biblioteca del Senado, Colección Gómez de Arteche
BUM Boletín de la Universidad de Madrid
CHJ Cambridge Historical Journal

CIH *Cuadernos de Investigación Histórica*
CN *Correspondance de Napoleón I publiée par ordre de l'Empereur Napoleón III* (París, 1858-1869)
CREP *Consortium of Revolutionary Europe Proceedings*
JSAHR *Journal ofthe Society for Army Historical ReseWfich*
PROFO Public RecordOffice, Foreign Office Papers
PRO WO Public Record Office, War Office Papers
QJE *Quarterly Journal of Economics*
RAH Real Academia de Historia
RHM *Revista de Historia Militar*
RP *Review of Polines*
SHM CDB Servicio Histórico Militar, Colección Duque de Bailén
SHM CDF Servicio Histórico Militar, Colección Documental del Fraile
SHM DG Servicio Histórico Militar, Depósito de la Guerra
US WP University of Southampton, Wellington Papers
WD *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington ... 1789 to 1815,* ed. J. Gurwood (Londres, 1852).
WSD *Supplementary Dispatches, Correspondence and Memoranda of Wellington,* ed. Second Duke of Wellington (Londres, 1858-1872).

INDICE

PREFACIO
CAPITULO 1, LISBOA: ORÍGENES DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA
CAPITULO 2, MADRID: LAS INSURRECCIONES IBÉRICAS, MAYO-JUNIO DE 1808
CAPITULO 3, BAILÉN: CAMPAÑA DE VERANO DE 1808
CAPITULO 4, VIMEIRO: LA LIBERACIÓN DE PORTUGAL, AGOSTO DE 1808
CAPITULO 5, SOMOSIERRA: LA VENGANZA DE NAPOLEÓN, NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 1808
CAPITULO 6, LA CORUÑA: CAMPAÑA DE SIR JOHN MOORE, DICIEMBRE DE 1808-ENERO DE 1809
CAPITULO 7, OPORTO: LA CONQUISTA FRUSTRADA, ENERO-JUNIO DE 1809
CAPITULO 8, TALAVERA: CAÍDA DE LA JUNTA CENTRAL, JULIO DE 1809-ENERO DE 1810
CAPITULO 9, SEVILLA: EL REINO BONAPARTISTA DE ESPAÑA, 1808-1814
CAPITULO 10, PANCORBO: LA APARICIÓN DE LA GUERRA DE GUERRILLAS, 1808-1810
CAPITULO 11, CÁDIZ: PREPARACIÓN DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA, 1810-1812
CAPITULO 12, TORRES VEDRAS: LA DEFENSA DE PORTUGAL, JULIO DE 1810-MARZO DE 1811
CAPITULO 13, ALBUERA: EMPATE EN LA FRONTERA PORTUGUESA, MARZO-DICIEMBRE DE 1811
CAPITULO 14, BADAJOZ: LA OFENSIVA ANGLOPORTUGUESA DE 1812
CAPITULO 15, BURGOS: CAMPAÑA DE OTOÑO DE 1812
CAPITULO 16, VITORIA: DERROTA DEL REY JOSÉ, ENERO-JUNIO DE 1813
CAPITULO 17, LOS PIRINEOS: LA INVASIÓN DE FRANCIA, JULIO-NOVIEMBRE DE 1813
CAPITULO 18, BASCARA: LA PAZ Y LO QUE PASÓ DESPUÉS
LECTURAS COMPLEMENTARIAS
BIBLIOGRAFIA
INDICE

NOTAS

CAPITULO 1

[1] A. Alcalá Galiano, ed., *Memorias de D. Antonio Alcalá Galiano,* Madrid, 1886, vol. I, pp. 127-128.
[2] Conde de Ilchester, ed., *The Spanish Journal of Elizabeth, Lady Holland,* Londres, 1910, p. 134; H. R. Holland, *Foreign Reminiscences,* ed. H. E. Holland, Londres, 1850, pp. 86, 107.
[3] J. Blanco White, *Cartas de España,* ed. V. Llorens y A. Garnica, Madrid, 1972, pp. 256, 270.
[4] H. E. Holland, *Foreign Reminiscences,* p. 136.
[5] E. Gigas, ed., «Lettres d'un diplómate danois en Espagne», *Revue Hispanique,* vol. IX, 1902, pp. 400-401.
[6] M. de Godoy a M.ª Luisa, 29 de mayo de 1801, Archivo Histórico Nacional, Sección de Estado (en lo sucesivo AHN Est.) 2821-1.
[7] M. de Godoy a M.ª Luisa, 8 de junio de 1801, AHN Est. 2821-1.
[8] A. Berazaluce, ed., *Recuerdos de la vida de Don Pedro Agustín Girón,* Pamplona, 1978, vol. I, p. 161; Gigas, ed., «Lettres d'un diplómate danois», p. 420.
[9] Berazaluce, *Recuerdos de la vida de Don Pedro Agustín Girón,* vol. I, p. 99.
[10] J. García de León y Pizarro, *Memorias de la vida del Excmo. Señor D. José García de León y Pizarro Escritas por el Mismo,* ed. A. Alonso Castrillo, Madrid, 1894, vol. I, pp. 105-106.
[11] J. de Bourgoing, *A Modern State of Spain,* Londres, 1808, vol. III, pp. 359-360.
[12] *Diario Político de Mallorca,* 18 de junio de 1808, p. 13, Hemeroteca Municipal de Madrid (en lo sucesivo HMM) AHÍ4-1 (2456); Earl of Stanhope, *Notes of Conversations with the Duke of Wellington, 1831-1851,* Londres, 1889, pp. 55-56.
[13] Comte de las Cases, *Memorial de Sainte Héléne,* ed. G. Walter, París, 1956, vol. I, p. 786.
[14] Holland, *Foreign Reminiscences,* p. 110; Lady Jackson, ed., *The Diaries and Letters of Sir George Jackson,* Londres, 1872, vol. II, p. 322; B. Alexander, ed., *The Journal of William Beckford in Portugal and Spain, 1787-1788,* Londres, 1954, p-313; García de León y Pizarro, *Memorias,* vol. I, p. 229.
[15] A. von Schepeler, *Histoire de la Révolution d'Espagne et de Portugal,* Lieja, 1829-1831, vol. I, p. 140.
[16] M. de Baudus, *Études sur Napoleón,* París, 1841, vol. I, p. 105.
[17] M. Foy, *History of the War in the Península under Napoleón,* Londres, 1827, vol. II, p. 34.
[18] D. Thiébault, *The Memoirs of Barón Thiébault, late Lieutenant-General in the French Army,* ed. A. Butler, Londres, 1896, vol. II, p. 196.
[19] Berazaluce, *Recuerdos de la vida de Don Pedro Agustín Girón,* vol. I, pp. 190-191.
[20] Thiébault, *Memoirs,* vol. II, p. 199.
[21] Foy, *War in the Península,* vol. II, p. 55.
[22] *Ibid.,* vol. II, p. 87.
[23] *Ibid.,* vol. II, p. 62.
[24] J. Fouché, *Memoirs of Joseph Fouché, Duke of Otranto, Minister of the General Pólice of France,* Londres, 1892, p. 215.
[25] Holland, *Foreign Reminiscences,* pp. 130-131.
[26] Alcalá Galiano, *Memorias,* vol. I, p. 144.
[27] Napoleón a Murat, 14 de marzo de 1808, *Correspondance de Napoleón 1 publiée par ordre de l'Empereur Napoleón III* (en lo sucesivo CAO, París, 1858-1869, vol. XVI, pp. 418-419.

[28] L. Lejeune, *Memoirs of Barón Lejeune, Aide-de-Camp to Marshals Berthier, Davout and Oudinot,* ed. A. Bell, Londres, 1897, vol. I, p. 73.
[29] Foy, *War in the Península,* vol. II, p. 135.
[30] A. Wilson, ed., *A Diary of St. Helena (1816, 1817): the Journal of Lady Malcolm,* ed. A. Wilson, Londres, 1899, p. 141.
[31] Foy, *War in the Península,* vol. II, p. 20.
[32] R. Brindle, «A Brief Account of Travels, etc., in Spain» (MS), p. 10, Real Colegio de San Albano, Valladolid.
[33] *Diario de Valencia,* 25 de marzo de 1808, p. 338, HMM RVP: T45.
[34] Alcalá Galiano, *Memorias,* vol. I, p. 146.
[35] Blanco White, *Cartas de España,* pp. 294-245.
[36] J. Mareen, ed., *El Manuscrito de Matías Calvo: Memorias de un Monegrino durante la Guerra de la Independencia,* Zaragoza, 2000, p. 177.
[37] Alcalá Galiano, *Memorias,* vol. I, p. 160.
[38] Las Cases, *Memorial,* vol. I, pp. 780-781.
[39] P. Roederer, *Mémoires sur la Révolution, le Consulat et l'Empire,* ed. O. Aubry, París, 1942, pp. 220-221.

CAPITULO 2

[1] Lejeune, *Memoirs,* vol. I, p. 78.
[2] Blanco White, *Cartas de España,* p. 296.
[3] Alcalá Galiano, *Memorias,* vol. I, pp. 167-168.
[4] Blanco White, *Cartas,* p. 301.
[5] Foy, *History of the War in the Península,* vol. II, p. 181.
[6] W. Jacob, *Travels in the South of Spain,* Londres, 1811, p. 26; H. Swinburne, *Travels through Spain in the Years 1775 and 1776,* Dublín, 1779, p. 16.
[7] J. Townsend, *A Journal through Portugal and Spain in the Years 1786 and 1787,* Londres, 1792, vol. I, p. 385
[8] Blanco White, *Cartas,* p. 72.
[9] «Plan sobre organización de dos batallones por regimiento y sobre sueldos**»,** Real Academia de Historia (en lo sucesivo RAH), 2-MS135, n.° 9.
[10] Blanco White, *Cartas,* p. 312.
[11] J. de Palafox, *Memorias,* ed. H. Lafoz, Zaragoza, 1994, p. 54.
[12] J. Rico, *Memorias Históricas sobre la Revolución de Valencia que Comprehenden desde el 23 de Mayo de 1808 hasta Fines del Mismo Año, y sobre la Causa Criminal Formada Contra el P.F. Juan Rico, el Brigadier D. Vicente González Moreno, el Comisario de Guerra, D. Narciso Rubio, y Otros,* Cádiz, 1811, p. 16, Biblioteca Nacional, Colección Gómez Imaz (en lo sucesivo BN CGI) R61075.
[13] Memorial de fray Beda Peña, 5 de julio de 1808, AHN Est. 74-A, n.° 91.
[14] R. Álvarez Valdés, *Memorias del Levantamiento de Asturias en 1808,* ed. M. Fuertes Acevedo, Oviedo, 1889, pp. 27-29.
[15] *Ibíd.,* pp. 29-30.
[16] Berazaluce, *Recuerdos de la Vida de Don Pedro Agustín Girón,* vol. I, p. 204.
[17] Anónimo, *Manifiesto de las Ocurrencias mas Principales de la Plaza de Ciudad Rodrigo desde la Causa formada en el Real Sitio del Escorial al Serenísimo Señor Príncipe de Asturias, hoy Nuestro Amado Soberano, hasta la Evacuación de la Plaza de Almeida en el Reino de Portugal en el Día de Primero de Octubre de 1808,* Salamanca, 1808, p. 23, AHN Est. 65-G, n.° 264.
[18] Brindle, «Travels in Spain», pp. 11-12.
[19] Memorial del Marqués de Usategui, 27 de marzo de 1809, AHN Est. 83-N, n.° 395.
[20] Berazaluce, *Recuerdos de la Vida de Don Pedro Agustín Girón,* vol. I, p. 217.
[21] Conde de Noroña a Pedro de Rivero, s.f., AHN Est. 77-A, n.° 106.
[22] Anónimo, *Representación del Príncipe de Asturias, Don Fernando (ahora Nuestro Rey y Señor), a su Padre, Don Carlos TV, Hallada entre los Papeles de S.A.R., Escrita de su Mano, en Octubre de 1807,* Valencia, 1808, BN CGI R60124-1.

[23] M. Andario, *Retrato Político del Emperador de los Franceses, su Conducta y la de sus Generales en España, y la Lealtad y Valor de los Españoles por su Soberano, Fernando VII,* Sevilla, 1808, p. 4, BN CGI R60124-10.
[24] Anónimo, *Juicio Imparcial, Cristiano y Político sobre el Pérfido Carácter del Emperador de los Franceses,* Sevilla, 1808, BN CGI R60124-11.
[25] Berazaluce, *Recuerdos de la Vida de Don Pedro Agustín Girón,* vol. I, pp. 206-207.
[26] Napoleón a Talleyrand, 9 de junio de 1808, *CN,* vol. XVI, p. 284.
[27] Napoleón a Bessiéres, 16 de junio de 1808, *ibid.,* p. 314.
[28] Napoleón a Berthier, 16 de abril de 1808, *ibid.,* p. 8.
[29] A. Bigarré, *Mémoires du General Bigarré, Aide du Camp du Roi Joseph, 1775-1813,* París, 1903, p. 229.

CAPITULO 3

[1] Napoleón a Murat, 5 de mayo de 1808, CN, vol. XVII, p. 63.
[2] Napoleón a Bessiéres, 3 de junio de 1808, *CN,* vol. XVII, pp. 266-267.
[3] Foy, *History of the War in the Peninsula,* vol. II, pp. 123-125.
[4] S. Blaze, *Mémoires d'un Apothécaire sur la Guerre d'Espagne Pendant les Années 1808 a 1814,* París, 1828, vol. I, p. 11.
[5] Berazaluce, *Recuerdos de la Vida de Don Pedro Agustín Girón,* vol. I, pp. 208-209.
[6] Baudus, *Eludes sur Napoleón,* vol. I, p. 111.
[7] J. Moscoso, «Memorias para las campañas de la Izquierda Militar de España» (MS), Servicio Histórico Militar, Colección Duque de Bailén (en lo sucesivo SHMCDB), 3/4/23, n.° 1.
[8] E. de Saint-Hilaire, *Souvenirs Intimes du Temps de l'Empire,* París, 1860, vol. II, pp. 232-233.
[9] Foy, *History of the War in the Península,* vol. II, p. 279
[10] Napoleón a José, 17 de julio de 1808, *CN,* vol. XVII, p. 403.
[11] Blaze, *Mémoires d'un Apothécaire,* vol. I, p. 55.
[12] *Ibid.*
[13] A. Miot, *Mémoires du Comte Miot de Melito, Anclen Ministre, Ambassadeur, Conseilleur d'Etat et Membre de l'Institut,* París, 1858, vol. III, p. 15.
[14] *Ibid.,* vol. III, p. 6-7.
[15] L. Gille, *Les Prisonniers de Cabrera: Mémoires d'un Conscrit de 1808* (París, 1893), pp. 78-79.
[16] F. Guervos a sus padres, s.f., RAH 11-5-7: 9003, n.° 1.
[17] Berazaluce, *Recuerdos de la Vida de Don Pedro Agustín Girón,* vol. I, p. 231.
[18] *Cit.* Holland, *Foreign Reminiscences,* p. 156.
[19] Napoleón a Clarke, 3 de agosto de 1808, *CN,* vol. XVII, p. 427.
[20] *Cit.* Stanhope, *Conversations with the Duke of Wellington,* pp. 10, 22.

CAPITULO 4

[1] R. Muir, *Britain and the Defeat of Napoleón, 1807-1815,* New Haven, Conn., 1996, p. 39.
[2] E. Meteyard, ed., A *Group of Englishmen, 1795 to 1815, being Records of the Younger Wedgewoods and their Friends,* Londres, 1871, p. 371.
[3] A. Hayter, ed., *The Backbone: Diaries of a Military Family in the Napoleonic Wars,* Bishop Auckland, 1993, p. 164.
[4] *Ibid.,* p. 163.
[5] L. Junot, *Mémoires du Madame la Duchesse d'Abrantes, ou Souvenirs Historiques sur Napoleón, la Révolution, le Directoire, le Consulat, l'Empire et la Restauration,* París, 1831-1835, vol. XII, pp. 63-64.
[6] *Ibid.,* p. 71.
[7] S. Morley, *Memoirs of a Sergeant of the Fifth Regiment of Foot, containing an Account of his Service in Hanover, South America and the Península,* Ashford, 1842, pp. 45-46.
[8] C. O'Neil, *The Military Adventures of Charles O'Neil, who was a Soldier in the Army of*

Lord Wellington during the Memorable Peninsular War and the Continental Campaigns from 1811 to 1815, Worcester, Mass., 1851, p. 71.
[9] A. Hamilton, *Hamilton 's Campaign wíth Moore and Wellington during the Peninsular War,* Troy, Nueva York, 1847, p. 11.
[10] J. Leach, *Rough Sketches in the Life of an Oíd Soldier,* Londres, 1831, pp. 50-51.
[11] C. Hibbert, ed., *The Recollections of Rifleman Harris,* Londres, 1985, pp. 23-27.
[12] Junot, *Mémoires,* vol. XII, p. 79.
[13] G. Wood, *The Subaltern Officer: a Narrative,* Londres, 1825, p. 62.
[14] R. Porter, *Letters from Portugal and Spain written during the March of the British Troops under Sir John Moore,* Londres, 1809, p. 2; E. Warre, ed., *Letters from the Península, 1808-1812 by Lieutenant General Sir William Warre, CB, KTS,* Londres, 1909, pp. 39-40.
[15] Morley, *Memoirs,* p. 51.
[16] Leach, *Rough Sketches,* pp. 55-56.
[17] W. Wordsworth, *Concerning the Relations of Great Britain, Spain and Portugal to Each Other and to the Common Enemy at his Crisis, and Specificaltp as Affected by the Convention of Cintra,* Londres, 1809, p. 49.
[18] Leach, *Rough Sketches,* pp. 56-57.
[19] . Roche a Castlereagh, 8 de agosto de 1808, Public Record Office, War Office Papers (en lo sucesivo PRO WO) 1/233, ff. 423-4; W. Parker Carroll a J. Leith, 8 de septiembre de 1808, PRO WO 1/229, ff. 240-241.
[20] W. Cox a Castlereagh, 3 de agosto de 1808, PRO WO 1/233, f. 320.
[21] W. Cox a Castlereagh, 27 de agosto de 1808, PRO WO 1/231, f. 343.
[22] J. Maurice, ed., *The Diary of Sir John Moore,* Londres, 1904, vol. II, p. 261.

CAPITULO 5

[1] Brindle, «Travels in Spain», pp. 22-23.
[2] Petición de M. Caval *et al,* 28 de junio de 1808, AHN Est. 74-A, n.° 207.
[3] Anón, a la Junta Suprema Central, s.f., AHN Est. 52-G, n.° 403.
[4] El Verdadero Español a la Junta Suprema Central, s.f., AHN Est. 52-E, n.°218.
[5] Anón, a la Junta Suprema Central, s.f., AHN Est. 52-A, n.° 27.
[6] Anón, a la Junta Suprema Central, s.f., AHN Est. 52-G, n.° 367.
[7] El Sacerdote Celoso a la Junta Suprema Central, 29 de enero de 1809, AHN Est. 52-H, n.°217.
[8] Anón, a la Junta Suprema Central, s.f., AHN Est. 52-G, n.° 312.
[9] Kincaid, *Adventures in the Rifle Brigade,* Londres, 1909, p. 86.
[10] Anón, a la Junta Suprema Central, s.f., AHN Est. 52-A, n.° 82.
[11] J. Patterson, *The Adventures of Captain John Patterson,* Londres, 1837, p. 216.
[12] Junta de Santiago a Junta de Galicia, 16 de diciembre de 1808, AHN Est. 74-B, n.° 272.
[13] Anón, a la Junta Suprema Central, s.f., AHN Est. 52-G, n.° 343.
[14] S. Rodríguez a M. de Garay, 16 de febrero de 1809, AHN Est. 46-B, n.° 56.
[15] Junta de Mondoñedo a Junta de Galicia, 19 de noviembre de 1808, AHN Est. 75-B, n.° 222.
[16] A. Ludovici, ed., *On the Road with Wellington: the Diary of a War Commissary in the Peninsular Campaigns,* Nueva York, 1925, pp. 79-80.
[17] F. J. de Castaños a G. García de la Cuesta, 26 de septiembre de 1808, PRO WO 1/227, ff. 395-399.
[18] Holland, *Foreign Reminiscences,* p. 147.
[19] W. Bentinck a Castlereagh, 14 de noviembre de 1808, PRO WO 1/230, ff. 160-161.
[20] W. Bentinck a Castlereagh, 19 de octubre de 1808, PRO WO 1/230, ff. 89-90.
[21] Ilchester, *Spanish Journal of Elizabeth Lady Holland,* p. 412.
[22] Alcalá Galiano, ed., *Memorias,* vol. I, pp. 201-202.
[23] C. Doyle a C. Stewart, 12 de agosto de 1808, PRO WO 1/227, f. 134; S. Whittingham a W. Bentinck, 28 de octubre de 1808, PRO WO 1/230, ff. 140-141.
[24] A. Pillado a M. de Garay, 6 de diciembre de 1808, AHN Est. 17-1[2], f. 38.

[25] . Pro de Bayona al barón de Sabasona, 26 de enero de 1809, AHN Est. 17-I[2],f. 21.
[26] F. J. de Cabanés, *Historia de las Operaciones del ejército de Cataluña en la Primera Campaña de la Guerra de la Usurpación, o sea de la Independencia de España,* Tarragona, 1809, vol. II, p. 33, Biblioteca del Senado, Colección Gómez de Arteche (en lo sucesivo BS CGA) 040126.
[27] Jacob, *Travels in the South of Spain,* p. 17.
[28] Anón., *El Duende de Nuestros Ejércitos Descubierto por un Buen Patriota,* Cádiz, 1810, p. 12, BN CGI R60087.
[29] J. Green a E. Cooke, 1 de septiembre de 1809, PRO WO 1/237, ff. 555-557.
[30] Lady Jackson, *Diaries and Letters,* vol. II, p. 314.
[31] Copons aF. Eguía, 21 de abril de 1810, RAH 9-31-6: 6966.
[32] A. de Rocca, *Memoirs of the War of the French in Spain,* ed. P. Haythornth-waite, Londres, 1990, pp. 43-44.
[33] Broderick a Castlereagh, 10 de septiembre de 1808, PRO WO 1/233, f. 16.
[34]J. M. Sarasa, *Vida y Hechos Militares del Mariscal del Campo, Don Juan Manuel Sarasa, Narrados por el Mismo, ed.* J. del Burgo, Pamplona, 1952, pp. 10-11.
[35] F. Whittingham, ed., *A Memoir of the Services o fLieutenant General Sir Samuel Ford Whittingham,* Londres, 1868, p. 49.
[36] Lady Jackson, *Diaries and Letters,* vol. II, pp. 298-299.
[37] W. Parker a Castlereagh, 2 de noviembre de 1808, PRO WO 1/229, ff. 468-472.
[38] Sarasa, *Vida y Hechos,* p. 11.
[39] J. Dellard, *Mémoires Müitaires du General Barón Dellard,* París, s.f., pp. 266-267.
[40] Sarasa, *Vida y Hechos,* p. 12.
[41] «Diario de operaciones del ejército de la Izquierda al mando del Teniente General Don Joaquín Blake», SHM CDB 3/4/28.
[42] J. North, ed., *In the Legions of Napoleón: the Memoirs of a Polish Officer in Spain and Russia, 1808-1813,* Londres, 1999, p. 46.
[43] García de León y Pizarra, *Memorias,* vol. I, pp. 251-252.
[44] T. Moría a A. Cornel, 7 de diciembre de 1808, SHM CDB 3/2/5.
[45] F. Fortescue, ed., *The Notebooks of Captain Coignet, Soldier of the Empire,* Londres, 1928, p. 167.
[46] Duque del Infantado, *Manifiesto de las Operaciones del ejército del Centro,* Sevilla, 1809, p. 16.
[47] García de León y Pizarro, *Memorias,* vol. I, pp. 257-261.
[48] Brindle, «Travels in Spain», p. 24.

CAPITULO 6

[1] J. Moore a J. W. Gordon, 4 de octubre de 1808, British Library, Additional Manuscripts (en lo sucesivo BL Add. Mss.) 49482, ff. 128-130.
[2] J. Moore a Castlereagh, 24 de noviembre de 1808, PRO WO 1/236, ff. 74-75.
[3] Maurice, *Diary of Sir John Moore,* vol. II, p. 281.
[4] J. Moore a J.W. Gordon, 29 de noviembre de 1808, BL Add. Mss. 49482, ff. 156-158; Maurice, *Diary of Sir John Moore,* vol. II, pp. 347-348.
[5] J. Moore a J.W. Gordon, 26 de octubre de 1808, BL Add. Mss. 49482, ff. 144-148.
[6] A. Neale, *Letters from Portugal and Spain comprising an Account of the Operations of the Armies under Their Excellencies SirArthur Wellesley and Sir John Moore from the landing of their Troops in Mondego Boy to the Battle at Corunna,* Londres, 1809, p. 213; Patterson, Adveníwre?, p. 70.
[7] Porter, *Letters,* p. 101.
[8] Ludovici, *On the Road with Wellington,* p. 70.
[9] Maurice, *Diary of Sir John Moore,* vol. II, p. 284.
[10] H. Wylly, ed., A *Cavalry Officer in the Corunna Campaign, 1808-1809: the Journal of Captain Gordon of the Fifteenth Hussars,* Londres, 1913, pp. 102-103.
[11] M. de Marbot, *The Memoirs of Barón de Marbot, late Lieutenant General in the French Army,* Londres, 1892, vol. I, p. 352.

[12] Lejeune, *Memoirs,* vol. I, p. 107.
[13] Fortescue, *Notebooks of Captain Coignet,* p. 168; T. Simmons, ed., *Memoirs of a Polish Lancer: the Pamietniki of Dezydery Chlapowski,* Chicago, 1992, p. 47.
[14] C. Hibbert, ed., *A Soldier of the Seventy-First,* Londres, 1975, pp. 25-26.
[15] Wylly, Journal of Captain Gordon, pp. 146-147.
[16] C. Cadell, *Narrative of the Campaigns of the Twenty-Eight Regiment since their Return from Egypt in 1802,* Londres, 1835, p. 45.
[17] Wylly, *Journal of Captain Gordon,* p. 149.
[18] Porter, *Letters,* p. 254.
[19] J. Sturgis, ed.; *in the Peninsular War: the Services, Adventures and Experiences of Roben Blakeney, Subaltern of the Twenty-Eight Regiment,* Londres, 1899, pp. 49-50.
[20] Morley, *Memoirs,* pp. 61-64.
[21] La Romana a A. Cornel, 18 de enero de 1809, AHN Est. 16-18, ff. 32-34.
[22] J. A. Posse, *Historia Biográfica, o Historia de la Vida y Hechos de Don Juan Antonio Posse Escrita por El Mismo,* ed. R. Herr, Madrid, 1984, pp. 118-119; publicado como *Memorias del Cura Liberal Don Juan Antonio Posse con su Discurso sobre la Constitución de 1812.*
[23] Ludovici, *On the Road with Wellington,* pp. 127-128.
[24] L. Calvo de Rozas a M. de Garay (?), 6 de enero de 1809, AHN Est. 17-1[2], f. 31
[25] Rocca, *Memoirs,* p. 68.
[26] Berazaluce, *Recuerdos de la vida de Don Pedro Agustín Girón,* vol. I, p. 271.
[27] C. Doyle a W. Cooke, 30 de noviembre de 1808, PRO WO 1/227, f. 567.
[28] Berazaluce, *Recuerdos de la vida de Don Pedro Agustín Girón,* vol. I, p. 242.
[29] L. de Villalba, *Zaragoza en su Segundo Sitio,* Palma de Mallorca, 1811, pp. 20-23 *passim,* Servicio Histórico Militar, Depósito de la Guerra (en lo sucesivo SHM DG) 1811/6.
[30] Marbot, *Memoirs,* vol. I, p. 360.
[31] North, *In the Legions of Napoleón,* pp. 56-57.
[32] Lejeune, Afemorí, vol. I, pp. 167-169.

CAPITULO 7

[1] Junta Suprema Central a Junta de Murcia, 3 de marzo de 1809, AHN Est. 83-A, n.°l.
[2] Anónimo a Floridablanca, 12 de noviembre de 1808, AHN Est. 52-A, n.° 85.
[3] *Semanario Político, Histórico y Literario de la Coruña,* n.° 5, pp. 109-111 (NB edición facsimilar, ed. de M. Saurín de la Iglesia), La Coruña, 1996.
[4] B. Hall, *Corcubión,* ed. J. Alberich (Exeter, 1975), p. 26.
[5] Diario de Henri de Saint Simón (manuscrito inédito, citado aquí por amable autorización de M. Robin le Mallier).
[6] F. Guervos a sus padres, 18 de noviembre de 1808, RAH 11-5-7: 9003, n.° 4.
[7] T. de Veri a M. de Garay, 17 de marzo de 1809, AHN Est. 17, 10-1, f. 35; C. Doyle a W. Cooke, 31 de diciembre de 1808, PRO WO 1/227, ff. 651-652.
[8] J. Blake a la Junta de Cataluña, 15 de septiembre de 1809, AHN Est. 38-E, n.° 386[8].
[9] J. Queipo de Llano (conde de Toreno), *Historia del Levantamiento, Guerra y Revolución de España,* Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1953, p. 190.
[10] Anónimo, a Junta Central, s.f., AHN Est. 52-G, n.° 303.
[11] Anónimo a Junta Central, s.f., *ibid.,* n.° 306.
[12] Junta de Vigilancia de Cádiz a Junta Central, 1 de febrero de 1809, AHN Est 14-A:10',ff. 55-56.
[13] Anónimo a Junta Central, 20 de junio de 1809, AHN Est. 52-E, n.° 273.
[14] Holland, *Foreign Reminiscences,* p. 146.
[15] Jacob, *Travels in the South of Spain,* p. 33.
[16] W. Thompson, ed., *An Ensign in the Peninsular War: the Letters of John Jkitchinson,* Londres, 1981, p. 32.
[17] Hayter, *The Backbone,* p. 211.
[18] Bigarré, *Mémoires,* pp. 241-242.

[19] Jackson, *Diaries and Letters,* p. 410.
[20] Rousseau, ed., 771e *Peninsular War Journal of Sir Benjamín D'Urban***,** Londres, 1930, p. 48; Rocca, *Memoirs,* p. 78.
[21] Rocca, *Memoirs,* pp. 79-80.
[22] G. García de la Cuesta a A. Cornel, 7 de abril de 1809, *op. cit.;* G. García de la Cuesta, *Manifiesto que Presenta a la Europa el Capitán General de los Reales Ejércitos, Don Gregorio García de la Cuesta sobre sus Operaciones Militares y Políticas desde el Mes de Junio de 1808 hasta el 12 de Agosto de 1809 en que Dejó el Mando del ejército de Extremadura,* Valencia, 1811, pp. 41-45, BS CGA 040458.
[23] Rocca, *Memoirs,* p. 80.
[24] Rousseau, *Journal of Sir Benjamín D'Urban,* p. 48.
[25] Hall, *Corcubión,* pp. 13-17 *passim.*
[26] *Ibid., pp.* 29-30.
[27] Álvarez Valdés, *Memorias,* pp. 157-158.
[28] *Ibid.,p.* 159.
[29] C. Doyle a W. Cooke, 24 de febrero de 1809, PRO WO 1/241, f. 163.
[30] L. Suchet, *Memoirs of the War in Spain from 1808 to 1814,* Londres, 1U29**,** pp. 20-21.
[31] North, *In the Legions of Napoleón,* p. 78.
[32] C. Doyle a W. Cooke, 13 de junio de 1809, PRO WO 1/241, f. 296. "lª
[33] *Gazeta Extraordinaria del Gobierno,* 3 de julio de 1809, pp. 665-667, HMM AH 17-2 (2925 bis).
[34] North, *In the Legions of Napoleón,* p. 80.

CAPITULO 8

[1] 1. Wood, *The Subaltern Officer,* p. 78.
[2] *Ibid., p. 79.*
[3] Ludovici, *On the Roadwith Wellington, pp.* 155-156.
[4] Wellington a Castlereagh, 31 de mayo de 1809, University of Southampton, Wellington Papers (en lo sucesivo US WP) 1/263.
[5] J. Sherer, *Recollections ofthe Península,* Londres, 1825, p. 130.
[6] R. Buckley, ed., The Napoleonic War Journal of Captain Thomas Henry Browne, Londres, 1987, p. 198.
[7] G. Bell, *Rough Notes ofan Oíd Soldier,* ed. B. Stuart, Londres, 1956, p. 43; S. Cassels, ed., *Peninsular Portrait, 1811-1814: the Letters of Captain William Bragge, Third(King's Own) Dragoons,* Londres, 1963, p. 7.
[8] Porter, *Letters,* pp. 7-8, 39-40.
[9] W. Verner, ed., *A British Rifleman: Joumals and Correspondence [of George Simmons] during the Peninsular War and the Campaign of Waterloo,* Londres, 1899, pp. 49-50
[10] *Ibid.,* p. 94; J. Donaldson, *Recollections of the Eventful Life of a Soldier,* Edimburgo, 1852, p. 89.
[11] Donaldson, *Recollections,* p. 58.
[12] 12. W. Grattan, *Adventures of the Connaught Rangersfrom 1808 to 1814,* Londres, 1847, vol. II, pp. 95-96.
[13] Patterson, *Adventures,* p. 155.
[14] W. Swabey, *Diary of the Campaigns in the Península for the Years 1811, 12 and 13,* ed. F. Whinyates, Londres, 1895, p. 180.
[15] Bell, *Rough Notes of an Old Soldier,* pp. 33-34.
[16] W. Stothert, *A Narrative of the Principal Events of the Campaigns of 1809, 1810 and 1811 in Spain and Portugal,* Londres, 1812, p. 76; E. Costello, *The Adventures of a Soldier, or Memoirs of Edward Costello, K.S.F.,* Londres, 1841, p. 35.
[17] A. Haley, ed., *The Soldier who Walked Away: Autobiography of Andrew Pearson, a Peninsular-War Veteran,* Liverpool, s. f., p. 65.
[18] A. Wellesley a J.H.Frere,24dejuliode 1809, BL Add. Mss. 37286, ff. 118-121.
[19] A. Wellesley a Castlereagh, 17 de junio de 1809, US WP 1/226; A. Wellesley a J. H. Frere, 24 de julio de 1809 (n.° 2), BL Add. Mss. 37286, ff. 118-121.

[20] A. Wellesley a Castlereagh, 24 de julio de 1809, PRO WO 1/238, ff. 265-267.
[21] A. Haley, *Autobiography of Andrew Pearson,* pp. 67-68.
[22] *Ibid,* p. 70.
[23] *Ibid.,* p. 69.
[24] 24. Ludovici, *On the Road with Wellington,* p. 187.
[25] J. Page, ed., *Intelligence Officer in the Península: Letters and Diaries of Majar the Honourable Edward Charles Cocks, 1786-1812,* Tunbridge Wells, 1986**,** p.39.
[26] Ludovici, *On the Road with Wellington,* p. 189.
[27] . A. Wellesley a Richmond, 29 de julio de 1809, US WP 1/270.
[28] J. C. Carnicero, *Historia Razonada de los Principales Sucesos de la Gloriosa Revolución de España,* Madrid, 1814, vol. II, pp. 78-80.
[29] *Ibid, pp.* 93-94.
[30] F. Venegas a M. de Garay, 7 de agosto de 1809, AHN Est. 15'-8, f. 36.
[31] Berazaluce, *Recuerdos de la Vida de Don Pedro Agustín Girón,* vol. I, p. 319.
[32] Bigarré, *Mémoires, p.* 255.
[33] Berazaluce, *Recuerdos de la Vida de Don Pedro Agustín Girón,* vol. I, pp. 320-321.
[34] H. Mackinnon, *A Journal ofthe Campaign in Portugal and Spain containing Remarks on the Inhabitants, Customs, Trade and Cultivation ofthose Countries from the Year 1809 to 1812,* Bath, 1812, p. 39.
[35] Verner, A British Rifleman, p. 23.
[36] Wood, *Subaltern Officer,* pp. 87-88.
[37] E. Shore, ed., *An Engineering Officer under Wellington in the Peninsiáa: the Diary and Correspondence of Lieutenant Rice Jones, R.E., during 1808-9-10*11-12,* Cambridge, 1986, pp. 40-42.
[38] A. Wellesley a Castlereagh, 21 de agosto de 1809, US WP 1/273.
[39] A. Wellesley a R. Wellesley, 24 de agosto de 1809, US WP 1/273.
[40] R. Wellesley a G. Canning, 15 de septiembre de 1809, BL Add. Mss. 37289, ff. 41-70.
[41] El Cura Andaluz, Amante de la Patria, a la Junta Suprema Central, 4 de enero de 1810, AHN Est. 52-F, n.° 282.

CAPITULO 9

[1] Miot, *Mémoires,* vol. III, p. 19.
[2] Lejeune, *Memoirs,* vol. I, p. 83.
[3] Rocca, *Memoirs,* p. 23.
[4] Foy, *History ofthe War in the Península,* vol. I, p. 200.
[5] N. Edwards, ed., *The Saint Helena Diary of General Barón Gourgaud,* Londres, 1932, p.130.
[6] P. Fleunot de Langle, ed., *Napoleón at Saint Helena: Memoirs of General Bertrand, Grand Marshal of the Palace, January to May 1821,* Londres, 1953, pp. 13-14.
[7] Lejeune, *Memoirs,* vol. I, p. 95.
[8] *Gazeta de Sevilla, 1* de enero de 1812, HMM RVP:T20.
[9] Proclama del conde de Montarco, 25 de marzo de 1812, BN CGI R60016-1·
[10] Bigarré, *Mémoires,* p. 270.
[11] North, *In the Legions of Napoleón,* p. 87.
[12] *Ibid.*
[13] B. Jones, ed., *In the Service of Napoleón: the Military Memoirs of Charitf Parquin,* Londres, 1987, pp. 113, 121.
[14] T. Sydenham a H. Wellesley, 12 de septiembre de 1812, US WP 1/361.
[15] Miot, *Mémoires,* vol. III, p. 38.
[16] Suchet, *Memoirs,* vol. I, p. 311.
[17] Anón., *Gritos de Madrid Cautivo a los Pueblos de España,* Sevilla, 1809, p. 2, BN CGI R60124-8.
[18] Proclama del mariscal Berthier, 12 de diciembre de 1808, AHN Est. 40-A, n.° 23.
[19] Miot, *Mémoires,* vol. III, p. 22.
[20] Rocca, *Memoirs,* p. 33.

[21] Thiébault, *Memoirs,* vol. II, p. 245.
[22] S. Andrés de Embite a M. de Garay, 28 de febrero de 1809, AHN Est. 16-1, ff. 32-36.
[23] M. de la Ceda a P. Rivero, s.f., AHN Est. 40-F, n.° 228.
[24] Miot, *Mémoires,* vol. III, p. 137.
[25] *Ibid*., vol. III, p. 138.
[26] *Ibid*, vol III, p 52.
[27] Thiébault, *Memoirs,* vol. II, p. 274.

CAPITULO 10

[1] Suchet, *Memoirs,* vol. I, pp. 52-53.
[2] 2. P. Haythornthwaite, ed., *Life in Napoleón 's Army: the Memoirs of Captain Elzéa Blaze,* Londres, 1995, p. 194.
[3] Blaze, *Mémoires d'un Apothécaire,* vol. I, pp. 72-73.
[4] Suchet, *Memoirs,* vol. I, pp. 47-51.
[5] Bigarré, *Mémoires,* p. 277; Haythornthwaite, *Life in Napoleón's Army,* p. 102.
[6] H. Von Brandt, *The Two Minas and the Spanish Guerrillas,* Londres, 1825, p. 48.
[7] *Ibid.,* p 54; T. Sydenham a H. Wellesley, 10 de octubre de 1812, US WP 1/361; G. Larpent, ed., *The Prívate Journal of Judge-Advocate F.S. Larpent, attached to Lord Wellington's Headquarters, 1812-1814,* Londres, 1853, vol. I, p. 132.
[8] Rocca, *Memoirs,* p. 21.
[9] Miot, *Mémoires,* vol. III, pp. 56-58.
[10] Brandt, *The Two Minas and the Spanish Guerrillas,* pp. 54-58.
[11] Rocca, *Memoirs,* p. 89
[12] *Ibid.,* pp. 157-160.
[13] Haythornthwaite, *Life in Napoleón's Army,* p. 58.
[14] Bell, *Rough Notes of an Old Soldier,* pp. 34
[15] Bigarré, *Mémoires,* pp. 284-287.
[16]J. Ibáñez, *Diario de Operaciones de la División del Condado de Niebla que Mandó el Mariscal de Campo, D. Francisco de Copons y Navía, desde el Día 14 de Abril de 1810, que Tomó el Mando, hasta el 24 de Enero de 1811, que Pasó este General al Quinto Ejército,* Faro, 1811, pp. 3-4, Servicio Histórico Militar, Colección Documental del Fraile (en lo sucesivo SHM CDF), vol. CCCXLII.
[17] E. Alonso, ed., *Memorias del Alcalde de Roa, Don Gregorio González Arranz, 1788-1840,* Roa, 1995, pp. 23-24.
[18] North, *In the Legions of Napoleón,* p. 89.
[19] Cassels, ed., *Peninsular Portrait, 1811-1814,* p. 57.
[20] Ludovici, *On the Road with Wellington,* p. 325.
[21] J.Walker a Liverpool, 1 de noviembre de 1810, PRO WO 1/261, pp. 115-116.
[22]La Romana a N. Mahy, 25 de julio de 1809, SHM CDB 5/8/2, n.° 5.
[23] Villalba, *Zaragoza en su Segundo Sitio,* pp. 45-46.
[24] Junta de Nájera a Junta Central, 30 de noviembre de 1809, AHN Est. 41-E, n.° 124.
[25] M. Loynaz a P. Rivero, 22 de noviembre de 1809, AHN Est. 15-2[4], ff. 70-74.
[26] Suchet, *Memoirs,* vol. I, pp. 272-274.
[27] P. Villacampa a J. M. de Carvajal, 27 de febrero de 1811, *cit., Gazeta de la Junta-Congreso del Reino de Valencia,* 5 de marzo de 1811, p. 293, HMM AH475.
[28] Anónimo, *Medios de Salvar el Reino,* Cádiz, 1810, pp. 5-6, BS CGA 038158.
[29] *Ibid.,* pp. 8-9.
[30] J. Serrano Valdenebro a J. M. Carvajal, 4 de abril de 1811, *cit. Diario de Al-geciras,* 24 de abril de 1811, pp. 357-361, HMM AH227.
[31] T. Graham a H. Bunbury, 27 de septiembre de 1810, PRO WO 1/247, f. 629.
[32] T. Sydenham a H. Wellesley, 10 de octubre de 1812, US WP 1/361.
[33] Haythornthwaite, *Life in Napoleón's Army,* p. 57.
[34] T. Sydenham a H. Wellesley, 10 de octubre de 1812, US WP 1/361.
[35] Sherer, *Recollections ofthe Península,* p. 248.
[36] Carnicero, *Historia Razonada,* vol. III, pp. 121-122.

[37] Rocca, *Memoirs,* pp. 150-151.
[38] O'Neil, *Military Adventures,* pp. 139, 145.
[39] F. Ballesteros, *Respetuosos Descargos que el Teniente General D. Francisco Ballesteros Ofrece a la Generosa Nación Española,* Cádiz, 1813, pp. 21-22, SHM CDF CLIV.
[40] R. Santillán, *Memorias de Don Ramón Santillán (1808-1856),* ed. A. Bera-zaluce, Madrid, 1996, p. 50.
[41] Alonso, *Memorias del Alcalde de Roa,* p. 24.
[42] Jones, *Military Memoirs of Charles Parquin,p.* 126..
[43] J. R. a Juillé, 19 de julio de 1810, US WP 1/313.
[44] J. Bonet a A. Berthier, 2 de diciembre de 1810, *cit.* P. Rodríguez Fernández, ed., *La Guerra de Independencia en Asturias: Correspondencia del General Bonet, 1809-1812,* Gijón, 1991, pp. 99-100.
[45] P. del Canto y B. Bonifaz a Junta Central, 4 de diciembre de 1809, AHN Est. 41-E, n.°127.
[46] Marbot, *Memoirs,* vol. II, pp. 70-71.
[47] Brandt, The Two Minas and the Spanish Guerrillas, pp. 65-66.
[48] J. Porlier a N. Mahy, 25 de marzo de 1811, SHM CDB 25/36/24.

CAPITULO 11

[1] Donaldson, *Recollections,* pp. 71-77.
[2] Alcalá Galiano, *Memorias,* vol. I, p. 292.
[3] Argüelles, *Examen Histórico de la Reforma Constitucional que Hicieron las Cortes Generales y Extraordinarias Desde que se Instalaron en la Isla de León el Día 24 de Septiembre de 1810 Hasta que Cerraron en Cádiz sus Sesiones el 14 del Propio Mes de 1813,* ed. J. Longares, Madrid, 1970; publicado bajo el título *La Reforma Constitucional de Cádiz,* p. 90.
[4] F. Roche a Wellington, 6 de marzo de 1810, PRO WO 1/243, ff. 490-494.
[5] H. Wellesley a W. Wellesley, 12 de marzo de 1810, *cit.* F. Wellesley, ed., *The Diary and Correspondence ofHenry Wellesley, First Lord Cowley, 1790-1846,* Londres, 1930, pp. 54-55.
[6] Duque de Alburquerque, *Manifiesto del Duque de Alburquerque Acerca de su Conducta con la Junta de Cádiz y Arribo del Ejército de su Mando a Aquella Plaza,* Londres, 1810, p. 75, SHM DG 1810/1.
[7] *El Español,* 30 de enero de 1811, p. 263, HMM AH4-2 (n.° 711).
[8] Jacob, Travels in the South of Spain, p. 366.
[9] T. Graham a Liverpool, 23 de abril de 1811, PRO WO 1/252, f. 291.
[10] H. Douglas a Liverpool, 13 de septiembre de 1811, PRO WO 1/261, f. 446; H. Wellesley a Wellington, 18 de julio de 1811, US WP 12/2/2.
[11] Conde de Noroña a Pedro de Rivero, s.f., AHN Est. 77-A, n.° 106.
[12] J. Walker a Liverpool, 1 de noviembre de 1810, PRO WO 1/261, f. 114.
[13] *Cit. El Redactor General, 9* de abril de 1812, p. 1.177, HMM 6/3.
[14] J. Walker a Liverpool, 4 de octubre de 1810, PRO WO 1/261, f. 87.
[15] Obispo de Ciudad Rodrigo a G. de Jovellanos, 10 de febrero de 1809, AHN Est. 65-G, n.° 267.
[16] Junta de Ciudad Rodrigo a M. de Garay, 8 de enero de 1810, AHN Est. 65-G, n.° 343.
[17] Page, *Intelligence Officer in the Península,* p. 91.
[18] Ibáñez, Diario de Operaciones de la División del Condado de Niebla, p. 5.
[19] .P. Roche a Wellington, 6 de marzo de 1810, PRO WO 1/243, f. 490.
[20] T. Graham a H. Bunbury, 28 de marzo de 1810, PRO WO 1/247, ff. 91-92.
[21] Schepeler, *Histoire de la Révolution d'Espagne etde Portugal,* vol. II, p. 447
[22] Holland, *Foreign Reminiscences,* p. 158.
[23] *Cit.* L. Junot, *Mémoires,* pp. 57-58.
[24] D. Horward, ed., *The French Campaign in Spain and Portugal: an Account by Jean Jacques Pelet,* Minneapolis, 1973, p. 51; Verner, *A British Rifleman,* p. 68.
[25] Horward, *The French Campaign in Spain and Portugal,* p. 65.

[26] Marbot, *Memoirs,* vol. II, p. 82.
[27] Horward, *The French Campaign in Spain and Portugal,* pp. 78-80.
[28] Wellington a Liverpool, 14 de julio de 1810, PRO WO 1/245, ff. 92-93.
[29] *Tribuno del Pueblo Español,* 6 de julio de 1813, p. 253, HMM AH1-4 (n.° 122).
[30] Argüelles, *Examen Histórico,* p. 2.
[31] *Diario Redactor de Sevilla, 9* de diciembre de 1812, SHM CDF, vol. CXXXII.
[32] Alcalá Galiano, *Memorias,* vol. I, p. 282.
[33] J. Villanueva, *Vida Literaria de Don Joaquín Lorenzo Villanueva,* ed. G. Ramírez Aledón, Alicante, 1996, p. 254.
[34] Wellington a H. Wellesley, 2 de diciembre de 1810, US WP 12/1/2.
[35] Wellington a H. Wellesley, 21 de octubre de 1810, US WP 12/1/2.
[36] *El Español,* 28 de febrero de 1811, p. 419, HMM AH4-2 (711)
[37] *El Redactor General,* 1 de marzo de 1813, HMM 6/3
[38] *El Ciudadano Imparcial,* n.° 2, p. 10, HMM AH5-1 (165).
[39] *El Español,* 30 de abril de 1811, p. 6, HMM AH4-2 (712). *[N. del t.:* texto traducido del inglés.]
[40] *Ibid.,* 30 de marzo de 1811, p. 454, HMM AH4-2 *(711). [N. del t.:* texto traducido del inglés.]
[41] Anónimo, Indagación de las Causas de los Malos Sucesos de Nuestros Ejércitos y Medios de Removerlos, Cádiz, 1811, pp. 7, 28, BS CGA 011166.
[42] García de León y Pizarra, *Memorias,* vol. I, pp. 320-321.

CAPITULO 12

[1] 1 Wellington a Liverpool, 14 de noviembre de 1809, *The Dispatches ofField Marshal the Duke of Wellington during his various Campaigns in India, Denmark, Portugal, Spain, the Low Countries and Franee from 1789 to 1815,* ed. J. Gurwood (en lo sucesivo *WD),* Londres, 1852, vol. III**,** p. 583.
[2] W. Beresford a Wellington, 12 de diciembre de 1809, *Supplementary Despatches, Correspondence and Memorand a of Field Marshal Arthur, Duke of Wellington,* ed. Second Duke ofWellington (en lo sucesivo *WSD),* Londres, 1858-1872, vol. VI, p. 436.
[3] Warre, *Letters from the Península,* p. 78.
[4] Wellington a Castlereagh, 25 de agosto de 1809, *WD,* vol. III**,** p. 453.
[5] C. Boutflower, *The Journal ofan Army Surgeon during the Peninsular War,* Manchester, 1912, p. 30
[6] Warre, *Letters from the Península,* pp. 115-116.
[7] Wellington a Castlereagh, 25 de agosto de 1809, *WD,* vol. III**,** p. 453.
[8] Rousseau, *Peninsular War Journal of Sir Benjamín D'Urban,* p. 57.
[9] Thompson, *Ensign in the Peninsular War,* p. 59; S. Monick, ed., *Douglas's Tale of the Península and Waterloo,* Londres, 1997, p. 19
[10] Ludovici, On the Road with Wellington, p. 162.
[11] Wellington a Castlereagh, 25 de agosto de 1809, *WD,* vol. III**,** p. 453.
23. Verner, *British Rifleman,* p. 77.
[12] Rousseau, *Peninsular War Journal ofSir Benjamín D'Urban,* p. 103.
[13] Orden general, 29 de mayo de 1809, *WD,* vol. III, p. 258.
[14] Wellington a Liverpool, 24 de enero de 1810, *ibid.,* p. 700.
[15] Boutflower, *Journal of an Army Surgeon,* p. 50.
[16] G. Bankes, ed., *The Autobiography of Sergeant William Lawrence, a* ***Itero of*** *the Peninsular and Waterloo Campaign,* Londres, 1886.
[17] Sherer, *Recollections of the Península,* p. 83.
[18] Wellington a H. Torrens, 29 de agosto de 1810, *WSD,* vol. VI, p. 582.
[19] Thompson, *Ensign in the Peninsular War,* p. 103.
[20] Wellington a W. Wellesley-Pole, 5 de septiembre de 1810, *WSD,* vol. VI, p. 589**.**
[21] Wellington a H. Wellesley, 29 de abril de 1810, *WD,* vol. IV, p. 38.
[22] Wellington a Liverpool, *ibid.,* vol. III**,** p. 810.
[23] Verner, *British Rifleman,* p. 77.

[24] Anónimo, Memoirs of a Sergeant Late in the Forty-Third Light Infantty Re-giment, Previously to and during the Peninsular War, Londres, 1835, p. 93.
[25] Leach, Rough Sketches, p. 149.
[26] Verner, *British Rifleman,* pp. 78-79.
[27] Horward, *French Campaign in Spain and Portugal,* pp. 120-121.
[28] *Ibid.,* p. 147.
[29] Thiébault, *Memoirs,* vol. II**,** p. 288.
[30] Marbot, *Memoirs,* vol. II, p. 108.
[31] Warre, *Letters from the Península,* p. 145.
[32] Grattan, *Adventures of the Connaught Rangers,* vol. I, pp. 52-53.
[33] Hamilton, *Hamilton 's Campaign,* p. 89.
[34] Ludovici, *On the Road with Wellington,* p. 249.
[35] *Sherer, Recollections of the Península,* pp. 115-117.
[36] Ludovici, *On the Road with Wellington,* p. 261
[37] Monick, Douglas' Tale, pp. 21-22.
[38] *Leach, Rough Sketches, pp. 175-176.*
[39] Donaldson, *Recollections,* p. 104.
[40] Vemer, *British Rifleman,* pp. 152, 160
[41] Ludovici, *On the Road with Wellington,* pp. 290-291.
[42] B. Liddell Hart, ed., *The Letters of Prívate Wheeler, 1809-1828,* Lottires**,** 1951, p. 52.
[43] *Anón., Memoirs of a Sergeant, p. 114.*
[44] Donaldson, *Recollections,* p. 104
[45] *Halcy, Autobiography ofAndrew Pearson, pp. 78-79.*
[46] Verner, *British Rifleman, p.* 127.
[47] Jones, *Military Memoirs of Charles Parquin, p.* 122.
[48] Thiébault, *Memoirs,* vol. II, p. 304.
[49] Sturgis, fioy *in the Peninsular War, p.* 190.
[50] M. la Peña, *Representación hecha a las Cortes por el Capitán General de Andalucía y General en Jefe Interino del Cuarto Ejército,* Cádiz, 1811, p. 18, BL 918O.dd.l.
[51] M. Spurrier, ed., «Letters of a Peninsular War commanding offícer: the letters of Lieutenant Colonel, later General, Sir Andrew Barnard, G.C.B», *JSAHR,* vol. XLVII, n.° 191, pp. 135-136.
[52] Sarasa, *Vida y Hechos,* p. 13.
[53] Wellington a Liverpool, 23 de febrero de 1811, US WP 12/1/3.
[54] Wellington a H. Wellesley, 23 de febrero de 1811, *ibid.*

CAPITULO 13

[1] Sherer, *Recollections o fthe Península, p.* 150.
[2] T. Pakenham, ed., *The Pakenham Letters, 1800 to 1815,* Londres, 914, p. 89.
[3] Shore, ed., *Engineer Offtcer under Wellington, p.* 103.
[4] Boutflower, *Journal of an Army Surgeon,* p. 91.
[5] C. Ornan, ed., «A Prisoner of Albuera: the Journal of Major William Brooke from 16 May to 28 September 1811», *Blackwood's Magazine,* vol. CLXXXIV, n.° 1.116 (octubre 1908),p. 428.
[6] Sherer, *Recollections of the Península,* p. 159.
[7] *Ibid.,pp.* 160-161.
[8] McGuffie, *Peninsular Cavalry General,* p. 106.
[9] Sherer, *Recollections of the Península, p.* 166.
[10] Ornan, «A Prisoner of Albuera», p. 429.
[11] Wellington a H. Wellesley, 22 de mayo de 1811, US WP 1/332.
[12] A. Leith-Hay, *Memoirs of the Late Lieutenant General Sir James Éeith, G. C.B., with a Précis of Some of the Most Remarkable Events of the Peninsular War,* Londres, 1818, p. 58.
[13] Bankes, *Autobiography of Sergeant William Lawrence,* pp. 93-94.
[14] T. Graham a Liverpool, 27 de mayo de 1811, PRO WO 1/252, ff. 331-332.

[15] Jones, *Military Memoirs of Charles Parquin, p.* 134.
[16] Cit. Thiébault, *Memoirs,* vol. II, p. 323.
[17] *Cit.,* Marbot, *Memoirs,* vol. II, p. 160.
[18] *Ibid.,* pp. 158-159.
[19] Donaldson, fleco/Zecíoní, pp. 123-124.
[20] Marbot, *Memoirs,* vol. II, p. 162.
[21] J. Tomkinson, ed., *The Diary ofa Cavalry Officer in the Peninsular War and Waterloo Campaigns, 1809-1815,* Londres, 1894, p. 101.
[22] Liddell Hart, *Letters of Prívate Wheeler,* pp. 55-56.
[23] Jones, *Military Memoirs of Charles Parquin, p.* 134.
[24] Ludovici, *On the Road with Wellington, p.* 303.
[25] Donaldson, *Recollections, p.* 134; Liddell Hart, *Letters of Prívate Wheeler,* p. 59.
[26] Liddell Hart, *Letters of Prívate Wheeler,* p. 61.
[27] A. Viesse de Marmont, *Mémoires du Maréchal Marmont, Duc de Raguse, de 1792 á 1841,* París, 1857, vol. IV, p. 45.
[28] *Ibid.*
[29] I. Fletcher, ed., *For King and Country: the Letters and Diaries of John Mills, Coldstream Guards, 1811-1814,* Staplehurst, 1995, p. 47.
[30] Ludovici, *On the Road with Wellington,* pp. 311-313.
[31] E. Macdonald, *Recollections of Marshal Macdonald, Duke of Tarentum,* ed. C. Rousset, Londres, 1892, vol. II, p. 21.
[32] J. Walker a Liverpool, 5 de septiembre de 1811, PRO WO 1/261, f. 396.
[33] Suchet, *Memoirs,* vol. II, pp. 52-57.
[34] *Ibid,* pp. 95-96.
[35] *Ibid., pp.* 99-100.
[36] Junta de Cataluña a C. Cotton, 6 de julio de 1811, US WP 1/343.
[37] C. Zehnpfenning, «Memorándum on the state of Catalonia», 1 de enero de 1813, US WP 1/368.
[38] C. Zehnpfenning a Wellington, 9 de noviembre de 1812, US WP 1/353.
[39] F. Adam a J. Murray, 24 de marzo de 1813, US WP 1/368.
[40] Barón de Eróles a Wellington, 5 de febrero de 1813, US WP 1/366.
[41] C. Zehnpfenning a Wellington, 17 de marzo de 1813, US WP 1/367.
[42] Page, *Intelligence Officer in the Península,* p. 144.
[43] Donaldson, *Recollections,* pp. 142-143.
[44] Thiébault, *Memoirs,* vol. II, pp. 344-345.

CAPITULO 14

[1] Napoleón a A. Berthier, 19 de noviembre de 1811, *CN,* vol. XXIII p.21.
[2] A. Berthier a L. Suchet, 25 de agosto de 1811, *cit.* Suchet, *Memoirs,* vol. II, pp. 141-142.
[3] Napoleón a A. Berthier, 19 de noviembre de 1811, *CN,* vol. XXIII, p. 21.
[4] E. Green a H. Wellesley, 30 de julio de 1811, US WP 1/343.
[5] Suchet, *Memoirs,* vol. II, pp. 160-161
[6] *Cit.* Marmont, *Mémoires,* vol. IV, p. 257.
[7] Suchet, *Memoirs,* vol. II, pp. 183-186.
[8] Wellington a Liverpool, 27 de noviembre de 1811, *WD,* vol. V, p. 382.
[9] Bell, *Rough Notes ofan Old Soldier,* p. 10.
[10] Sturgis, *Boy in the Peninsular War,* pp. 224-228.
[11] Sherer, *Recollections of the Península,* p. 168.
[12] Sturgis, *Boy in the Peninsular War,* p. 226.
[13] *Cit,* Thiébault, *Memoirs,* vol. II, p. 366.
[14] Wellington a Liverpool, 4 de diciembre de 1811, *WD,* vol. V, pp. 389-390.
[15] F. Espoz y Mina, *Memorias del General Don Francisco Espoz y Mina, Escritas por el Mismo,* ed. J. M. de Vega, Madrid, 1851, vol. I, p. 237.
[16] Verner, *A British Rifleman,* p. 221.
[17] Donaldson, *Recollections,* pp. 150-151.

[18] Swabey, Díary, pp. 70-71.
[19] Grattan, Adventures of the Connaught Rangerie**,**vol**.** I, p. 207-208.
[20] Marmont, *Mémoires,* vol. IV, pp. 184-185.
[21] *Ibid., pp.* 179-180
[22] *Ibid.,* p. 202
[23] *Ibid.,* pp. 206-207
[24] Donaldson, *Recollections, p.* 154
[25] Warre, *Letters from the Península, p.* 237
[26] Verner, A *British Rifleman,* p. 221.
[27] Bankes, *Autobiography of Sergeant William Lawrance***,** pp**.** 112-113
[28] Anón., *Memoirs of a Sergeant, p.* 169.
[29] Hamilton, *Hamilton's Campaign,pp.* 122-123.
[30] Verner, A *Bristish Rifleman,* p. 229.
[31] Donaldson, *Recollections,* pp. 156-157.
[32] Sturgis, *Boy in the Peninsular War,* pp. 273-274.
[33] P. Hayward, ed., *Surgeon Henry 's Trifles: Events ofa Military Life,* Londres, 1970, pp. 43-44.
[34] Grattan, *Adventures of the Connaught Rangers,* vol. II, p. 3; Bell, *Rough Notes of an Old Soldier, p.* 28; F. Carr Gomm, ed., *Letters and Journals of Field Marshal Sir William Maynard Gomm, G.C.B., Commander-in-Chief of India, Constable of the Tower of London, etc., etc., from 1799 to Waterloo, 1815,* Londres, 1881, p. 262; Donaldson, *Recollections,* p. 159.
[35] Fletcher, *For King and Country, p.* 161.
[36] Verner, A British Rifleman, p. 236; Liddell Hart, Letters of Prívate Wheeler, p. 81.
[37] McGuffíe, *Peninsular Cavalry General,* pp. 96-97
[38] Thompson, *Ensign in the Peninsular War,* p. 162
[39] Orden general, 10 de junio de 1812, *WD, vol.* VII, p. 345.
[40] Morley, Memoirs, pp. 114-115
[41] Carr Gomm, *Letters and Journals of Field Marshal Sir WilliamfMáyitard Gomm,* p. 278.
[42] Cassels, Peninsular Portrait, p. 64.
[43] F. Whinyates, ed., *Letters written by Lieutenant General Thomas Dyneley, C.B., R.A., while on Active Service between the years 1806 and 1815,* Londres, 1895, p.33.

CAPITULO 15

[1] H. Wellesley a Wellington, 6 de agosto de 1812, US WP 12/2/3.
[2] Alcalá Galiano, *Memorias,* vol. I, pp. 316-317.
[3] Whinyates, *Letters written by Lieutenant General Thomas Dyneley,* pp. 37-38.
[4] Page, *Intelligence Officer in the Península,* p. 191
[5] Carnicero, *Historia Razonada,* vol. III, pp. 153-156.
[6] T. Sydenham a H. Wellesley, 12 de septiembre de 1812, US WP 1/361.
[7] Wellington a H. Wellesley, 12 de septiembre de 1812, US WP 12/1/6.
[8] J. W. Gordon al duque de York, 13 de agosto de 1812, BL Add. Mss. 49473; A. Gordon a lord Aberdeen, 7 de septiembre de 1812, BL Add. Mss. 43,224 (el conocimiento de este último documento se lo debo a mi buen amigo y colega Rory Muir).
[9] Buckley, *Napoleonic-War Journal of Captain Thomas Henry Browne,* pp. 185,193; M. Glover, ed., *A Gentleman Volunteer: the Letters ofGeorge Hennellfrom the Peninsular War, 1812-1813,* Londres, 1979, p. 51; Cassels, *Peninsular Portrait,* p. 78.
[10] H. Wellesley a Castlereagh, 19 de noviembre de 1812, Public Record Office, Foreign Office papers (en lo sucesivo PRO FO) 72/132, ff. 278-283.
[11] CU. Wellesley, Diary and Correspondence of Henry Wellesley, p. 64..
[12] Glover, ed., *Letters ofGeorge Hennell,* p. 52.
[13] Wellington a H. Wellesley, 23 de agosto de 1812, US WP 1/347.
[14] T. Sydenham a H. Wellesley, 10 de octubre de 1812, US WP 1/361.
[15] *Ibid.*
[16] N. Mahy a la Regencia, 11 de enero de 1812, SHM CDB 4/7/25.

[17] Page, *Intelligence Officer in the Península,* p. 191.
[18] H. Wellesley a Castlereagh, 1 de octubre de 1812, PRO FO 72/132, ff. 105-107.
[19] Wellington a Bathurst, 5 de octubre de 1812, US WP 1/351.
[20] Wellington a H. Wellesley, 3 de mayo de 1812, US WP 1/347.
[21] Wellington a Bathurst, 18 de agosto de 1812, US WP 1/347.
[22] T. Sydenham a H. Wellesley, 12 de septiembre de 1812, US WP 1/361
[23] Buckley, *Napoleonic-War Journal ofCaptain Thomas Henty Browne,* p. 185.
[24] Fletcher, *For King and Country,* p. 226.
[25] *Ibid.,p.* 229.
[26] Thompson, *Ensign in the Peninsular War,* p. 206.
[27] Fletcher, For *King and Country, p.* 243.
[28] Thompson, An *Ensign in the Peninsular War,* p. 208; Rousseau, *Peninsular War Journal of Sir Benjamín D'Urban,* p. 290.
[29] Thompson, *An Ensign in the Peninsular War,* p. 210.
[30] *Canción en Elogio del Excmo. Sr. D. Francisco Ballesteros, Capitán General de las Andalucías,* Jerez, 1812, SHM CDF, vol. CCLVI, pp. 101-102.
[31] T. Bunbury, Reminiscences of a Veteran, being Personal and Military Adventures in Portugal, Spain, France, Malta, Norfolk Island, New Zealand, Ander-man Islands and India, Londres, 1861, vol. I, pp. 111-112.
[32] R. Wollocombe, ed., *With the Guns in the Península: the Peninsular War Journal ofCaptain William Webber, Royal Artillery,* Londres, 1991, p. 101.
[33] Swabey, *Diary,* p. 151.
[34] Bell, *Rough Notes of an Old Soldier,* p. 53.
[35] McGuffie, *Peninsular Cavalry General,* p. 231
[36] Wood, *The Subaltern Officer,* p. 146
[37] Kincaid, *Adventures in the Rifle Brigade,* p. 92
[38] Grattan, *Adventures of the Connaught Rangers,* vol. II, pp. 134-138.
[39] Thompson, *An Ensign in the Peninsular War,* p. 219
[40] Liddell Hart, *Letters of Prívate Wheeler,* pp. 105-106.
[41] Napoleón a Clarke, 9 de febrero de 1812, *CN,* vol. XXIV, p. 506.
[42] Wellington a W. Cooke, 25 de noviembre de 1812, US WP 1/351.
[43] Swabey, *Diary,* pp. 157-158.
[44] Wellington a Beresford, 10 de diciembre de 1812, US WP 1/355.
[45] Vallesteros, Cádiz, 1812, p. 3, BSCGA 431437.
[46] Wellington a J. M. de Carvajal, 4 de diciembre de 1812, US WP 1/355.
[47] *Suplemento al Tribuno del Pueblo Español,* 1 de enero de 1813, HMM AH1-4(120).
[48] *Diario Redactor de Sevilla,* 29 de enero de 1813, SHM CDF, vol. CXLII.
[49] J. Romero y Alpuente, *Wellington en España y Ballesteros en Ceuta,* Cádiz, 1813, pp. 21-40, BSCGA 032675.
[50] García de León y Pizarro, *Memorias,* vol. I, p. 357.

CAPITULO 16

[1] E. Sabine, ed., *Letters ofColonel Sir Augustus Simón Frazer, K.C.B., Com-manding the Royal Horse Artillery in the Army under the Duke of Wellington Written During the Peninsular and Waterloo Campaigns,* Londres, 1859, pp. 25-27.
[2] *Ibid., p.* 55.
[3] Monick, *Douglas's Tale,* p. 68.
[4] Ludovici, *On the Road with Wellington,* p. 361.
[5] Wellington a Beresford, 2 de febrero de 1813, *WD,* vol. VI, p. 270.
[6] Wellington al príncipe Juan, 12 de abril de 1813, *WD,* vol. VI, pp. 417-420.
[7] *El Conciso,* 1 de abril de 1813, pp. 3-5, HMM AH2-5 (351).
[8] *Diario Crítico y Erudito de Granada,* 10 de abril de 1813, p. 38, HMM AH5-5 (1046).
[9] A. Guillen a Wellington, 27 de febrero de 1813, US WP 1/382.
[10] R. Escobeda a Wellington, 8 de marzo de 1813, US WP 1/367.
[11] A. Leith-Hay a R. HUÍ, 24 de enero de 1813, US WP 1/364.

[12] H. Wellesley a Castlereagh, 25 de mayo de 1813, PRO FO 72/144, ff. 196-200.
[13] *El Español Libre*, 4 de mayo de 1813, PRO FO 72/144, ff. 162-184.
[14] Argüelles, *Examen Histórico*, p. 429.
[15] Alcalá Galiano, *Memorias*, vol. I, p. 332.
[16] Wellington a Bathurst, 27 de enero de 1813, US WP 1/365.
[17] Wellington a H. Wellesley, 15 de marzo de 1813, US WP 1/365
[18] Wellington a A. de la Vega Infanzón, 3 de abril de 1813, US WP 1/370.
[19] Whittingham, *Memoir of the Services of Lieutenant General Sir Samuel Ford Whittingham*, pp. 226-227.
[20] Wellington a Bathurst, 5 de mayo de 1813, *WD*, vol. VI, p. 467.
[21] Larpent, *Prívate Journal of Judge-Advocate F.S. Larpent,* vol. I, p. 226.
[22] Bell, *Rough Notes of an Old Soldier*, p. 64.
[23] Verner, *A British Rifleman*, pp. 277-278; Bell, *Rough Notes of an Old Soldier,* p. 63.
[24] Wood, *The Subaltern Officer*, pp. 180-181.
[25] Wollocombe, With the Guns in the Península, p. 157; Buckley, Napoleonic-War Journal of Captain Thomas Henry Browne, p. 207.
[26] Glover, ed., *Letters of George Hennell,* p. 73.
[27] Kincaid, *Adventures in the Rifle Brigade,* p. 103.
[28] Thompson, *Ensign in the Peninsular War,* p. 241; Liddell Hart, *Letters of Prívate Wheeler,* p. 117.
[29] G. L'Estrange, *Recollections of Sir George L'Estrange*, Londres, 1873, P- 29.
[30] Bell, *Rough Notes ofan Oíd Soldier,* p. 69
[31] Glover, ed., *Letters of George Hennell,* p. 90
[32] Donaldson, *Recollections*, p. 203
[33] Wood, *The Subaltern Officer*, pp. 183-184.
[34] McGuffie, *Peninsular Cavalry General,* p. 275
[35] Verner, *A British Rifleman,* p. 290
[36] Carr Gomm, *Letters and Journals of Field Marshal Sir William Maynard Gomm*, p. 307.
[37] Monick, *Douglas's Tale*, p. 73.
[38] W. Hay, *Reminiscences under Wellington, 1808-1815,* ed. S. Wood, Londres**,** 1901, p. 113
[39] Buckley, Napoleonic-War Journal of Captain Thomas Henry Browne, p. 214.
[40] Blaze, *Mémoires d'un Apothécaire*, vol. II, pp. 364-365.
[41] Sabine, *Letters of Colonel Sir Augustus Simón Frazer,* p. 165.
[42] Bell, *Rough Notes of an Old Soldier,p.* 71.
[43]Tomkínson, *Diary of a Cavalry Officer,* p. 253
[44] Liddell Hart, Leíters *of Prívate Wheeler,* p. 118.
[45] J.Gavieta a Wellington, 28 de junio de 1813, US WP 1/371
[46] Wellington a Bathurst, 29 de junio de 1813, US WP 1/370.
[47] Stanhope, *Notes of Conversations with the Duke of Wellington,* p. 82.

CAPITULO 17

[1] Pakenham, *Pakenham Letters,* p. 221.
[2] Wellington a Bathurst, 8 de agosto de 1813, *WD,* vol. VI, pp. 663-664.
[3] C. Atkinson, ed., «A Peninsular brigadier: letters of Major General Sir F.P. Robinson, K.C.B., dealing with the campaign of 1813», *JSAHR*, vol. XXXIV, n.° 140, p. 165.
[4] Wellington a Bathurst, 18 de agosto de 1813, *WD,* vol. VI, p. 690.
[5] E. Buckham, *Personal Narrative of Adventures in the Península during the War in 1812-1813 by an Officer late in the Staff-Corps Regiment of Cavalry,* Londres, 1827, p. 270.
[6] Wellington a Bathurst, 19 de septiembre de 1813, *WD,* vol. VII, p. 10.
[7] L. Woodford, ed., *A Young Surgeon in Wellington's Army: the Letters of William Dent,* Oíd Woking, 1976, p. 39
[8] Thompson, *Ensign in the Peninsular War,* p. 235
[9] Sabine, *Letters of Colonel Sir Augustus Simón Frazer,* p. 195
[10] Monick, *Douglas's Tale,* p. 77.

[11] Sabine, *Letters of Colonel Sir Augustus Simón Frazer,* pp. 197-198
[12] Monick, *Douglas's Tale,pp.* 79-80.
[13] Buckley, *Napoleonic-War Journal of Captain Thomas Henry Brtywne***,** p. 226.
[14] Sherer, Recollections ofthe Península, pp. 258-259.
[15] Bell, *Rough Notes of an Old Soldier, p. S3.*
[16] I. Fletcher, ed., *In the Service ofthe King: the Letters of William Thorntan Keep,* Staplehurst, 1997, pp. 159, 161.
[17] Wood, *The Subaltern Officer,* pp. 200-203.
[18] Buckley, *Napoleonic-War Journal of Captain Thomas Henry Btowne***,** pp. 229-230.
[19] Wellington a W. Bentinck, 5 de agosto de 1813, *WD,* vol. VI, p. 654. .'
[20] Bankes, *Autobiography of Sergeant William Lawrence,* pp. 147-149.
[21] Liddell Hart, *Letters of Prívate Wheeler,* p. 122.
[22] Wood, *The Subaltern Officer,* p. 208.
[23] *Diario de Gobierno de Sevilla,* 19 de junio de 1813, p. 1.121, SHM CDF, vol. CXLII.
[24] Wellington a Bathurst, 29 de junio de 1813, US WP 1/373
[25] Wellington a Bathurst, 29 de junio de 1813, US WP 1/373.
[26] Wellington a H. Wellesley, 9 de agosto de 1813, US WP 1/383.
[27] Wellington a Bathurst, 12 de juio y 5 de septiembre de 1813, US WP 1/373,1/377.
[28] Wellington a H. Wellesley, 26 de octubre de 1813, US WP 1/377.
[29] Tomkinson, *Diary of a Cavalry Officer,* p. 271.
[30] *Monick, Douglas's Tale, pp.* 82-83.
[31] Glover, ed., *Letters of George Hennell,* p. 127
[32] C. Gleig, *The Subaltern,* Londres, 1825, p. 56.
[33] C. Vivían, ed., *Richard Hussey Vivían, First Barón Vivían: a Memoir,* Londres, 1897, p. 141; J. Harley, *The Veteran, orForty Years in theBritish Service, com-prissing Adventures in Egypt, Spain, Portugal, Belgium, Holland and Prussia,* Londres, 1838, pp. 83-84; Ludovici, *On the Roadwith Wellington,* p. 397.
[34] Sabine, *Letters ofColonel SirAugustus Simón Frazer,* p. 244.
[35] Wellington a H. Wellesley, 23 de octubre de 1813, US WP 1/377.
[36] *El Duende de los Cafés,* 27 de septiembre de 1813, US WP 1/388.
[37] *El Imparcial,* 13 de noviembre de 1813, sin pág., SHM CDF, Vol. CCLV.
[38] Stanhope, *Conversations with the Duke of Wellington,* pp. 106-107.
[39] N. Bentley, ed., *Selections from the Reminiscences of Captain Gronow,* Londres, 1977, p. 13.
[40] Leach, *Rough Sketches,* pp. 341-342.
[41] Verner, *A British Rifleman,* p. 321.
[42] Sturgis, *Boy in the Peninsular War,* p. 319
[43] Liddell *Hetrt, Letters of Prívate Wheeler,p.* 137.
[44] Donaldson, *Recollections,* pp. 214-215.
[45] Wellington a Bathurst, 21 de noviembre de 1813, BL Add. Mss. 38255, ff. 55-58.
[46] Wellington a Bathurst, 27 de noviembre de 1813, US WP 1/381.
[47] Bell, *Rough Notes of an OLd Soldier,* p. 108.
[48] *Ibid.,p.* 111.
[49] *Cit.,* Glover, ed., *Gentleman Volunteer,* p. 155.

CAPITULO 18

[1] Larpent, Prívate Journal of Judge-Advocate F.S. Larpent, vol. II, p. 263.
[2] Wellington a W. Clinton, 27 de enero de 1814, US WP 1/396.
[3] H. Wellesley a Castlereagh, 25 de febrero de 1814, PRO FO 72/159, ff. 133-136.
[4] Wellington a H. Wellesley, 26 de enero de 1814, *US* WP 1/396.
[5] *Ibid*
[6] Anónimo a Junta Central, 29 de noviembre de 1808, AHN Est. 52-A, n.° 40.
[7] F. X. de Castaños, *Reales Órdenes de la Junta Central Suprema de Gobierno del Reino y Representaciones de la de Sevilla y del General Castaños acerca de su Separación del Mando del Ejército de Operaciones del Centro,* Sevilla, 1809, p. 70, BL9180.dd.l.

[8] Junta de la Carolina a Junta Central, 15 de agosto de 1809, AHN Est. 17-11', ff. 4-5..
[9] Anón, a Junta Central, 23 de diciembre de 1808, AHN Est. 52-A, n.° 43.
[10] *El Patriota*, n.° 1, p. 4, HMM AH1-5 (158).
[11] V. Sancho, *Ensayo de una Constitución Militar Deducida de la Constitución Política de la Monarquía Española*, Cádiz, 1813, p. 2, BS CGA 042094.
[12] Ibid., pp. 25, 33.
[13] *Semanario Patriótico*, 27 de octubre de 1808, p. 153, HMM AH1-6 (195).
[14] *El Redactor General*, 11 de abril de 1812, p. 1183, HMM 6/3.
[15] *El Tribuno del Pueblo Español, 9* de marzo de 1813, p. 183, HMM AH1-4 (121).
[16] *La Abeja Española*, 1 de diciembre de 1812, HMM AH6-5 (1250).
[17] Sancho, *Ensayo de una Constitución Militar*, pp. 38-39.
[18] *El Tribuno del Pueblo Español*, 30 de marzo de 1813, p. 183, HMM AH1-4 (121), p. 287.
[19] Anónimo, *La Milicia Desatendida en Tiempo de Guerra*, Madrid, 1814, p. 38, BS CGA 039854.
[20] Gleig, *The Subaltern*, p. 369.
[21] T. Finestra, *Exposición que Hace un Oficial a sus Compañeros de Armas sobre la Decadencia de los Ejércitos Españoles*, Cádiz, 1813, p. 4, BS CGA 039854.
[22] Anónimo, *El Ejército Español Destruido por las Leyes*, Alicante, 1813, pp. 7-8, BS CGA carpeta 304-301.
[23] J. Liaño, *Breve Discurso que Hace Don José Liaño, Capitán de Húsares de Granada Agregado a Cazadores de Sevilla, a los Generales sobre la Decadencia de los Ejércitos*, Isla de León, 1813, pp. 2-3, BS CGA 039854.
[24] Álvarez Guerra, Indicaciones Político-Militares del Estado de la Nación Española Dirigidas a la Oficialidad de los Ejércitos Nacionales y Dedicadas al Soberano Congreso de Cortes, Madrid, 1814, pp. 50-51, SHM DG 1814/8.
[25] Whittingham, *Memoir of the Services of Lieutenant General Sir Samuel Ford Whittingham*, p. 226.
[26] Las Cases, *Memorial de Sainte Héléne*, vol. I, p. 584.
[27] Wilson, *Diary of St. Helena*, p. 104.
[28] T. Graham a H. Bunbury, 12 de julio de 1810, PRO WO 1/247, f. 452.